

José Gaos en México



una biografía intelectual
1938-1969

Aurelia Valero Pie

EL COLEGIO DE MÉXICO

JOSÉ GAOS EN MÉXICO:
UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL,
1938-1969

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

JOSÉ GAOS EN MÉXICO:
UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL,
1938-1969

Aurelia Valero Pie



EL COLEGIO DE MÉXICO

921.6

G2118v

Valero Pie, Aurelia

José Gaos en México : una biografía intelectual, 1938-1969 / Aurelia Valero Pie -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2015.

490 p. ; 22 cm

ISBN 978-607-462-745-9

1. Gaos, José, 1900-1969. 2. Filósofos españoles -- Biografías. 3. Exiliados -- España -- Biografías. I. t.

Primera edición, 2015

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-745-9

Impreso en México

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción. De la biografía a la historia intelectual	11

PRIMERA PARTE JOSÉ GAOS EN EL EXILIO

1. José y sus hermanos	25
2. De Robinson a Odiseo	51
3. El hijo de Saturno	77
4. Simpatías y diferencias	103

SEGUNDA PARTE JOSÉ GAOS, TRANSTERRADO

5. El libro de las ilusiones	127
6. A través del espejo	151
7. Las afinidades electivas	179

TERCERA PARTE JOSÉ GAOS, FILÓSOFO Y TRADUCTOR

8. Diagnóstico de nuestro tiempo	211
9. El árbol de la ciencia	245
10. El silencio de los libros	275
11. La lengua absuelta	307

CUARTA PARTE
JOSÉ GAOS, MAESTRO DE MAESTROS

12. La balsa de piedra	343
13. La lección del maestro	369
14. La educación sentimental	391
15. El umbral del sueño	415
Epílogo. José Gaos o la honradez intelectual	447
Siglas y referencias	463
Bibliografía	467

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro es un monólogo interior y menos aún cuando en parte recoge, como en este caso, un trabajo escrito como tesis doctoral. En ese diálogo, consustancial a la etapa de investigación y al posterior proceso de reelaboración, tuve, además, la fortuna de contar con espléndidos interlocutores. Entre ellos destaca el doctor Guillermo Zermeño quien, como asesor, me ha favorecido en todos estos años con su orientación, confianza y paciencia. Igualmente centrales fueron los doctores Francisco Gil Villegas, Guillermo Hurtado, Andrés Lira, Alfonso Mendiola, Ariel Rodríguez Kuri, Agustín Serrano de Haro y Antonio Ziriñón, a quienes deseo dejar constancia de mi profundo agradecimiento.

A dialogar con el pasado contribuyeron, de modo imprescindible, las entrevistas sostenidas con la distinguida señora Ángeles Gaos de Camacho y con los doctores José María Muriá, Guillermo Palacios, María del Carmen Rovira y Ramón Xirau. No menos fundamental resultó la posibilidad de consultar diferentes archivos, en particular aquellos que se encuentran depositados en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en El Colegio de México.

Un reconocimiento especial merecen mis amigos y compañeros de El Colegio de México —José Bustamante, Justo Flores, Patricia Vega, Fabián Herrera, Lilia Isabel López Ferman, Edwin Álvarez, Óscar Rangel, Alfredo Nava, Mariano Bonialian, Gilberto Urbina, María del Carmen Garzón, Valeria Sánchez, José Alberto Moreno, Andrea Tapia, Gabriel Torres Puga, María José Ramos, Graciela Márquez y Laura Valverde—, así como aquellos otros que he conocido en la UNAM: Andrés Ríos, Pilar Gilardi, Fernando Betancourt, Ana Díaz, Francisco Quijano, Guadalupe Pinzón y Martín Ríos. Innumerables sugerencias se deben a Ana Santos, a quien guardaré siempre en el recuerdo y en el corazón.

Diversas instituciones prestaron su concurso material para concluir y publicar esta biografía: el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, El Colegio de México y el Programa de becas posdoctorales que auspicia la

Coordinación de Humanidades de la UNAM. En el marco del Programa de Investigadores Asociados, presidido por el doctor Javier Garcíadiego, tuve la oportunidad de revisar el conjunto del trabajo y escribir un capítulo suplementario, aquel que corresponde a las actividades de José Gaos como traductor.

Afirmar que mis hermanas, familiares y amigos se encuentran presentes en cada línea de este trabajo parece poco. A ellos debo el haber perseverado en este empeño, durante los muchos años en que se prolongó. A mis padres, que me han acompañado y alentado en todo momento, está dedicada cada una de estas páginas.

INTRODUCCIÓN DE LA BIOGRAFÍA A LA HISTORIA INTELECTUAL

La vida es el conjunto de sus posibilidades.

JOSÉ GAOS

Literatura e historia con frecuencia se entrecruzan, dibujando constelaciones asombrosas. Así también la biografía de J.M. Coetzee ofrece valiosas lecciones a quien decida incursionar en este género. Novelas, ensayos, cuadernos de apuntes y entrevistas sostenidas con personas allegadas constituyeron las fuentes con que el autor, un estudioso inglés, reconstruyó la vida de quien recibiera el Premio Nobel de las Letras hace más de una década. En tanto etapa de gestación y crisol de su trayectoria posterior, un momento en particular —aquel que dividió juventud y edad madura— fue el periodo elegido como objeto de estudio. Las dudas, sin embargo, surgen línea a línea: ¿cuáles son los límites entre realidad e imaginación? ¿Por qué prohibir los inventos o la memoria estilizada en relación con quien hizo de esos artificios una forma de existencia? ¿Cómo evaluar los testimonios vertidos en nombre propio o ajeno? ¿Resulta lícito indagar en la esfera privada de una figura reconocida por sus méritos en la arena pública? ¿Qué aportan aquellos episodios, hasta cierto punto anecdóticos, a la comprensión de unos escritos de valor universal? ¿Cómo evitar la tergiversación inherente al proceso narrativo? ¿Cuándo se convierte el relato en una nueva forma de ficción? Por encima de esas interrogantes se impone aquella otra que ninguna biografía intelectual puede dejar de responder o cuanto menos de plantear, a saber, ¿cuál es el vínculo entre la vida y la obra?

Quienes se hayan sumergido entre las cubiertas de *Verano*, libro al que se hace referencia, saben que los acertijos no terminan con esas múltiples preguntas. Los enigmas se acentúan al advertir que se trata de una novela de autoficción que Coetzee mismo ideó, en una irónica fabricación de su propio viaje existencial entre los mundos de la prosa.¹ Pero lejos de invalidar la

¹ COETZEE, *Verano*. Esta autobiografía novelada se completa con otros dos títulos del mismo autor: *Infancia y Juventud*, y fueron en su conjunto publicados en *Escenas de una vida de provincias*.

reflexión, ese experimento literario pone en guardia contra las trampas que acechan al género biográfico, que en el fondo no es sino un intento por entender y enmarcar los orígenes y el desarrollo de una identidad. En virtud de tan familiar como misterioso objeto, apenas sorprende la fascinación que este tipo de empresas sigue ejerciendo en el lector contemporáneo, sobre todo entre quienes buscan un reflejo de sí mismos en el espejo del otro. Y viceversa. Sin embargo, si algo enseña la composición de una obra de esta naturaleza es que los resortes y entresijos de la personalidad siempre permanecerán hasta cierto punto ocultos, evasivos ante la mirada y refractarios ante cualquier esfuerzo de cabal intelección. Lo que aquí se ofrece, por ende, no es la vida de José Gaos, en su pureza temporal, sino tan sólo el resultado de un doble proceso de reconstrucción.

El primero corresponde a las imágenes que él mismo fue fraguando en el transcurso de sus días y cuyos resultados sucesivos anotó diligente en borradores, diarios, apuntes, correspondencia y diversos pasajes dispersos en su obra. La constancia con que se entregó a esos ejercicios rememorativos y de introspección respondía a la centralidad del sujeto en su proyecto filosófico. Éste consistía, en uno de sus ejes principales, en demostrar el carácter histórico de nuestra especie y, más en particular, el sustrato autobiográfico que subyace en todo producto de la cultura. Pese a su apariencia abstracta y ambiciones de absoluto, la filosofía no era la excepción, sino que se enraizaba en la experiencia individual y colectiva de sus cultivadores. De ahí que aportar pruebas relativas al origen personal de las ideas fuera el cometido que con mayor ahínco persiguió y que también explica la infatigable reflexión que consagró, sin prisa y sin pausa, a su propia actividad intelectual. Así se entiende, igualmente, que entre sus abundantes “confesiones”, tanto publicadas como inéditas, figuren profusos pormenores relativos a sus vivencias, lecturas y recuerdos, registrados con tanta minuciosidad que con frecuencia aparecen con la fecha inscrita al margen. La articulación entre el yo y sus circunstancias, elementos centrales en el pensamiento de José Ortega y Gasset, se convirtió en un instrumento heurístico y en un método de investigación susceptible de fundir aquellos legendarios polos: lo singular y lo universal.

Que esas informaciones representen una fuente de inestimable valor para los propósitos de una biografía resulta evidente. Esa suma habilita, no sólo para establecer una ceñida cronología, junto con los pormenores, juicios y reacciones que acompañaron ciertos episodios, sino para identificar los centros de confluencia que se extendían, según el biografiado, entre su

vida y su obra. Seguir los puntos que llevaban de una cadena de incidentes —algunos en apariencia nimios y otros investidos de mayor envergadura— hasta cierta concepción del mundo formaba parte de los objetivos que se impuso en el esfuerzo por vincular experiencia cotidiana y configuración de un pensamiento. Sería un desacierto, no obstante, pretender que esas piezas bastan para armar un completo rompecabezas biográfico, como también lo es suponer que este último, ensamblado con el cuidado y detalle adecuados, sería suficiente para comprobar o invalidar la tesis de la filosofía como confesión personal. El problema de tal operación no reside tanto en la imposibilidad de encontrar un correlato existencial por toda premisa, concepto e idea por él postulados, cuanto en el error de imaginar que ambos géneros se corresponden sin residuos o que convergen en cada una de sus partes.

Que la univocidad y la transparencia no reinan entre biografía y autobiografía aparece con mayor evidencia, al considerar las ambigüedades que rigen la experiencia y su resignificación al transformarse en escritura. “Las historias son contadas y no vividas; la vida es vivida y no contada”, recuerda Paul Ricoeur, citando a un comentarista. Sin embargo, agrega a continuación, “una vida no *examinada* no es digna de ser vivida” y toda vida examinada es, por definición, una vida interpretada y narrada.² Vida y narración van, por lo tanto, de la mano, lo cual no equivale a afirmar que el paso de una secuencia de sucesos a un relato ordenado se encuentre libre de intermediarios. Entre el acontecer y la experiencia consciente, así como entre la vivencia y la prosa, se inserta un conjunto de mediaciones, como lo son la puesta en intriga o configuración de un relato, los modelos narrativos que ofrece la tradición y cierto simbolismo, compuesto de signos, reglas y normas que prestan inteligibilidad a la acción. De ahí que quien busque conocer a un autor a partir de sus escritos autobiográficos deba tomar en cuenta esa suma de elementos, en la inteligencia de que sus esfuerzos únicamente lo conducirán al proceso expresivo de una identidad narrativa.

Habría que añadir, por lo demás, que si las notas autorreferenciales constituyen una vía privilegiada para trazar un retrato ajustado que sortee, al mismo tiempo, los riesgos del psicologismo, también sobre ellas rigen las leyes de la observación. Éstas nos enseñan que los instrumentos empleados para conocer un objeto inciden sobre aquello mismo que se quiere observar.³

² RICOEUR, “La vida: un relato en busca de narrador”, p. 193. *Cursivas en el original.*

³ Véase WATZLAWICK y KRIEG (comps.), *El ojo del observador*.

No fue otra cosa lo que Gaos admitió para sí, al reconocer que “el único método para confesarse de raíz no es in-speccionarse, sino producirse”.⁴ *Producere*, conducir hacia delante, constituía, por consiguiente, el objetivo asignado al incesante escrutinio a que se sometió, concebido desde una perspectiva moral o de conformación de una conducta. El carácter creador, autopoietico, de la disciplina escrituraria se le apareció como el corolario, a la vez deseado y forzoso, implícito en aquellas anotaciones personales.

La autobiografía, sostiene Philippe Lejeune, uno de los principales estudiosos de este género, puede definirse “como un relato retrospectivo en prosa que alguien escribe ocupándose de su propia existencia, en el que se centra en su vida individual y en particular en la historia de su personalidad”.⁵ La seriedad analítica con que Gaos navegó en esa corriente aumenta el interés que por sí mismos suponen los escritos en que meditó acerca del pasado. Conocedor de los equívocos que entranpan la memoria, pero sin renunciar a su proyecto autobiográfico, en alguna medida fue consciente de aquello que Michel Foucault denominó, varias décadas más tarde, las “tecnologías del yo”: las “que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad”.⁶ Se trata, por consiguiente, de los controles que todos practicamos, de modo consciente o inconsciente, en el proceso de construcción identitaria, un proceso fragmentario y pluriforme, continuo mas no lineal. Ahora bien, la singularidad de Gaos reside en haber buscado hacer patentes los mecanismos que regulaban su conciencia y en haber a la postre comprendido la complejidad indiscernible del sujeto.

El tránsito de las representaciones de sí a las representaciones del otro o, dicho de otro modo, entre la autobiografía y la biografía, constituye el segundo nivel de reconstrucción al que se hizo referencia en un inicio. El cambio de observador, junto con los alcances y limitaciones que conlleva cada postura, no es el único viraje que de esta manera se actualiza. También se introduce un régimen de discurso radicalmente distinto, expresado, en primer término, en las reglas y objetivos que distinguen ambos géneros. Así,

⁴ AJG, 4, exp. 5, f. 62896, 28 de noviembre de 1959.

⁵ Cit. en EAKIN, “Introducción”, p. 11.

⁶ FOUCAULT, *Tecnologías del yo*, p. 48.

por ejemplo, mientras que quien incursiona en la autobiografía tan sólo se compromete a transmitir el relato con autenticidad y veracidad, lo que podría denominarse “pacto biográfico” impele a buscar cierta exactitud histórica.⁷ Este hecho implica someter cualquier documento, incluidos los de carácter testimonial, a distintas operaciones historiográficas, como lo son el análisis, la crítica y la verificación. Por obra de esos procedimientos, todo vestigio se convierte en “fuente” y, con ello, se transforma su sentido.⁸ De ahí que franquear la brecha entre autobiografía y biografía, lejos de reducirse a ordenar ciertos datos vertidos en primera persona, suponga un desplazamiento cercano a la reinención.

Además de llamar a lecturas diferenciadas, el acceso a cierto tipo de documentos autobiográficos impone consideraciones relativas al orden de la ética. Aun cuando los que aquí se han empleado pertenecen al dominio público, queda abierta la pregunta acerca del derecho a la privacidad del que todos gozamos, sin exceptuar a quienes permanecen vivos en el recuerdo de familiares y amigos. La relevancia que encierra esa cuestión emerge con mayor claridad, al advertir que la narrativa se basa, en aspectos fundamentales, en los diarios que Gaos fue llevando desde finales de la década de 1930 y hasta su fallecimiento, acaecido en 1969. La naturaleza personal de esas anotaciones no significa, empero, que escribiera sólo para sí o que estuvieran destinadas al sepulcro. Por el contrario, la posibilidad de que esos cuadernos cayeran en manos ajenas no le fue en ningún momento desconocida, como lo sugiere el hecho de que más de una vez recurriera a claves u omitiera los nombres de las personas aludidas. No menos revelador resulta que, pese a haberse convencido de que la muerte lo acechaba desde 1958, momento en que sufrió un primer ataque cardíaco, nunca se decidió a destruirlos. La razón es evidente: en el fondo sabía que, entreverados con comentarios de ocasión y con confidencias delicadas, se encontraban algunas de sus mejores ideas, así como un camino que entroncaba con su obra. A ello sin duda se debe que entregara a la imprenta numerosos registros bajo la figura de aforismos, en un deseo deliberado por difundir las reflexiones vertidas en la soledad del escritorio. En cuanto al resto, afirmó, “a una parte no he logrado todavía darle un mínimo decoro mental o verbal, y la otra parte es de una índole privada y hasta íntima, que no sufriría

⁷ Acerca de estos puntos es posible consultar LEJEUNE, *El pacto autobiográfico*, pp. 49-87 y 123-147.

⁸ Véase CERTEAU, “La operación historiográfica”.

la publicación sino, a lo sumo, en obras póstumas, de merecerlas, cosa de la que no estoy nada seguro, y aún quizá sólo más tarde”.⁹ A conciencia optó por dejar las cubiertas de sus diarios entreabiertas.

De mucho mayor peso que la venia implícita por parte del autor, hay una razón más para escharbar en aquellos cuadernos de trabajo, a saber, que esas anotaciones, aunque en su mayoría inéditas, constituyen un pilar de su pensamiento y quehacer profesional. De ello da cuenta el argumento aducido para someterse a esa disciplina cotidiana, tal como quedó puntualizado en una página suelta, fechada el 26 de diciembre de 1941: “La vida intelectual se produce en ocurrencias e inspiraciones que se pierden si como tales no se recogen, cuantas no entran en la organización de obras *llevadas a cabo*. Resuelvo recogerlas”.¹⁰ El diario se confundió así con un dietario filosófico en el que día con día ejercitaba la pluma y ponía a prueba su capacidad ideatoria. Leer las sucesivas entradas que componen aquellas libretas equivale, por lo tanto, a introducirse en el taller del pensador, a observar las materias primas dispersas sobre el suelo y, en ciertos casos, incluso a conocer algunas piezas acabadas. Las posibilidades que de esta forma se abren a una biografía de tipo intelectual difícilmente podrían ser más atractivas. Entre ellas destaca la de comprender la creación como un proceso en marcha, en donde los hiatos, lagunas y retrocesos figuran en pie de igualdad con las continuidades. Sólo abriendo un espacio a la libertad y a la contingencia podrá reconocerse que la gesta de las ideas no recorre inevitablemente una trayectoria ascendente y se matizarán dos problemas que con frecuencia conlleva el enfoque retrospectivo: el de la linealidad y el de cubrir los desarrollos bajo el peso de la necesidad.

Si convertir lo latente en patente representa la tarea cardinal de la historia como disciplina, no menos lo es para su vertiente intelectual. A ello responde que la obra de un autor —el aspecto manifiesto— conforme tan sólo el punto de partida para un estudio semejante. El lado oculto o latente se encuentra en todo aquello que la hizo posible, comenzando por los contextos, trasfondos y articulaciones que se sitúan detrás de la palabra impresa. Dicho de otro modo, el desafío consiste en recrear un mundo, tarea insuperable en toda su extensión, pero que constituye la única manera para intentar escuchar las voces que lo habitan. De aceptar esas premisas, el re-

⁹ AJG, 4, exp. 4, ff. 62322-62323, 15 de mayo de 1959. Este pasaje se encuentra reproducido, con importantes modificaciones, en YAMUNI TABUSH, “Prólogo”, pp. 22-23.

¹⁰ AJG, 2, exp. 34, f. 35931. Cursivas en el original.

paro que por lo común se erige contra este género historiográfico, en el sentido de que “por definición, el hombre del pensamiento se da a leer a través de sus publicaciones y no en sus pormenores”,¹¹ pierde sustento y vigencia. No se trata, desde luego, de que libros como *Dos exclusivas del hombre* o *De la Filosofía* resulten por sí mismos ininteligibles. Aquí se argumenta, simplemente, que su significado no se agota con su contenido explícito y que sólo ampliando el espectro de lectura se podrá descubrir que los enunciados teóricos también denotan una respuesta práctica a las problemáticas y circunstancias que una época plantea. Más aún, si todo discurso contribuye a construir significados, ninguno puede sustraerse a las convenciones vigentes, entendiendo por éstas las fronteras, sin duda maleables y con frecuencia invisibles, que en cada momento limitan la representación. Leer entre líneas, de tal modo que el autor aparezca como un enunciante dentro de un entramado discursivo complejo, forma parte de los imperativos exigibles a la llamada “nueva biografía”.

El lazo entre agentes y espacio social se anuda por ambos extremos: mientras que los entornos permiten comprender la palabra desde su lugar de enunciación, los individuos representan, a su vez, una ventana al mundo o al menos a aquel que les tocó en suerte. Desde esa perspectiva, un libro como el presente constituye un ejercicio de microhistoria, en donde los grandes procesos se tornan visibles mediante la lente de un individuo en situación. Aunque no exento de inconvenientes, en el sesgo que de esta forma se introduce reside el principal atractivo del enfoque, a saber, reducir la escala hasta recuperar la dimensión social y humana de la Historia. De ahí que episodios de carácter global, como la llamada Guerra Fría, occidental, como el exilio republicano español, o local, como la profesionalización de la filosofía en México, adquieran un cariz distinto cuando se observan desde ese mirador particular que fue la vida de José Gaos. Respetar la singularidad de esa óptica ha dependido de obedecer una norma elemental: evitar trascender, en lo posible, el radio de visibilidad del que él mismo disponía. Además de acotar la investigación, facilitando elegir escenarios al momento de situar la narrativa, ese postulado ha permitido recrear los juegos de luces y de sombras que permean toda mirada, pero sin que esto implique renunciar al conocimiento histórico producido desde entonces. Tampoco significa ceder ante aquellas formas de empatía que conducen a hacer causa común entre biógrafo y biografiado ni que este último haya

¹¹ DOSSE, *El arte de la biografía*, p. 377.

sido un observador cualquiera. Lejos de ello, en la medida en que participó de modo destacado en el medio cultural mexicano y en que contribuyó a redefinirlo, su figura proporciona un observatorio privilegiado para reconstruir ciertos contextos del pasado. Esa condición ha habilitado para conocer el desarrollo de varias instituciones clave en la vida académica del país, así como para identificar algunas temáticas y preocupaciones que compararía con sus contemporáneos. En un punto intermedio entre los grandes estadistas y el resto de nosotros, los “hombres de la calle”, su presencia alcanzó tales proporciones que sin ella resulta incomprensible la historia intelectual en México de mediados del siglo xx. Tal vez incluso más. Esta biografía sucumbe, por ende, a un reparo que se yergue contra el género y a la vertiente en que se inscribe, esto es, ocuparse de manera preferente con las personalidades señeras de una época. No obstante, la posibilidad de recorrer los múltiples campos en que Gaos se desarrolló —lo que podría denominarse su “transversalidad”— quizás contribuya a atemperar tan importante reproche.

No todos los puntos ciegos proceden de las limitaciones que impuso el mirador elegido. Algunas de las omisiones más significativas, como las que conciernen a su niñez y juventud, responden a un acto deliberado, tributario, a su vez, de la concepción general de este libro. Si bien el lector hallará referencias a una y otra edad en tanto antecedentes y fase formativa, en esta ocasión se ha aceptado la invitación que en su famoso artículo, “Freud y Lacan”, Louis Althusser extendió a los biógrafos, es decir, a no pretender explicar el pensamiento de un autor por sus inicios ni a emprender la arqueología de una vida comenzando por sus orígenes genéticos. “El retorno a Freud —afirmó— no es un retorno al nacimiento de Freud, sino a su *madurez*.”¹² Con esta última etapa coincidió el arribo de Gaos a lo que él mismo denominó “patria de destino”, realizando en México sus principales obras y lo esencial de su labor educativa. Con aquella “segunda vida” —también según sus propios términos— empieza, por consiguiente, el presente trabajo que ni aun así delimitado ha logrado abarcar todas las dimensiones que ese periodo comprende.¹³ En particular, algunas de sus tareas, como las desempeñadas en el Mexico City College, tuvieron que ser delegadas, por motivos materiales y de tiempo, a otros momentos, personas y lugares. Es

¹² ALTHUSSER, “Freud y Lacan, 1964”, p. 16. Cursivas en el original.

¹³ GAOS, “Confesiones de transterrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 545.

de reconocer que nada en el planteamiento mismo justifica excluir esas actividades en su itinerario profesional, de relevancia para comprender la transmisión de saberes, si bien también es cierto que pretender agotar un tema de estudio siempre conducirá a una utopía, cuando no al autoengaño. Incluso podría sugerirse que si en el caso de una biografía estas ausencias resultan más notorias, ello se debe a que sobre el género pareciera erigirse el imperativo de la exhaustividad. La aparente unidad del objeto —una vida, cuyos márgenes se ubican entre las fechas de nacimiento y muerte— ha concurrido a que con frecuencia se busque examinar al biografado en todos sus detalles y facetas. A lo cual es dado simplemente objetar que ninguna obra semejante, por más pormenorizada que sea, logrará contener la totalidad de una existencia ni, mucho menos, reproducir el flujo natural de nuestros días sobre la Tierra.

A subrayar el desplazamiento que se opera entre vida vivida y vida narrada responde la organización en cuatro grandes ejes temáticos o partes. Así, la Primera parte se titula “José Gaos en el exilio” y corresponde a sus primeros años de residencia en nuestro país, junto con los antecedentes inmediatos que condujeron a ese difícil traslado. La Segunda, “José Gaos, transterrado”, comienza al hacerse evidente que su estancia en México será más prolongada de lo previsto, con lo cual da inicio la inmersión en el pensamiento y particularidades del país receptor. La Tercera, “José Gaos, filósofo y traductor”, comprende su desempeño en la Universidad Nacional Autónoma de México, así como sus ideas acerca de educación desde distintos ángulos y aspectos. Por último, la Cuarta parte, “José Gaos, maestro de maestros”, busca explicar la comunicación intelectual con sus contemporáneos y, sobre todo, la formación tanto de filósofos como de historiadores muy destacados, pertenecientes a distintos grupos generacionales.

Este conjunto se halla dividido, a su vez, en 15 capítulos. Con algunas excepciones, como el capítulo 5 que inicia en 1935 y el 15 que arranca en 1966, el resto comienza en 1938, momento en que Gaos se trasladó a América. Esa disposición ha permitido abordar los distintos aspectos de su trayectoria bajo la forma de procesos, evitando dotarlos de coherencia y depurarlos de contradicciones, vacilaciones y titubeos. Al deseo de restituir el carácter contingente de todo recorrido se debe igualmente que se insista en los proyectos inconclusos casi en la misma medida que en los que llegaron a buen término. Esas consideraciones expositivas han conducido a que actividades que se desarrollaron de manera simultánea con frecuencia aparezcan a muchas páginas de distancia y a que el paso ordena-

do del tiempo constituya un referente organizativo mas no obligatorio en el curso de la narración. El resultado ha sido una serie de capítulos que, pese a guardar cierta cronología global y remitir entre sí, pueden leerse de manera autónoma.

Aunque provisto de un enfoque distinto y de mayor amplitud en sus contenidos, es de resaltar que no es éste el primer ensayo biográfico que se dedica a José Gaos. A diferencia de otros, como Henri Bergson y Martin Heidegger, quienes rechazaron la pertinencia y validez de la biografía, él mismo solicitó expresamente la elaboración de un estudio con esas características.¹⁴ Tal fue la tarea que encomendó a Vera Yamuni, según su propio testimonio, o al menos así justificó el libro *José Gaos, el hombre y su pensamiento*. La cercanía que mantuvo con el profesor durante poco más de un cuarto de siglo sin duda hacía de ella la persona indicada para desempeñar esa labor. No obstante y quizás debido a esa misma relación, su relato adoptó una estructura lineal, en la que menciona más que analiza datos relevantes en la vida del maestro. Más próxima en el tiempo, Teresa Rodríguez de Lecea ha contribuido igualmente a establecer su trayectoria, a partir de varios artículos en los que indaga acerca de su desenvolvimiento previo al exilio mexicano. Como parte de esta breve relación, no puede omitirse la conmovedora semblanza que Ángeles Gaos de Camacho elaboró hace unos cuantos años y que lleva por título *Una tarde con mi padre*. De entre esas páginas de tono intimista surge la imagen del hombre en su vida cotidiana, con sus virtudes, defectos y aberraciones, y sobre todo, puesto que es lo que confiere singularidad a ese texto, fuera del salón de clase.

Como corresponde a quien fuera un fecundo autor, un inspirado maestro y un activo colaborador en distintas facetas de la vida cultural y universitaria en México, Gaos ha sido objeto de alrededor de un centenar de artículos y de casi una veintena de libros. Un segmento importante de esa abundante bibliografía consiste en ensayos especializados, entendiéndolo por ello el comentario y explicación de algún tema, categoría o dimensión de su pensamiento. Por ese motivo, han constituido complementos y herramientas analíticas para esta investigación, en la que no se ha pretendido sustituir y menos aún agotar el examen atento a los argumentos y postulados filosóficos. En la medida en que se concentran en la dimensión que más

¹⁴ El primero dejó instrucciones explícitas de que no se le elaborara biografía alguna, mientras que el segundo afirmó que ésta “nunca nos permitirá conocer lo que verdaderamente pertenece a una existencia filosófica”. Recojo estos datos de Dossé, *El arte de la biografía*, pp. 377-379.

se ha valorado en la región, también son de mencionar los numerosos ensayos en que se evalúa su participación en el cultivo y desarrollo de la historia de las ideas en América Latina. En cuanto a sus prácticas docentes, los testimonios que dejaron algunos discípulos —principalmente a raíz de las conmemoraciones luctuosas que se celebraron entre 1969 y 1970, y, posteriormente, en 1979, décimo aniversario de su fallecimiento— han resultado de particular utilidad.

Como imágenes de un proyector, han ido así apareciendo diversas facetas de su pensamiento, personalidad y actividades, iluminando alguna, dejando en la oscuridad el resto. Por fortuna, en virtud de artículos sucesivos en los que han ido matizando interpretaciones e integrando distintas dimensiones, algunos autores han avanzado hacia una comprensión más global de su figura. Entre ellos destacan Fernando Salmerón y Andrés Lira, quienes a lo largo de los años se han esforzado por ofrecer una visión más completa de quien fuera su maestro. De muchos de esos ensayos se ha nutrido la presente obra, ya sea como instrumentos para comprender las ideas de Gaos o como una valiosa compañía al momento de establecer su itinerario vital, intelectual y docente. Esos escritos no han sido, sin embargo, su único sustento: como la historia en general, la biografía tiende a alimentarse de los muertos, si bien, con ese ejercicio necrófilo, también los reintegra al ciclo de la vida. Tal es el propósito que rige estas páginas.

PRIMERA PARTE
JOSÉ GAOS EN EL EXILIO

JOSÉ Y SUS HERMANOS

Expresión de la frágil convivencia entre los hombres, migración, éxodo y exilio son algunas constantes que atraviesan la historia de la humanidad. A la manera de placas tectónicas, en estos desplazamientos se ha ido configurando, sutil o violentamente, la topografía de las culturas. Aunque el fenómeno resulta consustancial a nuestra vida en el planeta, no es casual que el término “globalización” surgiera en el siglo xx, momento en que la movilidad transfronteriza se intensificó hasta erigirse en uno de sus rasgos distintivos. “Tiempos líquidos” es la expresión con que Zygmunt Bauman caracterizó la era moderna. En el estado acuoso, las certezas que daban firmeza al tejido social se escurren entre los dedos, dejando la mano entumecida por el frío contacto con la incertidumbre. Entre las víctimas de esos manantiales de agua helada se encuentran los refugiados que, bien dice el autor, “no *cambian* de lugar; *pierden* su lugar en el mundo”.¹ Una vida líquida, sin suelo firme al cual anclarse, ha sido el destino de los nuevos naufragos de la modernidad, pero que en cierto modo prefigura el derretimiento general que padecen las sociedades de nuestros días. El exiliado aparece así como símbolo de la edad contemporánea, cara visible de un encuentro forzado que remite a aquella otra, la invisible, del desgarro y la pérdida.

Entre las corrientes migratorias modernas, el exilio republicano español ha merecido un lugar especial, tanto en la memoria como en la historiografía nacionales que, en su conjunto, han venido a exaltar las figuras de Lázaro Cárdenas y de algunos de sus más distinguidos protegidos de ultramar. Las contribuciones que los exiliados españoles aportaron a nuestro país alimentaron el mito que durante largo tiempo rodeó su recibimiento, por lo que con frecuencia se olvida que fue al grito de “¡ahí vienen los rojos!” como se acogió a los “hermanos refugiados” del discurso oficial. Con esa interjección se anunciaba el próximo arribo de 1 200 miembros de las Brigadas Internacionales que, sin posibilidad de regresar a sus patrias de origen,

¹ BAUMAN, *Tiempos líquidos*, p. 67. Cursivas en el original.

serían albergados en la nuestra. Muy pocos de esos “hombres que contienen un alma sin fronteras” y “una esparcida frente de mundiales cabellos” alcanzaron las costas mexicanas y, en amarga ironía, un gran número terminó sus días en campos de concentración franceses o soviéticos.² Las puertas del país se abrieron con mejor fortuna para muchos otros de sus compañeros de lucha que decidieron, ante la inminente o ya efectiva derrota republicana, buscar un refugio al oeste del Atlántico. No eran los primeros como tampoco fueron los últimos. Desde 1936, al inicio de la contienda en España, había comenzado un sutil goteo de naufragos que fue aumentando hasta parecer, a ojos poco amistosos, una verdadera inundación.³ En ese torrente nadó y salió a flote José María Enrique Esteban Gaos y González-Pola, a quien sus amigos llamaban simplemente “Pepe”. Había zarpado de Barcelona en junio de 1938, portando como salvoconductos un pasaporte diplomático y un permiso para ausentarse durante tres meses de los territorios en guerra, este último concedido en virtud de la “alta competencia científica y de probada adhesión al régimen republicano” que en él concurrían.⁴

No deja de sorprender que el lenguaje administrativo diera con fórmulas tan atinadas para describir a su objeto. “Alta competencia científica” era, de hecho, lo menos que podía decirse de aquel joven profesor de filosofía que entonces ocupaba la rectoría de la Universidad Central de Madrid. De su “probada adhesión al régimen”, por su parte, daba cuenta una trayectoria política orientada hacia el sostenimiento de la Segunda República española. Ese itinerario dio inicio en 1931, cuando se incorporó a la Agrupación

² Los versos corresponden al poema de Miguel Hernández, “Al soldado internacional caído en España”, véase HERNÁNDEZ, *Viento del pueblo*, p. 55.

³ El número de exiliados españoles ha sido objeto de polémica y hasta la fecha no ha podido determinarse con exactitud. Según estimaciones recientes, a México llegó entre 10 y 15% del contingente republicano, es decir, entre 18 000 y 20 000 refugiados que, frente a los casi 20 millones de mexicanos que vivían entonces en el país, representaba a lo sumo 0.1% de la población total. Es por este motivo que, según Dolores Plà Brugat, de quien retomo esta información, “si el exilio fue importante para México es por razones que no tienen que ver con la cantidad, sino con las características de esta emigración”, véase PLÀ BRUGAT, “Los refugiados españoles en México”, p. 540. También Clara E. Lida, en los distintos escritos que ha dedicado al exilio de 1939, ha insistido en su carácter excepcional debido a que estaba compuesto por los cuadros profesionales, técnicos y laborales mejor preparados de la España republicana. Véase LIDA, *Inmigración y exilio*, y *Caleidoscopio del exilio*, en particular, pp. 21-65.

⁴ Carta del Secretario General del Ministerio de Defensa Nacional dirigida al Subsecretario de Instrucción Pública, fechada el 24 de mayo de 1938, AGA, consultado en formato microfilm, AJG.

al Servicio de la República, asociación que José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala idearon para ayudar a construir el nuevo Estado. La misión de Gaos consistía en organizar la sección aragonesa, cometido en apariencia sencillo pero que al parecer superó las fuerzas del todavía inexperto gestor. En cuanto hubo que designar a un delegado para asistir a una asamblea general, las riñas e intrigas internas comenzaron a aflorar, con lo cual su idealismo muy pronto adquirió los lúgubres colores del desencanto. “Hasta ahora —escribió a su maestro Ortega y Gasset— nos habíamos movido en la Agrupación por móviles y fines objetivos e impersonales. Y yo me había volcado, puedo decir, por ellos y por servir a Ud. en ellos.” No obstante, continuaba, “han aparecido en la Agrupación los intereses subjetivos y personales [...]. Me encuentro bajo una impresión de repugnancia, de mal sabor, de tristeza [...] porque empieza, o sigue, la rebatía de los puestos y [los] cargos.”⁵

Pocas semanas más tarde, al adquirir la Agrupación el estatuto de partido político, presentó su renuncia. Había expuesto sus razones en la carta recién citada y radicaban en las diferencias de fines y métodos que distinguían una y otra forma de reunión. Asimismo, agregaba, “muchos adheridos a la Agrupación, acaso la mayor parte, pertenecemos ya a mi partido, y es lo más probable que la mayoría de los que nos encontramos en esta situación, puestos a optar entre el viejo y el nuevo, optásemos por la fidelidad al viejo”.⁶ Gaos hacía referencia al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), asociación política a la que había ingresado, bajo el auspicio de Fernando de los Ríos, poco antes del advenimiento de la República. Como prácticamente toda decisión en su vida, su militancia fue producto de una acuciosa reflexión y, sobre todo, de cuidadosos razonamientos. Tomando como premisa que “únicamente los partidos obreros quieren de veras la reforma de la sociedad”, el espectro de posibilidades se reducía a tres alternativas: los partidos anarcosindicalista, comunista y socialista. Ahora bien, mientras que los dos primeros pecaban, a sus ojos, de fragilidad ideológica o de radicalismo sectario, el tercero “pasaba entonces por un partido sesudo, respetable, en que podían ingresar profesores sin correr más peligro de ser juzgados extremistas que justamente el necesario y suficiente para poder pasar por [más] avanzados y originales que la generalidad de los compañeros”.⁷

⁵ Carta a José Ortega y Gasset, fechada el 20 de mayo de 1931, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 140-141.

⁶ *Ibid.*, p. 136.

⁷ AJG, 2, exp. 1, f. 30131.

Más decisiva que cualquier criterio de conveniencia fue la relativa laxitud teórica que regía dicha agrupación y que no exigía, en tanto izquierda moderada, comunión estricta con el pensamiento marxista. Este hecho resultaba central para Gaos, quien estimaba todas las filosofías como igualmente verdaderas. Ello significaba que, en su ideario filosófico, el materialismo dialéctico ocupaba el lugar de una doctrina cualquiera, contraviniendo de esta forma las pretensiones de absoluto que esgrimían numerosos conversos. De igual modo inadmisibles le resultaban ciertos postulados emblemáticos de la corriente, como, por ejemplo, el que se refiere a la misión histórica del proletariado. En efecto, reflexionó, aun aceptando que éste constituyera el fondo mismo de la negatividad, “¿por qué la vida nueva ha de salir de lo peor? Sería cosa de pensar que sólo podría salir de los que fuesen excepción a la decadencia general”.⁸ El argumento inverso —que lo mejor únicamente emana de idéntico sustrato— resultaba más afín a su propia sensibilidad, convencido de que el progreso era obra de minorías egregias. Su análisis aristocrático —en la acepción original de “gobierno de los mejores”— concluía en que, de actuar en función de la verdadera estructura social, “no habría estancamiento de la vida humana en la beatitud animal de la masa, porque a las personalidades nada les estaría vedado: ni el destrozarse en guerra, si lo sentían necesario”.⁹

El mito de los grandes hombres, aptos en virtud de sus mejores capacidades para decidir acerca del curso del mundo y guiarlo, ora hacia su conservación, ora hacia su ruina, reaparece en este joven Gaos, lector de Nietzsche y de Dostoievski. ¿Se consideraba a sí mismo una de esas personalidades rectoras del destino intramundano? Sí y no. Él era, como alguna vez se describió Max Weber, un burgués con conciencia de clase, que no ignoraba ni la alta misión de la cultura ni el carácter elitista del conocimiento. Abrirse un camino por las sendas del saber dependía de las dotes intelectuales respectivas y, según sus cálculos, las propias le permitirían convertirse nada menos que en “el Cajal o el Pidal de nuestra filosofía”,¹⁰ tal como

⁸ AJG, 1, exp. 70, f. 13699.

⁹ AJG, 4, exp. 2, f. 60174.

¹⁰ Carta a Antonio Moxó, fechada el 28 de octubre de 1927, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 126. Gaos se refería a Santiago Ramón y Cajal, cuya instrumentación de un riguroso método científico desembocó en valiosas investigaciones en el campo de la histología, valiéndole el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1906. El otro personaje citado es Ramón Menéndez Pidal, conocido, entre otras cosas, por haber adoptado métodos científicos en su área de especialidad, la filología hispánica.

escribió a su amigo Antonio Moxó en el entusiasmo de su compartida primera juventud. Su propósito consistía en ser para España lo que Kant fue para Alemania, es decir, conducir el pensamiento por el camino seguro de la ciencia y, en mayor consonancia con los tiempos que corrían, revelar los fundamentos sociales e institucionales que subterráneamente lo sostenían.

La elevada idea que Gaos albergaba sobre su futuro y capacidad de renovar no rebasó el ámbito estrictamente intelectual y, en el terreno de la acción, sus ilusiones fueron siempre modestas, por no decir inexistentes. Un rasgo psicológico, que él mismo definió como complejo de inferioridad, lo llevó a incluirse en el grupo de los débiles y a desarrollar un temperamento introvertido. A ello sin duda se debe que la dicotomía entre personalidades y masas no le resultara tan atractiva en el plano político y que se decantara por aquellas formas de gobierno que privilegian el uso de mecanismos impersonales y el respeto por el individuo, en todas sus dimensiones. Sus inclinaciones políticas lo acercaban, pues, a esa larga tradición que, en sus dos principales vertientes de habla inglesa y francesa, se ha dado por llamar “liberalismo”. Para él mismo, esto significaba optar por un modelo de convivencia en que primara una libertad relativa, limitada por el respeto y la tolerancia hacia los demás. Se hubiera tratado de una versión clásica de la corriente, de no ser porque incluyó el aspecto económico entre los criterios de emancipación humana. Esto responde a que no ignoraba la tiranía que se esconde tras las leyes del mercado, fácilmente transformables en instrumentos de abuso y de dominación. Había, sin embargo, que actuar con precaución y evitar que el reparto equitativo de los medios de producción y de los bienes materiales condujera a una igualdad irrestricta, ahí donde la persona se funde en una amalgama informe y donde el todo impera sobre las partes. Dicho en otras palabras, el peligro de ese ideal de ilustre nombre, la igualdad, consistía en hacer tabla rasa de todos los hombres, cuando su valor residía en la diferencia.

A lo largo de sus días, José Gaos dedicó muchas horas de reflexión a buscar un punto de intersección entre el bienestar colectivo y el derecho de que goza toda persona a ejercer sus facultades y libre albedrío. Si la conciliación no resultaba sencilla, menos aún lo era elegir algún polo, dado que sin el primero se incurría en la injusticia y sin el segundo en la más abyecta mediocridad. Incapaz de propugnar a conciencia el principio de igualdad, poco más que un eficiente deshuesadero de sujetos, Gaos halló un ideal que no desentonaba del todo con los tiempos nuevos ni con las corrientes de izquierda moderada a las que se adscribió. Al frente de su decálogo ético y

político antepuso la justicia social, que no suponía mayor contradicción con la defensa de la persona humana, en su individualidad. En un artículo que preparó para *Hora de España* y que nunca fue publicado, la definió como “el mejoramiento material, económico, de las clases de peor posición social”, aunque aclaró que éste no representaba sino “un medio para el fin del mejoramiento espiritual, si se estiman los bienes de la cultura espiritual superiores a los de la vida material”.¹¹ Que así lo estimara él mismo es lo menos que puede esperarse de un discípulo de Ortega y Gasset, con la diferencia de que el más joven de los dos no despreció la idea de ofrendar algunas ramas de alta cultura en la hoguera del bien común. A fin de cuentas, pensaba, “el socialismo no es un derecho del pueblo, es un deber de la aristocracia”.¹²

Ni revolucionario ni radical, Gaos encontró en el partido socialista el cauce más adecuado a su particular ideal de justicia. Tan cabal fue su compromiso que, en vista de que el partido deseaba completar la candidatura con un profesor, en 1931 acordó contender por una diputación de Zaragoza, ciudad en donde residía desde hacía un año. Quizás debido a su falta de experiencia o a que su figura no resultó atractiva a los ciudadanos de Aragón, el improvisado candidato falló en el intento de obtener un escaño en las Cortes.¹³ A juzgar por los resultados en las elecciones, no todo dependió de su actuación personal; tampoco ayudó que los socialistas locales decidieran prescindir de toda alianza con los partidos republicanos, dado que fueron éstos quienes obtuvieron el mayor triunfo en la región. Pese a ello, lo más probable es que su ánimo no resintiera el fracaso, puesto que nunca se consideró un hombre político y, a lo largo de toda su vida, experimentó una profunda aversión ante la idea de participar directamente en los asuntos públicos. Sólo la inminencia de la República y el clima de euforia que la acompañaba lo llevaron a pensar, según confesó él mismo, “que era realmente mi deber *incorporarme* a la acción colectiva con que los hombres concurrimos a los designios de la historia”.

¹¹ AJG, 2, exp. 1, f. 30129.

¹² AJG, 4, exp. 2, f. 60667, fechado en 1946.

¹³ Pese a que el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) obtuvo el mayor número de escaños en las elecciones de 1931, ninguno de los tres candidatos socialistas triunfó en la ciudad de Zaragoza. Los resultados, según figuraron en el periódico *ABC*, fueron los siguientes: “Don Gil Gil y Gil, republicano-radical, 23.833; D. Álvaro de Albornoz y Zumiñaga, republicano radical-socialista, 22.036; D. Manuel Marraco Ramón, republicano-radical, 18.750; D. Santiago Guallar Poza, Acción Nacional, 8.121; D. José Gaos González Roa [sic], socialista, 5.658; D. Isidoro Achón Gallifa, socialista, 5.315; D. Francisco Albiñana Corralé, socialista, 4.168; D. Fernando Aragón Gómez, comunista, 3.911”, *ABC*, 30 de junio de 1931, p. 43.

Y tal vez no se equivocaba al atribuir su actuación a esa fuerza ciega que es la historia cuando mira hacia el futuro, si se considera que años después todavía recordaba algunos episodios de esa época con cierta mezcla de orgullo y asombro. Tan ajeno parecía aquel despliegue de activismo que quienes lo conocieron en México sin duda debieron esforzarse para imaginarlo en plena arena “a las masas, bien que para pedirles calma y orden, desde el techo de un coche de punto —de un viejo coche de punto; techo que se hundió, y Santiago Pi Suñer, profesor de la Facultad de Medicina, y yo caímos al interior, con algún quebrantamiento de músculos y raspones de cutis”.¹⁴

Si alguna lección extrajo de su derrota electoral, aquella se manifestó en la negativa a competir de nuevo por una vacante en las Cortes y en que a partir de ese momento limitó su participación política a cumplir con algunas obligaciones partidistas. En sus *Memorias*, Julián Marías recordaba que “Gaos era socialista, pero en la Universidad no se le notaba nada. Sus deberes, nos dijo un día, eran leer *El Socialista*, no siempre con gusto, y pagar la cuota al partido. Nos sorprendió que fuese capaz de estar afiliado a un partido, fuese el que fuese; pero lo queríamos y nos gustaba mucho su compañía siempre inteligente y jovial”.¹⁵ Sus afinidades sólo se hicieron más notorias cuando el estallido de la Guerra Civil lo obligó a incursionar de nuevo en la arena pública y a pronunciarse por uno de los polos en pugna. No había manera de evitarlo: aunque no se hubiera buscado el enfrentamiento, en la imposibilidad de permanecer al margen residía la radicalidad de la guerra, es decir, ese carácter coercitivo e implacablemente abarcador que le hacía penetrar hasta el fondo mismo de la existencia. En unas notas tituladas “Consideraciones para la política de la República”, asentaba una triste evidencia: que el conflicto bélico arrastraba, se quisiera o no, a la totalidad de los españoles, puesto que “los neutrales no son indiferentes”.¹⁶

¹⁴ GAOS, “*Confesiones profesionales*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, pp. 102-103. Cursivas en el original.

¹⁵ MARIAS, *Una vida presente*, p. 86. Cursivas en el original.

¹⁶ AHCM, *José Gaos*, c. 5, exp. 6, ff. 1-2. Años más tarde, en la tranquilidad impuesta por el exilio, Gaos concluyó que la alternativa entre abstraerse en el mundo de las ideas e involucrarse en el de la política constituía, en tiempos de conflagraciones bélicas, una mera ficción del espíritu. En retrospectiva resultaba más fácil percibir que “la llamada ‘guerra civil española’ (aunque civil lo fue sólo parcialmente) fue uno de esos acontecimientos históricos que ponen a prueba a las personas, al forzarlas a tomar posición pública: vano, aferrarse, en tales coyunturas a la vida privada; bien se sabe hoy que tal aferrarse resulta asimismo una posición pública, por paradójico que parezca, en fuerza de una dialéctica superior a la voluntad individual”, véase AJG, 2, exp. 10, f. 31815.

Pero si lo inevitable consistía en intervenir, sólo las convicciones podían resolver por cuál bando se hiciera. Las suyas lo condujeron a oponerse al fascismo y a tomar las armas en defensa de la República.

Entre el 17 y el 18 de julio de 1936, noche en que se produjo el pronunciamiento de los generales Emilio Mola y José Sanjurjo, José Gaos se encontraba en Santander, a título de profesor consejero y encargado de los cursos de la Universidad Internacional de Verano. Fue esta institución uno de los mayores triunfos alcanzados a partir de las reformas impulsadas por el Ministerio de Instrucción Pública durante el gobierno de Manuel Azaña. Como su nombre lo indica, se trataba de un centro de estudios que desde 1933 abría sus puertas, entre los meses de julio y agosto, con el fin de “romper la incomunicación entre profesores y estudiantes de distintas regiones y grados de enseñanza [y de] proporcionar a nuestros estudiosos un contacto fecundo con los extranjeros que acudan a la Universidad”.¹⁷ Los logros alcanzados sin duda colmaron las expectativas, dado que a lo largo de cuatro periodos estivales llegó a reunir entre 200 y 300 universitarios europeos, además de maestros, inspectores y profesores provenientes de diversas escuelas e institutos. Año con año se daban cita en el palacio de la Magdalena con el fin de asistir a cursos, congresos científicos, ciclos de conferencias y, en el caso de los alumnos extranjeros, empaparse de cultura española y perfeccionar su conocimiento de la lengua. La calidad del diálogo se vio garantizada por las personalidades que acudieron al encuentro, entre quienes se contaron el nobel en física, Erwin Schrödinger, uno de los fundadores de la psicología *Gestalt*, Wolfgang Köhler, el historiador holandés Johan Huizinga, el matemático inglés Bertrand Russell y el filósofo francés Jacques Maritain. Las figuras más destacadas del medio intelectual español tampoco olvidaron hacer oír su voz, por lo que quienes ahí concurren tuvieron oportunidad de escuchar la célebre ponencia de Ramón Menéndez Pidal, “El romancero en el siglo XVI”, a Miguel de Unamuno disertando sobre “Don Juan y el donjuanismo” y las lecciones de Enrique Moles sobre el “Sistema periódico”, entre muchos otros.

La vida de José Gaos se encontró unida desde muy pronto a ese centro de enseñanza, al ser nombrado, en agosto de 1932, secretario general adjunto. Lamentablemente para él, su designación no contó con el asentimiento de Pedro Salinas, su superior directo, quien por carta a Jorge Guillén se

¹⁷ Decreto fundacional de la Universidad Internacional, en MADARIAGA DE LA CAMPA y VALBUENA MORÁN, *La Universidad Internacional*, p. 218.

preguntaba: “¿De dónde ha caído ese señor Gaos? Lo conozco apenas de vista. [...] Pero ayer veo en Barcelona el nombramiento mío y el de Gaos. Me ha molestado mucho. ¿Por qué ponerme al lado a ese señor Gaos? La única prueba de consideración que podían haberme dado es dejarme trabajar con la gente que yo quisiera”.¹⁸ Ante la amenaza de que el poeta dimitiera, las autoridades ministeriales eligieron a José Antonio Rubio Sacristán para sustituir al filósofo en discordia, pero sin que al parecer mediara resentimiento alguno de su parte. Así lo sugiere el hecho de que siguiera ofreciendo sus servicios y que participara, a partir del año siguiente, como consejero, profesor y conferenciante.

En julio de 1936 la guerra lo sorprendió en ese contexto. El programa para ese verano había sido preparado con antelación y en un inicio los cursos transcurrieron como estaba previsto. Como es de imaginar, conforme al paso de los días los efectos del conflicto alcanzaron la península de la Magdalena: primero recayó la censura sobre las publicaciones de derecha, más tarde aumentaron quienes se veían en imposibilidad de acudir a la cita y, a finales de mes, buques de guerra de distintas procedencias atracaron en la ciudad para evacuar a sus connacionales. Todo esto deploraba Gaos en la carta de despedida que dirigió, a nombre de la Universidad, al gobernador de la ciudad:

Suena la hora de abandonar Santander, después de sostener lo mejor que hemos sabido, el nivel cultural de esta institución modelo, en momentos en que el ambiente general de España no ha sido ciertamente el más adecuado para el estudio y la meditación. Creemos que el tono general de la vida de esta casa ha sabido conservarse con el decoro que corresponde al pensamiento que le dio vida, no obstante las dificultades que se oponían a ello, faltos de la mayoría de los sabios profesores extranjeros y españoles, que no pudieron cumplir sus compromisos por las tristes consecuencias de la incomprensión y la ceguera de quienes ni siquiera han sabido darse cuenta de su divorcio de la opinión nacional.¹⁹

Pese a no figurar en la misiva, la guerra no dispensó a los estudiosos ahí reunidos de uno de esos amargos incidentes que décadas más tarde todavía

¹⁸ Carta de Pedro Salinas a Jorge Guillén, fechada el 28 de agosto de 1932, en SALINAS y GUILLÉN, *Correspondencia*, pp. 147-148.

¹⁹ Carta a Juan Ruiz Olazarán, Gobernador civil de Santander, fechada el 2 de septiembre de 1936, citada en MADARIAGA DE LA CAMPA y VALBUENA MORÁN, *La Universidad Internacional*, p. 196.

seguiría alimentando rencores y dificultando la reconciliación nacional. Tal incidente ocurrió el 29 de agosto, fecha en que se celebró el acto de clausura. Al decir de un informe que se presentó ante la Comisión de Responsabilidades Políticas, organismo de depuración durante el régimen franquista, ese día irrumpieron unos milicianos en la Universidad. Contaban con una orden de registro en contra de varios estudiantes acusados de fascistas. Así lo comprobó el hallazgo de unos aparatos de radio, por lo que acto seguido fueron apresados. Las páginas que completan la denuncia constituyen un detallado recuento de gestos que difícilmente congenian con la imagen de generosidad que la posteridad forjó sobre Gaos. En ellas se relatan los esfuerzos que emprendió el informante por trasladar a los seis alumnos a Madrid, donde recibirían un trato más justo. Ante la propuesta, reza el informe, “el Rector Sr. Cabrera quedó pensativo y contestó que a eso no se comprometía, pues pudieran escapársele en Francia y hacerles a ellos responsables, el Secretario Sr. Gaos opinó lo mismo”.²⁰ No hubo promesa o garantía que lograra convencerlos de salvar a los muchachos, por lo que esa misma tarde se les juzgó y sentenció por sediciosos. La lógica militar quiso que algunos de ellos formaran parte de las víctimas ejecutadas en el barco prisión *Alfonso Pérez*, en tanto medida de represalia por los bombardeos a Santander.

Como todas las historias, ésta también tiene un reverso, tal como aparece por voz de otros protagonistas. Augusto Pérez-Vitoria, profesor de química y decano de la Facultad de Ciencias de Murcia, escribió al respecto que “todos, absolutamente todos los profesores —permítaseme insistir en materia tan delicada— se preocuparon constantemente de los detenidos y secundaron [...] los esfuerzos, que fueron en vano”.²¹ En carta a José Ortega y Gasset, Blas Cabrera detalló las medidas que él mismo había emprendido, así como su infructuoso desenlace: “De acuerdo con el fiscal, Gaos redactó el recurso [de amparo] que firmé yo y me parece que también él, naturalmente exculpando a los chicos y respondiendo de ellos hasta donde era posible. Se reunió el referido tribunal y se denegó la excarcelación”.²² Agotadas sus posibilidades, el rector salió de Santander junto con el resto de la Universidad, en una arriesgada travesía a través de Bilbao y de San

²⁰ Informe presentado por Francisco Hernández Pacheco, AGA, consultado en formato microfilm, AJG.

²¹ Augusto Pérez-Vitoria, cit. en MADARIAGA DE LA CAMPA y VALBUENA MORÁN, *La Universidad Internacional*, p. 197.

²² *Loc. cit.*

Sebastián, cuando las tropas franquistas tomaron la ciudad de Irún y cerraron el cruce fronterizo. Únicamente con el oportuno envío de un buque de armada francés lograron profesores y estudiantes continuar su trayecto hacia Port Bou, momento en que la comitiva, como fiel réplica del conflicto, se dividió en dos bandos rivales. Según relató Manuel Mindán, “Gaos pretendía que entrasen todos en la zona republicana, pretextando que era él el responsable de la expedición y que los cursos de Santander eran cursos de verano de la Universidad de Madrid. Pero muchos de los alumnos se resistieron y acudieron a pedir apoyo a las autoridades francesas”,²³ éstas determinaron que cada cual siguiera el rumbo de sus convicciones. Por ese motivo, sólo permanecieron en la expedición los afectos al gobierno legítimo, prosiguiendo la marcha hacia Valencia y Madrid, a donde llegaron a mediados de septiembre.

Como era de esperar, el desafortunado incidente con que culminaron los cursos en Santander sirvió posteriormente para responsabilizar a la Universidad y a sus funcionarios de la trágica muerte de los alumnos detenidos. Más inesperado resulta que Gaos nunca mencionara el episodio ni dedicara palabra alguna en memoria de los estudiantes fallecidos. Sin hacer referencia a ningún hecho en particular, sólo dejó consignada su incapacidad para actuar de modo apropiado en situaciones sorprendidas. “Necesito estar prevenido —afirmó—, o que el estímulo sea habitual, para reaccionar adecuadamente. Caso singular es el de mi medrosidad: siempre que me he sobrepuesto al miedo, ha sido por esfuerzo de la reflexión, dignidad, voluntad.”²⁴ De ser esto cierto —y no habría por qué dudar—, cobra redoblado valor que se alistara, no bien llegó a la capital, como voluntario de las tropas republicanas. Por esos días, Max Aub dejó inscrito en su diario un testimonio de su asombro ante el curso de acción que tomaba su amigo: “24 de julio. Voy a ver a Pepe Gaos. No está. Me dicen que está haciendo la instrucción. No lo creo. Voy a ver. Le veo. Le saludo con la mano. Levanta la cabeza y las cejas”.²⁵ De hecho, tan insólita resultaba la imagen de un catedrático desfilando por las calles de Madrid que la prensa decidió erigirla en un ejemplo para todo el pueblo español y, en particular, para esos “intelectuales trotafrentes” que, al resguardo del peligro, se atrevían a lanzar heroicas consig-

²³ MINDÁN, “El magisterio de José Gaos”, p. 66.

²⁴ AJG, 4, exp. 7, f. 63598, 1 de noviembre de 1961.

²⁵ AUB, “José Gaos”, p. 81. Es muy posible que Aub recreara ese momento en retrospectiva, dado que el alistamiento de Gaos se verificó en una fecha posterior a la que figura en el relato.

nas. En contraste con ellos, los “eternos simuladores”, resaltaba la valerosa figura de “un intelectual en el frente”:

Lo hemos sabido el otro día. [...] Un hombre joven, profesor de Filosofía, además de filósofo por destino, por estrella, se juega esta estrella en las trincheras del pueblo. Colaborando a la creación de una libertad nueva. [...] Desde el retiro inmóvil y brumoso que es la cátedra, ha roto el dique para descender a la fuente viva de toda cultura que es el pueblo. El descenso que tiene, para nosotros, una evidente naturaleza de ascensión. [...]

El nombre del miliciano filósofo —concluía el aleccionador artículo— debe ser conocido de todos. Se llama José Gaos y González Pola.²⁶

Contrariamente a los informes, el aclamado miliciano filósofo no llegó a combatir en las trincheras ni a arriesgar su vida en los campos de batalla. Aunque no hubiera sido otra su intención, al cabo de un par de semanas nuevas tareas y responsabilidades lo llamaron a cambiar el fusil por otro tipo de armas. Pero habría que agregar: por fortuna, puesto que, pese a su joven edad y complexión robusta, su constitución física nunca fue la más propicia para sobrellevar los rigores castrenses. Ya en 1921, al disponerse a rendir su servicio, apuntó en alguno de sus *curricula vitae* que “la instrucción militar intensiva a que se nos sometió a los reclutas para enviarnos a África, donde se había intensificado la guerra de Marruecos después del desastre de Annual, me enfermó al punto de tener que hospitalizarme y ser dado de baja provisoriamente al cabo de unos meses”.²⁷ Las afecciones pulmonares y oculares que contrajo entonces seguirían trastornando su salud en años posteriores y le enseñaron que, de todas las ocupaciones posibles, la militar no era una de ellas. Quince años más tarde su nombramiento como rector de la Universidad Central de Madrid lo eximió una vez más de luchar en el frente.

No dejó de tener esa designación cierto cariz anómalo, suscitado por las condiciones extraordinarias que impone toda guerra. El recién nombrado rector —con sus 35 años, el más joven en la historia de la institución—

²⁶ “Un intelectual en el frente”, *ABC*, 3 de diciembre de 1936, p. 9. La nota indica que se reproducían informaciones del periódico *Claridad*, órgano publicista de la Unión General de Trabajadores (UGT) y que se distinguió por sus virulentos ataques a líderes socialistas, entre ellos Julián Besteiro, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos. De ahí que resulten tan extraordinarios los elogios dispensados a José Gaos, de la misma filiación.

²⁷ AHCM, *José Gaos*, c. 4, exp. 25, f. 2.

no reunía uno de los requisitos del reglamento, en el que se exigía que el candidato debía haber ocupado un puesto análogo en alguna universidad de provincia. Entre las personalidades que cumplían ese criterio, muchos servían en otras dependencias del gobierno o habían sido enviados como representantes al extranjero. De los que restaban, pocos eran afectos al régimen y en menor número figuraban quienes estaban dispuestos a tomar abiertamente una postura favorable a la República. Por si las limitaciones no bastaran, las autoridades ministeriales decidieron que quien desempeñara esa función debía ser socialista, pero tanto Julián Besteiro como Fernando de los Ríos rechazaron el encargo. La elección recayó así en José Gaos, quien lo aceptó de inmediato. El motivo de aquiescencia, explicó tiempo después, radicaba en que, desde que decidió ponerse al servicio del gobierno, “no he hecho literalmente otra cosa que las que me han mandado, pedido o permitido las autoridades de la República, y particularmente las del Ministerio del cual como profesor dependo”.²⁸ En consecuencia y sin que lo buscara en modo alguno, la Guerra Civil supuso para él una escalada vertiginosa en su trayectoria política y académica, pasando en cuestión de semanas de personaje secundario a figura destacada del medio cultural español.

Tal vez debido a que nunca dio una explicación pública o a que su rápido ascenso pareció injustificado, el recelo no dejó de hacerse presente en torno a su designación como rector. Ese nombramiento acaeció, no lo olvidemos, a raíz de un proceso de depuración en los centros de enseñanza que comprendía destituciones a profesores, arrestos a estudiantes y, en ocasiones, incluso fusilamientos. De hecho, entre las primeras víctimas de la purificación ideológica se encontró Manuel García Morente, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y “padre espiritual” de Gaos, según este último relató años más tarde.²⁹ Aunque ni padre ni hijo espirituales expresaron condena o arrepentimiento, el silencio que a partir de entonces se impuso entre ellos es en sí mismo elocuente, sugiriendo que quizás percibieron el encumbramiento del menor como un acto de parricidio. Tras su reencuentro con este último, ocurrido en 1963, Julián Marías todavía afirmaba no haber jamás “comprendido del todo sus afiliaciones políticas, ni su participación en la Universidad de Madrid en tiempo de depuraciones,

²⁸ AHCM, José Gaos, c. 5, exp. 14, f. 2.

²⁹ GAOS, “Confesiones profesionales”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales. Aforística*, p. 79. Julián Besteiro sustituyó a García Morente en el decanato, pero renunció al cabo de unas semanas, al verse incumplida la promesa de poner fin al programa de persecución y limpieza universitarias.

incluso la de su querido maestro Manuel García Morente y la de Ortega”. En reproche apenas velado, añadió, “sé que le dolió la destitución de su querido maestro Morente, pero no pudo o no quiso defenderlo, acaso por disciplina de partido”.³⁰

La disciplina no fue lo único que influyó en el proceder que Gaos mantuvo durante la Guerra Civil. A este elemento habría que agregar su creciente politización, común en tiempos de conflagraciones, y que se manifestó en el radicalismo que fue adquiriendo su postura conforme al paso de los días. Manuel Mindán describió la celeridad con que el maestro se transformó de simpaticante en activista en cuestión de semanas. Para septiembre de 1936, a dos meses de iniciado el enfrentamiento, el alumno recordaba haberlo encontrado “como amargado y con actitudes más duras que habitualmente”. Tal impresión sólo se fue acentuando, puesto que, rememoró perplejo, “durante este periodo el carácter de Gaos se me desdibujó; ya no era el hombre liberal que había sido siempre, apareció en él una cierta intransigencia agria y dura”.³¹ La progresiva intervención de las potencias denominadas del Eje en favor de los rebeldes aceleró el proceso y hacia 1937 sus ideas lo colocaron en los linderos del maniqueísmo. Por ese entonces se mostró convencido de que ya sólo contendían dos posturas: la de quienes, cualesquiera que fueran sus ideologías, coincidían en confinar la lucha a los esfuerzos españoles; y la de quienes no tenían reparo en avenirse a los dictados del fascismo. Con esto proscribió la amplia gama de gris de su paleta de colores, únicamente reservando los antagónicos cromáticos para identificar a las facciones en pugna.

Por todo lo anterior, sería un error confundir la oportunidad con el oportunismo en su ascenso a la rectoría y más aun tratándose de un encargo que suponía enorme sacrificio y gran valentía: sacrificio, porque las actividades administrativas y de representación nunca fueron del gusto de quien, según Ángeles Gaos de Camacho, su hija, durante los bombardeos se excusaba de descender al refugio para seguir escribiendo;³² valentía, debido a que significaba un compromiso incondicional y definitivo con la República, asumido, además, en momentos críticos, cuando las tropas rebeldes se encontraban en la provincia de Toledo y se aproximaban a la capital. Muy pronto comenzó el terrible preludio a la toma de Madrid,

³⁰ MARIAS, *Una vida presente*, pp. 421 y 144.

³¹ MINDÁN, “El magisterio de José Gaos”, pp. 66-67.

³² GAOS DE CAMACHO, *Una tarde con mi padre*, pp. 47-48.

caracterizado por esa ráfaga de proyectiles que, desde aviones Junker, descendió sobre sus calles. “Escritores, investigadores y hombres de ciencia”, a cuya cabeza se encontraba el nuevo rector, expresaron una tan enérgica como impotente protesta frente a las cruentas embestidas que se infligía a los habitantes de la urbe. “Aunque alejados del fragor de la lucha —sostenían—, nuestra voz no puede permanecer muda ni nuestra conciencia impasible ante el espectáculo espantoso de mujeres, niños y hombres inermes desgarrados por la metralla de los aviones en las calles de una ciudad pacífica.” Ante el horror, concluían indignados, “hechos como éste, producidos sin objetivo militar ni finalidad combativa alguna, simplemente por el sádico deseo de matar, colocan a quien los comete fuera de toda categoría humana”.³³

Casi sobra decir que el clamor colectivo no logró conmover a quienes ahí se tildaba de inhumanos y que éstos continuaron su no por infructuoso menos encarnizado avance hacia la capital. De hecho, una de las primeras acciones que Gaos tuvo que emprender a título de rector consistió en evacuar la Ciudad Universitaria, convertida en frente de guerra desde los inicios del asedio a Madrid. Junto con el gobierno, la Universidad se trasladó a Valencia, desde entonces transformada, no sólo en sede política de la República, sino también en su principal centro cultural. Por sus calles antes tranquilas se desplazaban ahora funcionarios, combatientes y madrileños desalojados, además de numerosos artistas, escritores e intelectuales. Para estos últimos se instituyó “La Casa de Cultura”, muy pronto conocida en la localidad como “La casa de los sabios de todas clases”, en donde, rememoraba José Moreno Villa, “teníamos criadas, recamareras, pero a los pocos días comenzaron a decir que éramos unos burgueses”.³⁴ La Universidad Central, por su parte, se fundió con la propia de Valencia y se procuró que los profesores siguieran impartiendo cursos y conferencias.

³³ “Escritores, investigadores y hombres de ciencia protestan contra la barbarie fascista”, *ABC*, 2 de noviembre de 1936, p. 10. Este manifiesto apareció originalmente en el diario *Ahora*, 1 de noviembre de 1936, p. 4.

³⁴ MORENO VILLA, *Vida en claro*, p. 227. El relato continúa con detalles acerca de la vida en la ciudad por aquellos días: “En Valencia no se oían los cañones ni las bombas. Las calles estaban concurridas, funcionaban las tiendas, los cafés y los teatros, podía uno comer ricas paellas en los restaurantes a la orilla del mar. Todos los Ministerios se habían trasladado allí, con sus numerosos funcionarios, y se encontraba uno a cada paso con amigos y caras conocidas. De no ser por ciertos síntomas, hubiéramos creído que estábamos en tiempos normales”, *loc. cit.*

Fue corto el tiempo que Gaos tuvo para disfrutar de la ciudad donde habían transcurrido sus años de juventud, ya que al cabo de unos días recibió una nueva comisión por parte de las autoridades republicanas. Se trataba de la presidencia de la Junta Delegada de Relaciones Culturales de España con el Extranjero, cargo que lo llevó a la vecina Francia, a donde llegó acompañado de su mujer y dos hijas. Así se explica que en la tercera semana de noviembre se encontrara en París, deambulando por pasajes, plazas y avenidas. En ellos vio expresada una “grandeza señorial, real, europea”, si bien es verdad que los atractivos apenas lograron conmoverlo. Bajo el frío invernal, la ciudad le pareció de un tono “gris tristón” y asoció el Sena con un “río para ahogados”; los hermosos jardines parisinos le resultaron “unas pequeñeces” y la Torre Eiffel “insignificante”. En general, encontró la Francia de Léon Blum como “un país de una robustez burguesa y de un reaccionarismo mayor —más inteligente, más denso, más simulado— que en España” y concluyó que en su conjunto le era “monótona —insoportablemente—”. Pero es natural que la Ciudad de la Luz no consiguiera impresionarlo, si se considera que su mirada y pensamiento tenían por único destinatario el país vecino. “Oh —escribió por esos días—, la fuerza, la inercia que es fuerza, de los hábitos: la patria, la familia.”³⁵

Si bien algunas páginas registran un ir y venir constantes, quedan pocos rastros de las actividades que cumplió en tanto presidente de la Junta Delegada. Se sabe, en particular, que en la primera semana de diciembre sus funciones lo condujeron a Suecia y a Noruega, en donde debía asistir a la condecoración del Premio Nobel de la paz. Ese año fue galardonado el ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Carlos Saavedra Lamas, en virtud de su mediación en el conflicto entre Bolivia y Paraguay, así como por sus esfuerzos en hacer extensiva la participación en la Sociedad de Naciones a lo largo y ancho de la región sudamericana. Resulta del todo comprensible que la República española deseara estar presente en un festejo por la paz y, sobre todo, cuando el laureado era un conocido detractor del intervencionismo. De ahí que la misión de Gaos consistiera en hacer un llamado a la igualdad de condiciones, invitando, y más aun comprometiendo, a la acción internacional en favor de la República.

Sobre la visita a Escandinavia perduró, en un escrito de su hija mayor, una breve anécdota que revela más de un aspecto acerca de la personalidad

³⁵ AJG, 4, exp. 2, ff. 60284-60288, 22 de noviembre de 1936; y f. 60248, 1 de diciembre de 1936.

de ese inusual embajador. Sin prestar atención a los pormenores del traslado, Gaos se encontró en territorio enemigo cuando el avión en que volaba hizo escala en Hamburgo, entonces regida por fuerzas nacionalsocialistas. Ante su arriesgada situación, el desprevenido viajero se cubrió de sudor frío y decidió que sólo a rastras lo sacarían de la nave. En ese punto, la integridad del capitán resultó decisiva para que el pasajero no fuera apresado por guardias de la Gestapo y el incidente no pasara de un susto sin consecuencias.³⁶ De esta forma pudieron continuar hacia Copenhague y al puerto sueco de Malmö, donde el viajero logró al fin descansar en el histórico hotel Scandic Kramer. Quizás insensible ante el peligro recién sorteado o debido a que las cruces gamadas no despertaron su imaginación poética, nada de esto consignó en su escueta bitácora de viaje, en la que sólo aparece su experiencia al transitar “entre dos capas de nubes irisadas por el sol: perla en la concha bivalba”.³⁷

El Comité de No Intervención, saludado con alivio y casi con entusiasmo por parte de numerosas naciones europeas, supuso para el régimen republicano un primer y duro golpe que más tarde se comprobaría fatal. Formado en septiembre de 1936 por iniciativa del gobierno francés, el Comité se había comprometido a “abstenerse rigurosamente de toda injerencia, directa o indirecta, en los asuntos internos”³⁸ de España. Contrarrestar ese acuerdo fue el cometido de sus representantes en el exterior, quienes se esforzaron por mostrar que la neutralidad constituía un ardid muy útil para aliviar las conciencias, pero no tanto para sustraerse de participar en el curso de la contienda. Ante la evidencia, era necesario aceptar los hechos y, sobre todo, sus consecuencias: puesto que los españoles no luchaban sólo entre sí, no intervenir significaba, en realidad, intervenir a favor de los insurrectos. Así lo expuso Gaos en su visita a Gotemburgo, a donde arribó el 6 de diciembre invitado por el Comité Internacional de Coordinación e Información para la Ayuda a la España Republicana.³⁹ Ese día la ciudad se

³⁶ GAOS DE CAMACHO, *Una tarde con mi padre*, p. 46.

³⁷ AJG, 4, exp. 2, f. 60321.

³⁸ Citado en MATESANZ, *Las raíces del exilio*, p. 187. El acuerdo alcanzado, precisa el autor, “más que para evitar de hecho la intervención en el conflicto español, estuvo destinado a pacificar a los partidos izquierdistas tanto de Francia como de Gran Bretaña; tuvo también el propósito, celosamente ocultado, pero de todos conocido, de evitar que la República se armase y ganase la guerra”, *loc. cit.*

³⁹ El Comité Internacional de Coordinación e Información para la Ayuda a la España Republicana fue un organismo creado en 1936 a iniciativa de Willi Münzenberg, responsable de la propaganda de la Comintern en Europa occidental y, por encargo del gabinete de José Giral, también de la de este gobierno.

convirtió en escenario de una gran marcha en apoyo al pueblo español, alcanzando a reunir, según los organizadores y la prensa, a más de 10 000 manifestantes. Al finalizar y en plena plaza pública, el visitante tomó la palabra para aclarar el verdadero sentido de los enfrentamientos en su tierra natal. Si en un inicio se pensó que se trataba de un “pronunciamento” y más tarde se habló de una “guerra civil”, un par de meses bastaron para verificar que ya no era tal su naturaleza. En la actualidad —sostuvo en el núcleo de su alocución— “la guerra civil desaparece progresivamente, y con progreso rápido, en la iniciada perspectiva de una guerra internacional”.⁴⁰ La ayuda a la República resultaba, por consiguiente, tan necesaria como impostergable, tal como explicó dos días más tarde a su público en Estocolmo:

Tengo la convicción de que si se nos hubiera dejado a los españoles solos [...] la guerra habría terminado hace muchas semanas con el triunfo rotundo del gobierno del pueblo. La prolongación de la lucha no quiere, pues, decir solamente esto: no nos han dejado solos a los españoles. Quiere decir: se ha intervenido *primeramente* a favor de los rebeldes [...]. La justicia pide, pues, que se compense la intervención primera a favor de los rebeldes con una intervención, aunque sea tardía, a favor de los leales. [...] Y esto es lo que yo me atrevería a pedir a Vds.: primero, justicia para mi gobierno y mi pueblo; y en seguida, humanidad para todos los españoles.⁴¹

Como es sabido, el llamado fue desoído y la justicia, que a veces pareciera un imposible *deus ex machina*, nunca surgió de las tramoyas para transformar la tragedia en comedia. Las palabras que pronunció en la ceremonia de condecoración Christian Lous Lange, miembro del Comité Nobel, apuntaban ya en ese sentido, al afirmar que entre América y Europa no existía paralelismo posible. Merced a la tradición republicana que desde hacía un siglo imperaba en la región, América Latina “no sufre el problema del nacionalismo, ni existe un conflicto racial con la población indígena autóctona”. Se entendía así que “las disputas fronterizas en América del Sur nunca se [volvieron] tan agudas como en Europa”.⁴² Su discurso sugería

⁴⁰ AHCM, *José Gaos*, c. 2, exp. 1, ff. 10-11.

⁴¹ *Ibid.*, f. 45. Cursivas en el original. Esta conferencia, así como la que al día siguiente pronunció en Oslo, reunió respectivamente, al decir de Gaos, a más de 500 personas.

⁴² LANGE, “Presentation Speech”, pronunciado el 10 de diciembre de 1936. Mi traducción.

que las guerras en el Nuevo Continente representaban poco más que un juego comparadas con las que aquejaban al Viejo, en donde ni la condena al intervencionismo ni las prácticas mediadoras constituían medidas suficientes o efectivas. Los españoles tendrían, por lo tanto, que encontrar sus propias soluciones.

Desde su mirador particular, José Gaos dedicó abundantes horas de reflexión a buscar algunas de las más urgentes. Las declaraciones que en el verano de 1937 hizo el ministro de Justicia, Manuel de Irujo, sobre la conveniencia de establecer una política religiosa comprensiva se le aparecieron como una oportunidad inigualable para contribuir en ese sentido. Aunque la quema de templos y objetos de culto había casi cesado para entonces, el ministro navarro y dirigente del Partido Nacionalista Vasco condenaba el uso sistemático de unos y otros para fines industriales, así como la persecución y fusilamiento de sacerdotes y religiosos. De seguirlo permitiendo, advertía, las autoridades serían culpables de complicidad o de impotencia, “ninguna de cuyas conclusiones conviene a la política exterior de la República y a la estimación de su causa ante el mundo civilizado”.⁴³ Con el fin de mitigar los efectos negativos que el anticlericalismo había acarreado en la opinión internacional, sugería la reapertura de las iglesias públicas.

Tales recomendaciones hicieron eco en el pensamiento de Gaos, desde luego no por mor de su religiosidad, que por esas fechas andaba muy mermada, sino por subsanar el principal error que, a su parecer, cometía el gobierno. Éste consistía en conducir una política excluyente y perjudicial para la causa, al aumentar los inconformes y despertar un mayor antagonismo. No era otro el efecto que aquellas medidas provocaban en el medio católico español, cuyo “enorme volumen relativo impone la gravitación del resto en torno suyo”. Dado que sustraerse su apoyo podía costarles la partida, resulta natural que considerara la política religiosa de la República como “*uno de los factores decisivos del curso y desenlace de la guerra*”.⁴⁴ Esas estimaciones explican, igualmente, que en un artículo preparado para *Nueva Cultura* expresara su entusiasmo ante las iniciativas de Irujo, demostrando que, tras los excesos, “nuestra revolución ha llegado [...] al medio justo”. Se trataba de un punto de inflexión en el desarrollo de la lucha, momento en que “por primera vez se distingue entre lo justificado y lo injustificado así del lado de la Revolución y de la República como del lado de

⁴³ Cit. en MARGENAT PERALTA, “Manuel de Irujo”, p. 181.

⁴⁴ AHCM, José Gaos, c. 10, exp. 2, ff. 16 y 27. Cursivas en el original.

los sublevados”.⁴⁵ Dos vertientes igualmente provechosas surgirían de aprobar la propuesta: por una parte, se privaría al enemigo del llamado a una causa justa y, por la otra, se atraería la simpatía católica hacia el campo de los leales. Convencido de que “la guerra se ganará en la medida en que se construya y se cuente con el adversario”, Gaos recomendaba, a contrapelo de las prácticas más comunes, “ser sincero en política”.⁴⁶

Tras larga deliberación, la iniciativa de culto público que presentó Manuel de Irujo no tuvo el éxito esperado. El 31 de julio el gobierno emitió su rechazo, aduciendo que no era el momento “indicado para el desarrollo de la política que inspira el proyecto, ni para la reapertura de iglesias públicas”.⁴⁷ Se mantendría, por ende, la legislación vigente que sólo contemplaba el culto de índole privada. ¿Se trató de un error? Imposible saberlo, puesto que los experimentos contrafactuales resultan de poca utilidad en este caso. Es posible imaginar, en efecto, que la normalización del rito eclesástico lograra tanto suavizar las protestas contra las medidas anticlericales, como dotar de un foro multitudinario a los detractores de la República. No obstante, desde la óptica de Gaos se trató de un obvio desacierto, dado que, escribió años más tarde, la “única manera de consolidar la república [era] aumentando los interesados en ella en vez de disminuirlos”. En su tan duro como realista balance de la década de 1930, opinaba que “los republicanos españoles no interpretaron bien el sentido del triunfo electoral contra la monarquía. No entendieron que la república debía ser un régimen de satisfacción para todos los españoles no vinculados esencialmente a la monarquía”. Entre ellos se encontraba esa mayoría católica, por lo que, en vez de cerrar sus puertas, “el Estado debió, en acuerdo sincero con la Iglesia, ayudar a ésta a perfeccionarse”.⁴⁸

Si las perspectivas de granjearse mayores simpatías en el plano nacional no eran muy alentadoras, menos aún lo fueron en el ámbito internacional. Por esos meses se había convencido de que una ayuda por parte de la Sociedad de Naciones no debía esperarse más, mientras que las provenientes de Francia e Inglaterra le resultaban poco atractivas, por poner en riesgo la soberanía española. En su reducido mapa geopolítico, sólo restaban los Estados Unidos y la Unión Soviética, pero el primer apoyo le pareció insu-

⁴⁵ “En pro de una política religiosa”, en AHCM, *José Gaos*, c. 5, exp. 14, ff. 8 y 11. No ha podido determinarse si el artículo fue publicado.

⁴⁶ AHCM, *José Gaos*, c. 10, exp. 2, ff. 2-3.

⁴⁷ MARGENAT PERALTA, “Manuel de Irujo”, p. 184.

⁴⁸ AJG, 4, exp. 4, f. 62357, 2 de julio de 1959.

ficiente y el segundo indeseable “en cuanto que nos somete a Rusia y a la Tercera Internacional”.⁴⁹ Nada de ello impidió, sin embargo, que abogara por la causa republicana en todos los foros que le dieron cabida y que con su investidura fueron cada vez más numerosos. En Ámsterdam, por ejemplo, se le escuchó disertar respecto de “La forma del pensamiento español”, mientras que en el *Rotterdamsche Kring* sus palabras versaron sobre el problema de la filosofía en España. También en París, con ocasión de los diversos congresos que se celebraron ese año, expuso sus ideas acerca de la duda en Descartes y sobre el desarrollo de la primera enseñanza durante los últimos años. Aunque en apariencia ajenas a la cruenta lucha que se libraba a 1 200 km de distancia, sus alocuciones eran todo menos divagaciones de intelectual ensimismado; representaban un tipo especial de proyectiles, dirigido hacia un frente distinto del de las trincheras: la batalla por la cultura, continuada durante las décadas de exilio. También a ese frente bélico correspondió el levantamiento del pabellón español en la Feria Internacional de París, cuya comisaría quedó, por decreto oficial del 3 de febrero de 1937, bajo responsabilidad de José Gaos.⁵⁰

Según confesó él mismo, había aceptado el nombramiento por insistencia de Luis Araquistáin, embajador español en Francia, y no sin cierto temor, “fundado en la presunción de mi incompetencia para cargo de funciones tan ajenas a mis actividades normales”.⁵¹ Pese a su titubeo inicial, la energía que abocó a las tareas encomendadas resultó extraordinaria, al punto de llegar a escribir que “de la guerra no sé más que lo que [dicen] los periódicos: estoy absorbido sobre todo por nuestra participación en la Exposición”.⁵² En concordancia con la temática general de la Feria, “Arte y Técnica”, el pabellón quedó dividido en cinco secciones. En la primera se exhibía un conjunto documental y fotográfico sobre explotaciones indus-

⁴⁹ AHCM, *José Gaos*, c. 10, exp. 2, f. 3.

⁵⁰ En el decreto podía leerse que Gaos “había profesado cursos de filosofía del arte y de las ciencias humanas, que constituían una razón para encargarle de una participación concebida fundamentalmente como cultural y artística”, véase AHCM, *José Gaos*, c. 1, exp. 21, f. 13.

⁵¹ *Ibid.*, exp. 1, f. 1.

⁵² Carta a José M. Semprún Gurrea, fechada en París el 13 de mayo de 1937, AJG, 2, exp. 1, f. 30357. Según consta en un escrito de Max Aub, designado subcomisario del Pabellón, él mismo se encargó de tratar con los arquitectos y con los pintores, mientras que el cometido de Gaos consistía en intentar retener a Ortega y a otros ilustres profesores del lado de la República. “Cargó con no pocos fracasos —concluyó su amigo— más no con el propio; hizo lo que pudo y aún algo más”, véase AUB, “José Gaos”, p. 82.

triales, organizaciones agrícolas y asociaciones laborales; la segunda estaba dedicada a la prensa, las artes gráficas y la venta de libros; en la tercera se mostraba pintura, escultura, grabados y artes decorativas; la cuarta se consagró a las artes populares; y la quinta y última sección estaba conformada por un patio y un auditorio en donde se tenía proyectado presentar bailes, música, piezas teatrales y cinematográficas, así como todo tipo de espectáculos que dieran cuenta de la vida cultural nacional.

Quien tenga noticia de lo que se reunió en ese recinto, sabrá que esta sucinta descripción no hace justicia a la inmensidad del esfuerzo ni a la magnificencia de sus resultados. La propia edificación, proyectada por los arquitectos Luis Lacasa y Josep Lluís Sert, constituía en sí misma una obra de arte, de líneas claras y sobrias, y con un toldo plegable que aún en nuestros días suscitaría el aplauso de los modernos estetas minimalistas. El área prevista para las bellas artes congregaba a los mayores artistas de esos tiempos, entre los que destacaban José Gutiérrez-Solana, Esteban Vicente, Arturo Souto Feijoo y Joan Miró. Alrededor del patio se había emplazado una gran escultura de más de 12 m de altura con el título *España tiene un camino y al final su estrella*, obra del cincel de Alberto Sánchez que, según informe de Gaos, “es uno de los elementos más logrados del pabellón y de los que han tenido un éxito más sólido”. Por si fuera poco, a modo de bienvenida para el público visitante, en el vestíbulo se exhibía el célebre *Guernica* de Pablo Picasso, creado especialmente para la Exposición. También la técnica estuvo dignamente representada, en particular, mediante una gran fuente de mercurio “compuesta por unas valvas de hierro embreado al sooplete, sobre cuya superficie negra y rugosa” el metal líquido “resbala en un contraste realmente admirable”. Tan logrado había sido el resultado que la fuente —añadía el Comisario— “es uno de los mayores éxitos populares, no de nuestro pabellón, sino de la Exposición entera”.⁵³ El resto de las piezas expuestas no desmerecía del conjunto, si se considera que, al finalizar la Feria, la cerámica, los vestidos típicos, los objetos de arte popular y los documentos fotográficos fueron solicitados para una muestra en el Museo del Hombre en París.

Como es de imaginar, el alto desempeño con que la República participó en la Exposición no se alcanzó sin dificultades. La guerra, con lo que suponía de leva de hombres, comunicaciones cortadas, menores recursos y, en general, una población movilizadada o asediada, no permitió que los trabajos

⁵³ AHCM, *José Gaos*, c. 1, exp. 18, ff. 2-3.

se desarrollaran a tiempo ni que el pabellón se realizara conforme al ideal proyectado. El retraso con que comenzó a erigirse la edificación, así como la tardanza con que fueron llegando materiales y partidas, tuvieron por consecuencia que la inauguración, planeada para el 1 de mayo, se efectuara un mes y medio más tarde, todavía con las obras en curso y con algunas salas prácticamente vacías. Fueron igualmente pocos los espectáculos que pudieron disfrutarse en el patio central, dado que la mayoría de los artistas invitados se encontraban en edad de rendir el servicio militar y, por lo mismo, inhabilitados para salir del país.⁵⁴ La casualidad —o el humor agrio de algún burócrata francés— quiso, además, que el pabellón español estuviera flanqueado por el de la Unión Soviética y el de la Alemania nacionalsocialista, como si el Trocadero fuera una reproducción en pequeño de lo que sucedía allende los Pirineos. Para llevar las analogías todavía más lejos, también el aislamiento que pesaba sobre la República se vio ahí reflejado, dado que a la inauguración sólo asistieron los embajadores de México y de la URSS.

Siendo tales las circunstancias y el esfuerzo requerido, ¿por qué persistió el gobierno de Manuel Azaña en el empeño de participar en un acto cultural que costó no menos de tres millones de francos, mientras la escasez de armas y de víveres asolaba a sus tropas? Como afirmó Gaos en el informe que rindió al finalizar su encargo, la intervención española en la Exposición había sido acordada tiempo antes de la guerra y, una vez sobrevenida, había buenas razones para honrar el compromiso. La principal radicaba en que “la Exposición de París 1937 iba a ser la primera ocasión para que la reciente República se mostrase en su verdadera paz, y mostrase a través de ella la firme evolución cumplida por el pueblo y el alma españoles”.⁵⁵ Lejos de invalidar estos logros, el conflicto estallado desde entonces, librado en favor o en contra de un régimen democrático, confirmaba la necesidad de hacer valer los ideales profesados, es decir, la fe en la libre determinación de los pueblos, en la pacífica colaboración entre las naciones y en la renovación social como motor y sentido del progreso histórico. De todo ello era símbolo la Feria Internacional de París.

⁵⁴ Sin embargo, gracias a la ayuda de Luis Buñuel, comisionado por el gobierno español para supervisar documentales cinematográficos, y de Alejo Carpentier, entonces encargado de los estudios Fonoric, fue posible contar con un programa de cine y música durante varias semanas. Véase la carta de José Gaos, fechada el 21 de junio de 1937, sin especificar destinatario, así como las notas del editor que aparecen al pie de la misma, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 196.

⁵⁵ AHCM, José Gaos, c. 1, exp. 20, ff. 1-7.

Sin menoscabo alguno de esas convicciones, hay una palabra que explica mejor la decisión de intervenir en la reunión: propaganda. La Exposición de 1937 se presentaba como una oportunidad inigualable para esclarecer la situación de España, rebatir objeciones infundadas e invocar el derecho a un trato igualitario. Así lo comprendió el Comisario General, tal como escribió, en abril de ese año, en un artículo para *Izvestia*:

La Exposición es una excepcional ocasión de mostrar a la opinión universal lo que la República Española ha realizado y sigue realizando en los más varios órdenes de la vida civil, en medio de las mayores dificultades y penalidades de la guerra más que civil que sostiene. Ello será la más legítima y más convincente respuesta a las informaciones malévolas e injustas con que se ha procurado perjudicar su causa ante dicha opinión. En fin, mostrando con estas actividades que continúa las más nobles, genuinas y también antiguas de España, la República Española justificará su legítimo derecho a reivindicar ante el mundo la representación nacional del pueblo español.⁵⁶

Tan oportuna parecía la posibilidad de expresarse ante el mundo que Franco exigió, por vía diplomática, que su propio gobierno obtuviera un espacio en la Feria. Aunque la controversia resultó frustrada y sólo la República mereció un pabellón, el periódico *ABC* admitió que, de modo simbólico, una y otra España se hallaban ahí representadas, como los dos lados de una misma tragedia. “Los señores de Burgos —reconocía el corresponsal con amargura— [...] han dado a nuestro pabellón el marco de dolor, de rencor obscuro y criminal, que atrae, por contraste irresistible, las miradas y la atención emocionada, o curiosa, de todo París.” Los actos eran la única respuesta, puesto que cuando “los de Salamanca lanzan la calumnia de una España ‘roja’ y soviética, [la patria de Séneca] tiene esa sencillez elegante de no desmentirla, sino afirmar la que es, la que será siempre: la tierra del hombre libre”.⁵⁷

Si bien desde el punto de vista estético y de realización el pabellón español fue el que mejor ornó París aquel año, desde la perspectiva política se trató de un terrible fracaso, no logrando conseguir la urgente ayuda que se requería para reforzar el esfuerzo bélico. En los últimos días de febrero de 1938, Gaos concluyó el reenvío de los objetos consignados, supervisó el desmantelamiento del local, despachó los asuntos pendientes, cerró su ofi-

⁵⁶ *Ibid.*, exp. 7, f. 1.

⁵⁷ *ABC*, 14 de julio de 1937, p. 6.

cina y regresó a Valencia, en donde se reincorporó de inmediato a su cátedra de profesor.⁵⁸ Son pocas las noticias que se tienen de ese periodo, salvo la muy conmovedora que dejó Fernando Carmona Nanclares a la muerte del antiguo rector:

En los últimos meses de la guerra civil, José Gaos pronunció tres conferencias en la Universidad de Barcelona. El salón lleno de gente, con luz de velas. Caras macilentas, por causa del hambre, soldados del pueblo. La derrota está cerca, pero eso apenas importa, porque no es lo mismo ser derrotado que vencido: hay victorias que prescinden del triunfo militar. [...] ¿De qué habla el maestro? No de la guerra, ni del sufrimiento: de filosofía. Eso es hablar de la esperanza, del coraje, del sueño del hombre que sobrevive al individuo físico. Y hay ojos llenos de lágrimas.⁵⁹

El 24 de junio de ese año Gaos desembarcó en La Habana. En su calidad de rector y profesor de la Universidad Central, había recibido un permiso de tres meses para impartir un curso y un ciclo de conferencias en la isla. La derrota republicana decidió que esos tres meses se convirtieran en más de tres décadas. Poco antes de partir para siempre de España, todavía reunió energía suficiente para lanzar, junto con prominentes artistas e intelectuales, un nuevo llamado a la comunidad internacional. La Segunda Guerra Mundial, última esperanza de los republicanos españoles para revertir el curso de su propia contienda, había estallado desde hacía un año, no en Europa, tal como se confiaba, sino en la lejana Asia, con la invasión japonesa a los territorios dominados por Chiang Kai-shek. “La lucha que se desarrolla en China —afirmaban en el manifiesto— es idéntica a la que sostiene el pueblo español. China, como España, se opone a las fuerzas agresoras del fascismo que, escarneciendo los principios más fundamentales del Derecho y de la cultura, no retroceden ante la destrucción y el crimen, con tal de satisfacer su ansia

⁵⁸ Acerca de este periodo, recordaba Gaos: “antes de mi salida de Valencia [...], leía yo por las tardes los presocráticos —aunque como hombre de toga, que son haldas, el valor no es mi profesión ni vocación, no iba a ser menos corajudo que los jóvenes alumnos y en mayor número aún alumnas que a la mañana siguiente iban a venir a clase preparados desde la víspera para escuchar mi explicación de Aristóteles. Recuerdos inolvidables. Experiencias únicas”, véase GAOS, “La Feria del Libro” (1942), en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, p. 322.

⁵⁹ Fernando Carmona Nanclares, “Muerte en el Aula. La Clase del Último Minuto”, en AHCM, *Casa de España*, c. 8, exp. 15, f. 67 [recorte de periódico].

delirante de dominar”. Por este motivo, concluían, “los intelectuales españoles invitan a todos los pueblos libres y a cuantas personas se solidarizan con la causa de la República española, a favorecer por todos los medios la defensa común de los pueblos chino y español hasta el triunfo de los principios democráticos, indispensables para el verdadero desarrollo de la cultura”.⁶⁰

Como todas las anteriores, esta admonición pasó también inadvertida. Cuando la guerra por fin alcanzó a Europa, en septiembre de 1939, ya era demasiado tarde para la Segunda República. Por decreto del generalísimo Francisco Franco, el 1 de abril se dio por concluida la conflagración española y se intensificó el exilio masivo hacia la vecina Francia, pero también hacia tierras más lejanas, como la nuestra. Para entonces José Gaos llevaba más de seis meses en México y su adaptación al país que le dio abrigo parecía prometedora. Aunque nunca tuvo ocasión de leerlo, el expediente que la Comisión de Responsabilidades Políticas compuso durante el franquismo le hubiera valido como una inmejorable carta de presentación en el Nuevo Mundo, puesto que en él se da fe del apoyo inquebrantable que sostuvo hacia la República:

José Gaos González, catedrático de Filosofía y Letras de la Universidad Central, siempre se ha distinguido y manifestado públicamente como contrario en todo a la Causa nacional, siendo sus actividades políticas francamente izquierdistas. Estaba afiliado al Partido Socialista desde 1931. También perteneció como afiliado a la F.E.T.E. (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza), afecta a la U.G.T. Está acusado de haber sido Rector de la Universidad Central durante el periodo rojo y acusado de haber coaccionado a los compañeros profesionales para participar en los ideales marxistas y a inscribirse en la F.E.T.E., así como en el Batallón de Voluntarios, a ciertos compañeros de la Secretaría. Intervino también en la depuración del personal universitario con un criterio muy severo en la persecución de los mismos. Fue voluntario en el Batallón que se organiza en la F.E.T.E. y firmante del manifiesto de intelectuales contra el Gobierno nacional a causa del bombardeo de Madrid, aparecido en el diario *Ahora* con fecha 1-11-36, el cual iba firmado por Negrín, Jesús Hernández, Giral, Roces, el informado y otros. También firmó el manifiesto de intelectuales en solidaridad con el pueblo [chino], aparecido en *ABC* con fecha 23-4-38.⁶¹

⁶⁰ “Manifiesto de los intelectuales españoles”, *ABC*, 23 de abril de 1938, p. 5.

⁶¹ Informe presentado por el Ministerio de Gobernación, Sección Seguridad Nacional, con fecha de 13 de marzo de 1942, AGA, consultado en formato microfilm, AJG.

En su comentario sobre la célebre obra de Daniel Defoe, Claudio Magris recreó a un Robinson Crusoe en tanto arquetipo de la modernidad. El escritor triestino recuerda que

salvado del naufragio por las olas que lo arrojaron a una isla desconocida y solitaria, apenas se establece en un refugio provisional, organiza un sistema para medir el tiempo y formula —en la angustia de su situación y en la incertidumbre de su suerte— un verdadero balance [...]: naufragó pero sobrevivió, está aislado del mundo pero llegó a una isla no demasiado inhóspita ni peligrosa, y posee, como único abastecimiento, las muchas cosas útiles que el mar arrastró hasta la playa.¹

Pese al buen juicio de Magris, quizás no todos seamos Robinson Crusoe y no porque el naufragio —temporal o permanente, real o figurado— no constituya una categoría universal, sino porque racionalismo tan extremo resulta inusitado entre los naufragos contemporáneos. Caso especial fue el de José Gaos, a quien los pescadores de Luanco y Gijón enseñaron a nadar. Sin temor de las aguas ni de lo que bajo ellas se esconde, intentó dar razón —histórica y sistemática— de las nuevas circunstancias que lo rodeaban en su paso por esta inmensa isla llamada “América”.

Muy pronto se familiarizó con algunos de los numerosos Viernes, Sábados y Domingos que habitaban el no tan solitario, pero para él desconocido, territorio americano. El primer acercamiento a sus pobladores ocurrió cuando el 24 de junio de 1938 desembarcó en el puerto de La Habana. La visita a Cuba respondía a una invitación que le extendió a principios de año Roberto Agramonte, profesor de psicología y director del Departamento de Información e Intercambio Cultural de la Universidad. El filósofo cubano había conseguido que la institución sufragara los gastos de traslado de dos

¹ MAGRIS, *El tallo entre las piedras*, p. 176.

intelectuales españoles con el fin de impartir un par de cursos en la isla. La elección recayó en Felipe Sánchez Román y en José Gaos, extrañado de saberse conocido en aquellas tierras lejanas. Según cuenta Raúl Roa, el rector rechazó en un inicio el ofrecimiento, debido a que “no le parecía decoroso abandonar su país en trance tan decisivo”. Accedió algunos meses más tarde, convencido por “voces amigas y por su propia conciencia”, y sólo tras recibir el consentimiento explícito del gobierno de la República.²

La propuesta de Agramonte no fue la primera que se le extendió para desplazarse a América, lejos del estruendo y los dolores de la guerra. Por carta de Francisco Romero, filósofo de renombre en el mundo hispánico, desde los primeros meses de 1937 recibió una invitación para radicarse en Argentina. La respuesta de Gaos fue en principio afirmativa, pero pedía tiempo para dejar que la historia revelara su curso. Ninguna ceguera se ocultaba tras su llamado a la paciencia, dado que el desenlace del conflicto, escribió desde París, “puede a estas alturas parecer inequívoco”; no obstante, argumentaba, “son aun ciertamente imprecisables la fecha de este desenlace y aquellas sus modalidades de que dependerá sin duda la suerte de unos u otros intelectuales españoles”.³ Dieciocho meses más tarde, la pérdida de Teruel y de Vinaroz, que entre febrero y abril de 1938 dividió en dos la zona republicana, aportó mayor nitidez a la contienda y mermó sus débiles esperanzas. Para mayor desaliento, al carácter crítico en el frente militar se sumaba todo tipo de estrecheces, agravadas por el progresivo aislamiento en Valencia y las intermitencias en el sueldo. Desde París, donde la familia residía desde hacía más de un año, su mujer Ángeles se esforzaba por correr con el sostenimiento de sus hijas, si bien las dificultades resultaban cada día mayores. Entre la impotencia y la angustia, Gaos solicitó un cargo diplomático ante las más altas autoridades republicanas, único medio de “conciliar el obligado servicio a la comunidad y el legítimo interés personal”.⁴ En ese contexto se verificó su traslado a Cuba.

Sin importar las circunstancias, no todos consideraron justificada una salida antes del 1 de abril de 1939. Por el contrario, recordó Adolfo Sánchez Vázquez, el ejemplo de Antonio Machado demostraba que “la sola presen-

² ROA, “Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos”, p. 146.

³ Carta a Francisco Romero, fechada el 11 de marzo de 1937, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 165.

⁴ Carta de José Gaos a Juan Negrín, fechada en Valencia el 2 de junio de 1938, Centro Documental de la Memoria Histórica, Sevilla, PS-Barcelona, 179, 25. Agradezco a Antonio Zirión por haberme facilitado la transcripción de este documento.

cia de un gran intelectual en España —y tanto más cuanto mayor fuera su grandeza— constituía por sí misma un aliento en la defensa de la República que estaba por encima de su creatividad personal”.⁵ Pese a no estar exento de dureza, su juicio fue certero al afirmar que muchas de las mayores figuras del medio cultural se mostraron expeditas al momento de dejar el país. Así lo hizo notar igualmente Julián Marías, al sostener con malicia que la llamada “emigración intelectual”⁶ ocurrió en 1936 y no tres años más tarde, como posteriormente se sostuvo. Desde esa fecha fueron numerosos quienes, como José Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Xavier Zubiri, buscaron refugio en la vecina Francia, ya fuera para protegerse de un asalto a la razón o por temor a posibles represalias.

Decepcionado por la huida que se emprendió a su alrededor, José Gaos no fue inmune a la acritud contra esos tempranos adalides de la República que se encontraron entre los primeros que la abandonaron. Con particular amargura rememoró, mucho tiempo después, la actuación de Gregorio Marañón en tanto vivo ejemplo de esa “adhesión sin raíces, ocasional, oportunista, a un régimen semejante”. En su diario trajo a la memoria una ocasión, en el otoño de 1936, cuando se entrevistó con el médico y pensador matritense.

Recuerdo —escribió— que estuvimos los dos solos una tarde en una sala de su casa, cosa así de una hora. No recuerdo la conversación, pero sí que me dijo que, aunque podía salir de España, que tenía a su disposición el avión de una embajada, me parece que la de Inglaterra, no lo haría, en aquellas circunstancias, porque en ellas no podía dejar de estar con la República —lo recuerdo por la impresión que me hizo el que poco después se largara para París, donde hizo a la prensa unas declaraciones bien poco o nada conformes con lo que me había dicho a mí. Llovió sobre mojado: sobre la actitud de Marañón, con los otros grandes intelectuales, hacia la República: aquel desviarse tan pronto de ella, porque no seguía exactamente los rumbos que ellos habían querido que siguiese.⁷

En contraste con esos vaivenes de la conciencia hasta la postura que Ortega y Gasset mantuvo hacia la República parecía un dechado de recti-

⁵ SÁNCHEZ VÁZQUEZ, “Del exilio español en México”, p. 67.

⁶ MARÍAS, *Una vida presente*, p. 147.

⁷ AJG, 4, exp. 5, ff. 63025-63026, 23 de marzo de 1960.

tud. Este último, sentenció inmisericorde, “era, sin disputa, mucho menos ‘bondadoso’, ‘bueno’, que Marañón: egoísta, duro, indoblegable, sin compasión, sin ternura, sin acción benéfica; pero fue consecuente consigo mismo”.⁸ El aprecio por esas muestras de congruencia en parte explica que tomara su defensa, cuando el 18 de marzo de 1937 el diario *La Libertad* publicó un suelto titulado “De espaldas al pueblo. José Ortega y Gasset, observador neutral”. En carta dirigida al director de esa publicación, Gaos deploraba la tendencia a “presentar la actitud de Ortega como una censurable actitud improvisada”; a lo cual añadía que se trataba de una “injusticia notoria, puesto que [...] Ortega viene manteniendo la misma actitud desde el primer bienio de la República”.⁹

Aunque Ortega fue absuelto de perjurio y deslealtad, en el juicio mental que Gaos le interpuso resultó culpable de un cargo igualmente grave. Para este severo juez, el acusado había incurrido en la irresponsabilidad del intelectual, es decir, “un decepcionarse de las cosas porque la realidad no responde a la idea”. La responsabilidad exigía, por el contrario, “o atenerse exclusivamente a las ideas, o comprometerse a seguir con la realidad a pesar de la infidelidad de ésta a la idea, pues que esta infidelidad es forzosa”.¹⁰ Un acertado conocimiento de los hombres y la historia lo condujeron a elegir la segunda alternativa, adoptando para sí un realismo no exento de valores.

En política —asentó en junio de 1937— es menester empezar por hacerse una idea, por pronunciarse por una idea, por luchar por una idea. Pero a medida del resultado de la lucha hay que ir adaptando la idea a este resultado, so pena de acabar siendo infiel a la idea misma. La razón es que las ideas políticas son ideas para realizar. Si, pues, una idea resulta irrealizada, irrealizable, hay que adaptarla a su realizabilidad. En política, en suma, son dos extremos igualmente erróneos el idealismo utópico —por ideal que utópicamente sea— y el pragmatismo sin continuidad ideal.¹¹

Como Max Weber, Gaos sabía que ahí donde la acción y las pasiones imperan, la contingencia puede hacer las veces de necesidad. Es por ello que, si se desea estar a la altura del mundo y de su tiempo, convicción y

⁸ *Ibid.*, f. 63028, 29 de marzo de 1960.

⁹ Carta a Antonio Hermosillo, fechada el 31 de marzo de 1937, AJG, 2, exp. 1, f. 30122.

¹⁰ AJG, 4, exp. 2, f. 60172.

¹¹ *Ibid.*, f. 60265.

responsabilidad deben fundirse en un acto razonado, dirigido hacia el sostenimiento del bien común. En ese intento, advirtió el sociólogo alemán, puede perderse el alma, pero en ese espíritu de sacrificio se manifiesta la vocación auténtica, la que nutre y orienta al político por profesión.¹²

Sin llegar a emplear la expresión, Gaos encontró que el ejercicio exclusivo de una “ética por convicción” —la obediencia incondicional a una causa o principio— constituyó, si no el único, al menos el error cardinal de los republicanos españoles. Ciegos de ideal, no lograron percibir que la realidad histórica posee su propio *tempo*, ritmo y racionalidad, indiferente ante las exigencias personales y a los designios individuales. Sólo así se explicaba que personalidades como Unamuno y Ortega se alejaran del régimen al cabo de un par de años, que se hablara de su “disgregación cadavérica” y que alguno incluso lo tildara como “cosa de conserjes de Casino”.¹³ En contra de esa migración de sentimientos, Gaos sostuvo hasta sus últimos años que “la causa de la República fue una buena, bella, noble causa”, tanto así que “para que en sólo un lustro no hubieran podido hacerse los reproches que se le hicieron, hubiera necesitado tener un acierto y éxito exclusivos y fulminantes, que no había derecho a pedirle en tiempo tan cortísimo históricamente”.¹⁴ Por esos motivos, concluyó en retrospectiva, “la verdad es que la República no la merecimos los españoles —no por buenos, sino por buena”.¹⁵

Persuadido de su propia probidad y leal proceder hacia el régimen, Gaos encaminó sus pasos a La Habana, donde se le recibió como a un “símbolo vivo de las esencias más puras e insobornables de España y del espíritu humano”.¹⁶ Esa cualidad al parecer le valió que, durante los casi dos meses que duró la estancia, sus entrevistas, “comidas íntimas” y conferencias fueran reseñadas con puntualidad en varios de los principales diarios de la capital. A ese interés se debe, igualmente, que contemos con los primeros retratos escritos de aquel joven que apenas entraba en la plenitud de la vida. Según Raúl Roa, fiel cronista de la visita, “si no fuera por esa calva prematura y denunciadora de su fiero batallar con los libros y esa madurez risueña

¹² WEBER, “La política como vocación”.

¹³ Las expresiones entrecomilladas pertenecen, respectivamente, a Ramón Menéndez Pidal y a Pío Baroja. Retomo los datos recién citados de SERRANO MIGALLÓN, *La inteligencia peregrina*, pp. 52-54.

¹⁴ Cit. en YAMUNI TABUSH, *José Gaos. El hombre y su pensamiento*, p. 39.

¹⁵ AJG, 4, exp. 5, f. 63020, 23 de marzo de 1960.

¹⁶ ROA, “Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos”, p. 140.

que le trasciende del cristal de los espejuelos, el doctor Gaos daría la sensación refrescante de un estudiante en ejercicio y no precisamente de Filosofía”.¹⁷ Para sus críticos, en cambio, “su desbordante madrileñismo, un cierto regusto de comicidad mal contenida, su edad prematuramente madura —valgan sus 37 años y medio tan reiteradamente enfatizados de cómica gravedad”,¹⁸ daban por resultado un claroscuro extravagante, por no decir grotesco. Por fortuna y como corresponde a un profesional de las ideas, la principal fuente de polémica residió, no tanto en su apariencia, cuanto en las tesis que expresó durante el ciclo de conferencias, efectuado en junio y julio de ese año.

En esas presentaciones se descubren los primeros brotes de la doctrina que, sembrada en su tierra, florecería en la nuestra con el nombre de “filosofía de la filosofía”. Los grandes autores de la fenomenología y del vitalismo alemanes resonaron en su discurso, al hacer de los *Erlebnisse* o vivencias los protagonistas del pensamiento. La originalidad del conferenciante residía en que elaboró, a partir de su propia experiencia, una teoría general del hombre y su desarrollo en función de las edades biológicas de la vida, teoría que, según se dijo, levantó “dilatada y ardorosa” controversia. “La *Filosofía de la Filosofía* y su vasto repertorio de problemas —reportó Raúl Roa— fueron discutidos por estudiantes en manga de camisa Malecón arriba. El Prado se transformó, mágicamente, por unas semanas, en Jardín de Academo. Y en los cafés al aire libre se entremezclaron, hasta confundirse, abstracciones y naranjadas”.¹⁹ A juzgar por la reseña de Alfonso Bernal del Riesgo, profesor de Psicología en la Universidad, el resultado de esas discusiones colectivas no siempre favoreció el punto de vista del ilustre invitado. Sus ideas sobre la mujer y acerca de la vejez se evaluaron con particular dureza, como también lo fue su aparente falta de definición ideológica. Así lo muestra un comentario de tinte apologético, por el que aclaraba que el visitante español “pertenece a la categoría de profesores pedagogos, no obstante su personalismo, que no es incompatible con la pedagogía socialista”.²⁰ Con esa frase pretendía dar cabida a un pensamiento de raíz subjetivista en el ambiente de renovación que se respiraba en Latinoamérica, al

¹⁷ *El Pueblo*, 28 de junio de 1938, AJG, 1, exp. 89, f. 17319.

¹⁸ Labrador Ruiz, “Filosofía con chistes”, *El Debate*, 11 de julio de 1938, AJG, 1, exp. 89, f. 17311b.

¹⁹ ROA, “Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos”, p. 180.

²⁰ Alfonso Bernal del Riesgo, “Método y propósito de Gaos”, *El País*, 30 de julio de 1938, AHCM, *José Gaos*, c. 8, exp. 10, ff. 2 y 6.

menos entre sus corrientes de izquierda. En Cuba, en especial, todavía se escuchaban los ecos de aquellos movimientos populares que en agosto de 1933 lograron derrocar el régimen del general Gerardo Machado. Las exigencias de pluralidad y de convivencia democrática continuaron a lo largo de la década, llegando a cristalizar en la Constitución de 1940.

Gaos no se mostró insensible ante las olas del cambio que alcanzaban las costas caribeñas y en que su filosofía, sin el salvavidas de un llamado a la acción, zozobraba irremediablemente. Mostrar que su labor y pensamiento se orientaban hacia la transformación colectiva constituía, por lo tanto, una tarea impostergable, tal como lo sugiere el primer artículo que publicó en tierras americanas, aparecido en *El Pueblo* los días 2 y 9 de julio de 1938. Con el título “Grandeza y ruina de la Ciudad Universitaria”, en él celebraba la riqueza cultural que se había derramado, por obra de la Segunda República, sobre las nuevas generaciones de estudiosos españoles. La Facultad de Filosofía y Letras se había convertido en sede de intercambio y de crecimiento intelectual, sin que sus funciones se limitaran a las puramente académicas. Constituía, además, un “medio maravilloso para la formación de espíritus distinguidos y nobles caracteres”.²¹ En ella se concretaban las aspiraciones de convertir esa casa de estudios en un vivero de “minorías egregias”, capaces de conquistar para España los tesoros de la modernidad. El nudo de su argumento consistía en contrastar el pasado esplendor con su presente ruina, asediada, bombardeada y parcialmente destruida por las fuerzas rebeldes en su marcha hacia la capital. De esta forma, convertía la Ciudad Universitaria en imagen de la resistencia y en bastión de los valores liberales; no menos sugería que en los combates a sus faldas se decidía, no sólo el destino de Madrid, sino la victoria de una visión y forma de vida sobre otras: grandeza y ruina de la universidad, pero también de una de las dos Españas que cantó el poeta.

No resulta casual que José Gaos dedicara ese primer artículo a encomiar el valor de la antigua Universidad Central y, por efecto de contraste, el alcance de la pérdida. El escrito, además de un manifiesto de adhesión a la causa republicana, representaba una oportuna carta de presentación en el Nuevo Mundo. Poco o nada se sabía sobre “el doctor Gaus [sic]” antes de su traslado a este lado del Atlántico.²² Las referencias se limitaban a indicar

²¹ José Gaos, “Grandeza y ruina de la Ciudad Universitaria”, *El Pueblo*, 2 de julio de 1938, AJG, I, exp. 89, f. 17308.

²² *El Nacional*, 27 de agosto de 1938, pp. 1, 5.

su elevado puesto al frente de la Universidad y, en las notas más elaboradas, su cercanía a la persona y pensamiento de José Ortega y Gasset. No cabe duda que, entre los cultivadores de la filosofía, más de uno había advertido su nombre al frente de traducciones como la de *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de G.W.F. Hegel o la de *El puesto del hombre en el cosmos* de Max Scheler, ambas publicadas por la *Revista de Occidente*. No obstante, durante los primeros meses de su llegada, nada de esto sacó a relucir la prensa mexicana. Su homóloga cubana, sin el ajetreo que implica una expropiación petrolera, parecía mejor enterada. Aunado a los atributos referidos, se le reconoció como a “una eminente figura de la joven intelectualidad española”, profesor de Lógica y de otras ramas de la filosofía, comentador de Edmund Husserl y “organizador de la Segunda Enseñanza en su patria”.²³

Gracias al celo de los periodistas cubanos, contamos con un detallado recuento de sus actividades en Cuba. Aunado al ciclo de conferencias, Gaos tuvo ocasión de mostrar sus dotes como profesor a lo largo de un corto seminario y de algunas lecciones sobre Lógica. El cierre de su estancia se verificó en el Teatro Campoamor en donde, a instancias de la Institución Hispano-cubana de Cultura, pronunció una conferencia titulada “La forma del pensamiento español”. Ese conjunto de actividades, puede leerse en casi todos los recortes que él mismo conservó, gozó de un gran éxito entre el público antillano. El aplauso se reprodujo con regularidad en nuestro país, forjándose esa reputación de gran maestro de la oratoria que ya nunca lo abandonó. Se trataba de una reputación bien ganada, puesto que el profesor preparaba, cuidaba y pulía sus ponencias a veces incluso al detalle, insertando indicaciones sobre el tono, ritmo y volumen que debía adoptar su voz conforme a la naturaleza del pasaje en turno. Con ello buscaba dar claridad a su discurso, pero también producir cierto efecto sobre su auditorio, ya que, escribió, “la conferencia es un género literario a la preceptiva del cual puede no serle extraño el dramatismo...”.²⁴ Tanto a su característico perfeccionismo como a la voluntad de destacar en los medios cultural y académico responde el esmero con que elegía términos, giros y expresiones, la importancia que prestaba a la dicción y a las modulaciones del habla; de esta forma convertía sus alocuciones en efímeras obras de arte que sólo imaginamos con dificultad quienes únicamente las conocemos por

²³ *Patria*, 25 de junio de 1938; *Alerta*, 25 de junio de 1938; *El Mundo*, 28 de junio de 1938; *El Debate*, 11 de julio de 1938, *AJG*, 1, exp. 89, ff. 17301, 17316, 17304 y 17311b.

²⁴ *AJG*, 1, exp. 14, f. 1898.

escrito. Amén de su notable trayectoria, ese íntimo sentido de la palabra oral fue una de sus más eficaces armas para abrirse camino en su nuevo destino: México.

No es posible determinar con exactitud cuándo se le extendió la invitación para participar en La Casa de España ni cuándo decidió aceptarla. Había conocido a Daniel Cosío Villegas en París en mayo de 1937, cuando Gaos se desempeñaba como comisario general del Pabellón español y el recientemente destituido encargado de negocios en Lisboa organizaba el traslado de un pequeño grupo de intelectuales republicanos a nuestro país.²⁵ La casa del historiador francés, Marcel Bataillon, constituyó, al parecer, el marco de sus conversaciones iniciales. Pese a su temprano encuentro, Gaos no figura en las primeras listas que don Daniel elaboró para Luis Montes de Oca, director del Banco de México y principal aliado en lo que años más tarde llamó la “operación inteligencia”. Aparecen, en cambio, algunos miembros del Centro de Estudios Históricos como Ramón Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, José Fernández Montesinos, Tomás Navarro Tomás y Claudio Sánchez Albornoz. Ninguno aceptó la invitación. Quizás debido al reducido número que se podía albergar y en espera a que personalidades de mayor relieve se acogieran a la propuesta, ésta no se hizo extensiva a Gaos sino hasta 1938, cuando, concluida su misión en París, se hallaba en la Universidad de Valencia. Pese a ello, en una fecha tan tardía como el 22 de julio, es decir, a menos de tres semanas de su instalación definitiva en el antiguo Valle de Anáhuac, la prensa cubana todavía informaba que, tras su visita,

²⁵ El episodio que dio origen a esta empresa cultural ha sido narrado en más de una ocasión, refiriendo cómo, ante la imagen de desesperación que desprendía Claudio Sánchez Albornoz, eminente medievalista y embajador de la Segunda República en Portugal, Cosío Villegas concibió la idea de ofrecer un refugio en México a algunos intelectuales de primera categoría, reducidos a contemplar impotentes el curso de la guerra. Además de una genuina muestra de solidaridad, la propuesta respondía a fines estratégicos bien delineados, que redundarían en beneficio del país anfitrión. Así lo expuso a Francisco J. Múgica, secretario de Estado durante el gobierno de Lázaro Cárdenas: “Tendríamos —le sugirió con fecha del 30 de septiembre de 1936— un rasgo que provocaría simpatía en todo el mundo, como la provocó para varias universidades extranjeras haber recogido a los sabios alemanes expulsados por el hitlerismo, daríamos muestra de simpatía al régimen vencido y no nos enajenaríamos la mala voluntad de los vencedores. Al mismo tiempo, adquiriríamos diez hombres de primera línea, que nos ayudarían a levantar el nivel de nuestra cultura, tan decaído de hace tantos años”. Carta de Daniel Cosío Villegas a Francisco J. Múgica, fechada el 30 de septiembre de 1936, en LIDA, MATESANZ y VÁZQUEZ, *La Casa de España*, p. 33.

regresaría vía México y Nueva York a Barcelona, en donde estaría de vuelta a mediados de septiembre. El tornaviaje nunca se produjo en virtud de los buenos oficios de la diplomacia mexicana que, por conducto de Octavio Reyes Spíndola, formalizó finalmente la propuesta. El 10 de agosto el encargado de negocios en Cuba le escribía: “me doy la satisfacción de poder confirmarle a usted, haciéndole formal invitación a nombre de mi Gobierno para ir a México, a trabajar en alguna Universidad, por un año renovable en nuevo contrato”.²⁶ En la misma misiva le anunciaba que el Estado mexicano sufragaría sus gastos de traslado, así como un salario de 600 pesos mensuales. Listo para incorporarse en el “Centro de Estudios Españoles”, como todavía se denominaba a la futura Casa de España, siete días más tarde Gaos desembarcó en Veracruz.

Ninguno de los principales diarios capitalinos olvidó informar sobre su llegada al país, convirtiéndolo por magia de la letra impresa en el cuarto de los “diecisiete sabios españoles ilustres” que vendrían a México para “realizar un trabajo de cultura superior”. Las expectativas depositadas en ese reducido grupo eran elevadas, dado que se esperaba que la capital se transformara, por obra de esta “genuina españolidad científica y artística”,²⁷ en orgulloso parangón de Madrid en el curso de un año. Gracias a ellos, el “milagro español” —esa edad de plata en las ciencias y en la investigación— podía y debía reproducirse en suelo mexicano en tanto punto culminante de la Revolución en su vertiente espiritual. Entre las muestras de entusiasmo no faltó, desde luego, quien sugiriera que los visitantes se llevaban la mejor parte del intercambio: además de continuar con los trabajos interrumpidos, recibirían la “magnífica oportunidad de ponerse a salvo de los horrores de la guerra y de la intemperancia de las banderas comunistas y anarquistas”.²⁸ De esa manera se hacía pesar sobre ellos, para espanto de las buenas familias, la sombra de aquella temible España roja, bien conocido nido de bárbaros, apóstatas e infieles.

Ajeno a esas muestras de malevolencia, Gaos dedicó algunos días a establecer relaciones con los naturales de estas tierras. Entre sus actividades iniciales es de mencionar la visita que hizo a su contraparte en México, el rector de la Universidad Nacional, Gustavo Baz. Con ella se inaugura una

²⁶ Carta de Octavio Reyes Spíndola, fechada el 10 de agosto de 1938, AHCM, *Casa de España*, c. 7, exp. 21, f. 8.

²⁷ *El Nacional*, 22 de agosto de 1938, p. 3. Antes que él habían llegado a México León Felipe Camino, José Moreno Villa y Luis Recaséns Siches.

²⁸ *Excelsior*, 22 de agosto de 1938, p. 8.

etapa en que se fue abriendo camino a través de la selva académica local. A la salida de esa primera excursión exploratoria, anunció a *El Nacional* que venía a integrarse en La Casa de España, un “organismo compuesto por catedráticos, escritores y artistas españoles que se dedicará a la docencia universitaria y a la difusión de la cultura superior, mediante conferencias, publicaciones y cursos breves, por el espacio de uno a dos años”.²⁹ Nadie, ni la prensa ni sus protagonistas podían sospechar que ese par de años se convertiría en treinta e incluso en más de setenta, si se toma como referencia el destino de la propia Casa y no el de sus miembros fundadores. Por ello y aunque la cifra predicha se acerca muy poco a la real, resultan casi clarividentes las previsiones de Gaos a su llegada al país, según declaró en una conferencia pronunciada décadas más tarde:

Yo había arribado a México muy convencido de que si la guerra de España [...] no empalmaba con la guerra mundial, como me parecía aún posible, pero no más, sería perdida por la República pero seguida inmediatamente por la mundial; y nada convencido, en cambio, de que la segunda guerra mundial sería corta, sino de que bien podía durar tanto como la primera, si no más; o, como suma y conclusión, convencido de que la estancia en México iba a ser por lo menos de un lustro, como poco tiempo después de encontrarme en México le dije a D. Daniel Cosío Villegas.³⁰

Intuyendo que la estadía sería más prolongada de lo que esperaban tanto nacionales como extranjeros, este esclarecido estratega invirtió sus energías en labrar las parcelas mexicanas. Mientras que otros refugiados continuaban las rencillas que los dividieron durante la Segunda República, asignando culpas y alimentando rencores, Gaos se enfocó en escrutar su nuevo destino, entablar amistades y darse a conocer como lo que era: un profesional de la filosofía y de su enseñanza, prácticamente un erudito en virtud de su sólida formación y amplísima cultura. El contraste entre los “politicastros” recién desembarcados y quienes supieron adoptar una actitud más templada quedó plasmado en el diario de Alfonso Reyes, presidente de La Casa de España por acuerdo presidencial del 12 de marzo de 1939. Con motivo de “los pleitos atroces” entre Juan Domenchina y José Bergamín, por

²⁹ *El Nacional*, 27 de agosto de 1938, pp. 1 y 5.

³⁰ GAOS, “Confesiones de transterrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 545.

ejemplo, el 27 de noviembre de 1940 se lamentaba de “lo que me han hecho sufrir estos españoles, lo que he tenido que soportar por ellos, y ¡cómo me pagan ahora con sus intrigas!”³¹ En el extremo opuesto se situaban quienes como Josep Carner, José Moreno Villa y el mismo José Gaos le ofrecían, en sus conversaciones, periódicos remansos de paz. En los días de descanso, este último solía atravesar las pocas calles que separaban sus respectivos domicilios para pasar en compañía de don Alfonso algunas horas vespertinas.³² Sus veladas en común —recordaba con melancolía años más tarde— trascurrían tranquilamente, absortos entre lecturas “que él me hace de escritos suyos” y “una parte de conversación en que yo intervengo, salvo excepciones poco frecuentes, como los pequeños interlocutores de Sócrates en los diálogos de Platón, simplemente dándole al maestro puntos, ya de respiro, ya de apoyo, para que continúe”.³³ De esta forma y “a pesar de las distancias de edad —no muy grande— y de personalidad —grandísima”, la cercanía entre

³¹ REYES, *Diario*, 27 de noviembre de 1940, versión mecanografiada consultada por cortesía de Javier Garciadiego. La referencia a los “politicastos” corresponde a la entrada del 16 de octubre de 1939.

³² A su llegada a la ciudad de México, la familia Gaos vivió en Cuernavaca 50, en la colonia Condesa, y dos años más tarde en Niágara 38, colonia Cuauhtémoc. La familia Reyes, por su parte, residía desde finales de 1939 a no mucha distancia, en Benjamín Hill 122. Acerca de la amistad y colaboración entre José Gaos y Alfonso Reyes, véase LIRA, “Presentación”.

³³ AJG, 2, exp. 47, f. 3760. Así sea en este modesto lugar, bien vale la pena reproducir otro recuerdo, lleno de gracia y de ternura, que Gaos vertió para *Boletín de la Capilla Alfonsina*, núm. 3, 31 de diciembre de 1966:

Visitaba yo a Reyes regularmente los sábados o domingos, a la caída de la tarde, por lo que solía asistir a sus “meriendas”, en compañía de Manuelita. Naturalmente, me invitaba siempre, y cuando, por una razón u otra, rehusaba yo aceptar la invitación del todo, no podía rehusar lo que por lo menos me ofrecían siempre, buenos conocedores de mi gusto y mi flaco: alguna golosina. Y así, una noche apareció un tarro de guindas tan apetitosas para mí, que sin mayor reparo alargué la mano hacia él, tal que Reyes, riéndose, echó la suya a una papeleta de las que solía haber sobre su mesa de trabajo —a la que estaba contigua la mesita en que merendábamos—, y escribí de inmediato y de corrido:

Dijo una noche jovial
el profesor José Gaos:
— ¡Rubias ninfas del cristal!
Venid, guindas y acercaos.

Y con su meticulosidad, ya segunda naturaleza, escribió al otro lado de la papeleta: México, 13 sept. 1942.

ambos muy pronto trascendió su acepción meramente geográfica para adoptar el sentido metafórico de proximidad entre dos sensibilidades.³⁴

En cierto modo, la relación con Reyes se remontaba a muchos años atrás, cuando el escritor regiomontano se encontraba exiliado en España y el joven asturiano leía los ensayos que aquél publicaba en las editoriales Calleja y Calpe, así como en los periódicos *El Sol* y *El Imparcial*. A ello se debió, explicó tiempo más tarde, que hasta no conocerlo en persona Gaos lo tuviera por español. Una vez en México el error se disipó, sin que ello obstara para que lo siguiera considerando como “el más español de los mexicanos de nuestros días”.³⁵ Los largos años que había permanecido en la antigua metrópoli, junto con el íntimo conocimiento que adquirió de los peninsulares, hacían de él la persona idónea para ocuparse del destino de los refugiados. Así se lo expresó por carta del 15 de abril de 1939, tras anunciarse su designación como presidente de La Casa de España:

Deseo expresar a usted por escrito la satisfacción con que he recibido —como seguramente todos mis compatriotas de esta Casa— la noticia de su nombramiento de nuestro Patronato. Nombramiento tan indicado, *que lo único que puede sorprender en él es el no haber sido anterior*. Y satisfacción bien justificada, no sólo por tener a nuestro frente al intelectual más representativo de la América española, sino, y para nosotros sobre todo, *por la fraternidad que le une desde hace tantos años a los maestros de la intelectualidad española*, y que esperamos se extienda, con un matiz forzosamente más bien paternal, a quienes, como yo, somos los discípulos de ellos.³⁶

Con esas líneas dio inicio lo que sería una “amistad de distancias en la intimidad”.³⁷ La asiduidad redundó en beneficio de ambos, ya que también

³⁴ AJG, 2, exp. 47, f. 3759. Años más tarde, Gaos recordaría que Alfonso Reyes había sido uno de los cuatro amigos con quienes mantenía un trato íntimo y asiduo. GAOS, “Homenaje a Alfonso Reyes”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 396. Su muerte fue, para el cada día más introvertido Gaos, una pérdida irreparable. Así lo expresó durante casi 10 años, depositando cada 27 de diciembre un ramo de rosas sobre la tumba del gran escritor neoleonés.

³⁵ AJG, 2, exp. 47, f. 37759. Acerca de las circunstancias que llevaron al noveno hijo de Bernardo Reyes a España y su vida en ese país, véase GARCADIÉGO, *Alfonso Reyes*, en particular, pp. 44-71.

³⁶ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 15 de abril de 1939, en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Itinerarios filosóficos*, p. 43. Cursivas en el original.

³⁷ AJG, 2, exp. 47, f. 37760.

Reyes se felicitaba por los comentarios con que el filósofo enriquecía su obra, llegando incluso a afirmar que había “pocas cosas mejores en este momento de mi vida que los diálogos con Gaos”.³⁸ Esto no significa que la relación careciera de espinas. Aunque representaban casos aislados, el escritor neoleonés protestó en más de una ocasión por haberlo encontrado intratable o por haber tenido que aguantar insolencias de su parte. Algo semejante sugirió Daniel Cosío Villegas, al escribir en sus *Memorias* que “Gaos no era precisamente un hombre de trato suave o diplomático, sino más bien de pensamiento y de palabra directos”. De ahí su inquietud sobre el recibimiento que le depararían las personalidades que presidían el medio cultural. “¿El intelectual mexicano aceptaría la presencia de los españoles? —se preguntaba—, ¿no estallaría nuestra conocida xenofobia?”. Su preocupación se dirigía, muy especialmente, hacia Antonio Caso, maestro suyo en la Escuela de Altos Estudios. Unas líneas más adelante, Cosío Villegas relataba el feliz desenlace: “No tardaron en disiparse nuestros temores, pues no hubo uno solo de nuestros invitados que no tuviera un éxito claro y pronto. José Gaos, con un sincero afecto respetuoso, se acercó sin vacilar a Antonio Caso, y éste lo acogió sin reservas”.³⁹

Contrariamente a los recelos de don Daniel, al menos en un inicio la intelectualidad mexicana logró unirse bajo el manto de la hospitalidad. “Derechas e Izquierdas —anunció el *Excélsior* el 29 de octubre de 1938— reuniéronse” en el banquete que ofreció Enrique González Martínez. “Al acto asistieron elementos de todos los cenáculos mexicanos, pues en la misma mesa comieron ‘izquierdistas’ y ‘derechistas’, así como hombres de valer cuya catalogación está pendiente.” Y, en verdad, para recibir a José Gaos, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, Juan de la Encina, León Felipe, Luis Recaséns Siches y Jesús Bal y Gay se congregaron personalidades tan disímiles como María Izquierdo, Manuel Toussaint, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Carlos Mérida, Julio Torri, José Mancisidor y Andrés Henestrosa. Todas sus diferencias quedaron relegadas tras las palabras de bienvenida y de consuelo que el anfitrión dirigió a los insignes visitantes: “Volver los ojos a España —manifestó comprensivo— es encontrar tristeza y destrozos sangrientos, mas quienes están entre nosotros no pueden —ni deben— sentirse desterrados, pues en cada jirón de América encontrarán

³⁸ REYES, *Diario*, 7 de octubre de 1940.

³⁹ COSÍO VILLEGAS, *Memorias*, pp. 175-176.

una evocación de la buena tierra que creó al Nuevo Mundo.”⁴⁰ Los huéspedes estaban en casa.

La unánime simpatía en torno al arribo de los españoles no duró largo tiempo. Al caer la República, es decir, cuando se supo que el número de huéspedes y la duración de su estancia serían mucho mayores de lo que inicialmente se previó, la prensa comenzó a publicar furiosas invectivas en oposición a su recibimiento. Así también muchos de quienes habían estado presentes en el banquete referido se lanzaron en una delirante campaña, bajo la forma de epigramas, contra el poeta y editor José Bergamín, mientras que otros, como Rodolfo Usigli, se mostraban en general envenenados contra La Casa de España.⁴¹ Junto con las provisiones del exilio, esta institución se constituyó en objeto de violentos ataques conforme fue llegando un contingente mayor de refugiados. Para el mes de junio de 1939 tanto *El Universal* como el *Excélsior* advertían que los profesionistas españoles desplazarían a sus pares mexicanos. Más específico y contundente fue Eduardo Pallares, jurista y cofundador de la Universidad Iberoamericana. En el artículo, “Los universitarios postergados”, denunció que se otorgara “a los extranjeros un lugar privilegiado con detrimento de los nacionales”. La situación no podía ser más injusta: al tiempo que los universitarios mexicanos desempeñaban sus tareas docentes sin ningún tipo de garantía o facilidades, recibiendo a cambio un sueldo de 75 pesos mensuales, los “prófugos españoles” cobraban salarios de 400 pesos, se les instalaban laboratorios y se les pagaban derechos de traducción. Con su llegada, por consiguiente, sucedía “lo inesperado, lo que ningún gobierno de México ha hecho por los nuestros desde 1821 hasta nuestros días”.⁴² Con una enérgica protesta culminaban sus palabras.

⁴⁰ *Excélsior*, 29 de octubre de 1938, segunda sección, p. 2. La lista de quienes acudieron al banquete se completaba con los nombres de Guillermo Jiménez, Octavio Barrera, Justino Fernández, Rodolfo Usigli, Samuel Ramos, José Rivera Pérez Campos, Francisco Orozco Muñoz, Jesús Guerrero Galván, Francisco Monterde, Armando de María y Campos, Elías Nandino, Anselmo Mnea, Celestino Gorostiza, Antonio Castro Leal, Agustín Lazo, Carlos Orozco Romero, Enrique Fernández Ledesma, Jorge Cuesta, Adolfo Best Maugard, Antonio Acevedo Escobedo, Celestino Herrera Fremont, Horacio Domínguez, Octavio Paz, Miguel N. Lira, Rafael Solana Jr. y Jorge Piñó Sandoval.

⁴¹ Acerca de la batalla periodística entre el grupo “Contemporáneos” y José Bergamín, véase SHERIDAN, “Refugachos”. La referencia a Usigli se encuentra en REYES, *Diario*, 14 de junio de 1939.

⁴² Eduardo Pallares, “Los universitarios postergados”, *El Universal*, 13 de junio de 1939, p. 3. Véase también ENRIQUEZ PEREA (comp.), “Presentación”, pp. 30-31.

Pese a las censuras, la visión opuesta se hizo también presente en los diarios de la capital. Uno de sus portavoces fue Salvador Novo, quien desde su columna, “La Semana Pasada”, reflexionó sobre las denuncias “espumajean-tes” de Pallares. “El tema —escribió— se presta a profundas meditaciones”:

a] un Juan de la Encina, un Adolfo Salazar, un José Gaos, un Lafora, un Díez Canedo, honran a cualquier instituto o universidad de cualquier parte del mundo en que den una conferencia o una cátedra, y los Estados Unidos o la Argentina estarían muy contentos de pagarles buenos dólares por incluirlos en su profesorado. Si en estas condiciones han preferido México, existen razones sentimentales y raciales que lo explican, y por nuestra parte deberían existir razones de criterio y de hidalguía que lo agradecieran; b] los profesores universitarios mexicanos no viven únicamente de dar clases. La clasecita es, tradicionalmente, una ayuda adicional; o bien dan clases todo el día y juntan de ese sudorífico modo lo necesario para existir. En cualesquiera de estos dos casos, es evidente que su clase no representa su mejor rendimiento, ya porque su chamba principal absorba su atención, y su clasecita sea lo secundario, o ya porque de tanto dar clases todas las den mal. En consecuencia, si es inicuo que los profesores mexicanos ganen una birria, será, o porque su clase no vale más, o porque ellos no valen más, como lo demuestran al resignarse a semejantes remuneraciones.⁴³

Menos hiriente aunque igualmente dura fue la respuesta que Alfonso Reyes preparó en defensa de La Casa. Tras negar como un absurdo que los miembros de esa institución constituyeran un “elemento disolvente”, se concentró en explicar por qué gozaban de una situación de privilegio. Por una parte, afirmó, era “regla académica universal” remunerar a los invitados con sumas mayores a las que por lo común se destinaban a los nacionales. Se trataba de una costumbre bien arraigada en otras latitudes y que contaba en México, desde los tiempos de Justo Sierra, con una ilustre tradición. Deploraba, desde luego, que los universitarios del país no ganaran lo que merecían, “pero ése —puntualizó— es un mal muy antiguo, y en modo alguno imputable a La Casa de España”. A ello añadía que los profesores invitados, a diferencia de los mexicanos, se habían comprometido a no ejercer otro oficio ni a percibir mayor sueldo, por lo que debía bastar a su sustento.

⁴³ Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, p. 465 (24 de junio de 1939). Además de Novo, también Mauricio Magdaleno y Luis Cabrera tomaron la defensa de los miembros de La Casa de España en México.

Terminaba su artículo con una advertencia y una admonición: “Somos nosotros quienes más ganamos a la postre; y una sola generación escolar, menos de un lustro acaso, ha de demostrar plenamente a la opinión de todo el país. [...] No repitamos los errores de Europa, ni el oprobio de los campos de concentración. No se diga que en México se han secado los corazones”.⁴⁴

Con esta escaramuza apenas comenzaban las batallas en torno a La Casa de España que, por cierto, revistieron muchos frentes. Como era de esperar, los militantes de la Falange Española Tradicionalista se encontraron entre los primeros que tomaron públicamente la ofensiva contra sus compatriotas refugiados, llegando incluso a crear, en abril de 1939, su propia Casa de España, “verdadera burla —juzgó Alfonso Reyes— a la institución de igual nombre fundada por el Presidente Cárdenas”.⁴⁵ Menos natural parece que, aunque *sotto voce*, también desde el bando republicano se escucharan opiniones adversas. Muchas de ellas provenían de los candidatos rechazados, dado que los limitados recursos determinaron que muy pronto se agotaran los lugares disponibles en su nómina. Nada de esto impidió que día con día llegaran solicitudes de ingreso, por lo regular acompañadas con alguna firma de prestigio. Para finales de junio de ese año, el presidente de la institución afirmaba estar agotado por el “exceso abrumador de trabajo” que, explicaba, “me viene de las muchas personas que quieren entrar en la Casa de España, con o sin méritos para ello, cuando ésta ya no tiene presupuesto para más, ni puede tal vez lograr que el ambiente cultural de México, resista más”.⁴⁶ Por esos motivos, sólo 20 especialistas de distintos cam-

⁴⁴ REYES, “Informe sobre los trabajos de La Casa de España en México, 1939”, p. 285. Tal como indica Alberto Enríquez Perea, Reyes prefirió conservar inédito el artículo recién citado, decisión por la que más tarde se felicitaría. En 1940 expresaba su satisfacción de que “la opinión ha respondido cada vez con más simpatía y con interés mayor, y las maniobras adversas que, en los primeros meses habían provocado algunos elementos interesados en desprestigiar a La Casa de España en México, se han disipado sin necesidad de entrar en polémicas públicas, como un resultado y una consecuencia natural de las labores llevadas a cabo por la propia Casa”, *loc. cit.*

⁴⁵ REYES, *Diario*, 3 de abril de 1939. Acerca de las actividades de este partido en México, véase PÉREZ MONTFORT, *Hispanismo y Falange*.

⁴⁶ REYES, *Diario*, 27 de junio de 1939. Consciente de ese hecho, en carta a Eduardo Nicol, Gaos recomendaba: “Es posible que si V. se decidiese a ofrecer sus servicios a los Estados, encontrase más fácilmente algún acomodo que en este Distrito Federal, que empieza a estar saturado de trabajadores intelectuales. Es un consejo que empiezo a dar”, véase Carta a Eduardo Nicol, fechada el 18 de junio de 1939, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 150, f. 13951.

pos del saber figuraron entre sus miembros. Así se entiende que Pedro Salinas, tras su paso por la capital, declarara no haber visto “más ruinas que las numerosas de los españoles en el destierro”. Para mayor sazón añadía: “La España emigrada está dividida en dos grandes bandos políticos: negri-nistas y prietistas, que se tiran a matar. Y los intelectuales en otros dos bandos: los de La Casa de España, que son los privilegiados, y los últimos, que ya no tienen cabida allí por estar completo el cupo”.⁴⁷

Pese a carecer de datos que lo confirmen, apenas resulta aventurado imaginar que la diferencia en el trato se juzgara como una injusticia, sobre todo si se considera que entre sus beneficiarios se hallaban quienes salieron de España con mayor prontitud. Representara o no un objeto de resentimiento, lo cierto es que la temprana llegada de Gaos a México le valió no pocas ventajas respecto a la retaguardia del exilio. Así lo reconocieron Pedro Carrasco, Enrique Rioja, Antonio Moles y José Royo y Gómez en el escrito que, a nombre de la recién instituida Comisión Universitaria Española, le dirigieron en febrero de 1939 desde Toulouse.

Estimamos —especulaban— que el número de elementos estrictamente universitarios que estén de momento dispuestos a establecerse en la América hispánica no será muy grande, aunque esto puede variar según el arreglo definitivo que se produzca de la guerra de España. Por de pronto las represalias actuales de Franco hace que hasta los que estaban decididos a marchar inmediatamente a la zona rebelde se abstengan de hacerlo. De todos modos el número rondará por el centenar. Los firmantes y otros cuyos *currículum vitae* van unidos a los nuestros estamos dispuestos a la expatriación.⁴⁸

La incertidumbre era honda, dado que además de no albergar “idea del lugar donde pudieran ser más convenientes nuestros servicios”, señalaban no tener “predilección alguna respecto al país donde pudiéramos actuar; cualquiera de América, la del Norte o del Sur”. En manos de Gaos colocaban su suerte, puesto que, sostenían, “V. mismo está mejor situado para adoptar las iniciativas más convenientes y en su caso hacernos las indicaciones que de ellas se deriven”.⁴⁹ Sin contar con mayores recursos, el co-

⁴⁷ Carta de Pedro Salinas a Jorge Guillén, fechada el 26 de septiembre de 1939, en SALINAS y GUILLÉN, *Correspondencia*, pp. 204-205.

⁴⁸ AHCM, *Casa de España*, c. 8, exp. 13, f. 2.

⁴⁹ *Ibid.*, ff. 2-3.

responsal limitó su auxilio a transmitir la solicitud a Daniel Cosío Villegas, quien ofreció buscar acomodo a algunos miembros de la Asociación.

Otros más se beneficiaron de los buenos oficios que Gaos procuró prestar desde su destino ultramarino. Gracias a ellos, el 17 de octubre de 1938 su mujer y dos hijas desembarcaron en Veracruz, si bien para su sorpresa, en lugar de un padre y marido, se encontraron con un hombre “de aspecto poco alentador”, líder del sindicato de meseros del Partido Socialista. En el telegrama que este personaje llevaba consigo, el ausente explicó que sus múltiples ocupaciones lo obligaban a esperar en la capital. “Esas son las cosas que difícilmente se asimilan”, afirmó en retrospectiva su hija Ángeles.⁵⁰ Aunque el episodio revela aspectos significativos de la relación familiar, también es cierto que desde un inicio el filósofo se vio abrumado con las más variopintas invitaciones, que incluían desde elegantes banquetes hasta visitas a campos deportivos en compañía del general José Siurob. De esta forma se expresaba la solidaridad mexicana, así como, ¿por qué no?, los primeros intentos por utilizar el exilio con fines partidistas.

Consciente de ese hecho, Gaos aprovechó su buena estrella para interceder por unos cuantos más. De ese modo logró que su hermano Carlos lograra acogerse a la hospitalidad del país. Volcando sus recursos hacia los más allegados, a algún otro, como a Eduardo Nicol, sólo pudo ofrecer presentar a las personas adecuadas. “Mi padre con parte de mis hermanos —justificaba— está sosteniéndose en Francia y preparando su viaje exclusivamente con lo que yo puedo enviarles, y aquí está ya otro hermano con su familia y numerosos amigos: imagínese”.⁵¹ No todas las diligencias resultaron fructuosas. Su padre, en particular, fue víctima de las precarias condiciones que el gobierno francés impuso a los refugiados, falleciendo el 11 de octubre de 1939 en el campo de internamiento de Vernet-les-Bains. Por esos motivos, a principios del año siguiente Gaos afirmaba haber pasado “un aciago 39”. Ello se debía a que “los muchos amigos, compañeros, conocidos, su acomodo aquí, las instituciones creadas para dar trabajo a toda esta emigración, a las que no podía negar la colaboración, me ha preocupa-

⁵⁰ GAOS DE CAMACHO, *Una tarde con mi padre*, pp. 51-52.

⁵¹ Carta a Eduardo Nicol, fechada el 18 de junio de 1939, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 150, f. 13951. Nicol se encontraba en esos momentos en Veracruz, enfermo y sin recursos para sostenerse ni para trasladarse a la capital. Por auxilio de Gaos unos días más tarde comenzó a recibir algunos apoyos por parte del Servicio Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles.

do y ocupado hasta acapararme en muchos momentos”.⁵² La necesidad de acometer esas tareas parecía que pronto llegaría a su fin.

Adelantarse a sus correligionarios y encontrarse en lugar privilegiado al sonar la derrota no fueron los únicos factores que lo situaron en una posición aventajada. Desde su llegada al país que le dio asilo, también trabajó para allanar su camino y, por extensión, el de sus futuros compañeros de viaje. Cada incursión que emprendió desde entonces sirvió para disipar temores, desvanecer equívocos y refutar objeciones, tal como lo hizo en Morelia en octubre de 1938. Al momento de la visita, la ciudad se había convertido, a raíz del recibimiento que se dio a 500 niños españoles, en la primera capital americana del exilio.⁵³ Por esa razón, el Patronato de La Casa de España decidió que los profesores invitados conocieran la tierra natal de Lázaro Cárdenas. Sensible ante esa circunstancia, Gaos comenzó su alocución reconociendo que “no puede ser casualidad que esta ciudad de Morelia haya acogido en su seno a los niños españoles amorosa y venturosamente arrancados a la tragedia de su patria —y sea la primera en acoger también a los intelectuales compatriotas de esos niños, a quienes este país, en superación de sí mismo en generosidad, arranca también a las dificultades para proseguir en su patria su labor de paz”.⁵⁴ “Labor de paz”, afirmó significativamente, es decir, con voluntad implícita de refutar a quienes acusaban a los recién llegados de ejercer como agitadores y embajadores oficiosos del régimen soviético en México. La tradicional hispanofobia, agravada por la identificación de la Segunda República con el comunismo, se hizo eco en la prensa nacional, particularmente en el periódico *Excelsior*, órgano de oposición al gobierno cardenista.⁵⁵

Si bien los detractores apenas necesitaron pretextos para arrojar malévolas diatribas, la imprudencia de algunos los ofreció con holgura. Por ejemplo, hacía unas semanas que la escritora Margarita Nelken y el líder sindicalista Ramón González Peña habían participado, desde las galerías del Congreso, en los debates legislativos que se desarrollaban a sus pies. La pren-

⁵² Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 172.

⁵³ Acerca de estos refugiados, véase PLA BRUGAT, *Los niños de Morelia*.

⁵⁴ GAOS, “Los cursillos de Morelia”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 435.

⁵⁵ Acerca de la compleja relación del mexicano con el pasado español y las contradicciones en el proceso de construcción identitaria Tomás Pérez Vejo ha escrito numerosas obras y artículos, entre los más recientes, véase PÉREZ VEJO, “La difícil herencia”.

sa no tardó en recordarles el contenido del Art. 33 constitucional, que prohíbe la injerencia extranjera en asuntos de política nacional. Además de una muestra de descortesía hacia sus anfitriones, *El Universal* denunciaba que su propósito consistía en “hacer propaganda para que este país, que [...] vive bajo el amparo de instituciones democráticas hartamente diversas de las de Moscú, asuma el propio papel y corra la infausta suerte que ha tocado a España”.⁵⁶ A diferencia de sus vehementes compatriotas, Gaos optó por guardar una conducta discreta y esto desde un inicio, cuando en entrevista rehusó emitir una opinión sobre los acontecimientos en España. Esa reserva resultó tan bien recibida que hasta los editorialistas del *Excelsior* hicieron a un lado la ponzoña habitual para encomiar su prudencia. Comentaron elogiosos que el rector de la Universidad de Madrid

nada quiso decir acerca de la guerra civil española, e hizo bien. Que discutan los políticos y los politicastros que se disfrazan con el uniforme de la diplomacia: él es filósofo y viene a exponer sus ideas acerca de tan importante materia. Ojalá que en México encuentre, si no la serenidad de los templos de la sabiduría que cantaba Lucrecia, al menos la tranquilidad de espíritu necesaria para estudiar y transmitir útiles y doctas enseñanzas de verdad y de virtud.⁵⁷

Con la negativa a discurrir sobre temas ajenos a su programa laboral, Gaos demostraba que sus fines eran estrictamente académicos. Esa actitud sugería que, como muchos a quienes se subsumía en el colectivo “rojos” cuando en realidad —y allende a su común bandera antifranquista— pertenecían a un amplio espectro político, al menos él mismo estaba muy lejos de profesar el materialismo histórico o de pertenecer a una asociación de tipo comunista. Era cierto que desde 1931 se había afiliado al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), agrupación marxista de acuerdo con los estándares de la época. Sin embargo, aclaró en unas notas redactadas en los primeros meses de 1937, “yo no me hice socialista por ser marxista: ésta es la verdad. Aún hoy, no tengo sobre el marxismo más que unas cuantas ideas, todas de segunda... o enésima mano, menos las que puedan representar los escasos textos, frases, de Marx, leídas: ésta es otra verdad”.⁵⁸ Es muy probable que exagerara su ignorancia, puesto que tiempo más tarde declaró que

⁵⁶ *El Universal*, 15 de septiembre de 1938, p. 3.

⁵⁷ *Excelsior*, 30 de agosto de 1938, p. 5.

⁵⁸ AJG, 2, exp. 1, f. 30131. Esas notas forman parte de un esbozo de artículo para *Hora de España* que nunca se publicó.

del filósofo alemán “estudié, hace entre veinte y quince años, las obras filosóficas tan concienzudamente como para publicar un libro”.⁵⁹ Tan amplio era su conocimiento sobre ese pensador que en su plan de trabajo para 1939 se anunciaba que, al lado de otras obras, “publicará en México traducciones directas del alemán de todos los textos de la filosofía marxista, acompañados de una introducción sobre lo que ésta significa”. También se indicaba que impartiría un seminario titulado “Marx y Nietzsche: los polos intelectuales de nuestro tiempo”.⁶⁰

En vista del recelo que pesaba sobre la postura e intenciones de los refugiados españoles, ¿por qué Gaos decidió esforzarse en difundir el pensamiento marxista y, con ello, correr el riesgo de seguir caldeando el ya agitado ambiente mexicano? Según puede leerse en la invitación, el objetivo explícito del seminario consistía en estudiar las posiciones filosóficas de uno y otro autor en tanto “expresiones extremas de la situación vital del hombre contemporáneo”.⁶¹ De ese modo pretendía romper con aquella tradición docente que sólo admitía estudiar la filosofía clásica y moderna, profesional y académica, para, en su lugar, promover la reflexión acerca de temas y preocupaciones de actualidad. El marxismo, sobra decir, era uno de ellos, tanto en España como en México que, como condenaba la Santa Sede, era un país “donde el comunismo ha conseguido afirmarse y dominar”.⁶²

Otros propósitos intervinieron en la decisión de convertir el marxismo en materia de enseñanza. Uno de los principales radicaba en rebatir las pretensiones de cientificidad que enarbolaba la corriente. Esa “finalidad netamente antimarxista” se concretaría al demostrar que “la concepción materialista de la historia no es una concepción científico-positiva de la historia pasada, sino una interpretación de la historia pasada-presente-futura”.⁶³ Su carácter metafísico y su falta de arraigo en la realidad concreta quedarían de esta forma exhibidos. Sobre la parte que correspondía a Nietzsche nada es posible decir, puesto que las lecciones sólo versaron sobre Marx, tenien-

⁵⁹ GAOS, “Confesiones profesionales”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 71.

⁶⁰ Alfonso Reyes, “Quiénes son los miembros residentes de La Casa de España en México”, *El Nacional*, 17 de junio de 1939. Citado en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Alfonso Reyes en La Casa de España*, p. 209.

⁶¹ AJG, I, exp. 47, f. 8793.

⁶² Encíclica *Divini Redemptori Promissio*, 18 de marzo de 1939, cit. en SHERIDAN, “Refugachos”, p. 18.

⁶³ AJG, I, exp. 48, ff. 8781-8782 y 8804.

do presente a su principal antecedente, Ludwig Feuerbach, y a su más cercano colaborador, Friedrich Engels. Tamaña desproporción entre el tema anunciado y el contenido efectivo no respondió a preferencias de Gaos, sino a que las sesiones se vieron interrumpidas, debido al escaso número de asistentes y a su poca preparación según los criterios del profesor.⁶⁴ Si entre ellos hubo algún convencido, sin duda le defraudó escuchar que se trocaba el marxismo en una doctrina puramente moral, sin mayor fundamento en la razón o en las leyes históricas que una religión cualquiera. Desde la perspectiva del profesor, nada había que reprochar, puesto que definía la metafísica como una “seudociencia”, es decir, un ocuparse con los objetos de la religión mediante procedimientos científicos. Por ese motivo y aunque despojaba al marxismo de su preciado soporte empírico, lo arrancaba igualmente de ese limbo conceptual conocido como “ideología” y le restituía su lugar entre los sistemas filosóficos de nuestros días.⁶⁵

Si a golpes de información pretendía socavar la fuerza del materialismo dialéctico, no cabe duda que sus esfuerzos resultaron frustrados. A su curso sólo se inscribieron cuatro o cinco alumnos, en el que, se quejaba, “ni han leído lo que debían, ni hecho, en resumidas cuentas, sino cuatro escritillos en que lo breve no es, por bueno, dos veces tal”.⁶⁶ Por otra parte, sus crecientes obligaciones lo obligaron a interrumpir las traducciones prometidas y, por lo mismo, a posponer su paso por la imprenta. Pese a su carácter inconcluso, las abundantes páginas que entonces dedicó al pensamiento marxista constituyen un claro testimonio de su dedicación, convirtiéndose en uno de los primeros en ocuparse del “joven Marx” y en descubrir en él los cimientos de un realismo humanista.

⁶⁴ Quizás no sea de extrañar el poco entusiasmo que despertó el curso, si se considera que para participar Gaos exigía “cierta preparación o cultura filosófica en general y el haberse ocupado ya con Marx o Nietzsche en particular, y la capacidad de leer corrientemente el francés, o el inglés, o, con preferencia, el alemán”, véase *ibid.*, f. 8793. Acerca del “total fracaso” de este curso véase también la carta a Alfonso Reyes, fechada el 1 de noviembre de 1939, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 210.

⁶⁵ El término “ideología” ha sido objeto de múltiples definiciones por parte de algunos de los grandes pensadores contemporáneos como Friedrich Engels, Karl Marx, Karl Mannheim, Hans Barth y Paul Ricoeur, por mencionar algunos. Anoto las referencias anteriores para indicar que por “limbo conceptual” no sugiero que se haya analizado el término de modo insuficiente; señalo, simplemente, que no se ha llegado a una definición mínima operatoria.

⁶⁶ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 1 de noviembre de 1939, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 210.

La voluntad de erradicar cualquier tinte político, no sólo se verificó en el campo de la teoría, sino también en el ámbito práctico, mediante lo que podría describirse como un vertiginoso proceso de despolitización. Ese proceso se hizo visible desde su llegada al Nuevo Mundo, cuando se rehusó en entrevista a comentar sobre la situación española. Con el paso del tiempo esa actitud se ahondaría, al grado que para 1958 a él mismo le resultaba “curiosa la poca presencia y la gran ausencia de la guerra civil en mi obra”.⁶⁷ A ese alejamiento de la vida pública contribuyó, desde luego, que las leyes mexicanas establecieran severas restricciones al activismo por parte de extranjeros, mismas que llevó al extremo por propia decisión. “Gaos —recordaba Adolfo Sánchez Vázquez— era difícil en [el] terreno [de la militancia]. Para los actos concretos siempre se negaba porque de acuerdo con su interpretación moral, como estaba nacionalizado mexicano, consideraba que no podía participar prácticamente en actividades políticas.”⁶⁸ Se diferenciaba así de quienes, como Eugenio Ímaz, José Manuel Gallegos Rocafull o Joaquín Xirau, accedían a colaborar de vez en vez con el Partido Comunista español. La reclusión en la esfera privada respondía, por ende, a un gesto preferencial, por el que convirtió un acto de prudencia en un discreto *modus vivendi*.

Pese a su mutismo exterior, en la intimidad consagró largas horas de reflexión a elaborar un balance sobre la Segunda República y la contienda que le puso un final. Al conmemorarse los 29 años de su advenimiento, afirmó melancólico que, de ese régimen, “guardamos los españoles de mi edad y mis ideas un recuerdo comparable sólo al de una primera novia malograda”.⁶⁹ Como en los amores de juventud, la inexperiencia había conspirado para convertir el error en una pérdida irreparable. Uno de los más graves había sido el radicalismo que adquirieron sus medidas con las que quizás, pensaba, se había ido demasiado lejos. No sin un dejo de tristeza, reconoció que “utilizada la buena fe, innegable, idealista, heroica, de nuestros compatriotas comunistas por la [Tercera Internacional], los republicanos no hubiéramos sido capaces de librarnos del comunismo en España”; lograrlo hubiera dependido de “contar, por desgracia, con nuestras reaccionarias derechas”. Para conciliar las distintas fuerzas políticas, advertía que “la monarquía es la única *forma* de España”,⁷⁰ adelantando así las conclusiones a las que llegaría, décadas más tarde, el gobierno de la transición.

⁶⁷ AJG, 4, exp. 4, f. 61453, 17 de febrero de 1958.

⁶⁸ SÁNCHEZ VÁZQUEZ, “Entrevista”.

⁶⁹ AJG, 4, exp. 5, f. 63052, 14 de abril de 1960.

⁷⁰ AJG, 1, exp. 101, f. 20157. *Cursivas* en el original.

En sus meditaciones, llegó a creer que la conflagración bélica y la posterior estabilidad de Franco constituían dolorosos actos por los que el pueblo refrendaba día con día a la Corona. “El hecho de tener que aceptar [el régimen] forzosamente — escribió—, de no poder menos que aceptarlo, de no haber fuerzas ya que se le opongán”, demostraba que España era por naturaleza monárquica. De ahí que, si se querían alcanzar las mejoras que tanto requería el país, la clave del cambio radicara, no en sustituir la monarquía, sino en perfeccionarla. Por todo ello, concluía que había “que trabajarla, para darle a su vez la forma que la haga inderrocable nuevamente por la contingencia del rey botarate, su única fragilidad, y que haga España habitable para todos los que somos hombres del día”.⁷¹ Gaos expresaba así un realismo tal vez demasiado crudo y con seguridad poco frecuente entre los refugiados españoles; no obstante, fue el mismo realismo que le permitió hacer frente a las circunstancias cambiantes e insertarse con firmeza en los medios intelectual y académico mexicanos.

⁷¹ AJG, 1, exp. 47, f. 8789.

EL HIJO DE SATURNO

Buen aprendiz es quien sabe extraer enseñanzas de las experiencias, no sólo de las propias sino también de las ajenas. En ese proceso de transmisión se va entretejiendo el flujo de las generaciones que, al apropiarse el pasado, le confieren un sentido útil para la vida, tal como preconizaba Nietzsche.¹ Desde esa perspectiva fue inmejorable la disposición con que José Gaos se entregó al aprendizaje y asimiló las lecciones que le ofrecían, generosos, maestros pretéritos y contemporáneos. Con el fin de asegurar que su estancia en ultramar fuera a la vez provechosa y placentera, este ávido alumno elaboró un “Decálogo del buen viajero”, compuesto a partir de los preceptos que dejaron “los viajeros más ilustres de todos los tiempos”:

1] En los cuerpos en movimiento no rigen exactamente las mismas leyes que en los cuerpos en reposo: tampoco las morales. Por eso hay que aprovechar la favorable cinemática de las curvas en los trenes, las marejadas en los barcos y ese primer descenso de los aviones en que todos los pasajeros extienden el brazo correspondiente del lado del pasillo y del viajero que hace pareja.

2] Lo primero que hay que hacer al llegar a la habitación del hotel no es ni mirarse al espejo, ni sentarse en la cama, ni deshacer las maletas, ni tomar la ducha, sino levantar la persiana y mirar a la ventana de enfrente (El sacerdote de Menfis).

— ¿Y si enfrente no hay ventana?

— Pues hay que inventarla (Herodoto).

3] Utilizar *tourist guides* es lo mismo que sería llevar un manual del matrimonio a la cámara nupcial (Rutilio Namaciano).

4] Las calles no han sido hechas solamente para trasladarse de un sitio a otro (Simbad el Marino).

5] En las visitas a los museos, las cosas más admirables no se encuentran siempre colgadas de las paredes (Marco Polo).

¹ NIETZSCHE, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia*.

6] Parece que en algunos países, para el extranjero, de noche todas las gatas son pardas (Castillo Nájera).

7] El viajero propende a olvidarse de que tiene que regresar y de que al regreso tiene que convivir otra vez con las mismas personas. Por eso hay que poner siempre tarjetas postales (Cristóbal de Villalón).

8] En la perplejidad ante la elección de objetos para las personas a quienes hay que obsequiar al regreso, preguntarse: ¿qué es lo que a él o ella no se le ocurriría nunca obsequiarme? Pues aquello (Tristan Shandy).

9] Un viaje en el espacio es siempre un viaje en el tiempo. Por eso unos miles de kilómetros hacia el norte pueden ser cinco, diez... años de más —o de menos (Javier de Maistre).

10] Si al emprender el regreso, no se hace a disgusto... también ajeno, se ha perdido el tiempo, el dinero, el viaje. Porque el viaje más viaje no es el que se hace a los lugares, sino a las personas (Phileas Fogg).²

Siguiendo esas pautas, Gaos comenzó a despejar su camino en la tierra que lo acogía y a granjearse el aprecio de sus habitantes. La soltura con que inició esas incursiones no fue, sin embargo, el único ni principal gozne que le abrió las puertas de su nuevo destino. Entre los instrumentos que trajo consigo, debe contarse su asociación con aquel autoproclamado conquistador intelectual del Nuevo Mundo, que sin asomo de modestia afirmó que “yo, y en lo esencial yo solo [...] he infeccionado a toda Sudamérica de germanismo”.³ Aunque la influencia de José Ortega y Gasset no era tan extensa ni profunda como él mismo proclamaba, resulta indudable que sus ideas circulaban profusamente en la región desde hacía un par de décadas. En el caso de México, se sabe que la primera referencia a su nombre y labor se encuentra en un breve ensayo que en 1916 escribió Alfonso Reyes. Éste llevó por título “Crisis primera: la salvación del héroe” y, aunado a dos notas más sobre el mismo tema redactadas en años posteriores, apareció en el libro *Los dos caminos*, publicado en 1923. También se ha señalado que durante la década siguiente comenzó la discusión de los postulados historicistas que guiaban su doctrina, trascendiendo el estrecho círculo de sus tempranos lectores para alcanzar las aulas de la Universidad Nacional. En ese proceso, han merecido especial mención los cursos de Samuel Ramos y de José Romano Muñoz, puesto que contribuyeron a difundir la teoría de la razón

² AJG, I, exp. 101, f. 20303, 13 de abril de 1940.

³ ORTEGA Y GASSET, “Prólogo para alemanes”, p. 25. Cursivas en el original.

vital entre las jóvenes generaciones de estudiantes. Por último, es de destacar que Ortega, sin llegar jamás a pisar suelo mexicano, encontró un vehículo privilegiado para hacerse presente en su empresa editorial, *Revista de Occidente*. Ésta empezó a circular en México desde 1923, es decir, al año de haberse fundado, hallando asiduos lectores entre numerosos intelectuales mexicanos.

Si bien ese conjunto de elementos confluyó para que su figura fuera ampliamente conocida en el medio cultural, queda aún por precisar el sentido de esa recepción, tarea siempre arriesgada, a causa de la multiplicidad de lecturas y del carácter evanescente del lector. Por ejemplo, quienes han evaluado su proyección en nuestro país identificaron a la *Revista de Occidente* como catalizador de un proceso tendiente a la “germanización” de los estudios filosóficos durante la década de 1930. Uno de los primeros en asentarlo por escrito fue Samuel Ramos, quien desde 1943 afirmaba que, por medio de esa casa editorial, “los estudiosos de México se pusieron en contacto con el pensamiento alemán contemporáneo y se despertó el interés por leer las obras de sus grandes filósofos”.⁴ Que en esa Biblioteca se privilegiara a autores como Max Scheler, Franz Brentano, Johannes Hessen y Edmund Husserl parecería confirmar esa opinión. Investigaciones recientes han mostrado, empero, no sólo que las ideaciones de origen teutón se introdujeron en aguas mexicanas por muy variados cauces, sino que las olas producidas corrieron en diversas y opuestas direcciones.⁵ Así, mientras que la *Revista* convirtió a Ortega en una referencia casi obligada en los intercambios y debates filosóficos, también proporcionó herramientas metodológicas y conceptuales para combatir sus ideas. Prueba de ello es que entre los detractores de su postura se encontraron quienes como Francisco Larroyo, Guillermo Héctor Rodríguez y Eduardo García Máynez habían abrevado directamente en la filosofía alemana, al realizar parte de sus estudios en Marburgo, Berlín y Viena.

Igualmente complejo resulta calibrar el impacto que provocaron sus escritos. Según la versión más difundida, la clave de su prestigio en México radicaba en haber representado una respuesta epistemológica a los proble-

⁴ RAMOS, “Historia de la filosofía en México”, p. 227.

⁵ Además de señalar que el conocimiento de algunos pensadores alemanes antecedió la aparición de la *Revista de Occidente*, de acuerdo con Guillermo Hurtado, más significativo que esa publicación fue el “hecho de que Caso —la figura más influyente de la filosofía en México en ese tiempo— se abrió a las corrientes alemanas y las difundió en las aulas”, véase HURTADO, *El búho y la serpiente*, p. 144.

mas y circunstancias nacionales. En un contexto caracterizado por una búsqueda de identidad y por la necesidad de revalorar el legado que dejó la lucha revolucionaria, la aparición de sus primeras obras —*Meditaciones del Quijote* y los tres volúmenes iniciales de *El Espectador*— habría ofrecido un fundamento teórico a lo que ya eran prácticas efectivas. A ello respondería que fungiera, más que como guía, como una confirmación del acierto que informaba las nuevas orientaciones del pensar mexicano, vuelto por primera vez hacia sí mismo. Esto explicaría que los modernos inventores de la cultura mexicana se sintieran irremisiblemente atraídos hacia una teoría que permitía racionalizar el proceso iniciado en 1910 y encontrar un sentido al caos que había arrojado. Pese a dichas interpretaciones, hay indicios de que su lectura no desembocó en una aceptación inmediata. Uno de ellos aparece en el panorama filosófico que en 1947 trazó Antonio Gómez Robledo. En él señalaba:

Tienen por cierto el materialismo y el historicismo [...] representantes de singular relieve entre nosotros; pero no son aún, insisto en ello, las tendencias dominantes. La concepción de la filosofía como saber universalmente válido y el reconocimiento de otra realidad, como quiera que sea, distinta de la materia, ambas notas constituyen aquello en que convienen tomismo, neokantismo, axiologismo y otras doctrinas similares que se disputan entre sí el alma de la juventud mexicana.⁶

Siendo así, ¿cómo explicar el peso excesivo que se ha atribuido a la corriente orteguiana? Una posible respuesta reside en que las elaboraciones sobre el pasado intelectual en nuestro país corrieron, en un inicio, a cargo de sus propios protagonistas. En ese sentido no debe olvidarse que uno de los primeros balances sobre el desarrollo de la filosofía mexicana en la era contemporánea surgió de la pluma de Samuel Ramos, en modo alguno ajeno al porvenir que se prestara a Ortega. En su *Historia de la filosofía en México*, publicada en 1943, sostenía que esa disciplina

parecía no haber dentro de este cuadro ideal del nacionalismo, porque ella ha pretendido siempre colocarse en un punto de vista universal humano, rebelde a las determinaciones concretas del espacio y del tiempo, es decir, de la historia. Ortega y Gasset vino también a resolver el problema mostrando la

⁶ GÓMEZ ROBLEDO, “El pensamiento filosófico mexicano”, p. 229.

historicidad de la filosofía en *El tema de nuestro tiempo*. Reuniendo estas ideas con algunas otras que había expuesto en las *Meditaciones del Quijote*, aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de una filosofía nacional.⁷

Que en esas líneas atribuyera la filiación orteguiana al conjunto de jóvenes que se adentraba por los caminos de la filosofía, parece apuntar hacia la voluntad de subrayar e incluso magnificar las proporciones que iba adquiriendo la corriente a la que él mismo se adscribió. En ese esfuerzo, no sólo ignoró expresamente a los grupos neotomistas que en aquella época cobraban renovadas fuerzas, sino que también excluyó a los vasconcelistas que, de acuerdo con Francisco Gil Villegas, “era para muchos el movimiento que realmente llenaba las aspiraciones de la nueva generación universitaria en la década de los años veinte”.⁸ Por si fuera poco, en ese cuadro la figura de Antonio Caso aparecía convertida en una mera sombra del pasado, negándole la preeminencia que conservó, hasta su muerte, en el medio filosófico mexicano. Apenas sorprende, por consiguiente, que Adolfo Menéndez Samará protestara indignado contra la parcialidad que guiaba la obra. “Que Ramos reconozca en Ortega su venero —señaló en la reseña— no quiere decir que otros acepten su sombra. En realidad Ortega y Gasset influencia a Ramos y a Romano Muñoz, pero ellos no son los únicos que estudian filosofía en México”.⁹

Es posible sugerir que el traslado de José Gaos a América desempeñó un papel decisivo en el proceso de reinterpretar el campo filosófico en clave orteguiana.¹⁰ La sincronía histórica quiso que su arribo coincidiera con la segunda edición de *El perfil del hombre y la cultura en México*, ocasión que no desaprovechó para escribir un elogioso comentario y, de paso, construirse un pequeño nido en el medio que lo acogía. En esa reseña asentaba

⁷ RAMOS, “Historia de la filosofía en México”, p. 220.

⁸ GIL VILLEGAS, “La influencia de Ortega”, pp. 73-74.

⁹ MENÉNDEZ SAMARÁ, “Samuel Ramos”, pp. 317-318.

¹⁰ A los capítulos de Ramos y Gaos habría que añadir un tercero muy importante en el proceso de leer el medio filosófico mexicano en clave orteguiana: la obra de Patrick Romanell *Making of the Mexican Mind*, cuya versión española —a cargo, por cierto, de Edmundo O’Gorman— apareció en 1954. En esas páginas, el autor adjudicaba una total preeminencia a la corriente orteguiana en el entramado filosófico del segundo cuarto de siglo y reconocía a Gaos como la mayor influencia entre los jóvenes estudiosos de la época. Véase ROMANELL, *La formación de la mentalidad mexicana*.

que “lo primero que a mí, como español discípulo de Ortega y Gasset, me ha llamado la atención, es la similitud del problema planteado en el libro, y de la manera de plantearlo y aun de tratarlo en busca de la solución, con el problema, también de la cultura nacional [...], de que partió la obra del maestro español allá por 1914, el año de las *Meditaciones del Quijote*”. No obstante, se apresuró a señalar, tales semejanzas respondían a que uno y otro arrancaban de inquietudes paralelas y no a que las palabras de Ramos fueran un mero eco de las pronunciadas desde El Escorial. En cierta forma, precisó, México transitaba por sendas similares a las que España había recorrido desde principios de siglo, en el sentido de buscar claves heurísticas surgidas de su propio tiempo y espacio. Por ello, la afinidad se limitaba al impulso que guiaba la pregunta; los resultados, por su parte, no podían ser más distintos, dado que “las naciones hispanoamericanas representan en la historia de la cultura universal un caso nuevo”.¹¹

Ramos no tardó en acogerse a las palabras del recién desembarcado. Pese a que en su obra aparece en primer término otro tipo de inspiraciones, en particular las de Alfred Adler, en retrospectiva reconoció una profunda deuda con el filósofo y periodista madrileño. En su historia de la filosofía afirmó que “en esta frase de Ortega: ‘Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo’ veía el que escribe esto una norma que aplicar a México, cuya realidad y cuyos problemas eran completamente desconocidos para la filosofía [...]. Con estos propósitos, el autor publicó en 1934 un libro titulado *El perfil del hombre y la cultura en México*”.¹² Escudado tras el aura de prestigio que irradiaba el meditador de El Escorial, Ramos impugnaba los violentos reproches de la crítica, misma que en su momento tuvo a bien calificarlo como “soez e inmoral”, al tiempo que estimaba sus escritos como “carne de tribunal correccional”. Sólo por excepción alguno comparó su ensayo “con el *Ariel* de [José Enrique] Rodó, en lo que respecta a la elevación de las ideas”.¹³

Según confió a Francisco Romero, Gaos emprendió la reseña sobre *El perfil del hombre y la cultura en México* con el fin de estimular a su autor, cosa

¹¹ GAOS, “*El perfil del hombre y la cultura en México*” (1939), en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, pp. 149-150.

¹² RAMOS, “Historia de la filosofía en México”, pp. 222-223.

¹³ Retomo estas referencias de HERNÁNDEZ LUNA, “Biografía de Samuel Ramos”, p. xvi. El motivo que despertó el encono de la prensa radicaba en el dictamen que Ramos emitió tras evaluar a su polémico paciente, el inconsciente colectivo. Se trata, desde luego, del “complejo de inferioridad”, diagnóstico que su libro hizo célebre.

que al parecer funcionó, dado que este último agradeció el artículo y le aseguró que ahondaría en el sentido que ahí se sugería. Era poco, por lo demás, lo que sabía sobre este filósofo michoacano. En esa misiva sólo alcanzó a referir que, “por lo que he venido oyendo, [Ramos] fue la esperanza de un sucesor de Caso, con más personalidad creadora. Pero la esperanza no se ha realizado”. La opinión que le mereció el resto de los principales filósofos mexicanos no fue mucho más favorable. Aunque sobre Antonio Caso decía que “seguramente no es un creador” y que, por noticias que tenía, incluso “como orador académico está en decadencia”, también afirmaba que “a mí me ha producido un gran respeto y hasta algo más”. De Francisco Larroyo comentó que, si bien contaba con “información directa” y con un “talento robusto”, su posición le resultaba más bien “curiosa”, mientras que estimó a Eduardo García Máynez como “de poco vuelo personal, pero enormemente puntual, preciso, probo, discreto”. También mencionaba a José Romano Muñoz y al “‘extra-vagante’ y ciertamente ‘genialoide’ Vasconcelos”, quien le parecía “algo así como un clásico de las letras mexicanas”. Nadie más, consideró, destacaba en el estudio y desarrollo de esta disciplina, ni en la ciudad ni en la provincia. En vista de tan pobre repertorio, concluía tajante, “en general, vida filosófica, en cualquier sentido que fuese, no hay aquí”.¹⁴ Resulta, pues, natural que contemplara esperanzado la perspectiva de trasladarse al Cono Sur en donde la filosofía se encontraba “al nivel en que nos movíamos en Europa”. La profunda tristeza que confesaba sentir por el adiós definitivo a España se veía mitigada ante las “posibilidades que por todas partes se encuentran”¹⁵ en América.

Antiguos y modernos exploradores habían ya encontrado en la novedad la principal promesa que ofrecía el oeste del Atlántico. Para Gaos las nuevas coordenadas representaban la ocasión de encontrar cumplidos los ideales republicanos y, ¿por qué no?, también de sobresalir en su particular esfera académica. No obstante, en esta primera etapa el cristal de Ortega

¹⁴ Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 178.

¹⁵ Carta a Francisco Romero, fechada el 15 de febrero de 1939, en *ibid.*, p. 169. Según refiere Andrés Lira, Gaos atisbó que en México había cierta cultura filosófica, al emprender una visita a Morelia, en septiembre de 1938. Allí descubrió la *Disertación sobre el verdadero método para estudiar la teología escolástica* de Miguel Hidalgo, así como “las obras de Nietzsche en alemán cuidadosamente anotadas por un lector avezado”. El autor de esas anotaciones resultó ser José Torres Orozco, maestro de Samuel Ramos, véase LIRA, “Presentación”, p. 20.

todavía empañaba su mirada. Es ésta una experiencia común entre los viajeros de todos los tiempos, a quienes el grito de “¡tierra!” inspira más la seguridad del suelo firme que la curiosidad por el encuentro con lo desconocido. Quizás sea igualmente la única vivencia posible, si es verdad, como afirma François Hartog, que “decir el otro es postularlo como diferente, es postular que existen dos términos a y b , y que a no es b [...]”. Pero la diferencia sólo adquiere interés a partir del momento en que a y b entran en un mismo sistema; hasta entonces existía una no coincidencia pura y simple”.¹⁶ Con esas palabras alude al hecho, reconocido hace varios siglos por Platón, de que el otro absoluto es lo impensable, puesto que asimilar implica ceñirse a las reglas de identidad que establece la razón. Por lo tanto, conocer supone medir la distancia entre lo familiar y lo extraño, proceso indispensable cuando conocimiento es sinónimo de apropiación. Así también para Gaos fue necesario partir de referencias ordinarias para hacer frente a lo extraordinario que significaba su nueva situación. No es de extrañar que buscara establecerse en un país semejante al que dejaba atrás ni que su impulso inicial fuera en el sentido de traducir el pensamiento de Ramos en términos orteguianos.

Otro tanto sucedía con los habitantes del Nuevo Mundo para quienes recibir al otro, el extranjero, entrañaba ubicarlo en el marco de su propia experiencia. Por ejemplo, al relatar el origen de su larga y constante amistad con el maestro español, Justino Fernández sostuvo que “pudimos establecer pronto una relación intelectual con él, porque estábamos al tanto de las corrientes de ideas que representaba, ya que éramos lectores de la *Revista [de Occidente]* y de muchos de los libros publicados en su ‘biblioteca’. El encuentro con el doctor Gaos fue para nosotros como la continuación de un diálogo, en viva voz, con los intelectuales españoles a cuya cabeza se encontraba Ortega y Gasset”.¹⁷ La asociación no era en modo alguno injustificada, dado que el vínculo entre ambos se había establecido desde 1923, cuando el joven doctorando comenzó a participar en los seminarios que el ya consagrado profesor ofrecía en la Universidad Central. Asistir a los cursos de prominentes catedráticos había sido la mayor ventaja inherente a su traslado, desde 1921, a la capital española. Con el conservadurismo y limitados horizontes de los docentes en Valencia, ciudad en la que residía desde los 15 años de edad, contrastaba el ambiente progresista y de innovación

¹⁶ HARTOG, *El espejo de Heródoto*, p. 207.

¹⁷ FERNÁNDEZ, “Los cursos del doctor José Gaos”, p. 6.

en Madrid, en donde los investigadores se esforzaban por conocer y difundir las últimas novedades que no sólo en materia de filosofía se estaban produciendo en Europa. En esas circunstancias, resultaba del todo natural que “ardiese en ganas” de recorrer la distancia que separaba la región del Levante de aquel centro de florecimiento intelectual, en el corazón de Castilla la Nueva.¹⁸

Matricularse en la Facultad de Filosofía en Madrid no constituía mérito suficiente para ingresar en la escuela de aquel reconocido pensador español. Según relató en sus *Confesiones profesionales*, Manuel García Morente era quien “‘discriminaba’ realmente a los alumnos que habían de pasar a la clase de Ortega: es decir, le anticipaba a Ortega lo que podía esperar de cada uno; hacía que entrasen en relación con él, aun antes de tener que seguir sus cursos, aquellos que le parecían recomendables para ello”.¹⁹ Poco a poco, el autor de esas líneas fue ganando el favor de aquel discriminador de aptitudes, quien lo llegó a distinguir de entre el resto de los estudiantes. Con el paso del tiempo, las atenciones de Morente se fueron extendiendo más allá de lo que corresponde a un maestro ordinario: además de brindarle una sólida formación, también le ofreció sus primeras oportunidades para abrirse camino en el mundo laboral mediante trabajos de traductor y un puesto como lector de español en la Universidad de Montpellier. Su actitud solícita se mantuvo constante en años posteriores, como cuando lo asesoró para preparar las oposiciones o al recomendarlo como profesor interino para una cátedra en Madrid. En vista de la apremiante situación económica de su protegido, en alguna ocasión incluso le prestó su pluma para completar una traducción, nada menos que la de *Lecciones sobre la historia de la filosofía universal* de Hegel. Todo ello contribuyó para que Morente llegara a representar la figura de un padre espiritual.

Otros más guiaron sus pasos a través de las intrincadas sendas del pensamiento. Xavier Zubiri le mostró, en clara cartografía, las variadas rutas fenomenológicas y, tiempo después, los más oscuros caminos de bosque de Martin Heidegger. De Manuel Bartolomé Cossío admitió haber adquirido un instructivo mapa que incluía, además de coordenadas pedagógicas, aleccionadores ejemplos de probidad intelectual y docente. Sin embargo, quizás por considerar al primero como un “hermano mayor y magistral” y debido

¹⁸ GAOS, “*Confesiones profesionales*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 76.

¹⁹ *Ibid.*, p. 80.

a que no supo reconocer la importancia del segundo sino con la madurez que prestan los años, Gaos atribuyó a José Ortega y Gasset el crédito de ser el principal de sus maestros.²⁰ Con ello no sólo elegía un linaje de prestigio, sino que también se asignaba un lugar destacado en el devenir de las generaciones, teoría cardinal en el pensamiento orteguiano. Según sus propios análisis, en la generación de Unamuno, conocida como “del 98”, recayó la tarea de establecer “el contacto cabal con la filosofía contemporánea extranjera”, mientras que a Ortega y a sus contemporáneos —la llamada “Generación del 27”— correspondió implantar “la orientación justa, la escuela, la disciplina”. Cumplidas esas labores, afirmó optimista, “la mía debe introducir, por fin, la filosofía misma en su plenitud más auténtica”.²¹

Aunque desde muy temprano temió que la protección de Ortega significara “esclavitud o renuncia a la propia libertad mental y vocacional”, en 1933 se integró finalmente a su círculo más cercano.²² Fue entonces cuando García Morente decidió presentarlo ante el grupo de amigos que noche tras noche se reunía en el salón de la *Revista de Occidente*, para participar en aquella tertulia que, según Luis Recaséns Siches, “fue durante diez años una de las más estupendas en la cultura occidental de nuestro siglo”.²³ Esa descripción apenas resulta exagerada, si se considera que por sus pasillos transitaban periodistas, escritores, poetas, artistas y, en general, la “crema” de la intelectualidad española. Es por ello que una velada en aquel salón suponía la oportunidad de escuchar, por ejemplo, algunas greguerías de Ramón Gómez de la Serna o, quizás, cierta disquisición sobre el átomo por voz de Blas Cabrera. Acerca de la mecánica entre los contertulios, escribió Gaos,

contra lo que pudiera presumirse, Ortega no era siempre el protagonista de su tertulia. Consentía hasta antagonistas habituales y sobre todo otros protagonistas, aunque no cualesquiera, pues tenía sus favoritos y sus indeseables, mas

²⁰ GAOS, “Ortega y España”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, p. 141.

²¹ AJG, 2, exp. 24, f. 34344, 15 de noviembre de 1940.

²² Carta a Antonio Moxó, fechada el 5 de octubre de 1924, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 75. Según refirió Francisco Giner, el propio Manuel B. Cossío consideraba que “Gaos es el hombre que tiene la cabeza más clara de España. Lástima que sea un prisionero de su trabajo oficial y esté tan entregado al de Ortega sin que le quede tiempo para crear, para hablarnos de sus propias ideas”, véase GINER DE LOS RÍOS, “José Gaos”, p. 67.

²³ Luis Recaséns Siches, “Algunas remembranzas de Gaos”, *El Universal*, 22 de junio de 1969, p. 6.

a los primeros les consentía con tanto gusto llevar la voz cantante, como para que en efecto la llevaran habitualmente desde que aparecían en la tertulia.²⁴

En ese ambiente de diálogo y pluralidad se produjo la cercanía entre el filósofo madrileño y quien con el tiempo se convertiría en “su discípulo más fiel y predilecto”. Obtener tan elevado puesto en los afectos de Ortega no fue una tarea sencilla ni, mucho menos, inmune a las rivalidades. En una ocasión, incluso protestó de que el jurista Alfonso García Valdecasas sostuviera que el maestro “tenía como un escalafón de preferencias, afectos y favor, en el cual [él mismo] ocuparía el número uno”. En ese contexto, continuaba el quejoso, “los demás tendríamos que sentirnos dolidos de vernos relegados, a pesar de haberle seguido a V. con mucha más constancia —y no quiero decir otras cosas— que nuestro nuevo compañero de este año. [...] Pero esto es absurdo”.²⁵ O al menos así lo quiso creer el discípulo, celoso de su lugar a la derecha del maestro.

De la convivencia con Ortega, el alumno guardó un preciado recuerdo, al recordar, en años posteriores, aquel sinnúmero de conversaciones en las que su función consistía en servir como “oyente perfecto”, es decir, como el diestro introductor de preguntas, comentarios y objeciones para, de ese modo, fustigar el pensamiento de su interlocutor. A cambio, el disertante lo convertía en el novel escucha de sus ideas en gestación y le abría las puertas, no sólo de sus exclusivos seminarios, sino del medio intelectual español. Para 1938, fecha de su llegada a América, Gaos comprobó que la cercanía con Ortega representaba una llave maestra que le valía la entrada en aulas, editoriales y auditorios. Pero si por azar alguno no supiera lo que representaban las figuras del maestro y de sus más cercanos alumnos en el ámbito español, muy pronto tuvo ocasión de enterarse por la pluma del propio Gaos en un artículo —el primero escrito en México—, titulado “La filosofía en España”. En él exponía la situación en que se encontraba esa disciplina antes de la Guerra Civil, haciendo de Ortega el eje de toda reflexión, ya fuera en Madrid o en Barcelona, las dos principales escuelas de principios de siglo. El lugar que así atribuía a ese gran filósofo español resultaba sólo parcialmente merecido, puesto que ampliaba su radio de acción hasta confines inalcanzados. No es casualidad, por lo tanto, que mu-

²⁴ GAOS, “Presentación” (1945), en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, p. 245.

²⁵ Carta de José Gaos a José Ortega y Gasset, fechada el 5 de julio de 1935, FJOG, C-120/1, f. 7.

chos años más tarde Eduardo Nicol protestara ante una asociación del todo injustificada. “Dada la veneración que Gaos siente por Ortega —explicaba por carta a Juan Carlos Torchia Estrada—, es natural que durante algún tiempo pretendiera situarme bajo el manto de su maestro, y situar a todo el mundo que pudiera haber, bien o mal”.²⁶ No le faltaba razón al denunciar a quien durante décadas se había erigido en el principal retratista del exilio filosófico, colocando, en el centro del cuadro, a la corriente de tipo orteguiano. Pese a ello, poco había que reprocharle, si se considera que el equívoco había beneficiado a sus compañeros de gremio, incluyendo a Nicol mismo. A fin de cuentas, no debe olvidarse que su propósito inicial residía en proporcionar datos al público de nuestro país “para situar y enjuiciar la labor de algunos de los intelectuales invitados por la generosidad mexicana”.²⁷ Por consiguiente, a mayor el crédito del héroe, mayores también la benevolencia y estima con que se recibiera a sus embajadores en ultramar. De esa forma convertía a Ortega en salvador de las circunstancias españolas, no sólo en la Península, sino también en el destierro.

Para Gaos, cabe aclarar, la salvación del maestro adquirió múltiples significados, ya que implicaba, además del meramente coyuntural recién señalado, salvarlo *a él* y salvarse *por él* en términos filosóficos. La expresión “salvaciones”, retomada del lenguaje bíblico por los humanistas del siglo xvii y, tiempo después, puesta nuevamente en circulación por el autor de *El tema de nuestro tiempo*, denotaba el ejercicio de indagar acerca del sentido de un objeto específico —ya fuera alguna manifestación literaria, un motivo pictórico o cierto elemento del paisaje— y vincularlo con el todo. Desde esa perspectiva, salvar a Ortega implicaba reconocer sus particularidades y notas distintivas, para integrarlo enseguida en el vasto cuadro de la filosofía occidental. Tan esencial resultaba para España y su pensamiento resolver si se trataba o no de un filósofo que de la respuesta afirmativa dependía —sostuvo Gaos en una conferencia pronunciada en 1935— el “ser o no ser” de la filosofía española. Seis razones, dijo entonces, se erigían en contra de esa designación. La primera señalaba a Ortega como un mero *flâneur* de la filosofía, que degustaba el paisaje al paso de su caminar contemplativo, pero evitando aventurarse por sus sinuosas callejuelas y, menos aún, por sus callejones. La segunda consistía en subrayar las incoherencias y contra-

²⁶ Carta de Eduardo Nicol a Juan Carlos Torchia Estrada, fechada el 2 de mayo de 1954, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. s/n, f. 15024.

²⁷ GAOS, “La filosofía en España” (1939), en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, p. 235.

dicciones que poblaban sus escritos, barómetros mudables de acuerdo con el cambio de temporada. La escritura estilizada, punteada de tropos y figuras del habla, rebosante de cadencia y armonía no era lo único que entorpecía el rigor técnico y la precisión conceptual; de igual forma se oponía el carácter asistemático y fragmentado de su obra, desmadejada a lo largo de un sinfín de artículos y ensayos. En su falta de originalidad radicaba la sexta razón para negarle el estatuto de filósofo y asignarle, en parva compensación, el de intérprete y traductor al castellano. Rechazando algunas de estas acusaciones, justificando otras y matizando unas más, el expositor reducía la situación a la siguiente disyuntiva:

Hay una idea de la filosofía que requiere de ésta tales o cuales caracteres. Hay, por otra parte, una cierta pretendida filosofía, en que no parecen concurrir estos caracteres. ¿Con cuál de las dos cosas me quedo? ¿Me confirmo en aquella idea de la filosofía y niego que ésta lo sea? O, por el contrario, en vista de que se me presenta esta pretendida, esta presunta filosofía, ¿reviso mi idea de la filosofía, modifico incluso mi idea de la filosofía, justamente para que quepa ésta dentro de ella?²⁸

El reto consistía en admitir el derecho de las filosofías bastardas, es decir, oscilantes entre literatura, periodismo y metafísica, a figurar entre las grandes doctrinas de Occidente.

Gaos invocó un argumento historicista para sustentar su razonamiento, que extrañamente adoptó el aspecto de una concepción cíclica del tiempo. Según ésta, “cuantas veces llegó a su término una época del pensar sistemático [...], otras tantas veces surgieron tales pensadores y anunciaron un nuevo día en la vida de la filosofía”. Por “tales pensadores” se refería a quienes como Montaigne, Carlyle, Ruskin, Schopenhauer y Dilthey habían conferido a la reflexión filosófica “una forma más subjetiva y libre”, dotándola de la plasticidad necesaria para el ágil fluir de las ideas. De esta manera situaba a Ortega en cierto linaje que, si no tan prestigiado como el que unía por vía del sistema a santo Tomás, Kant, Hegel, Cohen y Rickert, resultaba igualmente digno de la edad contemporánea. Pero su alegato era algo más, ya que no sólo ligaba el pensamiento orteguiano a la herencia del pasado, sino que lo señalaba como horizonte del porvenir. “La filosofía más realizada por su autor —sentenció— es siempre posibilidad cuya realización queda a la

²⁸ AJG, 2, exp. 2, ff. 30581-30585.

historia posterior, empezando por los discípulos”. Por consiguiente, advertía: “en nuestras manos está el que la filosofía de Ortega llegue a ser más de lo que ya es”.²⁹ Un patrimonio y una misión constituían el legado nada despreciable que cedía a sus descendientes.

Pese al tono apologetico que en esa ocasión coloreó sus palabras, Gaos relató años más tarde cómo Ortega, al saber de la conferencia, “torció el gesto, no le hizo gracia”. ¿Cómo podría haberla apreciado quien intentaba dar a su pensamiento el método, coherencia y unicidad que exigía un verdadero sistema? No obstante, al disgusto inicial siguió la comprensión afectiva, ya que, relataba el alumno, “había debido intuir que el discípulo intentaba la salvación de sí mismo intentando la salvación de la enorme circunstancia que era para él el maestro, por la única vía por la que divisaba salida, la de ‘potenciar’ lo natural del maestro frente a lo adventicio en él”.³⁰ Lo “natural” consistía en ese libre juego del lenguaje, la espontaneidad creadora; lo “adventicio” radicaba en ese afán de totalidad sólo alcanzable mediante rigor, tecnicismo y talento arquitectónico. Uno y otro correspondían a dos personalidades opuestas y, más importante aún, a dos expresiones radicalmente distintas: el ensayo y el tratado o, por recurrir a las imágenes que evocó Ariel Rodríguez Kuri, el yate y el carguero.³¹ En función de ese temperamento, consideraba Gaos, la historia había engendrado dos tipos de pensadores: “los que tienen escasez de ideas y pueden, tienen que dedicarse a desarrollarlas [y] aquellos que se les ocurren tantas cosas que decir, ocurrenseles de suyo o por imitación ajena, que no pueden sino ir diciéndolas como se les ocurren”.³² A este último grupo pertenecía Ortega.

La invitación que extendió al maestro, en el sentido de navegar con la embarcación que le era más propia, fue desatendida y Ortega consagró sus últimos años a preparar un par de tratados que nunca llevó a buen término. Su carácter incompleto se debía —escribió el alumno en una reseña— no tanto a la muerte del autor cuanto a su personalidad, carente de “la constancia, la paciencia pacata [...] del pensar metódico y sistemático”. De esa forma explicaba que, en las casi 400 páginas que componen *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, no se dijera práctica-

²⁹ *Ibid.*, ff. 30587 y 30593.

³⁰ GAOS, “Salvación de Ortega”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, p. 114.

³¹ RODRÍGUEZ KURI, “El yate y el carguero”.

³² AJG, 4, exp. 2, f. 60674, 27 de julio de 1946.

mente nada acerca del tema anunciado en el título. En un ir y venir de Aristóteles a Descartes, pasando por Euclides, Heidegger y la filosofía matemática, iban apareciendo toda clase de generalidades y de lugares comunes, imprecisiones y fallas de rigor, sólo compensadas por el inagotable talento creativo del autor. Por esos motivos, el *Leibniz* de Ortega revelaba, en su opinión, “la derrota de su propia voluntad de sistema por su propia incapacidad caracterológica”.³³

A semejanza del maestro, José Gaos se debatió durante su madurez entre dotarse con los caracteres del sistema o dejar que su pensamiento corriera libremente. La dificultad de elegir entre una y otra forma de escritura radicaba en que, pese a anhelar acometer, si no un tratado, al menos un amplio ensayo metódico, “el predominio del veleidoso y versátil lector no me hace posible más género o forma que el aforismo”.³⁴ Sus llamados “cuadernos de trabajo” dan cuenta del gusto por el escribir fragmentario y por el pensamiento en marcha, fluctuante entre el comentario de ocasión y la reflexión profunda, entre la observación marginal y la ocurrencia genial, entre la vida y la filosofía. En esos dietarios registró en detalle sus afinidades, ideales, opiniones y proyectos en gestación, dejando plasmado un despiadado retrato de sí mismo, pero también lo mejor de sus ideas.³⁵ Pese a ello y aunado a su gusto por las grandes construcciones metafísicas, es posible sugerir que en la voluntad de superar a Ortega se encuentra la clave de la paulatina inclinación hacia el sistema. Por ejemplo, el 26 de noviembre de 1940 apuntó en sus notas que no veía

el camino de *superación* del de Ortega que no sea el de la precisión, por un lado, de las cuerdas que le faltan [...]; por otro: “fantasía”, emotividad sincera y reservada, dramatismo sincero y poderoso crecientemente hasta la imposición, humor... No se puede superar por el camino de la efusión profusa, sino de la concentración...³⁶

³³ GAOS, “El *Leibniz* de Ortega”, en *Obras completas. X. De Hussert*, pp. 296-297 y 288. Sobre la “voluntad de sistema” en Ortega y Gasset, véase GIL VILLEGAS, *Los profetas y el Mesías*, en particular, pp. 383-400.

³⁴ AJG, 4, exp. 4, ff. 61926-61927, 5 y 6 de diciembre de 1958.

³⁵ Algunos de esos registros aparecen en los libros de aforismos que Gaos publicó y que llevan por título *10%: a Alfonso Reyes*, *11%* y *12%*. Asimismo, en 1959 la editorial Alcanía dio a la imprenta *Cena de aforismos*, volumen que reúne algunos ejemplos de este género que escribieron Edmundo O’Gorman, María Luisa Lacy, Justino Fernández, Gloria Cándano y José Gaos.

³⁶ AJG, 2, exp. 34, f. 35746.

No renunciarás al buen estilo, no pronunciarás vaguedades, no caerás en la artificiosidad constituían algunos de los mandamientos que Gaos reconoció para sí. Tenía razón, dado que con sabiduría entendió que la fidelidad al maestro residía, no en la repetición ni en la aceptación acrítica de su pensamiento, sino en el adelanto y el perfeccionamiento. A fin de cuentas, pensaba, nadie mejor que Ortega había mostrado los límites del pensar circunstancial, en particular aquella naturaleza reactiva que reducía los postulados a meras enunciaciones programáticas, sin desarrollo ni continuidad. Se trataba de los mismos atributos que el discípulo encontró en sí mismo, dado que, sostenía, “en entusiasmarme con ideas y hacer planes con tanta versatilidad que no me deja hacer nada más, soy igualito a Ortega”. El maestro se le apareció así como un espejo, cuyo reflejo lo impulsó a buscar una identidad deliberadamente distante. A ello tal vez se deba que el alumno procurara superar su propio temperamento y amasar poco a poco un sistema filosófico. Que en ese empeño sacrificara la sencillez y la elegancia de la escritura es algo que reconoció, si bien la fidelidad a cierto ideal de expresión —“ajustado lo más posible al pensamiento y [a] lo pensado”— lo disuadió de buscar unos acordes que hubieran desembocado en sonsonete.³⁷ Por ese motivo es necesario admitir que tras su difícil sintaxis se escondía una búsqueda de autenticidad, alcanzada no sin esfuerzo ni sacrificio.

Si el término “salvación” estaba irremisiblemente ligado a la figura y el pensamiento de Ortega y Gasset, es posible extrapolar otro concepto y asentar que para Gaos no lo estaba menos el de “perdición”. Estar perdido, señaló en 1938, significaba retraer la vida de las orientaciones “dadas por la cultura en que se encuentra hacia su nudez y pureza individual”, así como no encontrar un suelo firme en que “*echar pie* y salvarse”.³⁸ Tal parece haber sido su experiencia al buscar un eje propio en torno al cual girar. A un tiempo un modelo a seguir y un obstáculo por superar, la presencia del maestro aparece como una constante en sus reflexiones, en perpetua tensión entre la admiración y la irreverencia. En un principio, apenas iniciado su exilio en México, la asociación entre ambos parecía no disgustarlo, con la confianza puesta en el éxito de entonces y en su prometedor porvenir. A la inversa, los tributos al maestro afloraron en sus alocuciones y escritos, entre los que

³⁷ AJG, 4, exp. 4, f. 63164, 9 de mayo de 1960; y f. 61706, 4 de agosto de 1958.

³⁸ GAOS, “Filosofía de la filosofía”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía* (1938-1950), pp. 52-53. *Cursivas* en el original.

destaca la nota aclaratoria con que culminó el canon filosófico que en 1939 entonó con Francisco Larroyo y que lleva por título *Dos ideas de la filosofía*:

Precisar en todos los puntos hasta dónde lo que pienso es mera reproducción de [la filosofía de Ortega] o prolongación, reacción, ocurrencia mía, fuera interesante en una doble dirección inversa: reconocerle lo suyo y no achacarle lo que no querría aceptar. Pero tal puntualización me es imposible. Durante años he vivido en convivencia frecuentemente diaria con él. He sido el oyente de palabras o el interlocutor de conversaciones en que se precisaban sus propias ideas en gestación, he leído manuscritos inéditos. Así, ya no sé si tal idea que pienso, si tal razonamiento que hago, si tal ejemplo o expresión de que me sirvo, lo he recibido de él, se me ocurrió al oírle o leerle a él, o se me ocurrió aparte y después de la convivencia con él. Alguna vez me ha sucedido comprobar que tal idea o expresión que consideraba como mía me la había apropiado de él, asimilándomela hasta el punto de olvidar su origen.³⁹

Resulta del todo comprensible que a su llegada a nuestro país las semejanzas fueran numerosas y que abarcaran desde la temática, el enfoque y ese lenguaje tan distintivamente orteguiano, en que se asoman expresiones como “nuestro tiempo”, “verdad personal”, “vivencias” y “realidad radical”. No pasó largo tiempo, sin embargo, antes de que las similitudes enturbiaran su ánimo, llegando incluso a evitar sus obras por miedo a ser influido. En ese esfuerzo de diferenciación, en nada sorprende que empezara a ver con desagrado que hubiera quienes sólo lo conocían como un profesor discípulo de Ortega. Él mismo estaba muy lejos de admitir una relación simbiótica y menos aún parasitaria con su maestro, como más de uno, no sin cierto regodeo, se había molestado en señalar. Así lo registró en una página suelta, probablemente redactada hacia 1940:

Algunas personas se han complacido en hacerme saber que les resulto muy orteguiano. Es tan natural como que me encuentre parecido a mi señor padre. Por lo demás, si lo que esas personas quieren decirme es que me encuentran poco original, responderé que tengo mis ideas acerca de la originalidad en materia de filosofía. Los más grandes y originales filósofos no han sido siempre y forzosamente los que más se hayan esforzado por ser originales, sino los que lo han resultado a pesar de esfuerzos incluso contrarios. [...] —Si yo tuviese

³⁹ GAOS, “Filosofía, personalidad”, en *ibid.*, pp. 124-125.

personalidad bastante para ello, resultaría original por mucho que hiciese por parecerme a Ortega. Y si no tengo tal personalidad, todas las simulaciones serían vanas. Si lo que pretenden dichas personas es, más simplemente, provocar en mí un sentimiento de envidia o de rencor hacia Ortega, debo advertirles que yo soy persona en general de buen humor y satisfecha de sí [...]. Yo no envidio más que aquellos que son capaces de admirar con más generosidad que yo cuanto de admirable hay todavía en el mundo.⁴⁰

Sin dejar jamás de reconocer su deuda con Ortega, Gaos comenzó a verter comentarios progresivamente más críticos sobre el pensamiento y conducta del maestro. No era el único: por toda Latinoamérica se escuchaban voces que censuraban su ominoso silencio respecto a la Guerra Civil española, su vinculación a grupos conservadores y profranquistas en Argentina, así como la decadencia progresiva de sus disertaciones orales e impresas. Cuando en 1942 finalmente decidió poner fin a su destierro y regresar a Europa, las murmuraciones se tornaron en clamores ante el espectáculo del héroe convertido en traidor. Así, mientras que desde Buenos Aires se condenaba “una deserción y de las más gravemente penadas en el código moral”, en Puerto Rico se hacía constar con tristeza que su obra “no basta para redimirle como hombre ni como español en la hora de las exigencias definitivas”. Fue en Cuba cuando a su muerte se emitió, en terrible necrología, la más dura sentencia: “José Ortega y Gasset debió morir en el exilio. Ha muerto en Madrid. El olor de santidad franquista que sahumó su agonía no lo reconciliará con Dios ni con los hombres. Será ya, para siempre, un filósofo en entredicho”.⁴¹

Pese a múltiples divergencias, nada de esto comentó José Gaos, consciente de haber perdido su lugar como “discípulo más fiel y predilecto”. Sólo reaccionó furioso, cuando el viento de Europa trajo ciertas frases injuriosas que Ortega expresó a propósito de Alfonso Reyes.⁴² Escribió entonces

⁴⁰ AJG, I, exp. 42, f. 7245.

⁴¹ Respectivamente, TORRE, “Sobre una deserción” (1942), p. 49; Domingo Marro, cit. en Tzvi Medin, “Las desventuras de Ortega y Gasset en Argentina”, *La Jornada Semanal*, núm. 190 (31 de enero de 1993), p. 24; y ROA, “Dichos y hechos de Ortega y Gasset” (1956), p. 131.

⁴² Entrevistado en San Sebastián en septiembre de 1947, Ortega afirmó que Alfonso Reyes había “hecho una porción tal de tonterías...”, calificándolas como “gestecillos de aldea”. Pese a que el reportero confesó no haber tomado notas, también mencionó que “no pudo recordar don José Ortega y Gasset a ninguno otro de los amigos que afirmaba tener en México”, *El Universal*, 15 de septiembre de 1947, p. 8.

una carta abierta a su mentor mexicano, lamentando los injustos ataques de que había sido víctima y que vulneraban la relación entre la España del exilio y México. Que su antiguo maestro compartiera la saña y el resentimiento del franquismo parecía sugerirlo que “no haya detenido a Ortega la idea del embarazo, del disgusto que sus palabras no podían menos de causar entre los españoles residentes en este país”. Cruel mentís para quienes a lo largo de los años se habían mantenido en su defensa, suponiendo que la razón había encontrado en el mutismo un refugio contra las pasiones. “El terrible nihilismo de nuestros días —concluyó pesaroso— no va dejando nada ni, lo que es infinitamente peor, nadie en quien poner la fe, la esperanza, el afecto sin los cuales la vida es un obsequio de burla.”⁴³ La pena y decepción que se traslucen en esas frases no pasaron desapercibidas al destinatario de la carta. En una página de su diario anotó, en efecto, que “en el estilo mismo se advierte la tortura de Gaos, el pobre, al alejarse de su maestro”.⁴⁴ Al parecer, el propio Reyes no alimentó rencor o resentimiento alguno contra Ortega. Así lo indican las palabras de adiós que le dirigió a su muerte en las que con generosidad afirmó que, ante intereses comunes y desvelos compartidos, “una frase cruel, una queja, valen entonces lo mismo que vale un saludo, lo mismo que vale un abrazo”.⁴⁵

No puede decirse otro tanto de la relación entre discípulo y maestro, debido a que con ese incidente se produjo una ruptura definitiva entre ambos. O al menos así sucedió en el ámbito de las manifestaciones públicas, puesto que por lo bajo Gaos mantuvo un diálogo oculto, constante y a menudo violento con José Ortega y Gasset. Su callada furia quizás se explique por haber condensado en su figura las imágenes de guía intelectual y padre espiritual. De ahí que en el transcurso de los años se quejara de no encontrar un “maestro de vida a mi medida: laico lúcido, cordial” y que, a falta de uno en el presente, se esforzara por buscarlo entre los grandes pensadores del pasado.⁴⁶ La mirada vuelta hacia el ayer no impidió, sin embargo, que las exigencias del momento llamaran una y otra vez su atención. Una de ellas fue la publicación del libro *Historicismo y existencialismo*, aparecido hacia finales de 1950 con los auspicios de El Colegio de México. Según explicó el autor, Eduardo Nicol, su propósito consistía en imponer

⁴³ Carta abierta a Alfonso Reyes, fechada el 22 de septiembre de 1947, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 236-237.

⁴⁴ REYES, *Diario*, 22 de septiembre de 1947.

⁴⁵ REYES, “Treno para José Ortega y Gasset” (1956), p. 66.

⁴⁶ AJG, 4, exp. 4, f. 62443, 24 de julio de 1959.

claridad a aquellas corrientes, tan en boga en los últimos años. La tarea no podía ser más urgente, dado que una y otra “confirman la desazón del ánimo, llamada angustia en filosofía, pero no la resuelven”.⁴⁷ Desmitificar aquellas formas de pensamiento constituía una manera de atajar la “crisis” que, se decía, pesaba sobre los individuos y sus sociedades. Con el propósito de contribuir a esa misión salvadora, Nicol pasó revista a algunos de los principales representantes de ambas doctrinas, es decir, filósofos como Vico, Leibniz, Marx, Kierkegaard, Heidegger y Ortega, a quien, por cierto, tildaba de “sofista”. Sólo al término de esa desconstrucción crítica los dos *ismos* quedarían superados.

Como había hecho rutina en relación con plumas amigas, José Gaos no tardó en escribir sus comentarios bajo la forma de reseña. Pero contra toda costumbre, en esa ocasión sus notas alcanzaron más de cien cuartillas, divididas en dos artículos colmados de objeciones tan puntuales como inclementes. Menos extenso, el primero se centraba en la injusticia que se perpetraba contra su propio maestro, aduciendo que no se le aplicaban “los mismos patrones de medida que a los demás —y, sin duda, a sí mismo”.⁴⁸ Para probarlo, consagraba el resto del ensayo a indicar que la misma falta de originalidad, congruencia y sabiduría que imputaba a Ortega se hallaba presente en el libro del detractor. Ahora bien, si esas páginas contienen apreciaciones en extremo severas, parecen casi una caricia cuando se lee el segundo comentario. Con su método habitual, consistente en reproducir larguísimos pasajes de la obra reseñada, Gaos desmontó, párrafo por párrafo, la que entonces lo ocupaba. Sin olvidar resaltar coincidencias, aciertos y excelencias, sus palabras demolían cada tesis o idea que al malhadado autor le hubiera dado por cobijar. Había un aspecto, por lo menos, del que éste no podía quejarse, a saber, que el rigor y precisión que tanto echaba en falta en la filosofía hispánica se le suministraba ahora, en muy amarga medicina. Contradicciones, equívocos, ambigüedades y lugares comunes aparecieron en el examen de aquel meticuloso galeno, diagnosticando que el paciente, en su prisa por superar el historicismo y el existencialismo, no había hecho sino pasarlos de largo.⁴⁹ El remedio, era bien evidente, consistía en armarse de paciencia y de estudio para conocer primero aquello mismo que se deseaba destronar.

⁴⁷ NICOL, *Historicismo y existencialismo*, p. 8.

⁴⁸ GAOS, “De paso por el historicismo y existencialismo” (1951), en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, p. 236.

⁴⁹ GAOS, “De paso por el historicismo y existencialismo. Parerga y Paralipómena” (1951), en *ibid.*, p. 278.

En honor del articulista, es de señalar que tuvo la delicadeza de entregar una copia al interesado antes de hacer público el dictamen. Venía acompañada con las líneas siguientes:

Querido Nicol: invocando nuestra amistad, me pidió V. que no hiciese con *Historicismo y existencialismo* lo que hice con *La idea del hombre*, en definitiva limitarme a hacer de ella un gran elogio público, pero tardío, en cuatro palabras y, sobre todo, no referente específicamente a la sustancia filosófica del libro. Espero que V. estime que esta vez he dedicado a su libro todo el estudio que puede V. desear de quienquiera y que he hecho un esfuerzo considerable por ser con él y con V. literalmente justo y, lo que es más difícil que nada, absolutamente sincero.⁵⁰

Sobra decir que esos trabajos, lejos de producir la gratitud que en cierta forma se exigía, dejaron en el destinatario la impresión de “un desahogo, de la expresión de un resentimiento largamente contenido”. En general, precisaba a un amigo, “el ataque personal, mezclado con los elogios más desmesurados, me dejó tan atónito, que le llamé a casa y nos pasamos cinco horas hablando, sin entendernos demasiado”.⁵¹ Parte integrante del diálogo fue también la sentida misiva que dirigí a José Gaos, en la que puntualizó una amplia lista de agravios. Según consta en ella, el rosario de sus reclamos se remontaba a los primeros días del exilio, “desde su glacial recibimiento, cuando llegué a México, desde el informe que dio al Colegio de México y que, junto con el de Xirau, tantas dificultades me ocasionó; hasta el hecho, trivial pero significativo, de no obsequiarme sus publicaciones de los últimos años”. Nada en su propia actitud justificaba un trato tan inhumano. De ahí que preguntara: “¿qué es lo que le pasa a Ud., Gaos, si puede saberse? ¿Qué suspicacia tiene conmigo, por Dios?”. “Lo que temo —especulaba— es que le haya ocurrido algo semejante a lo que le ocurrió a Xirau [...]. Xirau quería que yo estudiase el krausismo en Praga, y a mí me interesaba estudiar la expresión en Hamburgo; Ud. quería que yo hiciese psicología, y a mí la reflexión me llevó hacia la ontología. ¿Qué le vamos a hacer?” En aras de una “amistad que ya tiene cerca de veinte años” y de no prestar ocasión a “un

⁵⁰ AJG, 2, exp. 19, f. 33165.

⁵¹ Carta de Eduardo Nicol a Joaquim Carreras i Artau, fechada el 5 de mayo de 1951, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. s/n, f. 14955. Traducción de Joan Verdugo.

espectáculo que a tantos va a regocijar”, le sugería reconsiderar dar a la imprenta aquellas reseñas.⁵²

A la espera de una respuesta, el terror invadió el espíritu de Nicol. Así lo sugiere el hecho de que solicitara de inmediato el juicio de terceros, confesando, que en relación con Ortega, “es posible que me haya apasionado, pero también sería muy difícil que no me apasionara”. El motivo de arrebató residía en la necesidad de poner un alto a los sofistas, capaces de producir estragos en épocas de crisis como la que entonces transitaban. Más aún, sostenía con marcado patetismo,

todo hombre necesita de algo sólido de dónde agarrarse, si no quiere naufragar; yo he perdido todo lo que podía haber servido de ayuda a la vida, y no me queda más que la filosofía. [...] Perdí hace mucho tiempo la fe religiosa; he perdido mi tierra que es lo que más he amado en el mundo, he perdido la oportunidad de crear una familia, que era mi ideal de vida; España no parece que tenga solución, ni parece que la tenga el mundo durante el tiempo que nos queda de vida.⁵³

Por fortuna para el desposeído, al final se esfumaron sus verdaderos temores, es decir, no tanto que el orbe se derrumbara con estruendo, cuanto que su obra fuera objeto de un mal recibimiento. Pocas semanas más tarde estaba ya en condiciones de afirmar que sus preocupaciones se habían aligerado bastante, debido a que “es probable que mi crítica no haya disgustado a nadie —aquí en América— que no sea amigo personal [...] de Ortega. En México no ha habido más reacción que la de Gaos. Ni entre los estudiantes ni entre la veintena de profesores de la Facultad se puede decir que tenga Ortega la menor autoridad”. El nudo de tensiones también se había disuelto, en virtud de que el polemista aceptó subsanar sus reseñas, omitiendo y corrigiendo diversos pasajes. Habían acordado, además, que cada una se publicaría acompañada de una puntual réplica. Por todo ello, se felicitaba Nicol, “hemos hecho las paces, sin haber llegado a hacer la guerra”.⁵⁴

Tal como estaba planeado, en el transcurso de 1951 aparecieron recensiones e impugnaciones en las revistas *Cuadernos Americanos* y *Filosofía* y

⁵² Carta de Eduardo Nicol a José Gaos fechada el 13 de marzo de 1951, AJG, 1, exp. 58, ff. 11291-11292.

⁵³ Carta de Eduardo Nicol a Joaquim Carreras i Artau, fechada el 9 de abril de 1951, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. s/n, ff. 14948-14949. Traducción de Joan Verdugo.

⁵⁴ Carta de Eduardo Nicol a Joaquim Carreras i Artau, fechada el 5 de mayo de 1951, *Ibid.*, f. 14955. Traducción de Joan Verdugo.

Letras.⁵⁵ En su primera respuesta, Nicol simplificaba las críticas y reducía la discordia a dos maneras de concebir la filosofía: mientras que una se originaba en el amor y se esforzaba por afianzar los vínculos comunitarios, la otra se fundaba en el más estrecho individualismo y se traducía en una postura disolvente y amoral. Mucho más completo fue el segundo alegato, en el que logró contestar objeciones y disipar equívocos sin mentar jamás el nombre de Ortega. Amén de buscar evitar cualquier asunto personal, en esa notable omisión influyó averiguar que la tormenta se desató por causas ajenas al maestro. “La amistad entre Gaos y yo —explicó por carta a Joaquim Carreras— se había enfriado un poco en estos últimos tiempos, sin una razón aparente o expresa: quizá intervinieron cuestiones de discrepancia de ideas, mezcladas de manera incongruente con cuestiones de posición personal y de prestigio relativo. Tanto le hace.”⁵⁶

Sin descartar envidias o rivalidades, es posible sugerir una hipótesis complementaria, a saber, que Gaos se encontró a tal punto asociado con la figura de Ortega que justificarlo suponía, en realidad, una autodefensa. El fallecimiento del mayor, acaecido en Madrid el 18 de octubre de 1955, representó una renovada ocasión para fijar su postura. Fue entonces cuando logró armarse de la ecuanimidad necesaria para reconocer tanto las virtudes como las limitaciones de Ortega. Cuatro extensos artículos aparecieron con su firma como parte de las conmemoraciones luctuosas que se celebraron a lo largo del año siguiente. En ellos abordó distintos aspectos de la vida y la obra del maestro quien, pese a su agitada existencia y disparidad en sus escritos, emerge encuadrado por una extraña coherencia y unicidad. Se trataba de su pensamiento sobre España, de sus actividades políticas o de sus incursiones en el campo de la filosofía, Gaos logró hallar el hilo que unía y daba congruencia a sus múltiples facetas. Éste se cifraba en un solo término, compendio y significado de una vida completa: liberalismo.

⁵⁵ NICOL, “Otra idea de la filosofía” y “Prosigue el diálogo”, ambas en *La vocación humana*, pp. 290-308.

⁵⁶ Carta de Eduardo Nicol a Joaquim Carreras i Artau, fechada el 5 de mayo de 1951, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. s/n, f. 14955. Traducción de Joan Verdugo. Gaos sostuvo en su diario que tales pretensiones carecían de fundamento: “Nicol piensa que ando rivalizando con él por las preeminencias que él quiere que le reconozcan o concedan. Pero yo no hago nada por cruzarme en su camino, ni siquiera por obtener nada de lo que él quiere para sí. Si no logra mover a los demás a que tengan de él la idea que él tiene de sí, y a que le den a él lo que me dan a mí, ¿qué culpa tengo?”, véase AJG, 4, exp. 5, ff. 62859-62860, 14 de noviembre de 1959.

La trayectoria política de Ortega —escribió— fue perfectamente consecuente consigo misma [...]. Y el sentido de la trayectoria entera no es otro que el ideal del liberalismo, pues este ideal, y no otro, es el de que en una sociedad sea cada individuo y cada grupo lo que sea auténticamente sin quedar deformada su sincera realidad por la presión o el favor. Y también hay una conexión de fondo entre la filosofía de Ortega y su liberalismo. Una razón histórica que dé verdadera cuenta de la historia, no puede dejar de darse cuenta de la parte de razón que toca a cada uno de los individuos y los grupos que van viviendo históricamente.⁵⁷

Como santos óleos, las páginas de Gaos integraban al maestro en ese panteón de personalidades ilustres que renacen en la Historia sin mácula de contradicción. Por ese acto de extremaunción, el espectador veleta resurgió convertido, si no en santo, al menos en mártir de sus circunstancias, impotente ante los “espectáculos ingratos” que “lo repelen, porque le desagradan, porque los teme, pero [que] por lo mismo lo mueven a repelerlos, a hacer por evitarlos —en último término, a sí mismo”.⁵⁸ De ahí los errores manifiestos o cambios aparentes que tantos juzgaron con severidad. Sin embargo, sostenía el autor, “a mí no me parece que [los hombres como Ortega], antes o después, o siempre, *fuera* de su tiempo, deban ser vituperados por quienes se sientan *dentro* del mismo tiempo, sino más bien compadecidos, al menos por quienes quieran y puedan ser comprensivos”.⁵⁹ El desafío consistía en evitar alzarse como jueces para alcanzar la “Salvación de Ortega”, según reza el muy significativo título que encabeza el primero en esa serie de artículos. ¿Qué mejor manera de salvarlo que ofrecerle lo que él mismo nunca consiguió, es decir, la sistematización de sus ideas? Desde esta perspectiva, el cuarteto de ensayos representa un tributo póstumo al maestro, sin adulación ni tergiversación, pero con el deseo implícito de ir más allá de lo que el propio Ortega había llegado. Se trataba, una vez más, de la salvación del maestro y, por extensión, de la del discípulo.

⁵⁷ GAOS, “Ortega y España”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, p. 155. Curiosamente, en “Rescate liberal de Ortega y Gasset”, Mario VARGAS LLOSA emprendió hace unos cuantos años una reivindicación similar de la figura de Ortega. José Lasaga reunió recientemente el conjunto de artículos que Gaos escribió sobre Ortega y los hizo preceder de una esclarecedora introducción. Véase GAOS, *Los pasos perdidos*.

⁵⁸ GAOS, “Los dos Ortegass”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, p. 138.

⁵⁹ GAOS, “Ortega y España”, en *ibid.*, p. 156. Cursivas en el original.

Si bien en público quemó alguno que otro incienso, Gaos estuvo lejos de adorar a Ortega en su altar particular, falso ídolo al que nunca prestó su fe. No podía ser de otra forma si se considera que entre los postulados de su credo se encontraba el imperativo de sistema. De ahí que en años posteriores concluyera lo siguiente:

*La verdad es que Ortega no ha sido, en absoluto, un filósofo, en el sentido más propio del término. No le interesaron los temas metafísicos ni los otros más técnicos de la filosofía. No conocía, desde luego, ambos grupos de temas, pero quizá tampoco los demás, técnicamente, ni técnicamente trató ninguno. [...] Se interesaba por temas inmanentes, concretos, vitales. Los trató muy poco filosóficamente y mucho no sólo literariamente, sino específicamente a la alta periodística. No llegó a definir satisfactoriamente ni a desarrollar sus conceptos capitales: razón vital, razón histórica. No articuló sistema. Pero es lo que hicieron —y no hicieron— los filósofos de su tipo, que también los hay en la historia.*⁶⁰

Poco más de dos décadas había transcurrido desde que escribiera esas frases, fechadas en 1957, y pronunciara la conferencia de 1935. La diferencia difícilmente podría ser mayor, dado que en la intimidad despojaba al maestro del título que años atrás había reivindicado: el del filósofo. Con todo, el juicio que reservó para sí fue incluso más severo. En su diario registró que “Ortega, por literato, no [es] filósofo, [pero] yo [por] no [ser] literato, [soy] un analítico desecado”.⁶¹ Y es que, a semejanza suya, Gaos se obstinó por cerrar su vida con dos magnos tratados; a diferencia de él, puesto que estaba armado de paciencia, orden y rigor, en 1962 y en 1970 aparecieron respectivamente *De la Filosofía* y *Del Hombre*. Pese a la riqueza analítica y conceptual que encierran, ese dúo permaneció durante largo tiempo prácticamente ignorado. Si sabía que hay obras que por titánicas nacen muertas, ¿por qué prefirió dar a su pensamiento la forma de un monumental sistema? En la voluntad de superar a sus predecesores, y sobre todo a sí mismo, quizás se encuentre la respuesta. Si a cambio comprometió su propia descendencia intelectual, fue el riesgo que decidió correr, no sin cierto pesar.

⁶⁰ AJG, 4, exp. 2, ff. 61028-61030. Las cursivas son mías.

⁶¹ *Ibid.*, exp. 7, f. 63996, 13 de abril de 1962.

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

En un sentido figurado, la vida es un terreno de batalla y su vertiente intelectual no es la excepción. En ella se reproducen los conflictos, rivalidades y luchas de poder que impulsan la historia y mueven al cambio. Así lo comprobó la llegada a México de un pequeño pero significativo grupo de intelectuales republicanos, asociados con la figura y el pensamiento de José Ortega y Gasset. Entre ellos destacaban Luis Recaséns Siches, jurista que despojó al derecho de su formalismo axiológico mediante las herramientas conceptuales del vitalismo orteguiano; María Zambrano, ayudante suya en la Facultad de Filosofía de Madrid y original intérprete de su doctrina; José Gaos, considerado en ese entonces como su discípulo más cercano; y Joaquín Xirau, quien en alguna ocasión reconoció una deuda intelectual con Ortega. Si a ese número se suma el resto de los filósofos exiliados, es posible comprender por qué su presencia supuso un fuerte desbalance para el gremio, que en el transcurso de unos meses encontró sus filas casi duplicadas. No resulta casual, por lo tanto, que a partir de ese momento el medio filosófico iniciara un amplio proceso de transformación, expresado en enfrentamientos, realineaciones y redes de alianzas. Dado que de la habilidad para desenvolverse en una arena más competitiva y saturada dependía el lugar de cada contendiente —en el caso de algunos refugiados, incluso su sobrevivencia—, tampoco sorprende que ese reacomodo de fuerzas se dirimiera en ocasiones con violencia y en otras tantas de manera soterrada. De esas reconfiguraciones dan cuenta las polémicas que se entablaron en la década de 1940, así como el surgimiento de nuevos actores, cuya participación en el tablero halló viabilidad en aquellos movimientos. El combate por posicionarse en el campo de las ideas había comenzado.

Muy pronto pudo comprobarse que no todos los recién llegados desembarcaron con sus armas preparadas. María Zambrano, por ejemplo, no tardó en batirse en retirada ante las múltiples dificultades que minaban su camino, entre las que sobresalía la desconcertante obligación de armonizar

sus ideas con la “educación socialista”.¹ Otros compañeros de viaje se vieron más afortunados. Uno de ellos fue José Gaos, a quien, no ya el marxismo sino el neokantismo, ofreció su primer desafío intelectual. Esa contienda se originó a raíz de las conferencias pronunciadas entre el 17 y el 22 de octubre de 1938 en el paraninfo de la Universidad Nacional. Constituían sus presentaciones inaugurales en la capital y la intriga del público —alimentada por las abundantes noticias que la prensa difundía sobre su figura— se expresó en la nutrida concurrencia que colmó la sala. Se trató, según se dijo, de “todo un acontecimiento”, en razón de que “estaban muy lejanas las ocasiones en que habíamos escuchado a otros conferenciantes extranjeros, sobre todo, acerca de un problema filosófico”. No obstante, si algo logró congregarse a “señoras y políticos, profesores y estudiantes”, no fue tanto el atractivo de escuchar aquellas elevadas disquisiciones, cuanto

una curiosidad natural de aquel momento, producida por la inmigración española de tipo intelectual, que determinada, en algunos, [por] cierta compasión por unos señores que acababan de perder a su patria, o bien, en otros, por una antipatía basada en razones de credos sociales y políticos. No faltó como incentivo, en cierta clase de público, un despecho nacionalista, es decir, de monroísmo mexicano.²

Asistido por su consumado arte oratorio, el recién llegado logró conducir a ese heterogéneo grupo de oyentes por los oscuros senderos de su “filosofía de la filosofía”, título que llevó el ciclo en su conjunto.³

¹ Entre los distintos recibimientos que se dio a los intelectuales españoles que llegaron a México, el que se deparó a María Zambrano aparece como uno de los menos afortunados. Octavio Paz sugiere que su traslado a Morelia se originó en la oposición de Daniel Cosío Villegas, contrario a que una mujer figurara como profesora de filosofía. Aunque los motivos no se han esclarecido del todo, Paz no se equivocó al afirmar que en la capital michoacana “María se sintió perdida, lejos de sus amigos y en un mundo ajeno a sus preocupaciones”. Si a ello se añade la obligación de orientar sus tareas docentes en el sentido de la “educación socialista”, tal como exigía Natalio Vázquez Pallares, rector de la Universidad Michoacana, resulta comprensible que al cabo de un año decidiera dirigir sus pasos hacia la vecina Cuba. Retomo estos datos de VALENDER, *et al.*, *Homenaje a María Zambrano* y de SÁNCHEZ CUERVO, *et al.* (eds.), *María Zambrano*.

² MENÉNDEZ SAMARÁ, “José Gaos y Francisco Larroyo” (1940), p. 4.

³ Es un lugar común en la historiografía sobre José Gaos referirse a su consumado arte oratorio, al grado de que al parecer sólo Daniel Cosío Villegas discrepó con esa opinión. “Gaos —recordó años después— hizo su presentación en el viejo Paraninfo de

Según explicó en la primera intervención, “filosofía de la filosofía” constituía un sintagma de origen diltheyano que denotaba el acto de abordar la disciplina en sus propios términos. Tal era, precisó, el sentido de la reflexión que hacía todo filósofo al tomar por objeto de estudio, no tanto Dios, el Mundo y el Hombre, como en la conocida tripartición kantiana, cuanto la naturaleza del saber que enmarcaba y orientaba esa misma reflexión. Dicho de otro modo, se trataba de la búsqueda, tan antigua como la propia filosofía, de su definición. Lejos de propugnar con ello algún tipo de nominalismo, el expositor invitaba a indagar sobre su significado a partir de manifestaciones concretas, en el seno de la existencia. Con base en ese postulado, explicó al auditorio, su alocución sólo versaría sobre la manera en que se vivía la filosofía en tanto forma de experiencia, es decir, no como un conocimiento pretérito, sino como una expresión del presente y no desde el punto de vista del objeto, sino del sujeto. En ese espíritu distinguió cuatro etapas en la relación con la disciplina cuya cuna se encuentra en las costas del Mediterráneo: vocación, profesión, decepción y obstinación.

En la actualidad —escribió en el resumen de esas conferencias—, el vocado de la filosofía, a quien su vocación por ésta lleva a hacerse *profesional* de ella, esto es, a erigirla en principio de su vida, de su ser, de él mismo, *decepcionado* de la filosofía, esto es, de su principio, de su vida, de su ser, de sí mismo, *se obstina* en la filosofía, esto es, en su principio, vida y ser, en sí mismo, en la doble forma de una *reflexión* sobre sí, sobre su ser, su vida y el principio de una y de otro, y de una *exposición* —historia, cuento y confesión— de esa reflexión [...].⁴

Esa larga y enrevesada frase concentra lo que denominó una “prosopopeya del filósofo”, es decir, una descripción de la personalidad que distinguía a los miembros de su gremio. Esa personalidad se revelaba por una especie de llamado que se designa, tanto en la religión como en el lenguaje corriente, con el término de vocación. Quienes a él respondían no eran individuos cualesquiera, sino los marcados por un signo que no distaba mucho del que, según las leyendas gnósticas, empujó hacia el éxodo al primer hijo de Adán. En el vocabulario de Gaos, ese signo se denominaba “afán de

la Universidad, lleno siempre, y a pesar que no era en absoluto ni orador ni actor, fue seguido en sus explicaciones, que a veces se extendieron a una hora y media, con una breve interrupción, en que la gente las comentaba”. COSÍO VILLEGAS, *Memorias*, p. 176.

⁴ GAOS, “Filosofía de la filosofía”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía* (1938-1950), p. 50. Cursivas en el original.

saber”, un impulso irresistible por conocer los principios que rigen al mundo y a sus habitantes. ¿Qué mejor medio para satisfacer ese deseo que una disciplina que predicaba poseer, como un remedo del fruto prohibido, el conocimiento primero, último y definitivo? Atraído por la promesa, el elegido decidía consagrar su pensamiento y existencia al cultivo de la filosofía y hacer de ella una profesión. Pero al igual que en el relato bíblico, tras la transgresión viene la caída, el ávido de saber terminaba por descubrir que se trataba de un voto vacío y que la tan ansiada verdad universal y absoluta era, en realidad, relativa y percedera. Llegaba entonces la decepción, momento en que el estudioso comprendía que sus esfuerzos habían sido en vano y que sus palabras representaban meros sonidos que se llevaba el viento. Pero ya era demasiado tarde: dado que la filosofía no es ciencia de los primeros principios, saber definitivo ni verdad absoluta, queda abierta la pregunta sobre qué era aquello que había informado su vida. El filósofo comenzaba a interrogarse sobre la naturaleza, sentido y función de la disciplina, persistiendo en el empeño de filosofar. Por consiguiente, de la obstinación surgía de forma casi inevitable una “filosofía de la filosofía”. Con ella se cerraba el ciclo y, quizás también, las puertas del Paraíso.

En la prosopopeya descrita hay un elemento que se ha reservado para el final, debido a su significación, tanto en la doctrina de Gaos como en la polémica a que dio lugar. Se trata de la soberbia, rasgo que consideraba como el más característico entre sus pares, pasados y contemporáneos. Del latín *super-eia*, “estar encima”, “dominar”, ese atributo revelaba la voluntad de poder subyacente en la *vocación* por la filosofía y el “afán de saber”, en la *profesión* y el consagrar la vida a su cultivo, en la *decepción* y el apetito siempre insatisfecho y, sobre todo, en la *obstinación* y su persistencia en ella. Casi términos intercambiables, filosofía y soberbia mantenían entre sí una “armonía preestablecida”, dado que “en ambas —sostuvo— se dan las mismas notas capitales”.⁵ Con este paralelismo o asimilación, surge el verdadero sentido de la prosopopeya que, del griego *prosopôn*, “máscara”, significa, justamente, desenmascarar. Ahora bien, arrancar máscaras y tapujos constituía el objetivo que acometió, al reconocer que el origen del filosofar radicaba, más que en una búsqueda desinteresada de saber, en un deseo irresistible de dominación. De esa forma, ingresaba en lo que Paul Ricoeur denominó “escuela de la sospecha”: la que sostiene que nuestra percepción se confunde en apariencias, sólo disipadas mediante la observación y el

⁵ *Ibid.*, p. 61.

análisis atentos. Siguiendo el modelo de los grandes maestros —Karl Marx con el concepto de ideología, Friedrich Nietzsche con la noción de resentimiento y Sigmund Freud con el descubrimiento del inconsciente—, Gaos encontró una realidad filosófica marcada por el ánimo de superioridad.⁶ Sin embargo, como el ángel caído, el soberbio estaría condenado a la frustración terrena. A ello se debía, concluyó, que “el filósofo es el hombre que muestra al hombre sus límites, su finitud, y ejerce así una función regulativa de la existencia humana”.⁷

Al decir de la prensa, las conferencias gozaron de un gran éxito entre el público de la capital. El primero en aplaudirlas por escrito fue Antonio Caso, quien se refirió al “excelente traductor castellano” que “con su visita honra a la Universidad de México, a la tradición más ilustre, quizás, de la filosofía perenne”. Para mayor información sobre el todavía desconocido profesor español, el ateneísta lo situaba como “discípulo de san Agustín y [de] Malebranche”, sin duda confundido por el lenguaje de origen religioso que afloró en sus discursos.⁸ Una perplejidad análoga trasluce en la reseña que le dedicó José Moreno Villa, quien, omitiendo toda referencia al contenido de las conferencias, se limitó a evocar un “verdadero encantamiento” y a interrogarse por la “clase de deleite, fascinación o encanto [...] que produce la buena explicación o exploración filosófica”.⁹ Menos diplomático resultó Rafael Sánchez de Ocaña. Además de interpretar las ideas del conferenciante en clave platónica, en su artículo exponía las objeciones de un supuesto interlocutor, tal vez imaginario. Ese personaje protestaba contra el vocabulario filosófico de Gaos, preguntando indignado: “¿quién se atreve a decir hoy de buena fe que somos cristianos [...]?”. Lejos de prodigar la caridad, la Historia había representado el lugar privilegiado de “las luchas de clases, la injusticia, la miseria, la crueldad, el ansia de dominio, la santificación de la violencia y el derramamiento de sangre”. Que el expo-

⁶ Sobre la “escuela de la sospecha”, véase RICOEUR, *De l'interprétation*, pp. 42-46. Tan buen alumno resultó Gaos de esa escuela, que en años posteriores se propuso realizar un “auto-psicoanálisis marxista y nietzscheano”. *AJG*, 4, exp. 4, f. 62242, 13 de enero de 1959.

⁷ GAOS, “Filosofía de la filosofía”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 63.

⁸ “Las conferencias del profesor Gaos”, *El Universal*, 21 de octubre de 1938, reproducido en CASO, *Obras completas*. IV. *Ensayos, Doctrinas, Discursos*, pp. 245-247.

⁹ José Moreno Villa, “El encanto de la filosofía. (Oyendo al Doctor Gaos)”, *El Popular*, 28 de octubre de 1938, p. 3.

sitor no estuviera a la altura de los tiempos nuevos respondía, en última instancia, a su “coquetería intelectual, deliberado deseo de obscuridad, que le veda abordar con franqueza y resolver con relativa certidumbre los problemas de orden especulativo o moral, que forzosamente repercuten en las luchas de nuestros días”.¹⁰

Tal como revelan las notas referidas, el caluroso recibimiento que se extendió a José Gaos poco tuvo que ver con la aquiescencia o con la plena comprensión de sus ideas. En ellas aparecen, en cambio, los numerosos equívocos que suscitó el empleo de términos asociados con el discurso teológico, así fuera en una acepción secular. De ahí que quienes escribieron al respecto no percibieran la novedad que encerraba su doctrina. A la incompreensión habría que añadir un reproche, consistente en señalar que su teoría resultaba inapropiada a las exigencias y necesidades del México posrevolucionario. ¿Qué importaban los avatares personales del filósofo, cuando lo que interesaba eran respuestas adecuadas al orden social inaugurado en décadas recientes? Para su fortuna, el incomprendido muy pronto recibió la oportunidad de replicar a objeciones y disipar ambigüedades mediante la invitación que le extendió, en diciembre de 1938, un joven neokantiano.

El episodio que dio comienzo a la polémica fue un artículo aparecido en la revista *Hoy*. Su autor era Francisco Larroyo, un antiguo alumno de Antonio Caso convertido al neokantismo, en la vertiente axiológica de la Escuela de Baden, tras estudiar en las universidades de Friburgo y Heidelberg. Contrariamente a los inciertos cumplidos de que fueron objeto las conferencias, en esa reseña oponía serios reparos a las tesis filosóficas de Gaos. Tres fueron las principales objeciones que expuso en aquella nota periodística: la primera consistía en rechazar la idea de una “filosofía de la filosofía” como de un absurdo lingüístico y conceptual. Quien “admite una segunda reflexión sobre la filosofía —adujo— no tiene argumentos para negar que existe una tercera reflexión también filosófica sobre el ya elevado conocimiento de la filosofía de la filosofía, esto es, una filosofía de la filosofía de la filosofía, y así hasta el infinito”. En segundo lugar, cuestionaba que ese campo del saber, al ocuparse de sí mismo, mantuviera el carácter filosófico que se le prestaba. “Nadie objetará —escribió— que esta disciplina (la historia de la filosofía) se propone el viejo problema [...] de describir el origen y desarrollo de la filosofía a través de todos los tiempos”. Sin embargo,

¹⁰ Rafael Sánchez de Ocaña, “Encantos y Desencantos de la Filosofía”, *El Nacional*, 6 de noviembre de 1938, pp. 3-4.

continuaba, “esta narración de la vida filosófica [...] sigue siendo, historia de la filosofía”. Por último, embestía contra el concepto de soberbia en tanto pretendida esencia del filosofar. Bastaba con evocar el ágape de Platón, la vida contemplativa en santo Tomás o el voto de Descartes de peregrinar a Loreto para comprobar que no era tal el impulso de la meditación filosófica. Pero si los testimonios históricos no convencían del todo, menos aún lo hacía la metodología del conferenciante. Así al menos lo pensó el detractor, para quien las “reflexiones en torno a la actitud subjetiva del hombre que filosofa, podría intitularse la psicología del filósofo”. A todo ello agregaba incisivo que por mucho o poco valor que encerrara “la historia o cuento de las vivencias personales del profesor Gaos, [...] no deja de ser un análisis empírico de su conciencia a muchas leguas de distancia del método filosófico de la reflexión trascendental”.¹¹ De esa forma quedaba desmantelada, en sus puntos cardinales, la doctrina del recién llegado.

Quizás inseguro de cómo actuar en el medio que lo recibía o, con mayor probabilidad, a causa de una arraigada aversión por la controversia y la publicidad, el desafiado emitió su respuesta, no en los canales públicos de la prensa, sino mediante una carta dirigida al autoproclamado polemista. En ella, recusaba la reducción al absurdo de que había sido objeto su “filosofía de la filosofía”, explicando que no superponía una nueva disciplina a aquella otra consagrada por la tradición, sino que conformaba una rama de la misma, como también lo eran la ética o la metafísica. De igual forma que “la física de la física no es física de la física, sino filosofía de la física”, la reflexión sobre la filosofía se convertía, en virtud de su carácter originario, en una “filosofía de la filosofía”. En cuanto a que ese título sólo denotaba la tan bien conocida “historia de la filosofía”, replicó que todo hablar sobre ese campo del saber, lejos de constituir una narración objetiva, suponía asumir una postura igualmente filosófica. Por otra parte, la documentación histórica no rebatía la idea de un “afán de dominación” en tanto motor del filosofar, puesto que esos ejemplos representaban “la máscara de la soberbia del soberbio ‘débil’”.¹² Por último, terminaba rechazando que su proceder

¹¹ Francisco Larroyo, “Filosofía de la filosofía”, en GAOS, *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, pp. 66-70.

¹² GAOS, “Primera carta de José Gaos”, en *ibid.*, pp. 74-75. Como bien ha señalado Guillermo Hurtado, este último alegato “hace que su tesis sobre la soberbia de los filósofos no pueda ser falsificada”, dado que “lo que hace Gaos es cerrarse por completo a la posibilidad de encontrar contraejemplos a su tesis”, véase HURTADO, *El búho y la serpiente*, p. 161.

remitiera a una mera psicología, invocando a su favor el amparo del propio fundador de la fenomenología:

La filosofía de la filosofía —declaró— comprende una psicología del filósofo. Pero esta psicología, no puede hacerse sino mediante conceptos que son objeto de fenomenología. Así la fenomenología de la soberbia es indispensable a la psicología del filósofo en cuanto soberbio. Pero hay, además, una fenomenología de la filosofía y del filósofo. Esta fenomenología, como toda fenomenología, debe hacerse a base de casos ejemplares empíricos y puede hacerse a base de uno solo e incluso imaginario o ficticio, enseñanzas todas expresas de Husserl.¹³

Para júbilo de los editores, “embelesados” ante la posibilidad de “promover y sostener un diálogo impulsado por el afán de verdad”, Gaos atendió “a la súplica de algunos profesionales de México”, al consentir que la carta se publicara en la misma revista que había acogido la primera reseña.¹⁴ Ésta venía acompañada de una nueva y profunda estocada por parte de quien había llamado a duelo, llegando al corazón de la doctrina rival y también al fondo de la polémica. “Comparto con el profesor Gaos —escribió Larroyo— que la confesión personal sea una esencia captable fenomenológicamente; pero de que la fenomenología pueda descubrir la esencia de confesión personal no se sigue de ningún modo que la filosofía se caracterice con semejante esencia.”¹⁵ Palabras más, palabras menos, en la contraréplica del así aludido se sostenía que las diferencias remitían a dos concepciones distintas de la filosofía, con lo cual se llegó a un callejón sin salida y se dio por concluida la controversia.

Sin duda satisfecho por el desarrollo y resultados de ese lance, Gaos propuso a Larroyo dar a la imprenta aquel intercambio filosófico. El volumen llevaría por título “Pro y contra la filosofía de la filosofía. Un diálogo sobre dos ideas de la filosofía” y estaría conformado por un resumen de las conferencias, la serie de escritos que dieron contenido al debate y “una nueva réplica de usted, pues a mí me es grato dejarle en el diálogo propiamente dicho la última palabra”. Al conjunto seguirían dos artículos en los que cada uno expondría, respectivamente, “la filosofía como ciencia de los valores” y

¹³ GAOS, “Primera carta de José Gaos”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 76.

¹⁴ *Hoy*, año II, vol. VII, núm. 95, 17 de diciembre de 1938, p. 36.

¹⁵ Francisco Larroyo, “*Disputatio de nomine*”, en GAOS, *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 85.

la “filosofía como forma de humanidad”.¹⁶ Siguiendo de cerca ese proyecto, en 1940 apareció, con el sello de La Casa de España, *Dos ideas de la filosofía (Pro y contra la filosofía de la filosofía)*. Podía leerse en el prólogo que el motivo de publicación radicaba en su carácter “instructivo”, si bien el borrador revela propósitos menos altruistas. “La crítica del Dr. Larroyo —explicaba Gaos en ese esbozo—, hecha desde la posición filosófica en que él se ha situado, una posición ya clásica en filosofía y de la fuerza inherente a toda posición semejante, puede ser utilizada sin duda alguna para comprender y enjuiciar mejor, por contraste, lo expuesto en mis cursillos y resumido aquí.”¹⁷ Se trataba de rectificar los equívocos que suscitaron sus conferencias y, de ser posible, encontrar una recepción más favorable a sus ideas.

El prologuista no se equivocó al estimar como útil la puesta en circulación de aquel diálogo filosófico, sobre todo si se considera que también le permitió cumplir con un compromiso urgente, contraído desde su llegada al país. Éste consistía en difundir, mediante libros e impresos, el amplio conocimiento filosófico adquirido en su tierra natal, único modo de justificar el recibimiento de los intelectuales refugiados y, claro está, el suyo en particular. Consciente de ese hecho, tan pronto como desembarcó en México anunció a la prensa la próxima edición de una “obra monumental: ‘Problemas Filosóficos de la Filosofía’”.¹⁸ Sin embargo, año y medio más tarde la promesa seguía en vilo, puesto que nada semejante había pasado por rótulos y linotipos. Había escrito, eso sí, numerosos artículos, pero ningún volumen que se aviniera a las características referidas. A la espera de que apareciera con su firma ese magno tratado, con su relativa agrafia contrastaba la fecundidad manifiesta de otros miembros de La Casa de España, quienes desde muy temprano entregaron a la imprenta algún título concerniente a su especialidad. Por si todo esto no bastara, hacía tiempo que Alfonso Reyes lo instaba a entregar los trabajos “que de meses atrás nos tiene ofrecidos” para con ellos contribuir a la labor editorial de la institución a su cargo.¹⁹ La publicación de *Dos ideas de la filosofía* se presentó, por lo tanto, como la oportunidad de dar respuesta a ese cúmulo de requerimientos y, a la par, de ofrecerle un punto de respiro para perseverar en aquella otra, su prometida “obra monumental”.

¹⁶ Carta de José Gaos a Francisco Larroyo, s/f, AJG, 1, exp. 51, f. 9861.

¹⁷ AJG, 1, exp. 51, f. 9848.

¹⁸ *El Nacional*, 27 de agosto de 1938, p. 5; *Excélsior*, 26 de agosto de 1938, p. 1.

¹⁹ Carta de Alfonso Reyes, fechada el 13 de abril de 1940, en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Itinerarios filosóficos*, pp. 71-72.

Editar un volumen a dos voces suponía ciertas ventajas adicionales, en vista de que constituían los primeros acordes de esa sinfonía cultural que muy pronto entonarían mexicanos y españoles. Tales eran, al menos, los augurios que se vaticinaron desde el Palacio Nacional y que los diarios repitieron optimistas, proclamando que mediante ese nuevo contingente humano se estrecharían “los lazos intelectuales entre México y la Madre España”.²⁰ La nota preliminar del libro lo dejaba también asentado, al declarar que su propósito consistía en servir como “ejemplo de la más veraz cooperación entre la intelectualidad de España y la de la América española”.²¹ Por obra de ese sortilegio verbal, lo que en un inicio apareció como una contienda por las ideas, se transformaba en fruto de un encuentro afortunado, sellado con la amistad entre ambos duelistas. No obstante y sin desmérito de aquellos votos de concordia, sería un error pensar que las aguas de la intelectualidad habían alcanzado un estado de reposo. Tal como se comprobaría en años sucesivos, esa polémica tan sólo inauguraba la serie de enfrentamientos que se desarrolló entre neokantianos y a quienes muy pronto se conocería como “existencialistas”.

Las reseñas publicadas sobre ese libro en común muestran, no sólo que la primera escaramuza de Gaos no le fue en modo alguno favorable, sino que los simpatizantes del neokantismo cerraron filas en torno al veredicto. Por ejemplo, tras elaborar un balance en el que examinaba tanto los aportes como las divergencias entre ambos polemistas, Adolfo Menéndez Samará concluyó que “no hay más remedio que reconocer en el Dr. Larroyo la superioridad de sus asertos”.²² Aunque por distintos motivos, análoga opinión vertió Juan Manuel Terán en las páginas de la revista *Tierra Nueva*.

Pienso —escribió— que el humanismo trascendental sustentado por el profesor Gaos desmerece en cuanto se admite la posibilidad de un regreso infinito y por lo tanto en su fundamentación, pues de esta manera la relación trascendental, esencial a la constitución de la filosofía, se torna trascendente. De esta falacia (convertir el pensamiento filosófico en trascendente), se salva aquella posición en que el profesor Larroyo se sitúa al rechazar todo trascendentalismo.²³

²⁰ *Excelsior*, 26 de agosto de 1938, p. 1.

²¹ José Gaos y Francisco Larroyo, “*Dos ideas de la Filosofía*”, en GAOS, *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 47.

²² MENÉNDEZ SAMARÁ, “José Gaos y Francisco Larroyo”, p. 4.

²³ TERÁN, “*Dos ideas de la Filosofía*” (1940).

Casi sobra decir que en esos recuentos no sólo se juzgaron las habilidades discursivas de uno y otro disertante, sino que igualmente intervinieron criterios relativos al orden de las simpatías. Al recordar aquella “célebre polémica”, José Manuel Villalpando Nava no tuvo reparo en admitir que tal fue el parámetro que utilizó para discernir al vencedor de la contienda. Años más tarde afirmó que “en esa época [...] pudimos advertir (lo que hizo que la balanza de nuestra opinión se inclinara hacia el mexicano) una actitud realmente soberbia y vanidosa sustentada por Gaos”.²⁴

Desde otras líneas de pensamiento se escucharon también las reservas. Con la cordialidad acostumbrada, Alfonso Reyes dedicó un artículo a su amigo refugiado, en el que examinaba los múltiples puntos de contacto entre existencia y obra. De sus análisis se desprendía que “el ilogismo de la creación y la lógica de la vida —o viceversa— corren por caminos diferentes, más engañosos por lo mismo que se entrecruzan”. ¡Pobre de quien se dejara entrapar por la “verdad sospechosa” de las letras!, advertían sus palabras.²⁵ A esas objeciones se sumó tiempo más tarde el neotomismo, en particular con el libro *La crisis del historicismo y otros ensayos* de José Sánchez Villaseñor. En esas páginas, el “joven mimado de los jesuitas”, amén de acusarlo de profesar el ateísmo en clase y de contravenir el laicismo obligatorio de la enseñanza en México, exponía un cuadro detallado sobre los males que aquejaban a aquella corriente filosófica.²⁶ El polémico autor cumplía así la hazaña de suscitar la reacción de muy disímiles expositores y de lograr que coincidieran por distintas razones y aunque sólo fuera en el rechazo a sus ideas. Por todo ello, es posible convenir con Menéndez Samará en que el pensamiento de Gaos, sin llegar a producir asentimiento, consiguió ejercer “una intranquilidad espiritual, saludable y necesaria”²⁷ en el medio filosófico mexicano.

A juzgar por sus reacciones inmediatas, la inquietud promovida se apoderó igualmente de a quien se señalaba como beneficioso agitador intelectual. Así lo sugiere que reparara, por vía de sus detractores, en la necesidad de volver sobre sus pasos para precisar sus teorías. Ello explica que en sucesivos ensayos fuera respondiendo a réplicas y a objeciones, procurando, al mismo tiempo, esclarecer sus ideas. El primer intento en ese sentido fue un artículo publicado en la *Revista de la Universidad de La Habana*, escrito

²⁴ VILLALPANDO NAVA, “Mi encuentro con algunos maestros”, p. 378.

²⁵ REYES, “La vida y la obra” (1940), p. 22.

²⁶ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, *La crisis del historicismo* (1945), p. 11. La expresión entrecuadrada aparece en HERNÁNDEZ LUNA, “Siete años de labor filosófica”, p. 126.

²⁷ MENÉNDEZ SAMARÁ, “José Gaos y Francisco Larroyo”, p. 4.

al año de su visita a Cuba. En él daba cuenta de las reservas que habían merecido sus exposiciones, en las que ni la forma ni el estilo se juzgaron apropiados. Con todo, más grave resultaba el cargo de que carecía de una doctrina propia. A disipar esa sospecha dedicó el ensayo, comenzando por el punto de partida de sus razonamientos. Éste se cifraba en la pregunta, ¿qué es la filosofía? La diversidad de respuestas posibles mostraba que con esa interrogante terminaba el consenso y aparecía el carácter plural de la disciplina. La verdad quedaba puesta en entredicho, puesto que se desmentían su naturaleza unitaria y sus pretensiones de absoluto. Había, sin embargo, una solución: si el concepto de “verdad” no se ajustaba a lo que ofrecía la realidad, había que redefinirlo. Así lo hizo el propio Gaos, al postular una verdad histórica e incluso personal para substituir a la variante universal e imperecedera. Por ese motivo, en lugar de concluir la falsedad de toda filosofía pretérita, proponía que cada una resultaba igualmente valedera, al menos en el instante de enunciación. Entenderlas dentro de su propio marco temporal, sin olvidar que la reflexión partía del presente, constituía la tarea de su llamada “filosofía de la filosofía”.

Conocedor de la lógica clásica y moderna, quien eso estipulaba estaba al tanto de la paradoja que entrañaban sus premisas: si toda filosofía era personal, ninguno de esos postulados revestía un carácter necesario, sino que encontraban su origen en los misteriosos vuelcos de la mente. Pero lejos de abatirlo, en demostrar el origen biográfico de esas ideas radicaba su principal objetivo, sueño de sueños cuya realización dependía de la habilidad para superar un escollo. Se trataba de la dificultad que muy acertadamente percibió Larroyo y que radicaba en encontrar un punto de intersección entre filosofía y psicología. De hallar una salida dependía nada menos que su doctrina entera, puesto que el método elegido consistía en estudiar su propia personalidad para comprender a los miembros de su gremio y, de ahí, el ramo del saber que entre todos cultivaban. El primer y más evidente problema era el de la inducción, es decir, el acto de inferir reglas generales a partir de un solo caso. Pero aun dejando de lado esa cuestión, quedaba por resolver si el procedimiento resultaba adecuado para develar el origen común y subjetivo de la disciplina. En la respuesta que entonces formuló especulaba que “la Psicología llegaría a Filosofía, si el autoanálisis fuera suficientemente radical hasta los principios”.²⁸ Sólo así podrían converger la finalidad terapéutica, el análisis histórico y una heurística de la filosofía.

²⁸ AJG, 2, exp. 33, f. 35695, 4 de mayo de 1944.

El público lector tuvo oportunidad de conocer los frutos de esas reflexiones, cuando en 1947 Gaos publicó *Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía*, título que reunía los ensayos elaborados desde su llegada al continente. Según sostuvo en las palabras de apertura, el motivo para entregarlos a la imprenta radicaba en la novedad, así como en las controversias que propiciaron en el transcurso de ese tiempo.

El representar [la filosofía de la filosofía] una posición relativamente nueva en los medios filosóficos de lengua española en el momento de aparición de los primeros trabajos —explicó— [...] y el haberse tal posición incorporado a la historia de la filosofía en los países de nuestra lengua aunque sólo fuese por las polémicas a que di lugar y que quizá no hayan terminado, es una de las justificaciones que encuentro para reimprimirlos.²⁹

Sobra decir que el autor de esas líneas no era el único en considerar que los juegos de oposiciones poseían la virtud de poner la disciplina en movimiento. Por el contrario, la creación del Centro de Estudios Filosóficos, desde agosto de 1940, indica que se trataba de una opinión común entre sus coetáneos. Así lo asentó Eduardo García Máynez en un balance, al afirmar que el propósito que dirigió la iniciativa consistía en congregar a “los profesores de materias filosóficas que estuviesen interesados en reunirse periódicamente con sus colegas para leer y discutir, en sesiones de mesa redonda, trabajos sobre temas de filosofía”.³⁰ El éxito de la empresa favoreció que a lo largo de los años su sede fungiera como un marco para el diálogo y el intercambio de ideas. De esa manera, a la vez que se instituían prácticas de cultivo más exigentes y nuevas formas de socialización disciplinaria, también se ponía a disposición de los miembros un foro de pretensiones científicas para cruzar con norma sus armas discursivas.

En vista de los ánimos encontrados que acompañaron su recibimiento, no resulta casual que en 1943 para celebrar el nuevo estatuto del Centro, convertido en Instituto por decreto universitario, se invitara a José Gaos a someter una ponencia. En presencia de Rodolfo Brito Foucher, rector de la Universidad, de Julio Jiménez Rueda, director de la Facultad, y de numerosos profesores y

²⁹ GAOS, “Prólogo a *Filosofía de la filosofía*”, en *Obras completas*. VII. *Filosofía de la filosofía*, pp. 39-40.

³⁰ GARCÍA MÁYNEZ, “Breve historia del Centro”, p. 240. Como parte de ese esfuerzo, también se crearon las revistas *Filosofía y Letras*, y el *Boletín Bibliográfico del Centro de Estudios Filosóficos*.

estudiantes, el expositor leyó un breve y denso texto acerca de “El concepto de la Filosofía”. Que la definición exigida no pudiera aislarse de sus manifestaciones empíricas constituyó el punto de partida de sus elucubraciones ¿Cuál era, en efecto, el común denominador entre los intentos de un Aristóteles, de un Tomás de Aquino o de un Martin Heidegger por dotar al cosmos de sentido? Mucho más que converger en un objeto de estudio, esos esfuerzos compartían un idéntico gesto, consistente en distanciarse del mundo para meditar sobre él. De ahí que el filósofo, caracterizado por una conciencia extremada de su individualidad, estuviera condenado a discrepar de sus colegas y que esa misma presentación no reflejara sino las muy personales ideas del ponente.

Francisco Larroyo, designado a la ocasión comentarista, no tardó en entrar a la carga con una batería de objeciones que se centraban, en lo fundamental, en que la historicidad de la filosofía expresaba su carácter progresivo, en el que poco a poco se concretaban los ideales de la ciencia. Le reprochaba, no sin razón, que disociara de forma tan tajante individuo y comunidad, cuando lo cierto es que uno y otra se condicionan mutuamente. Aunque disentía en algunas cuestiones menores y medianas, Juan David García Bacca terció en el debate sólo para hacer inteligible, mediante diestras paráfrasis, la postura de su compatriota. Por último, Antonio Caso se encargó de sintetizar los principales puntos de discordia, en un ingenioso resumen que se juzgó con sumo agrado. Ese conjunto de elementos conflujo para que García Máynez calificara la sesión como un “gran éxito”. “Sólo quedaron descontentos —precisó— dos o tres genios que hubieran querido ser los primeros en echar su cuarto a espadas”.³¹ Desde las columnas de la prensa, Leopoldo Zea celebró igualmente su desarrollo, si bien lamentaba

que no asistiese el doctor Oswaldo Robles, [...] porque la intención que se persiguió en esta junta fue la de presentar en su triple exposición la idea que sobre la filosofía tienen los representantes de las diversas corrientes filosóficas que se agitan en la actualidad en México: Gaos como exponente de una idea existencialista de la filosofía, Larroyo como exponente de la idea kantiana de la filosofía y Robles como exponente de la idea tomista.³²

³¹ Carta de Eduardo García Máynez a Eduardo Nicol, fechada el 19 de agosto de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 14174.

³² ZEA, “La vida filosófica mexicana en 1943”, p. 9. El comentario de Zea constituía un guiño irónico para quienes conocían los entresijos de la Facultad, dado que el motivo de la reunión respondía a la conformación de un frente unido de todos los profesores en contra de Oswaldo Robles, quien en ese entonces se había apoderado de la Facultad.

De esa forma señalaba a quienes habían logrado erigirse en ejes estructurales del campo filosófico, reconfigurado día con día a partir de lo que Bender y Wellbury llamaron “posicionalidad en la interlocución”, es decir, esa dimensión de la palabra que se caracteriza por sus funciones de persuasión y de reacomodo de fuerzas.³³

Aunque breves, las líneas de Zea resultan instructivas en más de un sentido. En primer lugar, ellas anuncian una práctica que él mismo ejercería de modo recurrente en años sucesivos, a saber, utilizar la pluma para proyectar su propia visión del panorama filosófico como si transmitiera hechos objetivos. Bajo la aparente neutralidad de la crónica, sus artículos se presentaban como una llana descripción, cuando en realidad constituían artilugios prescriptivos. En la medida en que alcanzaban su objetivo, ese conjunto representaba un instrumento eficaz para infundir percepciones y para ir poco a poco modelando el medio a discreción. El segundo elemento digno de nota es el adjetivo “existencialista” que asignó a su maestro, sobre todo si se considera que Gaos nunca se identificó con ese rótulo. Por el contrario, en los numerosos textos que escribió a ese respecto aparece como una constante cierto escepticismo, junto con su consecuente distanciamiento crítico. La asociación se debía, según explicó alguna vez, a un error que con frecuencia alcanzaba al cuerpo docente y que consistía en confundir el contenido expuesto en clase con las ideas profesadas a título personal. Así se entendía que los epítetos de “historicista” y de “existencialista” se imputaran a quienes, como Juan David García Bacca, Luis Recaséns Siches y el autor de esas líneas, atribuían a esos movimientos filosóficos “una significación más radical que hay que superar. Sólo que pensamos —aclaró enseguida— que la superación no puede venir por vía de la *negación*, [...] sino únicamente de *asimilación* de lo que hay en ellas de fundado”.³⁴

Esos propósitos se hicieron presentes en el ensayo “Existencialismo y esencialismo”, aparecido en 1943 entre las cubiertas de la revista *Luminar*. En él hacía un recorrido por la historia de ambas posturas, concluyendo que una y otra, en sus versiones extremas, conducían al absurdo: ni el esencialismo podía prescindir de existentes, ni el existencialismo de esencias. A su juicio, más fructífero resultaba, en cambio, buscar el origen de esa oscilación entre polos opuestos con una “filosofía de la filosofía” que indagara

³³ Cit. en PALTÍ, *La invención de una legitimidad*, p. 40.

³⁴ GAOS, “Cinco años de filosofía en México” (1945), en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 69. Cursivas en el original.

las razones del hombre en su filosofar. Quienes se hicieron de un ejemplar descubrieron que ese artículo “contra el existencialismo” venía acompañado de cinco ensayos y de dos opiniones más por parte de especialistas en el tema.³⁵ Se trataba de un número monográfico que Gaos mismo puso en marcha a título de “director huésped” de la revista. El motivo para publicar ese conjunto, explicaba en la presentación, radicaba en la “gran novedad” que suponía el movimiento, cuyas trompetas resonaban en Alemania, Francia, Estados Unidos y algunos países de Latinoamérica.

Pero ese éxito —añadía a continuación— no es todo él de signo positivo. El del existencialismo es pabellón que encubre equívocos y hasta mercancías fraudulentas. La doctrina o posición, tomada en sus manifestaciones más serias, no es menos problemática que cualquier otra doctrina análoga. Plantear, tratar, resolver estos problemas, despejar aquellos equívocos, denunciar las aludidas mercancías, es empresa filosófica de urgente necesidad para la salubridad pública de la cultura intelectual.³⁶

Con ese ejercicio de saneamiento se proponía, por lo tanto, aportar materiales científicos, de tal modo que el lector se informara sobre el tema. Ahora bien, si por azar alguien se atuvo a ellos para formar un juicio, es muy probable que éste no fuera del todo positivo. Aunque algunos de los ensayistas invitados exaltaban aquello que interpretaron como un retorno al hombre y como una doctrina con potencial liberador, la mayoría profirió una serie de advertencias en contra del nihilismo, irracionalismo y oscurantismo que se promovía desde los bosques de Baviera. De ahí que, más que una introducción, aquellas páginas parecían invitar a una temprana despedida.

Además de constituir un valioso documento sobre el tipo de recepción que mereció el existencialismo en México, el número de la revista muestra la contradictoria actitud que Gaos asumió ante la corriente. Esa discordancia aparece en que si bien objetaba las teorías, llegando incluso a asociarlas con las lógicas totalitarias modernas, también se prestó como uno de sus divulgadores principales. Recordar que a sus labores como traductor se debe la versión castellana de *El ser y el tiempo* bastaría para demostrarlo con creces, pero no fue todo. Como “buen Virgilio”, según lo llamó Edmundo

³⁵ GAOS, “Existencialismo y esencialismo” (1943), en *Obras completas*. VII. *Filosofía de la filosofía*, p. 192. Las comillas aparecen también en el original.

³⁶ GAOS, “Palabras de nuestro director huésped” (1943), en *Obras completas*. X. *De Husserl*, p. 407.

O’Gorman, dos veces por semana y durante más de un lustro condujo a sus oyentes por los laberintos de una de las obras más oscuras escritas en el siglo xx.³⁷ La solidez y sobriedad con que iluminó ese camino determinó que el pensamiento de Heidegger, lejos de suscitar “angustias, desesperaciones y demás síntomas”, representara, en palabras de Zea, “una doctrina filosófica para su análisis y estudio en cátedra”. Así, mientras que “las consecuencias pesimistas de la filosofía existencial han sido rechazadas”, se estimó su antropología de suma utilidad. Ello respondía, refirió el discípulo, a que “la relación Yo-mundo, la misma relación que en Ortega se presentaba como Yo y mi circunstancia, no ha venido sino a reforzar ese interés por el mundo o circunstancia que nos corresponde en forma más inmediata”.³⁸ Se trataba, por consiguiente, de una asimilación selectiva, llevada a cabo en clave mexicanista.

A más de 60 años de distancia, resulta evidente que las elaboraciones de Zea reflejan, no tanto una opinión generalizada, cuanto el sesgo que él mismo imprimió a la lectura. Sin embargo, esa parcialidad casi indisimulada transmite datos no menos relevantes que si en efecto describiera el sentir de sus colegas, dado que revela algunos de los mecanismos empleados para consolidar su lugar en el medio. Éstos consistían en atribuir sus propias concepciones a la totalidad del gremio, mencionando las interpretaciones alternativas o discordantes sólo de pasada y por lo general con un dejo de desprecio. Concluir que la suya constituía la única postura legítima o que el resto no existía resurge como el natural expediente de esos artificios discursivos. Ahora bien, al tiempo que entre líneas ejercitaba la lógica de la exclusión, sin el menor pudor utilizaba también su contraparte, al incluirse como descendiente de tan variados como ilustres progenitores: Dilthey, Husserl y Heidegger por la rama alemana, Ortega y Gasset por la española, y Caso, Vasconcelos y Reyes por la nacional. Con particular destreza hizo extensivo ese procedimiento a sus maestros y contemporáneos, señalando a quienes albergaban ideas afines y, por lo tanto, cultivaban la disciplina con validez. De ahí que por sus páginas nos enteremos de que Ramos y Romano Muñoz procedían de la misma cepa y que Menéndez Samará renegó del neokantismo para adoptar la filosofía existencial. En justa retribución a quien le enseñara que el pasado se juzga por el presente, a José Gaos

³⁷ Carta de Edmundo O’Gorman, fechada el 14 de abril de 1947, AJG, 2, exp. 49, f. 38141.

³⁸ Leopoldo Zea, “La filosofía en México. El existencialismo”, *Revista Mexicana de Cultura* (6 de julio de 1947), p. 4.

hizo el favor de olvidar aquella “filosofía de la filosofía” que tanta perplejidad había causado, prefiriendo erigirlo en “un eslabón más de esa cadena en las que se encuentran enlazadas las obras de Caso y Ramos”.³⁹ El alumno borraba así cualquier rastro de desviación incómoda y lo integraba de lleno en la gran familia mexicana.

No está de más señalar que para difundir sus representaciones del medio entre un público más vasto, Zea contó con un recurso invaluable: los suplementos culturales modernos que desde 1947 comenzaron a circular bajo la dirección de Fernando Benítez. Las páginas de la *Revista Mexicana de Cultura* y, a partir del año siguiente, de *México en la Cultura*, fungieron como una plataforma de gran alcance en que semana a semana informó sobre el estado que guardaban, en su opinión, los estudios filosóficos en el país. Con el título “La filosofía en México”, los artículos publicados pretendían servir como una guía para el lego, pero también para sus pares, a los que de esa forma instruía sobre las coordenadas que ocupaban en su mapa personal. Como parte de ese trazado, no olvidó describir la topografía del campo ni caracterizar las parcelas que se distribuían sobre el terreno. A nadie asombrará descubrir que las que él mismo cultivaba —historicismo, existencialismo y filosofía mexicana— se distinguieran, según su recuento, por una mayor fertilidad y provecho. Nada de ello pasó inadvertido a sus contemporáneos, como lo muestra una nota de Menéndez Samará. Tras hacer un repaso de los episodios que llevaron al enfrentamiento entre los neokantianos y sus opositores, comentaba que estos últimos “desarrollaron grandes actividades publicitarias: reseñando libros, presentando panoramas filosóficos más o menos completos, más o menos penetrantes, más o menos justos, del extranjero y de México. Principalmente es el doctor Zea quien realizó la tarea”.⁴⁰

Aunque es de suponer que, de cara al gran público, José Gaos recibió los beneficios de tan buena prensa, su prestigio al interior de la Facultad dependió de distintos factores. Uno de los principales consistió en identificar su magisterio con la filosofía existencial y en convertirse en intermediario obligado de un bien a la alza en el mercado occidental de las ideas. Así lo sugirió Emilio Uranga, al afirmar que

³⁹ Leopoldo Zea, “La filosofía en México. José Gaos”, *Revista Mexicana de Cultura* (18 de mayo de 1947), p. 4. El conjunto de escritos que se viene reseñando apareció en 1955 como ZEA, *La filosofía en México*.

⁴⁰ Adolfo Menéndez Samará, “Neokantismo y anti-neokantismo”, *Revista Mexicana de Cultura* (15 de agosto de 1948), p. 2.

el existencialismo ha sido entre nosotros, en primer lugar, una manera de hablar de Martin Heidegger. Por mucho tiempo ser existencialista equivalía a ser heideggeriano. El doctor José Gaos ha sido el maestro que, a lo largo de años, se ha dedicado con ejemplar continuidad a comentar “línea por línea”, como le gusta decir, *El Ser y el Tiempo*. De la bondad de este comentario, y de su correspondiente traducción, apenas hay que hablar. Quienes no han asistido a las clases de Gaos se han perdido, dicho sea sin exageración, uno de los eslabones, *sine qua non*, es imposible entender lo que pasa en México relativamente a la filosofía.⁴¹

A reforzar el carácter iniciático de su seminario contribuyó el ejercicio de tan antiguas como eficaces prácticas esotéricas, al reservar los secretos que ahí se revelaban a quienes, con talento y esfuerzo, conquistaban el ingreso. Pero una vez franqueado el umbral, el elegido tenía oportunidad de conocer los misterios de la ontología por voz de a quien se reputaba como “el más notable profesor de filosofía”⁴² en el país. De ahí que el acceso a las ideas de avanzada se hallara supeditado, hasta cierto punto, a ese rito de paso.

Además de prestarle un enclave estratégico entre los muros de la Facultad, el existencialismo fue un poderoso caballo de batalla que Gaos no dudó en utilizar contra algunos de sus detractores. Un ejemplo notable de esas tácticas de combate aparece en un balance de la disciplina publicado en 1945, con motivo del quinto aniversario de la revista *Filosofía y Letras*. Tras repasar los escritos, conferencias y encuentros dignos de nota realizados durante los últimos cinco años, el artículo terminaba con una síntesis de las múltiples corrientes que coexistían en Mascarones. Se trataba de las distintas respuestas que se daban a la circunstancia, como el “personalismo” de Antonio Caso, o de manifestaciones con vocación universal, como el sistema de José Vasconcelos y la “óptica existencial” de Oswaldo Robles, sus líneas se redujeron a ordenar y a exaltar las novedades que se habían sucedido en el medio filosófico mexicano. Sólo hubo una excepción a las reglas de la convivencia pacífica. A diferencia del entusiasmo con que saludó los logros y las ideas de sus colegas, a los miembros del “Círculo de amigos de la filosofía crítica” reservó duras críticas y comentarios mordaces. “El doc-

⁴¹ Emilio Uranga, “Filosofía en México y para México. Dos existencialismos”, *México en la Cultura* (14 de agosto de 1949), p. 3.

⁴² Joaquín [Sánchez] Macgrégor, “Balance de la filosofía en México”, *México en la Cultura* (1 de enero de 1950), p. 7.

tor Larroyo, el licenciado Guillermo Héctor Rodríguez y los numerosos discípulos de ambos —señaló en esas páginas— defienden el neokantismo de Marburgo en forma tan ortodoxa que repele toda innovación y compromiso, no se diga componenda”. Por lo demás, apenas valía la pena transigir, dado que la extinción de la corriente en el resto del mundo demostraba que su insólita supervivencia al oeste del Atlántico respondía, no a su valor intrínseco, sino a causas de “índole histórico-sociológica”. Las leyes evolutivas determinaban, por lo tanto, que los últimos representantes de la especie, a la sazón mexicanos, seguirían por el mismo camino que sus ancestros europeos. No conforme con asentar el carácter caduco de aquella tendencia, sin duda próxima a desaparecer, Gaos llevó todavía más lejos los argumentos darwinistas. “No sé si atreverme a decir —advertía— que lo que cerró [el neokantismo en Europa] fue el existencialismo...”.⁴³ Que otro tanto ocurriría en México surgía como consecuencia inevitable de los principios inherentes a la selección natural.

Es de resaltar que los portavoces de la filosofía existencial no fueron los únicos en desplegar recursos para escalar la pirámide cultural. Por el contrario, si alguna corriente logró armarse con los instrumentos requeridos para alcanzar ese fin, fue la que reunió a los discípulos modernos de Immanuel Kant. La creación del “Círculo de amigos de la filosofía crítica” y de la *Gaceta Filosófica de los Neokantianos de México*, distribuida en forma gratuita, así como sus publicaciones y desempeño en cargos públicos, les valieron una estructura organizativa sin paralelo en nuestro país durante la década de 1940. Tan notoria resultaba esa condición que, tal como precisó en su momento Emilio Uranga, “sólo este grupo da dentro de la Facultad la tónica de lo que crece y progresa. Todos los demás grupos arrastran una vida un tanto anárquica, les faltan dirección y medios, y todos se abandonan, para mal de la filosofía, a las tentativas arbitrarias y desordenadas de los genios personales”.⁴⁴ Esa unidad aparecía con boato en sus intervenciones, al hacerse acompañar de numerosos seguidores que los aclamaban con “estruendosos aplausos, voces, sonrisas y risas”. Esto se debía, aclaró Eusebio Castro, a que “el neokantismo de Rodríguez y de Larroyo había despertado y fomentado, no sólo interés colegial filosófico, sino también el interés de grupo y de política administrativa, docente, en

⁴³ GAOS, “Cinco años de filosofía en México” (1945), en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 68-70.

⁴⁴ Emilio Uranga, “Neokantismo en formación”, *Revista Mexicana de Cultura* (7 de septiembre de 1947), p. 3.

la Facultad, en la Escuela Normal, en la Preparatoria, en la Secretaría de Educación...”.⁴⁵

Aunado a la animadversión que promovió el talante belicoso de sus protagonistas, expresado en abundantes debates y conatos de polémica, es muy posible que a la voluntad de contrarrestar esa privilegiada situación respondiera la virulenta campaña que Samuel Ramos, Leopoldo Zea y algunos otros más emprendieron en su contra.⁴⁶ Una conferencia de Héctor Guillermo Rodríguez, juzgada como tendenciosa y, para despecho de los afectados, dictada ante un público extranjero, fue el incidente catalizador de la contienda. “Rodríguez —sentenció Adolfo Menéndez Samará— sembró vientos y tenía que recoger tempestades”.⁴⁷ La cosecha fue abundante, sobre todo si se considera que durante el año de 1947 las páginas de *El Nacional* constituyeron el espacio donde unos y otros se lanzaron todo tipo de objeciones, réplicas y vituperios. Entre los más coloridos reparos, se acusaba a los neokantianos de anacrónicos, dogmáticos y pendencieros, de faltos de originalidad y de mantenerse ajenos a la circunstancia nacional. Incluso se les reprochó conducir a las jóvenes generaciones por los caminos de la pedantería. El espíritu de aniquilación que impulsaba al principal litigante aparece reflejado en una frase en particular, con la que pretendió borrarlos de un literal plumazo. “Se pueden, sí —afirmó Zea—, encontrar figuras aisladas que aún sostienen el neokantismo, pero [éste] ya no se encuentra en nuestra Universidad”.⁴⁸ Faltaban todavía un par de años para que sus palabras encontraran sustento en la realidad. Sería entonces cuando los filósofos criticistas se retrajeran de la palestra universitaria por haber hallado plataformas distintas de las académicas para seguir actuando. De ello da cuenta una carta de Eduardo Nicol, en la que comentaba: “los neokantianos están ahora ‘en el candelero’ político, por amistad personal con el Presidente de la República: Guillermo Héctor Rodríguez y Francisco

⁴⁵ CASTRO, *Vida y trama filosófica en la U.N.A.M.*, p. 109. Sobre el apoyo oficial que recibieron los neokantianos y su presencia en los medios de enseñanza, véase GRANJA CASTRO, *El neokantismo en México*, pp. 176-183.

⁴⁶ Además del diálogo con Gaos, Larroyo intentó entablar polémicas con José Medina Echavarría, Joaquín Xirau y Francisco Romero. Guillermo Héctor Rodríguez, su compañero de armas, hizo otro tanto con Antonio Caso, Luis Recaséns Siches y Hans Kelsen.

⁴⁷ Adolfo Menéndez Samará, “Neokantismo y anti-neokantismo”, art. cit. La conferencia de Rodríguez tuvo lugar en noviembre de 1947, en el marco de la Segunda Conferencia General de la UNESCO.

⁴⁸ Leopoldo Zea, “La filosofía en México: el neokantismo”, *Revista Mexicana de Cultura* (1 de junio de 1947), p. 3.

Larroyo tienen altos cargos en la Secretaría de Educación, y por ello han abandonado incluso muchas de sus actividades en la Facultad”.⁴⁹ Con ese nada despreciable triunfo, los días de batirse en duelo quedaron atrás.

“La conversación —escribió Gaos una década más tarde— puede elevarse al sumo valor intelectual y educativo del cambio de ideas.”⁵⁰ Las polémicas que entabló durante su etapa inicial en México cumplieron ambas funciones, puesto que lo obligaron, si no a modificar sus planteamientos, al menos a precisarlos y a esclarecerlos. Satisfecho de su fructuosa trayectoria en el país y confiado de su prestigio en el medio filosófico, nada de ello impidió que tiempo después olvidara tanto las virtudes instigadoras como los beneficios recibidos de la controversia. Fue entonces cuando alzó de nuevo su voz contra los adeptos al neokantismo. En su libro *Filosofía mexicana de nuestros días*, publicado en 1953, afirmó que la

impotencia creadora [de los neokantianos] y la *böses Gewissen* de representar un momento, si tan justificado y fecundo en su presente como lo fue, pasado irremisiblemente, parecen corroboradas por la preponderancia a la polémica en la actividad última de la rama mexicana, libros, cursos, ponencias y *Gaceta*, en la que el cuerpo de cada número está constituido por críticas de posiciones ajenas y no por aportaciones positivas.⁵¹

Pese a la reprobación pública, en privado aceptó una mayor afinidad con la postura que había defendido años atrás su primer polemista. “Larroyo —escribió por esos días—, como buen neokantiano, admitía la índole científica de la Filosofía —de la cultura (ciencia, moralidad, arte...) con exclusión de la Metafísica, así que si yo hubiera hablado de ésta y no de la Filosofía en general, las dos posiciones hubieran resultado mucho más cercanas”.⁵² No sólo eso: para 1962 llegó a reconocer que “después de haber dejado tanto tiempo la verdad por la originalidad, ya es lo más original preferir la verdad”.⁵³ Había llegado el momento de dejar atrás el subjetivismo filosófico y de abrir paso a un paradigma científico en filosofía.

⁴⁹ Carta de Eduardo Nicol a José Rolz Bennet, fechada el 20 de febrero de 1949, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 157, f. 14543.

⁵⁰ AJG, 4, exp. 3, f. 61115, 26 de octubre de 1957.

⁵¹ GAOS, “*Filosofía mexicana de nuestros días*”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 70.

⁵² AJG, 2, exp. 33, f. 35659.

⁵³ GAOS, “*Aforística publicada*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 187 [16 de febrero de 1962].

SEGUNDA PARTE
JOSÉ GAOS, TRANSTERRADO

Cada hombre es por lo que hace, pero también por lo que deja de hacer. Y es que al acto se encadenan, como halos de cometas, los universos alternos de lo que pudo ser. Acerca de ese mundo de ideas malogradas, gestos perdidos y palabras silenciadas dejó George Steiner un testimonio contundente. “Un libro no escrito —afirmó— es algo más que un vacío. Acompaña a la obra que uno ha hecho como una sombra irónica y triste. Es una de las vidas que podríamos haber vivido, uno de los viajes que nunca emprendimos. [...] Es el libro que nunca hemos escrito el que podría haber establecido esa diferencia. El que podría habernos permitido fracasar mejor. O tal vez no.”¹ Pese a sus abundantes publicaciones, hubo en la experiencia de José Gaos un libro de esa naturaleza, aquel que nunca escribió y que lo persiguió, en tanto espectro de un sueño interrumpido, durante largos años y hasta su muerte. Se trata de sus llamadas *Jornadas filosóficas*, proyecto en que deseaba plasmar su filosofía en plenitud y coronarse como gran filósofo de su tiempo. Nunca lo concluyó, por lo que la herida permaneció abierta, fungiendo como recordatorio indeleble de esperanzas frustradas. Más que un tropiezo en la creación, para sus lectores póstumos esas páginas encierran una clave heurística de su pensamiento, dado que concentran, como bien advirtió Fernando Salmerón, “nada menos que un momento de gestación, en parte incluso de planeación, de toda la obra de madurez”.²

Quienes se inclinen por la arqueología intelectual descubrirán con placer que el proyecto cuenta con su debida acta de nacimiento que es también un acta de defunción: 26 de diciembre de 1935. Antes de esa fecha, los temas y problemas que erigiría en objeto de estudio representaban, a lo sumo, una nebulosa de intuiciones imprecisas. Ese día, en la celebración de su trigésimo quinto aniversario, Gaos escribió una página enigmática: “El autor de este libro y yo nos hicimos amigos al encontrarnos un día homónimos

¹ STEINER, *Los libros que nunca he escrito*, p. 11.

² SALMERÓN, *Jornadas filosóficas*, p. 12.

de nombre y apellido. Al morir mi amigo me encargó de sucederle, al menos por el momento, en su cátedra, y de publicar este libro: ‘en él resumo con mi filosofía mi vida’, me dice en su carta-testamento hológrafo”. El preámbulo continúa con una sucinta nota necrológica: “José Gaos nació el 26 de diciembre de 1900 y murió voluntariamente el mismo día de 1935. Era catedrático de Introducción a la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid”. Sin necesidad de recurrir a desagradables necropsias, el prólogo del libro apunta hacia las causas de muerte:

Este libro pretende ser un libro de filosofía. Él mismo pretende demostrar que en filosofía no se puede pasar de pretensiones... También pretende demostrar qué solos motivos puede haber y ha habido y hay de hecho para escribir de filosofía, y en general para filosofar. Pues bien, con arreglo a estos motivos, los del presente libro son los que siguen:

El primero de todos, intentar satisfacer la soberbia del autor, tratando de probar su superioridad sobre los demás hombres por el procedimiento de convencerles de las ideas expuestas hasta ponerlas ellos por obra [...].

El segundo motivo es la esperanza de que el éxito del primero sea un medio —económico— de satisfacer esta lujuria del autor.

Tercer motivo. Una cosa más que el libro pretende demostrar es que la filosofía es uno de los poderes contra los que se hallan en lucha grupos sociales de quienes es solidario el autor. Este pretende enardecer y dirigir a estos grupos a luchar contra la filosofía.

Finalmente: el libro pretende demostrar que la situación actual de los aludidos poderes y grupos es la causa de la esterilidad y parálisis que padece en este momento la vida de determinados grupos e individuos, entre los cuales se cuenta el autor. Este pretende iniciar por su parte la ofensiva contra tal situación y la cura de la esterilidad y parálisis consecuentes —y contribuir a la par a la ofensiva y a la cura generales.³

De la obra anunciada sólo subsiste poco más que las líneas recién citadas que, colocadas entre el equipaje que trajo consigo a América y conservadas a lo largo de los años, entrañaban un enorme valor para el autor. Pese a su relativa brevedad, en la trama que describen aparece, como en novela de enredos, una traición y un intento de venganza: Gaos, el héroe de la historia, recibe un golpe mortal, al percibir que la filosofía lo ha burlado con

³ AJG, I, exp. 13, ff. 1792-1793.

falsas apariencias. Llena de perfidia, lo llevó a creer que en su alma resguardaba el conocimiento universal cuando, en realidad, su nombre era sinónimo de ideología. Tras descubrir el engaño, el desilusionado joven decide buscar resarcimiento, denunciando los arteros manejos de que fue víctima. Su libro aseguraría que nadie más se viera atrapado por verdades apócrifas o inexistentes.

Enmarcado en el dolor y en la furia, ese relato señala un momento de crisis profunda: una crisis de racionalidad, común a los pensadores de la primera posguerra, y una crisis vital, desatada por el vínculo indisoluble que el protagonista estableció entre vivir y filosofar. Aunque nada precisó entonces, años después aclaró que ese conflicto interno provino de su especial relación con aquella disciplina, fundada, según se dice, por Tales de Mileto. La lógica del cambio determinó que durante sus años como estudiante y profesor en la península española hubiera sido testigo de una sucesión de doctrinas y corrientes, erigidas una a una como la filosofía del momento. Ello respondió en buena medida a la exigencia de “europeizar” España, en el sentido de subsanar el atraso general que la mantenía en los márgenes de la Historia. O al menos eso se pensaba desde los bastiones de la intelectualidad. “Ponerse al día” representó, por consiguiente, la consigna de renovación, seguida tan al pie de la letra que antes de estallar la Guerra Civil, escribió con orgullo Julián Marías, “nuestro país [...] era probablemente el menos ‘provinciano’ de Europa”.⁴

El progreso, sin embargo, cobra sus víctimas, apresadas entre las ruedas de una marcha arrolladora. Entre ellas se situó el propio Gaos, quien, desde el ámbito de la filosofía, intentó seguir su ritmo hasta quedarse sin aliento. Ese proceso se inició con la lectura de textos pedagógico escolásticos, si bien sus estudios en Valencia lo llevaron a entregarse por completo al neokantismo, movimiento que ya desde entonces perdía ímpetu en el continente. Muy pronto lo sustituyó la fenomenología, primero en la variante de Edmund Husserl y más tarde en la de Max Scheler. La tragedia se transformó en comedia cuando, un lustro después, el edificio fenomenológico se vio remplazado por construcciones de tipo historicista y existencialista. Nada de particular tendría aquella procesión de ideas, condición misma de renovación filosófica, de no ser porque Gaos, en lugar de colocarse como mero espectador, había amarrado su destino al de aquellas glorias fugaces. De ahí que experimentara la caducidad de cada una como un pe-

⁴ MARIAS, *Una vida presente*, p. 130.

queño absceso, sufrido en carne propia. Sólo advirtió que esos dolores eran síntomas de un mal mayor, al observar que el relativismo, como células cancerígenas, se iba apoderando de su sistema. Ahora bien, si es exacto que del escéptico al apático la distancia es muy corta, es posible entender por qué identificó a la filosofía como causa primaria de esterilidad y parálisis.⁵

En el origen de ese malestar, diagnosticó José Gaos, se encontraba el historicismo, que definió por esos días como “el escepticismo en materia de metafísica que se funda en el tropo de la discordancia de opiniones que parece ser la historia de la filosofía hasta el presente y que en consecuencia propone para en adelante la abstención de toda insistencia en la especulación metafísica”.⁶ Reflejo de la incertidumbre contemporánea, ese *ismo* expresaba un fracaso y un error: el fracaso de una empresa en común, tendiente a determinar los primeros principios, las causas últimas y, en general, el conocimiento unitario de todas las cosas; el error de creer que una síntesis total y definitiva del universo era posible. Siendo así, ¿valía la pena consagrarse a su cultivo? La pregunta cobraba redoblada pertinencia al considerar el ejercicio y condiciones propias de la profesión filosófica. A tono con los tiempos nuevos, él mismo había asumido las prácticas y exigencias materiales que imponía la actividad intelectual, en su vertiente moderna. Entre éstas se contaban el confinamiento en espacios solitarios donde la reflexión y la palabra impresa se presentaban como única compañía. Se trataba, en breve, del día a día que compone la “vida en abstracción”, ese retirarse del mundo para meditar, a la distancia, sobre su naturaleza y devenir.

Hacía muchos años que el joven profesor había comenzado a resentir el descontento que resultaba de ese *modus vivendi*. En sus cartas a Antonio Moxó, gran amigo de juventud, más de una vez expresó su amargura ante una profesión que obligaba a renunciar a gustos y placeres mundanos. En alguna oportunidad contrastó la vida, concebida como “una voluntad de vivir, una afirmación de sí misma, inmanencia esencial”, con el filósofo y su elucubrar, tan ajenos al correr de los días. En esas circunstancias, inquiría, “¿cómo no han de aparecer cuales ser y operación antivitales, insatisfechas

⁵ Hans Blumenberg supo captar el fondo del problema, al afirmar que “lo peor de la experiencia del cambio de fases es que va contra la totalidad y su historia. Alimenta la sospecha de que los medios de presión de los espíritus de la época han sido siempre tan pobres como lo son el propio ámbito espacio-temporal de experiencia”, véase BLUMENBERG, *La posibilidad de comprenderse*, p. 24.

⁶ Carta a José Ortega y Gasset, fechada en Madrid el 5 de septiembre de 1935, FJOG, C-120-4, f. 8.

por sí mismas, insuficientes a sí mismas? Un temperamento sensual y sentimental repelerá la actividad intelectual”.⁷ Quienes lo conocieron de cerca saben que, pese al aspecto sobrio y austero que ostentan sus retratos, era el suyo, justamente, uno de esos temperamentos inclinados hacia la sensualidad y al sentimentalismo, tan ávido de estímulos que llegaba a convertirse en esclavo de los sentidos. Lejos de matizarse con la edad, esas notas de carácter se fueron acentuando, haciendo de la *vita contemplativa* un peso cada vez más difícil de sobrellevar. Por ello, al hablar del origen de su desasosiego, explicó tiempo después,

el motivo era que la vida filosófica no admitía cosas de la vida, de la vida no filosófica, que se presentaban atractivamente deleitosas. Ni siquiera admitía, la vida filosófica, cosas atractivamente deleitosas de la vida intelectual. De muchacho me había apasionado leer literatura —la vida filosófica no tenía hueco para leer.⁸

Una vez admitido que la filosofía no conducía a la verdad universal ni a la satisfacción personal, Gaos llegó al extremo de despojarla de cualquier valor social. Su dictamen armonizaba con el de aquellos pensadores que habían decretado, desde la llamada “Gran Guerra”, la muerte de la razón o, cuanto menos, su insuficiencia para regular la vida individual, por no mencionar la convivencia entre los pueblos. En los albores del conflicto que enfrentaría a las dos Españas, había advertido la utilización de las ideas con fines ideológicos, gesto que el totalitarismo europeo no dejó de confirmar. El desarrollo de la lucha en su tierra natal, continuada con ese terrible y largo epílogo que fue la conflagración bélica desatada en 1939, no hizo sino ratificar sus peores temores. En ese contexto, escribió, “las cuestiones de la vida humana actual han llegado a reducirse a una tremenda cuestión principal social-política, en estos instantes bélica y en inminencia de creciente belicidad”. Ante esos hechos, agregó en lapidaria inferencia,

la filosofía no parece poder hacer nada en esta cuestión. Ni siquiera tener que ver con ella. La mera inoperancia de una cosa para las dificultades y cuestiones de la vida, no ya la extrañeza a ellas, es motivo para estimar que la cosa no vale la pena —menos que nada para dedicarle la vida precisamente...⁹

⁷ Carta a Antonio Moxó, fechada el 7 de agosto de 1923, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 44.

⁸ AJG, I, exp. 51, f. 9985, abril de 1943.

⁹ *Ibid.*, exp. 36, f. 5685, 17 de agosto de 1941.

La triple decepción —doctrinaria, vital e histórica— queda así expuesta en sus principales puntos, si bien Gaos no alcanzó a precisarlos sino con el paso del tiempo. En 1935, año en que reconoció las causas de esa enfermedad, todo se reduce a la enunciación más o menos ambigua de una profunda desazón. Las claves del diagnóstico y de la cura, sin embargo, ya no variarían en lo sucesivo, al menos en lo esencial. No resulta casual, por lo demás, que el acto de identificar su origen coincidiera con su natalicio, fecha en que año con año acometía detenidos exámenes sobre su vida. Sorprende, en cambio, que en vez de encontrar la cura en un viraje de rumbo, optara por emprender la ofensiva con las armas del enemigo: sin renunciar a la filosofía, se preparó para combatirla; sin deponer la razón, su objetivo radicaba en exponer la sinrazón que en aquella se oculta. En cierto sentido, el programa consistía en ir más allá de Kant para demostrar que la disciplina carecía de cualquier fundamento objetivo y que, de haber alguno, residía en el individuo pensante. La radicalidad del intento se expresaba en que de esta nueva revolución copernicana no surgiría ningún sujeto trascendental en tanto aval de un conocimiento certero, sino tan sólo verdades parceladas y sin valor universal. Cuando por fin quedara en claro que los axiomas filosóficos constituían meras “pretensiones” inspiradas en la soberbia de su autor, entonces perecería el afán de cultivarla y, cumplida la venganza, esa rama del saber llegaría a su fin. Al igual que en las antiguas prácticas conspirativas, socavar y destruir desde adentro se presentaba como la táctica de este joven estratega.

El anuncio de su fallecimiento o, para ser más exactos, de su suicidio simbólico, delata la violencia con que Gaos experimentó la crisis de su vocación filosófica y que aparecerá, con el nombre de decepción, como un tópico recurrente en su obra posterior. Con ese acto de mortificación introdujo una línea divisoria en su trayectoria intelectual, punto que marca el final de sus ilusiones universalistas y el comienzo de su particular escepticismo. Sin embargo, al despojarse del viejo hombre y revestirse del nuevo, en consonancia con lo que san Pablo aconsejó a los Colosenses, quien así resurgía encontró una orientación igualmente nueva para su vida. Tamaña ruptura no se produjo sin residuos, dado que no logró erradicar ciertas ideas y herramientas oriundas de su antiguo ser. Unas y otras le impidieron, en cierto sentido, deslindarse de la metafísica para concebir una filosofía auténticamente distinta. Pero sobre esos restos prevalece el hecho de que a partir de entonces inició un extraño proceso de distanciamiento respecto a sí mismo, reflejado en el intento por transformarse en su propio objeto de estudio y por deletrear su experiencia con el alfabeto filosófico. Sus últimas

palabras de agonía, “hacer de mi vida mi filosofía”, dan cuenta de esa voluntad. Desde ese momento se abocaría a trazar, en un camino de ida y vuelta, la ruta que llevaba de la biografía a la historia y de la confesión personal a una teoría general sobre el hombre.

De aquel Gaos nacido de la fractura quedan pocos rastros en los años inmediatos. Algunas notas conservadas de su cátedra en España indican que el proyecto seguía vigente, madurando lentamente en las aguas oscuras de su intelecto. Se sabe, por ejemplo, que entre los cursos que impartió en la Universidad de Santander hubo uno titulado “Filosofía y Autobiografía” y que, incluso en tiempos de guerra, aleccionó a sus alumnos acerca del sustrato personal que sostiene a la disciplina. No obstante, las circunstancias no permitieron que sus reflexiones terminaran de sedimentarse por sí mismas. El estallido de una bomba en la Universidad de Valencia, del que resultó indemne por un milagro de la física, fue quizás el detonante que lo llevó a reemprender la composición de esa obra, concebida como testamento de una vida dedicada al pensamiento. Así lo dejó asentado en un borrador que preparó por esos días:

Si muriera antes de haber acabado de escribir este libro, me consideraría desde ahora un fracasado en una parte importante de mí mismo. Como la muerte nos amenaza con multiplicada inminencia a los que nos encontramos estos días en la llamada España republicana, me pongo a escribirlo con urgencia de terminarlo. [...] No me resigno a no dejar siquiera este libro, no me resigno porque soy soberbio, esto es, obstinado en la realización del ser que he querido mío por afán de superioridad sobre los demás y hasta de dominación de ellos.¹⁰

Que la escritura aparezca vinculada una y otra vez a la muerte resulta natural, si se piensa, como lo hace Michel de Certeau, que la “problemática escrituraria [está] ligada a la capacidad de no perder nada del tiempo que pasa, de contarlo y acumularlo, de hacer rentable lo adquirido para hacer del capital el sustituto de la inmortalidad”.¹¹ La perspectiva de perecer, no ya sólo simbólica sino físicamente, mostró a Gaos la necesidad de dejar en blanco y negro una prueba de valía que perdurara más allá de sus cenizas. Tanto mayor era su apremio, cuanto que, en su opinión, “la definición de un hombre no puede ser más que póstuma”. Ello se debía, explicó en clave heideggeriana, a que “lo que es un hombre nunca es sino meramente pro-

¹⁰ AJG, 2, exp. 1, f. 30089.

¹¹ CERTEAU, *La invención de lo cotidiano*, p. 214.

visional [...]. El hombre tiene constantemente posibilidad de ser a partir de un momento cosa distinta de la que sea en este momento”.¹² Con la muerte, por lo tanto, se sellaba su destino. En vista del peligro que amenazaba su vida, se trataba tal vez de la última oportunidad para adquirir los rasgos por los que deseaba ser recordado. Para lograrlo, sus acciones debían dirigirse hacia el cumplimiento de su anhelo, es decir, figurar en los anales de la historia con el título de filósofo. “Así, yo —declaró—, que en este momento no soy más que un profesor de filosofía, quisiera desde hace mucho tiempo ser un filósofo. Para realizar este mi ser, me pongo a escribir estas hojas. Porque la filosofía ha de consistir en escribir —y porque mi filosofía ha de consistir en lo que voy a escribir.”¹³

Del contenido de esa doctrina sólo se conservan algunos indicios. Es de suponer que consistiera en un estudio sobre “el saber histórico de la filosofía o la idea de la filosofía” a lo largo de los siglos, cuidando, sin embargo, de anclarlo en la perspectiva del sujeto.¹⁴ En razón de su objeto —la realidad— y de su método —conceptuar las contradicciones—, por ese entonces concibió su postura como un “realismo dialéctico”, muy cercano al materialismo de idéntico apellido. Con esta corriente coincidía, además, en su carácter normativo, si bien confirió a la teoría una mayor capacidad para transformar el medio en comparación a sus parientes marxistas. A semejanza de Ludwig Feuerbach, Gaos expresó sus principales ideas bajo la forma de tesis: “1] La vida intelectual debe reintegrarse en la concreta. 2] La filosofía debe promover hacia la vida pública. 3] La vida pública debe restaurar y universalizar la vida privada educando a los hombres para la distinción entre instituciones e impulsos. 4] Debemos aceptar, no sólo padecer, nuestra finitud”.¹⁵

Aunque no de manera expresa, esos lineamientos subyacen en la siguiente etapa del proyecto, cuando su autor optó por un estudio que presentara la situación del hombre contemporáneo, empezando por sí mismo, para a continuación insertarlo en el vasto cuadro de la filosofía occidental. En virtud de la meticulosidad de este moderno Fausto, el inicio de esa etapa quedó debidamente identificado con una fecha inscrita al margen: 17 de mayo de 1938.

Acabo de tener la siguiente serie de ideas —anoté ese día entusiasmado— que me parece muy importante para informar mi labor futura. Esforzándome por

¹² AJG, I, exp. 13, f. 1840b. Cursivas en el original.

¹³ *Ibid.*, f. 1835.

¹⁴ *Ibid.*, f. 1802.

¹⁵ *Ibid.*, f. 1823. La numeración es mía.

precisar, por debajo de las cuestiones formales, la verdadera cuestión de la filosofía, qué actividad es ésta, qué valor tiene, veo que es una cuestión de ética de la vida intelectual. Y se me ocurre que la mejor manera de tratarla no es teóricamente, sino biográfica e históricamente.¹⁶

En términos estrictos, en este punto comienzan a gestarse verdaderamente las *Jornadas filosóficas*, puesto que en esas líneas aparecen los elementos esenciales de lo que más tarde intentaría desarrollar en México. Si la magnitud de la empresa no lo amedrentó, desde entonces se hicieron evidentes algunos de los problemas estructurales que entrañaba esa magna construcción. ¿Qué género elegir, el diario, la novela, el tratado o el ensayo? ¿Cuál sería el estilo de expresión más apropiado? ¿Por dónde comenzar, en el presente o en el pasado? Quien se planteaba esas interrogantes no tuvo tiempo para dilatarse en formalismos, dado que unas semanas más tarde emprendió, sin saberlo todavía a ciencia cierta, el camino del destierro. En ese sentido, La Casa de España representó un auténtico refugio para cumplir con lo que él consideraba su destino, aquel que lo llamó a cubrirse con los hábitos del filósofo.

En una obra publicada en 1947, José Gaos escribió: “México salvó la vida, la vida intelectual, que para el intelectual es la vida pura y simplemente, de los numerosos intelectuales españoles que se sabe”.¹⁷ No cabe duda de que al menos así sucedió en su caso, al establecer un vínculo equívoco pero indisoluble entre intelectualidad y vida. Apenas transcurrida una década desde su arribo, su figura era ya reconocida en el medio cultural mexicano, a lo cual contribuyó tanto su labor excepcional como la apertura con que se le acogió en el país. La generosidad de sus anfitriones se amplifica al recordar que en 1938, año de su llegada, todavía no contaba con pruebas tangibles de su capacidad creadora, endosadas con la firma de editoriales de prestigio. Consciente de este hecho, en su *curriculum vitae* se apresuró en señalar la existencia de un par de escritos publicados —*La crítica del psicologismo en Husserl* y *La filosofía de Maimónides*—, así como la desaparición de otros tantos más bajo los escombros que dejó la guerra.¹⁸ Hubo que

¹⁶ AJG, 2, exp. 37, f. 36204.

¹⁷ GAOS, “Prólogo a *Filosofía de la filosofía*”, en *Obras completas*. VII. *Filosofía de la filosofía*, p. 40.

¹⁸ AHCM, *Casa de España*, c. 7, exp. 19, f. 1. Los títulos de esos trabajos inéditos rezan como a continuación: *Teoría y Crítica de la Fenomenología*, *La obra de José Ortega y Gasset*, *Comentario a las Investigaciones Lógicas y Didáctica de la Filosofía*.

confiar en su palabra, puesto que poco o nada podía ostentar ante los ojos de algún escéptico. Su alto cargo al frente de la Universidad Central de Madrid, sus trabajos de traducción y su cercanía a José Ortega y Gasset resultaron, empero, méritos suficientes para que se le recibiera como a un enviado de Atenas.

Gaos no desaprovechó las invitaciones que se le extendieron para mostrar su amplio conocimiento filosófico y sus dotes como orador. Cada una de sus intervenciones, ya fuera que la pronunciara en Morelia, en Guanajuato, en Monterrey, en Saltillo o en la capital, fue anunciada y aplaudida con puntualidad. La celebridad adquirida por medio de la expresión oral alcanzó tales alturas que Pedro Salinas, en una fecha tan temprana como 1939, comparó la presencia de su compatriota en México a la de Bergson en París y a la de Ortega en Buenos Aires.¹⁹ Para redondear su éxito faltaba, sin embargo, el libro que viniera a respaldar por escrito su reconocida solvencia intelectual. Así lo pensaba el ya famoso conferenciante, quien en secreto se batía por dar forma a una obra monumental, aquella que, concebida en la Vieja España, lo haría triunfar en la Nueva. Confiado de sus fuerzas, ni bien desembarcó en nuestro país anunció a la prensa la próxima aparición de un importante tratado, pero seguía transcurriendo el tiempo sin que las librerías pudieran ofrecer esa novedad a los lectores. En algunas cartas a Alfonso Reyes explicó que el retraso respondía a que los cursos y conferencias impartidos desde su arribo habían supuesto “un trabajo muy superior al previsto” y que los artículos y otros compromisos adquiridos previamente le impidieron avanzar en el proyecto.²⁰ Impenitente, en la “Nota preliminar” que abre *Dos ideas de la filosofía* refrendó de nuevo su promesa, al afirmar que parte de los textos ahí reunidos “fueron a su vez el resumen de un libro que publicará La Casa de España en México”.²¹

No tardó en arrepentirse de sus palabras. Al menos así lo sugieren algunas notas que redactó unas semanas más tarde, como las que corresponden al 8 de junio de 1940. “Heme aquí, pues —se lamentaba entonces—, forzado por mi profesión de profesor de filosofía, por el simple hecho de haber concluido en días pasados un cierto compromiso con el público, y en

¹⁹ Carta de Pedro Salinas a Jorge Guillén, fechada el 26 de septiembre de 1939, en SALINAS y GUILLÉN, *Correspondencia*, p. 206.

²⁰ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 1 de mayo de 1940, en GAOS *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 218.

²¹ José Gaos y Francisco Larroyo, “*Dos ideas de la Filosofía*”, en GAOS, *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 47, n. 1.

mi caso también con el Estado, a publicar un libro de filosofía, el libro de mi filosofía”.²² El problema —nada simple— radicaba en que tal doctrina, la propia, todavía no encontraba su camino, pese a que pugnaba por salir de los páramos desiertos del no-ser. Ni la modestia de evitar conceptuarse como filósofo lo liberaría de esa exigencia, dado que “ser profesor de filosofía significa hoy, no solamente enseñar filosofía, sino también y casi más, ser publicista filosófico”. Las leyes profesionales dictaban, por consiguiente, poseer un mínimo de ideas originales que justificara poner en movimiento las pesadas ruedas de la imprenta y contribuir con un nuevo volumen al saturado mercado editorial. De no llegar a tenerlas y dejarlas por escrito —pensaba— “daré muestras de querer y no poder, y de falta de palabra y de formalidad. Cometeré una falta y padeceré una humillación”. Mientras sus elevados escrúpulos lo empujaban a llenar con letra fina un buen número de páginas, su soberbia le imponía que no fuera con cualquier cosa. Ello se debía a que en su fuero interno atesoraba la ilusión “de una reforma de la filosofía por mi parte”, misma que le permitiría superar su temprana decepción filosófica y, a la vez, responder a las expectativas que sobre él pesaban.²³ Todo esto por no hablar de otras esperanzas que resguardaba y que consistían en encontrar un lugar en el ciclo de las generaciones y, no tan de paso, también la gloria postrera. Tales fueron los ambiciosos objetivos con que emprendió sus *Jornadas filosóficas*, título que encuadraba ese magno libro de expiación, y que, advertía retador, “darán la medida de mí”.²⁴

En la vehemencia con que se entregó durante largos meses a la escritura de esa obra puede leerse un nuevo desafío a la muerte, concebida, en esta ocasión, en términos morales. Con toda honestidad, sus reflexiones lo condujeron a considerar que “no puedo publicar un libro de filosofía puramente, estrictamente doctrinal, porque no he llegado a tener una doctrina filosófica, una filosofía”. “Tengo que hacérmela” fue su consecuente resolución.²⁵ En el esfuerzo por alcanzar el cometido, en ese tiempo su existencia se convirtió, como la del personaje de Luigi Pirandello, en la del filósofo en busca de una filosofía. No la encontró, al menos desde su propia perspectiva, aunque reconoció que contaba con una serie de ideas relativas a la disciplina y, más importante aún, con la experiencia de un estudio prolon-

²² AJG, 1, exp. 101, f. 20321.

²³ *Ibid.*, exp. 42, ff. 7217 y 7207.

²⁴ Carta a Francisco Romero, fechada el 15 de febrero de 1939, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 182.

²⁵ AJG, 1, exp. 42, f. 7217; y 2, exp. 36, f. 36107, 1 de diciembre de 1941.

gado, primero como estudiante y más tarde como profesor. Estaba en condiciones, por lo tanto, de ofrecer por contenido la nada despreciable cifra de 20 años dedicados al cultivo de esa rama del saber. Es en este punto, no obstante, donde su mente realizó un arriesgado giro: “Si me han pasado tales cosas, es porque soy uno de tantos profesionales de la filosofía en la actualidad [...] y tales cosas son comunes, generales a la filosofía a lo largo de su historia, por su esencia... Esta trascendencia a mi persona de las cosas que me han pasado da a éstas una validez y un interés generales, universales, justificativos de la publicación...”²⁶ Por espejismo de su propia ambición, su existencia se convirtió en *exemplar* y en *exemplum* de la vida contemporánea, es decir, a la vez un modelo y un conjunto que hace inteligible un contexto problemático, según las definiciones que propuso Giorgio Agamben.²⁷

Convencido del carácter universal de sus vivencias, Gaos vertió sus hábitos, costumbres y circunstancias en el caldero de la filosofía, sin temor de que la magia no surtiera efecto y resurgieran como un sencillo testimonio. A semejanza de un Nietzsche o de un Dilthey que transformaron su experiencia, ya fuera en aventura existencial o en ejercicio de formación, también él fue transfigurando la suya en materia filosófica. Aciertos y equívocos, anécdotas y momentos de crisis, ocurrencias e ideas de mayor alcance se mezclan en su manuscrito con la finalidad de mostrar la carnalidad —la naturaleza empírica e histórica— del pensamiento. No resulta casual que eligiera el registro cotidiano en tanto armazón de su proyecto, dado que en los diarios, a diferencia de otros géneros, pareciera como si la vida surgiera desnuda y sin intermediarios. En este sentido, esos cuadernos representan la lucha por conciliar existencia y obra, a veces con la serenidad del estratega y en otras con la violencia de una verdadera batalla campal. No hay una sola anotación en esa especie de bitácora filosófica que no exponga su sustrato concreto en la fecha y lugar inscritos al margen. Más que un botón de muestra, puesto que expone la tónica general que seguirían sus meditaciones, es la entrada correspondiente al 8 de enero de 1940 con la que abren las *Jornadas*: “El día 1 por la noche estuve en casa de Pedroso. Repasando la biblioteca encontré el *Journal* de Gide editado por La Pléiade. [...] El libro me sugirió la idea de llevar un diario”.²⁸ De esta forma se in-

²⁶ AJG, I, exp. 36, f. 5688.

²⁷ AGAMBEN, *Signatura rerum*, p. 24.

²⁸ AJG, I, exp. 100, f. 19986.

troducía en lo que René Girard identificó como una doble corriente: la que desde el siglo XIX, siguiendo las huellas de Jean-Jacques Rousseau, cedió a “la exaltación del sentimiento y [a] la moda de las confesiones”, así como aquella otra que, fundada en la ciencia, pretendía acceder al conocimiento del hombre a partir de su observación atenta.²⁹ En este sentido, las páginas que Gaos fue redactando sirvieron como una lente de aumento en que los rasgos de su espécimen —él mismo— proporcionaban, en realidad, datos sobre la especie.

Aunado al romanticismo y cientismo decimonónicos, hubo otra tradición, más moderna, que intervino igualmente en la decisión de tallar las concavidades de su vida en un diario. Se trata del psicoanálisis, herramienta que consideró indispensable para establecer una psicología del filósofo, tal como estipulaba su proyecto. No está de más recordar que, a fin de cuentas, en él deseaba develar el rostro del sujeto tras la máscara de la objetividad y, con ayuda del método que fundó Sigmund Freud, lograría que sus hallazgos quedaran revestidos de un valor más general. De ahí que en su dietario filosófico, puntual expediente de sus sesiones, desempeñara simultáneamente los papeles de médico y de paciente. Con ese desdoblamiento, su propósito consistía en comprender, a través del diálogo consigo mismo, los engranajes de su propia conciencia y, por extensión, los de sus compañeros de gremio. La lógica de ese procedimiento permitió que, al descubrir la soberbia y el afán de superioridad como motores de su filosofar, extrapolara una y otra para erigirlas en esencia de todo acto semejante. La posibilidad de “potenciar en ciencia la psicología de la vida cotidiana” no representaba, sin embargo, la única ni principal ventaja de las prácticas psicoanalíticas. De mayor relevancia resultaban sus virtudes terapéuticas, conducentes a alcanzar una “higiene mental”, de preferencia lo más aséptica posible. En ese aspecto coincidía con la filosofía que este purificador de las ideas definió como un “higiénico autoanálisis histórico”.³⁰ Despojada de sus telarañas de abstracción, la disciplina resurgiría revitalizada en un sentido literal, esto es, puesta nuevamente en movimiento por obra de ese casi divino soplo de vida.

Confesionario, expediente médico y laboratorio, el diario de Gaos fue también una guía de navegación en la que consignó múltiples rutas y travesías. En ella evaluó el oleaje y las corrientes submarinas que hicieron

²⁹ GIRARD, “El diario como género literario”, p. 32.

³⁰ AJG, 1, exp. 42B, f. 7515; y 2, exp. 33, f. 35703.

converger su camino con el de la humanidad. Tan cercanos le parecieron uno y otro que bastaba con precisar el primero para determinar el segundo. Ésa fue la tarea a la que se entregó este experto marino, delineando su itinerario con el fin de mostrar los puntos de intersección que hacían de su recorrido un periplo común a sus contemporáneos. Había pues que establecer esa trayectoria intelectual. ¿Dónde había comenzado? Si se considera que todo empezó con aquella búsqueda por el sentido íntimo de la filosofía, entonces la fecha corresponde a 1933, año en que impartió en la Universidad de Madrid un curso sobre “Lógica y Didáctica de las Ciencias del Espíritu” y otro más titulado “Introducción a la Filosofía”. La naturaleza de esas asignaturas lo obligó a acometer una clasificación de las ciencias hoy llamadas “humanas” y sus métodos de enseñanza, así como a enfrentar la tan fundamental como intrincada pregunta ¿qué es filosofía? Con ella, dan inicio los devaneos que culminaron en crisis. Pero bien pensado —reflexionó— de no haber experimentado la vocación filosófica y hecho de ella su profesión, nada de eso hubiera ocurrido. Era necesario, en consecuencia, retroceder en el tiempo y rastrear el momento exacto de su encuentro con la disciplina que, sin mayor esfuerzo, situó en la primavera de 1915. Fue entonces cuando leyó de un tirón su primer libro de filosofía, libro que, según recordaba, logró apasionarlo y conquistarlo. Sin embargo, ¿así había iniciado realmente la historia? ¿No era menester resguardar cierta predisposición, intrínseca o educativa, para sucumbir al encanto de ese tipo de saber? De ser así, el punto de arranque se encontraba en sus años de niñez, con el desarrollo de su personalidad bajo el ojo vigilante de sus abuelos maternos. Aunque quizás hubiera que ir todavía más atrás para averiguar qué parte respondía a una herencia biológica y a los efectos de la cultura. Y así sucesivamente.

Por fortuna, Gaos no se sintió obligado de retrotraer su experiencia hasta los días arcanos del diluvio universal, contentándose con constreñir el tratado a los límites de su existencia. Éstos se extendían más allá de la hora en que llegó al mundo, dado que su proyecto suponía un análisis de las obras maestras de la filosofía, abordadas como fragmentos formativos e informativos de su propia trayectoria intelectual. Las *Jornadas filosóficas* se confundieron así con un compendio de la historia occidental desde la Antigüedad y hasta sus días, culminando en él mismo. En vista de la magnitud de la obra programada, ésta tendría que dividirse en varios tomos. El primero estaría consagrado al estudio de la vocación filosófica, mientras que el segundo, en dos volúmenes, se dedicaría a la profesión. A ellos se suma-

rían los tomos que fuesen necesarios, escritos al filo del tiempo que corría y hasta abarcar, íntegramente, su pasado, su presente y su futuro. Sólo con la muerte se cerrarían las páginas de ése, su *libro único*.³¹

Si el deber profesional le impuso la obligación de componer una obra y una cierta megalomanía lo llevó a hacer de su trayectoria una cosmogonía del hombre contemporáneo, la forma resultó inspirada por otros motivos, un tanto más mundanos. Uno de ellos residía en consideraciones pecuniarias, es decir, en el tan pedestre como realista argumento expresado en la frase “necesito dinero”.³² Hasta 1942, año en que se redujo una sexta parte de su sueldo, los miembros de La Casa de España percibieron una remuneración de 600 pesos mensuales por sus labores docentes. Si bien mayor a la que recibía el grueso de los profesores nacionales, esa cantidad se dispuso en virtud de constituir “una base decorosa de vida en México”.³³ Sin llegar a la queja, Gaos coincidía en que su salario bastaba “para vivir con un mínimo decoro, pero no permite comprar al mes ni siquiera un libro mexicano o argentino un poco caro”.³⁴ Un hábil empleo del tintero representaba, por lo tanto, el medio más apropiado para volverse “rico y estimado”, sobre todo porque, en su opinión, “un libro de filosofía de cierto contenido y caracteres, y un libro de filosofía mía, tendría éxito, el éxito que necesito”. El renombre de que gozaba representaba una buena garantía de notoriedad, pero sólo alcanzaría un triunfo editorial de atraer el interés tanto de sus colegas como del común de los lectores. Mientras que a los primeros brindaría erudición y originalidad, a los segundos ofrecería sugestivas revelaciones personales. A fin de cuentas, pensaba, “el público es curioso de intimidades, y pues lo paga, es justo hablarles de intimidades para darle gusto”.³⁵

³¹ AJG, 1, exp. 100, f. 20017, enero de 1940: “Plan y composición, la naturaleza de la obra espontáneamente los articuló mi mente. Fundamental, el orden cronológico de la vida misma. [...] Tales plan, composición, orden fundamental hacen a la obra poder ser *el libro único* de la vida del autor —en el orden en que vayan sobreviniendo en el futuro de la vida, reproducido en el libro, admiten en éste todos los *Erlebnisse*, ideas y, no ya vislumbres ni bosquejos de teorías, sino un sistema entero: *parte futura* de la obra...”.

³² *Ibid.*, exp. 42, f. 7217.

³³ Comunicación de Eduardo Villaseñor a Eduardo Hay, citado en LIDA, MATE SANZ Y VÁZQUEZ, *La Casa de España*, p. 102.

³⁴ Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 173.

³⁵ AJG, 1, exp. 72, f. 14083 y exp. 42, f. 7217; y exp. 100, f. 20079, enero de 1940.

Como era de esperar, las dificultades de sistematizar esas anotaciones y construir su gigantomaquia se hicieron evidentes desde el simple acto de tomar una hoja en blanco y disponerse a escribir. El título mismo encerraba hondas contradicciones, dado que únicamente el sintagma alemán *philosophische Erlebnisse* condensaba lo que deseaba expresar. Podía, claro está, traducir ese par de términos por “vivencias filosóficas”, pero ésta nunca le pareció una opción adecuada, debido a que el neologismo castellano no reflejaba el valor a la vez transitivo e intransitivo de la variante teutona. Uno a uno fue descartando encabezados sucesivos: “Itinerario filosófico”, a causa del carácter normativo que entrañaba el sustantivo, “Superbus Philosophus”, que abandonó sin que llegara a explicar el motivo, y “Jornadas filosóficas”, en razón del orden cronológico que implicaba. Finalmente se inclinó por llamar la obra “Ensayos filosóficos”, en el sentido de “tentativas” en que lo empleó Michel de Montaigne para descubrir su experiencia e identidad con el fluir de la tinta.³⁶

A determinar el estilo de composición dedicó igualmente abundantes horas de reflexión. La cuestión no era en modo alguno secundaria, debido a que su reputación como óptimo conferenciante venía aparejada con la de pobre escritor. Tan retorcido y complejo era su uso de la sintaxis española que en 1940 Alfonso Reyes procuró, por el bien de todos, disuadir a Amado Alonso de que encargara a su colega un estudio sobre Gracián. “Gaos —justificó en la carta— es una extraordinaria cabeza filosófica, un gran catedrático e improvisador. Pero con la pluma en la mano es lamentable.”³⁷ El así aludido era consciente de las penurias que ofrecía a sus lectores, sometidos a los rigores de una gramática inclemente. Pesaroso, recordaba el virtuosismo literario de su juventud y atribuía el actual deterioro “al abandono de la lectura literaria, y aun de la lectura en español, por los textos filosóficos extranjeros y su traducción —además del abandono del ejercicio mismo de escribir sino traducciones, ‘barbarizadas’ por los originales”.³⁸ Retomar las riendas de la prosa castellana dependía de un retorno a las prác-

³⁶ *Ibid.*, exp. 42, f. 7369, marzo de 1942. A pesar de que Gaos terminó por abandonar ese título, en este libro me refiero al proyecto como “Jornadas filosóficas”, debido a que fue el encabezado con que lo presentó, que llevó durante más largo tiempo y por el que será publicado en el tomo XVIII de sus *Obras completas*.

³⁷ Carta de Alfonso Reyes a Amado Alonso, fechada el 13 de agosto de 1940, en VENIER (pról. y ed.), *Crónica parcial*, p. 128. Agradezco a la editora de este volumen por haberme indicado la referencia citada.

³⁸ AJG, I, exp. 100, f. 20008.

ticas y costumbres de aquellos años de mocedad y, más aún, de ingresar en una “escuela de estilo”. Los grandes maestros de la literatura le impartirían lecciones de ritmo y *tempo*, lo iniciarían en la elegancia del lenguaje, sin olvidar, desde luego, el arte de la ironía. De esta forma imprimiría a sus líneas el sello que estaba buscando, es decir, “preciso en la conceputación, popular hasta lo desgarrado, si más y mejor expresivo en los términos, disimétrico, rápido y que arrastre, en la marcha de la frase”. La vitalidad de su escritura —“un estilo en que tiemble la piel de la palabra adherida a la carne palpitante del sentimiento”— convergía con el propósito de su obra: infundir vida a la filosofía a partir de su experiencia personal.³⁹

Si su itinerario valdría como ejemplo del rumbo que había adoptado el hombre moderno, lo más apropiado consistía en puntualizar al detalle cada milímetro de esa travesía. Pero ¿en dónde comenzar a trazar su mapa intelectual, con las coordenadas del presente o con las del pasado? Tras largos titubeos, este cartógrafo de sí mismo decidió emprender una “narración retrospectiva, en el orden cronológico en que ha tenido lugar”, puesto que la meta resultaría inasequible sin haber antes recorrido el camino inverso. En el intento por restituir fielmente cada uno de sus pasos, Gaos inició un acucioso proceso de rememoración en el que, a tono con las formas más convencionales de la autobiografía burguesa, distinguió un momento fundacional, el origen de su vocación filosófica. Al cerrar los ojos, se vio a sí mismo como en una instantánea fotográfica, en casa de sus abuelos maternos, sentado frente al mirador que abría hacia la avenida Campomanes. Sobre su regazo yacía el libro de Jaume Balmes, *Filosofía elemental*, volumen que el adolescente de 14 años leía “con avidez, con deslumbramiento, con pasión, con satisfacción”.⁴⁰ A semejanza de Tadeo Isidoro Cruz, el personaje de Jorge Luis Borges, en ese instante de lectura encontró condensado su destino, aquel en que supo para siempre quién era. Que el destino de a quien años más tarde se acusaría de profesar el ateísmo en clase se revelara con la obra de un sacerdote catalán no deja de parecer asombroso. Él mismo se lo explicaba, aduciendo que “de tal filosofía tomé más lo que tenía de moderna —de ciencia— que de filosofía de la Iglesia: selección significativa, y más tratándose de ir contra la posición del autor mismo”.⁴¹

³⁹ AJG, 1, exp. 100, f. 20089, y 2, exp. 37, f. 36193.

⁴⁰ AJG, 1, exp. 42, f. 7216, y exp. 42, f. 7336.

⁴¹ *Ibid.*, exp. 14B, f. 2106.

Nos encontramos aquí con un caso tan común en la historia de la lectura que Ricardo Piglia lo tipificó con la figura del “lector como criminal”, es decir, aquel “que usa los textos en su beneficio y hace de ellos un uso desviado”, aquel, por lo tanto, que “funciona como un hermeneuta salvaje”.⁴² El delito, si es así como hay que llamarlo, consistió en hallar en un autor neotomista de mediados del siglo XIX un ejemplo de historicismo en ciernes. En Balmes, reflexionó su moderno exégeta, hay “una relajación del dogmatismo, un rudimento, siquiera, de admisión de varias filosofías, que está en el camino de la consideración de todas por igual que es definitoria del historicismo en el terreno de la filosofía”. La invocación ahí estaba y sólo restaba responder, como Gaos, en una lógica determinista, en efecto lo hizo. Desde esa perspectiva todo sucede como si el núcleo de sus ideas —la historicidad del hombre y de su pensamiento— se hubiera gestado aquella primavera de 1915 y sólo estuviera esperando su posterior desarrollo. Pero incluso este hijo de la fortuna no dejó de sorprenderse ante los inesperados giros de su hado filosófico: “Mi adolescencia viene sirviéndome de principio hermenéutico de la más vasta aplicación. [...] Qué importancia la de aquella —exclamó asombrado—, la de *esta* edad, en mi vida”.⁴³

La memoria, bastión de nuestra identidad y eje de nuestra pertenencia al mundo, encierra sombras extensas que no son siempre de olvido; también puede dislocarse, contener ambigüedades o incluso confundirse con fantasías que apenas sugieren la realidad. Para Gaos esa facultad representó la clave de su proyecto autobiográfico, dado que sólo ella poseía la llave de aquel pasado que quería recuperar. La naturaleza de su estudio suponía la resurrección en el recuerdo de los más profusos pormenores, cuyo carácter esencial aparecía iluminado por las necesidades del presente. Entre ellos se contaba la historia de sus lecturas filosóficas, consideradas como basamento de su formación y trayectoria. Ese propósito se concretó en innumerables listas, reiteradas, completadas y retocadas hasta el hastío, en las que los nombres de Taine, Nietzsche, Schopenhauer, Morente, Windelband, Husserl, Külpe y Messer se repiten como en un ensalmo espiritista.⁴⁴ Sin embargo, la honestidad con que se entregó a ese esfuerzo memorioso muy pronto trajo consigo la sospecha de superchería, contenida en los mecanismos de ese artificio de recuperación. En alguna nota señaló, por ejemplo,

⁴² PIGLIA, *El último lector*, p. 35.

⁴³ AJG, I, exp. 42, f. 7338, 2 de abril de 1942; y exp. 100, f. 20068, enero de 1940. Cursivas en el original.

⁴⁴ Umberto Eco explora este tipo de obsesión en *El vértigo de las listas*.

que muchos de los detalles anotados sólo adquirirían evidencia en retrospectiva, lo cual planteaba “el problema de la existencia en el pasado de lo advertido en el presente”. En rigor, incluso aquella lectura de Balmes, que con tanta certeza identificó como causa primera de su vocación, aparecía trastocada por añadiduras y superposiciones de la memoria. Con sinceridad admitió para sí que, al buscar en su mente la imagen de ese episodio fundacional, “lo que veo se reduce a visiones y emociones posteriores, incluso en parte posiblemente tan sólo imaginarias, ficticias...”.⁴⁵ Por efecto de las lagunas en el recuerdo y de la racionalización inherente al proceso rememorativo, los cimientos de su gran construcción filosófica quedaron expuestos y comenzaron a desmoronarse. Pese a la evidencia, en la obstinación por mantener el edificio en pie perseveró en el empeño de elevar por sí solo unos pilares dignos de Babel. Poco importaba que éstos fueran de cera y se derritieran al calor de un juicio certero. Desde las alturas de su creación imaginada, llegó al extremo de desafiar el valor de la memoria para erigirse en demiurgo del pasado:

No lo he visto así hasta mucho más tarde —admitió en relación con sus memoranzas—, pero mucho más tarde lo he visto así. La misma personalidad que me predisponía para encontrarme con la filosofía, me predisponía para encontrarme con ella como Historia de la Filosofía. Si no hubiera habido la Historia de la Filosofía, la hubiera inventado. Como si no hubiera habido filosofía, la hubiera inventado.⁴⁶

En el fondo quizás sabía que en esas palabras de ciega obsesión se escucha el estertor de un proyecto moribundo. O al menos podía intuirlo, dado que ellas muestran su renuencia a abandonar aquel principio de identidad que estipula, por lo menos desde el siglo XIX, la posibilidad de conocerse a sí mismo a partir de una honesta indagación. Desde esa perspectiva, quien volviera la mirada hacia el interior y se observara atentamente sería capaz de revelar los secretos enterrados bajo la espesura de la piel. La transparencia del sujeto, en el sentido de constituir un objeto susceptible de la más completa e inmediata intelección, se presenta así como postulado de base en el tipo de discurso autobiográfico que subyace en las *Jornadas filosóficas*.⁴⁷

⁴⁵ AJG, I, exp. 42, f. 7205, y 2, exp. 34, f. 35951.

⁴⁶ AJG, I, exp. 42, f. 7339.

⁴⁷ Sobre el proceso que convirtió la transparencia del sujeto en premisa del discurso historiográfico, véase ZERMENO, *La cultura moderna de la historia*, pp. 77-110.

Ahora bien, al confesarse inventor de una experiencia, por oposición a un mero portavoz, Gaos admitía que la realidad vivida, eje de su doctrina, se había tornado opaca en el cristal de la memoria. Por efecto de la refracción, su pasado se había descompuesto en múltiples espectros que sólo la razón podía reunificar. En ese proceso de síntesis, la imagen inicial aparecía desfigurada, en ocasiones para siempre, tal como él mismo no dejó de reconocer:

Hay —escribió—, no sólo “opiniones recibidas”, sino “recuerdos recibidos”. En ocasiones en que nos interesa la verdad puntual de los recuerdos, surgen estos, imprecisos, parcialmente falsos. Y estos recuerdos se repiten y acaban por fijarse, esto es, por repetirse en la misma forma, con las iniciales imprecisiones y falsedades. Y las imágenes así fijadas, cuando más tarde se quiere recordar con verdad puntual, impiden el recuerdo verdadero y puntual.⁴⁸

La búsqueda no desembocó en un tiempo recobrado, sino en su pérdida irreparable, al menos en el estado diáfano que exigía su anhelada obra. A fuerza de rememorar y precisar ese cúmulo de momentos pretéritos, éstos se fueron convirtiendo en artilugios de la conciencia, un compuesto de vivencias y de imaginación. Sin embargo, en este punto tal vez habría que volver a la desconcertante sentencia de Aristóteles, cuando afirmó que la ficción es “más filosófica y noble”⁴⁹ que la historia. Ello responde a que, en aras de sentido, Gaos estructuró su vida según una trama específica, dotando cada momento de un significado particular. Pero más importante aún, en el proceso de convertir su existencia en filosofía fue interiorizando aquellas imágenes a medias forjadas hasta olvidar que eran producto del crisol de su mente. La experiencia narrada fue así sustituyendo la experiencia vivida, sin dejar resquicio entre ambas. Eso sugiere el hecho de que en años posteriores relatará sus recuerdos con certeza y precisión, haciendo desaparecer las dudas y titubeos iniciales. Con la casi total omisión de rutas alternas y desviaciones, cedió a lo que Pierre Bourdieu llamó la “ilusión biográfica”, es decir, el acto de concebir una historia de vida —en este caso la propia— como un recorrido orientado, en progreso continuo y en el que cada etapa anuncia la siguiente.⁵⁰

⁴⁸ AJG, I, exp. 100, f. 20150, enero de 1940.

⁴⁹ ARISTÓTELES, *Poética*, 51a-51b.

⁵⁰ BOURDIEU, “La ilusión biográfica”, pp. 27-34.

La idea de un desarrollo lineal, unidireccional y unitario de su existencia no fue la única ilusión que encontró cobijo en las *Jornadas filosóficas*. También estaba la de ver entrelazada su vida con la historia de Occidente, ambicioso programa en el que pretendió procrear uno de esos “unicornios en el jardín de la razón” de los que habló George Steiner.⁵¹ La dificultad de la empresa determinó que el proyecto no pasara de algunos esbozos parciales y muy fragmentados, y que con el transcurso del tiempo sus anotaciones se fueran espaciando. La inminencia del fracaso se encontró reflejada en un estado de ánimo cambiante, en que los instantes de entusiasmo se alternaban con otros, cada vez más frecuentes, de desaliento y obsesión autocrítica ante lo que el autor consideraba “falta de talento”. La angustia y ansiedad diurnas lo perseguían también por las noches, como cuando entre sueños se veía cargando la cruz entre los ciriales o quemándose en la hoguera. Hacia 1941 se calificaba ya como un “filósofo *raté*”, llegando a admitir, algún tiempo después, que “la vida no cabe en la palabra escrita”.⁵² Sin embargo, la misma obstinación que lo condujo a perseverar en la filosofía determinó que el proyecto se mantuviera en pie a lo largo de los años. Cientos de anotaciones relativas a los temas que pensaba desarrollar lo acompañaron durante dos largas décadas. En ellas siguió completando, actualizando y retocando esa obra maestra desconocida, semejante a la que en su momento inmortalizó Balzac.⁵³

El alivio de la redención no se consumó en un libro, sino en varios, ya que, al colapsarse, el proyecto terminó por fraccionarse en sus diferentes aspectos. Uno de ellos —la vertiente autobiográfica— encontró su cauce en una serie de conferencias, pronunciadas en febrero de 1953 como parte de los cursos de invierno de la Universidad Nacional. El ciclo llevó por título “Confesiones profesionales”, en referencia explícita al hilo personal que guiaba el conjunto. A lo largo de cinco sesiones explicó al auditorio sus principales ideas en materia de filosofía, el origen de ellas y su experiencia como profesional de la disciplina. En la pasarela del recuerdo desfilaron tanto sus profesores de carne y hueso como los más numerosos maestros de papel, sus discípulos en México y en España, así como algunas amistades encontradas en el camino. Si bien su discurso se limitaba a dos horas de exposición, las omisiones resultan casi tan significativas como las mencio-

⁵¹ STEINER, *Los libros que nunca he escrito*, p. 46.

⁵² AJG, 2, exp. 34, f. 35847, y exp. 39, f. 36457, este último fechado el 9 de diciembre de 1943.

⁵³ BALZAC, *Le chef-d'oeuvre inconnu*.

nes. Por distintas razones, los nombres de María Zambrano, de Eduardo Nicol y de Vera Yamuni, por ejemplo, resaltan por su ausencia, pero no fue lo único.⁵⁴ Tampoco se refirió en ningún momento a las *Jornadas filosóficas*, proyecto que subyace en sus “Confesiones” en tanto principal antecedente y eje de configuración. Las similitudes, no obstante, aparecen a la vista. Además del enfoque, ambos escritos coincidían en el carácter retrospectivo y en relatar, casi al pie de la letra, ciertos episodios de juventud. Las diferencias, empero, son igualmente evidentes. La principal reside en la amplitud del contenido, reducido en esta segunda versión a narrar sus propias vivencias, pero ya no en tanto capítulo de la historia occidental. Por el contrario, lejos de ofrecer una comunidad histórica a la cual pertenecer, Gaos colocó la soledad como suma y síntesis de la existencia. “No hay forma de compañía —afirmó—, de comunicación, que reduzca del todo, sin residuo, que suprima, que *aniquile* la soledad, la individuación.”⁵⁵

Quienes no pudieron asistir a las conferencias, tuvieron oportunidad de leerlas cuando se publicaron, un lustro más tarde, con el sello del Fondo de Cultura Económica. Retocadas, reorganizadas y ornadas con un último capítulo en el que narró su periplo en el camión “Juárez-Loreto”, las páginas que dio a la imprenta conservan el tono de conversación, por momentos irónico y divertido, con sus lejanos lectores. El estilo y contenido atrajeron sin duda un interés más o menos generalizado, ya que el éxito editorial fue casi inmediato. Al menos así lo sugiere que el autor se sintiera autorizado para considerar su libro, junto con algunas obras de Alfonso Reyes, de Leopoldo Zea, de Pita Amor y de Carlos Fuentes, como uno de los más importantes en los últimos años.⁵⁶ En la prensa no dejaron de aparecer algunas

⁵⁴ Lo inusitado de estas omisiones proviene de que María Zambrano fue una cercana discípula de Ortega, con quien Gaos convivió durante sus años en Madrid, mientras que con Eduardo Nicol mantuvo una relación de amistad hasta convertirse en uno de sus más connotados contrincantes intelectuales. Vera Yamuni, por último, fue durante largo tiempo su más cercana y querida alumna.

⁵⁵ GAOS, “Confesiones profesionales”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 124.

⁵⁶ AJG, 4, exp. 4, f. 62116, 12 de diciembre de 1958. En tiempos recientes se habían publicado algunos volúmenes de las *Obras completas* de Alfonso Reyes y otros títulos como *El suicida: libro de ensayos* (1954) y *Estudios helénicos* (1957). También aparecieron las obras de Leopoldo Zea, *La filosofía en México* (1955), *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica* (1956) y *América en la historia* (1957). En 1958 Guadalupe Amor dio a la imprenta *Sirviéndole a Dios de hoguera*, mientras que Carlos Fuentes dio a conocer su novela, *La región más transparente*.

reseñas elogiosas. Pese a que en privado no coincidía con las ideas del profesor, Alejandro Rossi compartió con el público un detallado análisis de los principales conceptos ahí contenidos, ensalzando el vínculo establecido entre autobiografía, historia y filosofía, y extendiendo una invitación a su pronta lectura.⁵⁷ En ánimo de polémica, también Ramón Xirau dedicó unas líneas a algunas cuestiones implícitas en las *Confesiones*, como la posibilidad de comunicación y de verdad entre los hombres. Su artículo termina con una crítica mordaz por la que situaba a Gaos, en este caso no sin cierta razón, como epígono de Herder y del romanticismo alemán.⁵⁸ Desde París, Octavio Paz le envió sus parabienes, felicitándose de comprobar, “una vez más, que no es usted tan difícil como dicen los perezosos”. Tan entusiasmado se mostró ante la imagen de esas soledades filosóficas que, decía “sus *Confesiones profesionales* (lo único que no me gusta es el título) piden una continuación”. Y agregaba: “Yo me atrevo a sugerirle que escriba usted una ‘novela’ o, por lo menos, una ‘nouvelle’ [...]. Algo así como un poema en prosa, entre Lucrecio y Beckett. Nos hace falta en español un texto así. ¡Atrévase!”.⁵⁹

La escritura de las *Confesiones* sirvió como un bálsamo a la conciencia tanto tiempo torturada de Gaos, quien las colocó entre los pocos textos que había compuesto por placer. En ellas había logrado revertir su consabida sequedad prosística para devolverle un poco de jugo y, a la vez, enviar un discreto mentís a quienes cuestionaban su capacidad de estilo. La armonía literaria que presidió sus palabras se prestó, sin embargo, como señal de alerta hacia las trampas que acosaban la memoria. Volvió a suceder, en efecto, que lo que en un inicio consideró esencial y abierto apareció a la distancia como un hábil truco del lenguaje. “Escribí las *Confesiones Profesionales* de un tirón —recordó años después—, con la voluntad de ser sincero, pero a lo largo de la redacción fue interviniendo una composición literaria..., que me hace dudar si no son más ‘convencionales’ que sinceras”. Además, a semejanza de lo que había ocurrido hacía casi dos décadas, los límites a la evocación habían obrado nuevamente en su contra, llegando a comprender que “la retrospectiva basta para alterar el pasado”.⁶⁰ Las puertas del reino de Marcel Proust estaban selladas.

⁵⁷ Rossi, “Las confesiones de J. Gaos”, pp. 18-19. Acerca de la opinión personal que a Rossi merecía la filosofía como “confesión personal”, véase GAOS, *Filosofía y vocación*.

⁵⁸ XIRAU, “Comentarios aprofesionales”, pp. 19-20.

⁵⁹ Carta de Octavio Paz, fechada en París el 25 de julio de 1961, *AJG*, 4, exp. 1, ff. 60164-60167.

⁶⁰ *Ibid.*, exp. 7, f. 63961, 1 de abril de 1962, y exp. 8, f. 64435, 6 de mayo de 1963.

Escritura y soledad van con frecuencia de la mano y Gaos, cada día más aislado y encerrado en sí mismo, terminó por volcarse en sus diarios, fiel y constante compañía durante sus últimos años. En ellos dejó consignado el deseo de componer unas “Confesiones intercalares” que completaran aquellas otras elaboradas en su madurez o, mejor aún, unas “Confesiones finales” en las que englobaría, una vez más, toda su existencia. La vejez le había enseñado que no era necesario resucitar el tiempo transcurrido para reconstruir su camino, sino que bastaba con leerlo a la luz del presente. Por otra parte, si los momentos pretéritos, en su pureza temporal, estaban irremediablemente perdidos, la tinta y el papel le permitirían narrar su experiencia, “vivida renovadamente por la nueva vida ulterior...”. Por este motivo, más que una repetición, explicó, ellas “serían una ampliación cronológica [y] ahondadora” de su obra anterior. No podía ser de otra forma, dado que, desde que pronunciara las conferencias en 1953, sus circunstancias e ideas habían tomado un nuevo giro, con su consecuente cambio de perspectiva. La novedad residiría en que “el *Erlebnis* de soledad histórica mentado ya al final de las *Confesiones*, se ha hipertrofiado hasta engullir retrospectivamente todo lo anterior; la filosofía de la filosofía como soberbia de la filosofía, ha venido a quedar subordinada al *Erlebnis* de la extinción de la Filosofía en el mundo actual, renovado, ahondado...”. En lugar del hombre dominado por el afán de superioridad, en esas páginas aparecería un individuo “rezagado”; en vez del historicismo, sus protagonistas serían Dios, la inmortalidad del alma y el mundo contemporáneo. El 1 de junio de 1969 tomó finalmente una resolución: “Mi Filosofía —de la Filosofía < de la Metafísica— debe quedar incluida en forma definitiva y de interés público en las *Confesiones Finales*”.⁶¹ Aquella muerte tan temida, motor secreto de su obra, lo alcanzó 10 días más tarde.

⁶¹ *Ibid.*, ff. 64658-64659, 14 de mayo de 1969, y f. 64678, 1 de junio de 1969. A las “Confesiones finales” dedicó Vera YAMUNI TABUSH el último capítulo de su libro *José Gaos. El hombre y su pensamiento*, pp. 129-145.

En unas páginas relativas al descubrimiento del Nuevo Continente, escribió José Gaos: “Los descubridores, exploradores, conquistadores y colonizadores de América importaron a ésta sus ideas acerca del mundo y de la vida en general y en particular sus ideas previas acerca de las tierras que iban a descubrir, explorar, etc. [...] Unas y otras ideas —sostuvo líneas más adelante— plantearon [...] el problema de la identidad de las [nuevas tierras]”.¹ Cuatro y medio siglos más tarde, una experiencia similar acaeció a quienes la Guerra Civil española obligó a abandonar su país de origen para adentrarse en el nuestro. Al momento del desembarco, sus referencias sobre el lugar de acogida se extendían, a lo sumo, a ciertos episodios de la historia nacional, conocidos en forma vaga e imprecisa. Entre ellos se contaba el vínculo con la antigua metrópoli, su posterior ruptura y, más recientemente, la década de conflictos que se ha dado por llamar, en su conjunto, Revolución Mexicana. La figura del presidente Lázaro Cárdenas formaba parte eminente de ese imaginario en tanto generoso benefactor y principal promotor del asilo colectivo. En términos generales, los exiliados republicanos ingresaron en un territorio ajeno, *terra ignota* poblada de fantasías mezcladas con realidad.

Para la familia Gaos la situación no fue diferente a la de sus compatriotas refugiados. El escudo de un águila con una serpiente, pendido en la puerta vecina, y la imagen de una cornucopia, observada en un atlas geográfico, constituían los únicos referentes de Ángeles, la hija mayor, poco antes de emprender el rumbo hacia México. La esposa, por su lado, tenía noticia de los enfrentamientos iniciados en 1910, por lo que el proyecto de traslado le pareció una insensatez.² No quedan pruebas de que José, el jefe de familia, supiera mucho más sobre su nueva morada. En las notas redactadas

¹ GAOS, “[América y la utopía]”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, p. 562.

² GAOS DE CAMACHO, *Una tarde con mi padre*, pp. 48 y 51.

durante su estancia en París, las menciones a América se limitan a ubicarla como parte de una magna gesta histórica en la que España figura como máximo protagonista. Al disertar sobre la batalla contemporánea por las ideas, es decir, el esfuerzo por dotar al mundo hispánico de una filosofía propia, los pensadores americanos aparecen brevemente, si bien sólo a la zaga de José Ortega y Gasset, conceptuado como adalid intelectual también para Hispanoamérica.³ Ahí terminan las referencias a la región que en un futuro muy próximo se convertiría en su hogar. Todo ello sugiere que entre el equipaje del viajero había apenas algunas nociones acerca del lugar que lo esperaba. Por ese motivo, resulta comprensible que sus primeros trabajos escritos al oeste del Atlántico giraran en torno al universo que le era familiar, ya fuera que hablara sobre la Ciudad Universitaria de Madrid, la enseñanza durante la Segunda República española o acerca de sus compañeros de gremio en el exilio.

La voluntad de ubicarse en el nuevo contexto, físico e histórico, determinó la presteza con que empezó a explorar las coordenadas de destino. Existen indicios de que tan pronto alcanzó las costas mexicanas comenzó a orientarse en las intrincadas sendas de la cultura nacional. Su hija relata cómo, en el transcurso de unos meses, José Gaos ya se había convertido en una eficaz brújula, guiando a la familia a través de la gastronomía, costumbres y particularidades del país receptor.⁴ La apertura con que se avino a su condición de exiliado se vio igualmente reflejada en el ámbito de su especialidad. A menos de un año de su llegada, en mayo de 1939, apareció con su firma una reseña en la que revaloraba, desde una perspectiva orteguiana, la obra de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*. Pese a ello, en los albores de la década siguiente todavía confesaba carecer de datos mínimos sobre la producción filosófica en América. Al influjo del pensamiento alemán, tan extendido en Europa durante los últimos decenios, atribuyó su ignorancia “supina”, adjetivo que delata cierto escozor ante la propia estrechez de horizontes. No obstante, contra ese arraigado germanismo, declaró, “es hora de reaccionar más que enérgicamente”.⁵

Así lo hizo o al menos eso sugiere la resolución con que su pluma se puso en movimiento. Al artículo acerca de Ramos siguieron muchos otros más, dedicados a comprender y difundir el pensamiento de Antonio Caso,

³ AHCM, *José Gaos*, c. 2, exp. 15, ff. 3-5.

⁴ GAOS DE CAMACHO, *Una tarde con mi padre*, pp. 53-55.

⁵ Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 176.

de José Vasconcelos, de Alfonso Reyes y de Oswaldo Robles, por mencionar algunos nombres. En esas páginas apreció favorablemente la labor de estas personalidades, ya fuera que se refiriera al “superador del positivismo”, al “defensor de la raza”, al “hombre de letras” o al “distinguido neotomista”. Aunado a un genuino interés por la filosofía local, con ello hacía ostensibles algunas de las cualidades que facilitaron su inserción en el medio intelectual: el don del tacto y un desarrollado sentido de la cortesía. Uno y otro se manifestaron en la sutileza con que, tras el elogio, introducía veladas críticas según una táctica consistente en “rodear el flaco de atenuaciones, de almohadillas, que den la impresión de que no se quiere herir, y por el intersticio de las almohadillas la estocada, mortal”.⁶ También es cierto que parte de la eficacia contenida en dicha estrategia radicaba en su maleabilidad, variando en función del renombre y méritos de los autores reseñados. De esta forma, mientras que para los ateneístas sólo tuvo expresiones de encomio, a Oswaldo Robles reprochó cierta arbitrariedad contenida en sus argumentos y la ausencia de virtudes pedagógicas al momento de escribir su *Propedéutica filosófica*. Sin miramiento alguno, a Adolfo Menéndez Samará llegó incluso a sugerir la conveniencia de replantear uno de sus libros, aquel que tituló *Iniciación en la filosofía*.⁷

Sus palabras no dejaron de producir eco en sus destinatarios. A propósito de sus observaciones, uno de ellos, Antonio Caso, admitió el “positivo orgullo” que le causaba “haberle podido hurtar algunos instantes, de los innumerables que consagra, tan fructuosamente, a la vida del espíritu”, para puntualizar enseguida sus ideas acerca de los valores, el personalismo y su relación con Martin Heidegger.⁸ El reconocimiento resultaba merecido, puesto que Gaos invirtió buenas porciones de sus días en leer y justipreciar sus obras mediante efusivas reseñas. En ellas se esforzó por situar a Caso como digno vástago de su época y por transformar el carácter ecléctico de su pensamiento en modelo de las tendencias contemporáneas. Más que veleidades

⁶ AJG, 4, exp. 2, f. 60762, 11 de diciembre de 1948.

⁷ Las reseñas a las que hago referencia son las siguientes. “José Vasconcelos”, escrita en 1940, pero publicada en 1945 como parte de la obra *Pensamiento de lengua española*; “Antonio Caso. Positivismo, neopositivismo y fenomenología” (1942); “Alfonso Reyes. La crítica en la edad ateniense” (1942); “Oswaldo Robles. Propedéutica filosófica” (1942); y “Adolfo Menéndez Samará. Iniciación en la filosofía” (1943). Todas se encuentran reproducidas en GAOS, *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*.

⁸ Carta de Antonio Caso a José Gaos, fechada el 8 de diciembre de 1941, AJG, 4, exp. 1, ff. 60042-60043.

filosóficas —sostuvo— su tránsito por tan variadas como disímiles doctrinas expresaba una aguda sensibilidad ante los aires que corrían. De ahí que la infidelidad a toda concepción particular se compensara con la fidelidad a su tiempo y a un rasgo característico de su personalidad: la inquebrantable simpatía hacia los demás.⁹

Allende a una creciente admiración por el entonces director de la Facultad de Filosofía, los artículos de Gaos muestran el ritmo con que se adentró en el Nuevo Mundo. Un indicador de esa progresiva familiaridad aparece en la mayor precisión que poco a poco revistieron sus análisis, enriquecidos con datos relativos a la historia nacional y, en particular, al pasado filosófico en nuestro país. Para 1946, año de la muerte de Caso, el conocimiento adquirido le permitió rastrear las sucesivas etapas de su trayectoria, situarlas en su contexto específico e incluso revelar la estructura de un verdadero sistema tras la aparente dispersión de ideas. A alcanzar esa visión de conjunto quizás contribuyó el diálogo constante con el recién fallecido. Esa convivencia comenzó en agosto de 1938, cuando el todavía rector de la Universidad Central acudió a presentarle sus respetos. A partir de ese momento establecieron la costumbre de reunirse para charlar, ya fuera en el marco de un almuerzo o en el hogar del propio Caso. Tan frecuentes fueron sus visitas que el curioso huésped llegó a conocer la biblioteca ahí dispuesta como el mismo dueño.¹⁰

La cercanía entre ambos no significa que coincidieran del todo en el plano filosófico. Eusebio Castro cuenta, por ejemplo, la ironía que envolvía las palabras del maestro, al comentar en clase la “filosofía como confesión personal” de su colega español. Con esa fórmula, advirtió, “¡Gaos quiere que la filosofía sepa a Gaos!”¹¹ tras lo cual, rememoraba el alumno, llevó la punta de los dedos a sus labios. Aunque expresados únicamente en la soledad de su estudio, el así aludido guardaba también motivos de desavenencia. “El personalismo de Caso —escribió en una nota— no es de los hombres, sino del hombre”. Con esa frase sugería que su pensamiento “es puramente condenatorio de los hombres reales. [...] Los únicos hombres de que habla son

⁹ Fueron cuatro las reseñas que Gaos escribió en vida de Caso: “Meyerson y la física moderna” (1940); “Positivismo, neopositivismo y fenomenología” (1942); “El peligro del hombre” (1942); y “El pensamiento de América. Caso” (1944). Reproducidas en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, pp. 131-148.

¹⁰ GAOS, “Las mocedades de Caso”, “El sistema de Caso” y “La biblioteca de Caso”, en *Obras completas* VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 79-124.

¹¹ CASTRO, *Vida y trama filosófica en la U.N.A.M.*, p. 106.

filósofos”.¹² Para un pensador que profesaba la existencia como caridad quizás no hubiera mayor crítica, dado que se cuestionaba su tesis principal: el amor hacia el prójimo, concebido como una persona concreta.

Había fuertes y obvias razones para que Gaos reservara su verdadera opinión en privado. Una de ellas quizás residiera en la discreción que conviene a todo invitado, en especial cuando su anfitrión detenta las llaves de la ciudad letrada. A estimular su silencio contribuyó en mayor medida el agradecimiento que siempre le mantuvo, despertado tras la generosa recepción que le había deparado ese “gran señor de la inteligencia”. Un curso, proyectado en tiempos de Caso aunque impartido sólo tras su muerte, se presentó como el momento propicio para expresar una gratitud multiforme. Con el fin de transmitir una idea de su deuda, el ponente comenzó por invocar la imagen de “un naufragio en que se pierde patria, familiares, maestros, compañeros, discípulos, profesión, amigos y desde los objetos de uso personal con que se estaba encariñado hasta los papeles en que se estimaba haber resumado la obra de la propia vida”. La fortuna, que sólo por excepción compensa los males infligidos, decidió que hallara “a un hombre grande que le acoge a uno con las señoriles palabras ‘esta casa es suya’ —y la casa es, en la ocasión, triple, el hogar doméstico, el centro profesional, una nueva patria entera”. Ante tal gesto de desprendimiento, ¿cómo sustraerse al “sentimiento de devoción filial”, sobre todo cuando las leyes de descendencia determinan que “si al padre natural se debe la vida *física*, a tal hombre se debe la vida *humana*, que es la que se erige sobre aquella principalmente por la profesión”? Pese al tardío encuentro, ese lazo explicaba que el dolor por su fallecimiento se asemejara “al de la pérdida del padre”, afirmó el por tercera vez huérfano, si en la lista de progenitores se incluye a Morente y a Ortega.¹³

Aunque José Vasconcelos tuvo que esperar hasta 1945 para encontrar impresa la reseña que le estaba dedicada, escribió entonces a Gaos lamentando no haberlo conocido antes. El motivo de pesar radicaba en que “seguramente algunas observaciones tuyas me hubieran ilustrado para alcanzar mayor claridad en la exposición de mi tesis”. En un elogio de ida y vuelta, admitía que “no he tenido yo con frecuencia la suerte de que personas de categoría se ocupen de mis escritos, de allí que me sean tan útiles comentarios en el suyo”. En esas circunstancias, explicó, “trabaja uno dentro de

¹² AJG, 1, exp. 43, f. 7681.

¹³ AJG, 2, exp. 13, ff. 32235-32236. Cursivas en el original.

una oscuridad que sólo a ratos se alumbra y yo siento la necesidad de ayuda para penetrar en regiones que para mí son de descubrimiento de novedades a veces vírgenes y siempre de misterio”.¹⁴ El entusiasmo que desprende esa misiva resulta natural, si se considera que el comentarista de ultramar lo había ubicado “en la más paradójica sintonía con lo actual”. En un prodigioso *tour de force*, sus líneas lo identificaron como al heraldo de tan variadas como vigentes corrientes filosóficas, llámeseles vitalismo, fenomenología o existencialismo. No era todo: además de vanguardia en el presente, también lo erigió en portavoz del futuro, dado que, de ahondar en sus propuestas, la historia lo proclamaría como “padre espiritual de la patria”, “precursor” y “genio”.¹⁵ De esa manera Gaos ejercía lo que llamó “el secreto en la crítica”, es decir, “un actualizar potencias: el que era mera potencia, al ver de qué lo era, se siente lleno de admirada autocomplacencia agradecida”.¹⁶ Por lo tanto, todos los elementos estaban alineados para inflamar el ánimo de Vasconcelos, siempre bien dispuesto, como el de tantos hombres, a recibir halagos.

La carta que el antiguo secretario de Educación Pública dirigió a José Gaos muestra el enorme prestigio de que éste ya gozaba, figurando en el medio intelectual mexicano en tanto voz autorizada. En el transcurso de unos años, su celebridad llegó al extremo de que unas cuantas frases, dirigidas a título personal, se veían transformadas en prólogo de libro. Erigirse en motivo de aprecio no constituía, sin embargo, el único propósito que guiaba sus escritos. También condensaban la necesidad de crear un ambiente filosófico, en donde el diálogo e intercambio de ideas redundaran en una mayor precisión y seriedad analíticas. El cultivo de esas prácticas se le aparecía como uno de los quehaceres más urgentes en la región, tal como en alguna oportunidad expresó a Francisco Larroyo. Con ocasión de su *Misiva a Romero*, le dijo: “Qué pocos de los nuestros se toman el trabajo de ocuparse con la labor, eminente y modesta, de sus compañeros como V. lo hace, ni menos de hacerla objeto de algo más que frases amables o unas murmuraciones malignas en privado, objeto de una crítica seria, y por ello siempre instructiva. [A ello agregaba:] Si todos los nuestros siguieran su ejemplo, las relaciones entre nosotros serían en definitiva más estrechas y

¹⁴ Carta de José Vasconcelos a José Gaos, fechada el 22 de octubre de 1945, AJG, 4, exp. 1, f. 60047.

¹⁵ GAOS, “José Vasconcelos”, en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, pp. 113-129.

¹⁶ AJG, 2, exp. 40, f. 36533.

más fecundas”.¹⁷ La “normalización” de la filosofía, como entonces se llamaba a la tarea de elevar la disciplina hacia las alturas del profesionalismo, surgía como fin último de las recensiones, si bien era menester proceder con cautela. A diferencia del talante belicoso de su colega neokantiano, con el paso del tiempo Gaos aprendió que “el arte de agradar consiste en buena parte en decir a los demás lo que quieren oír”.¹⁸ Ese axioma se mostraba doblemente valedero en las relaciones entre México y España, puesto que, pensaba, “a los mexicanos no se les conquista con tan poco por parte de uno como una efusión de simpatía, tal cual tienden a conquistar y se dejan conquistar los españoles”.¹⁹ De ahí que sus reseñas, además de contribuir al advenimiento de un pensar riguroso, lograran despertar la complacencia de sus destinatarios. O al menos cuando este conquistador así lo deseaba.

No está de más advertir que su condición de extranjero jugó en su favor al momento de convertirse en reconocido sancionador de obras. Ello responde a que la falta de familiaridad con el contexto en ocasiones se ve compensada por el brillo seductor de quien viene de fuera. Más que una expresión de “malinchismo”, tal es el privilegio que a menudo disfrutaban quienes, en la sociología de Robert Merton, se denomina *outsiders*: individuos que, ajenos al objeto de estudio, son capaces de distinguir ciertos rasgos invisibles para su contraparte, los *insiders*.²⁰ Ahora bien, mientras que algunos filósofos oriundos del país, en particular Antonio Caso, se negaban a estudiar la historia nacional, este esclarecido huésped no mostró ningún reparo en revalorar las formas del pensamiento local. Había otras ventajas intrínsecas a su nacionalidad española. Una de ellas radicaba en que su origen foráneo le permitía entregarse a la labor de rescate sin temor a ser tachado de “nacionalista” o, peor aún, de “provinciano”. Por ese motivo, el mismo gesto que en los mexicanos caería bajo sospecha de cerrazón o de miopía, en su caso aparecía como un acto de apertura y de consideración hacia sus anfitriones.

Objeto de crítica filosófica fueron también sus compatriotas, si bien con ellos redujo la complacencia a un mínimo. Con excepción de Juan David García Bacca, a quien admiraba profundamente, otros colegas reci-

¹⁷ Carta de José Gaos a Francisco Larroyo, fechada el 18 de marzo de 1941, AHCM, *Casa de España*, c. 8, exp. 1, f. 41.

¹⁸ AJG, 4, exp. 7, f. 63449, 22 de junio de 1961.

¹⁹ *Ibid.*, exp. 4, f. 62484, 4 de agosto de 1959.

²⁰ Véase MERTON, “Insiders and Outsiders” y *Teoría y estructura sociales*, en particular, pp. 505-520.

bieron severos reparos de su parte. Tal vez debido a que la confianza en ocasiones funciona como condición de honestidad, José Medina Echavarría fue el primero en recibir la carga de sus objeciones. La amistad entre ambos se remontaba a más de dos décadas atrás, al coincidir como compañeros de clase en el Instituto de Segunda Enseñanza en Valencia. El trato muy pronto trascendió las aulas para abarcar otras esferas, se tratara de la casa de “Pepe” Medina, en donde Gaos conoció a su futura esposa, o de la que este último compartió con su familia en Madrid, tiempo antes de la guerra. El desenlace de los enfrentamientos en España determinó que entre mayo de 1939 y finales de 1945 sus caminos volvieran a entroncar, esta vez en México. A partir de esa fecha, sin embargo, los desacuerdos con Daniel Cosío Villegas provocaron que Medina saliera del país y encaminara sus pasos hacia Puerto Rico. De esa forma, se volvieron a alejar uno del otro, al menos en el espacio.

La afinidad entre ambos no fue impedimento para que durante ese breve encuentro los amigos expresaran sus discrepancias, tan extensas que en un principio surgieron casi por sí solas. La publicación, a dos años de su llegada, de *Ideología y utopía*, la más célebre obra de Karl Mannheim, constituyó el objeto inicial de divergencia, reflejada en un par de reseñas independientes y sin que mediara comunicación directa entre ellos.²¹ Sus diferencias se hicieron manifiestas unos meses más tarde, cuando Medina dio a la imprenta *Sociología: Teoría y Técnica*. Una carta abierta dirigida al autor, acompañada de una puntual réplica, integran los documentos de esa efímera polémica, cuya publicidad corrió a cargo de *Cuadernos Americanos*. “Dios nos libre de las ciencias sociales” fue el título que Gaos eligió para introducir la parte que le correspondía, en irónica denuncia a los demonios que alimentaba su amigo. Sería un error confundir el tono desenfadado que presidía aquella misiva con la liviandad; la prueba radica en que, según él mismo advirtió, “por el grado de broma con que digo las cosas se puede graduar la seriedad con que las pienso”.²² Una rápida lectura del texto basta para confirmar que tras el ingenio se ocultaba una sincera consternación ante los temas expuestos y, con mayor especificidad, ante la relación entre ciencia y totalitarismo. El llamado que Medina lanzó en su libro, en el sen-

²¹ Véase MEDINA ECHAVARRÍA, *Responsabilidad de la inteligencia* y GAOS, “El libro de nuestros días” (1941), en *Obras completas*. VII. *Filosofía de la filosofía*. El artículo de LIRA, “José Gaos y José Medina Echavarría”, ofrece un valioso análisis sobre las divergencias de trayectoria, ideales y posturas, así como numerosos datos relativos a los encuentros y desencuentros entre ambos amigos.

²² AJG, 4, exp. 7, f. 63985, 10 de abril de 1962.

tido de adoptar herramientas y criterios científicos para estudiar al individuo y a su sociedad, formaba parte, a juicio de Gaos, de ese complejo entramado. Bajo el pretexto de una búsqueda sistemática de conocimiento, afirmó este último, “se quisiera *poder* manejar y *dominar* a los hombres como se maneja y domina la naturaleza”. Ahora bien, en la voluntad de someter toda fuerza irracional a los designios de la razón se hallaba el origen de los regímenes totalitarios y de su terrible poder destructor. En contra de ese racionalismo oponía un ideal humanista, esto es, aquel que tiende a “potenciar el dominio humano sobre lo humano”, así como a “promover movimientos de solidaridad humana y de beneficencia, de respeto y fomento de la persona humana, de la personalidad”. La comunión, basada en el desprendimiento y en la reciprocidad, aparecía como única solución posible a los conflictos y puerta hacia una civilización armónica. Aunque todo ello con una importante salvedad: que la nueva era de esas ciencias más humanas sólo se alcanzaría “bajo el ‘magisterio’ de personalidades”.²³

En el fondo de un cajón quedaron algunas críticas que la obra *Sociología: Teoría y Técnica* había despertado en este alarmado lector. Entre ellas lamentaba que Medina, seducido por los anglosajones, hubiera olvidado las lecciones de Max Weber acerca de los peligros que entrañaba el monismo óptico y gnoseológico. De esa ignorancia del pasado provenía el “primitivismo filosófico” de los neopositivistas y su principal limitación. Pero al lado de éste y otros reparos, había unas frases tan reveladoras como inconfesables:

yo pienso —declaró— que la ciencia se justifica tanto por lo menos que como servicio a la colectividad, también como gusto y regusto egoísta de las élites y personalidades que no se preocupan de servir a nadie ni a nada —¿no va siendo hora de reclamar esta postura y de insistir en la tradición clásica y la herencia académica, que es la de las mayores audacias, innovaciones, herejías intelectuales, sin que signifique el hombre para la cultura, sino la cultura para el hombre, sólo que para el hombre exquisito? No más criados de príncipes ni de masas: señores, aunque sea en la horca.²⁴

Pese a no ameritar la pena capital, la relativa indiferencia ante el bien común y la confianza irrestricta en las minorías excelsas muestran la pro-

²³ GAOS, “Carta de J. Gaos a J. Medina Echavarría”, pp. 105 y 107. Cursivas en el original.

²⁴ AJG, 2, exp. 18, ff. 33089 y 33093.

fundidad de su individualismo, así como cierta simpatía por el conocimiento puro, volcado en y para sí mismo. Aunque esas líneas nunca llegaron a sus manos, Medina conocía lo suficiente al polemista para percibir las aspiraciones elitistas que éste resguardaba. Eso sugiere al menos que en su réplica subrayara el error de preferir la transmisión en “conventículo”, por oposición al “foro científico”. En el primero, argumentaba, se daba rienda suelta al carisma y al discurso esotérico, mientras que el segundo representaba un “medio poco propicio para la demagogia y el influjo emocional”. A contracorriente de la opinión de Gaos, la defensa de la razón y el diálogo abierto constituían salvaguardas necesarias contra la barbarie y la intolerancia. La ciencia, por lo tanto, lejos de oprimir la vida humana, debía “mantener su derecho a ser válvula de regulación”.²⁵

Tras la polémica en torno a un libro de corte teórico y metodológico se hallaba una controversia acerca de los orígenes de la guerra. Ello se debía a que el conflicto que por ese entonces enfrentaba a las principales fuerzas de Oriente y de Occidente conformaba el centro en torno al cual giraban todas las reflexiones. Gaos no fue la excepción. Así lo muestran las notas que aún se conservan de esos años, en las que con meticulosidad registró su sentir respecto de los distintos bandos en pugna y que él mismo redujo a tres: el nacionalsocialista, el soviético y el anglosajón. Con la manía que siempre le impelió a justificar sus actos y preferencias, identificó el “motivo decisivo” que lo condujo a no tomar partido por el primero. Contra lo que pudiera suponerse, ese motivo no residía en “ninguna peculiaridad del nazismo o previsible consecuencia de su triunfo más o menos ingrata, pero también más o menos compensable por otras o en definitiva soportable”; se trataba de una implicación contenida en su esencia misma y expresada en la idea de superioridad racial. Para quien tuviera conciencia de su propia dignidad, pensaba, sería absurdo pronunciarse en favor de “quien no puede considerarle como igual, por ‘razones’ étnicas que los miembros de otros pueblos no pueden menos de estimar injustificadas”. El error del régimen alemán consistía, por consiguiente, en no escuchar la experiencia histórica de los imperios que habían buscado, como en Francia, incorporar a los nuevos súbditos mediante una especie de “imperialismo espiritual”.

Otro tanto podía afirmarse del comunismo debido a su limitación clasista. “Quien no es proletario de nacimiento —escribió— tiene que abjurar de la clase nativa para hacerse sinceramente comunista”; sin embargo, “ab-

²⁵ MEDINA ECHAVARRÍA, “Contestación de José Medina Echavarría”, pp. 109-113.

jurar de convicción y de grado de la clase nativa estimada superior es imposible”. Que así la considerara él mismo resulta una consecuencia natural de su escala de valores, coronada, no tanto por bienes materiales como por la “libertad de acción intelectual”, a la que se sumaba el nada despreciable “determinado prestigio social”.²⁶ Pero aunque los beneficios personales no constituyeran un argumento suficiente, ¿qué mejor prueba de la pobre misión histórica del proletariado que haber sido “las clases medias en trance de proletarización la fuente primera y principal de las masas fachistas”?, aducía en defensa de su propio grupo sociocultural un Gaos ignorante del gran número de intelectuales y miembros de la alta burguesía que había engrosado sus filas.²⁷ Por si fuera poco, abundaba, la participación soviética en la Segunda Guerra Mundial había mostrado un pragmatismo muy lejano a los preceptos promulgados. El pacto de Moscú y la invasión de Finlandia bastaban para dudar de la autenticidad de sus principios, en primer término aquel que proclamaba el final de todo régimen de opresión.

Como muchos de sus contemporáneos, el antiguo rector de la Universidad de Madrid había juzgado con temor el pacto germano-soviético firmado en agosto de 1939, ya que, a su entender, “la única combinación realmente explosiva del mundo entero [...] es la del nazismo con el soviétismo”. Uno y otro *ismo* político proponía a su manera poner un término al dolor urgente, “no con la evolución sincera y segura, sino con la *re-volución* instantánea, [que] es... mesianismo: quizás caridad, cuando no resentimiento; en todo caso, irrealismo, ilusionismo, utopismo, ucronismo...”. El reluciente vehículo del progreso se asomaba como la única solución verdadera a los males de la época, vehículo que, a juzgar por sus palabras, se asemejaba más al relativamente lento y estable barco de vapor decimonónico que al velocísimo tren que pobló el imaginario colectivo durante la primera mitad del siglo xx. Alcanzar el bienestar social dependía, por lo tanto, de la constancia y paciencia que propugnaba el “liberalismo socialista”, según llamaba a la corriente a la que él mismo se adscribió. Por desventura, en la coyuntura de entonces sólo las fuerzas aliadas, a las que tanto debía la derrota republicana, parecían sostener la reforma como vía del cambio. Por ello y no sin un dejo de remordimiento admitió que “cuando he comprobado que espontáneamente me inclinaba hacia Inglaterra y Francia, he comprendido que soy, auténticamente, ‘reaccionario’”.²⁸

²⁶ AJG, I, exp. 47, f. 8791.

²⁷ *Ibid.*, exp. 9B, ff. 921a-921h.

²⁸ *Ibid.*, exp. 47, f. 8791.

Como es natural, también sus coetáneos se encontraban con la mirada fija hacia lo que sucedía al este del Atlántico. En la segunda mitad de 1942, el propio José Medina Echavarría justificó la apertura de un seminario colectivo consagrado al análisis de la guerra, aduciendo que “es difícil encontrar en estos momentos otro tema de estudio que interese por igual a todos los hombres reflexivos preocupados por el futuro”. No le faltaba razón: en tiempos en que el poderío nacionalsocialista se imponía en casi toda Europa y parte de África, el devenir de la Humanidad parecía pender de un hilo o, en este caso, del éxito o fracaso de la Luftwaffe. A ello se sumaba la reciente incorporación del ejército estadounidense en el frente asiático, confirmando la sospecha de que ninguna región del globo se mantendría a salvo, sin exceptuar, desde luego, a la hispanoamericana. En ese contexto, el seminario se presentaba como el marco idóneo para sustituir el vértigo ante los acontecimientos por el entendimiento y la claridad. Sin embargo, si la discusión y el intercambio de ideas servirían para comprender el presente, también proporcionarían herramientas para afrontar el porvenir. En efecto, argumentaba el organizador, más que satisfacer una simple “curiosidad teórica”, el examen en conjunto permitiría establecer “el fundamento previo y necesario de una acción inteligente y enérgica”, así como la “imprescindible visión de conjunto” que precisa “todo proyecto para la organización pacífica y estable del mundo”.²⁹ A una escala reducida, Medina ponía de esta forma en práctica los lineamientos de aquel “foro científico” que había propuesto unos meses atrás.

Entre agosto y diciembre de ese año, El Colegio de México, según el nombre que adoptó la antigua Casa de España, fungió como sede de encuentro para debatir sobre el tema propuesto. A lo largo de 12 sesiones, cada uno de los invitados expuso un aspecto desde el ángulo de su especialidad, ya fuera el político, el militar, el económico o el social. Entre la multiplicidad de visiones no se olvidó a la filosófica, concentrada, en esa ocasión, en desentrañar los claroscuros de la naturaleza humana. Antonio Caso fue el encargado de introducir la problemática a partir de una ponencia en la que, a semejanza de su obra *El Estado totalitario y la persona humana*, identificó tres principios como unidades explicativas de la terrible conflagración contemporánea: las pasiones, la doctrina de la soberanía y el totalitarismo moderno.³⁰ En ánimo de controversia, José Gaos decidió entrar a

²⁹ “El Seminario Colectivo sobre la Guerra”, pp. 1-3.

³⁰ CASO, “Las causas humanas de la guerra”.

la carga, si bien centró su intervención únicamente en el primer elemento. Que el hombre fuera belicista de modo sustancial o sólo por accidente, que se tratara de un impulso o de una pasión, que el individuo se entregara a él movido por el *tedium vitae* o por amor a la muerte, eran cuestiones irresolubles por medio de la teoría. Cualquier término que se eligiese en esas disyuntivas, constituiría un asunto de voluntad y no de mera intelección. Con ello comenzaba a delinear una postura que desarrollaría en años posteriores, consistente en afirmar que ahí donde aparecían los límites de la razón pura, intervenía de modo necesario su contraparte práctica. Ahora bien, entre los puntos que requerían una resolución de esta índole, se encontraba el siguiente: “los hombres de lengua española pertenecemos a una cultura que ha ‘presumido’ de bélica, ‘presumido’, esto es, con valoración positiva de su belicismo”. “Volviéndonos pacifistas —continuaba—, ¿no nos volvemos renegados de nuestra tradición?”³¹

Aunque es de suponer que la pregunta tuviera un valor retórico y polémico, ella revela un interés cada vez más expreso por el devenir histórico de nuestra región. A reorientar su atención hacia las tierras que lo acogían contribuyó, desde luego, el traslado a esta orilla del Atlántico, sin que ello signifique que el viraje en su mirada fuera automático o simultáneo al cambio de ubicación geográfica. Este viraje derivó de un arraigo progresivo. Conforme relegó al fondo de su mente las imágenes de España, sus ojos se volvieron más sensibles ante el paisaje americano y lo que vieron fue un horizonte cargado de posibilidades. Tendrían que pasar todavía un par de años para que esas ideas cristalizaran en un programa intelectual. Los primeros esbozos de ese proyecto aparecen con la significativa fecha del 12 de octubre de 1941 y con una dedicatoria a Daniel Cosío Villegas, promotor de un nuevo encuentro entre dos mundos. Gaos decidió coronarlos con el título “Sobre la futura filosofía de lengua española (Prolegómenos a toda palabra de lengua española que haya de poder llamarse filosofía)”, encabezado que sugiere el deseo de encuadrar sus apuntes en el marco de un tratado. No menos sugerentes resultan algunos de los temas que enumeró a continuación, entre los que destacan “la salvación de las circunstancias”, “la filosofía y su historia”, “filosofía, lengua y literatura”, “las formas de la filosofía”, “el carácter del filósofo” y algo que denominó “crítica de la razón tropical”.³²

³¹ GAOS, “Sobre Antonio Caso. Las causas humanas de la guerra”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 615-617.

³² AHCM, José Gaos, c. 5, exp. 4, ff. 1-2.

Una conferencia dedicada al estudio de la cultura prehispánica aparece como verdadero punto de arranque en ese proceso de ideación. En unas hojas sueltas registró el momento preciso en que una visión, en un sentido literal, revolucionó sus ideas. En ellas escribió: “Las proyecciones finales sobre la escultura mexicana precortesiana hoy, 13/1/42, me han hecho ‘intuir’ como quizá nada hasta aquí la importancia de América para la filosofía”. Más que cualidades intrínsecas a las piezas, el objeto de su asombro fueron ciertas semejanzas con el arte escultórico griego, el “prefidiano por lo menos”. ¿Cómo explicar las similitudes entre pueblos tan alejados física y temporalmente, de no ser por la existencia de una naturaleza humana, de un fondo en común a todos los hombres? Por un segundo, la sombra de la esencia desdibujó sus antiguas convicciones, llegando a creer que el concepto de historicidad era producto de “un panorama limitado a la línea europea”. Pero únicamente por un instante, un instante de duda que, como en la experiencia de san Antonio, sólo fortaleció su fe. Y así, tras comprender que en el Nuevo Mundo había hallado, no tanto la prueba de un sustrato universal, cuanto un nuevo ángulo de percepción, su perspectivismo resurgió vigorizado. A partir de ahí muy poco le costó convencerse de que ese ángulo no era uno cualquiera, sino aquel que le permitiría alcanzar los 360 grados, el círculo perfecto. No es otra cosa lo que expresan sus primeras conclusiones: “América sería el fenómeno último capital para una concepción de lo humano y con ello una *Weltanschauung* y filosofía en general”.³³

Sus siguientes anotaciones muestran con claridad la dirección que tomó su pensamiento. ¿Cuáles eran las posibles relaciones entre la filosofía y nuestro continente? Tras desglosar una serie de temas concomitantes, extrajo dos vertientes susceptibles de análisis: una filosofía americana por su objeto, América, y una filosofía americana por su sujeto, los americanos. Centro de confluencia entre esos dos extremos, él mismo se insertaría dentro del esquema general, al estudiar las producciones filosóficas de esta inmensa isla y reflexionar acerca de su propio acto de filosofar en ella. No resulta casual que provisoriamente titulara su proyecto “Jornada de América”, en alusión directa a aquellas *Jornadas filosóficas* que por ese mismo tiempo bregaba por componer. En una y otras, sus *Erlebnisse* o vivencias funcionarían como hilo conductor, si bien en la versión más reciente el acento recaería sobre el desplazamiento geográfico e intelectual que lo había conducido de España a México. Según lo formuló entonces, se trataría, por un

³³ *Ibid.*, c. 21, exp. 4, f. 1.

lado, de una “filosofía de mi jornada americana: encuentro con América —y con ‘América’; con una realidad humana, histórica, consciente para otros, pensada por otros, y de sí y por sí”. Pero por el otro, también incluiría una “filosofía sobre América: el mismo encuentro y además la busca de los antecedentes históricos, el punto de partida histórico, primordial a la filosofía de la actualidad, América en la filosofía”.³⁴

Por efecto del destierro, aquellas coordenadas tan alejadas de su pensamiento hacía tan sólo unos años se encontraban ya en el centro de su mapa mental. Al menos en este sentido es cierto que para él, como para algunos otros intelectuales españoles, el exilio supuso un “segundo descubrimiento”, aquel que permitiría renovar vínculos e iniciar otra era de la Historia. En sus notas, el propio Gaos se refirió a una “dialéctica de la identificación de América: mundo que se cree conocido y se va descubriendo nuevo; mundo que plantea el problema de su novedad hasta resolverlo por su identidad de naturaleza con el conocido”.³⁵ Había más: en ese ir y venir entre lo novedoso y lo antiguo, también esto último aparecía iluminado por los hallazgos recientes, revistiéndose de una significación igualmente novedosa. Así lo admitió en unas notas tituladas “Lecciones de esta América”:

Suponiendo que el tener que emigrar de la patria sea siempre *un mal*, lo que por la emigración a la América española es por lo menos dudoso, nos ha dado a los españoles republicanos un conocimiento de América que se ha traducido en un conocimiento de lo hispánico en general. Y aún de lo universal, imposible de haber permanecido en España: la directa intuición de las cosas es insustituible.³⁶

Los lectores de *Cuadernos Americanos* muy pronto tuvieron ocasión de conocer los primeros avances en esa dirección, es decir, tendientes a reflexionar en términos hispánicos, por oposición a español, y a insertar el conjunto dentro de un marco universal. Entre las páginas de esa revista apareció, entre julio de 1942 y noviembre de 1943, un largo artículo dividido en tres partes y titulado “El pensamiento hispano-americano. Notas para una interpretación histórico-filosófica”. En él, Gaos se esforzó por

³⁴ *Ibid.*, ff. 2-3.

³⁵ AJG, 1, exp. 48, f. 9042. Según él mismo reconoció, en este punto Gaos acusa la influencia de Edmundo O’Gorman. Véase GAOS, “Pensamiento hispanoamericano”, en *Obras completas*. V. *El pensamiento hispanoamericano*, p. 54.

³⁶ AJG, 2, exp. 24, f. 34358. *Cursivas en el original.*

identificar el lugar que ocupaban los hombres de lengua española en una triple vertiente: la espacial, la histórica y la intelectual. Nada de particular tendría el primero de esos aspectos, de no ser por el significado que adquirió la geografía en el vocabulario de este autor: más que una descripción de cualidades telúricas, esa ciencia debía ocuparse de la relación entre los territorios a lo largo del tiempo. Desde esa perspectiva resultaba posible comprender las divisiones del globo, no tanto en términos de cercanía o de lejanía física, cuanto a partir de sus vínculos históricos allende las fronteras. Esa concepción explica que en su cartografía personal los bloques terrestres se multipliquen y que se refiriera a Ibero-América, a Hispano-América, a Luso-América, a Anglo-América y a Euro-América, en función de los polos que enlazaba en cada caso y por no mencionar sino los que conciernen a esta parte del planeta. Pero no era todo: concebidos como superficies en movimiento, las regiones aparecen como espacios en constante transformación, en ocasiones modificadas lentamente y otras tantas con inesperada brusquedad. Nada ejemplificaba mejor esos sacudimientos que la guerra que entonces se vivía, tan violenta y extendida que era capaz de fraccionar la Tierra en nuevas porciones. Si bien todavía era temprano para vaticinar un vencedor en esa contienda, para Gaos una cuestión quedaba en claro: que cualquiera que fuese su desenlace, el centro de gravedad abandonaría Europa para posarse en América, presente y futuro del devenir humano.

El segundo aspecto analizado, el elemento histórico, mostraba con mayor nitidez los cambios dentro del entramado americano. Bajo el signo del Imperio, el Viejo y el Nuevo Continente se habían encontrado en el siglo xvi, iniciando así una marcha desigual pero en común. Cien años más tarde, postulaba este historiador, se había verificado un desplazamiento en sentido inverso, es decir, conducente a la separación de las dos orillas. Se trataba del movimiento ilustrado, corriente de pensamiento que detonó un proceso de “revisión y crítica del pasado” en los territorios de la Corona. Ahora bien, mientras que en las colonias el impulso de ruptura culminó con las independencias, en la península se había visto frustrado una y otra vez, sin terminar de consumarse. Esto se debía a que los partidarios del imperio, con mayor presencia en el centro que en la periferia, habían logrado sofocar el aliento renovador, incluyendo el que había inspirado a la Segunda República. De tales fundamentos extrajo una tesis que con el tiempo se haría célebre: “España es la última colonia de sí misma, que permanece colonia de sí misma, la única nación hispanoamericana que del común pasado imperial queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también

políticamente”.³⁷ Del curso y resultado de la Segunda Guerra Mundial dependía, sin embargo, que la situación se revirtiera y que la antigua metrópoli retomara el camino hacia su independencia.

La contienda en Europa no es la única que se asoma en esas páginas. También aparece aquella otra que transforma la historia en un campo de batalla. Al filo de la escritura, Gaos fue delineando su propio concepto de pertenencia, delimitado no tanto por una adscripción física, cuanto por una de tipo espiritual. Partiendo de esa premisa, resultaba evidente que una comunidad se formaba en función de afinidades e intereses, valores e ideales, así como de cierta sensibilidad en común. Además de facilitar su propia inscripción en una colectividad distinta a la que su nacimiento le había deparado, con esa operación configuraba dos campos antagónicos: la de quienes, como él mismo, participaban de la herencia liberal, es decir, los republicanos y aquel México que había sabido reemplazar “un antihispanismo que seguía siendo reacción contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva”.³⁸ En el bando opuesto se encontraban los conservadores y los reaccionarios, rémoras siempre presentes de la más rancia tradición colonialista. Que entre ellos figuraran de modo destacado los franquistas surge como correlato necesario de su argumentación, en particular si se consideran los postulados de aquella doctrina, conocida como de la Hispanidad.³⁹ En contra de una forma de pensamiento que colocaba a la península ibérica en el centro de la constelación hispanoamericana, el discurso de Gaos proponía una relación entre iguales e incluso más: a la luz de los acontecimientos y de su aventajada situación política, los Estados americanos estaban en condiciones de socorrer a aquella España, víctima de su propio pasado.

Espiritual e histórica, la comunión establecida entre los hombres de lengua española era sobre todo de índole intelectual, tal como lo demostraba el desarrollo de la filosofía en ambas orillas del Atlántico. Un breve recorrido por la historia de esa disciplina, desde la mística y la escolástica

³⁷ GAOS, “El pensamiento hispano-americano. Notas para una interpretación”, en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, pp. 40-41.

³⁸ *Ibid.*, p. 41.

³⁹ El reglamento del Consejo de Hispanidad, promulgado el 7 de abril de 1941, definía la Hispanidad como “el conjunto de naciones que integran el mundo hispánico”, así como “su peculiar espíritu y entendimiento de la vida, su común tradición histórica y superior destino universal”, cit. en GIL PECHARROMÁN, *La política exterior del franquismo*, p. 42.

hasta su desarrollo moderno, bastaba para confirmar —y ésta era su tesis central— que había “una filosofía española por la lengua y por el pensamiento”. Uno y otro término constituían el basamento de su unidad, a través del tiempo y del espacio. Pero si hubiere algún escéptico entre los lectores, Gaos aportó la prueba a partir de una “caracterización formal y material”, de la que extrajo ciertos rasgos comunes a la producción filosófica hispanoamericana: en primer lugar, su valor estético, reflejado en la calidad literaria y estilística que presidía esos escritos, así como en sus géneros de expresión por excelencia, el ensayo y el artículo. Estas propiedades formales respondían al talante mismo de nuestros pensadores, que preferían proceder “por emotiva espontaneidad ideativo-imaginativa, inicial y reiteradamente inspirada y feliz”.⁴⁰ De ahí que la oralidad predominara sobre la palabra escrita y que la literatura de ideas llegara a confundirse con la literatura de ficción.

Engarzado con el gusto esteticista, se hallaba una arraigada vocación política en su más amplia acepción, es decir, entendida como la búsqueda de la “organización total de la total comunidad cultural”. En este sentido, el manejo de la pluma se encontraba enraizado en la acción y en una inquietud por incidir en el acontecer nacional, propulsando, ora la mejora, ora la transformación social. Si este afán convertía a sus autores en constructores de una nación y de una identidad colectiva, también reducía gran número de escritos a la circunstancia que les dio origen. Tal era la gloria y la tragedia del pensar en español, ambas provenientes, en su opinión, de que “el escritor hispanoamericano contemporáneo no se contenta con ser escritor. Tiende a ser, quiere ser, en grande, valiosa, creciente proporción, pensador, filósofo —y didáctico, docente, maestro”. Y es que, como parte de su contribución al edificio social, las principales figuras del pensamiento habían conferido a sus textos una dimensión pedagógica —tercera nota registrada—, transfigurándose así en “educadores de pueblos”.⁴¹

La unidad del pensamiento en lengua española quedaba, pues, demostrado a partir del carácter en común de ciertas peculiaridades. Resulta admirable que, para abstraerlas, Gaos fuera desgranando los nombres y la obra de un sinnúmero de autores, cuyo conocimiento contrasta con

⁴⁰ GAOS, “El pensamiento hispano-americano. Notas para una interpretación”, en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, pp. 51 y 64.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 69-70 y 85.

aquella ignorancia “supina” que admitía hacía tan sólo un par de años. Ese inmenso esfuerzo de lectura se veía justificado por la finalidad que subyacía en su estudio y que consistía en probar, no sólo las semejanzas de tipo formal, sino el destino compartido de aquel conglomerado de letras. El sino histórico había determinado que tanto en España como en América se cuestionara la naturaleza filosófica de su pensamiento e, incluso, su “aptitud para la filosofía —la flor o el fruto que corona una cultura”. Alcanzar la cima de la civilización dependía, por consiguiente, del estatus que se prestara a las producciones hispanoamericanas. El problema residía en que los mismos rasgos que aportaban unión y concierto constituían los principales argumentos en su contra, dado que su presunta condición asistemática y ametódica las situaba a contracorriente de lo que establecía el canon filosófico occidental. Así como había hecho hacía casi una década con motivo de los trabajos de José Ortega y Gasset, Gaos propuso ampliar los criterios de definición, de tal suerte que incluyera aquellas formas menos convencionales, como las que distinguían a la prosa castellana. A fin de cuentas —sostuvo— todo juicio era oriundo de la historia, susceptible de cambiar conforme al paso de los días y al temperamento de las generaciones. A la ronda de entonces correspondía, por lo tanto, determinar bajo cuál signo colocaría a sus antecesores o, dicho de otra manera, “*el pensamiento hispanoamericano del pasado será lo que decida el del presente y futuro*”.⁴²

Detrás de su alegato en favor de una idea de la filosofía más incluyente, se perfila un argumento de mayor alcance que implicaba derrumbar antiguas concepciones y dar cabida a nuevas formas de racionalidad. En un discurso que en esos años pronunció por los micrófonos de Radio Nacional aparece con nitidez el sentido de su propuesta, al tomar como ejemplo a su tierra natal y a su supuesta decadencia. “Para que una decadencia —afirmó entonces— deje, no de parecerlo, sino de serlo, no será menester que —cambie el pasado, lo que *parece* imposible; [...] bastará que cambien las estimaciones, para que lo que se estimó decadencia deje de estimarse tal”. Con dejes redentores que recuerdan a los de Walter Benjamin explicaba, “porque *el pasado no es una realidad acabada, completa, sino que van acabando, que van completando los sucesivos presentes*”. Con el fin de darse a entender con mayor claridad, presentó a sus radioescuchas el siguiente experimento mental:

⁴² *Ibid.*, pp. 91 y 99. Cursivas en el original.

Supongamos decaídas, modificadas, las estimaciones de la modernidad. España dejará de parecer decadente. No habría decaído. Un nativo e inalienable genio la habría hecho —aguardar. A la luz de un cambio histórico como el que se insinúa, su *decadencia* puede llegar a parecer *disidencia*, disidencia de las estimaciones de la modernidad; puede llegar a parecer una más de las aportaciones, gestadas por los pueblos en silencio mientras dan el tono los que callarán a su vez, a la historia humana.⁴³

Un giro en la *Weltanschauung* era nada menos que el corolario de su planteamiento, adelantándose así y por muchas décadas a las investigaciones contemporáneas que han cuestionado el concepto de “modernidad”.⁴⁴ Contra la idea de un modelo unitario en tanto prototipo de desarrollo, Gaos sugería concebir la realidad como una suma de diferencias; contra un esquema construido en términos de “adelanto” y de “atraso”, de “florecimiento” y de “decadencia”, proponía entender las divergencias como el desempeño de una función particular e irremplazable dentro del cuadro total. La que correspondía a nuestra región no era en modo alguno despreciable, puesto que, afirmó en su artículo sobre el pensamiento hispanoamericano, “América completa la Tierra —es la última parte de ésta adonde el hombre ha podido transmigrar horizontalmente e intentar la realización de sus utopías”.⁴⁵

A semejanza de lo que sucedió en los inicios de la era moderna, el Nuevo Mundo se convirtió en depositario de los más variados sueños e ilusiones, un horizonte abierto a las posibilidades canceladas en Europa. Si, como sostenía este lúcido cronista, tal había sido su vocación desde tiempos lejanos, la Segunda Guerra Mundial confirmaba ahora la sospecha del papel predominante que en unos años debería desempeñar América. En este aspecto concordaba con muchos de sus colegas, convencidos de que la conflagración bélica y la barbarie totalitaria exhibían la crisis profunda en

⁴³ GAOS, “La decadencia”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, pp. 477-482. Cursivas en el original. Este discurso se pronunció en 1946 como parte de un ciclo de charlas dedicadas al tema “España”, dentro del marco de la IV Feria Mexicana del Libro y Exposición del Periodismo, patrocinado por la Agrupación de Periodistas Republicanos en el Exilio.

⁴⁴ Para un cuestionamiento contemporáneo de la noción de “modernidad”, véanse los ensayos contenidos en BERIAIN y AGUILUZ (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*.

⁴⁵ GAOS, “El pensamiento hispanoamericano. Notas para una interpretación”, en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, p. 107.

que se hallaba sumida la civilización occidental. Una vez concluida la ola de destrucción, se abriría un nuevo capítulo de la Historia cuyas páginas escribirían los habitantes del Nuevo Continente. Estas perspectivas explican el sinnúmero de artículos que aparecieron por ese entonces, dedicados a especular sobre los diferentes escenarios que se impondrían en el futuro inmediato. Aunque divergían en cuanto a las particularidades del desenlace, todos ellos convenían en que la balanza del poder se inclinaría hacia nuestra región en tanto heredera del ayer y guía del mañana. Y si algún hereje se atrevía a disentir y a observar con sorna que “proclamamos, con una suerte de vanidad provinciana, que somos, de ahora en adelante, los depositarios de la cultura universal”, tal como lo hizo José E. Iturriaga, entonces debía soportar que se le recordara, en severo y largo sermón, que “América está llamada a articular su palabra, su evangelio o buena nueva”.⁴⁶

Fiel a su propósito de investigar la realidad social americana, en 1944 José Medina Echavarría dedicó el segundo año de su Seminario colectivo a discutir acerca del tema “La América Latina”. En la presentación que redactó con ese fin, explicaba que el motivo de elección radicaba en que “la situación actual es quizá una coyuntura única”. Esto se debía, aclaró, a que “confluyen en ella un estado de conciencia cada vez más agudo y una situación real que en su plasticidad ‘transitoria’ favorece el comienzo de una acción firme y bien orientada”.⁴⁷ Como parte de ese “esfuerzo constructor” y a semejanza de lo que había ocurrido 12 meses atrás, especialistas de distintas disciplinas y nacionalidades se darían cita para dialogar acerca de la temática propuesta. Entre ellos se contó José Gaos, quien el 13 de abril presentó una ponencia intitulada “El pensamiento hispanoamericano”. Al igual que en aquel otro artículo de idéntica denominación, en ella expuso su tesis respecto a la confluencia de las producciones intelectuales en el mundo hispánico, tomando como puntos de apoyo tanto la historia como el fondo y las características formales que les daban expresión. La creciente familiaridad con los autores oriundos de estas latitudes se ve reflejada en la facilidad con que fue barajando nombres y obras, clasificados en función de un desarrollo que conducía al inmanentismo contemporáneo.⁴⁸ Toman-

⁴⁶ ITURRIAGA y LARREA, “Hacia una definición de América”, pp. 7-33.

⁴⁷ “El Seminario Colectivo sobre ‘La América Latina’”, pp. 3-4.

⁴⁸ Acerca del sentido de este término, explicó Gaos: “El prescindir, el abstraer, el aislarse del otro mundo, de la otra vida, es un inmanentismo común a todos los que pierden la fe en éstos y en la misma medida dejan de ser individuos de la comunidad respectiva —es el inmanentismo de la sociedad moderna. El prescindir, el abstraer, el

do el fenómeno secularizador en tanto hilo conductor, aquellas dos grandes etapas históricas, Colonia e Independencia, recibían una nueva interpretación: más que procesos puramente políticos, ambos estaban marcados por un cambio en las percepciones y mentalidades de los actores. Con ello hacía referencia a la religiosidad reinante en los tiempos del Imperio, poco a poco sustituida por un racionalismo creciente durante los orígenes y desarrollo de la era independiente. De este modo, la región hispanoamericana había avanzado hacia la edad moderna, si bien a su manera y nunca del todo. Esa peculiaridad le infundió un carácter refractario ante los progresos de la técnica, manteniéndola en la retaguardia de la cultura occidental. Sin embargo, lo que hasta entonces se había considerado como causa de atraso aparecía, a la luz del triunfo totalitario, como una posible ventaja. En efecto, sostenía, el advenimiento de tales regímenes respondía a la necesidad de sustituir el repliegue individualista por una nueva fusión con el todo, pero resultaba evidente que ni el fascismo ni el comunismo, en su irracionalidad, constituían respuestas adecuadas. Por el contrario, “la salida de la crisis parece no poder encontrarse más que en la dirección de una nueva comunión de fe trascendente, en que la razón vuelva a ser el órgano al servicio de la comunión y su fe trascendente”. En ese escenario, continuaba, “los países de lengua española parecen singularmente vocados por su antagonismo a la modernidad a cooperar creadoramente al advenimiento de la nueva comunión”.⁴⁹

Prueba de la importancia y de la naturaleza interdisciplinaria que se prestó al Seminario, entre los comentaristas de la ponencia se encontraban algunas de las personalidades más destacadas del medio intelectual mexicano: el arqueólogo Alfonso Caso, los filósofos Ezequiel Chávez y Juan David García Bacca, el historiador Mariano Picón-Salas y el escritor Agustín Yáñez. Cada uno a su modo se erigió en contra del carácter “intelectualista” del texto en cuestión, objetando en particular la dicotomía entre “cristianismo-des cristianización”, entre “religión y ciencia”. Con mayor ímpetu se insistió en la singularidad del pensamiento americano, irreducible en más de un sentido a su vertiente europea. El núcleo del reparo, que se repetiría con la monotonía de un péndulo a lo largo de los años, radicaba en haber dejado de lado el elemento indígena, verdadero origen y sustrato de la na-

aislarse de todo lo trascendente a la razón individual, es el inmanentismo de la filosofía”. GAOS, “*El pensamiento hispanoamericano*”, en *Obras completas*. V. *El pensamiento hispanoamericano*, p. 43.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 50.

ción mexicana. El esfuerzo por asimilar la historia de ambas orillas resultaba así frustrado.⁵⁰ En su respuesta, el ponente reconoció las limitaciones inherentes a su enfoque y nacionalidad, aduciendo que,

cuando al término del primer abordaje del tema del pensamiento hispanoamericano advertí que en la unidad de él con el español no se me había hecho notar por ninguna parte una inspiración, un ingrediente indígena [...] no dudé de su existencia, sino de la existencia de otras dos cosas: de métodos capaces de denunciarlo y discernirlo a la incapacidad de un puro español o europeo y de la incapacidad nativa de éste para percibirlo sin ayuda de tales métodos. Es menester, pues, elaborar tales métodos y aplicarlos [...].⁵¹

La carga de la demostración quedaba, por consiguiente, del lado de los mexicanos, o al menos de quienes estuvieran en condiciones de adentrarse por los inextricables senderos del pensar autóctono. Sin embargo, más que una justificación ante trabas y ausencias, las consideraciones de orden metodológico constituían el centro mismo de su propuesta, dado que en ellas se cifraba un programa conducente al estudio riguroso y sistemático del pensamiento en la región. Éste contemplaba el rescate de fuentes primarias mediante la reorganización de archivos y bibliotecas, la creación de una revista especializada y el fomento de las ediciones o reediciones que se juzgase menester. También proyectaba el estímulo de los trabajos en este campo, reorientando la labor de los institutos y de las tesis en filosofía hacia la historiografía del pensamiento en lengua española, concediendo becas, sustentando congresos y facilitando el intercambio regular entre profesores e investigadores de distintas instituciones. Finalmente, la historia del pensamiento en lengua española se convertiría en una disciplina sólida, al establecer la obligatoriedad de su estudio en todos los centros de enseñanza superior.⁵² En este sentido, su propia ponencia no constituía sino un punto de partida provisional, a la espera de que se organizaran los materiales, se

⁵⁰ Es posible consultar esas objeciones en *ibid.*, pp. 55-60.

⁵¹ *Ibid.*, p. 61. Años más tarde, Gaos juzgaría con ironía el indigenismo mexicano, como cuando certeramente escribió que “los mexicanos criollos e indigenistas que se sienten más aztecas que españoles son tan curiosos como los españoles que se sienten más numantinos que romanos. Casos del predominio de la geografía y el espacio sobre la historia y el tiempo”, véase AJG, 4, exp. 4, f. 61741, 13 de julio de 1958.

⁵² GAOS, “*El pensamiento hispanoamericano*”, en *Obras completas. V. El pensamiento hispanoamericano*, pp. 51-52.

crearan herramientas para su interpretación y se fundaran amplios equipos de trabajo en cada rincón del continente. Sólo cuando todos estos elementos estuvieran ensamblados y se levantara el gran edificio historiográfico sería posible coronar la cúspide con una filosofía en lengua española. El conocimiento del pasado representaba, por lo tanto, el basamento de un futuro digno de tal nombre.

Acaso por coincidir del todo, por estimarlo inalcanzable o por considerarlo poco interesante, ninguno de los comentaristas tuvo a bien detenerse en el proyecto historiográfico. En este caso, sin embargo, Gaos no necesitó confirmación alguna: su propia experiencia bastaba para comprender tanto el valor como el carácter urgente de las tareas previstas. Sus acercamientos iniciales a la materia le habían mostrado que “empieza por no haber, no sólo ninguna Historia del pensamiento de lengua española en su totalidad, ni libro ni siquiera artículo, pero casi ni la idea de semejante Historia”.⁵³ Había encontrado, por ende, un territorio prácticamente virgen, susceptible de brindar los más brillantes frutos de saberlo trabajar. Multiplicar esas cosechas dependía de preparar el cultivo filosófico mediante ciertas labores preliminares, en primer término la compilación de textos y de *corpus* documentales. En este aspecto coincidía con Jaime Torres Bodet, quien desde mediados de 1944 resolvió que la Secretaría de Educación Pública (SEP) editara a un precio módico pequeños volúmenes y antologías, con la finalidad de “divulgar entre nuestro pueblo los valores más altos y auténticos del espíritu universal”.⁵⁴ Semana a semana, la Biblioteca Enciclopédica Popular puso a disposición del público lector las páginas de autores clásicos y contemporáneos, así como manuales técnicos y breves resúmenes de historia. Como parte de esa serie de bolsillo, en 1945 apareció *Pensamiento español*, cuyo contenido y prólogo corrieron a cargo de José Gaos. Aunque dictado por las circunstancias, el libro se prestaba como una ocasión inmejorable para reiterar la profunda unión entre México y España, en tanto “voluminoso *hecho* del pasado y del presente, nada ingrátido ya de porvenir”. Tanto mayor era la necesidad de contar con una obra de esa índole, cuanto que, argumentó, “las relaciones entre la cultura mexicana y el pensamiento español son más apretadas que entre la misma cultura y el resto del pensamiento extranjero, incluso que el resto del americano”.⁵⁵ Se trata-

⁵³ GAOS, “*Antología del pensamiento de lengua española*”, en *ibid.*, p. 93.

⁵⁴ “Nota editorial” en GAOS, “*Pensamiento español*”, en *ibid.*, p. 331.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 333. *Cursivas* en el original.

ba, casi podría decirse, de una sola patria separada apenas por un inmenso brazo de mar.

El prologuista no se conformó con mostrar los lazos entre Vieja y Nueva España; ya fuera en mayor o menor medida, éstos se extendían a todo el continente americano. Hacerlos ostensibles fue el propósito que guió su *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, también publicada en 1945, si bien esta vez por la editorial Séneca, cuya colección Laberinto dirigía por ese entonces el escritor José Bergamín.⁵⁶ En las notas introductorias, Gaos hizo explícita la finalidad de tal volumen, explicando que “del reconocimiento de la existencia del pensamiento de lengua española [...] y de la ignorancia que se tiene de este pensamiento, nació la idea de esta antología como una verificación de su existencia y un útil para la superación de esta ignorancia”.⁵⁷ Por obra de un repertorio bien pensado, las páginas seleccionadas debían confirmar la unidad intelectual de Hispanoamérica a través de la distancia temporal y espacial. El corolario no fue menos asombroso: al organizar los textos y colocarlos en secuencia, se establecía una continuidad histórica entre autores como Benito Jerónimo Feijoo, Simón Bolívar, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Julián Sanz del Río, Gabino Barreda, José Martí, José Enrique Rodó, Justo Sierra y Miguel de Unamuno, sin por ello dejar de lado, en un acto de imparcialidad sin precedentes, a pensadores más tradicionalistas como Jaime Balmes, Juan Donoso Cortés y Marcelino Menéndez y Pelayo. La obra culminaba con sus pares, amigos y maestros, entre ellos Francisco Romero, Alfonso Reyes y José Ortega y Gasset. Que él mismo se encontrara al final de ese prestigioso linaje resulta una consecuencia implícita en tal ordenamiento.

Tras recibir un par de ejemplares, uno fino y otro ordinario, José Vasconcelos le dirigió de inmediato una carta emocionada. Con vanidad indisoluble, comenzaba admitiendo que “me dirigí enseguida, ¿por qué ocultarlo?, a las páginas que me están dedicadas. El acierto para la selección es tan grande que es casi seguro no hubiese salido distinta de haberla hecho yo mismo”. La atinada recopilación de extractos no fue lo único que sedujo al viejo ateneísta; también confesó la complacencia que le había producido “figurar en compañía de mentalidades tan eminentes como las que ha reunido en tan precioso volumen”. Por todo ello, le enviaba su “más rendido

⁵⁶ Véase a este respecto, DÍAZ ARCINIEGA, “Séneca, por ejemplo”, pp. 233 y 248.

⁵⁷ GAOS, “*Antología del pensamiento de lengua española*”, en *Obras completas*. V. *El pensamiento hispanoamericano*, p. 90.

agradecimiento”, así como su “congratulación por la obra que realiza usted en la *Antología* de referencia, recogiendo cosas dispersas y otorgando decoro a un pensamiento que todavía en el orden internacional no suele ser muy estimado. En este sentido todos los de habla española le debemos reconocimiento”.⁵⁸

Pese a las múltiples divergencias con su antiguo compañero de letras, al menos en este punto Antonio Caso no podía estar más de acuerdo. Con motivo de la aparición de *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea* y de *Pensamiento de lengua española* —entre cuyas cubiertas su propia obra ocupaba un lugar destacado—, publicó un artículo encomiando el esfuerzo por vincular las dos orillas.

El hecho de que un intelectual español —afirmó—, partiendo del solar de la raza, llegue a nuestro país y dedique una parte muy principal de su actividad al estudio y consideración de las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo de lengua española, revela que el viajero aprovechó, precisamente, su viaje, para enterarse y enterarnos de esta central corriente filosófica, que liga en estrecho consorcio las manifestaciones de las ideas filosóficas en uno y otro continente.⁵⁹

Aquel hombre que, al margen de su origen, se había comprometido con su tierra de asilo, volcando su conocimiento en favor de los nuestros, se había vuelto acreedor de los mayores merecimientos. Por este motivo, recordó, “México no tiene que ofrecer condecoraciones ni órdenes de caballería; pero la Universidad Nacional Autónoma dispone del doctorado ‘honoris causa’, para recompensar los servicios eminentes en pro de la cultura y de la patria”. Y dirigiéndose al rector, Genaro Fernández MacGregor, y al Consejo Universitario, sugería, “¿no sería el caso de ofrecer, hoy, al doctor don José Gaos, el galardón supremo que otorga nuestra casa de estudios?”. La preciada presea no llegaría a sus manos sino ocho años más tarde. A la espera de que ese momento arribara, Caso le concedió, bajo la forma de un adjetivo, un modesto pero significativo laurel. Sin mayores aspavientos, este trofeo consistía en llamarlo “escritor hispanoamericano”.⁶⁰

⁵⁸ Carta de José Vasconcelos a José Gaos, fechada el 4 de octubre de 1945, AJG, 4, exp. 1, f. 60044.

⁵⁹ CASO, “Un filósofo español” (28 de septiembre de 1945), reproducido en *Obras completas*. IV. *Ensayos. Doctrinas*, p. 261.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 262-263.

A quien de esta forma se honraba no fue indiferente ante las demostraciones de estima, llegando a reconocer, ya en edad madura, que sus trabajos en historia de las ideas en los países de lengua española “han sido apreciados y recompensados en conjunto satisfactoriamente para mí”. Sus ensayos analíticos le habían valido altas ofrendas de consideración, además de brindarle la posibilidad de practicar lo que él mismo calificó como su verdadera vocación: la crítica filosófica. En ese ejercicio se expresaban de modo eminente algunos rasgos de su personalidad, como “la avidez de novedades y las lecturerías”, “la preferencia por escribir sobre autores y la repugnancia a escribir directamente de las cosas mismas”, y, ¿por qué no?, el “gusto por curiosear las vidas ajenas y chismorrear sobre ellas”. Más aún, en la lectura y posterior análisis se cifraba la esencia misma de la actividad intelectual, con la ventaja de que la soledad del escritorio se veía compensada con el placer de “ser enseñado, sorprendido, admirado y enseñar, sorprender, admirar, por participar en impresiones y deleites y comunicarlos, en suma, por convivir cosas gratas con otros, que es lo que es vivir”.⁶¹ En esa práctica, por consiguiente, las ideas descendían del cielo especulativo para albergarse en la cotidianidad de un sujeto concreto, partícipe de su comunidad.

Por una vez, gusto y necesidad confluyeron para que Gaos pusiera su pluma al servicio de la crítica, llegando a componer, a lo largo de sus días, casi un centenar de reseñas y prólogos a las obras de su tiempo. Estos escritos, sumados a sus labores como docente y director de tesis, le valieron que para 1950 se le saludara ya como “salvador” de las circunstancias hispanoamericanas.⁶² El éxito, no obstante, tuvo su precio, debido a que su atención se vio solicitada, con cada vez mayor frecuencia, por autores y editores que requerían de su opinión acerca de algún libro por editar o recientemente publicado. De esta forma, las notas que en un inicio redactó con espontaneidad fueron disminuyendo a medida que aumentaban las recensiones por encargo. Todo ello contribuyó para que, con el paso de los años, lamentara ir “haciendo circunstancial y provisionalmente trabajos a que puede quedar reducida mi obra”. Evitar ese destino dependía de la construcción de un tratado, proyecto largamente ambicionado y siempre pospuesto. El tiempo se agotaba: un infarto car-

⁶¹ AJG, 4, exp. 4, f. 61467, 6 de marzo de 1958; f. 61823, 16 de agosto de 1958, y 10 de enero de 1959, f. 62218, 10 de enero de 1959; exp. 7, f. 63777, 30 de julio de 1962.

⁶² MORENO, “Gaos y la filosofía hispanoamericana”, p. 351.

diaco, sufrido en diciembre de 1958, le mostró la urgencia de recoger y desarrollar sus ideas so pena de morir como Ortega, sin un sistema. Para impedirlo, sólo había una alternativa: “Rescatar el pasado, salvar la vida. Para tantos otros antes. Para mí ahora”.⁶³ Su libro, *De la Filosofía*, estaba en camino.

⁶³ AJG, 4, exp. 4, f. 61150, 26 de diciembre de 1957; y f. 62593, 22 de agosto de 1959.

LAS AFINIDADES ELECTIVAS

La historia, como en general la vida humana, se articula en el lenguaje. En un plano amplio, se reconoce comúnmente que las palabras, en tanto intérpretes de la realidad y vehículos de la experiencia, delimitan nuestra capacidad para pensar los mundos presentes y pasados. Para la disciplina histórica en particular, esto significa que las representaciones del ayer —en un sentido lato— se subordinan a las posibilidades de expresión lingüística y a los alcances de las prácticas discursivas. Pero hay más: como parte de las complejas relaciones entre historia y lenguaje, en décadas recientes también se ha resaltado la existencia de conceptos que funcionan como índices del cambio, como intermediarios en el tiempo o, en ciertos casos, como vestigios de una época ya extinta.¹ Un ejemplo contemporáneo, elegido con toda intención, es el neologismo “transtierro”, voz de afortunada trayectoria que remite al exilio republicano español en México y, en su forma original de “transterrados”, a los integrantes de ese éxodo colectivo. Cualquiera que sea la opinión que merezcan, resulta indudable que uno y otro sustantivo ocupan un lugar de nota entre los mecanismos de adaptación y de integración que desplegaron los refugiados al momento de su llegada a nuestro país. A medida que su uso se fue extendiendo y se insertaron en el habla corriente, ambos contribuyeron a crear, sustituir o modificar las percepciones acerca de ese grupo de asilados. De esta forma, los términos acuñados abonaron a un proceso de construcción identitaria, en el que se buscó dar expresión a una condición considerada inédita, desde una perspectiva tanto histórica como existencial. O al menos así lo fue en vida de su creador, José Gaos.

En una conferencia pronunciada en 1963, el famoso neologista se refirió al origen y significado de la voz “transtierro”. En ella relató cómo, al desembarcar en nuestras costas, “desde el primer momento tuve la impre-

¹ Para un acercamiento a la corriente historiográfica conocida como “historia de los conceptos” puede verse, por ejemplo, el *dossier* dedicado al tema, preparado por FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y FUENTES.

sión de no haber dejado la tierra patria por una tierra extranjera, sino más bien de haberme trasladado de una tierra patria a otra”. Poco había de figurado en esa imagen de suave movimiento entre dos puntos de una misma geografía; en su experiencia, las similitudes entre México y España eran tan grandes que, si percibió alguna extrañeza, ésta nunca superó a la que resintió transitando entre Gijón y Valencia, entre Zaragoza y Madrid. Todo había sucedido como si las aguas atlánticas representaran apenas un paréntesis oceánico, tras el cual se reanudarán los accidentes del paisaje cultural. Pese a la evidente idealización, lo cierto es que los exiliados republicanos encontraron en los países de habla hispana cierta continuidad de costumbres, de historia y —elemento muy significativo— de lenguaje. Este conjunto de afinidades permitió que su inserción en la vida cotidiana y laboral de esas naciones fuera relativamente sencilla y expedita, al menos en contraste con los expulsados del terror nacionalsocialista. Si a esto se aúna la ventaja de pertenecer a una élite intelectual, afortunado objeto de un trato privilegiado, entonces es posible comprender por qué Gaos sostuvo que “queriendo expresar cómo no me sentía en México *desterrado*, sino..., se me vino a las mientes y a la voz la palabra *transterrado*”.²

Sin embargo, su asimilación, en realidad, no fue tan inmediata. Como resulta del todo natural, durante los primeros meses que sucedieron a su llegada, sus afectos lo ligaban a aquel país dejado atrás, todavía apresado en un infierno de pólvora y muerte. Su reciente arribo e inexperiencia en el camino no le permitían siquiera imaginar que las lealtades cívicas pudieran elegirse o que la ciudadanía auténtica se resolviera por un acto volitivo. En el polo opuesto, su auditorio lo escuchó afirmar por esos días que “a la patria se pertenece de tal modo, que nadie deja de ser español o mexicano por obra de su voluntad, sino en la esfera superficial de lo jurídico, mas no en las entrañas de la personalidad, que se transportan a la nueva patria de adopción”.³ La seguridad que denota su discurso se explica por la necesidad de demostrar que su salida no constituía una abdicación prematura y que, sin importar la distancia, la lealtad a la causa continuaba inquebrantable. Sin embargo, sería un error concluir que se trataba de palabras vacías o exentas de convicción. También en privado dejó asentado un sentimiento de pérdida, tan vivo que las lecturas del pasado se convertían, por efecto de la nostalgia, en páginas

² GAOS, “Confesiones de transterrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 546. Cursivas en el original.

³ GAOS, “De las conferencias sobre Filosofía de la Filosofía (1938)”, en *Obras completas*. III. *Ideas de filosofía (1938-1950)*, p. 501.

acerca del presente. Al repasar, por ejemplo, alguna obra de José Martínez Ruiz, mejor conocido bajo el seudónimo de “Azorín”, sus ojos únicamente repararon en los contrastes entre el hoy y el ayer. “España es un amor y duele —concluyó entonces—. Los que verdaderamente la sienten como patria somos los vinculados a ella sólo espiritualmente...”. Una concepción de pertenencia imbuida de tintes esencialistas servía para borrar culpas y para mitigar un pesar amplificado por la ausencia. En nada sorprende, por lo tanto, que a esas frases añadiera: “Al menos me consuela estar en una Nueva España”.⁴

La recepción masiva de sus compañeros de armas, al año siguiente, no hizo sino multiplicar las exigencias de pensar la identidad en términos de origen. Si bien la derrota republicana era un hecho consumado, el estallido de la guerra en Europa despertó la esperanza de que su desenlace incidiera en el destino nacional, derrocando a Franco y revirtiendo el pasado. La ilusión de un eventual retorno alertó respecto de las consecuencias de una estancia que, aunque quizás prolongada, finalmente se comprobaría temporal. Ante esas perspectivas, era preciso evitar que los pequeños españoles perdieran sus raíces peninsulares durante el tiempo que tardara en restituirse el orden y la legalidad en su tierra natal. Como parte del esfuerzo por contrarrestar los poderes erosivos del medio, José Gaos se ocupó en aleccionar a los niños alistados en el recién creado Instituto Luis Vives acerca del carácter inalienable de la educación y de las tradiciones recibidas. “Se puede transmigrar —alegaba—, nacionalizarse en otro país, en otra cultura. [...] En el fondo se seguirá siendo lo que por patria se era —en cultura extraña”. De modo implícito así se tratara de un mero sortilegio verbal, con esas palabras se esforzaba por disipar las dudas que pesaban sobre los futuros herederos de España. Ellas suponían que, cuando las potencias aliadas vencieran a los regímenes fascistas y se diera el retorno al Viejo Continente, nada habría cambiado y el exilio representaría, a lo sumo, un mal sueño recordado en crónicas y leyendas de viaje. Por si subsistiera algún temor, el parentesco entre la cultura hispana y la de su vertiente ultramarina suponía una garantía adicional: “Ah —exclamó en tono ambiguo—, qué españoles nos resultan Vdes. los mexicanos”.⁵

⁴ AJG, 2, exp. 24, ff. 34250-34251, 6 de diciembre de 1938. Las páginas que despertaron estas frases fueron las *Lecturas españolas* de Azorín. La tendencia a asociar la patria con sus componentes intangibles, principalmente culturales, es un fenómeno común entre los intelectuales exiliados quienes, de esta forma, se erigen en guardianes, cuando no en la viva imagen, de un pueblo y de la tierra de donde fueron expulsados. Sobre estos puntos es posible consultar, FABER, *Exile and Cultural Hegemony*.

⁵ AJG, 1, exp. 75, f. 14666, enero de 1940.

Los recuerdos de España fungían como un cristal en donde el resto se empañaba, o, mejor aún, como un espejo que remitía, una y otra vez, a su propia imagen. Y si, por efecto de la refracción, su identidad y lealtades se mantuvieron a buen resguardo, la realidad circundante aparecía ensombrecida, cuando no oculta, tras el brillo protector de la madre patria. No obstante, el progresivo avance de las fuerzas totalitarias sobre el territorio europeo poco a poco extinguió todo resplandor, obligando a dirigir la mirada hacia el entorno efectivo. Es en ese conflicto entre atavismo y nuevo arraigo donde se inserta la voz “transtierro”. Según rememoró su autor, el término surgió en octubre de 1939, en el marco de un almuerzo que los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras ofrecieron a sus colegas refugiados, recién incorporados a la Universidad Nacional. En nombre de sus compatriotas y con miras de agradecimiento, Gaos tomó la palabra para afirmar que “contra lo que pudiera presumirse, por las circunstancias de todos conocidas en que hemos arribado a estas tierras, nuestro estado de ánimo no es precisamente el de unos resignados, sino más bien el de unos satisfechos”. Motivos de contento, explicó enseguida, había de sobra, en primer lugar por el no tan simple hecho de “encontrarnos en México”. Más que un refugio contra las represalias del franquismo, el país entero representaba una Casa en donde, además de medios para subsistir, habían hallado un hogar. No era todo. También reconoció la complacencia colectiva por laborar “no aparte, sino en las instituciones ya existentes [...], en colaboración con compañeros y maestros a quienes como tales sinceramente estimamos”. Ese íntimo entrelazamiento con el pueblo receptor lo impulsó a acuñar aquella expresión destinada a la celebridad: “Por eso, y como he tenido ocasión de decir precisamente antes de empezar esta comida a uno de los aquí reunidos, no nos sentimos en México *desterrados*, sino *transterrados*, que no es en modo alguno lo mismo y si se me permite la expresión”.⁶

La flexibilidad lingüística y el poder de imaginación se unieron para procrear una metáfora, concebida a partir de un hábil juego de significados.⁷ Mediante el trueque de un simple prefijo, la negación se transformó en continuidad, el despojo en superación, la carencia en movimiento. El resultado fue rico en consecuencias: al tiempo que se declaraba una adhe-

⁶ AHCM, *José Gaos*, c. 10, exp. 18, f. 1.

⁷ En términos estrictos, más que de una metáfora, se trataría de lo que la retórica denomina “catacrexis”, es decir, la imposición de una palabra debido a una laguna en el vocabulario. Véase RICOEUR, *La metáfora viva*, p. 69. Desde esta perspectiva, el surgimiento de este tipo de figuras siempre constituye un acontecimiento del habla.

sión compartida entre América y Europa, en donde el agradecimiento hacia la tierra de asilo no implicaba infidelidad alguna a la causa republicana, también se hacía cargo de su nueva realidad, sin sentimentalismos, cursilerías o victimización. Casi sobra decir que, como todo cambio —ya sea semántico o de otra naturaleza—, el que ahí se operó no estuvo libre de inconvenientes. Uno de los más graves radica en que, a fuerza de conciliar lealtades, el carácter coercitivo del exilio comenzó a desdibujarse, incluso a riesgo de borrar sus componentes políticos. *Bon gré, mal gré*, tal fue el precio que pagó por agradecer a sus anfitriones, mitigar el peso de su extranjería y adquirir el derecho a intervenir en las discusiones del día.

Al parecer, el recién creado neologismo gozó de inmediata complacencia, empezando por quien presidía aquella reunión de profesores, el filósofo Antonio Caso. Repetido por ciertos comensales, retomado en alguna publicación, el término poco a poco se fue ampliando en uso y extensión, acabando por abarcar al conjunto de los refugiados españoles. Pese a su éxito y paulatina difusión, su significado no parece coincidir con el sentir efectivo de los exiliados, tal y como quedó plasmado en la poesía que Luis Cernuda, León Felipe, Emilio Prados, José Moreno Villa y muchos otros más escribieron en México. Todos ellos dejaron claros testimonios de su experiencia como destierro, lacerados ante la imposibilidad de volver a su madre España. Adolfo Sánchez Vázquez, en particular, objetó el empleo indiscriminado de ese sustantivo, debido a que supone idealizar las tierras americanas, pasando por alto su larga historia de caudillaje y de autoritarismo. De mayor peso, su cuestionamiento reposa en que la noción no sólo ignora, sino que también anula el terrible dolor provocado por el desarraigo y la pérdida. Lejos de representar un mero trasplante de una tierra a otra, sostuvo, “el exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y que nunca se abre”.⁸ Por esos motivos, el “transtierro” constituye, en su opinión, un eufemismo que, aunque acuñado de buena fe, suaviza, deforma y desvirtúa la vivencia del exilio.

Siendo así, ¿por qué gozó de tan buena fortuna? Responder a esta interrogante supone adentrarse en la mecánica del exilio, siempre escindido, cualquiera que sea su tiempo y espacio, entre la integración y el extrañamiento, entre la gratitud y la pena. En un contexto en que era menester

⁸ SÁNCHEZ VÁZQUEZ, “Fin del exilio y exilio sin fin”, p. 45. Véase también, del mismo autor, “Del destierro al transtierro”.

conciliar, si no superar, los conflictos provocados por el recibimiento de numerosos asilados, la palabra “transtierro” fungió como una estrategia susceptible de templar un encuentro punteado de tensiones. Canto de sirenas o, por lo menos, música para los oídos, su tenor lisonjero logró endulzar los sentidos de la población local, ayudando a limar ciertas asperezas y a facilitar la adaptación entre ambos pueblos. No menos conveniente resultaba, además, que el término respaldara una razón que, desde el gobierno, pretendía justificar la recepción de ese amplio contingente humano y que consistía en subrayar la ascendencia en común y la pertenencia a una misma raza. Para los recién llegados ofrecía también más de una ventaja. La principal radicaba en resolver, así sólo fuera en el nivel superficial del discurso, la crisis de identidad que resintió una considerable cantidad de refugiados. A caballo entre dos orillas, asumirse como “transterrado” permitía disolver “un problema de conciencia: de fidelidad o infidelidad a la patria de origen. Porque —explicó Gaos— no parecía bastar como justificación la imposibilidad de volver a España con la correlativa forzosidad de quedarse en México”.⁹ Identificar uno y otro país como parte de una misma gesta histórica —y no fue otra cosa lo que hizo en sus trabajos sobre el pensamiento hispanoamericano— contribuyó a zanjar aquella lucha de lealtades de quienes, como él, habiendo combatido por su patria, a la postre debieron contentarse con observarla a la distancia. De ahí que los intelectuales republicanos, afirmó en octubre de 1939, “sentimos, y esto es para nosotros lo principal y decisivo, que trabajando en México y por México, no dejamos de trabajar *por* España, ni siquiera *en* España”.¹⁰

Pese a diversas protestas en sentido inverso, es de resaltar que, en un inicio, el transtierro no fue tanto mexicano cuanto americano. Y es que para Gaos, cuyos pequeños ojos contrastaban con su amplia mirada, las alternativas de arraigo incluían grandes porciones del continente. Entre ellas destacaba Argentina, de donde había recibido varias propuestas de traslado, pero también se contaba la República Dominicana, cuya Universidad lo instaba a organizar la Facultad de Filosofía y Letras. Por si fuera poco, la Casa de España, que por ese entonces reducía su nómina, lo había distinguido con el ofrecimiento de renovar su contrato por doce meses más. Ante la multiplicidad de rutas posibles, el codiciado profesor pedía tiempo para

⁹ GAOS, “Confesiones de transterrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 549.

¹⁰ AHCM, *José Gaos*, c. 10, exp. 18, f. 1. Cursivas en el original.

meditar una respuesta, explicando a Alfonso Reyes que “la aceptación de la invitación actual representa para mí la resolución de radicarme en este país por un tiempo literalmente indefinido”.¹¹ Ninguna hipocresía o verdades a medias se escondían tras esas palabras; pese a su larga travesía atlántica, el obligado viajero era un hombre profundamente sedentario que admitía no sentir deseos “de andar saltando, de año en año, de país en país, sino de arraigar, para trabajar —y vivir”.¹² Por consiguiente, cualquiera que fuere el resultado de su deliberación, éste sería el definitivo.

Que finalmente decidiera residir en México es ampliamente conocido; no lo es tanto que así sucediera por un retraso en la correspondencia. A la espera de que se renovara la oferta de partir hacia el Cono Sur, Gaos se vio en la necesidad de acogerse a la hospitalidad mexicana, al menos mientras ésta se encontrara disponible. El motivo de titubeo se debía a que, junto con el inminente término del gobierno cardenista, comenzaba a temerse que las instituciones de asilo creadas bajo su amparo llegaran también a su fin. Ante un escenario de incertidumbre, el prospecto de partir hacia los dominios de Rafael Leónidas Trujillo adquiría un cariz distinto: un cargo de prestigio, pero llevado a cabo con mayor aislamiento; un trabajo estable, pero bajo la sombra de un dictador. Por esta y otras razones, una mañana de enero despertó malhumorado. Las causas, escribió: “1] el abandono por parte de ella; 2] en medio del avance del *Diario*, el escaso de las *Jornadas* y, en el curso de éstas, las complicaciones...; 3] la noticia de Medina sobre La Casa de España; 4] la perplejidad acerca de Santo Domingo y la urgencia de responder”. Con el ánimo que prestan los albores del día, su subsecuente determinación se vio envuelta de optimismo: “1] ella será mía; 2] mi trabajo, su fecundidad y éxito, compensarán el fracaso [...]; 3] La noticia no es, o nada probable, o nada nuevo; 4] esta tarde resolveré acerca de Santo Domingo”.¹³ En vista del obvio resultado de su fallo, es posible identificar aquella tarde de 1940 como el momento preciso en que optó por “plantar sus tiendas” y ponerse en “plan definitivo”, convencido como estaba de que “en esperas puede pasarse y perderse una vida”.¹⁴ Por una rara mezcla de azar y libre albedrío, de coincidencias y afinidades, quien poco tiempo más tarde solicitó se cambiara su

¹¹ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 1 de noviembre de 1939, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 214.

¹² Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en *Ibid.*, p. 174.

¹³ AJG, 1, exp. 14B, f. 2152. La numeración es mía.

¹⁴ AJG, 4, exp. 5, f. 62633.

calidad migratoria de inmigrante por un año a la de inmigrante definitivo, hizo de México su hogar permanente.

Aunque sólo a medias elegido, el antiguo Valle de Anáhuac ofrecía más de un atractivo a su nuevo integrante. Además de un clima benéfico, un paisaje generoso y agradables paseos —en particular seductores para este amante de las caminatas—, en el curso de sus actividades había conocido numerosas personas de interés, así como a algunas personalidades señeras del medio intelectual. Igualmente alentador aparecía el cultivo de unas cuantas amistades, como las que forjó con Edmundo O’Gorman, con Justino Fernández, con Alfonso Reyes, con Eduardo Villaseñor y con Agustín Barrios-Gómez Villegas. Con ocasión de las vacaciones de invierno, una comitiva formada por las familias Gaos y Cosío Villegas solía partir hacia las costas de Guerrero para disfrutar del todavía paradisiaco puerto de Acapulco. Todo ello contribuyó para que en 1940 afirmara que su “trasplantación” en América “no resulta ni siquiera nostálgica, sino prometedora y estimulante”.¹⁵ A lo cual es dado añadir: por fortuna, puesto que el escenario europeo no permitía albergar mayores esperanzas acerca de un posible triunfo aliado. Tan decidido era el avance de las fuerzas fascistas sobre el continente que en junio de ese año el régimen franquista abandonó su pretendida neutralidad para adoptar el estatuto de “no beligerante”, sin en ningún momento ocultar el polo de sus preferencias. Ya fuera por ese motivo o por considerar, como dijo en más de una ocasión, que nunca contempló la posibilidad de regresar a España, Gaos asentó por escrito su compromiso con el país receptor. El 8 de abril de 1941 envió una solicitud para obtener la ciudadanía mexicana, misma que le fue concedida dos meses después. Mucho más que un simple trámite, puesto que su única ventaja radicaba en adquirir el derecho a voto, la naturalización representaba un gesto de agradecimiento hacia sus anfitriones, así como un punto de no retorno por el que renunció a la nacionalidad española. En acto obligado, pero no por ello menos simbólico, en manos de las autoridades dejó un pasaporte en el que se leen sus odiseas por París, Holanda, Port Bou, La Haya, Le Perthus, Nueva York, La Habana y Veracruz. La vida itinerante había llegado a su fin.

Aunque no de forma inmediata, años después se detuvo a meditar sobre el alcance y sentido de su cambio de ciudadanía. La cuestión, sostuvo entonces, no era “tanto hasta qué punto pueda un español mexicanizarse, sino

¹⁵ Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 176.

hasta dónde hallaría el límite a su solidaridad con México”. Esto significaba que, más que debatir identidades, se trataba de un asunto de pertenencia, cuya concepción dependía de dos modelos distintos: el primero, de raíz naturalista, fundaba la unidad social en términos biológicos, es decir, a partir de nociones como la raza, la sangre y el lugar de nacimiento. El segundo modelo, que él mismo denominó “culturalista”, era propio de quien justificaba su vínculo con la colectividad a partir del libre consentimiento, muy al estilo de lo que Ernest Renan propuso en su conocida obra *¿Qué es una nación?* Si el gusto por las simetrías determinó que Gaos acomodara por pares los elementos de su teoría, la relativa novedad del planteamiento exigió que algunos vocablos de uso corriente adquirieran un nuevo contenido. El resultado fue un glosario un tanto atípico, en donde las expresiones “patria de origen” y “patria de destino” sustituían a los conceptos de “comunidad” y de “sociedad”, cada una provista con su respectiva escala de valores. Así, mientras que la primera correspondía al orden de los sentimientos y encontraba su manifestación extrema en el “más estrecho nacionalismo”, la segunda pertenecía al reino de la voluntad ilustrada y se reflejaba en el auténtico patriotismo, entendido como una “relación digna de estimación positiva con la patria”.¹⁶ Ahora bien, en un punto equidistante entre ambas denominaciones se encontraban los españoles en América, en particular los refugiados, cuya peculiar situación desestabilizaba, cuando no rompía, las definiciones comunes de ciudadanía:

Si de las patrias de origen —escribió— se es miembro como de las “comunidades”, involuntariamente, y de las de destino se llega a serlo como de las “sociedades”, por elección o aquiescencia voluntaria, cuando las de destino tienen relación de filiación con las de origen, la incorporación a aquéllas puede acercarse a la pertenencia a éstas dentro de todos los grados de una relatividad como la que permite al español sentirse mexicano por ser padre o abuelo de mexicanos, que se sienten españoles por ser hijos o nietos de españoles.¹⁷

¹⁶ AJG, I, exp. 10, ff. 1187-1189 y GAOS, “En torno a la filosofía mexicana”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 387-392.

¹⁷ GAOS, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, en *ibid.*, p. 565. Para Gaos, la necesidad de modificar las percepciones tradicionales en torno al español fue decisiva al momento de plantearse el problema de la extranjería, desde una perspectiva tanto filosófica como vivencial. Como parte de ese esfuerzo, en algún escrito procuró diferenciar al “gachupín” del “refugiado”, definido como quien siente “las dos patrias más bien como una *doble patria una*”. Planteada en esos términos, sin embargo, la distinción entra en el orden de la pura autopercepción y pierde todo carácter objetivo. GAOS, “En torno a la filosofía mexicana”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 390.

Con la ciudad de Monterrey como marco de celebración, al cumplirse el decimoquinto aniversario de su desembarco en Veracruz decidió explicar la diferencia entre ambos modelos de pertenencia mediante un paralelismo poco afortunado, tanto por sus implicaciones como por sus consecuencias. Ese 17 de agosto propuso a su público un argumento de tipo lexicográfico, consistente en afirmar que si efectivamente resultaba lícito hablar de “madre patria”, entonces no lo era menos emplear las expresiones “esposa patria”, “amante patria” e “hija patria”. En el primer caso, se hacía referencia a un enlace que, una vez contraído, introducía a la pareja en el orden de las obligaciones contractuales, de la respetabilidad y de lo debido, con su subsecuente pérdida de autonomía. Según el orador, así podía describirse la conexión que usualmente se guardaba con la patria de origen. En el segundo, por el contrario, se trataba de una unión “libremente renovada cada día”, análoga, en ese sentido, a la que era dado mantener con la patria de destino. En ese abanico de correlaciones, también podía existir un nexo de tipo filial, es decir, ahí donde se introducía un aporte, por mínimo que fuese, que incidiera en su fisonomía. Tal era el parentesco al que aspiraban los refugiados españoles, parentesco que sólo se confirmaría cuando “los historiadores futuros puedan reconocer que nuestra presencia en México fue un hecho importante en la vida del país”. “¿Con qué otra cosa —explícó— que con la efectiva realidad del objetivo de esta ambición podríamos pagar a México?”¹⁸

Al parecer, la analogía entre naciones y género femenino escandalizó a algunos neoleoneses bien pensantes, quienes lo interpretaron como una indecorosa apología del adulterio. No obstante y de hacer a un lado esos efectos indeseados, la comparación resulta instructiva en el caso de este infractor de las buenas costumbres oratorias, puesto que permite entender la fractura respecto a su tierra natal —la “esposa patria”— como un largo y doloroso proceso de divorcio. Y es que al hacer su protesta como mexicano, Gaos no se limitó a declarar su “adhesión, obediencia y sumisión a las leyes y autoridades de la República”, a prescindir de “toda protección extraña”, ni a manifestar su compromiso “a no invocar frente a la República ningún derecho inherente a [su] nacionalidad de origen”.¹⁹ En cláusula no estipulada en el contrato, también llevó a cabo una paulatina ruptura con su país

¹⁸ GAOS, “Palabras de transterrado en Monterrey”, en *ibid.*, pp. 636-637; y AJG, 2, exp. 6, f. 30924.

¹⁹ AHSRE, *Dirección General de Asuntos Jurídicos*, exp. AE-42-1, f. 1.

de nacimiento, no sólo en el ámbito de lo jurídico, sino en la dimensión intangible de los afectos.

Un primer indicio de ese distanciamiento se encuentra en su renuencia a participar en las organizaciones creadas durante el exilio, como en la Unión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados (UPUEE). Instituida en 1939 por iniciativa de Gustavo Pittaluga, antiguo catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, esta asociación fue creada con el fin de establecer una red de docentes exiliados. Muy pronto amplió sus objetivos y durante las más de dos décadas que continuó en funciones lanzó varios llamados a la acción internacional, a favor de una restauración democrática en España y en contra del régimen franquista. El convencimiento de que el desenlace de la Segunda Guerra Mundial sería decisivo en el destino de los republicanos exiliados determinó que la UPUEE buscara aprovechar las coyunturas en el escenario global para hacer viables sus demandas. No es ninguna casualidad, por lo tanto, que la decisión de reunir a los más destacados universitarios españoles, en septiembre de 1943, coincidiera con el declive del poderío totalitario y con las primeras acciones anunciadoras de un triunfo aliado. Sólo así se explica el optimismo que inspiraba el encuentro, a celebrarse bajo los auspicios de la Universidad de La Habana y con el propósito de “llevar a cabo un estudio de los problemas de orden económico, social, jurídico y moral que atañen a la futura incorporación de España a la reconstrucción de Europa conforme al programa ideal proclamado en la Carta del Atlántico”.²⁰

Para concretar tamaño proyecto, se estableció una Comisión Preparatoria y se convocó a 46 profesores españoles, todos ellos elegidos entre lo más granado de la emigración republicana en América. Tal como correspondía al antiguo rector de la Universidad Central, cuyas pruebas de lealtad se habían hecho más de una vez manifiestas, el nombre de José Gaos afloró por labios de Roberto Agramonte, en recuerdo de aquella amistad forjada hacía apenas un lustro. Sin duda pensando que el invitado mantenía víncu-

²⁰ “Carta del Dr. Gustavo Pittaluga al rector de la Universidad de la Habana, Dr. Rodolfo Méndez Peñate”, en *Libro de la Primera Reunión*, p. 6. Cursivas en el original. El documento invoca la Carta del Atlántico —suscrita por Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill el 14 de agosto de 1941—, debido a que en su principio tercero estipulaba que los signatarios “respetan el derecho que tienen todos los pueblos de escoger la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir y desean que sean restablecidos los derechos soberanos y el libre ejercicio del gobierno a aquellos a quienes les han sido arrebatados por la fuerza”.

los cercanos con sus compatriotas en México, los organizadores solicitaban, además de su asistencia y comentarios a la agenda, “que recoja, en reunión al efecto, las opiniones y orientaciones de sus colegas en ese país, con objeto de que usted pueda expresar en la Reunión el pensamiento de la mayoría de los Profesores allí residentes”.²¹ No podían estar más engañados acerca de las posibilidades y deseos que albergaba el ilustre convidado y esto no sólo porque sus actividades, multiplicadas por la “carestía creciente de la vida”, apenas le ofrecían algún tiempo de reposo;²² tampoco ayudaba que su paulatino aislamiento respecto a la comunidad intelectual hispana hicieran de él un interlocutor poco propicio. Al menos eso sugiere el hecho de que, salvo José Medina Echavarría y Juan David García Bacca, fueron raros los exiliados con quienes mantuvo un trato afectuoso o siquiera cordial. Entre esos amigos de excepción es de mencionar al dramaturgo, novelista y poeta Max Aub, cuya amistad se había sellado en la juventud, al son de unos pasos de baile. Aunque en menor medida, también se contaba el filósofo Eduardo Nicol, quien durante algunos años frecuentó lo que él mismo llamaba los “sábados de Gaos”.²³ Punto de reunión entre exiliados fue asimismo la casa de Alfonso Reyes, cuya legendaria hospitalidad favoreció que coincidiera con algunos compañeros de destino, llámeseles Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, Juan de la Encina o Juan Roura Parella. En cuanto al resto, los encuentros eran usuales, ya fuera que colaboraran en ciertos proyectos, como los que se realizaron con el auspicio de la Editorial Séneca, que se encontraran frente a frente por los pasillos de El Colegio de México o que se cruzaran ante las aulas de la Universidad Nacional. Nada de esto significa, empero, que la convivencia trascendiera el marco estrictamente laboral.

En esas circunstancias, resultaba del todo improbable que quien limitaba a un estricto mínimo la sociabilidad con sus compatriotas aceptara el encargo de fungir como su centro de enlace. Tampoco asombra que declinara la invitación de concurrir a la cita en Cuba y que redujera su concurso a emitir una opinión sobre el programa previsto. Ésta consistía en objetar uno de los puntos integrantes de la agenda, a saber, aquel en que se hacía

²¹ Carta de Adriano G. Carmona y Romay, fechada el 5 de julio de 1943, AJG, 4, exp. 1, f. 60087.

²² Carta a Raúl Roa, s. f., pero probablemente redactada el 1 de septiembre de 1943, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 282.

²³ Carta de Eduardo Nicol a José Gaos, fechada el 23 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 155, f. 14221.

referencia al “régimen constitucional” español en tanto uno de los problemas a resolver durante las sesiones. A su entender, tal problemática conduciría a declaraciones de “efectos indeseables o contraproducentes”, como hacer de los “reunidos consejeros políticos de potencias resueltas a imponer a España un régimen determinado”, así como a “arrogarse el papel de tutores o, lo menos, consejeros políticos de los compatriotas fuera de la comunidad”. Dada la forzosa falta de representatividad, la única medida al alcance de los reunidos radicaba en pedir que se restablecieran las condiciones para que el país se organizara de acuerdo con la voluntad de sus mayorías. Acto seguido, sería igualmente oportuno procurar la adhesión de las más altas instituciones en el orden mundial. Sólo a partir de ese conjunto de acciones, afirmó, se obtendría una “autoridad moral y política [...] decisiva realmente”.²⁴

En esas líneas, dirigidas el rector de la Universidad de La Habana, Rodolfo Méndez Peñate, aparece sin ambigüedad alguna que Gaos no se engañaba acerca de las perspectivas de producir algún cambio en la situación española, al menos por sí mismos. A contener sus esperanzas sin duda contribuyó su característica lucidez, como también lo hizo un lento proceso de despolitización, iniciado apenas arribó a nuestro país. Ese paulatino viraje hacia el ámbito estrictamente académico se vio reflejado en la carta recién mencionada, en donde sostenía que, si alguna política debía ejercerse, ésta debía ser tan sólo de índole universitaria. Que ninguno de los colegas congregados en La Habana concordara con su postura se deduce de la recepción que mereció su misiva, envuelta, a diferencia de muchas otras, en el más absoluto silencio. Sin embargo, por si esto no bastara, la Declaratoria ahí emitida constituye una prueba fehaciente de esas divergencias: en nombre propio y “en el de los españoles obligados por la tiranía a guardar silencio”, los firmantes condenaban el régimen franquista y lo asimilaban a las fuerzas del Eje. A continuación reivindicaban “el derecho indiscutible a recobrar su poder soberano” y, “como reparación justiciera, a obtener el decidido apoyo moral de las naciones unidas”.²⁵ El manifiesto se ubicaba, por consiguiente, en las antípodas de lo que propugnaba el mesurado don José.

Año y medio más tarde, la historia aparentaba dar razón a los reunidos en Cuba, así como a quienes creían que, junto con el derrumbe de las po-

²⁴ Carta a Rodolfo Méndez Peñate, fechada el 1 de septiembre de 1943, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 277-279. Cursivas en el original.

²⁵ Declaración de La Habana, en *Libro de la Primera Reunión*, pp. 224-227.

tencias fascistas, sucumbiría igualmente el gobierno usurpador en España. Para dejarse convencer, bastaba con aspirar los vientos que soplaban desde Yalta, San Francisco y Potsdam, ciudades en las que parecía anunciarse un próximo retorno a la patria. A menos, claro está, de que un severo instrumental meteorológico —llámesele realismo, escepticismo o fatalismo— alertara acerca del verdadero estado del ambiente. Para los infortunados poseedores de esos tan crudos como certeros anemómetros, la ilusión de un cambio de aires nunca se hizo presente. Un discurso, preparado para conmemorar el cuarto año de una revista, muestra que Gaos se contaba entre ellos. “Después de la terminación de la guerra —escribió en el borrador— es ésta la primera cena de aniversario de los *Cuadernos [Americanos]*. Seguramente se pensó que celebraría una novedad decisiva en el curso del proceso. Pero a la vista está que no hay tal. El hecho es que los españoles que estamos aquí no podemos celebrar todavía el fin de nuestra guerra.”²⁶ Quizás por respeto hacia el ánimo festivo, las líneas recién citadas no trascendieron el papel. Mucho más a tono con la ocasión y con el espíritu reinante, su alocución efectiva versó sobre el sentimiento de pertenencia que había desarrollado en los últimos años, sentimiento que hacía de él un americano en un grado incluso más profundo al de los nacidos en estas latitudes. “Es posible —advirtió aquel 27 de diciembre— que más que aquellos para quienes es América una tradición y un hábito, aquellos para quienes es una auténtica nueva vida, un literal nuevo mundo, sintamos este esencial ser de América y amemos la tierra, con todas sus cosas materiales y espirituales, que lo incorpora.” A ese título, su deber consistía en velar por que la misión del continente —su vocación utópica y liberal— no se viera traicionada, tal como hacían temer quienes lo prestaban como “refugio y baluarte de lo más viejo del Viejo Mundo”.²⁷ De esta forma hacía referencia a los tránsfugas del fascismo, cuya acogida en el Cono Sur resultaba de todos bien conocida. Evitar que la tragedia de Europa se reprodujera en nuestro suelo aparecía como una tarea doblemente urgente para quien no deseaba que su segunda patria corriera la suerte de la primera ni, mucho menos, que otro éxodo forzado lo alejara de su nuevo hogar.

Que en lugar de emitir una opinión respecto del futuro de España hiciera votos de americanismo confirma que, en el espacio de unos cuantos

²⁶ AJG, 2, exp. 25, f. 34399.

²⁷ GAOS, “Palabras encendidas” (1946), en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, pp. 493-494.

años, el orden de sus intereses y preocupaciones se había invertido por completo. Ello se debía, no tanto a que su tierra natal le resultase ahora indiferente, cuanto a que su propio devenir había encontrado un flujo distinto, ajeno al cauce de sus compatriotas “interrados”.²⁸ En el origen de ese distanciamiento se hallaban múltiples razones, entre las que destacan, paradójicamente, consideraciones de índole patriótica. De esa forma se alude a la actitud que adoptó tras evidenciarse que ninguna de las potencias triunfadoras en el nuevo orden mundial intervendría en la situación española. A partir de ese momento, Gaos hizo acopio de cautela, procurando evitar que el menor gesto pudiera beneficiar, por error, por abuso o por inadvertencia, al Estado franquista. El temor de que sus acciones se interpretaran como un signo de aquiescencia hacia los vencedores de la Guerra Civil, así como una mezcla de orgullo y de estéril dignidad en la derrota, determinaron que sus compromisos políticos se expresaran tras un par de máscaras relativamente cómodas, pero de terribles consecuencias: la pasividad y la ruptura de todo vínculo con la península ibérica. Esto se tradujo en un silencio casi absoluto respecto a sus antiguos conocidos, en virtud de un principio consistente en “no escribir a nadie en España que, escribiéndome, no me manifestase su deseo de recibir carta mía”.²⁹ Si a ello se le aúna una irreprimible aversión por el intercambio epistolar, entonces es posible comprender por qué incluso sus hermanos —al menos aquellos que residían en el interior— quedaron prácticamente al margen de su correspondencia.

Siendo tales sus prevenciones ante la comunicación privada, *a fortiori* receló de cualquier intento por acercar las dos orillas, sin excluir a los que se ensayaron desde los años de 1940 y, con mayor insistencia, a partir de la década siguiente. El episodio más conocido de ese entramado dialógico es sin duda el que protagonizó José Luis Aranguren, cuando en 1953 publicó un artículo que logró sacudir las conciencias de sus compatriotas. Aparecido entre las páginas de la revista oficialista *Cuadernos Hispanoamericanos* y titulado “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, su escrito emprendía un detenido repaso de la obra realizada allende la frontera. En vista del relativo retraimiento entre vencedores y vencidos, por no mencionar siquiera la medianamente eficaz censura franquista, el

²⁸ Cabe señalar que Gaos mismo nunca empleó la palabra “interrado”, voz que inventó Pedro Salinas para referirse a los españoles que permanecieron en España tras el triunfo de Francisco Franco.

²⁹ Carta a Manuel Mindán, fechada el 24 de septiembre de 1963, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 161.

lector contemporáneo no puede menos que admirar el gran despliegue de información de que hizo gala en tan breve espacio. Entre las referencias a quienes pudieron haber sido sus maestros, no olvidó incluir pasajes relativos al pensamiento de Gaos, cuyos trabajos, así fuera a cuentagotas, se abrían camino hacia Europa. Por ese medio, además de tender puentes entre la España del interior y la del exterior, el filósofo abulense establecía uno de los criterios mínimos para iniciar el diálogo efectivo, es decir, reconocer al otro, a su interlocutor. De forma simultánea o paralela, también cumplía con otra exigencia, no menos imperiosa, y que residía en situar ambas partes en condiciones de igualdad. De ahí que en sus líneas acometera la tarea —en ocasiones asumida con cierta brutalidad, inclusive injusticia— de abatir las pretensiones de superioridad moral que se arrogaban los refugiados por el hecho, nada simple, de haber salido del país.³⁰

Como era de esperar, el polémico artículo llegó hasta las soledades mexicanas del ahí nombrado, quien juzgó a su autor, pese a no conocerlo en persona, “tan inteligente y tan bien intencionado”.³¹ Esa opinión no impidió que se abstuviera de contestar a su llamado y que se limitara a guardar un obstinado silencio. Tal como confió por carta a Juan David García Bacca, su hermetismo respondía a una postura que elocuentemente denominó como “ni asomo de asentimiento” hacia la política franquista. Con ello se refería a la actitud que adoptó frente a una estrategia iniciada en la década de 1950, cuando el gobierno del Caudillo buscó mejorar la imagen del régimen con el fin de consolidar los avances en el terreno diplomático. Como parte de esas disposiciones, las autoridades no sólo suspendieron las represalias contra los vencidos de la guerra, sino que incluso estimularon su regreso, mediante elogios, invitaciones y al derogar las llamadas “responsabilidades políticas” que se imputaron tras la victoria. Seguras de su fortaleza, adquirida a raíz del casi completo reconocimiento internacional, la comisión liquidadora concedió un indulto al propio Gaos y esto sin obstar que, según sus informantes, figurara “el interesado como exilado en Méjico, donde desarrolla al lado de actividades docentes otras de carácter político”.³²

³⁰ ARANGUREN, “La evolución espiritual”.

³¹ Carta a Juan David García Bacca, fechada el 21 de agosto de 1957, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 411.

³² En 1950 el aislamiento internacional al que se había sometido al franquismo llegó a su fin, al revocarse la prohibición de establecer relaciones diplomáticas con el régimen. Este hecho fue reconfirmado por el Concordato con la Santa Sede y por el Convenio de Amistad y Cooperación con Estados Unidos, uno y otro firmados en 1953.

De esa forma se anulaban las sanciones impuestas hacía más de una década, sanciones que lo condenaban a ocho años y un día de inhabilitación en sus labores docentes, así como al pago de cinco mil pesetas por acciones constitutivas de una “infracción grave”.³³

Al abrirse, las puertas de España liberaron, como una moderna caja de Pandora, terribles demonios con el poder de acosar el espíritu de los refugiados. Esto se debía a que la posibilidad de volver a voluntad invalidaba algunas justificaciones inherentes al mantenimiento de ese éxodo colectivo, en particular la violencia y su naturaleza coercitiva. Sin poder explicarse por obstáculos materiales ni sostenerse en virtud de perspectivas futuras, el exilio necesitó buscar nuevas razones para permanecer en pie. No responde al azar, por consiguiente, que a partir de ese momento Gaos comenzara a emplear la pluma para responder a algunas cuestiones que él mismo calificó como de “tormento”, a saber, “¿insistir en los éxitos o esforzarse por lo ausente?, ¿‘empatriarse’ o ‘expatriarse?’”.³⁴ Aunque no llegó a resolver del todo esa suma de contradicciones, sus reflexiones lo condujeron a optar por uno de esos polos en pugna, aquel que exigía, por fidelidad al pasado, cerrarse al presente y, por extensión, al futuro. Fría y templadamente calibró su decisión: más valía permanecer ajeno al porvenir de España que concurrir, por mínimamente que fuese, a apuntalar la dictadura, dado que, escribió, “el día que Franco tuviese el asentimiento de los expatriados, habría ganado la guerra también moralmente”.³⁵ De ahí que aquella política, lejos de atraerlo, sólo logró que intensificara sus medidas preventivas, sin duda modestas pero destinadas a conjurar cualquier concesión hacia quienes, con ventaja y alevosía, se habían impuesto a punta de fusil desde hacía dos décadas. Esa postura explica que, a diferencia de otros españoles exilia-

Dos años más tarde se daba pleno reconocimiento al gobierno del Caudillo, al aprobarse el ingreso de España en la Organización de las Naciones Unidas. Sólo las delegaciones de la Unión Soviética, Guatemala, Uruguay, Israel y México se opusieron a la aprobación de esta última medida. A partir de entonces fueron pocas las naciones que, como la Unión Soviética, Yugoslavia y México, mantuvieron la ruptura diplomática con España, decisión sostenida en el caso de nuestro país hasta 1977. Para mayores referencias, es posible consultar PORTERO RODRÍGUEZ y PARDO SANZ, “Las relaciones exteriores” y GIL PECHARROMÁN, *La política exterior*.

³³ AGA, *Justicia*, 75/52, exp. 52/13, f. 3, fechado el 7 de abril de 1945. En el mismo expediente figura el decreto de indulto, fechado el 7 de febrero de 1958.

³⁴ AJG, 4, exp. 4, f. 62481, 3 de agosto de 1959.

³⁵ Carta a Juan David García Bacca, fechada el 21 de agosto de 1957, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 410.

dos, quienes con el paso del tiempo reanudaron lazos con su tierra natal, este contumaz republicano mantuvo su rechazo a publicar en la península hasta bien entrada la década de 1960. Todavía en 1959 cuando Juan Fernández Figueroa, director de *Índice*, lo invitó a enviar una colaboración, su negativa se hizo explícita. Esa publicación, afirmó, “es de un liberalismo que estoy seguro sería aún más expreso y activo si el medio se lo permitiese o sin poner en peligro la vida misma de la revista”. Pese a ello, remató contundente, “no quiero publicar en España, ni siquiera en *Índice*”.³⁶

Gaos no se limitó a zanjar una implacable distancia respecto a sus otros conciudadanos, sino que convirtió la lejanía en un caballo de batalla. Así lo demuestra un discurso elaborado en homenaje a Pablo Casals, probablemente pronunciado en enero de 1956. En él meditó en voz alta acerca de las implicaciones de un exilio convertido en voluntario, “por cuanto quienes nos desterraron —explicó— no sólo nos admiten, sino que hasta nos llaman”. Cuando todo apuntaba a que las vías del cambio se habían agotado, en primer lugar, la diplomática, las nuevas medidas conciliatorias habían dado a la República un triunfo “nada desdeñable”:

Pues si nos desterraron —afirmó— por indignos ideológica y moralmente de convivir con ellos en la patria, el llamarnos a ésta no puede significar sino que reconocen nuestra dignidad ideológica y moral, o sea, que teníamos razón y, por lo mismo, que sin razón fue la guerra y la victoria.³⁷

Aunque desde el mirador del ahora esas palabras parecen producto de la ceguera y de la obcecación, cuando no un vano consuelo, es posible comprender que el significado y el valor del exilio dependieran de que subsistiera algún objetivo hasta ver caído al dictador. Gaos mismo era consciente de la futilidad de sus esfuerzos, sin que su conocida ineficacia disminuyera en modo alguno su valor. Por el contrario, escribió para sí,

no me asusta, ni me indigna, ni me duele, ni me desagrada absolutamente nada, ser, [...] en mi condición de liberal español vencido, uno de los últimos y hasta degenerados representantes, sin perspectiva alguna de influencia o de simple rehabilitación, en ningún sentido, en su futuro ni cercano ni lejano, en

³⁶ Carta a Juan Fernández Figueroa, sin fecha, pero escrita en contestación a la que se le envió el 15 de septiembre de 1959, AHCM, *José Gaos*, c. 4, exp. 16, f. 1.

³⁷ AJG, 2, exp. 10, ff. 31817-31818.

suma, literalmente sin porvenir alguno, de una clase egregia. Concedido que no se puede vivir sin alguna propia estimación *histórica*, nada forzoso es que sea en función del futuro, como, sin duda, piensan casi todos; puede ser perfectamente en función del puro pasado. No se trata de vivir para una causa cercana ni remota, sino de vivir fiel a una causa extinta, pero gloriosa.³⁸

La luz de esa causa gloriosa no era lo único que agrandaba las sombras del ayer; un efecto análogo le producían las imágenes del presente, trazadas a partir del miedo y del terror. Aunque cada día más desconectado y desinformado respecto de lo que sucedía en las coordenadas trasatlánticas, tanto la prensa como los círculos de asilados le fueron proporcionando noticias acerca de los fusilamientos, las depuraciones y la represión que se perpetraron en España apenas consumada la victoria rebelde. Como muchos de sus compañeros en el exilio, también leyó con horror —y quizás con cierta culpable complacencia— las crónicas que retrataban el ambiente de intolerancia y de conservadurismo que primaba sobre la vida española en general, así como el deterioro que poco a poco se impuso en el medio universitario. Ante tamaño contraste entre esas reseñas y el relativo bienestar que acompañaba la propia situación, apenas asombra que Pedro Salinas reconociera la suerte “de haber escapado a todo eso” y que Américo Castro declinara el ofrecimiento de volver por preferir “vivir libremente y no como un apestado o un amordazado”.³⁹ En tono descarnado, el mismo Gaos llegó a confesarse que “la mayor desgracia que nos hubiera ocurrido a los republicanos españoles, hubiera sido poder volver a España”.⁴⁰

Había múltiples motivos para que razonara de ese modo. Al reflexionar acerca de los acontecimientos políticos en la península ibérica, como nunca dejó de hacer durante los años que residió en nuestro país, concluyó que “no puedo aceptar un régimen que veja mi dignidad impidiéndome por la fuerza el ejercicio del derecho a reemplazarlo por vías pacíficas y legales”. Aunado a la clausura de las vías democráticas, este convencido libertario juzgaba con alarma el creciente poderío de la jerarquía católica, así como la expansión de aquellas ramas integristas como las que encarnaba el *Opus Dei*. “Qué espantoso país de fanáticos religiosos, de anormales, España”, exclamó ante ese espectáculo de intransigencia. Pero de mayor peso que la auto-

³⁸ AJG, 4, exp. 3, f. 61100, 6 de octubre de 1957.

³⁹ Retomo las frases citadas de GRACIA, *A la intemperie*, p. 62.

⁴⁰ AJG, 4, exp. 3, f. 61136, 29 de noviembre de 1957.

cracia y que el sectarismo piadoso resultó un profundo rencor, multiplicado con los años, y que él mismo definió como un “resentimiento contra los compatriotas que no merecían la República, que han merecido a Franco”. Para corroborarlo bastaba con observar cómo perduraba el régimen dictatorial, impertérrito y sin que se alzara impedimento alguno en su contra. O al menos así lo veía un Gaos desvinculado y sin posibilidad de conocer los no por infructuosos menos constantes esfuerzos de la resistencia. Ante la pasividad unánime —tanto la que provenía del exterior como, en particular, la que se exhibía desde el interior— se interrogaba, incluso, acerca de la posibilidad de que quienes permanecieron dentro de los confines territoriales fueran todos “franquistas de espíritu, allá en lo hondo”. Sólo el recuerdo de los “caídos por la República” lo convenció durante algún tiempo de evitar generalizaciones y juicios apresurados.⁴¹

La visita al general Francisco Franco con que en diciembre de 1959 lo distinguió el presidente Dwight D. Eisenhower —el primer jefe de Estado en rendirle tal honor— supuso un punto de no retorno en el ánimo de Gaos. Se trató de un momento culminante en su proceso de decepción, cuando por fin se persuadió de que el país había sido definitivamente abandonado por las democracias occidentales. La confianza que todavía prestaba a sus coterráneos apareció durante unos días en los que, ilusionado, fantaseó sobre las probabilidades de que a la ocasión se lanzara un golpe al dictador. “¿No se le habrá ocurrido a tiempo a nadie con medios para hacerlo? —se preguntaba— ¿No se le ocurrirá espontáneamente al pueblo de Madrid? ¿Será verdad ahora que España está sin pulso?” La tranquilidad con que se celebró el encuentro entre ambos estadistas confirmó sus peores temores y terminó por envenenar su alma en contra de los españoles, sin excepciones ni distinción de circunstancias. A partir de entonces se permitió condenar aquello que consideró como una “servidumbre voluntaria”, según la conocida fórmula de Étienne de La Boétie, dictaminando, con la facilidad que presta la distancia y desde la dignidad moral que confiere el exilio, que “mejor [es] morir que vivir con una bota encima”. Ni siquiera la imagen de su propia conducta en el caso hipotético de vivir bajo la dictadura logró conmoverlo o aminorar sus reproches. “Si tuviera que vivir en ella —conjeturó un día— no haría nada que pudiese costarme no ya la vida, ni siquiera la cárcel, pero ni más dificultades para vivir que las aneas

⁴¹ *Ibid.*, exp. 4, f. 62357, 2 de julio de 1959; f. 62744, 17 de octubre de 1959; exp. 8, f. 64400, 20 de abril de 1963, y exp. 4, f. 62946, 22 de diciembre de 1959.

a no querer nada del régimen ni de las instituciones oficiales, pero estaría rabiando y queriendo vehementemente el fin del régimen, aunque fuese al precio del comunismo.” A ese punto había llegado su exacerbación, es decir, al punto de anhelar que España se organizara bajo una forma de gobierno de la que siempre había recelado, cuando no temido. Tal era, sin embargo, un castigo adecuado para los traidores, así como la única medida de “justicia, si la hubiese en la historia”.⁴² Como buen republicano español, sabía que aquella no existía.

La amargura que delatan sus palabras sin duda responde a los muchos años que en sus entrañas fermentaron el resentimiento y la indignación. Por esa razón, lejos de dolerse por haber sido expulsado de la patria, se felicitaba de la “suerte de haber podido no convivir con ellos”, sus compatriotas. Y es que lo que en un inicio pertenecía al orden del desagrado respecto a algunas cuestiones puntuales, con el paso del tiempo se fue convirtiendo en una repulsión generalizada, llegando a sostener que “me repugna, si no todo lo español, gran parte de ello, y lo que persista en mí a pesar de mis divergencias y esfuerzos”. Entre esos motivos de aversión mencionaba ciertos rasgos comunes entre sus paisanos, como “el vociferar, el gesticular, la crítica negativa y universal, la cerrazón intelectual, la petulancia, la jactancia, la intolerancia, la violencia”, todo lo cual, lamentaba, “hace insufrible la convivencia con ellos”. Por fortuna, él mismo había logrado despojarse de aquellos atributos que tanto lo repelían, terminando por conceptuarse como “un *no* español de raza, que por nacido y criado en España no puede expresarse más que en español”.⁴³ Por lo tanto, el exilio fue completo cuando al distanciamiento geográfico respecto a su tierra natal siguió uno de tipo temperamental, por el que fue renunciando, no sólo a su nacionalidad, sino a una identidad.

A facilitar esa drástica ruptura contribuyó que sus sentimientos hubieran migrado hacia un nuevo cielo protector, prodigando a su patria de adopción los afectos que poco a poco fue negando a la nativa. Con base en esa no tan extraña lógica del querer, mientras que para España reservó una larga lista de agravios, México se convirtió en objeto de creciente estimación, alimentada merced a una bien ganada gratitud. Esa disimetría ocasionó que

⁴² *Ibid.*, f. 62943, 20 de diciembre de 1959; exp. 7, f. 63888, 11 de febrero de 1962; f. 63628, 17 de junio de 1962, y f. 63598, 6 de octubre de 1961.

⁴³ AJG, 4, exp. 8, f. 64400, 20 de abril de 1963; exp. 4, f. 62338, 15 de junio de 1959; f. 62301, 26 de marzo de 1959, y f. 62346, 26 de junio de 1959. *Cursivas en el original.*

cuando por azar llegaba a contraponer ambas ciudadanía —construidas, faltaba más, a partir de sus propias percepciones— la mexicana se llevara casi siempre la mejor parte. Por ejemplo, a la conocida brusquedad hispana solía oponer la cordialidad y suavidad locales, si bien no dejó de reconocer que una y otra se suspendían durante los trayectos en los camiones, quizás a causa, especuló, del “resentimiento del pueblo mexicano: la opresión del indígena por el conquistador; la explotación de las clases bajas por las altas”. Llevado por el entusiasmo, entre los pobladores de estas tierras incluso distinguió ciertas prendas un tanto insólitas como una mayor aptitud para las ciencias. No se trata de que quien hasta en los momentos de crisis procuraba mantener la claridad pasara por alto los atributos negativos de la sociedad mexicana; por el contrario, con toda agudeza señaló algunos que juzgó como particularmente odiosos: la justicia de clase, la indulgencia con los delincuentes y la envidia, en lugar de la condena, hacia quienes se enriquecían a costa del erario. Sin embargo, nada de esto obstó para que se alegrara de haber encontrado un “país de naturaleza hermosa, de gentes amables”, país en que se sentía tan a gusto como “pienso que no hubiera vivido en *ninguna* España”.⁴⁴ A ello se debe que con el transcurso del tiempo llegara a afirmar que “el acontecimiento de más felices consecuencias de mi vida ha sido el ‘transtierro’”.⁴⁵

Si las virtudes de los habitantes que poblaban estas latitudes se veían acentuadas gracias a esa inmensa lente de aumento que era España, otro tanto sucedía con sus respectivas formas de gobierno. A diferencia del terror dictatorial que predominaba en la península ibérica, con Franco y Oliveira de Salazar a la cabeza, este país parecía encaminarse por las vías de la igualdad y de la justicia que había trazado la Revolución iniciada en 1910. Así lo había estimado a su llegada, cuando afirmó que era México “el más prometedor y estimulante de todos los países americanos de lengua española”, y los años no hacían sino confirmar aquella primera impresión. Cada uno a su manera, los sexenios de Manuel Ávila Camacho, de Miguel Alemán Valdés y de Adolfo Ruiz Cortines habían respetado, a su parecer, el legado revolucionario, consiguiendo lo que ninguna nación del mundo había logrado: reunir imposibles. Bajo sus mandatos, la nuestra había alcanzado una feliz

⁴⁴ *Ibid.*, f. 62491, 5 de agosto de 1959; exp. 7, f. 63519, 16 de julio de 1961 y f. 63765, 2 de septiembre de 1962. Cursivas en el original.

⁴⁵ GAOS, “*Aforística inédita*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 209.

síntesis de “confort norteamericano y sociabilidad”, de “fe religiosa popular y laicismo del Estado”, de “presidencialismo y gobierno para el pueblo”, de “socialismo y capitalismo”. El secreto de tal proeza radicaba en el hábil ejercicio de una “política social no dogmática, no doctrinaria, circunstancial, ocasional, oportunista, dentro de los amplios, flexibles principios de la justicia”, que conjugaba las seguridades sociales con un sistema liberal y democrático.⁴⁶

El realismo y el idealismo que se suceden sin contraponerse del todo en sus apreciaciones sobre México encuentran sus raíces en la identificación que él mismo estableció entre los valores revolucionarios a ambos lados del océano. Las conquistas sociales plasmadas en la Constitución de 1917, afines a las que se abolieron en su propio país a partir de 1939, lo convencieron de que en nuestro territorio había hallado una réplica, en muchos sentidos mejorada, del régimen por el que había luchado. Por consiguiente, la fortuna le había deparado, en un extraño e imprevisible giro, que dejara atrás las ruinas del sueño republicano para hallarlas restauradas a 5 000 millas de distancia. Tan grande fue su entusiasmo ante la perspectiva de encontrar realizados esos ideales malogrados que apenas dudó en fundir ambas banderas en una sola: “El rojo es el mismo, el de la misma sangre. El blanco es el fuego del oro elevado hasta el blanco de la libertad. El morado se ha hecho verde: esperanza”. Y esperanzado es lo menos que puede decirse de su estado de ánimo a lo largo de los años, cada vez más convencido de que “México está siendo lo que los republicanos españoles queríamos que se hiciese España. Cómo no quererlo en vez de a la España real; tanto como a la ideal”.⁴⁷

No obstante, de haber sido más riguroso al momento de precisar el orden de sus sentimientos quizás habría debido decir que la tierra de asilo no sólo suplantó a la de nacimiento en la escala del querer, sino que la superó, puesto que a la primera concedió un privilegio que difícilmente hubiera otorgado a la segunda. Este privilegio consistía en que olvidó cuestionar, al menos públicamente, los mecanismos, los medios y los fines efectivos del poder y, con mayor énfasis, los de sus tenedores, los autoproclamados herederos de la Revolución Mexicana. En este sentido

⁴⁶ AHCM, José Gaos, c. 2, exp. 9, f. 1, 17 de octubre de 1940; AJG, 4, exp. 4, f. 61439, 6 de febrero de 1958; exp. 8, f. 64342, 21 de marzo de 1963; y GAOS, “Confesiones de transferrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 551.

⁴⁷ AJG, 1, exp. 100, f. 20227, 24 de febrero de 1940; AJG, 4, exp. 8, f. 64069, 29 de septiembre de 1962.

resultan reveladoras unas líneas que el 18 de junio de 1958 envió a Adolfo López Mateos, entonces candidato a la presidencia. En ella, además de excusarse de asistir a una comida por motivos de salud, hizo protesta de una lealtad a toda prueba.

No puedo dejar de aprovechar esta ocasión —le escribió aquel día— para decirle la satisfacción con que me honraré en votar por V. el próximo 6 de julio. Los antiguos republicanos españoles y actuales mexicanos no podemos votar más que por los candidatos del Partido Revolucionario Institucional: no sólo por gratitud al partido cuyos representantes en el poder defendieron excepcionalmente nuestra República, siguen reconociéndola más excepcionalmente aún y nos acogieron en México, sino más a fondo por las coincidencias ideológicas que sin duda son las razones decisivas de todo ello; pero en el caso de V. concurren en su persona condiciones de ciudadanía e intelectualidad que hacen singularmente atractivo y gustoso el votar en su favor.

[...] Es seguro que servir a V. es servir a México, y si esto es un impulso de la naturaleza en aquellos para quienes es este país la patria de origen, en aquellos para quienes es la patria de destino es un deber de conciencia.⁴⁸

Sería injusto juzgar a quien, desde la vulnerabilidad del destierro, desde la relativa dependencia hacia las autoridades de asilo y, sobre todo, desde el más sincero agradecimiento hacia el país receptor, ponía sus derechos ciudadanos a disposición del partido en el poder. Pero igualmente injusto sería pretender que él mismo no era consciente de que sus palabras y conducta podían servir como instrumento de legitimación para el régimen. Así lo demuestra una consigna que lanzó durante el último tramo de su vida, consistente en afirmar que “los republicanos españoles supervivientes debemos mantener la representación del gobierno de la República mientras al de México sea útil que la mantengamos a los fines de su política internacional”.⁴⁹ Si había alguno, sin duda eran pocos quienes ignoraban que a esas alturas, en la década de 1960, las instituciones republicanas en el exilio carecían de cualquier efectividad jurídica y que su capacidad como promotoras del cambio estaba agotada desde hacía largo tiempo. De igual forma era ampliamente conocido que los vínculos consulares y co-

⁴⁸ Carta a Adolfo López Mateos, candidato del Partido Revolucionario Institucional, fechada el 18 de junio de 1958, AJG, 4, exp. 4, ff. 61613-61614.

⁴⁹ GAOS, “Confesiones de transterrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 550.

merciales entre nuestro país y el que dominaba Francisco Franco habían seguido su curso pese a la interrupción de las relaciones diplomáticas.⁵⁰ Pero si ese rompimiento oficial podía brindar un servicio, ya fuera como elemento de negociación o como fuente de influencia, a quienes en 1945 habían prestado el antiguo Palacio de Cabildos para que se ungiera a Diego Martínez Barrio con las insignias de un jefe de Estado, entonces era necesario actuar en congruencia.

No todo en la actitud de Gaos respondía, sin embargo, a una férrea defensa de los intereses mexicanos. En el fondo, también se debía a que la única vía que había encontrado para mantener viva la causa consistía en verla encarnada, de ser posible realizada, en otras coordenadas. En efecto, sostuvo en una página de su diario:

La emigración republicana española no es un grupo humano frustrado. Simplemente, su destino no ha sido el que ella misma pensó que iba a ser y quiso que fuese: la fundación de una nueva España; ha sido la fundación de nuevas relaciones entre España e Hispanoamérica, y no veo en qué menos importante históricamente que aquél.⁵¹

En la necesidad de salvar los últimos vestigios de un trágico naufragio y de amarrar esos pedazos a un barco en apariencia sólido radica el motivo que lo empujó a sostener, una y otra vez, que “México es el país político-socialmente ejemplar de hoy”. Por esa razón, continuaba, “es una suerte y un orgullo ser mexicano, pensando que México es el producto de dos factores de los que uno han sido los españoles que no pudieron convivir con sus compatriotas”. Erigirse en agente de la historia dependía, por consiguiente, de la capacidad para atar su destino al de sus ahora conciudadanos o, en sus palabras, de aceptar la “extinción de la misión propia” y dejar espacio a la “misión para la Humanidad futura”.⁵²

La realidad, no obstante, se impone a la mirada de quienes no se empeñan en cerrar los ojos y en ocasiones lo hace en un sentido literal. Al observar a su alrededor, Gaos no pudo evitar percatarse del deterioro de la ciudad que, “al volverse enorme, se ha vuelto incomodísima; al industrializarse, enturbiar su atmósfera y quedar sin sol y sin sus cielos, se ha vuelto

⁵⁰ Acerca de los motivos y naturaleza del intercambio, véase TABANERA GARCÍA, “Los amigos tenían razón”.

⁵¹ AJG, 4, exp. 7, f. 63427, 13 de junio de 1961.

⁵² *Ibid.*, exp. 8, f. 64371, 6 de abril de 1963, y exp. 5, f. 62972, 29 de enero de 1960.

insalubre y fea”. El problema, empero, no era tanto que esa lenta y continua destrucción invalidara su título de “región más transparente del aire” o que empezara a dar “repugnancia y miedo” vivir en ella, sino que el carcinoma urbano constituía un espejo fiel de los males que asolaban a la nación en general. En una nota, escribió, por ejemplo, que

el cambio del solo Paseo de la Reforma desde que llegué a México, es representativo del cambio del país desde entonces. Entonces era el Paseo un paseo francés, quizá único en América. Ahora es [...] de esta arquitectura de altos prismas de vidrios, que hacen de él una vía como ha de haber centenares por las ciudades de los Estados Unidos y de otros muchos países [...]. Cuando llegué a México se estaba al final pero aún dentro del auge cardenista de la Revolución. Los revolucionarios habían respetado el bellamente característico pasado del país. La revolución debía ser política y social: protegía, incluso, lo demás. Después han venido los regímenes del “progreso económico del país”, singularmente de la industrialización. [...] El capitalismo es menos conservador del pasado que una revolución política y social. En México no es la revolución la que ha liquidado al capitalismo, sino éste a la revolución.⁵³

Epítome de ese abandono a un espíritu falsamente progresista era Ernesto P. Uruchurtu, Jefe del Departamento del Distrito Federal. Desde que llegara a ocupar ese cargo, en diciembre de 1952, se había dedicado, como un barón de Haussmann contemporáneo, a ordenar grandes obras públicas y a abrir vialidades, con la triste diferencia de que, en lugar de bulevares, dejó a la posteridad los llamados “viaductos” y el “periférico”. Sin embargo, no fueron tanto esas expresiones de modernidad salvaje las que molestaban a José Gaos, cuanto aquella actitud que le mereció el título de “Regente de Hierro”: esa tendencia a regular la vida en común, desde las diversiones hasta las formas de reunión, y sin que en el proceso dejara lugar alguno a la conciliación o al compromiso. Ahora bien, si hasta ese momento el principal motivo de admiración que el profesor español reservaba hacia el Estado mexicano residía en que su “presencia no se nota y [su] inexorabilidad no se padece”, Uruchurtu —“un Franco en lo moralizante”— había terminado por arruinar esa virtud.⁵⁴ De esta forma había abolido la principal

⁵³ AJG, 4, exp. 5, respectivamente, f. 63081, 22 de junio de 1960; f. 62979, 4 de febrero de 1960; f. 63054, 15 de abril de 1960, y ff. 63176-63177, 15 de mayo de 1960.

⁵⁴ *Ibid.*, f. 62829, 9 de noviembre de 1959 y exp. 7, f. 63874, 29 de enero de 1962.

ventaja, quizás ya la única, de vivir en nuestro territorio: la de gozar de libertad en la esfera privada.

Sin que la decepción que resintió por México fuera tan radical como la que lo condujo a alejarse de España, ese sentimiento poco a poco se fue apoderando de su ánimo, al grado de sentirse nuevamente despojado de un país al cual pertenecer. En algún momento de desaliento meditó, por ejemplo, sobre su situación de desterrado, que ya no de “transterrado”, es decir, “este ser extranjero en su patria, sin poder ser verdaderamente empatriado en el extranjero... [...]. Imposible prácticamente expatriar de veras lo patrio en el extranjero”. Doblemente exiliado, en ocasiones fantaseaba, a la manera de los antiguos utopistas, sobre las características y naturaleza de una tierra ideal, lamentando que no hubiera “una nación exclusivamente de librepensadores y de libertinos, de Montaigne y de Ovidio, de los cuales ser uno”. En otras, en cambio, el desde entonces apátrida se resignaba a que tales tierras no poseyeran código postal y concluía, recordando las lecciones que aprendió con los pescadores de Luanco, que “cultivando mi ‘marinería’, acaso hubiera llegado a ser auténtico, pero...”.⁵⁵

Aunque nunca consintió en regresar a España, la sabiduría que prestan los años lo convenció de suavizar su postura ante su tierra natal y de restablecer vínculos con algunas viejas amistades. El Décimo Tercer Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en la ciudad de México en septiembre de 1963, sirvió como una ocasión única para coincidir con antiguos conocidos, como lo eran José Ferrater Mora, Juan de Zulueta y Julián Marías. Pese a sus desavenencias políticas, este último recordó, tiempo después, que en esos días “nos vimos mucho, nos alegramos ambos del reencontro, hablamos interminablemente, con alegría, buen humor y confianza”.⁵⁶ Aunque la enfermedad de su padre le impidió contarse entre los asistentes, Manuel Mindán también aprovechó la asamblea filosófica para enviar, por conducto de un amigo, una carta a su querido profesor. En ella se dolía de “esta incomprensible incomunicación entre nosotros durante un cuarto de siglo”,⁵⁷ además de deplorar que sus dos o tres misivas previas hubieran permanecido sin respuesta. Si bien la correspondencia apenas duró unas cuantas vueltas de correo, el “tremendo alegrón” que Gaos

⁵⁵ *Ibid.*, exp. 8, f. 64210, 14 de enero de 1963; exp. 4, f. 62577, 15 de agosto de 1959; exp. 8, f. 64210, 14 de enero de 1963.

⁵⁶ MARIAS, *Una vida presente*, pp. 420-421.

⁵⁷ Carta de Manuel Mindán, fechada el 10 de enero de 1963, cuya copia obtuve por gentileza de Antonio Ziri6n.

confesó tras recibir esas líneas, así como la protesta de perseverar en el intercambio epistolar resultan reveladores. Uno y otra muestran que en su ánimo comenzaba a apagarse aquel rencor tan largamente alimentado y que en el ambiente soplaban vientos de reconciliación.

Hubo otros signos anunciadores de ese cambio de aires. Uno de los más evidentes radica en la aceptación de volver a publicar en España. En vista de la cercanía que en algún momento mantuvo con el fundador y con su familia, no es casualidad que entonces eligiera a la recientemente renacida *Revista de Occidente* como medio para difundir sus ideas. No menos expresiva resulta la temática que decidió desarrollar, cifrada en el sugerente título “Las tres razones de Ortega”. Por desgracia, dado el alto contenido simbólico y reflexivo que hubiera encerrado, nunca escribió el artículo prometido. Con mayor fortuna corrió un ensayo que le encomendó el consejo editorial para contribuir a un número especial dedicado al tema de América. De forma muy significativa, se solicitó a Gaos que escribiera sobre “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, en razón, le decían, de que constituía un tópico que “tan magistralmente puede ser tratado por Vd”.⁵⁸ Una especie de justicia histórica le deparó, por lo tanto, la oportunidad de que el primer escrito que publicó en su país de origen versara acerca de los republicanos españoles, la serie de injusticias que condujeron a su derrota, los motivos que hacían de México un lugar de asilo tan apropiado y los elementos que identificaban a la Segunda República con la Revolución Mexicana. Por el tamiz de la memoria pasaron los recuerdos de una recepción excepcional y de un trato privilegiado, sin que los episodios de tensiones, oposición o desencuentros gozaran de la misma suerte. De igual forma, las condenas y reproches que fue acumulando en contra del sistema político mexicano quedaron resguardados en la intimidad de un cajón, mostrando a la luz pública una satisfacción, libre de mácula, ante un régimen que encarnaba los sumos “valores revolucionarios”.

Sin elementos para evaluar con justeza hasta qué punto había decaído la vigilancia estatal, el articulista envió su trabajo con la autorización “para hacer las supresiones y hasta modificaciones en detalle que estime deber hacer para prevenir una intervención indeseable de la censura o para aceptar las que haga ésta”.⁵⁹ Sus prevenciones resultaron innecesarias y, en ene-

⁵⁸ Carta del director gerente de la *Revista de Occidente*, fechada el 2 de marzo de 1965, AJG, I, exp. 77, ff. 14995-14996.

⁵⁹ Carta de José Gaos a José Ortega Spottorno, sin fecha, *ibid.*, ff. 14999-50000.

ro de 1966, su texto apareció íntegro y sin cortapisas. Quienes se hicieron de algún ejemplar pudieron leer, ya sin la alarma que hubiera provocado años antes, las impresiones de un republicano que no sólo seguía asumiéndose como tal, sino que además se permitía defender a las instituciones republicanas en el exilio, abogar por su causa y asociar al franquismo con las fuerzas reaccionarias.⁶⁰ No se trataba, sin embargo, de un escrito ideado para despertar polémica o animadversión, sino que su tono conciliador sugiere que con él se proponía saldar cuentas y permitir que su camino volviera a entroncar con el de España. Tan cumplidamente alcanzó ese objetivo que hacia el final de su vida incluso fechaba algunas notas, a conciencia o por descuido, como si las hubiera redactado en Valencia.

No sólo hizo las paces con quienes permanecieron en el interior; también terminó por olvidar las ya inútiles diferencias que lo separaban de sus compañeros de viaje, igualmente exiliados pero adeptos a distintas u opuestas agrupaciones políticas. Uno de los episodios que marcaron el camino hacia ese armisticio ideológico quedó en la memoria de Guillermo Palacios. Cuenta el entonces alumno que una tarde de lluvia se encontraba, junto con Andrés Lira y Victoria Lerner, acompañando al maestro. Esperaban al “amigo taxista” que lo conduciría de vuelta a casa. La casualidad quiso que en ese momento pasara José Miranda quien, con voz grave y seria, le dirigió un breve saludo y continuó su camino. Nada de especial tendría ese seco “hola Gaos” de no ser porque dio pie a una de las primeras largas charlas que sostuvieron quienes durante casi 30 años habían permanecido a distancia en razón de sus orientaciones políticas. Unos minutos más tarde, el historiador, antiguo militante comunista, regresó para disponer, más que preguntar:

— Lo llevo.

— Muchas gracias, contestó su colega agradecido y se fueron juntos.

Anonadados y conmovidos, los todavía estudiantes vieron cuando ambos desaparecían tras las puertas de un automóvil sedán. “Cómo me hubiera gustado estar en ese vochito, oyendo la conversación”, recuerda el hoy investigador de El Colegio de México. “De repente no hablaron de nada trascendental, pero...”⁶¹ No le faltaba razón para sentirse de ese modo: más que de un intercambio de palabras, esa tarde fue testigo de cómo Gaos se reconcilió con el pasado.

⁶⁰ GAOS, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, en *Obras completas*. VIII. *La filosofía mexicana*.

⁶¹ Entrevista a Guillermo Palacios, El Colegio de México, 7 de octubre de 2010.

TERCERA PARTE
JOSÉ GAOS, FILÓSOFO Y TRADUCTOR

DIAGNÓSTICO DE NUESTRO TIEMPO

En el inicio fue la circunstancia, reza el evangelio vitalista. Fiel discípulo de esa escuela, José Gaos se esforzó por seguir sus mandamientos, en primer lugar aquel que exigía hacer del correr de los días y de los rasgos propios de la época objeto de una filosofía. Con análogo empeño, también procuró cumplir con el segundo —serás consecuente con la realidad, permaneciendo siempre atento a su carácter proteico—, si bien en este caso los resultados fueron desiguales, en proporción exacta a la dificultad de la tarea. Aunque desde sus años en España había mostrado talento en tanto portavoz de la “buena nueva”, sólo en América se le requirió presentar pruebas contundentes de su fe. Fue entonces cuando las polémicas y los desencuentros le exigieron puntualizar los matices de su pensamiento, sin que se tratara de la única condición implícita en su traslado; con mayor urgencia, éste lo obligó a convertir los principios teóricos en materia práctica y a adaptar su experiencia pasada a los imperativos del presente. Su incorporación a la Universidad Nacional, en el primer semestre de 1939, representó un momento crítico en este sentido, puesto que puso en la balanza su capacidad para hacer coincidir lo aprendido con la novedad y con las necesidades efectivas de un entorno todavía desconocido.

Como todos los intelectuales invitados por La Casa de España, su ingreso en la institución que Justo Sierra refundara en 1910 encontró viabilidad administrativa en la calidad de “profesor extraordinario”, título que describe las peculiaridades tanto de su formación académica como de su situación colectiva. Esa fórmula permitió satisfacer el propósito de tan largo viaje, es decir, prodigar “en México su labor de investigación científica o intelectual y sus trabajos de docencia, interrumpidos en muchos casos por la guerra civil”.¹ Para Gaos, esos objetivos se plasmaron en un amplio programa académico que incluía, además de algunas publicaciones, un curso anual de “Introducción a la filosofía”, uno de tipo semestral acerca de “Los

¹ *Excelsior*, 26 de agosto de 1938, p. 1.

caracteres intelectuales”, un seminario titulado “Marx y Nietzsche, los dos polos del pensamiento contemporáneo” y un simposio sobre “Filosofía y literatura”. De esta forma contaba invertir en nuestro país el capital cultural cosechado en España y, de ser posible, colmar nuevamente sus arcas con un inestimable éxito profesional.

Ejemplo de su espíritu emprendedor fue el simposio recién mencionado, inspirado en unas lecciones impartidas en Madrid poco tiempo antes de la guerra. En ellas había procurado desentrañar la esencia de lo literario, mientras que su compañero de letras, José Fernández Montesinos, había ilustrado la teoría mediante pasajes en prosa y en verso. La celebridad que alcanzó ese curso se vio reflejada en una nutrida asistencia, entre la que alguna vez se encontró el propio José Ortega y Gasset. La magnitud del logro, sumada al caluroso recibimiento que se le dio en nuestro país, funcionó como un aliciente para repetir el experimento, si bien en esta segunda ocasión Gaos se aventuró a elaborar un proyecto un tanto más ambicioso. En su nueva versión, decidió limitar la afluencia a “un número reducido de personas escogidas entre los poetas y los profesores de literatura y de filosofía [...] para examinar los principales problemas filosóficos que plantean la creación y la obra poéticas”.² A este fin se convocaron, entre otros, a José Moreno Villa, Xavier Villaurrutia, León Felipe, Enrique González Martínez, Samuel Ramos, Enrique Díez-Canedo y Jorge Cuesta, lista que descubre el carácter interdisciplinario de los encuentros planeados, así como el deseo de integrar a mexicanos y españoles a partir de trabajos en común. Por desdicha, de entre esos distinguidos invitados, sólo Federico Gamboa y Octavio Paz enviaron una respuesta afirmativa, por lo que la moción se fue postergando hasta sumergirse para siempre en la noche oscura de los proyectos malogrados.

Hubo otros pequeños descalabros en esta primera etapa, en general atribuibles a una de las notas capitales de aquello que en filosofía se designa como “finitud humana”: la incongruencia entre deseos y posibilidades. Para el profesor de ultramar, esa inconsistencia se hizo evidente al comprobar que sus altas exigencias tropezaban con las limitaciones del medio receptor. O al menos así lo creyó, como cuando adjudicó el fracaso de sus lecciones sobre Marx y Nietzsche a que los estudiantes carecían de la preparación suficiente para cumplir con las tareas encomendadas. Otro tanto sucedió con el seminario dedicado a la Didáctica Filosófica, interrumpido

² AHCM, *Casa de España*, c. 7, exp. 22, f. 14.

luego de media docena de “reuniones preliminares”. El motivo, expuso por carta a Alfonso Reyes, radicaba en que no había logrado “congregar a todos los ya escasos profesores y alumnos adelantados que se habían declarado interesados por el curso” y en que la mayoría había desistido tras invocar una apretada agenda. La experiencia no transcurrió en balde, dado que lo instruyó sobre la necesidad de acoplar sus objetivos a los ritmos y desarrollo de la universidad mexicana. Al comprender que “es difícil hallar personas de alguna formación con holgura para trabajos distintos de los académicos obligatorios y mínimos”, sabiamente concluyó que “no puede intentarse sino convertir muy paulatinamente los cursos” en actividades sostenidas de mayor alcance.³

A la espera de que el progreso produjera resultados visibles en los jóvenes educandos, él mismo se abocó a dar a sus enseñanzas el interés prometido, logrando transformar la asignatura de Historia de la Filosofía en un vestíbulo de seminario. Los logros alcanzados le valieron que recibiera, en diciembre de 1940, un inmejorable “regalo de los 40”: “mi f [ilosophía] y mi cátedra”. Para celebrarlo, unos días más tarde decidió obsequiarse con “el gran éxito de conferenciante de este año”, ocasión que le prestaban los cursos de invierno que próximamente impartiría en la Facultad. Siguiendo los criterios que dictaba la experiencia, se dispuso a elaborar una cuidadosa estrategia: “Ante todo —reflexionó—, del tema depende el éxito. Tengo, pues, que encontrar un tema de éxito”. Un hondo conocimiento de la naturaleza humana lo convenció de que “*lo que más interesa a cualquiera, porque es lo más propio para cualquiera, es la vida que lleva, es él mismo*”. De ahí que sin mayor dificultad concluyera que “debo, pues, hablar al auditorio *de su vida, de él mismo*”.⁴ Bajo esa óptica y objetivos comenzó a perfilarse la temática que engloba el sugerente título “Nuestra Vida”.

Entre enero y febrero de 1941, y en el curso de nueve sesiones, el público capitalino pudo escuchar el resultado de sus razonamientos. Aunque apenas queda algún rastro, el programa indica que en ellas emprendió, un tanto al estilo de Johann Gottlieb Fichte, una fenomenología de los caracteres de la edad contemporánea, construida a partir de sus aspectos más salientes. Entre ellos son de mencionar la publicidad, la política, la técnica y la religión, temas que retomaría de modo preferente en desarrollos posterior-

³ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 1 de noviembre de 1939, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 211.

⁴ AJG, I, exp. 42B, f. 7598b, 27 de diciembre de 1940; exp. 9, ff. 780-781, 786. Cursivas en el original.

res. Pese al atractivo que intentó infundir a sus ponencias, queda la sospecha de que ese designio no fue del todo logrado, tal como hace suponer una breve noticia que escribió algunos meses después su alumno Leopoldo Zea.

El doctor José Gaos —refirió en esa nota— dio unas conferencias a las que tituló “Nuestra Vida”, en las cuales fueron desfilando todos los fenómenos característicos al hombre contemporáneo —con su respectiva crítica—, descripción y crítica que alarmó a quienes [no] esperaban que fenómenos concretos y vivos como son los de nuestra vida, fuesen abstraídos a tal grado que nadie reconociese en ellos fenómenos de su vida.⁵

Probablemente a ello se debe que en años sucesivos el maestro persistiera en el esfuerzo de dotar sus exposiciones de un sustrato más concreto, recalcando que sus análisis pertenecían a una “autobiografía colectiva”. Entre los datos extraídos de esa trayectoria en común ocupaba un lugar eminente un proceso que distinguió con el nombre de “inmanentismo moderno”. Por ese sintagma entendía el paulatino abandono de los valores trascendentes y de toda referencia al “más allá”, unos y otra remplazados por normas de conducta mundanas y por la estricta sujeción al “más acá”. Se trataba de un pariente muy cercano de lo que en otros contextos se ha llamado “secularización”, con la interesante variante de que Gaos situaba el surgimiento del individuo dentro de la era y credo cristianos. Tanto el diálogo con el Supremo como la salvación del alma constituían fenómenos personales e intransferibles, susceptibles de vivirse únicamente en primera persona. Estas premisas explican su insistencia en que “Dios individualiza, es un principio de individuación”.⁶ Con su ausencia —que no con su muerte— el hombre contemporáneo había perdido los espacios tradicionales de silencio y de introspección, transformándose así en un ser esencialmente público. Más grave aún, al borrarse toda huella de privacidad, también había fracturado los vínculos con el prójimo, de suerte que la comunión en la fe había recibido unos pobres sustitutos: una soledad sin esperanzas y la indiferenciación en la masa.

Dada la magnitud de los cambios operados, apenas sorprende que Gaos identificara al inmanentismo como el “hecho radical” de nuestra vida, sin por ello olvidar que el paso hacia esta nueva etapa no se había operado sin re-

⁵ ZEA, “La producción filosófica mexicana en 1941”, p. 7.

⁶ GAOS, *Curso de Metafísica de 1944*, p. 50.

siduos. Consciente o inconscientemente pero en todo caso con gran significación, él mismo llamó “reliquias” a esa pervivencia del pasado religioso en el presente secular. Los creyentes que asistían a sus clases no eran sino la prueba viviente de ese giro paulatino, como si los testimonios de la fe representaran apenas un registro en el índice del tiempo. Con todo, esas observaciones sólo constituyeron una verificación ulterior de sus principales tesis. Como solía suceder con este incansable estudioso de sí mismo, su propia experiencia sobraba para confirmar la justeza de sus afirmaciones, en tanto caso singular del “tránsito imperfecto de la religión al inmanentismo”. Aunque nacido de padre liberal, su infancia había transcurrido bajo el peso de una educación sin complacencias, a cargo de unos tan severos como devotos abuelos maternos. A tal grado había sido rigurosa aquella instrucción, suministrada durante 14 interminables años, que la memoria se la devolvía ensombrecida, únicamente iluminada por efímeros rayos de luz. Ese claroscuro se amoldaba a los movimientos del ciclo solar, provisto de los solsticios y equinoccios de rigor: vida de verano, cuando viajaba hacia el pueblo de Luanco y pasaba los días departiendo con chicos de su edad, y vida de invierno, estación que cubría los restantes 10 meses del año. Durante la larga temporada invernal, las semanas se sucedían en lenta monotonía, en un ir y venir entre el hogar y el Colegio, sin mayor compañía que sus tutores ni distracciones distintas a la lectura. “La familia —recordaba amargamente— no me dejaba salir de casa solo, ni me llevaba más que de tarde en tarde y de visita a casas de parientes o amigos en que había niños. [...] A casa no venían niños y en ella no me dejaban jugar con los muebles ni metiendo ruido.”⁷ Durante aquella época, su convivencia con el mundo se reducía casi exclusivamente a las visitas diarias a la Iglesia y a concurrir, con toda solemnidad, a funciones de tipo religioso.

Ese temprano régimen monacal había conducido a un catolicismo inveterado que en su adolescencia se expresó en “un esfuerzo intenso por empezar [las mañanas] temprano [y] piadosamente (misa y comunión antes de ir al Colegio). Y de pasar el día y los días esforzándome también por vivir sin pecar y encima en la presencia de Dios más continua posible, multiplicando la asistencia a los actos de culto público y [a] los actos de culto privado”. Como es de imaginar, su búsqueda de santidad venía aparejada por la conciencia del pecado, tanto más aguda cuanto estrechos eran los márgenes de desviación. De ahí que, ante el comprensible fracaso por refre-

⁷ AJG, 4, exp. 2, f. 60735, 14 de septiembre de 1948; 2, exp. 34, ff. 35857-35859.

nar impulsos y fantasías, su religiosidad alternara entre el fervor y los “remordimientos, desfallecimientos, oscilaciones”.⁸ Al menos así sucedió, hasta que la opresión llamó a rebeldía y el disgusto a liberación. Según él mismo relató, en ese proceso de emancipación la filosofía ocupó un puesto notable, aportándole instrumentos para socavar los fundamentos teológicos de la doctrina y, sobre todo, para exonerarlo de unas estrictas normas de conducta. Para 1917, rememoraba Max Aub, “ya no tenía el demonio por dónde sacarnos”. Entre su familia nuclear, con la que había vuelto a convivir desde hacía dos años, “emprendió Pepe una campaña de propaganda atea que le costó no pocas peleas con las mujeres de la casa. A borbollones salía fuera la devoción de su madre, a la que adoraba”.⁹ Pero ni los gritos piadosos lograron devolverlo a la grey y, en 1939, cuando un cursillo en Morelia lo incitó a releer el Catecismo, la distancia que lo separaba de sus antiguos preceptos parecía ya infranqueable. “Los actos de fe, esperanza y caridad —concluyó entonces— me hacen la impresión de pequeñez aduladora... entre repugnante y digna de conmiseración.”¹⁰

No obstante, las lecciones bien aprendidas difícilmente se olvidan y menos aun cuando éstas se asimilan durante la infancia y primera etapa de formación. Buen conocedor de las más modernas teorías pedagógicas, Gaos no ignoraba que aquellos años de aprendizaje habían marcado su carácter y personalidad, imprimiendo en su naturaleza los sellos de la timidez y del aislamiento, de la introspección y de los exámenes de conciencia. Es por ello que no tardó en reconocer el fondo de religiosidad que en él subsistía y que afloraba cuando el sentimiento primaba sobre la lógica y en escenarios extremos en que se hacía tangible la fragilidad de sus certezas. Ahora bien, especuló, “mi personalidad no me es exclusiva. Me es común con los modernos [...] a quienes ésta su impulsividad ha conducido al inmanentismo”.¹¹

Haciendo a un lado las dificultades que supone semejante inferencia, no le faltaba razón al presumir que sus temas y preocupaciones formaban parte de las discusiones del día. Por sólo mencionar uno de varios, con el problema de la “masificación”, seguido muy de cerca en sus análisis sobre la edad contemporánea, hacía eco a muchos autores de la época, quienes contemplaban con alarma el advenimiento de los grandes grupos humanos como

⁸ AJG, 2, exp. 39, f. 36467.

⁹ AUB, “José Gaos”, p. 78.

¹⁰ AJG, 1, exp. 66, f. 12975, 20 de febrero de 1939.

¹¹ AJG, 2, exp. 39, f. 36468.

uno de los rasgos distintivos de los tiempos nuevos. En 1930, por ejemplo, habían aparecido dos textos que, aunque cada uno a su manera y desde ángulos muy distintos, dejaron constancia de esa transformación. En el primero, *La rebelión de las masas*, José Ortega y Gasset deploraba el empuje que los avances tecnológicos y una excesiva democratización había conferido al hombre medio; la primacía de la mediocridad había conducido al repliegue de las singularidades, de suerte que “hoy —sostenía— un italiano medio, un español medio, un alemán medio, se diferencian menos en tono vital de un yanqui o un argentino que hace treinta años”.¹² En el segundo, “La movilización total”, Ernst Jünger señalaba que el entusiasmo generalizado ante la denominada Gran Guerra formaba parte del culto de la “iglesia popular”, cuyo credo eran la dialéctica del progreso y el genio militar.¹³ Aunque el pensador español defendía una versión elitista de la democracia, y el ensayista alemán, pese a sí mismo, dejaba traslucir su fascinación por un mundo autoritario, cada uno identificó una dimensión importante de las masas: aquél, la alienación de los individuos, éste su mecanización.

En ese marco de reflexión se sitúa asimismo el diagnóstico de Gaos acerca de su tiempo, con la ventaja —llamémoslo así— de que el triunfo del fascismo en distintos países parecía confirmar sus peores síntomas: la publicidad y la tecnocracia. Por el primero de estos términos entendía el predominio y creciente invasión de la vida pública sobre la privada, tal como se manifestaba en el aceleramiento de las actividades y en la correlativa brevedad de su duración, en el desarrollo exponencial de los medios de comunicación y de transporte, y, en general, en la absorción del individuo en estructuras anónimas e impersonales. Íntimamente relacionada con ese fenómeno se encontraba la tecnocracia, caracterizada a su vez por la omnipresencia de aparatos, máquinas y artefactos, desde los simples pluma-fuente y reloj de pulsera, hasta las tan innovadoras como contradictorias tecnologías bélicas y biomédicas. La lucidez con que supo identificar ambos síntomas se vio empañada al comprobar que sus ideas expresaban un lugar común entre sus coetáneos. El anuncio de la más reciente publicación de Ortega —“la última sin duda”— venía a dar al traste con sus propias pretensiones de originalidad. Con el título *Meditación sobre la técnica*, la obra del maestro parecía adelantarse a sus reflexiones sobre el mismo tópico, usurpándole así los laureles de la novedad. Para colmo, continuaba, “ya el otro día me había dicho

¹² ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, p. 52.

¹³ JÜNGER, “La mobilisation totale”.

[Joaquín] Xirau que uno de los temas en que pensaba para sus próximas conferencias de aquí, de México, era la técnica —tema que ya había tratado en Santander [...] ¿Es que todos pensamos en lo mismo —se lamentó—, hacemos lo mismo?”.¹⁴ Sin embargo, quien así se dolía no sólo superó el desaliento, sino que terminó por desagregar la experiencia en principios generales de la práctica académica. Con el paso del tiempo concluyó, en efecto, que “todo filósofo quisiera ser la condición de posibilidad de sus colegas, o sea, la condición de imposibilidad de ellos”.¹⁵

Que ese *desideratum* se cumpliera dependía de revestir sus análisis de tanta personalidad que nadie sospechara una glosa y de detallarlos al punto de erigirse en autoridad en la materia. No es casualidad, por lo tanto, que en los albores de 1942 anunciara que el curso titulado “Metafísica de Nuestra Vida” sería “sólo el primero de una serie de ellos —si es que tengo la ventura de poder llegar a darlos”.¹⁶ Según se infiere de sus notas, el motivo de duda radicaba, no tanto en la posibilidad de un fallecimiento prematuro o en que todo hombre fuera ser-para-la-muerte, sino en que, a su entender, su popularidad como maestro había caído en declive.

A desmentir esas estimaciones acudió una nutrida concurrencia, compuesta por “literatos, artistas, críticos de arte, jóvenes ensayistas, *dilettanti*, amantes de la última novedad”.¹⁷ Ese variopinto auditorio permitió que el profesor compartiera, a lo largo de tres años, unos detallados exámenes acerca de la modernidad. En esas clases distinguió dos de las grandes figuras que encarna el ser humano y, sobre todo, su transmutación conforme al paso de los siglos. Una de ellas es la que los modernos yuxtapusieron o incluso opusieron al *homo loquax* de la antigüedad, que Marx elevó al rango de categoría ontológica y, finalmente, que Bergson hizo célebre en su obra *La pensée et le mouvement*. Se trata de la figura del *homo faber*, el hombre como productor. La segunda, más original en muchos sentidos, se encontraba representada en el *homo viator*, el viajero que transita en el espacio, pero también hacia su muerte. Dimensiones constitutivas del ser, en ellas se expresaban con mayor fuerza los absurdos que caracterizaban el nuevo siglo. ¿Cómo explicar de otro modo que la lógica de la economía mundial condujera a la creación de necesidades de consumo, a la destrucción de los excedentes de producción,

¹⁴ AJG, I, exp. 100, f. 20100, enero de 1940.

¹⁵ GAOS, “Aforística publicada”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. Aforística, p. 177.

¹⁶ AJG, 2, exp. 50, f. 38224.

¹⁷ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, *La crisis del historicismo*, p. 16.

a la mayor desigualdad en el reparto de la riqueza? ¿Cómo entender la desproporción entre el tiempo invertido en desplazamientos y el que se permanece en los lugares de destino? ¿Cómo justificar una vida que sólo dispone del instante para arrojarse al impulso, mas no de los años que exige una pasión verdadera? Para quien esto cuestionaba no había más respuesta que cierto revés en el proceso evolutivo conducente a la propia, quizás irremisible, destrucción. “En el punto —advirtió— en que metas y caminos quedaran anulados por el vértigo del traslado de unos lugares a otros y de una traslación impediendo de la percepción del trayecto, habría perdido la vida humana su sentido y dejado el ‘hombre’ de ser tal, sin equívoco.”¹⁸

El lustre que distinguí a los cursos sobre “Nuestra Vida” se vio opacado por la aparición en 1945 de la obra *La crisis del historicismo y otros ensayos*. Su autor, José Sánchez Villaseñor, era un joven jesuita que se había dado a la fama merced a dos trabajos previos, *El sistema filosófico de José Vasconcelos*, y *Ortega y Gasset, pensamiento y trayectoria*. Lo que en la época se estimó como un estilo brillante, aunado a su capacidad para desmembrar las ideas crítica y templadamente, favoreció que, entre los círculos católicos del país, se recibiera uno y otro ensayo con suma complacencia. El motivo de satisfacción residía en la esperanza de que el talentoso escritor se erigiera en motor de renovación para la filosofía cristiana y, sobre todo, como una promesa de reforma dentro del deteriorado ambiente cultural mexicano. Así lo muestra la carta que en 1939 le dirigió Alfonso Junco. Tras recibir un ejemplar del primero de los libros referidos, en la misiva afirmó su confianza de que la relación entre Sánchez Villaseñor y Vasconcelos redundaría en favor de este último. Este objetivo se alcanzaría, precisó, “dándole orientaciones, sugiriéndole libros, insinuándole autoridades y rumbos. Tiene este hombre el gran mérito de que, en el terreno amistoso, escucha y atiende con sencillez”.¹⁹

Gabriel Méndez Plancarte expresó al seminarista una opinión similar. Además de abrirle de par en par las puertas de la revista *Ábside*, sus líneas subrayaban el valor correctivo de aquel escrito, asegurándole que “a muchos jóvenes estudiantes, demasiado encandilados con el brillo de Vasconcelos, les hará mucho bien”.²⁰ Había, sin embargo, que actuar con

¹⁸ AJG, 1, exp. 78, f. 15299. Estos folios corresponden a un resumen del curso de 1942 que Gaos publicó en 1959 con el título “Sobre la técnica”.

¹⁹ Carta de Alfonso Junco a José Sánchez Villaseñor, fechada el 8 de febrero de 1939, AHFM, VI *ad vitam*, c. 35, exp. (AV) Sánchez Villaseñor S.J.P., José.

²⁰ Carta de Gabriel Méndez Plancarte a José Sánchez Villaseñor, fechada el 6 de abril de 1939, *loc. cit.*

precaución. Por intermediario de un hermano de la Compañía, el entonces Superior General, Wladimir Ledóchowski, le indicaba “que proceda con cautela y que este primer éxito no sea causa que se lance V. demasiado. Resérvese para más adelante, acopie más doctrina, siga con empeño los estudios filosóficos en los que ha dado tan buena prueba con su libro, prepárese para escribir otros libros pero para más adelante, cuando haya completado la carrera”. La misiva terminaba con una triple admonición, “adelante pues: siempre más unido con Dios, siempre más dispuesto a defender la Iglesia, siempre bajo la dirección de los Superiores y Dios le ayudará. *Ora pro me*”.²¹

Con el rigor castrense digno de un soldado del Señor, Sánchez Villaseñor acató las instrucciones, aguardando a que a la siembra sucediera la cosecha. Ese momento llegó en 1943, cuando presentó una tesis doctoral que versaba sobre José Ortega y Gasset, publicada en ese mismo año. Para ciertos miembros de la orden, esos hechos tuvieron una doble significación, dado que, pensaban, “este es un libro que honra a la Compañía y no menos a su autor”. Alguno le escribió, por mencionar un caso más, que “durante muchos años —Dios no lo quiera— Ud. va a ser el único graduado y especializado. Ojalá otros muchos siguiéramos su camino, porque buena falta que tiene nuestra Provincia de gente preparada en las distintas especializaciones de nuestros ministerios”.²² Los logros del novel doctor aparecían como un signo de promisión modernizante, por el que se manifestaba la capacidad del clero para afrontar los retos propios de la era contemporánea, adaptarse a ella y conservar su papel rector de los destinos humanos. Con todo, los hermanos en la fe no fueron los únicos que hicieron extensivas sus expresiones de júbilo; tampoco faltaron gestos de contento, incluso de alivio, entre los amigos seglares. Uno de ellos, Antonio Gómez Robledo, le dirigió una significativa misiva, en la que afirmaba haber encontrado una fuente de sanación en sus sabias palabras.

Enjuiciar a Ortega —escribió— es ciertamente labor difícil y encomiable, tratándose de quien, como muy bien lo subrayas, se complace en hacer suyo el *larvatus prodeco* cartesiano. [...] Pero a través de Ortega has sabido magistralmente focalizar el drama de toda una generación que fue la mía, para la

²¹ Carta de firma ilegible, dirigida a José Sánchez Villaseñor y fechada el 10 de mayo de 1939, *loc. cit.*

²² Carta de Ignacio [¿G.R.?] y de Pablo SJ a José Sánchez Villaseñor, fechadas respectivamente el 9 de febrero de 1944 y el 8 de marzo de 1943, *loc. cit.*

cual el pensador español fue el instilador sutil del escepticismo, del nihilismo moral, como para las inmediatamente pretéritas pudieran serlo Renan, France, Proust... A quienes tengan aún ojos para ver y oídos para oír, tu libro los restituirá a la visión de la filosofía perenne, los arraigará de nuevo en lo que es sano, fuerte y eterno.²³

Tal vez a ese cúmulo de voces elogiosas, colmadas de esperanza y de aliento, se deba que Sánchez Villaseñor olvidara la prudencia y asumiera la tarea de exterminar un nuevo mal, mismo que para 1945 llevaba el nombre de “historicismo”. Como el médico científico que decide examinar el origen de una enfermedad, el docto jesuita optó por sacar su microscopio y estudiar a los propagadores de la pandemia. Del otro lado de la lente se hallaba José Gaos, máximo exponente de aquella tendencia y, por lo mismo, uno de los principales agentes de contagio. Por lo demás, el espécimen elegido resultaba idóneo en varios sentidos, puesto que, sostenía, “lo que en Ortega [y Gasset] es insinuación, escaqueo y malabarismo conceptual, cobra en el discípulo franca expresión e inconfundible relieve. [...] Gaos es abiertamente anti-intelectualista. Tras la máscara panteísta, oculta el maestro su posición atea. El discípulo profesa públicamente el ateísmo”. Las implicaciones eran claras: además de infringir el artículo tercero constitucional, el profesor al que la guerra “arrojara a nuestras playas”, es decir, un extranjero, divulgaba una doctrina corruptora entre las jóvenes conciencias. Esas peculiaridades explican que este guardián de la moral lo distinguiera con su atención, invitando a que el lector lo acompañara a transponer “los umbrales del viejo Mascarones. Y confundidos allí con la alegre juventud discipular, escuchemos de sus labios el pintoresco relato de sus andanzas por los peligrosos caminos del pensamiento contemporáneo”.²⁴

Asentada la metodología en términos “naturalistas”, todavía restaba presentar el elemento de estudio antes de entrar en materia. La voluntad de dotar a sus líneas de objetividad y, con ello, de dar una idea exacta de la

²³ Carta de Antonio Gómez Robledo a José Sánchez Villaseñor, fechada el 30 de marzo de 1944, *loc. cit.*

²⁴ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, *La crisis del historicismo*, pp. 9-12. Aunque sería derogado al año siguiente, el artículo tercero constitucional todavía estipulaba que “la educación que imparta el Estado será socialista y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social”, cit. en GUEVARA NIEBLA, *La educación socialista*, p. 63.

magnitud del contrincante, tuvo en esta ocasión buenos resultados. La prueba radica en que sus líneas reúnen muchos de los rasgos que con el tiempo se convertirían en un lugar común para referirse al maestro asturiano.

De ágil e insinuante palabra, Gaos habla mejor que escribe. Clásica formación. Vasta cultura. Cuenta, sin disputa, entre los más destacados discípulos de Ortega y Gasset. Su tarea de traductor ha sido enorme. [...] Peligroso en la discusión, maneja hábilmente la Historia y las grandes síntesis culturales. Posee un conocimiento directo de los textos clásicos en Filosofía. Como buen discípulo de Ortega, el pensamiento moderno le es familiar. La filosofía alemana constituye su especialidad. [...] Accesible en la intimidad, observa ante el gran público cierta actitud distante que recuerda el *odi profanum* horaciano.²⁵

Lejos de representar un mero dato anecdótico, esta última característica resulta fundamental para comprender el modo en que el profesor interactuaba con el alumnado. Ramón Xirau, por ejemplo, recuerda que al asistir a alguno de esos cursos, recibió de su parte una respuesta cargada de arrogancia que tuvo por efecto alejarlo de sus clases.²⁶ De modo similar, José Manuel Villalpando Nava relata que, por aquellos años, “tres figuras nos impresionaron sobremanera: Antonio Caso, respetable, severo, elocuentísimo; Joaquín Xirau, serio, amable, erudito; y José Gaos, indudablemente sabio, atento, pero inaccesible a la mayoría de los oyentes de sus pláticas”.²⁷ El propio Max Aub tuvo a bien reconocer que su amigo era “insoportable para muchos”, aunque adjudicó ese tipo de apreciación a signos estrictamente exteriores: “Pronto calvo, parecía mayor; de voz grave y calma, imponía a menos que le tuvieran por pedante; nunca lo fue.”²⁸ De ahí que, si con Sánchez Villaseñor logró establecer una buena relación, esto se debía a los buenos oficios de Antonio Gómez Robledo quien, desde Río de Janeiro, seguía velando sobre la continuidad en el trato. “Confío en que lo seguirás viendo a menudo —escribió al clérigo—, pues no hay nada mejor que la amistad polémica.”²⁹

²⁵ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, *La crisis del historicismo*, pp. 15-16.

²⁶ Entrevista con Ramón Xirau, San Ángel, 31 de julio de 2009.

²⁷ VILLALPANDO NAVA, “Mi encuentro con algunos maestros”, p. 379.

²⁸ AUB, “José Gaos”, p. 83.

²⁹ Carta de Antonio Gómez Robledo a José Sánchez Villaseñor, fechada el 4 de febrero de 1943, AHPM, VI *ad vitam*, c. 35, exp. (AV) Sánchez Villaseñor S. J. P., José.

A juzgar por el desarrollo de los acontecimientos, no cabe duda de que su corresponsal olvidó el sustantivo que precedía al adjetivo “polémica”, pero no fue lo único: también descuidó la corrección en las formas de entablar un debate. El libro que dio a la imprenta encierra un detallado resumen de las palabras que semana a semana escuchó en clase, registradas mediante la toma taquigráfica de notas. De la mano de ese crítico *in incognito* nos enteramos de que a lo largo de 1943 el maestro expuso, a partir de los conceptos “verdad”, “realidad” y “ser”, distintos aspectos de las filosofías fenomenológica, existencialista e historicista, exponiendo una a una sólo para refutarla a continuación. De ese proceder, sin embargo, el padre jesuita no extrajo lecciones de dialéctica ni una mayor familiaridad con los autores expuestos; a juzgar por sus palabras, su principal aprendizaje consistió en hallar un contraejemplo de vida, es decir, un medio para escarmentar en piel ajena. El mensaje se hace explícito en las frases que ponen fin al circunloquio:

Como la mayoría de los pensadores actuales, Gaos profesa la filosofía de la desesperación. Perdida la fe en Dios y en la inteligencia, vaga escéptico y desilusionado por los caminos de la cultura sin esperanza de encontrar una luz en el caos de opuestas doctrinas. Algo que dé sentido a la existencia. Algo que la ennoblezca y dignifique. De ahí que su pensamiento carezca de la serenidad y equilibrada visión de conjunto, que distinguen por lo común al genuino filósofo.³⁰

La moraleja era doble: tanto quien aspirara al título de filósofo como quien deseara evitar una terrible agonía vital debían sustraerse a la influencia del historicismo. En este sentido, su obra hacía eco a las proclamas que, desde las trincheras neotomistas, se lanzaba en aulas y revistas, con el fin de contrarrestar las fuerzas perniciosas de los bandos contrarios. Según Juan Hernández Luna, la restauración de la *philosophia perennis* dentro del marco universitario, a partir de 1933, había respondido a tres factores distintos: “la expulsión de los marxistas de la Universidad que dejó el campo libre a los católicos; la autonomía que Abelardo L. Rodríguez concedió a la Universidad y que creó un ambiente favorable para que se enseñase cualquier doctrina filosófica; y la llegada de Manuel Gómez Morín y su camarilla de católicos a la Rectoría y demás puestos directivos de la Universidad”. En ese contexto, continuaba el cronista, Oswaldo Robles había desempeñado un papel fundamental al momento de difundir el movimiento entre los estudiantes. Este úl-

³⁰ SÁNCHEZ VILLASEÑOR, *La crisis del historicismo*, p. 140.

timo, sostuvo, “ejerce la docencia con un sentido militarista. Sus cursos contra el neokantismo, el historicismo y el existencialismo, son desarrollados por él como si se tratara de poner sitio a una plaza o emprender una hazaña bélica. Y, esto, y no las tesis del *Doctor Angélico*, es lo que cautiva a sus oyentes”.³¹

De otorgar crédito a los rumores que corrían en Mascarones, el filósofo regiomontano había tomado el militarismo en una acepción casi literal, al aliar sus esfuerzos con un grupo de choque, conocido en el medio estudiantil como los “conejos”.³² La estrategia al parecer funcionó, dado que para 1943 se había convertido en “dueño y señor de la Sección [de Filosofía] y hasta de más”. Como a veces sucede en tiempos de crisis, la amenaza produjo un pequeño portento, a saber, que los demás profesores olvidaran antiguos diferendos y unieran sus fuerzas “para poner límites y recuperar el terreno”. La contraofensiva que diseñó dicho frente consistía en reorganizar el Centro de Estudios Filosóficos, colocado bajo la presidencia de Antonio Caso y la dirección de Eduardo García Máynez. “Se logró esto —explicaba Gaos— y se hizo un primer acto de presencia que resultó sumamente prometedor —pero que no ha sido hasta la fecha seguido de otro ni de nada. Así que Robles ha aprovechado todos los resquicios para ir introduciendo a gentes suyas.”³³ De ahí que los descendientes mexicanos de santo Tomás pudieran servirse del acomodo institucional para situarse en lugar privilegiado y, desde ahí, imponer la verdad de su doctrina. En ese complejo entramado de poderes y rivalidades, la palabra oral y escrita fungió igualmente como un arma. A ello se debe que Francisco Larroyo afirmara que “el neotomismo es una filosofía combativa. Esta actitud polémica la ha realizado en México el jesuita José Sánchez Villaseñor”.³⁴

³¹ HERNÁNDEZ LUNA, “Un diálogo”, pp. 309-311.

³² En su investigación sobre los grupos estudiantiles de choque, Hugo Sánchez Gudiño rastrea el origen de los “conejos” a la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, creada en 1931 para combatir la influencia comunista dentro de los movimientos estudiantiles. Esta corriente alcanzaría su época de mayor fuerza con la rectoría de Rodolfo Brito Foucher, cuya caída representó un duro golpe para los estudiantes de ultraderecha. Pese a ello, en 1946 todavía encabezaron una huelga en contra del entonces rector, Genaro Fernández MacGregor, provocando su renuncia, hecho que se repitió dos años después y con resultados análogos en oposición a Alfonso Zubarán. Véase SÁNCHEZ GUDIÑO, *Génesis, desarrollo y consolidación*, pp. 153-199.

³³ Cartas de José Gaos a Eduardo Nicol, la primera fechada el 29 de marzo de 1943 y la segunda el 28 de noviembre de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 155, f. 15116; c. 23, exp. 153, f. 14222.

³⁴ Cit. en ESPINOSA, *Medio siglo de filosofía*, p. 27.

En cuanto apareció en librerías *La crisis del historicismo* —sobre cuyas guardas de cubierta aparecía el menos disimulado título *Gaos en Mascarones*—, el ahí nombrado presentó una queja ante Alfonso Reyes, quien, a su vez, le aconsejó dirigirse a las autoridades universitarias. Además de rechazar como infundios las principales afirmaciones que en el libro se expresaban, en carta al entonces rector, Genaro Fernández MacGregor, el quejoso protestaba ante el uso indebido de los materiales de clase. La primera parte de la obra, argumentaba, “representa la publicación, no sólo sin mi consentimiento, sino sin siquiera la menor notificación previa, a pesar de que yo tenía al autor por amigo, del curso de Metafísica de nuestra vida que di en la Facultad de Filosofía el año académico de 1943”.³⁵ La situación no era nueva para quien esas líneas escribía, puesto que ya en el pasado se había encontrado con una similar. Al oficiar entre el jurado examinador de las oposiciones en España, había sido testigo de cómo, durante los ejercicios, Alfonso García Valdecasas había expuesto algunas ideas que Ortega y Gasset propuso sólo a título de sugerencias, conceptos a debatir o puntos de partida en clase. Ante el abusivo empleo del utillaje docente, preguntaba entonces, “¿podríamos acabar no riñendo maestros y discípulos, maestros entre sí y discípulos entre nosotros [...]?”. La alternativa era evidente: se trataba de aceptar vivir en una atmósfera irrespirable o de “cerrar en cuerpo los que hemos dado constantes, públicas y privadas pruebas de entender el escrúpulo y respeto, en la convivencia de maestros y discípulos”.³⁶

En esta segunda ocasión los agravantes eran mayores, dado que el infractor no se había limitado a difundir algunas ideas o esbozos de doctrina, sino que reproducía por medio de la imprenta un curso entero, rico en pormenores. El problema se cifraba en los límites y alcances de la propiedad intelectual, si bien, en el caso de Gaos, el perjuicio rozaba la tragedia. Esto se debía a su método de enseñanza que consistía, según relató, en dar sus “cursos a base de guiones muy minuciosos, y en una proporción que ha ido creciendo con los años, de lecciones íntegramente leídas”.

Si escribiendo tanto no he publicado nada —justificó—, no es sólo porque escribo en condiciones que no me permiten considerar lo escrito sino como de urgencia [...]; es también por una razón de economía de esfuerzo: mientras no

³⁵ Carta a Genaro Fernández MacGregor, fechada el 22 de abril de 1945, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 287.

³⁶ Carta de José Gaos a José Ortega y Gasset, fechada el 8 de julio de 1935, FJOG, C-120/2, f. 6.

quede literalmente agotado un tema por su repetición en cursos y conferencias, hasta el punto de no poder ser *refrito* más, no es cosa de anularle poniéndolo en libro —porque es imposible preparar cursos nuevos, ni generales ni monográficos, no digo cada año, sino cada bastante más: ya es algo que se le ocurran a uno cosas cada lustro y hasta decenios.³⁷

Se comprende, pues, la frustración y el sentimiento de despojo que debió resentir al encontrar su trabajo expuesto en la obra de Sánchez Villaseñor. De ahí que la consulta dirigida al rector, en el sentido de “si es lícito a los asistentes a los cursos de la Universidad, publicarlos sin el consentimiento del profesor respectivo y encima declarándose propietarios intelectuales de los mismos”,³⁸ cobrara redoblada pertinencia.

Al parecer, Gaos no alcanzó a enviar la carta recién mencionada. Tal como él mismo refirió muchos años después, a resolver la causa de litigio acudió otro representante de la Compañía, el padre David Mayagoitia, “y después de lo que cada uno le expresó al otro, di por concluso el caso y la verdad es que no he vuelto a acordarme de él”.³⁹ Nada más se sabe acerca de esa entrevista, aunque es de suponer que la última cruzada de Sánchez Villaseñor no recibió la aprobación de sus pares. Un indicio reside en el expediente que sobre él resguarda el Archivo Histórico de la Provincia Mexicana y que si bien integra la correspondencia referente a sus obras anteriores, hace un vertiginoso salto respecto al libro que aquí interesa. La sospecha se confirma al advertir que el religioso y filósofo mexicano difundió el rumor de que algún intrigante había robado sus apuntes de clase para enseguida publicarlos con su firma. De hecho, tan lamentable se estimó el caso que todavía décadas más tarde algún miembro de la orden juzgó necesario proferir unas palabras de descargo. “Creo —escribió el alumno— que de veinte años acá los jesuitas, o la Compañía de Jesús en México hemos cambiado bastante, quizá nos esforzamos no sé con qué tanto éxito en lograr una humildad, una comprensión y una apertura que no ha sido hasta ahora el distintivo de la orden, al menos en México.”⁴⁰ En su respuesta, Gaos

³⁷ Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 178.

³⁸ Carta a Genaro Fernández MacGregor, fechada el 22 de abril de 1945, en *ibid.*, p. 287.

³⁹ Carta a José Ignacio Palencia, escrita en junio de 1966, AHCM, *José Gaos*, c. 4, exp. 30, f. 1.

⁴⁰ Carta de José Ignacio Palencia, fechada el 9 de junio de 1966, *loc. cit.*

aseguraba que “me habían dicho que era V. jesuita, pero noticias como ésta no han influido nunca en mi relación con los estudiantes”.⁴¹

Aun admitiendo que se expresara con sinceridad, no lo es tanto que hubiera borrado de su memoria el desencuentro con Sánchez Villaseñor. En los últimos meses de 1945, al emprender un balance quinquenal de la vida filosófica en México, se vio en la necesidad de mencionar el episodio, en razón, sostuvo, de que “quien calla, otorga”.⁴² Menos breve fue su segunda respuesta, contenida en la ponencia que leyó el 3 de octubre de 1947 como parte de las Mesas Redondas que periódicamente organizaba el Centro de Estudios Filosóficos. Pese a que el texto no alude a la obra del jesuita, la pregunta que dio título a su presentación, “¿Es el historicismo relativismo escéptico?”, retoma una de las principales objeciones que en aquella se despliegan. Es de suponer, por lo tanto, que de modo indirecto Gaos aprovechó la oportunidad para rebatir ante los investigadores del Centro y el público en general la crítica que con tan malas artes se le había arrojado.

A la luz de los tiempos que corrían, no parece un exceso interpretar una ponencia, compuesta con la severidad que dictaban los cánones académicos, como un caballo de batalla, con el que pretendía combatir ciertos embates y defender la validez de las ideas propias. Esa impresión se confirma al observar que, para Gaos, resultaba un imperativo demostrar que su pensamiento se encontraba en las antípodas de las vertientes nihilistas e irracionalistas que habían florecido junto con el siglo, en parte responsables —se decía— de las últimas catástrofes bélicas. En este sentido se comprende mejor su alegato a favor de “salvar en la filosofía a la verdad”, en consigna consonante con la que, según la tradición, en su momento expresó Aristóteles.⁴³ La tarea era tanto más urgente cuanto que “el problema de nuestro tiempo —señaló el profesor— es el del fracaso provisional o definitivo de la razón física en lo humano”.⁴⁴ Era menester, por ende, encontrar una vía alternativa a la racionalidad instrumental y al progreso técnico como cami-

⁴¹ Carta a José Ignacio Palencia, escrita en junio de 1966, *loc. cit.*

⁴² GAOS, “Cinco años de filosofía en México”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 65-66, 69.

⁴³ GAOS, “¿Es el historicismo relativismo escéptico?”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, p. 86. Se hace referencia a la frase que Simplicio atribuye a Aristóteles, en el sentido de “salvar los fenómenos” o “salvar las apariencias”, si bien ninguna de esas dos variantes se encuentra en la obra del estagirita. Numerosos autores señalan, sin embargo, que la expresión se remonta al pensamiento presocrático.

⁴⁴ AJG, 4, exp. 2, f. 60690, 9 de febrero de 1947. Cursivas en el original.

nos hacia el mejoramiento colectivo y como base de la convivencia. Por paradojas de la historia, la alternativa que él mismo propuso para afrontar los nuevos retos llevaba el nombre de la primera virtud teologal, conocida simplemente como fe. Su particularidad radicaba en que ésta se depositaría, no en Dios, sino en el hombre, no en la eternidad, sino en el futuro intramundano. De esta forma se alcanzaría la “comuni3n”, es decir, un punto medio entre el aislamiento del individuo y la impersonalidad de las masas. Contribuir a alcanzar esa meta constituía nada menos que la misi3n del intelectual.

A juzgar por los numerosos escritos y controversias en torno al tema, la d3cada de 1940 represent3 un capítulo central en ese proceso que Guillermo Zermeño denomin3 “la invenci3n del intelectual en M3xico”.⁴⁵ Tanto los desvíos de la ciencia como la ceguera de las ideologías en aquella guerra que durante poco más de un lustro asoló Europa, Asia y África, quebrantaron la confianza en la potencia del espíritu y en su poder regulador. Con esos acontecimientos a la vista, resultaba necesario reevaluar el papel que desempeñaron las clases ilustradas en la contienda, así como el que les correspondería en el ya visible horizonte de reconstrucci3n.

Algunas de esas reflexiones se vertieron en la “mesa rodante” a la que en 1944 convoc3 Jes3s Silva Herzog, desde su cargo como director de *Cuadernos Americanos*. “Lealtad del intelectual” fue la temática que presidi3 ese singular intercambio, en el que intervinieron, adem3s del promotor de la propuesta, Mariano Pic3n-Salas, Jos3 Gaos, Jos3 Medina Echavarría y Juan Larrea.⁴⁶ Uno a uno fueron exponiendo sus diferentes puntos de vista, ya fuera para erigir al gremio en ejemplo de vida y en “diseñador de la vida nueva”, para denunciar la soberbia academicista que le había privado de su “ascendencia sobre el pueblo” o, por el contrario, para llamar a una especializaci3n humanizada que permitiera poner la inteligencia al servicio del prójimo en tanto “mero instrumento técnico”. Sin obviar las diferencias, todos coincidían en advertir que el conflicto bélico había introducido pro-

⁴⁵ ZERMEÑO, “La invenci3n del intelectual en M3xico”.

⁴⁶ SILVA HERZOG, PIC3N-SALAS, GAOS, MEDINA ECHAVARRÍA y LARREA, “Lealtad del intelectual”. La mecánica de la “mesa rodante” consistía en hacer circular un breve texto acerca de alg3n tema de inter3s entre personas escogidas, quienes, una a una, ańadían las consideraciones que estimaban pertinentes acerca de los escritos precedentes. Esta modalidad en la discusi3n muestra el r3gimen de la vida acad3mica, desarrollada progresivamente en solitario, pero, sobre todo, los circuitos socioculturales a los que se confinaba el debate.

fundos cambios de tipo semántico y sociológico en la comprensión de las élites culturales y que se condensaban en un desprestigio generalizado. Según esos análisis, el motivo de descrédito residía en el fracaso de los cultivadores de la filosofía, las ciencias o las letras para conservar una mirada limpia, ajena a los lodazales del poder. Esto explica que el debate girara alrededor de dos cuestiones clave: el grado deseable de autonomía y su relación con la esfera política.

El interés que el tema despertó en los participantes se vio reflejado en que el tablero volvió a rotar dos meses más tarde, esta vez provisto de un nuevo convidado, el escritor Alfonso Reyes, y de un flamante título: “¿Independencia? ¿Comunidad social?”. Pese a que Silva Herzog terminó lamentando que la mesa hubiera “rodado tal vez más de la cuenta”, la segunda ronda no deja de ser ilustrativa, ya que en ella se perfilan con mayor precisión las distintas concepciones que contendían. Si se abstraen las peculiaridades, es posible distinguir dos posturas bien trazadas en ese entramado dialógico: la de quienes, en aras de la verdad y de la objetividad, propugnaban dibujar una línea divisoria frente a la figura del político; y de quienes denunciaban el “monaquismo laico” de sus colegas en tanto irresponsable evasión de los deberes cívicos. Ninguno ignoraba, claro está, que su misión crítica y orientadora no se agotaría en un ir y venir del papel; pero tampoco desconocían que con ese intercambio contribuían a reinventar la fisonomía del intelectual, de cara a una realidad cambiante. En un futuro marcado por una colectivización creciente y ante la no tan lejana perspectiva de que adviniera una “sociedad sin clases”, resultaba menester absolver al intelectual de su carga individualista, precisar sus tareas y características, examinar su radio de movimiento y determinar la naturaleza de sus derechos y obligaciones. Se trataba, dicho en pocas palabras, de adecuar sus funciones a los ritmos y necesidades del mundo contemporáneo.⁴⁷

La progresiva definición del intelectual en un sentido práctico, necesariamente comprometido con la resolución de los problemas sociales más urgentes, representó para Gaos una fuente constante de desazón. Ese desasosiego subyace en sus vacilaciones y en el esfuerzo por encontrar un arreglo intermedio entre la teoría y la práctica: “buscar y proponer soluciones, pero dejando su realización a los políticos”.⁴⁸ Sin poder advertir que en oca-

⁴⁷ GAOS, LARREA, PICÓN-SALAS, REYES, MEDINA ECHAVARRÍA y SILVA HERZOG, “¿Independencia? ¿Comunidad social?”.

⁴⁸ GAOS, “Palabras encendidas”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, pp. 491-492.

siones “decir es hacer”, como nos enseñó hace tiempo John L. Austin, quien buscaba la ecuanimidad no logró sortear los remordimientos asociados con su retiro en la esfera del intelecto. En alguna ocasión, su angustia llegó al extremo de provocar lo que él mismo llamó “la cuarta crisis de la filosofía”, ocurrida tras medir la inmensa distancia que separaba su pensamiento de la circunstancia americana.⁴⁹ Pese a su aparente universalidad, los temas que se revolían en su mente, fueran el totalitarismo, la publicidad o el inmanentismo, lograban despertar interés entre su auditorio, pero no una empatía que permitiera hablar con justicia de *nuestra* vida. ¿Cómo evitar frustrarse, cuando el principal empeño había consistido en analizar el mundo contemporáneo, desde el ángulo de sus muy vivitos y coleadores habitantes? A esa finalidad se ceñía igualmente un proyecto atesorado desde hacía algunos años, concebido como una “antropología metafísica”. La idea comprendía desgranar los caracteres propios de la época que, en principio y por no tratarse sino de una introducción, redujo a seis: la mano, la razón, la política, la imagen y semejanza de Dios, la mujer y el tiempo.

Entre los meses de noviembre y diciembre de 1944, el público de Monterrey tuvo oportunidad de escuchar sus reflexiones en torno a la primera y la última de las temáticas programadas. A lo largo de cinco sesiones fue desbrozando, con pala y azadón fenomenológicos, el camino que llevaba hacia el conocimiento del hombre, tomando como punto de partida los rasgos que lo distinguían de otros objetos y criaturas que pueblan el universo. La mano, en efecto, constituía una conquista de la especie que, al erguirse sobre el suelo, había dejado libres sus extremidades superiores. De esta forma se había abierto a posibilidades infinitas que incluían, no sólo la “*cultura material* humana, sino la *cultura humana* toda”. En la aptitud para agarrar, asir y manipular se encontraba el origen de la técnica y de todas sus derivaciones, mientras que en la de tocar, palpar, tantear y sentir se hallaba una fuente primaria del conocimiento. Paradójicamente, fue en la inactividad de la palma y sus cinco dedos, en la mano ociosa, donde el conferenciante descubrió la más profunda expresión de humanidad. Este último término, sostuvo en talante aristocrático, tiene “el sentido más restringido y elevado, a la vez, de un peculiar refinamiento, distinción y excelsitud de la humana naturaleza, ya no común por igual a todos los hombres, sino exclusiva de aquellos que han subido a una cierta cultura”. A esas personas, cuya exención del trabajo manual había conservado la piel suave y limpia,

⁴⁹ AJG, I, exp. 42B, f. 7516, 10 de octubre de 1943.

quedaba reservada la más noble manifestación corporal, la caricia, dado que una mano encallecida, “si puede acariciar *propiamente*, no puede hacerlo *plenamente*”. El gesto se transforma, por vía de las rugosidades, en choque o rasguño. Una epidermis sin mácula no constituía, empero, la única condición para ascender a la cúspide del tacto. Igualmente necesaria resultaba la capacidad de amar, de recibir y de entregarse al otro, tal como simbolizaba una mano ligeramente cóncava, dispuesta a acoger mas no a poseer. En la caricia se consumaba, por lo tanto, la fusión entre los cuerpos, entendida como íntima comunicación de los espíritus, dijo José Gaos en unas bellas páginas que nada tienen que envidiar a las muy célebres que sobre el tema escribió Emmanuel Lévinas tres lustros más tarde.⁵⁰

Si la caricia se constituía en máxima expresión de la alteridad, el tiempo ejercía el oficio opuesto: el de individuar al sujeto. Dejando traslucir el influjo de san Agustín, de Bergson y de Heidegger, el ponente aclaró que el correr de las horas, minutos y segundos que marcan las manecillas del reloj no conformaba sino una forma abstracta de concebir el tiempo. El modo de sentirlo no se reducía a horarios ni a dictámenes de aparatos, sino que se vivía en función del contenido expreso de cada instante, esto es, según el movimiento de las cosas, la interacción con el mundo y un quehacer constante. De ahí que la duración fuera el verdadero parámetro del tiempo, cuyo carácter finito se erigía en condición de toda actividad y, más aún, de todo existir. De subsistir eternamente o de cargar con tareas infinitas nadie haría nada y el hombre dejaría de ser tal. La conciencia de la muerte, punto final de la existencia, se convertía así en criterio de humanidad, dado que ella infundía la angustia y la urgencia de actuar, y en la acción se expresaba la esencia. Irreversible e inevitable, la muerte individualizaba, por ser propia e intransferible, pero también porque en ella se cristalizaban los rasgos del individuo que fue, héroe o vil personaje, impenitente o justificado. Por todo ello, concluía, “el hombre resulta el más individuado de los seres, aquel que sería más *él mismo*, aquel cuya vida, movimiento, tiempo, ser, principio y fin, éste sobre todo, serían más suyos —el más móvil, el más *ser*, el más mortal en el sentido más propio, el más temporal”.⁵¹

⁵⁰ GAOS, “2 exclusivas del hombre: la mano y el tiempo”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, pp. 138, 146, 151-152 y 172. Cursivas en el original. La referencia a LÉVINAS corresponde a su libro *Totalité et infini: essai sur l'extériorité*.

⁵¹ GAOS, “2 exclusivas del hombre: la mano y el tiempo”, *op. cit.*, p. 204. Cursivas en el original.

El aprecio de que fueron objeto esas conferencias se vio reflejado en la solicitud, por parte de las autoridades universitarias neoleonesas, de inmortalizar sus palabras mediante el elixir de la imprenta y con tanto éxito que muchas aparecen hoy apenas envejecidas. Aunque escritas en un “arrebato”, el placer que invirtió en ellas sin duda conspiró para convertirlas en algunas de sus páginas más memorables, cuya fenomenología de la mano juzgó el propio autor “digna de la escuela, original”.⁵² Entre sus contemporáneos, más de uno alabó “la claridad de estilo” que acompañaba al libro, si bien no se olvidó señalar la “impresión de haber sido concebido y elaborado en la soledad del gabinete, al margen de toda *circunstancia histórica*”.⁵³ En vista del imperativo que pesaba sobre el intelectual, en el sentido de tener que interesarse por el medio, esas líneas prestaban un flaco favor a Gaos, quien se había esforzado por mostrar que sus disquisiciones poco tenían que ver con las del pensador ensimismado. Así lo había indicado al abrir sus alocuciones en Monterrey, dedicando sus primeras frases a justificar “entretenerse en caricias en estos días tan poco cariñosos” y “perder el tiempo con el tiempo”. En efecto, admitió,

es uno de los hechos característicos de estos nuestros tremebundos días, no sólo el de la intervención de los intelectuales en la cosa pública, no sólo su dedicación a ella, su absorción por ella, sino el de proclamarse el deber en que están de hacerlo así. Por el movimiento fui arrastrado, por la proclama convencido también yo. A ello se debe mi *transierrro* a México —permítanme usar una vez más un término que se ha encontrado tan justo que ha hecho fortuna. No estoy en manera alguna arrepentido de una conducta que estimo como uno de los timbres de honor que me ha sido dado alcanzar en la vida, pero he llegado a pensar que se ha ido, que hemos ido demasiado lejos [...].⁵⁴

La causa de censura radicaba en que tanto la fe milenarista —convencida del poder regenerador y salvador de la intelectualidad—, como la fe racionalista —segura de que reorientar al mundo por vía de la razón era posible— habían sido invalidadas por el acontecer histórico. Desde esa perspectiva, la tarea de aquellos hiladores de ideas consistía en evitar enredarse

⁵² AJG, 4, exp. 4, f. 61845, 23 de octubre de 1958; 4, exp. 7, f. 63780, 30 de julio de 1962.

⁵³ HERNÁNDEZ LUNA, “Siete años de labor filosófica”, p. 128. Cursivas en el original.

⁵⁴ GAOS, “Fragmentos de 2 exclusivas del hombre”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, pp. 209 y 213.

con facultades irreales para, en su lugar, preparar el estambre, tejido y trama de un futuro mejor. Para lograrlo, decretó, “el intelectual no debe abandonar totalmente por lo público sus objetos privados, sino todo lo contrario: debe, en medio de las más tremendas convulsiones públicas, tener el heroísmo, peculiar de él, de no abandonar sus objetos privados”.⁵⁵ En la aparente indiferencia a los asuntos mundanos residía, en realidad, su mayor sacrificio y ofrenda.

Tres años más tarde, en noviembre de 1947, los temas del intelectual y sus funciones volvieron a ocupar el centro de la mesa, si bien en esta ocasión a su alrededor se acomodaron algunas de las más insignes personalidades en el orden internacional. El motivo de convivio se debía a la Segunda Conferencia General de la UNESCO que se celebraba entonces en la ciudad de México, convertida a lo largo de 30 días en escaparate de la atención mundial. Además de asentar las bases de una “educación para la paz”, la importancia del encuentro se cifraba en la discusión acerca de los derechos del hombre, cuya declaratoria universal se había programado para 12 meses más tarde. Con el trasfondo de aquel telón de acero que, según Winston Churchill, se había corrido sobre Europa, la principal preocupación consistía en evitar que las tensiones desembocaran en un nuevo conflicto bélico, conducente, a su vez, al aniquilamiento de nuestra especie. En ese marco de neurosis generalizada se hizo un llamado a los filósofos con el propósito de buscar nada menos que “la fórmula filosófica para la Paz”.⁵⁶ Pese a la extrañeza que esas palabras suscitan, al parecer había buenas razones para pensar que tamaño objetivo era asequible, en vista de que “es la flor de la inteligencia de todos los países la que va a reunirse aquí. [...] Y la inteligencia vale más y puede infinitamente más que la fuerza”.⁵⁷ El optimismo se hacía presente en las conversaciones filosóficas que se organizaron en torno al título “El filósofo en la Ciudad humana”.

Como era de esperar, las divergencias entre los distintos participantes aparecieron apenas se dio inicio a las reuniones y no era para menos: todos estaban convencidos de que recomendar a la UNESCO un criterio filosófico

⁵⁵ *Ibid.*, p. 210.

⁵⁶ Manuel M. Reynoso, “La U.N.E.S.C.O. ante un talentoso México”, *El Universal*, 3 de noviembre de 1947, p. 3. Los delegados de la sección mexicana de filosofía fueron Samuel Ramos, Leopoldo Zea y Fernando Ocaranza. José Gaos intervino como representante del Gobierno Republicano Español, que figuraba en las reuniones como invitado de honor.

⁵⁷ “Educar para la paz”, *El Universal*, 4 de noviembre de 1947, p. 3.

con que encuadrar sus objetivos significaba sentar las bases de cualquier acción futura. A ello y no sólo al viejo ideal reduccionista respondía la insistencia en unificar las filosofías existentes, dado que se atribuían los orígenes de la discordia a la incompreensión entre los individuos y entre las naciones. Ahora bien, pese al bien reglamentado uso de la palabra y a la eficaz labor de los traductores asignados, la reunión peligraba parodiar el panorama de desencuentros que amenazaba a la misma “ciudad humana” sobre la que discurrían. Ya fuera que proscibieran el vínculo con la política, como fue el caso de Jacques Maritain, que sostuvieran la nocividad de su abstención, a la manera de Marvin Farber, que estipularan ciertos límites, como lo hizo Carlos Cueto Fernandini, o que señalaran la inanidad de unos esfuerzos estrictamente racionales, al estilo de José Gaos, el desacuerdo aparecía como único punto compartido. “Tan dividida anda la humanidad, y tan fácilmente se ahondan las divisiones entre sus miembros —advertía en tono sardónico un periodista— que aun la flor y la nata de éstos, que lo son los filósofos [...] tienen ciertas dificultades para trabajar en común.”⁵⁸ Algún otro imputaba la causa de disenso a los “enfermos de individualismo” que habían reemplazado la filosofía universal por “una simple pluralidad de filósofos y proliferación cuasi bacteriológica de filosofías”.⁵⁹

Si el autor de esas líneas, el padre Antonio Brambila, aludía con ellas a José Gaos, no le faltaba del todo razón, si bien sólo en el sentido de que sus intervenciones propiciaron algunas de las más acaloradas polémicas sostenidas durante las sesiones. La principal se verificó cuando, no sin forcejeo, la asamblea había finalmente alcanzado un acuerdo. “El filósofo tiene el deber de orientar hacia fines deseables el pensamiento y acción de los hombres y, por esta razón, debe intervenir en las cuestiones de la ciudad humana”, fue la muy ambigua declaración aprobada, cuyos mismos términos acusan la fragilidad del consenso. La armonía perduró unos cuantos minutos, dado que el maestro español no tardó en requerir una enmienda. Al párrafo suscrito solicitó se añadiera que “ningún pensador puede ser encarcelado ni condenado a muerte, ni sufrir ninguna disminución como ciudadano, ni eventualmente como profesor, ni como escritor por la índole de las ideas que profesa. El Estado no puede exigir previamente a un pensador que haga una profesión de fe antes de adscribirle una función dentro de él”.⁶⁰

⁵⁸ “Los filósofos de la UNESCO”, *El Universal*, 11 de noviembre de 1947, p. 3.

⁵⁹ Antonio Brambila, “¿Denominador común?”, *El Universal*, 22 de noviembre de 1947, pp. 3 y 8.

⁶⁰ *Excelsior*, 9 de noviembre de 1947, p. 1.

Apenas resulta aventurado suponer que su propia experiencia se encontraba detrás de la preocupación por salvaguardar la intelectualidad de los abusos de un gobierno autoritario. Pero de modo más significativo, en su proyecto se cifraba el deseo de prescribir el respeto por la pluralidad y el derecho a la discrepancia.

En contra de la propuesta se levantaron dos tipos de objeciones. A tono con la famosa proclama de Louis de Saint-Just —“no hay libertad para los enemigos de la libertad”—, la primera consistía en denegar la tolerancia a sus opositores. De mayor peso, la segunda estipulaba que la “inmunidad del filósofo” le otorgaba atribuciones superiores a las del ciudadano común, por lo que suponía un privilegio injustificado. Tras no pocas réplicas y contrarréplicas, la moción fue aceptada, aunque no sin dejar constancia de que sólo se hacía por mayoría. De esa forma, sostenía la prensa, “el público ‘afilosófico’ se ha enterado de que entre los filósofos de la UNESCO hay algunos que creen haber descubierto la esencia del ser y del conocimiento con tal exactitud [...] que consideran dignos de la cárcel y hasta de la muerte a quienes se atrevan a sustentar puntos de vista distintos”.⁶¹

Se compartieran o no esas conclusiones, lo cierto es que tan magros resultados fueron motivo de una decepción relativamente extensa. Antonio Brambila lamentó, por ejemplo, que en la concepción de los reunidos “la filosofía no [fuera] un faro que guía con luz propia, sino un simple directorio telefónico de ideas-clave y de rutinas comunes”.⁶² Si bien Pedro Gringoire celebró que la pluralidad de convicciones no hubiera impedido emprender tareas en común, también deploró que se asignara a las pláticas filosóficas una simple tarea preliminar, desperdiciando la “oportunidad de haber acometido el problema de elaborar al menos provisionalmente una filosofía fundamental de la UNESCO”.⁶³ Algún otro incluso denunció que “el Consejo Ejecutivo de la UNESCO no tomó en cuenta la opinión de los intelectuales de América española en la redacción del proyecto de Declaración de los Derechos del Hombre”.⁶⁴

En el texto que preparó al concluir la asamblea, el propio Gaos confesó su desilusión ante el giro que tomaron las discusiones. “Hasta nuestra última reunión —escribió— estaba convencido de que sería difícil, si es que no imposible, lograr la unanimidad de los reunidos sobre otro punto que el

⁶¹ “Los filósofos de la UNESCO”, art. cit.

⁶² Antonio Brambila, “Era de temer”, *El Universal*, 29 de noviembre de 1947, p. 3.

⁶³ Pedro Gringoire, “La primera semana de la UNESCO”, *Excelsior*, 12 de noviembre de 1947, p. 6.

⁶⁴ Licurgo, “Frasas y Siluetas”, *El Universal*, 13 de noviembre de 1947, p. 1.

del respeto para toda pluranimidad.” Ello explicaba la sorpresa que sintió al descubrir que ni siquiera sobre ese punto existía el acuerdo. A semejanza de sus coetáneos, sabía que la historia reciente había enseñado los límites de la tolerancia, al haber permitido, por las vías del sufragio, que los adversarios de la democracia accedieran al poder. Sin embargo, restringir el derecho de expresión, así sólo fuera a quienes se opusieran a su ejercicio, suponía sucumbir a análoga intransigencia. Preservar la libertad y la justicia dependía de honrar uno y otro principio, haciéndolos valederos para todo individuo. De esos postulados, entresacó un apotegma, síntesis de su postura: “Contra la idea, sólo la idea; contra la violencia, toda la necesaria dentro de lo posible; nada contra ninguna idea; todo contra toda violencia”.⁶⁵ Escrita en clave liberal, su fórmula de la paz perpetua reposaba sobre la fe en el poder del espíritu y en su capacidad de persuadir sin acudir a la fuerza. En esa defensa del liberalismo se escucha una voz que recuerda el sonido de otros tiempos, antes de que los partidarios de la democracia o de la revolución comenzaran a contender por el común de las conciencias. Voz que emanaba de un mundo perdido y de la esperanza en un futuro que nunca fue.

La conciencia de vivir una utopía, en el sentido originario de “no lugar”, había sido objeto de pública confesión algunos meses atrás, con ocasión de una “comida de intelectuales” celebrada en La Habana.⁶⁶ Ante aquellos, sus “compañeros *de armas*”, admitió un sentimiento de extranjería respecto a la crecientemente maniquea configuración geopolítica mundial.

Es un día más —sostuvo aquel día— de la histórica gigantomaquia entre lo que se ha dado en llamar la civilización occidental y lo que se ha dado en llamar Oriente. Algunos de nuestro gremio comulgan con lo uno o con lo otro, se encuentran identificados con la comunión, la comunidad —el campamento correspondiente. Pero otros, entre los cuales me cuento, no somos capaces de comulgar ni con lo uno ni con lo otro.⁶⁷

⁶⁵ GAOS, “El filósofo en la ‘ciudad humana’”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, pp. 121 y 124.

⁶⁶ En marzo de 1947, aprovechando las vacaciones intersemestrales, Gaos emprendió el rumbo hacia Cuba con el fin de dictar una serie de cursos y conferencias. Las muy notables que versaron sobre “El más allá” fueron parcialmente publicadas en 1948 en la revista *Filosofía y Letras* y una vez más en 1959 como parte de su libro *Discurso de filosofía y otros ensayos sobre la materia*.

⁶⁷ GAOS, “Palabras para una comida de intelectuales”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, pp. 127 y 129.

La imposibilidad de tomar partido convertía a los librepensadores en parias o marginados sociales, debido a que la orden del día consistía en asumir un papel activo en la dirección del devenir humano. Así lo demostraba la polémica que por ese entonces sostenían Samuel Ramos y Leopoldo Zea en contra de los neokantianos. Enarbolando las banderas del compromiso y de la responsabilidad, uno y otro filósofo atacaron a sus pares criticistas, censurando su falta de ética y de involucramiento con la sociedad. Que en ese enfrentamiento ambos bandos expresaran el deseo de erigirse en brújula orientadora muestra hasta qué punto responder a las tareas del presente se convirtió en criterio de validez para toda filosofía. El desenlace de la contienda no dio lugar a equívocos: el anatema caería como un castigo certero sobre quienes pretendieran hurtarse a los imperativos de la realidad.

El Tercer Congreso Interamericano de Filosofía, reunido en la ciudad de México en enero de 1950, fue el marco de renovadas puntualizaciones teóricas acerca del intelectual. Una mesa redonda, concebida como la continuación de aquellas pláticas filosóficas sostenidas tres años atrás, constituyó la mecánica elegida para debatir “El peligro de la libertad intelectual”. Con los auspicios de la UNESCO, a la cita acudieron diversas personalidades reconocidas del orbe filosófico internacional, como Risieri Frondizi, David Baumgardt, Alexandre Koyré, Francisco Miró Quesada y Jean Wahl, sin olvidar, desde luego a aquellas que su organizador, Leopoldo Zea, juzgó como más representativas en el ámbito nacional: Samuel Ramos, José Vasconcelos y José Gaos.

A lo largo de cuatro días se dio lectura a las ponencias, en las que se advirtió acerca del sinnúmero de amenazas que acechaban a la libertad intelectual, ora por parte del Estado, ora por parte de quienes abusaban de ella o la ejercitaban mal. Ante esos riesgos, coincidían los conferenciantes, nadie estaba a salvo, dado que las garantías desaparecían incluso en los regímenes democráticos, tal como demostraría poco tiempo después el macartismo. Si en ese concierto de voces alarmadas en algo destaca la del pensador español es en haber elegido un registro bajo, casi en sordina, que contrasta con la sonoridad de sus compañeros de coro. Esa afonía tal vez responda a que su postura, como nota discordante, parecía pertenecer, no sólo a una melodía distinta, sino a otro sistema tonal. La frágil mayoría que había alcanzado respecto de lo que en su momento se designó como la “inmunidad del filósofo” se desplomó en esta segunda ocasión, abatida por la convicción generalizada de que al intelectual correspondían deberes superiores a los del común de la gente, pero ningún derecho equiparable.

El prestigio del que hacía no mucho tiempo gozaba la filosofía, en tanto guía hacia el futuro, aparece muy disminuida en las reseñas que se elaboraron acerca de estas sesiones. Mónico Neck, seudónimo del periodista Antonio Ancona Albertos, no tuvo empacho en declarar “un odio feroz hacia los filósofos”, en razón, decía, a que “los buenos revolucionarios se rebelan contra la policía de las ideas”.⁶⁸ Aunque libre de animadversión, algún editorialista se vio obligado a desmentir la idea “de que el Congreso aludido es una reunión de gente extravagante que discute por discutir, sin más, sobre temas abstractos y carentes de conexión con los problemas de la convivencia social”. En ese ambiente de descrédito, la prensa reportó la quietud que reinaba en los debates de la mesa redonda, “tediosa hasta para los propios congresistas, varios de los cuales asistieron sólo a una reunión para encontrarla simple y hasta salida del tema”.⁶⁹ Los ánimos sólo se encendieron cuando la discusión se abrió al público y el marxismo, por voz del profesor José Carrillo, irrumpió en la sala. Rechazada por ciertos panelistas, evadida por el resto, la cuestión derivó en una polémica acerca de los vínculos entre filosofía y política, así como sobre la distinta situación de sus cultivadores en el espectro de regímenes que entonces coexistían.

Respecto a éste y otros temas evitó pronunciarse José Gaos, seguramente advertido de que su postura no encontraría respaldo entre los presentes. “Menos demócrata que liberal”, su sentir desentonaba con el llamado “mundo libre”, mientras que su individualismo resultaba incompatible con el pensamiento marxista en sus diversas interpretaciones. Obligado a elegir entre dos únicas alternativas, ninguna parecía garantizar el ideal libertario que coronaba su credo. La renuencia a ceder en lo que a ese principio atañe le impidió inclinarse por bando alguno, estancado en una especie de limbo inaceptable para sus contemporáneos. “Qué miedo de tantos intelectuales a que los llamen reaccionarios. Y qué chantaje del comunismo con ello”,⁷⁰ se lamentaba un Gaos temeroso de que su opinión reprobara en el juzgado de las ideas. La conciencia de su aislamiento ideológico desembocó en un destierro voluntario, terminando por marginarse de los asuntos del ágora y por confinar la expresión de sus opiniones políticas a la esfera privada. Y si por excepción tomó la palabra para defender a sus pares de la arbitrariedad

⁶⁸ Mónico Neck, “Apuntes de actualidad”, *El Nacional*, 14 de enero de 1950, p. 3.

⁶⁹ “Congreso de filósofos”, *El Nacional*, 14 de enero de 1950, p. 3; *Novedades*, 15 de enero de 1950, p. 1.

⁷⁰ AJG, I, exp. 36, f. 5851, 24 de diciembre de 1949; 4, exp. 8, f. 64087, 20 de octubre de 1962.

y del autoritarismo, se trataron de momentos fugaces tras los cuales regresaba al silencio habitual.

Contrariamente a su mutismo exterior, en esos espacios de soledad dejó fluir su pensamiento, volcado hacia lo que sucedía tras las paredes de su habitación. Desde el mirador de su escritorio, presidido por los retratos de Hume y de Kant, observó los intensos sacudimientos en el horizonte mundial, advirtiendo que “la Tierra está en revolución social”. A la cabeza de ese maremoto se encontraba la Unión Soviética, cuyos irrefrenables avances ya superaban en lo científico y económico a su principal antagonista en el orden internacional. De seguir por ese camino, pronosticaba, “será irresistible el ejemplo y el contagio mundial del soviétismo”. Aunque reticente por principio, él mismo no dejó de admirarse ante esas conquistas: “la capital del mundo es Moscú”, sentenció deslumbrado por las noticias del *Sputnik* y demás progresos biomédicos y tecnológicos que se realizaban en las tierras dominadas por Nikita Jrushchov. Para mayor realce del acelerado crecimiento soviético, bastaba comparar los triunfos del desarrollo planificado con el uso de la técnica en el campo capitalista, tan interesado en engrosar los beneficios de la industria que no dudaba en forzar la carrera armamentista. Si a ello se sumaba la lista de hipocresías y de traiciones que se perpetraban a diario en el mundo occidental, es posible comprender por qué consideraba que “la URSS es temible, los EU odiosos. *Post mortem* lo temible no lo es, lo odioso sí”.⁷¹ Pero aunque la muerte resolviera su situación en un mundo bipolar, mientras su reloj biológico siguiera marchando el dilema se mantenía vigente. El problema radicaba en que era incapaz de sufrir trastorno alguno en su vida privada, menos aún la socialización, las trabas a la libertad y la forzosa participación en actos colectivos. Esta reserva lo obligó a reconocer que

los hechos son que el comunismo no me atrae; a pesar de su justicia social, por su dogmatismo filosófico y su dictadura, que implica injusticia social; y que sus oponentes o resistentes me repelen [...]. En tal situación, no es hacedero más que pugnar, dentro del campo en que se nació, por el perfeccionamiento de él y del opuesto y la inteligencia de ambos en el perfeccionamiento.⁷²

⁷¹ AJG, 4, exp. 5, ff. 62886-62887, 26 de noviembre de 1959; exp. 5, f. 63124, 2 de mayo de 1960.

⁷² GAOS, “Aforística inédita”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. Aforística, pp. 253-254.

Desde las páginas de su diario, a idear un modelo que mejorara y armonizara ambos sistemas dedicó profusas reflexiones, según una fórmula que afirmaba: “contra el régimen capitalista, a favor de uno socialista en técnica económica y libertad en política y cultural”. Ese modelo se condensó en lo que él mismo denominó “neosocialismo” y que consistía en una serie de medidas en que la iniciativa privada y la libre concurrencia se conjugaban con un “capitalismo del pueblo”.⁷³ En el terreno del gobierno y de sus principios, alcanzar un punto intermedio entre uno y otro paradigma resultaba bastante más complejo, si bien las dificultades parecían más de índole práctica que teórica. Aunque estaba convencido de que marxistas y no marxistas podían colaborar en la búsqueda del bien común, desconfiaba —con razón— de los verdaderos propósitos que dirigían las acciones de las dos principales potencias. De ahí que continuamente vacilara acerca de cuál régimen podría derivar hacia algo semejante a su ideario liberal, en ocasiones inclinándose por el de tipo soviético y en otras por el de sus adversarios.

El triunfo en enero de 1959 de aquel movimiento revolucionario, iniciado seis años antes con el asalto al cuartel Moncada, representó para Gaos un nuevo elemento de titubeo en su postura ante el acontecer histórico. Pese a no desconocer los motivos que podían impulsar a un pueblo para derrocar al dictador, la dicha ante el fin de la opresión se veía opacada por el recelo ante un cambio de régimen por medio de las vías armadas. ¿Estaba un republicano en condiciones de apoyar un gobierno impuesto por la fuerza cuando él mismo había denunciado hechos análogos dos décadas atrás? Si acerca de este punto no logró decidirse del todo, en cambio lamentó que Fidel Castro se declarara marxista-leninista en tanto respuesta a la invasión estadounidense de Playa Girón. En esa coyuntura encontró un doble error de táctica: el primero, por parte del dirigente cubano quien, al hacer profesión pública de fe, privaba a su movimiento de un calificativo de mayor potencia y atractivo: el de “latinoamericano”. Más obvio, el segundo lo había cometido el gobierno de John F. Kennedy, al disminuir su apoyo en la región mediante la injerencia militar y el atropello de la soberanía nacional. De esta forma se confirmaban los pronósticos que este analista secreto había vertido en privado, en el sentido de que “los Estados Unidos frustrarán su misión histórica si no se ponen tan leal y resueltamen-

⁷³ AJG, 4, exp. 4, f. 61455, 22 de febrero de 1958; y f. 61840, 19 de septiembre de 1958.

te a la cabeza de la revolución social liberal del ‘mundo libre’ como se puso la URSS a la del comunismo mundial”.⁷⁴

Contribuir a que esa misión se cumpliera fue el cometido que Gaos se impuso en la ponencia que presentó el 10 de febrero de 1962 en la Universidad de Puerto Rico. Su presencia en San Juan desde hacía un mes respondía a la invitación que le extendieron las autoridades universitarias para impartir un curso de metafísica a estudiantes y profesores de filosofía, así como un seminario de explicación de textos para aquellos inscritos en los llamados Estudios de Honor. El propósito principal de su estancia estribaba en participar en un coloquio que se celebraría aquella semana de febrero bajo la presidencia de Arnold Toynbee. “La economía del Hemisferio Occidental” fue el título de las conferencias que a lo largo de tres días dictó el historiador inglés. En ellas se disfruta esa temeridad, ya casi extinta, y que se cifra en hacer del conocimiento histórico un marco de análisis para los sucesos del presente. Sin amedrentarse por el carácter irrepetible de la historia, sus alocuciones tornaban, en un viaje de ida y vuelta, del pasado hacia el futuro, ya fuera para comparar a John Foster Dulles, secretario de Estado bajo el gobierno de Eisenhower, con Klemens von Metternich, o para extraer del Imperio romano elementos de comprensión acerca del actual problema agrario. Si mediante ese procedimiento llegó a conclusiones erradas, como a predecir el inminente fin de las oligarquías latinoamericanas, sus líneas tienen el mérito de buscar caminos convergentes entre el desarrollo económico y la justicia social.

A comentar esas lecturas se invitó a algunas destacadas personalidades del mundo académico continental: el ensayista venezolano Arturo Uslar Pietri, el antropólogo peruano Luis Eduardo Valcárcel, el historiador mexicano Daniel Cosío Villegas, el político chileno Felipe Herrera Lane y el sociólogo estadounidense Frank Tannenbaum. Por parte de la Universidad de Puerto Rico participaron, además, José Arsenio Torres, Luis Manuel Díaz Soler y, en tanto profesor invitado, José Gaos. A este último se asignó la tarea de cerrar “la agitada y hasta peligrosa ‘semana Toynbee’ sobre los problemas de la América Latina, entre ellos las revoluciones, siendo la cubana tema tan explosivo, y más aquí, lleno de refugiados cubanos”.⁷⁵ De tan comprometida empresa salió mucho mejor que airoso: una salva de aplau-

⁷⁴ *Ibid.*, exp. 5, f. 62990, 19 de febrero de 1960.

⁷⁵ Carta a Arnaldo Orfila Reynal, fechada el 1 de marzo de 1962, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 311-312.

sos lo acompañó durante un largo minuto, en unánime aprobación a unas palabras pronunciadas con honestidad y buena fe. Con ellas había lanzado un llamado de atención a los poderosos vecinos del norte, advirtiéndoles acerca de los efectos de una política inconsecuente con sus propios postulados. Las medidas contra Cuba —su reciente expulsión de la Organización de los Estados Americanos (OEA), el estímulo a la contrainsurgencia y su exclusión de los proyectos propulsados por la Alianza para el Progreso— mostraban que los principios declarados no eran absolutos, sino que se aplicaban según un criterio de conveniencia. La pérdida de credibilidad constituía su lógico expediente. De ahí que si deseaban colocarse a la vanguardia del devenir histórico era menester fomentar el advenimiento de un futuro más justo, así como cuidar la congruencia entre discurso y acción, entre consignas y obras. Ahora bien, sostuvo, “la historia humana marcha actualmente en el sentido del socialismo, impulsada por motores que van desde el ideal de la justicia social, [...] hasta las formas de energía física que están siendo descubiertas y manejadas”. Sólo encauzando los ríos del cambio social hacia el delta de la libertad lograrían los Estados Unidos aprovechar una corriente cuyo rumbo ya era irreversible. Y si los países del bloque soviético, sin renunciar a su propia embarcación, se decidían a fondear esas mismas aguas, quizás llegaría un día en que “la disyuntiva de un socialismo liberal y un comunismo liberalizado [...] resulte una disyuntiva tan atenuada, que ni se justifique ni se quiera la precaria supervivencia de cualquiera de las dos al precio de la segura muerte del otro por el intermedio de una catástrofe mundial”.⁷⁶ Iniciar una era de concordia dependía, por lo tanto, de poner los extremismos al servicio de ese legendario punto medio, tan aritméticamente calculable como indecible en los hechos.

Pese a la fuerza que infundió a sus palabras, Gaos no era ajeno a las dificultades que entrañaba construir una utopía, tan displicente, por lo general, con los intereses personales. Al examinar su postura política concluyó, por ejemplo, que “yo debía ser partidario público y activo, y no secreto e inoperante, de la independencia de Puerto Rico, [de] la Revolución Cubana, [d]el comunismo”. Todas esas causas habían mostrado su justificación moral y superioridad ética por encima de las de sus adversarios. ¿Por qué entonces no lo era? Con toda la crudeza de que fue capaz, admitió que

⁷⁶ GAOS, “Los Estados Unidos y la revolución de América Latina”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, pp. 275 y 277.

de la independencia de Puerto Rico, porque necesito el dinero de la Universidad para pagar la casa. [...] ¿Embotamiento moral? Pero vengamos al otro extremo. ¿Por qué no soy partidario simplemente público del comunismo? En último extremo, porque le tengo miedo al cambio de vida que me impondría hacer privadamente lo que me gusta sin interferencia de la vida pública, del Estado [...]. ¿Egoísmo monstruoso? ¿Acidia invencible? ¿Derecho del resto de la historia?⁷⁷

La historia no le acordó ese derecho. Lejos de concederle un respiro, a diestra y siniestra se hacían sentir las presiones sobre los cultivadores del espíritu para cumplir con sus ineludibles deberes: intervenir de modo activo y responsable en los asuntos de la *res publica*. Así lo comprobó durante su estancia en Puerto Rico, cuando se le llamó a rendir cuentas ante el tribunal del presente. Como parte de su defensa, Gaos reivindicó, en larga conferencia, su propia concepción del intelectual, sugiriendo que en el terreno de su disciplina había por lo menos dos tipos distintos. El primero correspondía al que representaban los Siete Sabios de Grecia, en particular Tales de Mileto, por haberse abocado a la persecución de la verdad sin intervenir en cuestiones políticas. Los sofistas encarnaban el segundo modelo, más tarde proseguido por todo aquel que exhibía “el bien urdido y tramado tapiz de la Filosofía por el revés, donde se descubren los hilos deshilachados de la urdimbre y de la trama”.⁷⁸ A esa segunda categoría se adscribió él mismo, en virtud de aquella labor, desempeñada desde hacía un cuarto de siglo, consistente en señalar los verdaderos motivos que guiaban a sus colegas, así como los absurdos subyacentes en las prácticas académicas. De modo implícito, su argumento sugería que los arquetipos del filósofo nada tenían que ver con el “intelectual comprometido”, erigido en canon obligado del siglo xx. De nada le sirvió el alegato: entre los miembros del jurado alguno lo acusó veladamente de “escapista”, en referencia explícita a quienes no cultivaban la filosofía social. “Mi vocación ya no es de las lícitas”, se lamentó el inculpado, incapaz de modificar su conducta e intereses con tal de recibir un indulto.⁷⁹ Ver reducida su sentencia, por otro

⁷⁷ AJG, 4, exp. 7, f. 63882-63883, 4 de febrero de 1962; y f. 63925, 13 de marzo de 1962.

⁷⁸ GAOS, “La vida intelectual (El tapiz por el revés)”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, p. 333.

⁷⁹ AJG, 4, exp. 7, f. 63930, 13 de marzo de 1962. El portavoz de esa crítica fue José Arsenio Torres.

lado, ya no tenía sentido, alegre como estaba “de no tener ya tiempo para vivir en el mundo del futuro”. Convencido de que sus valores pertenecían a un pasado irremediadamente extinto, pero sin que ello significara que “el fracaso histórico [fuera] refutación del ideal, ni el éxito histórico justificación de lo real”, terminó por aceptar que su destino se encontraba desligado de la historia, esa “irracional mezcla, más que racional síntesis, de razón y de sinrazón”. Con base en esas ideas, quien en su momento se consideró como un digno portavoz del mañana, llegó a sus 61 años “prefiriendo ser último heredero de una casa de acreditada nobleza, a ser cofundador de una casa de incierta alcurnia”.⁸⁰

⁸⁰ GAOS, “La vida intelectual (El tapiz por el revés)”, ensayo cit., p. 352.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

En *Los principios de la filosofía*, una obra de madurez, René Descartes sostuvo que la totalidad de esa disciplina “se asemeja a un árbol, cuyas raíces son la Metafísica, el tronco es la Física y las ramas que brotan de este tronco son todas las otras ciencias que se reducen principalmente a tres: a saber, la Medicina, la Mecánica y la Moral, entendiendo por ésta la más alta y perfecta Moral que, presuponiendo un completo conocimiento de las otras ciencias, es el último grado de la Sabiduría”.¹ Con esa sugerente imagen, el llamado fundador del pensamiento moderno no sólo establecía una relación orgánica entre los distintos campos del saber, sino que asentaba el carácter originario de la filosofía. Al proyectar aquel fabuloso jardín de la razón olvidó, sin embargo, que las raíces se hunden en la tierra y que de las características del suelo dependen tanto la fuerza en el crecimiento como la densidad en la espesura. Si es verdad que en la correcta proporción de porosidad y estructura, de acidez y minerales, se encuentra el secreto de que una planta florezca, el arte de conjugar esos elementos es lo que comúnmente se conoce como pedagogía.

Todo esto lo sabía José Gaos al momento de salir de España y encaminarse hacia nuevas tierras de labranza. Al oeste del Atlántico encontró fértiles hectáreas, susceptibles de aportar valiosos frutos a reserva de emplear la yunta y el arado adecuados. Así se lo indicaba su pericia en la materia, pero, por si cupiera alguna duda, las autoridades locales no tardaron en confirmar aquella primera impresión. Apenas transcurridos unos días desde su llegada, se le invitó, junto con algunos de sus pares, a una sesión extraordinaria del Consejo Nacional de la Educación Superior y la Investigación Científica (CNESIC) con el fin de dar aviso acerca de las orientaciones permitidas. Pese a que el motivo oficial del convivio consistía en dar la bienvenida, no se desaprovechó la ocasión para informar acerca del sentido de la reforma educativa en México. A cargo de Luis Sánchez Pontón corrió la tarea

¹ DESCARTES, *Los principios de la filosofía*, p. 15.

de explicar los fundamentos del artículo tercero constitucional, así como de analizar sus “antecedentes legales, pedagógicos y filosóficos [...] para conocimiento de los intelectuales españoles”. Y todo ello “acuciosamente”, según consta en el acta de la reunión. A nombre de sus compañeros de destino, en Gaos recayó la faena de agradecer por el honor recibido, sin omitir expresar el deseo de corresponder a sus anfitriones “encauzando investigaciones y publicando trabajos que tengan categoría de un trabajo que perdure”.²

La advertencia no se perdió en el vacío. La prueba reside en la ponencia que el todavía rector de la Universidad Central propuso presentar en el Congreso de Maestros, a celebrarse en Morelia en los primeros meses de 1939. Convocada a iniciativa del entonces gobernador de Michoacán, el general Gildardo Magaña, a la asamblea acudirían representantes de distintos cuerpos docentes, además de varios conferenciantes a quienes se solicitó que desarrollaran temas de interés para el magisterio. Al parecer, la reunión se suspendió, por lo que el trabajo de Gaos se redujo a redactar una sola línea que no por breve resulta menos instructiva. “Sobre el dogma del respeto a la conciencia del niño” fue el título que eligió para encuadrar su ponencia y que en su mismo fraseo alude al proyecto de cuestionar racionalmente la tesis ahí expresada.³ Los términos seleccionados sugieren que su instinto político le aconsejó adaptar su alocución a los principios del artículo que con tanto detalle se le habían expuesto. De esa forma, es de suponer, pretendía validar las premisas subyacentes en la educación socialista, en particular aquella que sustituía la neutralidad pedagógica por contenidos éticos susceptibles de orientar la acción social.

La necesidad de anteponer la razón de Estado a la libertad de cátedra no era nueva para Gaos, quien en alguna ocasión había incluso pronunciado un alegato en su favor. Pese a su ideario liberal, los delegados que asistieron al Congreso de Primera Enseñanza —verificado en París en el verano de 1937— lo escucharon defender esa particular jerarquía axiológica, al disertar acerca de los logros alcanzados en el ámbito educativo tras la caída de Alfonso XIII. Obedeciendo al lema republicano, “educación para todos”, entre esas medidas destacaban la autonomía política y docente concedida a

² “Acta de la sesión extraordinaria celebrada el día 31 de agosto de 1938”, AHSEP, *Consejo Nacional de la Educación Superior y la Investigación Científica*, c. 22, exp. 29, ff. 8-9. Los otros intelectuales republicanos invitados fueron Pedro Salinas, León Felipe, Luis Recaséns Siches y José Moreno Villa.

³ Carta de José Gaos a Enrique Arreguín, fechada el 20 de diciembre de 1938, *ibid.*, c. 15, exp. 20, f. 7.

los pueblos catalán y vasco, las disposiciones en torno a la “escuela unificada” y las llamadas “misiones pedagógicas”. Con especial cuidado relató las innovaciones introducidas en la formación de institutores, encarnadas en su paulatino ingreso en la universidad, así como en la creación de una Sección de Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, reforma a la que él mismo había estado ligado. El laicismo se encontraba igualmente entre los principios a resaltar, en virtud, decía, a que “la personalidad es una realidad irreductible” que “no puede ser suprimida”. El respeto a la conciencia infantil exigía reducir el programa académico a contenidos aceptados por unanimidad, es decir, a hechos respaldados por la ciencia. Había, sin embargo, una importante salvedad: que la imparcialidad en materia de religión y los criterios de carácter científico no equivalían a la ausencia de un sistema de valores y menos aún en días de crisis como los que entonces se vivían en España. “Desde el levantamiento de julio —explicó— hemos pasado de la escuela laica a la escuela antifascista [...], porque para resistir, no basta una moral neutra, vacía, sino que se requiere una moral que sea netamente valiente y altamente partidista.”⁴ Los tiempos no estaban para remilgos de liberales pacifistas.

Quien había lanzado esas consignas no ignoraba que en su tierra de asilo no había bombardeos o toques de queda que justificaran un estado de excepción en la enseñanza. Tampoco desconocía, no obstante, que la condición de refugiado imponía serias restricciones a su libertad de palabra, sobre todo ahí donde intervenían políticas públicas o disposiciones federales. Apenas sorprende, por consiguiente, que dudara en expresar una opinión sincera acerca del tipo de educación impuesto en México desde diciembre de 1934. Entre sus notas privadas se conserva, por ejemplo, el borrador de un artículo destinado a la revista de la Universidad Michoacana. Con el título “¿Qué puede ser una Universidad socialista?”, en él intentó deslindar esa corriente política de aquella otra, representada por el marxismo. Mientras que hizo remontar la primera a un “impulso revolucionario, impulso generoso”, acerca de la segunda destacaba las limitaciones de carácter histórico y doctrinal que entrañaban sus premisas. Más allá de esas objeciones, su principal reserva residía en la nocividad de ceñir la enseñanza a criterios ideológicos, sometiendo la anatomía del conocimiento al arnés de la teoría.

⁴ GAOS, “Conferencia para el Congreso de 1ª Enseñanza”, sin clasificación, escrita en francés (mi traducción). Se encuentra entre los documentos que formarán parte del tomo 1 de las *Obras completas* de José Gaos y que Antonio Zirión amablemente me permitió consultar.

“El marxismo —sostenía— no es doctrina que pueda profesarse en todas las cátedras universitarias. Los esfuerzos de interpretación marxista de la matemática, por ejemplo, afectan a la *interpretación* de la matemática, no a ésta misma.”⁵ La imparcialidad ideológica aparecía como lógico expediente de ese razonamiento, como también lo es que con prudencia desistiera de publicar esas páginas.

Si se considera la discreción como una virtud, entonces resulta necesario reconocer que Gaos actuó virtuosamente al recurrir al silencio en coyunturas poco propicias a la libre expresión de las ideas. Aunado a esas abstenciones estratégicas, a allanar el camino concurren ciertos rasgos de su personalidad, entre los que sobresalía ser “perfectamente capaz de no decir más que lo que quieren oír, mientras esto sea más o menos parte de lo que pienso para mí, o no opuesto resueltamente a esto”.⁶ Su desempeño en la arena pública durante los años de la Guerra Civil lo había adiestrado en el oficio de combinar la reserva y el tacto, el eufemismo y una hábil argumentación. La poción dio tan buenos resultados que logró conjurar cualquier hostilidad asociada a su propia extranjería y salvar los escollos del nacionalismo local. Al parecer víctima de la misoginia, con menor fortuna corrió María Zambrano quien, desde su exilio moreliano, se lamentaba acerca de la desigualdad en el trato. Al consultar a Daniel Cosío Villegas respecto a los requerimientos del rector de la Universidad Michoacana, en el sentido de adaptar sus cursos a los criterios educativos oficiales, comentó:

Por el momento he creído mejor no plantear “cuestiones previas” ni discusiones de “principio”. La realidad dirá. Y tanto más cuanto que ni el Dr. Gaos ni el Dr. Recaséns son, creo, marxistas. [...] De ahí mi extrañeza al serme planteada esta cuestión, ya que ellos han estado en esta Universidad y según me dijo el mismo Sr. Rector, se les espera en fecha no lejana.⁷

Además de la diferencia de género y de sus medidas estratégicas, Gaos logró fondear en ese mar de contradicciones merced a su experiencia en el campo educativo. Ésta le valió que en septiembre de 1941 Manuel Sierra Méndez le solicitara, a iniciativa de Manuel Ávila Camacho, una opinión

⁵ AJG, 1, exp. 101, ff. 20247-20249, marzo de 1940. Cursivas en el original.

⁶ AJG, 4, exp. 7, f. 63875, 29 de enero de 1962.

⁷ Carta de María Zambrano a Daniel Cosío Villegas, fechada en Morelia el 4 de abril de 1939, cit. en STANTON, “Alfonso Reyes y María Zambrano”, pp. 108-110.

confidencial acerca del artículo tercero constitucional.⁸ La amplia trayectoria de quien así se distinguía respaldaba la decisión de encargarle tan delicada tarea. Tal como él mismo informó en algún *curriculum vitae*, la legislación en materia de enseñanza no le había sido ajena durante los tiempos de la Segunda República española. A su advenimiento, refirió, “a petición del Consejo de Instrucción Pública, redacté un informe o ponencia para la Ley de Instrucción Pública, que hizo suyo e imprimió la Universidad de Zaragoza”.⁹ Desde entonces su colaboración se hizo presente en el terreno de la reforma educativa, sobre todo universitaria y secundaria, pero también en la primaria. De hecho, resaltaba, a los caracoles de su pluma se debían el programa y las instrucciones para la enseñanza de la filosofía en el bachillerato, uno y otras todavía vigentes al momento de estallar la guerra.

Pese a sus sobrados méritos, no deja de admirar que llegaran a oídos del primer mandatario ni que se corriera el peligro de herir el hipersensible orgullo patrio al hacer participar a un extranjero en asuntos de interés nacional. Resulta natural, por lo tanto, que se le asignara la encomienda a título confidencial, sobre todo tomando en cuenta ese temible sentido de lo propio que poco a poco se apoderaba de las instituciones de educación en México. Tal vez previendo el cúmulo de intelectuales que los enfrentamientos en Europa arrojarían a nuestras costas, desde diciembre de 1938 la Universidad Nacional había reservado, en su Estatuto General, el desempeño de todo puesto directivo a los mexicanos por nacimiento. Provisto de un bien calibrado termómetro, Alfonso Reyes había procurado prevenir riesgos y evitar que el calor nacionalista encendiera la hoguera de la xenofobia. Con ese fin envió una circular a los profesores del Colegio a su cargo, instándolos a limitar sus actividades en la UNAM “a la parte docente” y a abstenerse de “intervenir en cuanto se refiere a nombramientos de catedráticos y demás puntos de régimen interior de la respectiva Facultad”.¹⁰ En tono un tanto airado, Gaos replicó que “me bastará contestarle que me he abstenido de intervenir en nada semejante, hasta el punto de haber renunciado a formar parte de jurados de exámenes y grados”.¹¹

⁸ REYES, *Diario*, entrada correspondiente al 10 de septiembre de 1941.

⁹ AHCM, *Casa de España*, c. 7, exp. 19, f. 2.

¹⁰ Carta de Alfonso Reyes a José Gaos, fechada el 23 de abril de 1942, en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Itinerarios filosóficos*, p. 109.

¹¹ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 24 de abril de 1942, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 229.

Aun a costa de despertar la indignación entre sus subalternos, el presidente de la antigua Casa de España sabía que sus medidas apenas eran excesivas. La experiencia le había mostrado que era preciso andar con tiento ahí donde rondara la bestia nacionalista. Por otra parte, en más de una ocasión se habían hecho manifiestas, para desdoro y perjuicio de la institución que encabezaba, ciertas ambiciones por parte de sus miembros. Daniel Cosío Villegas contó, por ejemplo, que uno de ellos, Joaquín Xirau, “le había calentado la cabeza a [Octavio] Véjar [Vázquez]” para “echarle mano a nuestro Colegio”. La intriga no prosperó, pero en años sucesivos la Secretaría de Educación disminuyó los subsidios que año con año entregaba a aquel centro que su titular codiciaba. De menor entidad, aunque igualmente molestas, resultaban las consecuencias en el orden de la convivencia que suscitaba ese tipo de pretensiones y que, según el cronista, había despertado aquella legendaria rivalidad entre Gaos y el pensador catalán.

Xirau —explicó— tenía un lado flaco tremendo: su ingobernable vanidad. Era, sin duda, un hombre bien parecido, pero se creía un don Juan irresistible; sin duda también era hombre bien preparado, pero reclamaba el primer lugar, de modo que le molestaba que un hombre más joven, y de la Universidad de Madrid, compartiera los lauros académicos con todo un profesor titular de la Universidad de Barcelona. Y no digamos con Antonio Caso o Samuel Ramos, o con Eugenio Ímaz, que no había logrado hacer su doctorado.¹²

Si bien las *Memorias* de don Daniel no son precisamente un dechado de buena fe, incluso Eduardo Nicol, quien decía preferir “permanecer encerrado en casa, trabajando y sin meterse en nada”, coincidió a ese respecto. En carta a Francesc Mirabent, relataba que “el pobre [Xirau], me duele mucho decirlo, no se portó muy bien con los compañeros, ni tenía demasiada simpatía entre los mismos mexicanos. [...] Al final, ya casi nadie le saludaba, y cuando murió, tuve que ser yo quien pronunciara el discurso necrológico por encargo de la Facultad”.¹³ Ante ese clima de tensiones, susceptibles de estallar al menor destello, no es difícil comprender que don Alfonso erigiera en criterios de conducta el sigilo y la discreción, la sensatez y la diplomacia.

¹² COSÍO VILLEGAS, *Memorias*, pp. 178-179.

¹³ Carta de Eduardo Nicol a Cornelius Krusé, fechada el 19 de noviembre de 1956 y carta de Eduardo Nicol a Francesc Mirabent, fechada el 11 de marzo de 1949, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 24, exp. 163, f. 15144; exp. 160, f. 14872. Traducción de Joan Verdugo.

También explica que, para preservar el frágil equilibrio entre nacionales y extranjeros, se guardara de divulgar la petición dirigida a Gaos y que conservara a ese respecto la más estricta reserva. Las medidas cautelares resultaron tan bien logradas que no se ha localizado el dictamen referido. Sin contar con elementos para determinar si se siguieron las recomendaciones ahí expuestas, únicamente se sabe que en días posteriores Véjar Vázquez refrendó, para furia de los intelectuales mexicanos, la decisión de mantener incólume el artículo tercero. Con todo, algunos indicios de lo que el moderno visitador quizás expresó en la opinión requerida se encuentran en una conferencia dictada en enero de 1940, al inaugurarse los cursos regulares para la primaria y el bachillerato en el Instituto Luis Vives, de cuyo patronato formaba parte. “Fines y principios de un centro de 1ª y 2ª enseñanza” fue el tema de su alocución, en la que volvió a aparecer esa extraña mezcla de realismo e idealismo tan característica de su pensamiento cuando entraba en conflicto. Aunque pronunció el discurso ante un público en su mayoría español, el orador no cedió a la tentación de dar libre curso a sus ideas. Además de omitir su opinión respecto al materialismo dialéctico, nuevamente justificó el tipo de instrucción impuesto desde las esferas del gobierno. “Es simplemente ingenuo —sostuvo entonces— lamentarse de que en torno a la escuela, y aun en su seno, se libren los combates que se libran en la plaza pública, en los hogares y aun en la intimidad de las conciencias.” Los centros de enseñanza formaban parte de la vida en sociedad, por lo que en ellos se reproducía el conjunto de relaciones que primaba fuera de las aulas. En un sentido no demasiado lejano a lo que tiempo más tarde adjudicaron Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, su razonamiento lo llevó a formular una breve y severa sentencia: “Dime cómo está la escuela de un país y te diré cómo está el país”.¹⁴

A juzgar por las dificultades y reveses que experimentó al incursionar en el medio universitario mexicano, tal vez el saldo de esa correlación no fuera, a sus ojos, en exceso positivo. Haciendo gala de cortesía, nada de ello comentó con el público, limitando su conferencia a apuntar ciertos métodos y orientaciones modernos en la práctica educativa. La importancia que revestía la materia no era menor, dado que la improvisación o el ejercicio incorrecto podía acarrear trastornos irreparables en el niño, causantes de profundos malestares incluso en edad adulta. Así lo atestiguaba su propia

¹⁴ AJG, I, exp. 75, f. 14667. La referencia a BOURDIEU y PASSERON corresponde a su obra conjunta, *La reproducción*.

existencia, al haber sido víctima de un mal manejo educativo, por parte tanto de sus padres como de sus educadores. Contra su progenitor —“un gallego inteligente, facundo, jovial, donjuanesco, colérico, bondadoso, generoso, ingenuo”—, guardaba un hondo resentimiento, a causa, decía, de “los hermanos, la carrera y el matrimonio”. A su madre —“una asturiana fanática, voluntariosa, obstinada, resistente, dominante”— recriminaba, en cambio, “la religión y la política”.¹⁵ Ese cúmulo de reproches resulta insignificante al lado del que adjudicaba a sus maestros, culpables, en su opinión, de coartar su desarrollo, de reprimir sus pulsiones y de malograr su personalidad.

Su ingreso en la vida escolar había corrido a cargo de los escolapios, orden que al concluir el siglo XIX se había sumado al sentimiento regeneracionista que primaba en España desde la pérdida de las colonias de ultramar. Ese afán de renovación nacional se vio expresado en numerosas obras en materia educativa, así como en la *Biblioteca escolar calasancia intuitiva, cíclica, integral y práctica* que, según algún especialista, “constituyó la última palabra en la pedagogía de la época”.¹⁶ De mayor espíritu tradicionalista fueron los centros dominicanos de segunda enseñanza, cuyos cursos se impartían con un fondo apologético. Aquel que en 1903 se fundó en Oviedo gozó de particular notoriedad, debido a que en sus aulas instruía una selecta nómina de profesores, entre los que destacaban Luis Urbano Lanaspa, José Domingo Gafo y Luis G. Alonso Getino, de quien Gaos anotó tiempo después más de algún recuerdo. El conservadurismo católico que esta orden mendicante procuró infundir en los alumnos encendió la mecha de su rebeldía, sin que tras apagarse las llamas resurgiera indemne de entre las cenizas. Años después, las quemaduras que marcaron su alma todavía le producían escozor, llevándolo a maldecir a “la religión y [a] los educadores que, desvirilizándome, me han hecho vivir una vida anormal, aviril, hasta hoy mismo”.¹⁷

Sin necesidad de aventurarse por los intrincados senderos del psicoanálisis, es posible al menos sugerir un lazo —directo o indirecto— entre su experiencia educativa y el interés por adiestrarse en los más modernos métodos de enseñanza. Con el fin de evitar su suerte a generaciones futuras, durante largos años concentró su atención en la pedagogía y, más en particular, en cómo abrir las puertas de la filosofía. Dado que un cálculo errado

¹⁵ AJG, 4, exp. 7, f. 63981, 9 de abril de 1962, y exp. 4, f. 62178, 28 de diciembre de 1958.

¹⁶ FAUBELL, “Escolapios”, p. 580. Véase también HERNÁNDEZ y GALMÉS, “Dominicos”, pp. 581-584.

¹⁷ AJG, 1, exp. 101, f. 20289, 19 de marzo de 1940.

podía dañar la cerradura para siempre, a esclarecer las leyes que regían la mecánica de la iniciación había incluso dedicado un sustantivo tratado. Esto sucedió en 1933 cuando contendió por la cátedra de Introducción a la Filosofía que por ese entonces se encontraba vacante en la Universidad de Madrid. En las actas que dan cuenta de su desempeño quedaron plasmadas numerosas expresiones de entusiasmo ante la aptitud y disposición docentes del candidato. Al lado de la “sincera estética autobiográfica” y del “vigor de las ideas” que presidió unas exposiciones “magistrales”, Xavier Zubiri describió algún ejercicio como “testimonio de un espléndido ejemplar de fidelidad insólita a una vocación filosófica hondamente sentida”. De igual forma, Joaquín Xirau ensalzó sus virtudes pedagógicas, resaltando que “la memoria presentada al Tribunal es un ejemplar único de preocupación metódica o didáctica”. “Lo mismo las [obras] traducidas que las compuestas por él —remató otro examinador, Hilario Andrés Torre Ruiz— tienen carácter filosófico, lo que revela en el opositor gusto, vocación y laboriosidad perseverante por la disciplina que aspira a profesar”.¹⁸

Ninguno de esos comentarios era gratuito. Gaos mismo había reconocido el carácter excepcional de su inclinación por la enseñanza, recordando en alguna ocasión que “de niño mayor, digamos entre los 10 y los 14 años, jugaba ya a dar clases a un alumnado imaginario”.¹⁹ Tres lustros más tarde, ese simulacro se convirtió en docencia efectiva, ejercida primero en el Instituto de Segunda Enseñanza de León y, tiempo después, en la Universidad de Zaragoza. No contento con restringir su ejercicio magisterial al azar de las vivencias, abocó sus tempranas energías a dilucidar la mejor vía de ingreso en la filosofía mediante procedimientos teóricos y científicos. Con ese objetivo preparó un denso estudio en el que comparó diversas obras escritas acerca de la materia, mismo que entregó como parte de las pruebas en el concurso referido. Que tal fuera el requerimiento establecido en las bases representa un dato menor, si se considera que la prope-
dética filosófica encerraba, en su opinión, los problemas medulares de la

¹⁸ AGA, consultado en formato microfilm en AJG. Entre los miembros del jurado también figuró Francisco Alcayde Vilar. Los textos presentados fueron GAOS, *La crítica del psicologismo*, MÜLLER, *Introducción a la filosofía*, HEIMSOETH, *Los seis grandes temas de la metafísica occidental*, además del resumen de un curso impartido en junio de 1932, el proyecto de Bases para la Ley de Instrucción Pública y un trabajo titulado “La Introducción a la Filosofía (Los problemas de la Filosofía partiendo de las formas de su enseñanza)”. Concepto, método, fuentes y programa de la disciplina”.

¹⁹ AJG, 2, exp. 1, f. 30185.

disciplina entera. Desde esa perspectiva, a la idea que sobre la filosofía se abrigara obedecía el tratamiento que se eligiese, pudiendo optar entre tres alternativas distintas: el método sistemático, el ocasionalista y el didáctico. Tan lúcido e innovador se juzgó ese detallado balance que, en su dictamen, Manuel García Morente señaló “que no hay al presente nadie que tan profundamente y con tan copiosa información conozca las obras didácticas de la filosofía y haya intentado con mayor acierto clasificarlas en una tipología general. En este sentido [el escrito] presentado puede calificarse de obra maestra”.²⁰ A esas calurosas apreciaciones, y no tanto a la feliz coincidencia de que concurriera como aspirante único, responde que por unanimidad se le asignara la plaza por la que contendía y se integrara así formalmente en la llamada “escuela de Madrid”.

Además de vocación pedagógica y de espíritu científico, el estudio que presentó ante el tribunal examinador revela los tempranos síntomas de una preocupación que se volvería constante en años sucesivos. Esa inquietud se fundaba en la tendencia, cada día más acentuada, de colmar los cursos con contenidos históricos. El problema radicaba en que la asignatura, impartida pura y llanamente como Historia de la Filosofía, incitaba a la repetición y a la pasividad entre el alumnado. Peor aún, la pluralidad de doctrinas que necesariamente se suceden en ese tipo de enseñanza podía inculcar la idea “de la mera actualidad o subjetividad de todos los valores, de la efectiva y práctica imposibilidad de valores objetivos y eternos”. “El Historicismo es la corrosión del hombre por la Historia”, concluyó José Gaos, en anuncio de un tema que se volvería central en su filosofía.²¹ Había, por lo pronto, una manera de contrarrestar esos efectos disolventes: iniciar al neófito mediante alguna doctrina vigente. De esa manera se sortearían los males del relativismo y se evitaría cualquier adoctrinamiento, dado que una explicación cabal incluiría tanto los antecedentes históricos del sistema expuesto como las posiciones adversas.

Su travesía trasatlántica no hizo sino confirmar sus viejas observaciones y argumentos, convencido de que asegurar la participación activa del estudiantado se encontraba entre los propósitos elementales de la enseñanza en todos los rincones del planeta. Como parte de las propuestas condu-

²⁰ AGA, *Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes*, sección Universidades, leg. 8589/3, consultado en formato microfilm en AJG.

²¹ “La Introducción a la Filosofía (Los problemas de la Filosofía partiendo de las formas de su enseñanza). Concepto, método, fuentes y programa de la disciplina”, consultado en microfilm en AJG.

centes a ese fin, también invitó a evitar el filtro reductor —en ocasiones también tergiversador— de los manuales en la materia, privilegiando que cada estudiante se acercara por sí mismo a las mayores obras de la filosofía. Ponerlas a disposición del alumnado fue el cometido que presidió un amplio proyecto editorial. La idea consistía en elaborar una serie de volúmenes que integrara escritos fundamentales de la tradición, agrupados a partir de sus grandes periodos históricos. Tanto la magnitud de la empresa como las múltiples actividades que pesaban sobre el proyectista determinaron que la colección se viera reducida a un primer y único tomo: *Antología filosófica. La filosofía griega*, misma que en 1940 comenzó a circular por las librerías de la ciudad. Tal como exponía en la contraportada, su publicación respondía al deseo de proporcionar “materiales y medios que el autor hubo de preparar y reunir para sus alumnos y oyentes”.²² Aunque no era poco, la plena justificación de la obra se encontraba en una especie de proemio teórico que el autor tituló “El historicismo y la enseñanza de la filosofía”. En él, además de pasar revista a las distintas variantes acerca de cómo puede introducirse a la disciplina y de desarrollar ampliamente el triunfo de la historia en tanto vía privilegiada de aprendizaje, asentaba que “la lectura e inteligencia de los textos mismos de los filósofos es el único método que puede, no ya iniciar en el filosofar, ejercitar en él, adiestrar, formar en la filosofía, sino simplemente dar idea verdadera de ésta”.²³ Al parecer, el llamado ejerció un efecto positivo, dado que en 1968, al publicarse la segunda edición de la obra, Gaos decidió suprimir esas páginas. El motivo, explicó, radicaba en que “un alegato en pro de la lectura y explicación de textos en ella, si necesario, o cuando menos conveniente en las circunstancias de hace veinticinco años y pico, [es] perfectamente superfluo ya en las de éste que corre”.²⁴

A lo largo de aquel cuarto de siglo esa clase de prácticas se había convertido en moneda corriente, en virtud de un moderno tipo de cambio conocido como “profesionalización” de la enseñanza. En esa operación desempeñó un papel decisivo el espíritu de reforma que en la década de 1950 se apoderó del medio universitario, cristalizando en programas editoriales, en nuevos planes de estudio e, incluso, en algunos experimentos de tipo

²² Cit. en SALMERÓN, “Nota del coordinador de la edición”, p. 40.

²³ GAOS, “El historicismo y la enseñanza de la filosofía”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 227.

²⁴ GAOS, “*Antología de la filosofía griega*”, en *Obras completas*. II. *Orígenes de la filosofía*, p. 241.

educativo. A la vez causa y efecto de ese ánimo progresista fue el paulatino traslado de la Universidad Nacional desde el centro hacia el sur de la capital. Con un costo aproximado de 25 millones de dólares, la construcción de la Ciudad Universitaria logró congregarse las más diversas voluntades, empezando por la de dos primeros jefes de la nación: Manuel Ávila Camacho, quien donó los terrenos y le dio viabilidad jurídica, y Miguel Alemán Valdés, quien dispuso los recursos para su edificación. El 20 de noviembre de 1952, aniversario de nuestra gesta revolucionaria, se celebró la dedicación de la nueva casa, exaltada mediante la colocación de una efigie del presidente saliente, obra del cincel de Ignacio Asúnsolo, y con una ceremonia solemne. La imagen de José Gaos, desfilando por los pasillos y vestido de toga y birrete, quedó como un vivo recuerdo en la memoria de Carmen Rovira, si bien Jesús Silva Herzog precisó que el ropón, de color negro y bastante feo, “nos daba un aspecto frailuno”.²⁵ Los testimonios fotográficos muestran que no le faltaba razón.

“Cuerpo nuevo, vida nueva” condensó el sentir de numerosos universitarios ante la posibilidad de erigir, quizás no una Ciudad de Dios como la agustiniana, pero al menos —y no es poco— una auténtica *polis* del saber. Como si los pilares del conocimiento se cimentaran con vigas y baldosas, los arquitectos de la enseñanza modelaron nuevas estructuras de aprendizaje, a imagen y semejanza de las refulgentes instalaciones que se alzaban alrededor de la explanada. Sin embargo, así como las proporciones y perspectivas lograron encender el entusiasmo, tampoco estuvieron ausentes quienes opusieron resistencia a las olas del cambio. En su contra invocaron las molestas distancias, las deficiencias en el transporte y las consecuentes pérdidas de tiempo que implicaba la ubicación elegida, por no hablar del afecto que les valían la pátina, intersticios y fisuras de las centenarias casonas. Colocado en algún punto entre el calor y la templanza, Gaos mismo advirtió sobre la necesidad de entregarse al impulso del día, sin por ello olvidar que el presente se sustenta en el pasado y que los años se insertan en los siglos. A los ávidos de porvenir recordó que la Universidad formaba parte de una noble tradición, tanto universitaria como mexicana, merecedora de un hondo respeto. Ello respondía a que la libertad, centro de confluencia entre ambas líneas seculares, aparecía a la vez como meta y principio regulador de la

²⁵ Entrevista a Carmen Rovira, Ciudad Universitaria, 6 de abril de 2010, y SILVA HERZOG, *Una historia de la Universidad*, p. 118. Véase igualmente, GARCÍA CANTÚ, *Historia en voz alta*.

convivencia en una sociedad “libre de la miseria, de la ignorancia, de la esclavitud, del silencio, del infortunio de las mayorías, para el bienestar, la cultura, la palabra, el gobierno, la felicidad de todos”. En ese conjunto de ideales, quizás inspirado en la retórica gubernamental, se cifraba la “verdadera vida nueva en un mundo nuevo”.²⁶ Ahora bien, a las instituciones de educación superior correspondía contribuir a forjarla y esto mediante acciones dirigidas hacia el fomento de las vocaciones científicas. Sólo formando científicos —en su acepción de especialistas dedicados exclusivamente a la investigación y a la docencia— podría la Universidad cumplir su propia misión, es decir, ayudar a resolver problemas de carácter nacional.

Para hablar con justicia, hacía ya tiempo que las autoridades universitarias habían avanzado en ese sentido, asentando condiciones laborales que permitieran una dedicación exclusiva a las tareas de tipo académico. El establecimiento del profesorado de carrera, aprobado en los últimos meses de 1943, revisado y puesto en vigor dos años más tarde, representa uno de los pasos más firmes en esa dirección, dado que abrió las puertas a la profesionalización de su cuerpo docente. Entre los profesores españoles que entonces se acogieron al nuevo reglamento se encontraban Luis Recaséns Siches, Niceto Alcalá Zamora y Castillo, Eduardo Nicol y José Gaos, si bien este último desistió del nombramiento cuando ya sólo faltaba su firma en el contrato. El motivo consistía en que, por inexperiencia o por animadversión, la Comisión de Trabajo Docente había dictaminado que el candidato no cumplía con el requisito de antigüedad —18 años de labor docente en la Universidad Nacional—, además de exigirle acceder al cargo mediante un concurso de oposición. Al cabo de 11 meses de inestabilidad laboral y de una abundante correspondencia finalmente se aprobó su designación, si bien ya para ese momento el hartazgo y ese tan característico orgullo propio se habían apoderado del ánimo de Gaos, quien rechazó el título ofrecido “por haber dejado de convenirme”.²⁷ Más que el producto de circunstancias adversas, el suceso muestra una situación de carácter un tanto más general. Éste ilustra las dificultades de índole administrativa que entrañaron las reformas universitarias y que, como todo cambio profundo, en un inicio se hallaron expuestas a la falta de criterio, a la ausencia de pautas definidas y a la incompreensión.

²⁶ GAOS, “Cuerpo nuevo, vida nueva”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, p. 520; y “La Universidad y las vocaciones” (1954), en *ibid.*, p. 484.

²⁷ Carta a Salvador Zubirán, fechada el 21 de noviembre de 1946, AHUNAM, expediente de personal de José Gaos González Pola, núm. 5707, f. 25.

Para el desde entonces “profesor ordinario”, verse obligado a dividir su tiempo entre la Universidad Nacional, El Colegio de México, la Universidad Femenina y el Mexico City College no fue la única consecuencia desafortunada del fallido intento por ingresar en el recién creado cuerpo docente. También supuso marginarse de un desarrollo en la modernización educativa que él mismo había propugnado desde sus días en España. Como es sabido, ni el conflicto bélico, el traslado de las instituciones a Valencia, la movilización colectiva o la escasez de recursos lograron frenar del todo las reformas universitarias iniciadas por la Junta de Ampliación de Estudios e intensificadas durante el quinquenio republicano. Tuvieron por efecto, eso sí, dificultar las tareas magisteriales en todos sus niveles, suspender los ascensos en el escalafón universitario, imponer una doble jornada laboral entre los maestros leales y colocar en una situación de precariedad tanto a los alumnos como a los catedráticos. La necesidad de cubrir las obligaciones de los colegas ausentes o destituidos significó para Gaos una oportunidad de sugerir que se retribuyera adecuadamente a quienes se empeñaban en perseverar en sus funciones. Reparar una injusticia, mediante un salario que permitiera “vivir decorosa y sobre todo trabajar holgadamente, dedicado con exclusividad a la enseñanza y a la ciencia” no constituía sino una finalidad urgente pero secundaria implícita en su propuesta. La principal consistía en continuar la reorganización universitaria mediante medios conducentes al cultivo y transmisión especializados del conocimiento. “Los centros de investigación —escribió a las autoridades del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes— deben ser los núcleos propiamente científicos de la Universidad, que alimenten, por medio de aquellos de sus colaboradores dotados de las particulares aptitudes y vocación reclamadas por la enseñanza, la labor docente, tanto para la formación profesional superior, cuanto para la difusión de la alta cultura en general.”²⁸ Ese conjunto de objetivos sólo se alcanzaría de establecerse un cuerpo de expertos en los campos educativo y pedagógico o, dicho en otras palabras, con un profesorado de carrera.

Aunque la guerra no permitió que ese ideal se cumpliera, el exilio americano trajo consigo un modesto resarcimiento en la figura de unos tan escasos como valiosos puestos docentes, ejercidos de forma exclusiva y financiados por La Casa de España en México. En ese sentido, admitió Gaos, los afortunados beneficiarios de esas medidas fueron unos “privilegiados”, debido a que por esas fechas,

²⁸ AHCM, *José Gaos*, c. 10, exp. 1, ff. 1 y 4.

mientras que ni un Don Antonio Caso recibía un sueldo del que pudiera exclusivamente vivir, nosotros recibimos un sueldo con el que pudimos hacerlo; es decir: nosotros fuimos los primeros profesores universitarios de carrera o de tiempo completo, años antes de que se fundara la institución para los mexicanos —y para los españoles, pues desde que se fundó se nos ofrecieron y concedieron las plazas en los mismos términos y números.²⁹

Su incorporación oficial en el profesorado de carrera no sucedió sino hasta 1953, a lo cual se sumó, dos años después, su nombramiento como “profesor de tiempo completo”. Esta última categoría formaba parte de las reformas educativas que emprendió la Universidad Nacional al mediar el siglo xx, si bien con la nueva designación se pretendía, más que introducir alteraciones sustantivas en el reglamento, fortalecer a su antecedente inmediato. A juzgar por el informe que elaboró a ese respecto, no cabe duda de que Gaos contempló con sumo agrado esos desarrollos. En él afirmaba que el profesorado de carrera “es precisamente el que a lo largo de ocho años de impropia labor, por haber correspondido ella al periodo de ensayo y [de] aclimatación, ha hecho arraigar la institución y ha demostrado sus excelencias”.³⁰ A continuación insertaba una detallada lista de comentarios a los artículos que normarían el funcionamiento de los así agremiados.

El dictamen referido preserva apenas uno de los múltiples asuntos en que intervino el maestro asturiano al iniciarse la reorganización integral de la enseñanza superior. Durante aquella vorágine del cambio, sus servicios fueron continuamente requeridos, en particular en relación con la disciplina que profesaba. Uno de los primeros en solicitarlos fue Samuel Ramos, a la sazón director de la Facultad de Filosofía y Letras, invitándolo, junto con José Luis Curiel y Paula Gómez Alonso, a revisar el plan de estudios vigente. Respondiendo a un ideal educativo y a las posibilidades reales de la institución, los comisionados proyectaron algunas modificaciones de importancia —como, por ejemplo, prolongar la carrera un año suplementario y reducir el número de materias por semestre—, así como un cuadro de asignaturas completo, en el que se contemplaban tanto las condiciones para adquirir una formación filosófica especializada como los elementos necesarios para ir al encuentro de la modernidad. Sin embargo, continuaban los miembros de la comisión,

²⁹ GAOS, “Confesiones de transferrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 547.

³⁰ AHCM, José Gaos, c. 10, exp. 13, f. 1.

de todas las propuestas aquí hechas, ésta, relativa a los seminarios, es la más importante, hasta el punto de que las demás, sin ella, resultarían prácticamente indiferentes. Los seminarios son la única forma de docencia que responde real y precisamente a la finalidad universalmente aceptada como la más propia y la más alta, a la vez, de la enseñanza superior en general y en especial de la universitaria: el iniciar en el trabajo creador de ciencia y de cultura.³¹

Quien conozca las propuestas de Gaos en materia de enseñanza sin duda habrá reconocido en esas líneas el estilo de su pluma y el tenor de sus ideas. En años sucesivos redactó una serie de escritos, uno a uno elaborado a petición de las más altas autoridades universitarias. En uno de ellos comenzó dictaminando, no sin cierta sorpresa, que “el *plan* de estudios de Filosofía de la Facultad es prácticamente perfecto”. La sorpresa se desvanece al leer más adelante que “lo que parece susceptible aún de perfeccionamiento son más bien los *métodos* de trabajo”.³² Ese postulado explica que su proyecto se centrara en los seminarios, concebidos como auténticos talleres de filósofos. Éstos se encontraban en funciones en la Facultad de Filosofía y Letras desde la década de 1940, pero, tal como indicaba el propio Gaos, su relativa novedad había suscitado que lo hicieran “sin una adecuada y oficial reglamentación”.³³ Ello explica que dejara correr la tinta para precisar sus normas, duración y modo de funcionamiento, según dos modelos distintos: unos dedicados a la lectura y explicación de obras maestras de la filosofía y otros más consagrados a iniciar a los alumnos en la investigación y en la creación personal.

Además de contribuir a formar según los intereses y las capacidades de cada estudiante, los seminarios aparecían dotados de una finalidad de mayor alcance: introducir al alumno en el ciclo de las generaciones, de tal manera que se crearan y consolidaran tradiciones del pensamiento. El modo de lograrlo consistía en ejercitarse varios años con un mismo profesor, evitando así “informaciones incoherentes y un postrer escepticismo”.³⁴ Sin embargo, más importante aún, el establecimiento de “escuelas” —en el sentido inmaterial de emplear ciertas herramientas conceptuales, ocuparse de te-

³¹ *Ibid.*, exp. 5, f. 5. Informe fechado el 13 de noviembre de 1950.

³² GAOS, “*La Filosofía en la Universidad*”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, p. 52. Cursivas en el original.

³³ Carta a Eduardo García Máynez, fechada el 10 de agosto de 1953, AHCM, José Gaos, c. 7, exp. 4, f. 1.

³⁴ GAOS, “*La Filosofía en la Universidad*”, *op. cit.*, p. 63.

mas en común o, simplemente, de compartir una determinada perspectiva epistemológica— poseía la inmensa ventaja de aprovechar el conocimiento acumulado para continuar construyendo de forma escalonada. El mito del genio filosófico era así sustituido por el más lento y laborioso proceso, pero también más seguro y eficaz, del trabajo colectivo. Las prácticas contemporáneas, afines, cuando no calcadas, de los procedimientos científicos, se iban abriendo camino en el mundo de la filosofía.

No todo en las propuestas de Gaos pertenecía al *mode d'emploi* moderno. En el índice de utensilios requeridos figuraban igualmente materiales de uso ancestral, erigidos en el basamento del pensar filosófico por lo menos desde el periodo socrático. Con ello se hace referencia al diálogo, actividad que el maestro español había cultivado a lo largo de su magisterio, si bien no tanto en el salón de clase como fuera de las aulas. A juzgar por las palabras del padre Manuel Mindán, ese tipo de prácticas formaron parte de su enseñanza desde una época temprana. En un emotivo escrito trajo a la memoria las dos horas diarias que los alumnos permanecían, de lunes a sábado, en compañía del profesor, algunos días escuchando sus exposiciones sistemáticas y otros más comentando algún texto o resolviendo problemas de orden filosófico. No obstante, relató el sacerdote,

la tarea profesoral de Gaos no terminaba en las clases, a pesar de ser éstas numerosas y prolongadas. Con frecuencia a la salida de ellas le acompañábamos algunos alumnos para continuar más familiarmente el diálogo filosófico. Algunas veces nos reuníamos en antiguas chocolaterías de la ciudad que nos ofrecían ambiente tranquilo y silencioso para nuestras conversaciones y alguna vez en primavera, cuando hacía buen tiempo, nos íbamos a una de las próximas arboledas del Ebro que entonces existían, donde, bien paseando, bien sentados sobre la hierba, pasábamos agradablemente el tiempo, haciendo incesantes preguntas al profesor y también exponiéndole nuestro parecer sobre muchas cosas.³⁵

A los paseos por el Ebro, “platica que te platica”, se sucedieron otros tantos más por las riberas del Manzanares y, tiempo más tarde, por las de nuestro Río Consulado, de no tan distinguido nombre. Algunos de sus discípulos rememoraron con afecto aquellos sábados en que, tras alguna sesión de trabajo, se quedaban “para saborear un sabroso té con exquisitas golosinas que preparaba Ángela, la esposa del maestro” o, ya en sus últimos años, los

³⁵ MINDÁN, “El magisterio de José Gaos”, p. 56.

momentos cuando, al finalizar la clase, lo acompañaban “a esperar al ‘amigo taxista’ que a veces tardaba algún tiempo en llegar”.³⁶ Era entonces cuando Gaos abandonaba la actitud distante e interactuaba amistosamente con sus estudiantes, ya fuera para profundizar en cierto tema filosófico o para desenhebrar algún recuerdo. Pese al trato amable, nunca se despojaba de sus hábitos profesoriales, dado que, en su opinión, el diálogo no era sino el “instrumento por excelencia de la formación de discípulos por un maestro”. En ese ir y venir de la palabra viva se realizaba “el santo sacramento de la conversación” y se consagraba el ingreso a una colectividad más alta, es decir, “aquella en que no sirve a la transmisión de conocimiento, ni siquiera a la mayéutica de las ideas, sino a la compenetración de los espíritus”.³⁷ Tal era el sentido casi místico que confería a la voz “escuela”.

El conjunto de escritos que exponen esas reflexiones apareció en 1956 con el sello de la Imprenta Universitaria y con el título *La filosofía en la Universidad*. En el prólogo, Gaos indicó el origen y propósito de todos ellos, además de afirmar que “este librito, de apariencia un tanto insignificante, pudiera ser la publicación más significativa del autor”.³⁸ Había buenas razones para pensar de ese modo: aunque ningún gran sistema se escondía entre sus páginas, en ellas señalaba las condiciones para llegar a realizarse. No era todo. Aunque no lo dijo expresamente, en esa serie de textos y propuestas contribuía a reconfigurar la disciplina filosófica, estableciendo la validez, vigencia y preeminencia de algunas ramas sobre otras, así como el método adecuado para estudiar cada una. De esa manera ponía su grano de arena en ese quehacer constante y siempre cambiante, que consiste en ir adaptando las convenciones que rigen las prácticas filosóficas conforme a los dictados del día o, dicho de otra forma, en imponer las reglas del *buen filosofar*. Así lo intuyó Antonio Gómez Robledo, quien saludó la aparición de ese libro como un punto de no retorno en la enseñanza: término de “la filosofía como declamación” e inicio de otra de tipo profesional, rigurosa y efectivamente formativa. De ahí que sin el menor titubeo recomendara la inmediata lectura de aquella que calificó como “una pequeña obra maestra sobre la didáctica de la filosofía”.³⁹

³⁶ ZEA, *José Gaos el transterrado*, p. 10; y LIRA, “Recuerdos del Seminario de José Gaos”, p. 36.

³⁷ GAOS, “*La filosofía en la Universidad*”, *op. cit.*, pp. 113 y 64; y “*En torno a la filosofía mexicana*”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 368.

³⁸ GAOS, “*La Filosofía en la Universidad*”, *op. cit.*, p. 47.

³⁹ GÓMEZ ROBLEDO, “José Gaos, *La Filosofía en la Universidad*”, pp. 406-408.

Si evaluar la recepción de una obra es invariablemente una tarea arriesgada, en este caso resulta casi imposible, debido al escaso número de testimonios que se refieren a ella. En términos institucionales existe evidencia, sin embargo, de que las propuestas de Gaos no fueron desatendidas. Un ejemplo es la Antropología Filosófica, cuya inclusión en el plan de estudios había juzgado urgente e imperiosa. La respuesta fue inmediata y para 1957 ya figuraba entre las disciplinas impartidas en la Facultad. Otro tanto sucedió con la reforma a los métodos de trabajo y que, en palabras de Eduardo García Máynez, “consiste, en uno de sus aspectos principales, en la intensificación del trabajo de los seminarios y en la exigencia de que en cada una de las cátedras sean leídos y comentados los textos que sirven de base a las explicaciones orales”.⁴⁰ La opinión del maestro español acerca de la enseñanza de idiomas también se tomó en cuenta, si bien esas consideraciones le valieron no pocos disgustos y malquerencias. Mostrando que se había ya familiarizado plenamente con el medio académico mexicano, en alguno de sus ensayos asentó que dos lenguas vivas y dos muertas, tal como entonces se estipulaba, constituía una utopía; más valía “pocas bien poseídas que muchas mal o nada”. La misión de la Universidad radicaba en lograr que los alumnos se adiestraran en los idiomas que requiriera su campo de trabajo, evitar la dispersión y ofrecer algo más que rudimentos lingüísticos, adquiridos sin oficio ni beneficio alguno. Tal era el caso eminente del griego y del latín, pues, sostenía, ni uno ni otro “parece indispensable para ser gran filósofo”. De ahí que aconsejara su aprendizaje en función de las inclinaciones y orientación de los estudiantes, es decir, a partir de la época, espacio y corriente del pensamiento que cada uno deseara cultivar. Sólo así se alcanzaría el objetivo de “formar verdaderos especialistas, condición indispensable de la formación de verdaderos investigadores y verdaderos profesores”.⁴¹

Avalado por esas ideas, afines a las que expresaron algunos otros profesores, en 1955 Salvador Azuela, entonces director de la Facultad de Filosofía y Letras, propuso eliminar el carácter obligatorio de aquellas lenguas clásicas. Aunque razonada y bien fundamentada, la iniciativa despertó una intensa polémica. Dos fueron las opiniones predominantes que se vertieron, divididas entre quienes descubrían en el proyecto un atentado contra

⁴⁰ Carta de Eduardo García Máynez, fechada el 7 de octubre de 1953, AHCM, José Gaos, c. 10, exp. 6, f. 1.

⁴¹ GAOS, “*La Filosofía en la Universidad*”, *op. cit.*, pp. 62 y 74.

la cultura y quienes veían en él, a la inversa, un medio modernizador de la formación humanista. Quien dentro de esa controversia hizo escuchar su voz con mayor fuerza fue Alberto Pulido Silva, maestro de filología en la Universidad. Con la pluma a guisa de espada, el 25 de mayo comenzó a publicar una serie de artículos, en la que, entre muchos otros, acusaba al propio rector, Nabor Carrillo, de pretender nada menos que asesinar las humanidades. Al conocer la postura de Gaos, también contra él desató su encono, atribuyéndole la paternidad del proyecto y acusándolo de sumisión ante las autoridades universitarias. “Comprobé una vez más —escribió en *Excelsior* el 12 de agosto— cómo el dinero compra las conciencias y el intelecto. Gaos está recién nombrado maestro de carrera, según la Gaceta Universitaria. Quizá por esto vendió su conciencia.”⁴²

La respuesta del así aludido no se hizo esperar, aunque fuera de las tribunas de la prensa. El conducto elegido fue una queja que presentó ante el Secretario General de la Universidad, Efrén C. del Pozo, solicitando que se comprobara su conducta ilícita o, en caso contrario, se sancionara a Pulido Silva por calumniador. Transcurrieron varios meses antes de que el rector expusiera la denuncia ante el Tribunal Universitario, órgano encargado de ejecutar, desde 1950, las disposiciones disciplinarias contenidas en el Estatuto. En éste se estipulaba que una de las “causas especialmente graves de responsabilidad” constituía “la comisión, en su actuación universitaria, de actos contrarios a la moral o al respeto que entre sí se deben tener los miembros de la comunidad universitaria”.⁴³ Consecuentemente se sentenció al inculpado a tres años de suspensión de su cargo.

El fallo nunca se cumplió, debido a que Pulido Silva interpuso un recurso ante la Comisión de Honor del Consejo Universitario. En la carta que dirigió a sus miembros explicaba que las frases que habían suscitado el enojo del ofendido no representaban afirmación alguna, puesto que estaban escritas en el más estricto condicional. Pero en caso de que subsistiera la duda, continuaba, “retiro mi suposición de que ‘quizá vendió su conciencia’, manteniendo mi extrañeza [...], más aún por tratarse de un gran humanista que traduce directamente a Aristóteles en sus clases”.⁴⁴ Además de mutilar las palabras que expresó en un origen, el filólogo mexicano olvidó mencionar que durante casi seis meses había dirigido una feroz campaña

⁴² Alberto Pulido Silva, “¿Humanismo de izquierda y de derecha?”, *Excelsior*, 12 de agosto de 1955, p. 3.

⁴³ AHUNAM, *Consejo Universitario*, sección Comisión de Reglamentos, c. 3, exp. 17.

⁴⁴ *Ibid.*, sección Comisión de Honor, c. 2, exp. 20.

periodística en contra de Gaos, en la que lo tildaba de “filósofo rojillo” y de “hombre fatuo que sólo debido al malinchismo y cobardía de sus incondicionales indígenas ha podido intervenir en los manejos de la Facultad de Filosofía y Letras”.⁴⁵ Quizás sin medir el alcance de los insultos o, como se llegó a sospechar, porque Pulido Silva contó con la ayuda de algún poderoso, la Comisión desestimó la sentencia que había emitido el Tribunal, limitándose a sustituirla con un mero extrañamiento. Ante la insatisfacción de Gaos y a la amenaza de dimitir de su puesto en la Universidad, se exigió que el ofensor se desdijera públicamente de sus palabras. Así lo hizo poco tiempo después en las páginas del *Excélsior*:

Hoy me veo yo en conciencia obligado a declarar que para escribir las anteriores palabras no tuve en el momento de escribirlas, ni en general he tenido en momento alguno, ningún fundamento válido, por lo que me retracto de ellas como también de la campaña de prensa de que en los meses siguientes hice objeto al Dr. Gaos, al cual pido me disculpe y en adelante me tenga por su amigo.⁴⁶

Al margen de los detalles concretos, el giro que tomó el desencuentro constituye una muestra del rechazo que sufrieron los exiliados españoles, cuya llegada resintieron algunos sectores conservadores del país y, en particular, ahí donde su presencia resultaba más notoria. El medio educativo fue uno de los principales. Por fortuna para el agraviado, el episodio también tuvo un reverso, en el que aparecieron numerosos gestos de simpatía, de reconocimiento y de solidaridad. Por ejemplo, de forma paralela a los ataques desplegados en la prensa, algún articulista se refería al “pensador español que en la cátedra ha echado al voleo muchas semillas mentales”. De ahí que personas como él, “cualquiera que sea su patria de origen, [sean] ciudadanos del mundo y [estén] en él engrandeciéndolo”.⁴⁷ La carta que Salvador Azuela dirigió al Consejo Universitario confirmaba esa apreciación. “El Dr. Gaos —escribió— ha servido ejemplarmente a esta casa [...] a través de 18 años de cátedras y seminarios, de donde han salido alumnos distinguidos y libros de primera importancia”. En vista de ello, agregaba, “la renuncia del Dr. Gaos como catedrático representaría un empobreci-

⁴⁵ “Habla el Doctor Pulido Silva Acerca del Maestro Español”, *Extra*, s. f., AJG, 2, exp. 5, f. 30741.

⁴⁶ *Ibid.*, f. 30766.

⁴⁷ Rafael Heliodoro Valle, *El Nacional*, 16 de diciembre de 1955, p. 3.

miento de la Universidad, cuya principal riqueza radica en la calidad moral de sus educadores y de sus estudiantes”.⁴⁸

Aunque no faltó quien considerara que Gaos incurrió en un error, al menos es indudable que sus recomendaciones en torno a las lenguas pretendían contribuir al progreso educativo del alumnado.⁴⁹ Ese proyecto fue acatado por los directivos de la Facultad, instituyendo los cursos de griego y de latín como materias optativas. Por ése y otros motivos, no deja de extrañar el señalamiento de Fernando Salmerón, al afirmar que las propuestas del maestro tuvieron “escasos efectos en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional”. Menos difícil de entender resulta que a continuación asentara que “fuera de la facultad, en cambio, aquellas ideas reformadoras pudieron encarnar como normas de nuevas instituciones o como prácticas de política académica”.⁵⁰ En efecto y pese a que el epicentro se situó en la capital, el sismo reformista afectó igualmente otras urbes mexicanas. Con fino tacto para evaluar los movimientos, a muchas de ellas acudió José Gaos, ya fuera para colaborar en las tareas de reconstrucción o, simplemente, para saludar los nuevos cambios. En Guanajuato y en Guadalajara, por ejemplo, se le escuchó ensalzar la apertura de Facultades análogas a la que funcionaba en el Pedregal, si bien, de entre todos los centros en que prodigó indicaciones, fue en la Universidad Veracruzana donde surtieron mayores efectos.

Quien primero encabezó la Facultad de Filosofía que operaba en Xalapa fue Fernando Salmerón, discípulo cercano de José Gaos, bajo cuya guía había culminado con éxito su tesis de maestría acerca de *Las mocedades de Ortega y Gasset*, y emprendido los estudios doctorales. Aunque en una escala modesta, ahí encontró las condiciones de realizar un sueño fáustico e inasequible para la mayoría, es decir, la oportunidad de construir *ex novo* y según un plan ideal. Faltaban recursos materiales, pero ello no impidió que, provisto de una nómina de tres profesores —él mismo incluido— y nueve alumnos inscritos, se diera a la tarea de organizar y estructurar el plantel conforme a los preceptos que propugnaba su querido maestro. Sin que se tratara de ideas privativas de Gaos, es posible reconocer su influen-

⁴⁸ Carta de Salvador Azuela al Consejo Universitario de la UNAM, fechada el 6 de julio de 1956, AJG, 2, exp. 5, ff. 30775-30776.

⁴⁹ Antonio Gómez Robledo se lamentó, por ejemplo, de que no haberse alcanzado en México “la madurez filológica necesaria para poder hacer una edición crítica —ni llegaremos jamás ahora sobre todo que el griego y el latín han pasado a ser entre nosotros materias optativas”, cit. en CASTRO RAMÍREZ, “Regards sociologiques”, p. 156.

⁵⁰ SALMERÓN, *Perfiles y recuerdos*, p. 88.

cia en el plan de estudios que elaboró el discípulo. Su sombra se percibe con mayor evidencia al observar que, más que un compendio de disciplinas a impartir, el acento recaía sobre los métodos de trabajo y en que a lo largo del recorrido escolar era menester cursar tres seminarios de lectura de textos clásicos y uno de investigación.

A través del alumno, de esa forma se hubiera edificado su propia utopía educativa, de no ser porque la realidad, como acostumbra, impuso serias limitaciones. La principal radicaba en la escasez de profesores que aquejaba al Departamento y que dificultaba la oferta efectiva de clases y seminarios. A ello se debía que con relativa frecuencia Gaos recorriera los 300 kilómetros de distancia que lo separaban de la capital veracruzana para impartir cursos intensivos, y tanto así, que en 15 días abarcaba el contenido de lo que normalmente enseñaba en un semestre. A juzgar por su correspondencia, en modo alguno ignoraba que esas medidas no resolvían el problema planteado, pero al menos representaban una ayuda, en tanto las circunstancias entorpecieran su traslado definitivo a Xalapa. A la espera de que éste se verificara, Salmerón continuó con sus proyectos de reforma, mismos que en 1962 culminaron con un arriesgado experimento educativo: las llamadas carreras mixtas, programa que pretendía entrelazar diversas disciplinas. La noticia de su establecimiento, comentaba Gaos, “me tiene muy complacido, pues ya sabe V. lo que pienso de ellas y por tanto del grande y ejemplar paso que han dado Vds.”.⁵¹ Apenas resulta arriesgado suponer que Salmerón, quien por entonces se desempeñaba como rector en Veracruz, había leído con suma atención *La filosofía en la Universidad* y que, por consiguiente, conocía bien sus ideas a ese respecto. En esas páginas, el autor señalaba que “el filósofo, el estudiante de Filosofía, necesitan saber o estudiar más que Filosofía: alguna otra ciencia, o disciplina, aunque no sea científica, sino por caso, artística”. Sólo por artificio académico era posible distribuir el conocimiento en función de compartimentos estancos; cualquier investigación concreta mostraba que estudiar la realidad humana, en su carácter multiforme, exigía habilidades de la misma naturaleza. De ahí que recomendara abrir el espectro de materias optativas o, mejor aún, “hacer posibles administrativamente tales carreras mixtas, no sólo de Filosofía y Ciencias, sino ya de Filosofía y *Letras*”.⁵²

⁵¹ Carta a Fernando Salmerón, fechada el 8 de abril de 1962, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 386.

⁵² GAOS, “*La Filosofía en la Universidad*”, *op. cit.*, pp. 60-61. Cursivas en el original.

La Universidad Veracruzana, con Fernando Salmerón a la cabeza, fue la primera en emprender el intento. El experimento no obtuvo los resultados esperados, debido a la falta de constancia por parte de maestros y estudiantes, así como a las dificultades que interpuso la Secretaría de Educación. A ello responde, según Teresa de Jesús Mora Schacht, que las primeras generaciones sujetas a ese plan no alcanzaran a culminar sus estudios y que al cabo de unos cuantos años se abandonara el proyecto.⁵³ Hubo otros efectos indeseados en algunas de las medidas educativas que Gaos impulsó, atribuibles, en ciertos casos, a aquello que podría denominarse los “absurdos de la racionalización”. Un ejemplo eminente fue el “profesorado de tiempo completo”, a cuyo establecimiento y normatividad había contribuido. El problema que descubrió no era tanto que los filósofos hallaran así una situación de privilegio, “pagados con sueldos nunca pagados por pensar ni a Kant ni a Hegel”; aquél radicaba en que las mismas normas que garantizaban estabilidad laboral y eficiencia en el trabajo, también pretendían regular la vida del espíritu. En la exigencia de “pensar en un determinado lugar durante determinadas horas de determinados días de la semana”, se escondía una triste ironía: que el genio individual no se ajusta a un horario oficinista. Para demostrarlo, bastaba evocar la imagen de Descartes, dejando correr la mañana y la tinta desde la tranquilidad de su cama, o la de Schopenhauer, sumido en hondas meditaciones mientras paseaba a su mascota. De ahí que, advertía para sus adentros, “está por ver que la inteligencia y la fantasía creadoras, movilizadas por el sentimiento, la veleidad y la ocurrencia [...] sigan manando bajo reglamentos y entre entradas y salidas ‘checadas’ a reloj, como en la burocracia, en la industria y el comercio”.⁵⁴

El sistema de manufactura en serie que poco a poco se imponía sobre aquellos que llamó con sorna “pensadores de tiempo completo” se extendía hacia el espectro completo de sus actividades, sin olvidar, desde luego, a la escritura. La delicada técnica de teñir en blanco y negro la materia del espíritu se realizaba ahora mediante un precipitado proceso de maquila, a la vez que el silencio contemplativo desaparecía tras el ruido metálico de máquinas y artefactos. Libros y comentarios, artículos y reseñas producidos a destajo eran el resultado de ese furioso golpeteo del teclado, a lo cual se suma-

⁵³ MORA SCHACHT, “José Gaos y la Facultad de Filosofía”, p. 50.

⁵⁴ GAOS, “La vida intelectual (El tapiz por el revés)”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, pp. 346-348; y *AJG*, 4, exp. 3, ff. 61120-61121, 28 de octubre de 1957.

ba la tendencia a publicar toda clase de papeles. Lo asombroso residía en que ni esos millares de páginas lograban colmar la voracidad de la imprenta, transformada en insaciable procesador de manuscritos. Las reediciones y traducciones suministraban el carbón suplementario, necesario para mantener la maquinaria en movimiento. Era así como se fabricaba aquel “amon-tonamiento aplastante” de papel letrado, impreso sólo para convertirse en “pronta basura cultural”. “El imperio de lo efímero”, como Gilles Lipovetski denominó la era moderna, había encontrado, empero, una “defensa higiénica, biológica, contra esta basura y las infecciosas epidemias que esparciría”, a saber, el tan sencillo como eficaz remedio de no leer o, en el mejor caso, de no leer todas las novedades apiladas en librerías. “No hay que dejarse engañar — señalaba Gaos— por el hecho de que cada vez se editan y se venden más libros, ni por el hecho de que cada vez lean más personas y personas de menor condición cultural —si cada vez leen menos y peor las personas que leen, no sólo las advenedizas de la lectura, sino hasta los mismos intelectuales.”⁵⁵ Esa transgresión a la ley de la oferta y la demanda, no sólo demostraba la irracionalidad implícita en aquella extraña guerra contra la hoja en blanco, sino que dejaba a la mediocridad como lamentable saldo de una reproducción incontrolada.

Tras el tono irónico que transmite su denominada “crítica del tiempo” despunta cierta desazón ante los rumbos que tomaba el mundo contemporáneo y que afectaban los derroteros de la misma filosofía. Demasiado tarde advirtió que esa rama del saber no se ajustaba a los moldes que configuran otras disciplinas, al menos en la forma en que él la practicaba. El establecimiento de normas laborales y pautas definidas, condición misma de regularidad y eficacia, imponía trabas en una actividad que, en su opinión, “no consiste en investigar, sino en pensar”. Esa peculiaridad la hacía refractaria a todo intento por cuantificar sus resultados o por medir sus progresos mediante gráficas y curvas. Más aún, se trataba de “algo tan diferente, no ya de las ciencias naturales y exactas, sino incluso de las humanas más cercanas, que la organización de su enseñanza y trabajos [...] debe dejarse a los únicos que los conocen, los que la cultivan”.⁵⁶ En esa propuesta, basada en la confianza en el saber individual, se vislumbra el deseo de dar marcha atrás a unas reformas que habían privilegiado parámetros impersonales y homogéneos sobre la libertad y la contingencia humanas. Ello explica su malestar

⁵⁵ GAOS, “La vida intelectual (El tapiz por el revés)”, ensayo cit., pp. 341-342.

⁵⁶ “Seminario de Filosofía Moderna”, AHCM, José Gaos, c. 7, exp. 7, f. 1.

ante la obligación de comparecer en la Universidad tres días por semana, en un horario corrido de 9 a 1, y de 4 a 8, para cumplir con las horas presenciales que estipulaba el reglamento. Encerrado en uno de los refulgentes cubículos que albergaba la Torre de Humanidades, se dedicaba a recibir alumnos y a preparar sus clases, únicas labores que prosperaban en esos espacios estrechos. Sucedió, en efecto, que su propio ritmo ideatorio respondía al influjo lunar y a la “nocturnidad silenciosa”, por lo que únicamente se ponía en movimiento una vez concluida la jornada corriente de burócratas y funcionarios. Por esos motivos, explicaba, “desde que debí convertirme en pensador de tiempo completo, nunca hubiera sido pensador más incompleto, si la institución universitaria que me honró con el nombramiento [...] no fuese una institución ejemplar que sabe interpretar y aplicar los reglamentos”.⁵⁷ Hasta la barbarie tecnocrática tenía un límite.

Pese a aquellas palabras, Gaos había seguido muy de cerca el desarrollo de la Universidad, al que distaba mucho de considerar ejemplar. Sus notas e informes muestran que los problemas que la asediaban constituían una fuente constante de preocupación y que tanto en público como en privado se esforzó por encontrarles salida. El más alarmante radicaba en la creciente población estudiantil, cuya magnitud muy pronto sobrepasó las previsiones de los propios constructores y directivos de Ciudad Universitaria (CU). La inquietud se comprende fácilmente: aunque concebida como una respuesta a la insuficiencia del cupo en los edificios que ocupaban las Escuelas, Facultades e Institutos en el centro de la capital, CU se encontró rebasada al poco tiempo de haberse inaugurado. Para 1960, 40 000 alumnos colmaban unas aulas y laboratorios ideados para albergar alrededor de 26 000, y la cantidad seguía en aumento. Consternado, Gaos observaba desfilar por sus clases una horda de estudiantes, cuya cuantía le impedía, no sólo identificar, como era su deseo, a los más talentosos, sino retener siquiera sus nombres. Sus acostumbrados métodos de enseñanza, diseñados para fomentar la participación activa de un alumnado selecto, se convertían en prácticas irrealizables, cuando no obsoletas, ante esas grandes mayorías. El trabajo de seminario, por mencionar un ejemplo, se veía obstruido por el número excesivo de asistentes y que desde hacía tiempo superaba el límite por él establecido. Pero incluso los llamados “Estudios de Honor”, instituidos en 1958 por Francisco Larroyo como un estímulo para los alumnos destacados, perdían la efectividad proyectada ante el desnivel edu-

⁵⁷ GAOS, “La vida intelectual (El tapiz por el revés)”, ensayo cit., p. 348.

cativo que aquejaba a sus miembros. Por esa razón, escribió el profesor transterrado,

personalmente, pienso que no tendrán ni índole ni nivel verdaderamente universitarios, ni la eficacia que podrían tener, si no se organizan como la formación para la investigación científica, el pensamiento filosófico, la creación intelectual, de la pequeña minoría de estudiantes con vocación para dedicarse profesionalmente a tales tareas —a diferencia de la gran masa de los estudiantes universitarios, que con los estudios universitarios quieran tan sólo adquirir una mayor cultura general o un título profesional [...], de los cuales debe separarse a la minoría, so pena de perecer ésta anegada por la masa.⁵⁸

En el entrelazamiento de esos dos términos, “minorías” y “masas”, yacía, a su entender, el nudo de los problemas universitarios. Descorrer la soga, de tal suerte que ambos cabos quedaran debidamente separados, fue la solución que una y otra vez propuso con el fin de evitar el ahorcamiento anunciado.

Ese criterio de selección, ideado para responder a los intereses y capacidades de cada estudiante, poseía, además, una atractiva ventaja: atajar la desoladora deserción escolar. Según Gaos, ese fenómeno se originaba en “la formación de masas de jóvenes afanosos de superación social y engañados por las metas de superación social ofrecidas actualmente por la Universidad”. En vista del “derecho del individuo [a] cultivarse y superarse social e indefinidamente”, la respuesta no residía en restringir las puertas de la educación superior, sino en crear una modalidad de estudios distinta, especialmente diseñada para esas mayorías. En lugar de lamentarse por el abandono prematuro, la propuesta consistía en establecer carreras cortas. Aunado a los beneficios que para la sociedad representaba contar con “el mayor número de individuos lo más cultivados posible”, esa sencilla medida lograría “separar de las masas anteriores a los vocados y aptos, para las carreras completas y para la investigación científica, ya no evitando un doble peligro, sino remediando un doble mal: la sumersión de la minoría por la masa, la extinción de la minoría creadora de la cultura también para la masa”.⁵⁹

Tributarias de una lógica elitista, las reflexiones de Gaos en torno a una enseñanza diferenciada partían de la “esencia, destino y deber” que atribuía a la Universidad. Ese trinomio se expresaba en el acto de “portarse en la

⁵⁸ “Notas sobre el Seminario”, AHCM, *José Gaos*, c. 7, exp. 12, f. 3.

⁵⁹ AJG, 4, exp. 7, ff. 63600-63601, 1 de noviembre de 1961.

vida de su pueblo como órgano de esa acción personal, aristocrática, ilustrada, liberal y de buena fe sobre el mismo”.⁶⁰ Con esos supuestos como trasfondo es posible comprender su desasosiego ante lo que juzgaba como una imparable masificación universitaria. Su angustia llegó al extremo de dirigir una carta sentida al por segunda vez rector, Ignacio Chávez, suplicándole evitar que explotara “la tremenda bomba de tiempo de la población escolar”. “A lo largo de toda mi vida —admitía— no he sido ni querido ser [...] más que un universitario.” Esa condición, junto con el compromiso que entrañaba, le impedía sustraerse al impulso de manifestar un juicio acerca del rumbo que tomaba la Universidad. En su último curso en la Facultad, relató, se había encontrado con más de 60 estudiantes oficialmente inscritos, por lo cual “no me fue posible ni llegar a tiempo a distinguir a aquellos que anteriormente distinguía en breve, ni entrar, siquiera con ellos, en la relación personal, de individuación de la enseñanza a la medida de cada uno”. Lo que para él representaba un caso extraordinario, resultaba habitual para sus compañeros, que incluso se veían obligados a impartir hasta cuatro cursos semestrales. Esa situación, continuaba, “significa el fin de la enseñanza de la Filosofía y de las publicaciones filosóficas, por lo menos en el nivel al que se había alzado en la Facultad y que era apreciado hasta en un dilatado y autorizado extranjero”. Por todo ello, concluía, “si aquello que le he expuesto son males y V. no los remedia, no habrá ya quien los remedie”. Respecto a lo que él mismo podría lograr decía no hacerse ilusiones: “a mí ni me quedan fuerzas ni tiempo más que para, a lo sumo, acabar de publicar mis trabajos personales —y para hacer con esta carta un intento último”.⁶¹

Hacía varios años, en efecto, que diversas afecciones le hacían temer por su vida. En una fecha tan temprana como 1955 afirmaba padecer punzadas en el pecho, con dolores que se extendían hacia sus extremidades superiores, así como opresiones de tipo respiratorio. Según José Puche, su médico de cabecera, esos trastornos respondían a “accesos pseudoansiosos”, producidos por una rutina poco “conveniente para un hombre que trabaja intensamente y en una atmósfera de extremada soledad”.⁶² Lo que no consiguió cambiar el reglamento universitario, lo hicieron las indicaciones del galeno, obligándolo a reducir sus horas laborales y a prescindir del horario noctur-

⁶⁰ AJG, I, exp. 33, f. 4981.

⁶¹ Carta a Ignacio Chávez, fechada el 24 de enero de 1965, AHCM, José Gaos, c. 4, exp. 23, ff. 1-12.

⁶² Carta de José Puche a Vera Yamuni, fechada el 3 de abril de 1955, AJG, 4, exp. 9, ff. 64795-64796.

no. Desde entonces, procuró dividir sus días entre la máquina de escribir, el Deportivo Chapultepec y la Ciudad Universitaria. El resto de su tiempo quedó reservado a avanzar en otros trabajos y a escuchar música alemana. Un ataque al miocardio, sufrido a finales de 1958, lo forzaron a intensificar esas medidas preventivas y a imponerse unas severas “normas higiénicas”:

1. Hacer rigurosa dieta.
2. No andar después de comer.
3. No salir de casa más de una vez al día, ni andar aprisa ni mucho.
4. No fatigarme leyendo después de cenar, antes de dormir.
5. Espaciar, empezar y conducir debidamente las relaciones sexuales.
6. Resolver consciente y ecuanímente el problema de la biblioteca.
7. Ir desembarazándome efectivamente de los compromisos de trabajo profesional y vida intelectual.⁶³

A cumplir con el último punto de su agenda sanitaria contribuyó su nombramiento como profesor emérito, promovido con ocasión de su ya muy próximo sexagésimo aniversario. En el dictamen que presentó el Consejo Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras, aprobado “por unanimidad y aplauso”, sus miembros justificaban su decisión, aduciendo que

al formular esta petición hemos tenido en cuenta fundamentales y bien conocidos motivos. [...] En efecto, el Dr. Gaos ha cumplido la edad requerida, posee el grado de doctor *honoris causa* de nuestra Universidad, alta distinción que sólo se concede a personas de indiscutible valía; ha desempeñado sus tareas académicas y docentes con ejemplar dedicación y brillantez, distinguiéndose siempre como uno de los maestros más conspicuos y de probada vocación pedagógica; ha consagrado más de veinte años de su vida, con celo infatigable, al servicio de la Facultad de Filosofía y Letras, contribuyendo con eficacia en la renovación de los usos y prácticas académicas; ha sabido vincular sus preocupaciones filosóficas a problemas mexicanos, despertando vocaciones y descubriendo nuevos caminos en el estudio de la cultura patria, y finalmente, ha escrito numerosas obras de alta calidad intelectual que le han granjeado una justa fama dentro y fuera de nuestro país [...].⁶⁴

⁶³ *Ibid.*, exp. 5, f. 62264, 1 de febrero de 1959.

⁶⁴ Carta de Francisco Larroyo a Nabor Carrillo, fechada el 27 de octubre de 1960, *ibid.*, exp. 1, ff. 60141-60142.

En virtud de la “brillante labor universitaria” del candidato, el 20 de diciembre de 1960 el Consejo Universitario ratificó la propuesta. Entre las múltiples cartas de enhorabuena que a la ocasión recibió, alguno le manifestó su esperanza de que “el verdadero significado de ese grado consistirá en la liberación suya de toda tarea rutinaria para dejarle más tiempo para su verdadera vocación de estudios y reflexión”.⁶⁵ Y es que además de constituir la mayor distinción que la UNAM podía brindar y de significar un más que decoroso salario, todo profesor adscrito a esa categoría quedaba exento de obligaciones y libre de elegir, en acuerdo con el rector, sus actividades académicas. De esta forma, por lo tanto, se exoneraba a Gaos del tráfico administrativo y de la descomunal carga de trabajo que durante más de dos décadas habían quebrantado su salud e impedido consagrarse a su obra. No desaprovechó la dispensa.

⁶⁵ Carta de J.M. Zilboorg, fechada el 9 de febrero de 1961, AJG, 2, exp. 49, f. 38118.

En la palabra escrita se cifra una obsesión que desde antiguo acompaña al hombre: la voluntad de dejar, tras de sí, un rastro indeleble de su paso por el mundo. Para nosotros, amanuenses de la trascendencia, la historia ha inventado inmensos cementerios de papel, sobre cuyas lápidas se inscribe una segunda muerte, la de la letra que parece al descomponerse la carne. Existe una forma, sin embargo, de escapar a aquellas fosas profundas. La clave se encuentra en lo que Hugo Hiriart, siguiendo a Fernando Pessoa, identificó como el “arte de perdurar”. “El artista —señala— apuesta a la perduración aunque la probabilidad de alcanzarla sea muy baja. Los dados corren lentamente sobre el tapete verde, y sentimos que si nuestros trabajos sobreviven, algo de nosotros no morirá y estaremos justificados”. Imposible imantar el cubilete o torcer el brazo a la fortuna cuando la “fórmula de la inmortalidad literaria” dicta que “maestría más representatividad igual a fama”, esto es, un algoritmo de números indescifrables en el presente.¹ Apenas importa: el envite es tan atractivo que más de uno ha puesto sus fichas sobre la mesa, incluso a sabiendas de que el juego está trucado o de que no reúne el capital requerido. Así lo hizo José Gaos y perdió, pero no todo.

Durante algún tiempo, el azar parecía encontrarse de su lado. O al menos así lo creyó, imaginando que sus dotes intelectuales y capacidad de discernimiento equivalían a uno de esos míticos ases invisibles. Fue entonces cuando comenzó a barajar sus cartas y a alistarse para aquel singular juego, en donde los silogismos representan lances y el sistema filosófico la máxima figura. Tahúr todavía inexperto, su primera partida terminó en un fiasco. En ella había apostado por las llamadas *Jornadas filosóficas*, cuya fragilidad teórica y magnitud expositiva lo condujeron a una bancarrota pasajera. No tardó en recuperarse. Apenas transcurridos unos meses desde el descalabro ya se había convencido de que “lo importante no es lo pasado, sino lo presente

¹ HIRIART, *El arte de perdurar*, pp. 11-12 y 102. Véase también, PESSÔA, *Eróstrato y la búsqueda de la inmortalidad*.

y futuro”. Tras lo cual se preguntaba: “¿Qué vida hacer desde ahora? ¿Qué filosofía? O ninguna... Ello implicaría, indudablemente, una filosofía de la filosofía —positiva o negativa”.² Su relativa juventud y confianza en el mañana lo llevaron a optar por la primera alternativa, es decir, por una construcción de tipo intelectual que, a contrapelo de las corrientes irracionistas que se afirmaron en la primera mitad de siglo, revaloraría “la modernidad o los valores correspondientes”.³ La manera de lograrlo consistía en infundir un sentido distinto a la voz “razón”, de tal modo que comprendiera las formas de racionalidad urdidas en el orbe hispánico y, en general, en un mundo dos veces devastado por las brutalidades de la guerra. Sólo así podrían reconstituirse los vínculos entre los hombres y refundar comunidades oriundas de un credo racional, más que racionalista. Se trataría, dicho en otros términos, de “una filosofía del hombre, una filosofía de la pluralidad y unidad de la realidad, explicativa del movimiento de la historia, de nuestra vida, órgano o instrumento de la nueva comunión de que nuestras vidas son el comienzo del movimiento en la historia”. “Tal es mi fe, mi esperanza y mi caridad”, concluyó en una frase que destila la fuerza de su convicción.⁴

Asentadas las premisas de partida, quedaba por resolver cómo concretarlas. Tras no pocos devaneos, se inclinó por un método descriptivo, “que ponga situaciones a los problemas humanos, o sea sociología, economía, política, derecho, educación”.⁵ La empresa contemplaba el análisis de la vida contemporánea, examinada desde sus rasgos más significativos y que culminara en una antropología filosófica digna de los tiempos nuevos. Con un tesón proporcional a la fe que pregonaba, a lo largo de dos décadas fue exponiendo los resultados de ese proyecto en cursos y conferencias, notas y fragmentos, así como en numerosos ensayos dispersos en libros y revistas. Pero justamente ahí, en el adjetivo “dispersos”, se encontraba el origen de su malestar. Pese a la constancia y laboriosidad, los años de trabajo no le habían permitido desarrollar su siempre anhelado tratado, aquel que le valdría un lugar en el panteón de los filósofos ilustres. Ahora bien, en el deseo

² AJG, I, exp. 42B, f. 7328, 15 de abril de 1942. Cursivas en el original.

³ Esos valores son los que listaba a continuación: ciencia, reconocimiento de los límites del conocimiento, liberalismo, justicia social, cultura, vida privada regida por los principios de la complacencia, de la comprensión y de la elasticidad. AJG, 4, exp. 2, f. 60681, 15 de octubre de 1946.

⁴ AJG, I, exp. 12, f. 1599.

⁵ AJG, 4, exp. 2, ff. 60706-60707, 24 de enero de 1948, y f. 60767, 11 de diciembre de 1948.

de conquistar la gloria postrera mediante las lanzas de un sistema se situaban los límites a su cuestionamiento de los valores modernos. Aunque sometió su *contenido* a constante revisión, en el fondo estaba persuadido de que la *forma* discursiva seguía respondiendo al canon filosófico germano. De ahí que el pensamiento metódico y ordenado se presentara como el ideal regulador de sus esfuerzos. No era todo: en la voluntad de construir una suma filosófica, síntesis de la imagen que le devolvía el mundo, se hallaba también una necesidad profunda, común a quienes hacen de la pluma una forma de existencia. Al menos es lo que sugieren las palabras de Alfonso Reyes, al afirmar que “todos tenemos derecho —pero casi siempre nos estorba la vida— a procurar la unidad, la confortante unidad”.⁶ También para Gaos había sido el ajeteo cotidiano, con su tráfico de citas y ocupaciones, un impedimento para alcanzar el sosiego que requieren las tareas continuas y persistentes. Ante ese sinfín de compromisos, resulta comprensible que en más de una ocasión se propusiera conciliar los dictados del día con los imperativos de la obra, pero siempre sin éxito. Por más que procuraba convertir las lecciones universitarias en prolegómenos de un tratado, sus palabras se evaporaban en las aulas sin llegar a condensarse entre las páginas de un libro. Su característica honradez lo obligó a admitir que, mucho más que un cúmulo de actividades, contra ese designio se oponía una sólida resistencia, proveniente de sus gustos y personalidad. Al hurgar en su conciencia reconoció, para sí, que “yo no he sido tanto como un Oblomov o un Nieves del Kilimanjaro, pero en mí ha predominado la indolencia de la avidez de novedades y las lecturerías sobre la energía de lo más trabajoso, el sistema filosófico desarrollado cabalmente por escrito”.

En los escritos, publicados e inéditos, he sido un circunstancialista y un reiterativo, aunque a veces encarnizado, y hasta un improvisador, pero no un iterativo. Los largos cursos, hasta de muchos años, se desgranaban en porciones cuasi-circunstanciales y han sido medio de vida. Las traducciones, medio de vida, como tal faltó de una acribia cabal. En las lecturas mismas han predominado, sobre los sistemas de la manía, las tentaciones de la fantasía, de gusto.⁷

A alimentar esa especie de laboriosidad inútil había contribuido el desencanto, cada día más agudo, respecto a la disciplina que cultivaba desde

⁶ REYES, “*El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*”, p. 19.

⁷ AJG, 4, exp. 4, f. 61575, 23 de mayo de 1958.

hacía varias décadas. Los años no habían hecho sino confirmar aquella intuición juvenil, catalizador de sus sucesivas crisis, acerca del carácter personal y relativo de la verdad filosófica. Tanto en clase como en secreto, con frecuencia cavilaba respecto a la inanidad de sus esfuerzos, convencido de que al final del camino sólo encontraría un espejo, reflejo de su propia imagen. El desengaño operaba de forma tan corrosiva que lograba deslavar cualquier piedra, preciosa o no, que le ofreciera la vida. Un ejemplo: el 11 de mayo de 1950, víspera de la boda de Angelines, Gaos cavilaba, no acerca del futuro que deparaba a su primogénita, sino sobre la necesidad de convertir a la filosofía en ciencia. A tal punto lo cegaba la obcecación que en su pensamiento se revolvía un único tema, el de la manera de adaptar su método e ideas a los tiempos nuevos. “El libro de filosofía que hay que escribir —juzgó entonces— [es] una filosofía de la filosofía o una *Nueva Crítica de la Razón Pura*. O el problema de la filosofía en la actualidad: definición y valoración de la filosofía”.⁸ Quien conozca los pormenores de su trayectoria intelectual habrá reconocido en esa respuesta la verdadera dificultad que enfrentaba el padre de la pronto desposada: incluso en momentos en que pugnaba por renovarse, en su mente resurgía la misma solución que había formulado hacía tres lustros.

Aunque milímetro a milímetro, el eje en torno al cual giraba poco a poco se fue desplazando o, más bien, hincando con mayor firmeza en las profundidades de la tierra. La madurez que alcanzaron sus reflexiones quedó plasmada en un breve ensayo, publicado en 1954 por *Cuadernos Americanos*. Con el título “Discurso de filosofía”, en él realizó un balance de las distintas ramas que conforman ese tipo de saber, concluyendo que sólo las vertientes más científicas —como el método que creó Edmund Husserl o la “filosofía de la filosofía”— poseían liquidez en el mercado de las ideas. La quiebra de la metafísica aparecía demostrada por la imposibilidad de responder a las cuestiones que con mayor insistencia había planteado. Ya fuera que se pensara en la “pregunta por el ser” o en las pruebas sobre la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma o en la disyuntiva entre realismo e idealismo, se trataba en todos los casos de interrogantes irresolubles. Que sólo nos fuese dado zanjar esas aporías mediante motivos tributarios de la razón práctica constituía una evidencia contundente acerca de la irracionalidad que guiaba esos intentos. “En suma y cifra —concluyó en el escrito—: adiós a los sistemas metafísicos

⁸ AJG, I, exp. 36, ff. 5724 y 5788.

del universo, en lo que tienen de seudocientífico-metafísicos, no en lo que contienen de fenomenología; razones del corazón; y ciencia *conducente* a éstas, singularmente a aquella que es el ideal, liberal, de la comunión en la estimada como única unanimidad valiosa”.⁹

Pese a que el recuento arrojó un saldo moderadamente positivo, a juicio de Gaos esas posibilidades representaban poco menos que unas migajas del esperado banquete, único capaz de saciar su terrible hambre intelectual. En alguna de sus anotaciones apuntó, por ejemplo, que “la filosofía hubiera podido interesarme hasta el extremo de la dedicación satisfecha a ella, si lo que promete lo cumpliera. Promete los conocimientos más importantes, más interesantes: el del mundo o universo en su totalidad o intimidad, el del más allá de la vida y del mundo, el de Dios. Pero no los da”. Lo único que le restaba consistía en “explanar y razonar lo anterior, los intereses objetivos en mí y posibles en general de la filosofía, en forma viva, de confesiones y reflexiones personales”.¹⁰ Aunque más acotada, la empresa no se había simplificado. Aunado a las dificultades intrínsecas, en su contra se erigía un sinsentido: el de obstinarse en una materia que él mismo consideraba arcaica, caduca e inoperante, salvo como ejercicio de formación. En esas circunstancias, ¿de dónde emanaría el aliento creador, la energía inspiradora, cuando ninguna trama universal o cuanto menos intersubjetiva coronaría el final de tan arduas tareas? Las páginas que comenzó a redactar por esos días fueron fruto de la resignación, por no hablar de una rigurosa disciplina y sentido del compromiso. Él mismo se refirió a ese prodigio como a un “milagro de la voluntad”, debido a que, aunado a la desgana y al desinterés por la filosofía, su personalidad e inclinaciones eran, en su opinión, incompatibles con el espíritu de sistema.¹¹

⁹ GAOS, “Discurso de filosofía”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, p. 50. En una nota personal sostuvo una postura más escéptica de la que había revelado en ese ensayo. En esa entrada de su diario reconoció que “en el *Discurso* he admitido las razones del corazón en términos generales, y las religiosas en especial, por razones de conveniencia circunstancial y de respeto a aquellos para quienes valen [...]. Más aún: personalmente me inclino a admitir aún la Metafísica sólo como razones del corazón estéticas o como *Weltanschauung* personalmente adoptada cuyo único valor de comunicación sería el del intercambio de ideas enriquecedor mutuo de las personalidades...”, véase AJG, 4, exp. 3, f. 60911, 27 de marzo de 1954.

¹⁰ *Ibid.*, exp. 4, ff. 61497-61498, 30 de marzo de 1958.

¹¹ Véase *ibid.*, exp. 5, f. 61706, 5 de julio de 1958: La obra que voy a dejar será “mínima e ínfima, si un milagro de la voluntad no me hace acabar, acabalar, *mi* libro —porque he acabado por querer ser hombre de un solo libro —siquiera”.

Con frecuencia lo invadía la desidia. En esos momentos hasta tomar la pluma se le aparecía como una empresa formidable, no tanto porque le molestara dejar correr la tinta, sino porque lo aburría “escribir descubrimientos que no valen la pena”.¹² Para su solaz, de inmediato identificó al responsable de esa indolencia: el escepticismo que, pensaba, “es una enfermedad paralizante del impulso vital”.¹³ Una vez reconocida la causa de su mal, se entretenía largamente en tomarse la temperatura, palparse el pulso y auscultar cualquier síntoma de molestia, cuyos resultados anotaba diligente en alguna libreta. Ello explica que por esos días sus diarios engrosaran a un ritmo acelerado, mientras que su manuscrito filosófico apenas sumaba unos cuantos folios. Pese a que su conducta recuerda por momentos a la de aquel famoso “enfermo imaginario”, lo cierto es que también entre sus contemporáneos comenzaba a cuestionarse su estado de salud.

Julián Marías —comentó en una entrada— ha escrito de mí que no he publicado propiamente un libro. Francisco Romero, que la riqueza de ideas quizá me impide ser un filósofo. [...] El hecho es que lo más continuo y largo que he, no ya publicado, sino escrito, son series de artículos, conferencias o lecciones de cursos: unidades pequeñas, de redacción y, sobre todo, de sucesión, forzadas por las peticiones y necesidades económicas y por los deberes profesionales. El motivo radical del hecho no me parece ni el escepticismo *filosófico*, ni la incapacidad para pensar con la insistencia requerida por el sistema filosófico, sino el motivo de tal incapacidad: la pérdida del interés por la cátedra y, decisivamente, la abulia del esfuerzo entrañado por tal insistencia, la falta de razones morales, de ideales, de entusiasmos, para imponerme tal esfuerzo; el hedonismo intelectual diletantesco y su escepticismo vital —que no es absoluto, sino preferencial. Y me parece también, pues, que si quiero dejar una filosofía y algo de mis lecturas, no debo seguir embarcándome con la idea de acabar por componer un discurso seguido de filosofía, ni de doscientas páginas, ni ensayos críticos; debo solamente pensar sobre los temas de mi filosofía, anotar las ocurrencias lo más perfectamente posible e ir ordenándolas [...]. Libros de filosofía y crítica en aforismos, como los de Nietzsche.¹⁴

¹² AJG, 4, exp. 5, f. 62732, 10 de octubre de 1959.

¹³ *Ibid.*, exp. 4, f. 61844, 17 de octubre de 1958.

¹⁴ *Ibid.*, exp. 5, ff. 62683-62684, 17 de septiembre de 1959. *Cursivas* en el original.

El empeño que volcó en sus cuadernos muestra la seriedad con que se planteó el proyecto. Pero ni siquiera la conciencia de que entre esas páginas se escondían algunos de sus pensamientos más lúcidos, sus observaciones mayormente acertadas y ciertos comentarios ingeniosos lo hizo cambiar de parecer. En el fondo la decisión ya estaba tomada: expondría su pensamiento con rigor y precisión, de forma cabal y sistemática, y abarcando el número de páginas que fuera necesario.

Un par de sucesos, acaecidos al expirar la década de 1950, contribuyó a cristalizar ese sueño. El primero sobrevino en noviembre de 1958, cuando un infarto agudo al miocardio le recordó la evanescencia del tiempo y la caducidad de la vida. “La vejez —se lamentaba todavía convaleciente— me ha sido impuesta desde fuera del espíritu, aunque haya sido desde el interior del cuerpo —paradójicamente, por haberme esforzado en conservarme joven con el ejercicio y el amor.” Sin embargo, reflexionó optimista, “no hay mal que por bien no venga: el no haber sido hasta ahora [sino] el profesor que he sido y no el escritor y publicista que se quisiera que fuese, me hace posible ser éste desde ahora”.¹⁵ No fue otra cosa lo que ocurrió. Menos dramático, el segundo suceso consistió en un bien merecido descanso, prescrito por el médico y concedido por gracia del reglamento universitario. Éste le permitió, en 1959, acceder al único año sabático que disfrutó en su larga trayectoria laboral, brindándole ocasión de liquidar ciertos compromisos y concentrarse en una obra de gran aliento. Entre esos pendientes se contaba poner en orden sus papeles, preparar algunas publicaciones y realizar una estancia en Venezuela, cuya Universidad Central hacía tiempo lo invitaba.¹⁶

Antes de emprender el viaje, es probable que ni él mismo sospechara el enorme provecho que obtendría de aquellos días en Caracas, ciudad que juzgó “esbeltísima, copiosa en eminencias y sinuosidades admirablemente espectaculares, de pelo espesamente cárdeno y piel gayamente constelada, cálida y acogedora”. A juzgar por sus anotaciones, no es casualidad que la capital venezolana adquiriera a sus ojos los contornos de una hermosa dama. Ello se debe a que, mucho más que las conversaciones con su viejo amigo Juan David García Bacca o el trato asiduo con Eduardo

¹⁵ *Ibid.*, exp. 4, f. 61902, 16 y 17 de noviembre de 1958.

¹⁶ En gran medida lo logró, sobre todo si se considera que tras su año sabático alcanzó a publicar *Orígenes de la filosofía y de su historia, Introducción a la fenomenología, seguida de la crítica del psicologismo en Husserl, Museo de filósofos: sala del cartesianismo y Sobre enseñanza y educación*.

Mayz Vallenilla, director del Departamento de Filosofía, a amenizar su estadía contribuyó la compañía de Martha Hildebrandt, conocida filóloga peruana que por ese entonces laboraba en el Instituto Andrés Bello. Las salidas a cenar, las visitas a librerías y los paseos por parques y avenidas adquirían un cariz distinto al lado de esa “fragante alma juvenil en mujer plena y perfecta”. Rejuvenecido por el amor hacia su “imposible novia limeña”, Gaos recobró el ingenio, gastaba bromas y se hinchaba el ánimo firmando notas como “le Pseudo-Voltaire”. De ahí que al hacer el resumen de esas cuatro reparadoras semanas, estimara que “he tenido un éxito profesional y social de primera, he ganado dinero suficiente para comprarme una casa, he enamorado a una mujer linda, cultivada, distinguida y en relaciones con otro. ¿Puede pedirse más —de la vida?”.¹⁷ Sólo una cosa: su propia filosofía.

Plenamente repuesto en cuerpo y en espíritu, entre el 30 de enero y el 2 de noviembre de 1960 Gaos se empleó en procrear un vástago de papel, cuya gestación en nueve meses le valió el adjetivo de “humano”.¹⁸ Es de suponer que durante ese tiempo redactara en promedio unas seis páginas diarias, tal como él mismo calculó para un experimento previo: “50 lecciones de 50 minutos a 1 hoja cada 5 minutos = 10 hojas por lección. Según la experiencia: 15 hojas × 50 lecciones = 750 hojas el curso = 375 hojas por semestre = 2 tomos de 375 hojas”.¹⁹ La esterilidad escrituraria que se había tan duramente reprochado se veía compensada por una especie de “graforrea” que lo llevaba a colmar, en ritmo vertiginoso, una cuartilla tras otra. Sobra decir que nada había de improvisado en esa celeridad sin pausa. Por el contrario, la mayoría de los temas que iba abordando eran resultado de consideraciones largamente meditadas y expuestas con todo detalle tanto en clases universitarias como en cuadernos de apuntes. La fenomenología de la expresión, la historicidad filosófica y el binomio amor/odio habían constituido el eje de sus cursos de metafísica a lo largo de la década anterior, como también lo había sido la historia de textos en tanto basamento de la disciplina entera. De hecho, tan completo había sido el desarrollo de esas ideas que desde los albores de 1955 comentaba a Vera Yamuni que “durante diciembre y unos días de enero escribí 150 páginas de ‘Meontolo-

¹⁷ GAOS, “Aforística publicada”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 184. AJG, 4, exp. 4, f. 62311, 30 de abril de 1959; f. 62313, 2 de mayo de 1959; f. 62309, 27 de abril de 1959; y f. 62321, 2 de mayo de 1959.

¹⁸ AJG, 1, exp. 49, f. 9164.

¹⁹ *Ibid.*, exp. 50, f. 9608, 28 de diciembre de 1954.

gía”, con lo cual, afirmaba, “tengo prácticamente escrita ‘mi filosofía’”.²⁰ Es de suponer que si no dio esos papeles a la imprenta, tal como tenía planeado, se debía a su “manera de pensar y [de] escribir que procede, no por adiciones hasta tener un conjunto, sino por refundiciones de un conjunto”.²¹ Las lecciones que dictó a lo largo de 1960 fueron, por consiguiente, el último de numerosos borradores elaborados y reelaborados en años anteriores, conservados hasta entonces en la intimidad de un cajón por un prurito de perfeccionamiento. Y si a diferencia de las versiones previas, ésta emergió hacia la luz, ello respondía a que el tiempo lo presionaba con su bien conocida estrategia, amenazando con agotarse.

Durante el año lectivo de 1960, un pequeño grupo de asistentes presenció cómo Gaos, semana a semana, extraía unas páginas de su portafolio para leer a continuación, con voz grave y pausada, el fruto de sus reflexiones. Expuesta bajo la forma de lecciones, su filosofía le permitía representar, una vez más, el papel de profesor universitario que él mismo se había asignado. Que al declamar sus diálogos sobre el proscenio intentara interpretar los ademanes del filósofo es algo que nunca confesó, persuadido de que en esa audición hacía tiempo había fracasado. Lo cierto es que las líneas que entonces recitó, no sólo favorecían su desempeño como actor, sino que eran las únicas que se ajustaban a sus habilidades como dramaturgo. Así lo reconoció él mismo, al sostener que “dada mi incapacidad, intelectual o caracterológica, o ambas cosas, para persistir en obra larga y sistemática, lo más cercano a ella de que podría aún ser capaz sería una obra compuesta de capítulos trabajados como ensayos cortos e independientes”.²² Recortar el discurso en actos breves aparecía, por lo tanto, como la única posibilidad de llevar a escena esa pieza.

Cualquiera que sea la opinión que merezca, no cabe duda que *De la filosofía*, título que enmarca aquellas lecciones, es una muestra de construcción teórica y conceptual ejemplares. En ella Gaos levantó, ladrillo por ladrillo, el gran edificio de la comprensión teórica y racional del universo, comenzando por estudiar los materiales disponibles. Lo primero que se presentó a sus ojos fue el lenguaje, en tanto cimiento y punto de partida de toda arquitectura humana. Consecuentemente, eligió a la gramática como ma-

²⁰ Carta a Vera Yamuni, fechada el 21 de enero [de 1955], AJG, 4, exp. 9, f. 64845. “Meontología”, por oposición a “ontología”, es la ciencia que se ocupa de la inexistencia o del no-ser.

²¹ *Ibid.*, exp. 4, f. 61638, 23 de junio de 1958.

²² *Ibid.*, f. 61694, 3 de julio de 1958.

triz del plan maestro y organizó la traza en función de sus elementos constitutivos. La expresión en general, pero sobre todo verbal y filosófica, lo llevaron a analizar los objetos que pueblan el mundo, así como la forma y sujetos que los conciben. Adjetivos, preposiciones, verbos y sustantivos contribuyeron a elevar aquel imperio logocrático, si bien, como en los grabados de Escher o en las fantasías surrealistas de Edward James, sus líneas dibujaron algunas figuras tan perfectas como imposibles y puertas que se abren hacia el vacío. El lector que recorra los tortuosos pasillos y ascienda por las empinadas escaleras descubrirá que muchos de ellos desembocan en una encrucijada, cuando no en un abismo. Si el vértigo no lo obliga a recular, entonces podrá apreciar la difícil geometría que rige esas páginas, apuntaladas sobre lo que Gaos mismo identificó como antinomias: cuestiones irresolubles para la razón pura. Y es que, como una trampa bien urdida, su torre intelectual pretendía revelar la irracionalidad que subyace en la filosofía, además de mostrar que la precisión matemática y simetría de su obra escondían las veleidades y pasiones de su propia conciencia.

A juzgar por ciertos pasajes, él mismo intentó escapar a la soledad y encierro que le deparaba ese oscuro laberinto. Así lo muestra el postulado acerca de la estructura espiral de las ciencias humanas, misma que permitiría seguir avanzando de forma objetiva pese a las lagunas de subjetividad encontradas en el camino. La estructura rectilínea de las ciencias exactas determinaba, por el contrario, que en ellas fuera menester proceder por pequeños pasos axiomático-deductivos, en el que cada enunciado y premisa son solidarios del resto.²³ Sin necesidad de desgastarse en la lectura, el breve prólogo que precede las lecciones da cuenta de aquel deseo. “El autor —asentó en esas páginas— no piensa que sea absolutamente imposible que siquiera alguno de los que lean el volumen se mueva a juzgarlo tanto, al menos, como por las fallas y faltas [...], por las aportaciones.”²⁴ Quizás previendo que el porvenir no le prestara ningún par de ojos atentos, él mismo señaló, en el lugar correspondiente, las dosis de originalidad que revestían sus análisis, se tratará de la “clasificación de los seres”, el orden de las antinomias o la “sustantivación”. El examen de los conceptos negativos fue motivo de merecido orgullo, debido a que con ellos se insertaba, de modo original y productivo, en el corazón de las discusiones más recientes. La “nada”, en efecto, había sido elevada al rango de categoría ontológica por Martin Heidegger, mientras

²³ GAOS, “*De la Filosofía*”, en *Obras completas*. XII. *De la Filosofía (curso de 1960)*, p. 268.

²⁴ *Ibid.*, p. xxix.

que Jean-Paul Sartre, máximo representante del existencialismo francés, hizo depender de la noción aquello que denominó “ateísmo coherente”.²⁵ Pese a la centralidad del término en una y otra teoría, ambas ignoraron la naturaleza radicalmente lingüística del adverbio “no”, con lo cual fallaron en explicar las características y funcionamiento de la negación. A diferencia de ellas, el enfoque de Gaos permitía dar cuenta de ese “insólito, extraño, casi siniestro, concepto sin objeto”, al observar que esa partícula connota sin denotar y que, al mismo tiempo, ejerce su poder aniquilador sobre todo lo existente.²⁶ Unos cuantos saltos argumentativos más bastaron para llegar a una detallada fenomenología de la inexistencia y para hallar en la contraposición entre finitud e infinitud la aporía por excelencia.

Impulsado por la fuerza interna del discurso, el sistema despliega los términos cardinales de la disciplina, llámeseles ente, sustancia, el mundo o Dios. Sin embargo, el verdadero giro de tuerca sobreviene en los últimos capítulos, al adoptar los contornos y maniobras de una *Wissenschaftslehre* de estilo hegeliano. En la penúltima lección, *De la Filosofía* engloba la totalidad de las obras filosóficas elaboradas a lo largo del tiempo, explicando su desarrollo a partir de la articulación de conceptos y de su desplazamiento de un autor a otro y de una época a la siguiente. A semejanza del *Ars Magna* de Ramón Llull, Gaos estableció una suerte de combinatoria, en la que un número limitado de elementos —los conceptos— se entrecruzan, formando un número prácticamente ilimitado de filosofemas. Con el fin de completar el cuadro, estos últimos se entrelazan para dar cuerpo a una cantidad bien acotada de doctrinas, que se subsumen, a su vez, en las distintas corrientes del pensamiento. Establecer y enumerar ese conjunto de posibilidades fue el cometido que emprendió en esas páginas. Si con una admirable capacidad de síntesis encontró solución al problema de la unidad y pluralidad de la historia, ese esfuerzo simplificador no puede menos que producir cierto desconcierto en el lector contemporáneo, desacostum-

²⁵ En uno de los numerosos pasajes que dedicó al tema, Jean-Paul Sartre afirmó que “estamos rodeados de nada. La posibilidad permanente del no-ser, fuera de nosotros y en nosotros, condiciona nuestras interrogaciones sobre el ser. Y el mismo no-ser circunscribirá la respuesta”, véase SARTRE, *El ser y la nada*, p. 44. También Heidegger en sus primeros ensayos fundaba el ser del hombre en la nada, si bien en sus últimos escritos parece conferir al ser una consistencia propia, al caracterizarlo como *patencia* del *Dasein*, pero sin reducirla a la existencia humana.

²⁶ GAOS, “*De la Filosofía*”, en *Obras completas*. XII. *De la Filosofía (curso de 1960)*, p. 303.

brado a las grandes teorías sobre la Historia. Con asombrosa coherencia, el autor de esa “máquina lógica” llevó los argumentos hasta sus últimas implicaciones, es decir, hasta comprender su propia filosofía dentro del marco por ella postulado. De ahí que el apartado final constituya un intento por interpretar y justificar su obra a la luz de las premisas que le brindan sustento. En él afirmó: “Consecuentemente —conmigo mismo, no puedo *proponer* el curso a ustedes, ni a nadie como válido para ustedes, ni para nadie; no puedo más que considerarlo como una *exposición* de mi ‘*perspectiva*’ que *no puede* ser compartida por nadie más que en la proporción en que sea idéntico conmigo mismo”. Tan apegado se encontraba al espíritu deductivo que Gaos no dudó en sacrificar cualquier viso de verdad al imperativo de congruencia. Resumiendo su tragedia en un par de líneas, concluyó: “Por eso no hay un diálogo filosófico —a fondo: filosóficamente, a fondo no puede haber más que monólogo en soledad. No es mi culpa, ni por ende, mío el remedio —imposible, de que esto reduzca al absurdo los congresos de filosofía —y *la misma enseñanza de la Filosofía*”.²⁷ El argumento se cerraba, formando un círculo perfecto, aunque hermético.

El curso dictado en 1960 reconcentró muchas de las ideas que acerca de la materia había venido concibiendo a lo largo de casi tres décadas. Ejercicio terapéutico, su escritura trajo consigo el alivio liberador, conseguido al cabo de 44 sesiones de forcejeo analítico e intelectual. Se entiende, pues, que una vez concluido viera sus energías agotadas, al grado de admitir que desde entonces no se sentía capaz de corregirlo ni de interesarse por nada equiparable. Ahora bien, nadie mejor que él mismo conocía las insuficiencias que horadaban la obra, así como la consiguiente necesidad de repararla. Gran parte de esas fallas y ausencias habían sido mencionadas en “Autobiografía y autocrítica del curso”, última de las lecciones impartidas, si bien en secreto su balance fue todavía más duro, incluso despiadado por momentos. En alguno de ellos estimó que se trataba de

un esfuerzo sistemático no logrado del todo, pero considerable. Unas fenomenologías no del todo indignas de la escuela. La explicación de algún punto como quizá no se había dado: la conceptualización general... Una serie de ideas nuevas [...]. Pero cuestiones no resueltas cabalmente, cabos no atados debidamente, y una temática y lenguaje *démodés*, pre-existencialistas, neopositivistas-neomarxistas: la fenomenología del pensamiento necesitaría traducirse

²⁷ *Ibid.*, p. 427. Cursivas en el original.

al neopositivismo —la antropología tomar en cuenta la formal existencialista— la última parte tener más en cuenta lo sociológico e histórico neomarxista. Los trabajos sobre Antropología y Eudemonología contienen material para desarrollos o conclusiones que no he hecho o a que no he llegado. Aunque aporte lo no aportado por sus maestros, es un libro epigonal y tardío: liquida un pasado, no hace aportación directa al futuro.²⁸

Pese a que esas apreciaciones casi rozan la crueldad, no se hallaban del todo erradas. La armonía del lenguaje, por ejemplo, había sucumbido ante el yugo de la precisión, llegando al extremo de acuñar neologismos como “trascendentalizar”, “cuasisubclases” y “plurificación”, además de optar por términos abigarrados, ahí donde las palabras de uso corriente se prestaran al menor equívoco. Justo es reconocer que no le faltaba razón al reivindicar, en nombre de la filosofía, el derecho a emplear “una terminología y fraseología tan abstrusa y poco amena, si lo juzga indispensable”.²⁹ Es de suponer que un derecho análogo —el de sustraerse a esa lectura— se encontraba implícito en el reclamo, tal y como, de hecho, amenazó con suceder.

Mucho más grave resulta el calificativo “epigonal” que imputaba a su libro, así como el gesto de negarle cualquier utilidad para el futuro. El pasado filosófico se encontraba inserto en esas páginas, no sólo bajo la forma de una síntesis histórica, sino en tanto heredero de las corrientes que establecieron Edmund Husserl, Friedrich Nietzsche y, todavía más atrás en el tiempo, Immanuel Kant. Del primero retomó el método, así como ciertas distinciones de tipo conceptual, mientras que del segundo emuló el olfato para identificar los motivos irracionales que impulsan al hombre. En el fundador del pensamiento criticista halló, por otro lado, aquel juego de antinomias y la decisión de anclarlas en el punto que divide la razón pura de su contraparte práctica. Abreviar en el conocimiento de los antepasados constituye, sin embargo, una práctica común, casi obligada, entre los cultivadores de la filosofía, quienes no por ello sienten mermaidas sus pretensiones de universalidad. De ahí que para comprender los

²⁸ AJG, 4, exp. 7, ff. 63777-63782, 30 de julio de 1962.

²⁹ GAOS, “*De la Filosofía*”, en *Obras completas*. XII. *De la Filosofía (curso de 1960)*, pp. xxix-xxx. En otra nota completó el argumento: “Por qué pedirme que escriba mejor, más claro, menos difícil, que Husserl —o Moore o Pears [sic], sobre todo después de haber criticado tanto a Ortega por ser más literato que filósofo”, véase AJG, 4, exp. 8, f. 64103, 20 de noviembre de 1962. Es de suponer que se refería a Charles Pierce.

estigmas que Gaos mismo se infligía sea necesario volver la mirada hacia el contexto de enunciación, es decir, hacia un momento en que investirse de filósofo significaba convertirse en portavoz del presente. Ahora bien, la batalla por implantar las consignas del día se dirimía por ese entonces a varios kilómetros de distancia, en los campos marxista, analítico y neoescolástico. Ello explica que, habiendo errado la línea de combate, sus misiles terminaran en terreno descampado. Si a esto se le añan el parapeto teórico y las barricadas de tecnicismo que erigió en torno suyo, es posible entender por qué fueron pocos, amigos o enemigos, quienes intentaron sitiar aquel sistema amurallado.

No contento con su situación, este soldado solitario consideró muy seriamente alistarse en algún ejército con perspectivas de victoria. A fin de cuentas, aprestarse a la leva apenas ofrecía dificultades, reducibles a traducir su propia filosofía en los códigos empleados en unas u otras filas. Encontrar un lugar en el bando neopositivista dependía de una operación relativamente sencilla, consistente en actualizar su vocabulario y en hacer hincapié en las temáticas compartidas. Entre ellas se contaban, por mencionar algunas, los análisis del lenguaje, conceptos como el de “significado” y “denotación”, así como las reflexiones en torno al nombre propio y a los llamados “términos deícticos”. Previendo un eventual reclutamiento, incluso había vertido cierto pasaje de su libro en el idioma de la lógica simbólica. Canjear a Husserl por Russell constituía, sin embargo, un sacrificio que no estuvo dispuesto a ofrecer en el altar de la actualidad; ello se debía a que en el fondo creía que la corriente anglosajona, ignorante y desdeñosa de otras tradiciones, no representaba sino una forma de “fenomenología rezagada”.³⁰ Más aún, escribió satisfecho, “las críticas de los neopositivistas y las réplicas de los metafísicos muestran que el problema de la metafísica se reduce al de la realidad objetiva [...] y que precisamente estos conceptos no se encuentran entre los analizados por la filosofía analítica —y que yo no estoy atrasado relativamente a ésta, sino adelantado”.³¹ No había motivo, pues, para cambiar de bandera.

³⁰ *Ibid.*, f. 64276, 17 de febrero de 1963.

³¹ *Ibid.*, exp. 7, f. 63764, 27 de agosto de 1962. A esos argumentos se sumaba otro, muy recurrido en la época, según el cual “el peligro de una filosofía como la analítica, igual que antes el de la fenomenología, y mucho antes, el de la escolástica, es el de degradar en una proliferación de trabajos inesenciales y que no conducen a nada, por lo mismo por lo que degradan así las ciencias, hasta las matemáticas”, véase AJG, 4, exp. 8, f. 64538, 9 de julio de 1963.

Con mayor detenimiento analizó la posibilidad de pintar sus ideas con los colores del materialismo dialéctico. Unas pinceladas de sociología y otras tantas de sentido sociopolítico parecían bastar para satisfacer la tarea. “Mi filosofía de la Filosofía —escribió— es tan pasada como la Filosofía de la que lo es. Debo pensar en una filosofía de más actualidad, con porvenir: la que he concebido como filosofía ‘positiva’, pero con una orientación y un contenido más sociales.”³² Una vez más su antigua reticencia ante las insuficiencias teóricas e inconvenientes prácticos implícitos en aquella doctrina lo obligó a dar marcha atrás en el proyecto. “El hecho —admitió— viene siendo que la veledad [...] de ser actual, ocupándome con el marxismo, no acaba de sobreponerse a mis gustos inactuales, de juventud, de siglo pasado, a que me doy en la intimidad sin preocuparme gran cosa de la publicación.” La consecuencia le resultó tan natural como ineluctable: “El retrasado o rezagado tiene que renunciar a ser actual, a interesar a sus contemporáneos, a no ser considerado por ellos como lo que es o como un reaccionario”.³³ Sólo le restaba aceptar que el suyo constituía uno de aquellos “destinos aciagos”, en particular, aquel que le había deparado “llegar tarde a todo en la vida, incluso a la restauración de la Metafísica”.³⁴

Mucho más que el carácter didáctico de una obra sin corregir, ese conjunto de consideraciones explica por qué, en la disyuntiva entre reformar *De la Filosofía* o dejarla en el mismo estado, Gaos optó por la segunda alternativa. Su orgullo muy pronto resintió esa decisión. Pese a sus sombríos pronósticos, ni en sus momentos de mayor abatimiento imaginó que su libro carecería del menor interés en el mercado editorial. Una carta dirigida tanto a Arnaldo Orfila Reynal, a la cabeza del Fondo de Cultura Económica, como a Eduardo García Máynez, director de *Diánoia*, revela que su manuscrito estuvo a punto de enmohecer en un armario, sin llegar a recibir los beneficios de la imprenta.

Querido Orfila/García Máynez:

Nunca he pensado que ninguno de mis escritos valiese nada. Por eso nunca he publicado ninguno espontáneamente. Nunca he publicado más que por hábermelo pedido alguien que parecía darle algún valor. Es inmoral publicar nada a lo que nadie da valor alguno.

³² *Ibid.*, exp. 4, f. 61642, 25 de junio de 1958.

³³ *Ibid.*, exp. 7, ff. 63713-63714, 28 de julio de 1962.

³⁴ *Ibid.*, exp. 5, f. 62984, 15 de febrero de 1960.

De lo que V. me ha dicho que van a pagarme por *De la Filosofía* y de la forma en que van a hacerlo, tengo que sacar la conclusión de que el libro no vale nada, y de ésta y de la última cláusula del aparte anterior la conclusión de que *no debe publicarse*.³⁵

Aunque no se conoce el monto ofrecido, resulta indudable que rozaba el ridículo, al punto de equivaler a la cifra invertida por pasar el documento a máquina. A semejanza de la llamada “teoría de la dependencia”, el indignado filósofo atribuía el hecho a una distorsionada tabla de valores, cuyo error radicaba en privilegiar los productos foráneos sobre la sustitución de importaciones. “Mientras se pague mejor la palabra oral que la escrita —sentenció—, la traducción que la producción original, el artículo que el libro y a las mecanógrafas que a los autores, habrá más mecanógrafas que autores, muchas conferencias y traducciones, menos artículos y ningún libro.”³⁶ El subdesarrollo cultural aparecía como el bien merecido castigo ante ese tipo de estrategias.

Por insistencia del editor, Gaos finalmente accedió a devolver las pruebas de imprenta “para que haga de ellas y en general del libro, lo que gusten”. “Por mi parte —remató— no quiero saber nada de la publicación.”³⁷ Fue así como *De la Filosofía* comenzó a circular en librerías, entre el silencio de la crítica y la indiferencia de la prensa. Sólo por excepción alguno lo celebró como “el libro más importante de filosofía escrito en español, desde hace mucho tiempo”,³⁸ si bien el número de líneas que ahí se le dedican difícilmente valida ese aserto. Larga y minuciosa fue en cambio la reseña que le consagró Luis Villoro, el único, a nuestro conocimiento, en acometer con formalidad esa labor. En un espectáculo de malabarismo, el discípulo no sólo equilibró con destreza el elogio y la crítica, la admiración y el distanciamiento, sino que también se aventuró por la cuerda floja de la “salvación”, la salvación del maestro. Tal es al menos la impresión que desprende el esfuerzo —presente en cada frase y en cada párrafo— por vincular el pensamiento de Gaos con las corrientes filosóficas del día. Ello explica que insistiera en su-

³⁵ AJG, 4, exp. 7, f. 63712, 28 de julio de 1962. Cursivas en el original.

³⁶ *Ibid.*, f. 64042, 1 de junio de 1962.

³⁷ *Ibid.*, f. 63712, 28 de julio de 1962. Según Fernando Salmerón, Gaos entregó sus derechos de autor por *De la Filosofía* al Instituto de Investigaciones Filosóficas, en restitución de la beca que éste le había acordado para escribir *El siglo del esplendor en México* y que, por razones diversas, nunca culminó. SALMERÓN, *Perfiles y recuerdos*, p. 95.

³⁸ “Los libros al día”, *Siempre!* (23 de enero de 1963).

brayar su originalidad frente a Husserl y que lo situara en un diálogo preferente con Russell y con los existencialistas. El comentario de Villoro concluía con un excepcional acto ilusionista, en el que liberó al profesor de cualquier antigualla para convertirlo en representante del ahora. “Libro bifronte —escribió—, contempla a la vez el fin de una filosofía, a la cual pertenece, y vislumbra los nuevos temas que surgen. Su teoría del lenguaje, sus análisis de la fenomenicidad y la negación, su examen de la génesis de las categorías metafísicas a partir de lo fenoménico, apuntan a una forma de filosofar que corresponde al presente y futuro inmediatos más que el pasado reciente.”³⁹

Apenas terminada la lectura y contrariamente a sus costumbres, Gaos se apresuró en enviar unas líneas al rescatista. Además de prometer honrar las objeciones en su siguiente obra, en esa misiva expresó un profundo agradecimiento a quien se había tomado la molestia de reflexionar sobre sus ideas.⁴⁰ Aunque conmovido por el gesto del alumno, él mismo no guardaba esperanzas acerca de su propia pervivencia intelectual, convencido de que “soy un epígono. Y honradamente tengo que reconocer que los epígonos no quedan en la historia, como aquellos de que lo son”.⁴¹ Para comprobarlo bastaba con observar el desinterés que se urdía a su alrededor, si bien, en caso de que restara alguna duda, el escenario mundial muy pronto se lo confirmó a domicilio. En septiembre de 1963, en efecto, una porción del continente filosófico se desplazó a la ciudad de México, con motivo del XIII Congreso Internacional de Filosofía. Acerca de las circunstancias que condujeron a elegir esta capital como sede del encuentro circulan varias versiones, cada una promovida por quien deseaba arrogarse el mayor protagonismo. De otorgar algún crédito al humilde testimonio de Eusebio Castro, tanto la moción como el conjunto de gestiones habían sido producto de “una idea, una imaginación, un proyecto un tanto audaz, de mi mente, sin medir los escollos, las tormentas, los peligros que deberían salirme al paso, y que por mi parte debería arrostrar”.⁴² Leopoldo Zea relató, en cambio, que la iniciativa procedía de la propia Federación Internacional de Sociedades de Filosofía y que en él mismo había recaído la responsabilidad de llevarla por buen cauce.⁴³

³⁹ VILLORO, “La filosofía de José Gaos”, p. 322.

⁴⁰ Carta a Luis Villoro, [1964], en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 490-491.

⁴¹ AJG, 4, exp. 8, f. 64345, 24 de marzo de 1963.

⁴² CASTRO, *Vida y trama filosófica en la U.N.A.M.*, p. 194.

⁴³ “XIII Congreso Mundial de Filosofía”, *La cultura en México*, núm. 81, 4 de septiembre de 1963, p. xiv.

Quienquiera que fuese el principal artífice de la reunión, al menos se sabe que, tras extenderse la invitación oficial, los delegados reunidos en Venecia aprobaron la propuesta. Según se dijo, sobre la balanza se había colocado el clima de libertad que prevalecía en México, “razones geográficas, turísticas y artísticas”, así como representar “un país ideal para ver la mediación entre la cultura de Europa y la de Estados Unidos”.⁴⁴ Ninguno de esos motivos satisfizo a los pensadores nacionales, quienes optaron por interpretar el veredicto como un “homenaje al pensamiento y filosofía latinoamericanos” cuando no un “reconocimiento de nuestra madurez filosófica”.⁴⁵ Entre esos entusiastas se encontró el propio Gaos, quien, al conocer la noticia, estimó para sus adentros que “haber solicitado sus organizadores la reunión [...] es el más alto reconocimiento internacional recibido en la historia por la cultura mexicana y el más alto reconocimiento intelectual recibido por la política liberal internacional del México de la Revolución”.⁴⁶

Se tratara de un juicio fundado o de una ilusión de óptica, resulta indudable que el gobierno federal no desaprovechó la ocasión para difundir su prestigio a los cuatro vientos. Con ese fin, no sólo extrajo de las arcas abundantes recursos, sino que colocó al Congreso en el centro de la agenda presidencial. En virtud de ese despliegue de abundancia, el Comité Organizador estuvo en posibilidad de publicar, amén de una “muy completa Guía del Congresista” y de un volumen de historia del pensamiento en México, 12 tomos, algunos de más de mil páginas, con las comunicaciones enviadas y los temas a tratar en los *symposia*.⁴⁷ En un acto inverosímil en nuestros días, a inaugurar

⁴⁴ Palabras de Felice Battaglia, de Luigi Bagolini y de Enzo Paci, respectivamente en *Novedades*, 8 de septiembre de 1963, p. 15 y *Excelsior*, 7 de septiembre de 1963, pp. 1 y 9.

⁴⁵ Leopoldo Zea, “La filosofía como humanismo”, *Novedades*, 10 de septiembre de 1963, p. 4, y Abelardo Villegas, “La lección del XIII Congreso Internacional de Filosofía”, *México en la Cultura*, 15 de septiembre de 1963, p. 1. Entre los invitados extranjeros, el único que expresó una opinión similar fue Patrick Romanell, *Excelsior*, 8 de septiembre de 1963, p. 16.

⁴⁶ AJG, 4, exp. 4, ff. 61775-61776, 21 de julio de 1958.

⁴⁷ *Novedades*, 7 de septiembre de 1963, p. 10. A la labor editorial atribuyó José Gaos gran parte del éxito con que se desarrolló la reunión. “No se recuerda —escribió— más que el de París [de] 1937 en que los volúmenes impresos de todas las comunicaciones enviadas se entregaran a los congresistas en el momento de inaugurarse el Congreso. [...] En éste se entregaron al iniciarse los volúmenes de las ponencias para las sesiones plenarias y para todos los simposios, y antes de clausurarse, dos de los cuatro volúmenes de las comunicaciones [...] y un bello volumen de historia del pensamiento en México”, véase AJG, 2, exp. 30, f. 35291.

las sesiones acudió el presidente Adolfo López Mateos con su corte de notables: Miguel Alemán, uno de sus antecesores en el cargo, Jaime Torres Bodet, secretario de Educación, Manuel Tello, secretario de Relaciones Exteriores, Ernesto P. Uruchurtu, Jefe del Distrito Federal, y el rector Ignacio Chávez. No terminaron ahí las demostraciones de interés por la asamblea. A lo largo de la semana se invitó a los más de 800 delegados a paseos por Xochimilco y Teotihuacán, a recepciones, ágapes y banquetes por cuenta de la cancillería, de la Universidad Nacional y del Seguro Social, a muestras pictóricas, exposiciones y conciertos, y, para no quedar cortos en el agasajo, a alguna exhibición del ballet folclórico. Detrás de tamaña prodigalidad, el mensaje era claro: los cultivadores del espíritu habían llegado a un país pujante, en pleno crecimiento económico, respetuoso de las libertades individuales y, sobre todo, orientado hacia el desarrollo de la cultura por obra de un gobernante revolucionario pero de extracción universitaria. Ante ese espectáculo de liberalismo, ni siquiera el largo desplegado de David Alfaro Siqueiros, recluido en la crujía número uno de la Cárcel Preventiva por “delito de opinión”, logró atemperar los gestos de entusiasmo.⁴⁸ Por el contrario, exclamaban algunos congresistas, el Premio Nobel sería la justa recompensa del primer mandatario.

También para otras naciones brindó la reunión una inmejorable plataforma política. La delegación soviética, integrada por alrededor de 40 miembros, se destacó por su disciplina y excelente organización, habiendo preparado un pequeño volumen con sus participaciones centrales, mismo que distribuyó entre el público asistente.⁴⁹ Reseñadas en detalle por la prensa, cada una de sus intervenciones estuvo acompañada por aplausos y siseos, réplicas y contrarréplicas, con lo cual se erigieron en el principal interlocutor durante el encuentro. Con su característica estridencia, los diarios capitalinos no tardaron en anunciar una “Guerra Fría filosófica”. “‘Espiritualismo’ y ‘Materialismo’ —podía leerse en uno de ellos— [...] deslindaron ayer sus particulares campos de operación en la tarea de concebir al hombre y al mundo, y convirtieron al XIII Congreso Internacional de Filosofía en escenario de otra escaramuza de la ‘guerra fría’.”⁵⁰ Allende al estruendo que conviene a los titulares de periódico, no cabe duda de que por momentos la reunión de filósofos parecía parodiar el ambiente de tensiones que reinaba más allá del Centro Médico. Así, mientras que desde la tribuna se lanzaban

⁴⁸ David Alfaro Siqueiros, “Al XIII Congreso Internacional de Filosofía”, *Excélsior*, 11 de septiembre de 1963, p. 17.

⁴⁹ Véase *Philosophy, Science and Man*.

⁵⁰ *Excélsior*, 12 de septiembre de 1963, pp. 1, 18 y 19.

discursos en favor del materialismo dialéctico, Adolfo Muñoz Alonso, teólogo español, instruía a un grupo de estudiantes para abuchear a los ponentes y Luis Recaséns Siches afectaba aspavientos de desdén hacia los representantes marxistas. En esa reproducción en miniatura del mundo circundante, los delegados de la URSS y de los Estados Unidos incluso organizaron una “junta secreta” que los llevaría a exponer y a resolver sus diferendos.⁵¹

Ajenos al regusto de comicidad que liberan esos gestos en el paladar de nuestros días, los delegados se entregaron así a lo que la prensa festejó como un “experimento de convivencia”.⁵² Que en su éxito reposaran las esperanzas acerca del porvenir humano sólo se entiende al recordar tanto el diagnóstico de la época como el papel que entonces se prestaba a la filosofía. Palabras más, palabras menos, a diestra y siniestra se repetían sombríos pronósticos en torno a un “orbe inquieto y angustiado [...] que principia a ser cautivo de la técnica, de la servidumbre de las máquinas y de tendencias políticas divergentes y tajantes”. Se trataba, según se decía, de “un mundo que ha llegado a la era atómica y que tiende a la estandarización espiritual, a la uniformidad y a la conformidad bajo la égida estatal, doctrinaria y disciplinaria, ya sea en el sistema de las democracias populares o en el de las democracias capitalistas”.⁵³ Ante ese lúgubre panorama, a los filósofos correspondía hacer prevalecer la inteligencia sobre las causas de conflicto y convertir al *logos* en un agente de conciliación. De ahí que López Mateos, asesorado por Torres Bodet, emitiera votos para que los trabajos del XIII Congreso contribuyeran “al perfeccionamiento del hombre, al mejor entendimiento de los hombres entre sí y a la paz de las naciones”.⁵⁴

⁵¹ *Excélsior*, 14 de septiembre de 1963, pp. 1, 12 y 19, y Alberto de Ezcurdia, “Una dialéctica efectiva hacia la convivencia pacífica”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, año x, núm. 110 (octubre de 1963). La reunión se verificó el día 13 de septiembre, a puerta cerrada, en un salón de la unidad de Congresos del Centro Médico. A ella concurrió, por iniciativa de la Sociedad Americana para el Estudio Filosófico del Materialismo, la delegación soviética y un grupo de profesores estadounidenses. Al concluir, dieron a conocer un desplegado con los puntos de acuerdo. Contagiado por el entusiasmo generalizado, Gaos mismo calificó el encuentro como “un acto de singular significación en pro del entendimiento pacífico entre los hombres”. “Nada semejante —lamentó enseguida— se produjo entre los congresistas reunidos de España y los de origen español residentes fuera de España: las relaciones entre unos y otros no pasaron de las debidas a amistades personales no rotas por la guerra ni la emigración”, véase *AG*, 2, exp. 30, f. 35290.

⁵² *Excélsior*, 8 de septiembre de 1963, pp. 1 y 12.

⁵³ *México en la Cultura*, 8 de septiembre de 1963, p. 1.

⁵⁴ *Novedades*, 8 de septiembre de 1963, p. 1.

Hay indicios, sin embargo, de que la estrella filosófica comenzaba a declinar. ¿Cómo interpretar, en efecto, la insistencia sobre el poder bienhechor de la disciplina y sus alcances para el presente de no existir una horda de escépticos o indiferentes menesterosa de conversión? Por labios de los misioneros en la prensa, los incrédulos se enteraban de que “no puede entenderse ya una filosofía sin consecuencias prácticas, ni existe una conducta sin la base de una filosofía”; detrás de los grandes movimientos políticos, aseguró algún otro, había percibido los ojos de Atenea; incluso hubo quien vio cómo de las fábricas salía el humo blanco de las ideas: “a semejanza del artista y del científico —afirmó aquel testigo—, el filósofo se ha vuelto un ser obrero. Se ha reintegrado él también a la tribu”.⁵⁵ Y mientras en la primera plana de los diarios se anunciaba la buena nueva —“El mundo de la filosofía es el mundo de los hombres”—, desde el Monte Sinaí, trasladado oportunamente a la colonia de los Doctores, los filósofos ponían todo de su parte para cumplir con los mandamientos de su profesión. A ello se debía que las sesiones plenarias giraran en torno a “El problema del hombre” y a “La crítica de nuestra época”, en lugar de las cuestiones técnicas que algunos otros habían sugerido.⁵⁶ También explica que, con el evangelio de la libertad bajo el brazo, los delegados externaran su preocupación acerca de la carrera armamentista, el muro de Berlín, la situación en Cuba o las condiciones de colonialismo en América. No faltó el inconforme que los encontrara “demasiado politiquizados”.⁵⁷

El tiempo de los profetas llegaba a su fin. Con el correr de los días se sostenía con cada vez mayor frecuencia que la nueva filosofía “será fruto intelectual de la ciencia moderna, no un regalo celestial”.⁵⁸ Como si se tratara de un acto valerosamente iconoclasta, cierto editorialista afirmaba que “también los filósofos pueden emitir opiniones poco meditadas”.⁵⁹ Ningún demiurgo o redentor universal se escondía bajo ropajes filosóficos. Por el contrario, a medida que se desarrollaba la asamblea resultaba más evidente que los delegados estaban muy lejos de haberse elevado sobre la inopia de la especie; de ahí que en su seno se reprodujeran los conflictos, pero no la

⁵⁵ *Novedades*, 9 de septiembre de 1963, p. 3; *Excélsior*, 8 de septiembre de 1963, p. 1; *México en la Cultura*, 8 de septiembre de 1963, p. 1; Ramón de Ertze Garamendi, “Crítica de Nuestro Tiempo”, *Excélsior*, 13 de septiembre de 1963, p. 8.

⁵⁶ *Diorama de la Cultura*, 8 de septiembre de 1963, p. 1.

⁵⁷ *Novedades*, 10 de septiembre de 1963, p. 4.

⁵⁸ Palabras de Juan David García Bacca, *Novedades*, 11 de septiembre de 1963, p. 4.

⁵⁹ *Novedades*, 7 de septiembre de 1963, p. 4.

voluntad de concordia. “Los marxistas —vaticinaba algún profeta— seguirán viendo las cosas bajo el prisma del materialismo dialéctico; los espiritualistas bajo el suyo; los existencialistas, de acuerdo con su criterio, y así todos los demás.”⁶⁰ Un juicio análogo profirió Juan David García Bacca, si bien su opinión se fundaba en la dificultad de modificar los puntos epistemológicos de partida. Que del concilio filosófico no pudiera emanar “una tercera tendencia” respondía a que “todos los filósofos que vienen están tan convencidos de la propia, que una reunión externa y breve como tiene que ser un Congreso no da oportunidad para una discusión a fondo”. En nada ayudaba, por lo demás, la mecánica del encuentro. “En los simposios —se quejaba un profesor— se leen los trabajos y discuten entre los filósofos que están ubicados en la mesa que preside y ha habido muy poca participación del público. Tampoco el programa de actividades sociales ha permitido el diálogo entre los filósofos, ya que ha sido muy agitado”.⁶¹

Resulta menester señalar que, aunque el Congreso Internacional no produjo los prodigios esperados, al menos sí operó alguno que otro milagro. Uno de los más notables fue permitir que ciertos personajes de rango menor, como José Luis Curiel o Eusebio Castro, se erigieran en protagonistas del encuentro. Fungiendo respectivamente como secretario y asesor, sus comentarios, opiniones y actividades fueron reseñados con una minucia inusitada para quienes no se destacaban por el rigor de sus ideas. Pese a que uno y otro profesor eran miembros activos en el ambiente universitario, su ascenso a las altas esferas se había verificado a la sombra de José Vasconcelos, elegido en 1958 como presidente del comité organizador. La muerte del ateneísta al año siguiente no logró modificar los hechos consumados.⁶² Según se ventiló en la prensa, Francisco Larroyo, su sucesor en el puesto, prefirió mantener aquellos nombramientos para concentrar su artillería contra los adeptos al marxismo. Sólo logró que Vicente Lombardo Toledano, para desconcierto de muchos, quedara excluido de participar en el Congreso.⁶³ Convertida en un tablero de juego, en el que cada

⁶⁰ *Excelsior*, 13 de septiembre de 1963, p. 6.

⁶¹ *Novedades*, 11 de septiembre de 1963, p. 15.

⁶² José Vasconcelos murió el 30 de junio de 1959. Su fallecimiento estuvo precedido por el de Samuel Ramos, vicepresidente del comité, acaecido 10 días antes.

⁶³ Elvira Vargas, “Multicosas”, *Novedades*, 11 de septiembre de 1963, p. 4. La periodista festejaba, sin embargo, que “hasta ahora, y a pesar de algunos oscuros empeños porque a la reunión de los filósofos no tuvieran entrada determinadas posturas y tendencias de las que llamaríamos revolucionarias, se ha impuesto por la fuerza de la cir-

uno procuró acomodar sus piezas, la asamblea puso en movimiento el campo filosófico, con sus luchas de poder y redes de alianzas. Mal perdedor, Eli de Gortari renunció a media partida, ocasionando contrariedades en la mesa que coordinaba y una molestia generalizada. Otro derrotado en la contienda, Joaquín Sánchez MacGrégor, denunció que Curiel y Castro se habían “aprovechado de sus cargos [...] para medrar en su propio y particular provecho”. El resultado había sido una imagen distorsionada del medio intelectual mexicano, a lo cual contribuyó la inmoderada presencia de “seminaristas y religiosos”. Además de orgullo herido, su lista de reivindicaciones revela los nombres de quienes carecieron de destreza para posicionarse en el torneo. “Los hombres que realmente reflejan el pensamiento del México actual —señaló— son Gaos, Nicol, Leopoldo Zea, Gómez Robledo, Villoro, Ricardo Guerra y Emilio Uranga. Pero éstos han sido prácticamente relegados.”⁶⁴

Había cierta desmesura en las palabras de Sánchez MacGrégor. En tanto director general del Departamento de Relaciones Culturales de la cancillería, a Leopoldo Zea se había visto desfilar al lado de López Mateos, al tiempo que su presencia en convivios y recepciones fue en su momento reseñada por los principales diarios de la ciudad. También José Gaos había tenido una participación activa, fungiendo como vocal de la comisión organizadora y como coordinador de uno de los cinco *symposia* que presidían “pensadores consagrados internacionalmente”.⁶⁵ Con mayor concreción, a su cargo había quedado la comisión de comunicaciones libres, es decir, de todas aquellas que versaban acerca de un tema ajeno a las sesiones plenarias. En vista de que se recibieron más de 200 ponencias, distribuidas en 11 secciones y expuestas en alrededor de 20 salones de la Ciudad Universitaria, no cabe duda de que esa parte de sus labores debió resultar ingente.⁶⁶ O al menos así lo sugiere que poco tiempo después sufriera un segundo ataque cardíaco.

cunstancia y de las inquietudes del mundo actual, una plena libertad”. La opinión del ausente ilustre acerca de este curso de acontecimientos quedó expresada en LOMBARDO TOLEDANO, *Las corrientes filosóficas*.

⁶⁴ *Excelsior*, 13 de septiembre de 1963, p. 23.

⁶⁵ “Noticias”, *Diánoia*, año VIII, núm. 8 (1962), p. 261. Los simposios versaron acerca de los temas siguientes: “La argumentación filosófica”, “La noción husserliana de la *Lebenswelt*”, “Derecho natural y axiología”, “Valor *in genere* y valores específicos” e “Información y comunicación”.

⁶⁶ *La Cultura en México* (4 de septiembre de 1963), p. xvii.

Es de suponer que mucho más sosegadas fueron las actividades vinculadas con la mesa redonda, en torno a la cual se acomodó un selecto grupo de fenomenólogos. Además del organizador y de Luis Villoro, designado como secretario, sobre el pódium se reunieron Enzo Paci, el mayor exponente de la fenomenología en Italia; Ludwig Landgrebe, junto con Eugen Fink, el más cercano discípulo y colaborador de Edmund Husserl durante sus últimos años; y John Wild, profesor en Yale y uno de los fundadores de la *Society for Phenomenology and Existential Philosophy*. Tomando “La noción husserliana de la *Lebenswelt*” por tema a discutir, los ponentes habían enviado sus textos con antelación, de tal modo que las sesiones se dedicaran exclusivamente a intercambiar comentarios. Salvo que se habló de una “Crisis en la ciencia moderna”, respecto a ellas fue poco lo que supo referir la prensa, quizás amedrentada por el carácter técnico de los debates.⁶⁷ Paradójicamente, cada uno de los expositores había procurado conferir un sentido concreto a la filosofía del autor que los congregaba, ya fuera que lo intentaran por vía de la “historicidad del mundo de la vida corriente”, por el camino de las “esencias temporales” o, a la manera de Maurice Merleau-Ponty, mediante el concepto de “*corps vécu*”.⁶⁸

En congruencia con lo que había mostrado en su más reciente libro, Gaos señaló que el método fenomenológico no alcanzaba a resolver el problema cardinal de la subjetividad, es decir, la relación entre el sujeto concebido a la vez como agente cognoscente y como objeto del mundo. No habiendo causa suficiente para inclinarse por uno u otro polo, inquirió provocativo: “¿y si la dualidad del realismo ingenuo y el idealismo trascendental fuese la de los términos de una antinomia [...]?, ¿y si Husserl hubiese optado por el idealismo trascendental, por los motivos irracionales que fuesen?”⁶⁹ De las respuestas que le dirigieron sus compañeros de mesa sólo se han encontrado dos. Mientras que con toda cortesía Villoro apuntó a una lectura equivocada del término *epoché*, Wild lanzó un reproche que logró despertar el enojo de Gaos. Aunque el profesor estadounidense admitía conocer su escrito sólo por la traducción de unos amigos, señalaba que las objeciones del colega le resultaban bastante elementales. “Me parece —continuaba— que usted está argumentando en contra de la fenomenología, tal como Husserl la concibió en el periodo de las *Ideen*, sin atacar los desarro-

⁶⁷ *Novedades*, 11 de septiembre de 1963, p. 15; *Excelsior*, 11 de septiembre de 1963, pp. 1 y 12.

⁶⁸ Véase GAOS, *et al.*, *Symposium sobre la noción husserliana de la Lebenswelt*.

⁶⁹ GAOS, “La *Lebenswelt* de Husserl”, en *Obras completas. X. De Husserl*, pp. 76-77.

llos más recientes de esta concepción.”⁷⁰ El interpelado contestó con monosílabos y con tanta agresividad que hasta los diarios, sin dilucidar bien el motivo, lo dejaron consignado. A quien se colocaba bajo sospecha de reza go no consintió que éste se adivinara, consagrando su alocución final a mostrar que se encontraba perfectamente al día, tanto en materia de elucubraciones teóricas como en las cuestiones que más preocupaban a sus coetáneos. Con voluntad de confirmar que nada humano le era ajeno, terminó asentando su dicha ante la marcha del mundo que, “desde el Capitolio hasta el Kremlin, pasando por el Vaticano”, se dirigía “hacia una conciliación de los antagonismos”.⁷¹

A juzgar por su propio balance, no parece que ese lento navegar hacia un punto medio se haya visto reflejado en el Congreso. Por el contrario, afirmó,

la impresión de conjunto [...] ha sido la de un gran duelo de la filosofía católica, en primer lugar, y la académica en general del “mundo libre”, con la materialista dialéctica de la Unión Soviética y de otros países de régimen comunista, acompañado, sin tanto estruendo, pero quizá no menor fecundidad histórica, y sin duda mucho mayor rigor científico y técnico, por el diálogo, más cooperativo, de otras direcciones de la filosofía, muy principalmente, por el número y la calidad de los trabajos de la filosofía analítica de lengua inglesa y corrientes afines.⁷²

Se daba por descontado que tanto la fenomenología como el existencialismo, tan en boga en las últimas décadas, habían pasado a las catacumbas de la historia. Es de señalar, no obstante, que la ausencia de sus principales representantes —considerados, por lo demás, como los mayores pensadores de la época— había contribuido a forjar esa imagen. Aunque a la reunión se había convocado con especial solicitud a Martin Heidegger, a Karl Jaspers, a Jean-Paul Sartre y a Martin Buber, todos ellos rechazaron la invi-

⁷⁰ Carta de John Wild, fechada el 8 de septiembre de 1963, *AJG*, 2, exp. 30, ff. 35373-35374. Mi traducción. Acerca de la pérdida de interés que Gaos resintió *vis-à-vis* de Husserl tras haber traducido las *Meditaciones cartesianas*, puede consultarse el “Prólogo” que Laura Mues de Schrenk preparó para *GAOS, Obras completas. X. De Husserl*, en particular, pp. 6-16.

⁷¹ *GAOS*, “Comentarios sobre el tema del simposio”, en *Obras completas. X. De Husserl*, p. 403.

⁷² *AJG*, 2, exp. 30, f. 35290.

tación. Por el lado de la filosofía matemática, otro tanto sucedió con Bertrand Russell, Gilbert Ryle y Kurt Gödel. Sólo aceptaron acudir Gabriel Marcel y Michele Federico Sciacca, pero sin que llegaran a cumplir el compromiso. “Parece —comentaba Gaos— como si los grandes filósofos rehusaran la asistencia a estos Congresos desde que se volvieron multitudinarios.”⁷³ Pese a esa deficiencia, había buenos motivos para felicitarse por la reunión que se celebró en nuestro país y que él mismo no dudó en calificar como “un inmenso éxito”. El Estado mexicano, la Universidad Nacional y el esfuerzo colectivo habían confluído para forjar “esta prueba de saber hacer las cosas que acaba de dar México” y que demostraba, una vez más, “su madurez plena e incontrovertible de país ya de primer orden entre todos los del mundo de hoy”.⁷⁴

A diferencia de las naciones, cuya madurez al parecer coincide con épocas de expansión y florecimiento, la de tipo humano consistía, según su experiencia, en “un ir renunciando a ilusiones, principalmente acerca de sí mismo”.⁷⁵ O al menos así sucedió en su caso, cuando consintió en dirigir sus velas hacia el atardecer de la vida. Mecido por la brisa vespertina, lentamente se fue liberando de la angustia que hasta hacía no mucho lo atormentaba. Que sus escritos le valieran un puesto de “segundón del mayorazgo de García Bacca y de Zubiri”⁷⁶ o que la historia sólo lo recordara como a un discípulo de Ortega, poco a poco cesó de inquietarlo. Al percibir a lo lejos las sombras de la noche eterna, se convenció de que más le convenía sumergirse en ellas, no con el estruendo de la fama, sino con la placidez de una conciencia tranquila. Para lograrlo, tomó por consigna unas líneas escritas años antes, en las que sentenció, a la manera de Arthur Schopenhauer, que “el arte de ser feliz consiste en procurar en todo lo más y contentarse en todo con lo procurado efectivamente. Sin lo primero, no habría nunca más que felicidad mediocre. Sin lo segundo, no hay, pura y simplemente, felicidad”.⁷⁷ Siguiendo esos sabios preceptos, decidió llevar el ancla de la

⁷³ *Ibid.*, f. 35281. Importa destacar, no obstante, que al Congreso asistieron algunas personalidades de talla mundial como Alfred Jules Ayer, Jean Wahl, Lucien Goldmann y Norberto Bobbio. Al margen de la asamblea se celebró, además, una reunión con Rudolf Carnap a propósito de la “inducción”.

⁷⁴ *Ibid.*, f. 35291.

⁷⁵ AJG, 4, exp. 8, f. 64680, 1 de junio de 1969.

⁷⁶ *Ibid.*, exp. 7, f. 63782, 30 de julio de 1962.

⁷⁷ GAOS, “Aforística publicada”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 175.

actualidad para dejarse arrastrar por la marea de sus gustos e intereses, tal como los precisó en una nota:

No es nada probable que en lo que pueda quedarme de vida me vuelva diferente del que he sido hasta hoy: un profesor de filosofía, tan interesado, si no más, por la literatura, especialmente la poesía y la novela, y, quizá más aún, por la historia y la crítica literarias *lato sensu*, y por las mujeres, por lo que de la literatura, de la poesía y la novela, me han interesado, a su vez, las de amor.

De la filosofía me interesan aún más que nada las pruebas de la existencia de Dios y la crítica de ellas, de los conceptos que son reducibles, del origen o razón de ser de estos conceptos; y la filosofía de la vida, primordialmente individual, filosofía finalmente regulativa. Lo que más me interesa después de lo anterior: ante todo, la filosofía del lenguaje. Teología y Ética. Eudemonología; Filosofía del Lenguaje, Lógica, Ontología, Crítica.⁷⁸

El plan para el resto de sus días consistía, por ende, en convertir esos temas en materia para un libro o, más bien, en materia para tres de ellos. El primero abordaría las pruebas de la existencia de Dios; retomando las anotaciones diarias en sus cuadernos, el segundo versaría sobre el “arte de vivir”; y el tercero, por su parte, llevaría por título y tema “De la literatura y del amor: filosofía de la literatura y filosofía del amor”.⁷⁹

En ese orden inició también sus trabajos, abocándose en primer lugar a dilucidar aquellas cuestiones de índole teológica, cuyo interés radicaba en revelar el secreto de toda filosofía: su irracionalidad última. Más que dar cauce a la erudición, el enfoque le permitiría extirpar, tal como siempre había anhelado, los restos de metafísica enquistados en el cuerpo de la disciplina. Sólo así sería posible dirigirla por el más sano, aunque no necesariamente más seguro, camino de la ciencia. Las pruebas de la existencia de Dios fungieron, pues, como el carrete en torno al cual devanó los hilos teóricos y conceptuales de su segundo sistema, y con tanta laboriosidad que apenas logran distinguirse en el fondo de ese inmenso ovillo conocido como *Del Hombre*. Resulta menester deshilvanar dos terceras partes del libro para encontrarlas mencionadas y un poco más aún para comprender su centralidad en el tejido. Pero una vez alcanzado ese punto aparece como una evidencia que Gaos hizo depender de ellas nada menos que el carácter in-

⁷⁸ AJG, 4, exp. 8, f. 64495, 8 de junio de 1963.

⁷⁹ *Ibid.*, ff. 64495-64497, 8 de junio de 1963.

discernible de la esencia, del ente y de la existencia, es decir, de los conceptos cardinales de la metafísica.⁸⁰ Que a partir de ahí esgrimiera su principal tesis —que las concepciones son tributarias de “motivos” oriundos de la razón práctica— resurge como una consecuencia previsible. La novedad reside, en este caso, en que el profesor aprovechó la inflexión en el argumento para detenerse en el origen primario del pensamiento, a saber, el amor y el odio en tanto fuerzas directrices de la voluntad. Siguiendo esos postulados, la idea de infinitud, por mencionar un ejemplo eminente, emanaría del deseo, consciente o inconsciente, de prolongar la existencia de lo amado, mientras que detrás de la idea de la nada se encontraría un impulso de aniquilación análogo. Otro tanto sucedería con la creencia en la inmortalidad de las almas o, por el contrario, con la incredulidad.⁸¹ La ética, en el sentido de introducir una distinción originaria entre el bien y el mal, conformaría, por consiguiente, el núcleo constitutivo del ser humano.⁸²

Con rigor y detalle, Gaos desarrolló ese conjunto de ideas a lo largo de 1965, en el marco de su tradicional seminario de metafísica. Quienes hayan recorrido con la lectura las 48 lecciones que conforman ese curso saben que la estructura no es lo único que lo emparenta con el que había dictado hacía un lustro en idénticas aulas. Aunado al método analítico y a numerosas temáticas en común —como la naturaleza de la expresión, la clasificación de los objetos o el lugar que prestaba a la negación—, también las acercaba una misma interrogante. Ésta se cifra en la manera en que el hombre y la filosofía, por esencia, se definen y condicionan mutuamente. Buscando responder la pregunta por caminos opuestos, ambas obras se articulan, sin llegar a sobreponerse del todo. No era otra la intención de su autor, quien, una vez abandonado el proyecto de escribir un volumen de “Correcciones y complementos” a *De la Filosofía*, optó por comenzar su siguiente tratado en el punto donde ésta culmina. No es casualidad, por lo tanto, que aquel que tituló “Autocrítica y autobiografía del curso”, último de los capítulos abordados, aparezca como un verdadero programa del libro que le sucedería enseguida. Fiel a su palabra, en *Del Hombre* se hizo cargo de los temas ahí apuntados, llámeseles expresión mímica, oral, artística o literaria, pero,

⁸⁰ GAOS, “*Del Hombre*”, en *Obras completas*. XIII. *Del Hombre (curso de 1965)*, pp. 403-418.

⁸¹ *Ibid.*, pp. 473 y ss.

⁸² Con esta concepción, Gaos se oponía a lo que denominó el “autismo ético”, cuyo principal representante era, en su opinión, el George Edward Moore de los *Principia Ethica*. Véase AJG, I, exp. 63, f. 12405, 7 de febrero de 1965.

sobre todo, cumplió con la principal promesa anunciada: desentrañar los rasgos capitales de la naturaleza humana, concebidos desde la óptica de una antropología filosófica. Con ayuda de las claves que encierra el lenguaje, Gaos fue identificando las “exclusivas” que distinguen a nuestra especie, mismas que, concatenadas una a la otra, integró como la otra mitad del sistema. Ello explica que, aunque compuestas como piezas autónomas, las dos obras resulten complementarias entre sí.

Si bien la continuidad surge como la nota dominante, las diferencias entre aquel par de sumas filosóficas no se reducen a la puerta de entrada al análisis. Pese a que sólo cinco años las separan en su redacción, el tono de voz que se escucha en la segunda pareciera surgir de una garganta más sosegada y segura, libre de la urgencia que la envolvía en el pasado. Por instantes se percibe incluso un ánimo retador, como cuando afirmó que “puede encontrarse con una repulsa inmediata el solo anuncio de [una Antropología Filosófica], por *démodée*, atrasada, anacrónica, condenada definitivamente. Pero tal posibilidad no me intimida nada ni arredra, porque creo saber cómo se montan y se arrojan semejantes anatemas, y por ende poder montar y arrojar a mi vez uno contra el anterior”.⁸³ La edad le había enseñado que los juicios del presente son tan efímeros como las horas del día y que la perduración, si la hubiera, provendría de ideas grávidas en rigor y honestidad. Esto no significa que los años lo hubieran inmunizado contra los denuestos de la crítica. Por el contrario, la mayor suavidad del lenguaje que preside *Del Hombre* y que por momentos adquiere el ritmo de una parsimonia exasperante, indica que había tomado muy en cuenta los reproches que se le habían dirigido. De igual forma, la aserción de que no postulaba un escepticismo absoluto, sino tan sólo moderado, aparece como una posible respuesta a objeciones interpuestas a su primera obra. Ninguna de esas leves rectificaciones impidió, sin embargo, que aquellos temas, foco de una obsesión casi inmemorial, prevalecieran sobre los que dictaba la actualidad. Ello explica que, en lugar de ceder un espacio a la formación del hombre nuevo o a los enigmas de la inducción, prefiriera proponer una salida distinta al problema de la unidad y de la pluralidad de la historia. En la nueva formulación, mientras que la multiplicidad de doctrinas respondería a la naturaleza de su objeto —el más subjetivo de todos en razón de su carácter eminentemente concreto—, la unicidad estaría conferida por el agente pensante, concebido, no como un “yo” trascendental, sino biográfico.⁸⁴

⁸³ GAOS, “*Del Hombre*”, en *Obras completas*. XIII. *Del Hombre* (curso de 1965), p. 133.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 561-569.

En virtud de que “todo concepto... o teoría de conceptos [...] que no se aplique a sí mismo es acrítico”,⁸⁵ las consecuencias de ese razonamiento ejercieron su ley en las líneas con que culmina el circunloquio. Si, según lo postulado, “toda filosofía es subjetiva, subjetiva ha de ser esta misma que les he expuesto. Y recuerden —añadió— lo que la subjetividad de la Filosofía entrañaba o acarreaba: hasta la imposibilidad de que una filosofía sea comprendida en su integridad por sujeto distinto de ella. ¿Puedo poner fin al curso con palabra distinta de ésta?”.⁸⁶ Las premisas que dan sustento a la pregunta impiden, por sí mismas, siquiera intentar proferir una respuesta.

Pese a que la comprensión cabal del sistema se nos niega de antemano, al menos es posible buscar la congruencia interna del discurso, con lo cual una interrogante se impone de inmediato: ¿es *Del Hombre* un libro autobiográfico? Lo sería en el sentido en que todos lo son, es decir, en que dan expresión al pensamiento de un autor en cierta coyuntura de su vida, pero sin que ello suponga que todos los contextos resulten relevantes al momento de estudiar la obra. Determinar cuáles lo son constituye el callejón sin salida de la biografía intelectual, debido a que en el fondo sólo el sentido común permite zanjarlo y a que ese sentido responde a una suma de preconcepciones. Para el propio Gaos la cuestión no era en modo alguno transparente, al grado de llegar a sorprenderse por las implicaciones existenciales de su doctrina. En alguna ocasión reflexionó, por ejemplo, sobre el significado de una tesis, a saber, la que estipula que “concebir la inmortalidad está motivado por el amor al bien de las existencias ajenas y propia. ¿No he querido —se cuestionaba— ni quiero a nadie ni a mí mismo como para creer en la inmortalidad?”.⁸⁷ En este caso, la teoría precede la vivencia, si bien en otras instancias el vínculo aparece invertido. Así sucede con la idea, sostenida en su monumental antropología filosófica, según la cual

la emocional y mocional conciencia de la fugacidad de las cosas, primordialmente las humanas, [es la] que ha movido y sigue moviendo a los hombres a apelar contra ella a una vida y un Dios eternos en la religión y en la Filosofía. Si la esencia de la religión es la oración de petición y de gracias referentes a los bienes y los males, no hay mal mayor que la fugacidad de la existencia o la inexistencia, ni bien mayor que la existencia infinita, ni petición más religiosa

⁸⁵ AJG, 4, exp. 4, f. 62561, 11 de agosto de 1959.

⁸⁶ GAOS, “*Del Hombre*”, en *Obras completas*. XIII. *Del Hombre* (curso de 1965), p. 581.

⁸⁷ AJG, 4, exp. 8, f. 64159, 18 de diciembre de 1962.

que la de la salvación de la muerte eterna en la vida eterna, ni agradecimiento más religioso que el anticipado al otorgamiento de tal petición.⁸⁸

Ahora bien, hacía algún tiempo que el impulso por elevar el alma en oración se había apoderado del ánimo de Gaos, en particular conforme el fin de sus días le parecía más inminente. Atónito ante esas erupciones de absoluto, por momentos dudaba si su religiosidad pervivía latente o si en verdad se había extinguido entre nociones imbuidas de relativismo. Instruido por el giro que se operaba en su sensibilidad, alguna vez admitió comprender “perfectamente que después de haber dado la vuelta a la vida en la experiencia y al ser en el pensamiento, quien no sea capaz de sufrir el quedarse en el escepticismo estoico o entusiasta a pesar de todo, vuelva a la fe de la infancia”.⁸⁹ Aunque no con el fervor que lo embargó en aquellos días tempranos, desde las bóvedas de su conciencia observaba resurgir un sentimiento similar. Vera Yamuni, una de las pocas personas en poseer la clave de apertura, fue testigo de esa titubeante reconversión, que nunca llegó a ser completa.⁹⁰ El arraigado racionalismo del maestro le impedía reconocer un principio creador distinto del “Bien concebido por el hombre”, en tanto fundamento y guía de toda conducta moral. Con ello bastaba para practicar “el arte de vivir”,⁹¹ única dimensión que le interesaba. La otra, la ultraterrena, resultaba incognoscible, por lo que, puestos a elegir, le parecía preferible que no existiera. “Ya en la vida —afirmó— vivámosla hasta el final, sobre todo por la obra, por la perfección de uno mismo; pero otra vida, mejor no, por si acaso fuera a ser como ésta; si no fuera como ésta, ¿sería otra vida, mía?”⁹² Sus últimos años, consagrados a dictar cursos y a preparar escritos, fueron, en ese sentido, auténticamente propios, pero sin que las horas de trabajo le alcanzaran para entregar *Del Hombre* a la imprenta.⁹³ Ignorante

⁸⁸ GAOS, “*Del Hombre*”, en *Obras completas*. XIII. *Del Hombre* (curso de 1965), p. 532.

⁸⁹ AJG, 4, exp. 7, f. 63555, 9 de agosto de 1961.

⁹⁰ YAMUNI, José Gaos. *El hombre y su pensamiento*, pp. 52 y ss.

⁹¹ AJG, 4, exp. 8, f. 64455, 14 de mayo de 1963.

⁹² *Ibid.*, f. 64675, 30 de mayo de 1969. Cursivas en el original.

⁹³ *Del Hombre* apareció de forma póstuma en 1970, con el sello de *Diánoia*. En la nota editorial, Fernando Salmerón explicó que Gaos “hizo pasar en limpio el manuscrito y añadió un breve prólogo y algunas modificaciones incidentales en las primeras lecciones, pero no pudo revisar el texto sino hasta la lección 27. Otros compromisos docentes y de publicaciones y, sobre todo, su delicado estado de salud que le obligó a reducir la jornada de trabajo, le impidieron dar fin a la tarea”, véase SALMERÓN, “Nota editorial”, p. 27.

de que los minutos se agotaban, el 9 de junio de 1969 anotó en su libreta que “esta madrugada, en un insomnio, me di cuenta de que he dejado de atormentarme con exámenes de conciencia y oraciones —desde que concluí que es inútil pedir que ‘Dios’ hace o deja de hacer sin que ni atisbemos relación regular alguna con nuestras peticiones, que basta agradecer los bienes ‘recibidos’”.⁹⁴ Con la tranquilidad que le prestaba el buen obrar, al día siguiente su espíritu se extinguió y se fundió en el infinito. O quizás en la nada.

⁹⁴ AJG, 4, exp. 8, f. 64689.

“¡Pobre traductor!”, exclamaba Eugenio Ímaz en un artículo publicado en 1950. No tanto las estrecheces materiales, cuanto la eterna insatisfacción con su trabajo, constituía la auténtica miseria de aquellos nobles mediadores entre idiomas y culturas. Un leve desliz, alguna variante léxica o cierta omisión en los matices bastaban para que el oprobio cayera sobre cientos de páginas traducidas con esmero y precisión. ¿Cómo encontrar en cada caso el equivalente certero, siendo que las lenguas se intersectan sin corresponderse del todo? ¿Cómo evitar los yerros y las inexactitudes, cuando el régimen editorial moderno exige trasvasar a toda prisa un grueso volumen tras otro? “¡Pobre traductor! Pobre por partida doble y partido por dos. Traductor capicúa. ¡Pobre traductor pobre!”,¹ concluía Ímaz en un sentido lamento no carente de ironía. Entremezclando el sarcasmo con el desaliento, de esa ambigua postura puede extraerse por lo menos un par de lecciones. La primera se refiere a la necesidad de replantear —que no por fuerza desmentir— los lugares comunes que rodean la traducción, como la imposibilidad de conducirla a plenitud y el carácter abnegado de sus practicantes. La segunda remite a las condiciones laborales que impuso el siglo xx, favoreciendo que se profesionalizara el oficio y emergiera la figura del especialista, cuyo prestigio en parte dependió de la capacidad para articular lenguajes y saberes. Que en el ámbito de la filosofía las traducciones contribuyeron a definir la disciplina, fijando un repertorio de “clásicos”, delimitando escuelas y estableciendo un vocabulario técnico en español, aparece de modo destacado en la trayectoria de quien durante algún tiempo sirvió como uno de sus mayores oficiantes. Se trata, desde luego, del filósofo José Gaos.

Contrariamente a los tópicos habituales, su relación con el sinuoso arte de trocar al castellano una prosa extranjera no siempre se rigió por la pobreza o la miseria. Lejos de representar un lastre o una intervención invisible,

¹ ÍMAZ, “¡Pobre traductor!”, pp. 294-295.

sus dotes para transitar entre idiomas le atrajeron no poca fortuna a su llegada al Nuevo Mundo. Demostrando que esas tareas servían como una inmejorable carta de presentación, por aquellos días Antonio Castro Leal afirmó que “el nombre de José Gaos era ya bien conocido de los lectores de las ediciones de la *Revista de Occidente*”.² No tanto sus propios escritos, cuanto las versiones realizadas por él habían asegurado que su prestigio se difundiera mucho antes de que se materializara su presencia. Al celo y precisión con que el visitante había trasladado a nuestra lengua algunas obras emblemáticas de la filosofía occidental se debía que su figura hubiera quedado asociada a autores de la talla de Immanuel Kant, Johann Fichte y Max Scheler. A tal punto se estimó vinculados el original y la traducción, que no faltó quien considerara su arribo como un honroso sucedáneo del imposible encuentro con la mayoría de los pensadores traducidos. “¿Quién con más competencia que [el] excelente traductor castellano [de Husserl] —preguntó, por ejemplo, Antonio Caso—, podría ilustrarnos sobre la naturaleza de la filosofía, ejemplificando con su propia y abnegada obra de traductor?” Razones para pensar de ese modo había de sobra, dado que, explicó,

Gaos convivió, en el claustro de su reflexión personal, con el insigne lógico alemán; volvió verbo español, entidad cultural castellana, el arduo pensamiento —empero tan remunerador— del filósofo germánico. A veces, forzosamente, enriqueció el léxico con neologismos inevitables, elegantes, exactos. Muy pocos serían capaces de realizar, con fruto, tan difícil esfuerzo; porque muchas versiones de libros filosóficos alemanes, después de ponerse en castellano, continúan en alemán. Gaos, en cambio, brindó al público de habla española el libro de Husserl, en prosa idónea y cabal.³

Aunado a unas irreprochables habilidades lingüísticas, trasladar a nuestro idioma cada línea y cada palabra de *Las investigaciones lógicas* constituía una prueba suficiente de su condición como voz autorizada en la materia.

Sin que enriquecer el canon filosófico disponible fuera un aporte menor, no terminaban ahí los méritos reconocidos al huésped español. Al filo de su itinerario, esas mediaciones también habían significado un avance no por discreto menos notable para la disciplina. Éste había consistido, según

² Antonio Castro Leal, “El Doctor Gaos y la Filosofía Moderna”, *El Universal*, 15 de octubre de 1938, p. 3.

³ CASO, “Las conferencias del doctor Gaos” (21 de octubre de 1938), en *Obras completas*. IV. *Ensayos, Doctrinas, Discursos*, pp. 245-246.

Castro Leal, en “la formación de un léxico filosófico español que, con cierta unidad y sistema, pueda dar una idea de la rica terminología de la filosofía alemana moderna”.⁴ Volver asequible un compendio de obras extranjeras suponía, por lo tanto, no sólo la posibilidad de adquirir un conocimiento producido desde fuera, sino de armarse con las herramientas necesarias para desarrollar un conjunto equivalente en la región. Se reconocía así que la filosofía, como tantos otros campos del saber, se construye a partir de un constante proceso de transferencias, en que la traducción funciona como un dispositivo tanto acumulador como conciliador de distintas lenguas, tradiciones y culturas. A juzgar por las opiniones referidas, las de origen teutón se situaban entre las mejor valuadas y tanto así que el traductor, aun al precio de exponer la vida, había perseverado en el empeño durante los días, no muy lejanos, en que se halló envuelto en los terrores de la guerra.

Los últimos acontecimientos en España —relataba admirado aquel integrante de los llamados siete sabios— lo sorprenden cuando traducía las *Meditaciones cartesianas* sobre un manuscrito, revisado y aumentado, del propio filósofo de Friburgo. Rotas las comunicaciones con Madrid, vuelve en aeroplano y logra salvar de entre las ruinas de su casa el precioso manuscrito.⁵

Si bien otras versiones atenúan el protagonismo atribuido al episodio, lo cierto es que Gaos, salvo raras ocasiones, nunca interrumpió sus actividades de traducción desde que en 1923 se le encomendara la primera.⁶ El objeto de iniciación fue la hoy olvidada novela de Adalbert von Chamisso, *Historia maravillosa de Peter Schlehmil*, el relato de aquel hombre sin sombra que tanto inspiró la literatura romántica decimonónica. La editorial Calpe, cuya Colección Universal dirigía por esos años Manuel García Morente, fue la empresa que acogió y promovió la iniciativa. A las fábulas y leyendas para niños no tardaron en sumarse otras obras concebidas para cierto tipo de adulto, en particular a quienes no parecían disgustar las especulaciones

⁴ Antonio Castro Leal, “El Doctor Gaos y la Filosofía Moderna”, *El Universal*, 15 de octubre de 1938, p. 3.

⁵ *Loc. cit.*

⁶ El propio Gaos refirió que la incursión corrió a cargo de su hermano Ángel y de un grupo de milicianos, quienes lograron ingresar en el edificio semiderruido en que se hallaban el manuscrito de Husserl y su traducción. Por un descuido, sin embargo, sólo se rescataron las primeras cuatro meditaciones, mientras que la quinta permaneció sobre la mesa de trabajo. Véase AJG, I, exp. 107, ff. 21523-21524.

de carácter metafísico. La puesta en marcha, como parte del programa editorial de la *Revista de Occidente*, de las series tituladas “Los grandes pensadores” e “Historia de la filosofía” permitió que Gaos sustituyera muy pronto los cuentos infantiles por los más sobrios teoremas, argumentos y conceptos distintivos de esta disciplina. Según confesó a un amigo, ese cambio de rubro, dispensado únicamente a quienes exhibían conocimiento y aptitud, no careció de dificultades. La mayor radicaba en la “penuria filosófica” que pesaba sobre la cultura hispánica y sus alcances de expresión, resultado de una tradición frágil y de instituciones incipientes. De ahí que una terminología idiosincrásica, como de la que Kurt Koffka se sirvió en sus *Bases de la evolución psíquica*, no hallara en castellano un equivalente ajustado.⁷ Sin embargo, a la espera de que las ideas encontraran un correlato en nuestra lengua, es posible inferir que trasvasar el pensamiento de August Messer, Hans Driesch y Heinz Heimsoeth, por mencionar unos cuantos autores traducidos, contribuyó a enriquecer una semántica estimada insuficiente.

Junto a la voluntad de ensanchar los márgenes del idioma, traducir significó, para el todavía aprendiz, la oportunidad de conquistar cierta libertad, al hallar en ese oficio el imprescindible sustento de vida. Si en aquella época los montos percibidos le permitieron emanciparse de la tutela familiar y construir un hogar a su medida, años más tarde representarían un medio al alcance para ir sobrellevando las habituales estrecheces materiales. Así lo confió por carta a Francisco Romero cuando, acuciado por los trastornos que el conflicto bélico impuso sobre la industria editorial, se vio precisado a pedir un respaldo allende las fronteras nacionales. La traducción, explicó, “la he llevado a cabo por su utilidad, aun necesidad para nuestra cultura y para la actividad docente de mis maestros, compañeros y mía propia —pero también por necesidad de un complemento económico a mis ingresos de profesor”. Al parecer, tan magros eran éstos que durante largo tiempo su pluma únicamente se movilizó para articular un verbo ajeno. Casi 10 000 páginas, algunas firmadas por autores clásicos, como G.W.F. Hegel, Søren Kierkegaard y Johan Huizinga, y muchas otras más por psicólogos y filósofos como Eduard Spranger, Balduin Schwartz, Aloys Müller y Teodor Celms, constituyeron el objeto de una incesante ocupación, tan absorbente que sus propias ideas quedaron por largos años relegadas al tintero. Sin encontrar un solo instante de respiro, apenas sorprende que llegara a lamentar

⁷ Carta a Antonio Moxó, fechada el 26 de diciembre de 1925, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 114.

que esas faenas, al lado de la invariable docencia, no le consintieran “ni una hora de ocio en el día, ni día de vacación en el año”.⁸

En vista de las dimensiones que adquirió aquella ocupación, resulta natural que, al llegar el momento de buscar un empleo en ultramar, se viera obligado a evaluar tanto sus alcances como sus limitaciones. En ese balance, concebido para solicitar un acomodo en el cuerpo diplomático español, hizo un breve recuento de los vínculos personales y de trabajo que hasta 1938 había forjado más allá del territorio nacional. Con honestidad comenzó admitiendo que, pese a que en más de una ocasión se le ofreció una pensión por parte de la Junta para la Ampliación de Estudios, era él uno de los pocos profesores de su generación en no haber estudiado fuera del país. Había ocupado, eso sí, un lectorado en la Universidad de Montpellier, “pero esta salida —reconoció— no dejó relaciones aprovechables hoy”. Más ventajosas parecían las cultivadas a raíz del levantamiento militar. En virtud de los elevados cargos ejercidos y de los traslados realizados desde entonces, había logrado establecer comunicación con personalidades oriundas de distintas coordenadas. En cuanto a su obra escrita, únicamente había publicado “muy pocas y pequeñas cosas originales”, a causa, justificó, de sus tareas traductoras, docentes y de organización de la enseñanza. No obstante, los beneficios derivados de aquella actividad sólo eran en apariencia modestos, dado que le había asegurado una amplia proyección tanto en su patria natal como en el más lejano continente americano:

Mi labor de traducción —afirmó— representa en todos los países hispanoamericanos lo mismo o más que en España: la gente que se dedica a la filosofía o se interesa por ella, la estudia en libros o conoce la contemporánea más importante por libros que han sido traducidos por mí en mayor proporción que por nadie: también he recibido las pruebas. Por esta labor [...], creo que es en América española y principalmente en los países más descuidados hasta ahora por nuestros intelectuales, donde yo podría llevar a cabo una labor más fructífera.⁹

⁸ Carta a Francisco Romero, fechada el 11 de marzo de 1937, en *ibid.*, p. 165.

⁹ AJG, 2, exp. 1, ff. 30214-30218. En esas notas agregaba: “Diré, por último que aunque traduzco el alemán como he dado voluminosamente pruebas y que aunque también traduzco el inglés, el no haber estado en países de lengua alemana ni inglesa hace que no hable ninguna de las dos lenguas. Las conferencias en el extranjero las he dado en francés o en español con traductor. Acaso podría leerlas en alemán”.

La bienvenida que se le deparó en México demostró que sus previsiones no estaban erradas. Además de contribuir a la cultura y de brindar mayor holgura a sus bolsillos, a su condición como portavoz de las más actuales corrientes filosóficas es posible atribuir que no desistiera en el empeño de seguir transmutando al castellano numerosas obras extranjeras. Así se entiende que, pese a considerar “llegada la hora de pasar del periodo de las traducciones al de las publicaciones originales”,¹⁰ entre las actividades que acometió no bien desembarcó, destacara una del primer tipo. Se trataba de una compilación de escritos que, con el título *Marx y Engels. Filosofía y economía*, estaba destinado a las prensas del Fondo de Cultura Económica (FCE). En el transcurso de 1939 cinco textos, en su mayoría anteriores a la “ruptura epistemológica” de la que habló tiempo después Louis Althusser, encontraron una variante española y sólo faltaba culminar la introducción que acompañaría el conjunto. Con ese proyecto, Gaos buscaba fortalecer su ejercicio docente, al proveerse de las herramientas necesarias para conducir un seminario acerca del tema. Pero por encima de la coyuntura, la idea representaba una ocasión para continuar con los trabajos interrumpidos en la Universidad de Madrid, donde se estimaba necesario desasirse de cierta tradición de corte academicista y asumir una postura clara frente al marxismo, “creciente poder social y también intelectual en nuestro país”.¹¹ De ahí que hacer explícitas tanto la doctrina como esas motivaciones fuera el propósito de aquel estudio preliminar, cuyas páginas, al decir del prologuista, aumentaban día con día. Que hacia finales de 1939 sumaran más de 80 —casi un tercio del volumen— no constituyó un impedimento para seguir ahondando en las premisas y argumentos del materialismo histórico, y ello sin contar la progresiva e impaciente insistencia por parte de la editorial.

Otras demoras se interpusieron en el camino de la obra. A la vez una muestra del creciente interés por la corriente y de la perenne incomunicación entre editores, en ese mismo año la editorial América publicó *Carlos Marx. Economía política y filosofía*. Las firmas de Alicia Rühle-Gerstel —esposa de Otto Rühle, exiliado en México a raíz del ascenso nacionalsocialista— y de José Harari, un escritor argentino, acreditaban la traducción. “En un par de puntos esenciales —comentaba José Gaos a Daniel Cosío Villegas— siguen al traductor francés, cuyas soluciones he criticado alguna vez

¹⁰ Carta a Francisco Romero, fechada el 21 de junio de 1937, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 167.

¹¹ AJG, I, exp. 47, f. 8961.

charlando con usted.” Pese a desaprobador la terminología empleada, el profesor admitía que “la publicación fastidia un tanto la nuestra”, al sustraerle una parte importante de su novedad. No quedaba más remedio que replantear la propuesta original y sacar a la luz “una antología de todos los textos relativos al materialismo histórico procedentes de Marx en la época de fundación definitiva de su concepción”.¹² Por un revés en la industria del libro, la posibilidad de referirse a un “joven Marx” se hizo presente en el espacio hispanohablante hacia finales de los años treinta, es decir, décadas antes de que otro tanto sucediera en el medio académico francés. Si esa perspectiva no se concretó, ello se debió, al menos parcialmente, a que otros compromisos más urgentes impidieron que Gaos entregara el libro a la imprenta.¹³

Con mejor fortuna corrió otro proyecto planteado en la misma época. La primera parte de un curso introductorio a la filosofía fue la ocasión para traducir y publicar varios escritos pertenecientes a los orígenes de la disciplina. Afirmar, sin embargo, que también en este caso la actividad magisterial suministró el incentivo inmediato únicamente disimula las dimensiones que se prestó a la empresa. Según anunció la prensa, la idea consistía en poner a circular nada menos que una “antología que comprenderá todo el pensamiento filosófico occidental”.¹⁴ Con esos fines y alcances, el volumen inicial de la serie se centró en la antigua Grecia, comenzando con un fragmento de Anaximandro y culminando con otros extraídos de la *Metafísica* de Aristóteles y de su *Ética nicomáquea*. La índole y la extensión de esos

¹² AHCM, *Casa de España*, c. 7, exp. 23, f. 7.

¹³ Cuando dos décadas más tarde Fernando Salmerón propuso publicar tanto las traducciones como el trabajo introductorio, Gaos rechazó el ofrecimiento por considerarlos anacrónicos; al momento de la redacción, explicó, “¡no había tenido lugar aún la segunda guerra mundial! No había aparecido *El ser y la nada*. [...] No existía intelectualmente, digamos un Hyppolite, por no decir un Rubel, un Calvez. El único gran filósofo que se había ocupado de él era Scheler”, véase carta a Fernando Salmerón, fechada el 12 de agosto de 1962, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 386-387.

¹⁴ *La Prensa*, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1941, AHCM, *Casa de España*, c. 8, exp. 1, f. 69. La antología de filosofía griega no constituía sino la primera parte de una serie que comprendería “todo el pensamiento occidental”. Con ese propósito, Gaos tenía contemplado preparar otra dedicada a los periodos helenístico, romano y medieval, así como una más centrada en la filosofía moderna y contemporánea. Estos dos últimos libros se redujeron, no obstante, a su enunciación como parte del proyecto. Véase a ese respecto GAOS, “Prólogo de la segunda edición”, en *Obras completas*. II. *Orígenes de la filosofía*, p. 241, así como la nota del coord. de la ed. que precede el tomo, en particular, pp. 39-40.

textos, estimaba Gaos, “hacen de la antología una publicación única, no sólo en español, sino en otras lenguas”.¹⁵ Bastaba contrastar la producción editorial en países como España, Francia y Alemania para comprobar la novedad que encerraba la obra, incomparable a las numerosas “páginas escogidas” que le servían de antecedente. La perspectiva de ofrecer una edición semejante bien ameritaba, por ende, reproducir ciertos esfuerzos del pasado. Y es que, mientras las traducciones reiteraban un ejercicio que ya había acometido durante sus años en España, la selección se ajustaba al programa editorial de la *Revista de Occidente*, cuya colección de Textos Filosóficos se encontró durante algún tiempo a su cargo. Que casi todas las versiones que entonces realizó hubieran quedado bajo los escombros en Madrid impuso la necesidad de emprender un nuevo intento, por lo demás idéntico al primero en su concepto y amplitud.

Sin que al parecer mediara diferencia alguna entre los públicos de habla hispana a uno y otro lado del Atlántico, carecer tras su traslado de muchos instrumentos de consulta constituyó la única divergencia consignada en sus papeles. Esa indistinción entre destinatarios no significa, sin embargo, que la reflexión acerca de las circunstancias se mantuviera ausente de sus meditaciones. Por el contrario, tan central resultaba una en particular —la guerra iniciada en septiembre del año anterior— que Gaos incluso se consideró obligado a justificar una obra concebida para difundir un conocimiento producido en otras eras. “Los tremebundos acontecimientos mundiales —advertía en el prólogo— pueden hacer dudar de la tranquilidad de los espíritus para seguir fijando su atención en temas tales y no dejársela arrastrar por azorantes inminencias.” A quienes desviar la mirada de la lucha armada produjera azoro o resquemor, averiguar que la Historia avalaba abstraerse en las honduras del intelecto tal vez infundió cierto alivio. “Pues ella enseña —afirmó el compilador— cómo a través de las más arremolinadas vicisitudes del pasado, [...] filosofía, ciencia, arte... han proseguido su curso secular, millenario, y hasta prodigado sus flores más escogidas y frutos de más sazónada madurez.”¹⁶ Los ávidos de saber podían seguir leyendo sin reservas, con la certeza de que dicho gesto contribuía al sostén de la cultura, poseedora de sus propios ritmos y *tempo*s. Los que correspondían a la filosofía habían determinado que el mismo libro sujetado entre las manos no fuera ajeno a ese

¹⁵ Carta a Daniel Cosío Villegas, s. f., en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 269.

¹⁶ GAOS, “De la introducción a la primera edición”, en *Obras completas*. II. *Orígenes de la filosofía*, p. 245.

largo transcurrir, sino una expresión puntual de los aires que corrían. En la opinión de Gaos, éstos se situaban bajo el signo del historicismo, la conciencia exacerbada de que en el hombre y sus creaciones subyace el tiempo, en tanto fondo último de toda forma de existencia. Así se explicaba el interés mostrado en cada campo, desde la geometría hasta las bellas letras, por dar cuenta de su propio devenir. En el caso de la disciplina filosófica, aquel deseo se manifestaba en el recurso a los textos que le prestaban fundamento para, de ese modo, “saber de ésta directamente en su autenticidad plena y rigurosa, no simplemente a través de trasuntos más o menos cercanos y fieles”.¹⁷

El llamado a acudir a los originales no implicaba que Gaos se engañara acerca de la posibilidad de acceder sin intermediarios a los autores del pasado. De esto daban cuenta las extensas notas con que culminaba el volumen, confeccionado a la manera de una sencilla pero eficiente edición crítica. Que ese formato pareciera imprescindible para cumplir la función pedagógica inscrita en sus raíces indica que en ningún momento se juzgaron transparentes los escritos publicados. No era todo. Tal como el autor apuntó en la introducción, si el acto mismo de leer suponía conferir un sentido a las palabras, cuando éstas se encontraban traducidas la hermenéutica desempeñaba un papel doble. Ello se debía, precisó, a que “la traducción afecta a la autenticidad de los textos y es interpretación de ellos y hasta inicio del comentario. Establece el texto que lee quien no lee el original y esta operación no es posible sin alteraciones”. Pretender que el paso de una lengua a otra podía operarse sin residuos equivalía a desconocer que un entramado de significaciones nunca es independiente de los términos que le brindan expresión; imposible, por consiguiente, reproducir sin pérdidas o añadiduras aquello que sólo existe en un idioma, en tanto crisol de una historia y una experiencia específicas. En vista de la forzosa no coincidencia entre culturas, al traductor correspondía decidir cómo acercarlas, en la inteligencia de que cualquier solución tendría sólo un valor aproximado. La estrategia elegida variaría en función del polo que se privilegiara en cada intento, se tratara del enunciante o del destinatario, y sin que en este juego de contrarios existiera “ningún heraclitiano acople”.¹⁸

Por lo menos dos corolarios se desprendían de aquellas consideraciones. En un plano amplio, se admitía que “traducir es persecución de un ideal

¹⁷ GAOS, “El historicismo y la enseñanza de la filosofía”, en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 227.

¹⁸ *Ibid.*, p. 237.

imposible”, fundado en un sistema de sinonimias interlingüísticas tan perfecto como inexistente. Desde un punto de vista pragmático, por otra parte, se invitaba a reconocer que un ejercicio semejante “es recreación en todos los casos; en los más arduos, empeño con alto componente de creación”. La agencia del traductor quedaba así de manifiesto, sin que esto entrañara un fracaso en su labor de mediación. Por el contrario, sostuvo, “la traducción es la mejor de las introducciones a la lectura de los originales y como tal debe ser utilizada por los principiantes y puede serlo por los doctos”.¹⁹ No había alternativa: si trasponer las palabras, lejos de reducirse a un calco o a una transcripción entre lenguas, constituía una auténtica reescritura exegética, tal era, igualmente, el único medio para ampliar cualquier circuito de lectores. De hacer inteligible un texto, así se le imprimiera un nuevo significado, dependía, por lo tanto, la posibilidad de poner en práctica el potencial democratizador inscrito en aquel gesto, por esencia.

Las consecuencias que acarrea esa inevitable injerencia no se limitaban al orden de la recepción ni, mucho menos, a la esfera de lo abstracto. Tal como Gaos informó a sus editores, también incidían en el papel del traductor y sobre su lugar en la escala del conocimiento. En la medida en que de su quehacer surgían productos inéditos, resultado de un proceder creativo y transformador, la remuneración que correspondía a sus esfuerzos debía ajustarse en consecuencia. Así lo planteó a mediados de 1940 en una carta a Daniel Cosío Villegas, al discutir el pago que convenía establecer por su *Antología de la filosofía griega*:

Es posible —conjeturé— que desee V. al menos una “impresión” mía acerca de los “derechos de autor” —por el mismo motivo por el que la deseó Losada, cuando tratamos de la traducción de la *Metafísica* de Aristóteles: la falta de término de comparación, por la novedad del caso de una traducción del griego. A Losada le propuse considerar tal traducción como una obra original, fundándome ante todo, en que una traducción tal es una recreación bien equivalente a una creación propia, aunque también en que no tendría que pagar derechos al autor.²⁰

Pese a no haber indicio —o esperanza— de que don Daniel aceptara un acuerdo parecido, resulta significativo que el traductor reivindicara un tra-

¹⁹ *Ibid.*, pp. 235-237.

²⁰ Carta a Daniel Cosío Villegas, s. f., en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 271.

to equivalente al que por lo común quedaría reservado al escritor. La singularidad del fenómeno aparece con mayor evidencia, si se recuerda que todavía por aquel tiempo muchos libros circulaban sin registrar el crédito por la versión entonces publicada. Las colecciones de textos clásicos que en la década de 1940 iniciaron instituciones como El Colegio de México y la Universidad Nacional fomentó, sin embargo, no sólo que algunos antiguos pensadores de Grecia y de Roma poco a poco se introdujeran en las librerías, sino que junto a ellos figurara el nombre del traductor. Que ese impulso a las humanidades coincidiera con el arribo de varios intelectuales españoles no pasó desapercibido, o al menos no para Antonio Alatorre, observador siempre atento. Según consignó en una revista cultural, al lado de unos cuantos mexicanos de excepción —como Ángel María Garibay, Antonio Gómez Robledo y los hermanos Méndez Plancarte—, las firmas de diversas personalidades venidas de ultramar, como Agustín Millares Carlo, Juan David García Bacca, José Gallegos Rocafull, Pedro Urbano González de la Calle y el propio José Gaos, habían asegurado que las voces extranjeras se escucharan en la nuestra sin eco o distorsión. Ese conjunto de factores había desembocado, afirmó con entusiasmo, en “uno de los más prodigiosos renacimientos de lo clásico. No sólo hay un nuevo amor por ellos, sino sobre todo se editan, como nunca antes se habían editado, sus obras completas; se estudian con la más rigurosa precisión filológica; se traducen con una fidelidad que hasta hoy había hecho mucha falta”.²¹

A la destreza para conjugar un método y un saber respondía la autoridad atribuida al traductor, erigido de esta forma en el “garante del texto”,²² por retomar una expresión de Dominique Maingueneau. El sello del especialista, figura de reciente cuño, culminaba en la capacidad para trabajar directamente con el original, por oposición a un discurso derivado. Si esto resultaba válido para toda traducción, cualquiera que fuese el idioma de partida, más aún lo era cuando intervenía el griego antiguo, conceptuado como la mayor y más ardua prueba para los miembros de este gremio. La *Antología* referida no constituía una excepción; por el contrario, señaló Gaos, aquella “abarca, además del latín, tres dialectos griegos, siendo alguno de los textos en estos dialectos, unos por lo literarios y otros por lo abstrusos, de los más difíciles de traducir de toda la literatura griega”. Se justificaba así

²¹ ALATORRE, “Ediciones de clásicos” (1949), p. 225.

²² Cit. en CASTRO RAMÍREZ, “Regards sociologiques”, p. 147, trabajo brillante de donde retomo numerosas sugerencias para el presente capítulo.

que los helenistas recibieran honorarios superiores a sus colegas germanistas y que incluso se retribuyeran sus esfuerzos homologando al autor y al agente importador. En vista de la responsabilidad, pero también del potencial prestigio que de ahí se derivaba, apenas sorprende que insistiera en cuidar al máximo el proceso de edición, de tal suerte que la labor efectuada emergiera sin mácula de error.

Me parece indispensable —amonestó al editor— que para la impresión sea entregado el libro a la imprenta o siquiera al linotipista más experto de que disponga V. y que se hagan las pruebas necesarias hasta obtener la perfección, por lo menos, del libro XII de la *Metafísica*. Un texto corriente puede sobrellevar unas cuantas erratas, que el lector corrige. Un exceso de erratas en un texto como el de este libro XII lo haría absolutamente ininteligible, sin posibilidad ninguna de enmienda por parte del lector corriente, y aun podría sugerir al competente la idea de la impericia del traductor.²³

A juzgar por las reseñas que le fueron consagradas, ni doctos ni legos hallaron motivos de censura contra Gaos, a quien se juzgó como “una de las cabezas más claras y mejor organizadas con que cuenta la filosofía hispánica”.²⁴ No menos digna de encomio se estimó la mano experta con que logró aclimatar en otros suelos los frutos de la antigua Hélade, cuyas semillas —se afirmó— no tardarían en dispersarse por toda la región. Así lo celebró también Eduardo Nicol, al saludar una iniciativa que sobresalía, no sólo por su valor filosófico y didáctico, sino en virtud de su excepcionalidad en términos de competencia lingüística y de apego al original.

El estudio textual de la Filosofía griega —señaló— se ha venido haciendo hasta hoy, en los países de habla española, sobre traducciones extranjeras, o sobre traducciones españolas de traducciones extranjeras. Los casos aislados —y muy contados— de versiones directas, no puede decirse que fueran suficientes para dotar a los estudiosos con un cuerpo orgánico de textos para su trabajo. [...] La antología de Gaos suple, hasta donde puede lograrlo una antología, esta grave deficiencia.²⁵

²³ Carta a Daniel Cosío Villegas, s. f., en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 269 y 271.

²⁴ GINER DE LOS RÍOS, “Filosofía griega”, p. 3.

²⁵ NICOL, “Reseña de José Gaos, *Antología filosófica*” (1941), p. 111.

Pese a la inmejorable recepción que mereció el trabajo, no fue el griego antiguo, sino el alemán, el idioma que consiguió granjearle un lugar destacado en la historia de la traducción. Las páginas con que derrotó al olvido corresponden, desde luego, a su versión española de *Sein und Zeit*, la más célebre obra de Martin Heidegger. A la vez elogiados y condenados por la crítica, los resultados de ese esfuerzo gozan de un carácter fundador, en la medida en que toda tentativa posterior se ha visto forzada a remitir, de un modo u otro, a aquel gesto inaugural.²⁶ Sentar un modelo teórico y semántico constituye, por lo tanto, la conquista inalienable —aunque no por ello insustituible— de ese ejercicio de traslación, el primero realizado en un idioma occidental.

En virtud de la novedad que encerraba la empresa, Gaos mismo no se sintió obligado a tomar por referencia las propuestas de quienes habían dado a conocer el pensamiento heideggeriano en el mundo de habla hispana. “La razón —explicó— no es un orgulloso e infundado desdén por la labor y la colaboración ajenas [...], sino el hecho de que ninguna de las traducciones anteriores de Heidegger es de *El Ser y el Tiempo* en su integridad.”²⁷ Ni los opúsculos, por su brevedad, ni las glosas explicativas, con su recurso a la paráfrasis y a la digresión, presentaban problemas análogos a los que había supuesto buscar un equivalente preciso para tan extenso y difícil texto. El principal radicaba en la necesidad de sostener una rigurosa coherencia lexicográfica, tarea singularmente compleja ahí donde los términos eran de índole a la vez técnica y polisémica. Si a esa particularidad se sumaban los juegos de palabras, el sentido etimológico —por oposición al habitual— infundido a los conceptos y la violencia infligida de origen sobre el idioma de partida, es posible comprender por qué subrayó el empleo, en ese paso a nuestra lengua, de “un lenguaje de todo punto especial”.²⁸ Si de ello resultó una prosa escabrosa, arcaica e imposible, como en fechas recientes se le ha reprochado,²⁹ tal fue el precio por transmitir en castellano una obra radical y transformadora en la historia de la disciplina.

Reivindicar la singularidad de su versión no implica, sin embargo, que Gaos se encerrara en las soledades de su propia conciencia. Lejos de aban-

²⁶ El caso más destacado corresponde a la nueva traducción que Jorge Eduardo Rivera C. dio a la imprenta en años recientes. Véase en ese sentido el prólogo que precede su versión de HEIDEGGER, *Ser y tiempo*, pp. 17-20.

²⁷ GAOS, “Prólogo a *El ser y el tiempo*”, en *Obras completas*. X. De Husserl, p. 426.

²⁸ *Ibid.*, p. 422.

²⁹ CONSTANTE, *Imposibles de la filosofía*, p. 168.

donarse a las reverberaciones del monólogo interior, las aulas de clase le prestaron numerosos oídos en que hacer resonar las armonías o disonancias presentes en la traducción. A alcanzar ese fin orientó sus lecciones de *Metafísica*, dictadas a lo largo de cinco años en la Universidad Nacional. Línea a línea y semana con semana buscó descifrar y volver inteligibles los enigmas que Heidegger había planteado a sus colegas desde hacía un par de décadas. El procedimiento, consistente en repartir a los alumnos “las páginas del libro que iba traduciendo al compás del curso”,³⁰ conllevaba un doble beneficio: mientras los estudiantes tuvieron la ocasión de familiarizarse con una corriente de la mayor actualidad, el profesor halló un espacio idóneo para poner a prueba el vocabulario elegido. Según el testimonio de este último, la iniciativa resultó provechosa, sobre todo si se considera que la adopción de ciertos tecnicismos se decidió al calor de aquel diálogo colectivo. También en sus pares encontró interlocutores de valía. Entre ellos ocupó un lugar destacado Juan David García Bacca, con quien discutió cómo lograr que los conceptos heideggerianos migraran al solar de nuestra lengua. Aunque las discrepancias teóricas y terminológicas entre ambos fueron frecuentes, el filósofo navarro no dudó en servir, desde que en 1943 se incorporara a El Colegio de México, como un firme aliado —y quizás no menos como un fuerte rival— en la tarea de difundir el existencialismo en el país.

Quienes seguían los pasos de los dos amigos no tardaron en averiguar el giro que adquirió ese excepcional intercambio intelectual. El foro que le brindó publicidad fue la revista *Letras de México*, entre cuyas cubiertas apareció un curioso artículo titulado “El ‘Daseim’ [sic] en la filosofía de Heidegger”. Que la errata resulte tan evidente en nuestros días da cuenta de la distancia recorrida desde que empezara a escucharse aquel singular término por las aulas y los pasillos del viejo edificio de Mascarones. Antes de convertirse en moneda corriente, hallar una equivalencia idiomática fue el desafío que presentó a sus sucesivos traductores, sin importar cuál fuera la lengua receptora. A él respondió igualmente García Bacca mediante el ensayo referido, dedicado, tal como se lee en las líneas de apertura, a su “distinguido colega universitario, el Dr. José Gaos, como patriótica colaboración a la empresa, temerosa e ineludible, de darnos en castellano el ‘Sein und Zeit’ de Heidegger”. Un minucioso análisis, puntuado de consideraciones filosóficas y filológicas, fue el método adoptado para desarrollar tanto

³⁰ Raúl Cardiel Reyes, citado en FROST, “Los filósofos en la U.N.A.M.,” p. 218.

el problema planteado como una posible salida. Aquel radicaba en acuñar un concepto que diferenciara entre la ontología y la óptica, entre el ser y los entes, entre las categorías y sus predicados, es decir, que expresara todos los matices contenidos en el sustantivo *Dasein*. Tras no pocos devaneos, su solución estribó en “traducir ‘Da’ por ‘estar’ y ‘Sein’ por ‘ser’, o sea decir: Da-sein por ser-que-está”. Ello se debía, aclaró a continuación, a que “las cosas ‘están’, no ‘son’. Y que parezcan ‘ser’ depende de que un ‘Ser-que-está’ esté dándoles. [...] Las cosas que ‘están de cuerpo presente’ tienen estar, estadios, estadias, estamentos, estancamientos, estados...; no ser, esencia, entidad”.³¹ La idea consistía, por consiguiente, en aprovechar las particularidades del castellano para subrayar el carácter inmanente y ametafísico del vocablo alemán.

Al evaluar en retrospectiva el lustro en que residió en el país, García Bacca recordó que “durante esos años estaba en constante comunicación con [Gaos], dedicado a la traducción de ‘Ser y Tiempo’. Con nuestras concordancias y discrepancias, siempre sinceras”.³² Unas y otras se expresaron en un diálogo que abarcaba, no sólo aspectos de orden terminológico, sino de índole interpretativa, tal como correspondía al estudio de un autor que, allende a una doctrina, forjó un lenguaje propio. No parece excesivo inferir, por lo demás, que al someter a escrutinio público algunos argumentos, el entonces recién llegado mostraba un interés más que intelectual. La decisión de abandonar la esfera privada sugiere, en efecto, que en el centro del debate se situaba igualmente el derecho a hacer valer cierta lectura por encima de otra y, con ello, a conquistar un lugar en tanto especialista en la materia. El objetivo sin duda se cumplió, dado que, merced a las lecciones, los artículos y las conferencias en que discurrió sobre el existencialismo y otros temas, no tardó en celebrarse su figura como “la primera del pensamiento filosófico de habla española”. “Una sabiduría, una información, un gracejo, un donaire, infinitamente envidiables” fueron las prendas que contribuyeron a granjearle tan honroso título, como también lo hizo la agudeza con que intervino en las discusiones filosóficas del día.³³ En la medida en que facilita acceder a ciertos textos producidos en el exterior e incide en su comprensión, en aquel ámbito es posible situar también su actividad

³¹ GARCÍA BACCA, “El ‘Dasein’ [sic] en la filosofía de Heidegger” (1942), p. 5.

³² Carta de Juan David García Bacca a Fernando Salmerón, fechada el 14 de mayo de 1992, AJG, 4, exp. s/n, f. 60040.

³³ Emilio Uranga, “Una jornada del Centro de Estudios Filosóficos. Ponencia del doctor García Bacca”, *Revista Mexicana de Cultura* (3 de agosto de 1947), p. 19.

traductora. Ésta le permitió participar en la confección de un vocabulario técnico en español, en particular el heideggeriano, como al ofrecer una variante castellana de *Hölderlin y la esencia de la poesía*. O siquiera intentarlo, puesto que sus principales opciones conceptuales no llegaron a enraizarse en el suelo de la tradición.³⁴

Aunque los argumentos esgrimidos no bastaron para convencerlo, Gaos rindió un merecido homenaje, en el prólogo a la edición mexicana de *Sein und Zeit*, a la propuesta que sugirió García Bacca. Si, pese a considerarla como una “traducción genialmente brillante”, él mismo se decantó por otra alternativa, ello se debió al deseo de mantener la consistencia en el uso de los términos, sin excepción ni tergiversación en el sentido. “Es como en un rompecabezas —explicó—. Facilísimo encajar entre sí unas cuantas piezas, pero la cuestión es encajarlas todas”. Su propia respuesta a los acertijos lingüísticos que se le planteaban estribó en acuñar neologismos, ahí donde el original alemán recurría a dos términos cercanos, pero de distinto significado y raíz. Se entiende así la aparición de ciertas duplas inéditas en nuestro idioma, como, por ejemplo, “temporal” (*zeitlich*) y “temporario” (*temporal*), “existencial” (*existentiell*) y “existenciario” (*existential*), al igual que muchas otras no menos difíciles de asimilar. Consciente de sus infracciones frente a un habla castiza, Gaos justificó esas libertades, al tomar el futuro como aval de sus elecciones. “Es seguro, por lo demás —auguró— que el hábito y la tradición acabarán haciendo de la terminología y fraseología heideggeriana y de las aprontadas para traducirla algo tan corriente como han hecho de otras terminologías y fraseologías [...] no menos insólitas y rudas.”³⁵

No todas las piezas del vocabulario resistieron con igual firmeza a la prueba del tiempo. Un elemento capital en el discurso, en particular, ha sido objeto de críticas severas, debido a que violenta las inclinaciones del español, sin alcanzar a reproducir del todo los sentidos ni el efecto del ori-

³⁴ En este opúsculo, publicado en 1944 por la editorial Séneca, García Bacca sugería, por ejemplo eminente, sustituir *Dasein* por “realidad de verdad”, traducción que, hasta donde llega mi conocimiento, no ha sido retomada por ningún estudioso de Heidegger.

³⁵ GAOS, “Prólogo a *El ser y el tiempo*”, en *Obras completas. X. De Husserl*, p. 425-427. Acerca de estos puntos resultan de interés las observaciones de Antoine Berman, al señalar que “la traducción literal es necesariamente neológica. Que esto sorprenda todavía, he ahí lo sorprendente. Dado que toda gran traducción se descubre por su riqueza neológica, incluso cuando el original no la conlleva”. Cit. en WALLAERT, “Writing foreign”, p. 82 [mi traducción].

ginal. Se trata del concepto *Dasein*, “infinutivo alemán —puntualizó— que significa ‘existir’, pero que es ineludible traducir literalmente por ‘ser ahí’, porque el componente *da*, que significa ‘ahí’, expresaría justamente el miembro central de la articulada constitución del ser del hombre”.³⁶ Acudir al calco fue, por lo tanto, el único recurso disponible para enfrentar la polisemia que Heidegger imprimió a una palabra por entero habitual en lengua germana. Sin embargo, de acuerdo con más de un especialista, la variante elegida, no sólo anula matices y falsea el significado, sino que reintroduce, a partir de una literalidad envuelta de extrañeza, el aliento metafísico que el autor había buscado extinguir. Debido a la ausencia de un equivalente mejor ajustado, en décadas recientes se ha llamado a prescindir de cualquier versión para el término. Ahora bien, si Gaos sabía, tal como afirmó en reiteradas ocasiones, que “no todo puede traducirse”, ¿por qué decidió brindar entidad castellana a una voz que pertenece al género de lo intraducible? ¿Qué le impidió, a diferencia de otros miembros de ese gremio, limitarse a transcribir la noción e incorporarla al repertorio filosófico a la manera de un extranjerismo?³⁷ En una ética del traductor, caracterizada por la naturaleza absoluta e irrenunciable de su tarea, quizás se encuentre una respuesta. Aunque conjetural, ésta permitiría comprender por qué en ningún momento consideró omitir los acentos que concierne su lengua nativa, con

³⁶ GAOS, “Introducción a *El ser y el tiempo*”, en *Obras completas. X. De Husserl*, p. 86. No está de más indicar que en los *Seminarios de Zollikon*, Heidegger desautorizó una traducción semejante. Así lo asentó en referencia a la variante francesa, análoga en estructura a la que Gaos utilizó en español: “En la tradición —precisó— la palabra ‘Dasein’ significa estar-ahí, existencia. [...] Sin embargo, en *Ser y tiempo Dasein* se entiende de forma diferente. Los existencialistas franceses tampoco pusieron atención a esto, por ello tradujeron Dasein en *Ser y tiempo* como *être-là*, lo cual significa: estar ahí y no allá. [...] La traducción francesa adecuada para Dasein debería ser: *être le là*”, cit. en GILARDI, *Heidegger*, p. 32, n. 8.

³⁷ AJG, 1, exp. 100, f. 20032, enero de 1940. Mantener el término en alemán constituyó la solución que adoptaron John Macquarrie y Edward Robinson en la traducción inglesa de *Sein und Zeit*, publicada en 1962; también lo fue en aquella otra, en lengua española, que Jorge Eduardo Rivera C. dio a la imprenta más de tres décadas después. Si bien goza de asentimiento entre los profesionales de la filosofía, esta alternativa tampoco se encuentra libre de inconvenientes. Tal como afirmó Johnathan Rée, “‘Dasein’ en inglés carece de las miles de connotaciones que tiene *Dasein* en alemán; y —lo que es más grave aún— el coloquialismo cotidiano que Heidegger adoptó deliberadamente ingresa en el inglés como si se tratara de un término técnico y científico, ornado de un pomposo manto académico”, véase RÉE, “The translation of philosophy”, p. 232 [mi traducción]. Otro tanto es posible sostener en relación con el español.

lo cual sobrevino una singular paradoja. Ésta radica en que su traducción, pese a su índole monolingüe, no logró naturalizarse del todo o siquiera admitirse como un texto por entero en español.

Aunque una versión incompleta, así lo fuera a partir de un solo término, al parecer se ubicaba en la esfera de lo inimaginable, algunos escritos dan cuenta de la vigencia y conflicto entre los modelos que planteó Friedrich Schleiermacher hace más de dos siglos. Entre quienes abogaban por favorecer al lector figuraba Eugenio Ímaz, al sugerir la conveniencia de obviar los dictados del autor y, en su lugar, abreviar con soltura en las expresiones vigentes en la cultura receptora. Las ventajas que ofrecía una estrategia semejante no eran menores, dado que, además de respetar la eufonía del lenguaje, se lograrían reproducir los efectos del original. Por lo demás, cualquier sospecha de traición se dispararía al percibir que los votos de fidelidad —la fidelidad auténtica— se contraen ante los altares del sentido. Sensible a los mandatos del deber, Gaos no se mostró indiferente ante esa propuesta y así lo indica la mención inscrita en la nota que precede la obra. “¿No sería, en realidad, lo más profundo de concepción y lo más elegante de ejecución —inquirió en esas páginas— [...] traducirla tan libremente en cuanto a la letra como fielmente en cuanto a su espíritu, de un lado, y al genio del español, del otro [...]?” Pese al atractivo que encerraba la idea, su propia postura se definió muy pronto en la dirección inversa. Ello se debía, aclaró, a que los progresivos ajustes implicarían ir sustituyendo figuras, “hasta acabar en lo que ya no sería una ‘traducción’ de la obra, ni siquiera libre, por mucho que lo fuese, sino una ‘paráfrasis’ de la misma”. Más aún, de conducir esas operaciones con rigor y congruencia, se llegaría incluso a “una refundición o imitación española —que tampoco podría evitar, a la postre, toda innovación extraña, por la sencilla razón de que para mucho del original no hay en español nada equivalente”.³⁸ El carácter inédito de *Sein und Zeit* —un acontecimiento en los órdenes del habla y del pensamiento— no permitía sino ceñirse al texto de partida. Una vez favorecido este polo de la traducción, resultaba menester conservar la oscuridad de la prosa, exigencia acatada en el acto de transliterar, *verbum pro verbo*, cada una de sus frases.³⁹ Si la inteligibilidad quedó de este modo reducida, al

³⁸ GAOS, “Prólogo a *El ser y el tiempo*”, en *Obras completas*. X. De Hussert, pp. 424-425.

³⁹ Es de destacar, sin embargo, que Gaos no proponía adoptar un único modelo de traducción, sino que éste variaba en función de la obra traducida. Así lo asentó, por ejemplo, en las frases siguientes: “¿Por qué traducir Heidegger literalmente y Aristóteles ‘parafráscamente’? El estilo de Aristóteles es elíptico. El de Heidegger es de juegos de

menos consiguió recordar, tal como exhortó el teólogo silesiano, que “el autor vivía en otro mundo y escribía en otra lengua”.⁴⁰ No hacía falta anular sus rasgos distintivos para ofrecer al extranjero un lugar en casa.

Forzar el castellano no constituyó la única manera en que Gaos intentó abrir las puertas al Otro. A la espera de que la obra se mudara a nuestro idioma, las conferencias y los cursos impartidos a lo largo de más de una década permitieron ir poco a poco atemperando la extrañeza. En ese periodo a tal punto se acostumbraron los oídos a los sonidos que escapaban del bosque de Baviera, que para 1947 Eduardo Nicol afirmaba que el *Dasein* ya andaba suelto y que “la gran circulación mexicana de ese bicho raro se debe en gran parte a nuestras culpas”.⁴¹ Pese a la amplia difusión de los conceptos, transcurrieron todavía largos años antes de que *El ser y el tiempo* apareciera en las librerías de la ciudad. La principal razón de la demora residía en que el traductor, inmune a las exigencias del mercado, no se resolvía a dar por concluido su trabajo. “*Unos días* aún por favor —solicitaba a Arnaldo Orfila a principios de 1950—, si su paciencia no se ha agotado ya.” En favor de ajustar el calendario aducía “lo prolijo de la corrección de esta condenada traducción y las otras muchas cosas a que también me veo condenado”.⁴² Ante la tan firme como prolongada resistencia, hubo que obligarlo a que esas páginas abandonaran su escritorio. Aunque la noticia de que el libro estaba ya en imprenta suscitó expresiones de entusiasmo, no faltó quien, al avistar por primera vez el manuscrito, lo juzgara informe y oscuro.

Uno de estos días en efecto —comentaba Julián Calvo, desde los entresijos del Fondo—, va a salir nuestra edición en español de *El ser y el tiempo* de

palabras y de construcciones significativas. Éstos no son más que reproducibles tales cuales son. Las elipsis de Aristóteles pueden explicitarse. Ni siquiera es una paráfrasis propiamente tal”, véase AJG, 4, exp. 3, f. 60968, 2 de junio de 1952.

⁴⁰ Friedrich Schleiermacher, *Methoden des Übersetzens*, cit. en OSIMO, *Historia de la traducción*, p. 83.

⁴¹ Carta de Eduardo Nicol a José Gaos, fechada el 16 de octubre de 1947, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 156, f. 14403. Debido a la divulgación del pensamiento heideggeriano desde los años treinta, es legítimo decir, junto con Nayelli María Castro Ramírez, que aquella obra “no desempeña la función de introducir a Heidegger en el ambiente filosófico hispanohablante, sino de hacer oficial el estatus que sus primeros intérpretes le concedieron”, véase CASTRO RAMÍREZ, “*El ser y el tiempo* de Martin Heidegger”, p. 1.

⁴² Carta a Arnaldo Orfila Reynal, fechada el 13 de marzo [de 1950], en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 301-302.

Heidegger, traducción, prólogo y vocabulario de Gaos [...]. Tengo fundados temores de que entre Gaos y Heidegger hayan hecho absolutamente incomprensible ese famoso libro, como también estoy seguro de que el papanatismo universal hará que esto sea un éxito y que la edición se agote rápidamente.⁴³

Respondiera a un mero afán de novedades, azuzado por una expectante y prolongada espera, o debido al convencimiento de encontrarse ante un texto filosófico de obligada lectura, lo cierto es que esas previsiones se cumplieron con puntualidad. De hecho, a tal grado se aceleraron las ventas que la editorial no tardó en presumir que “apenas salida hace unos meses nuestra edición, se halla a punto de agotarse”. Según se sugirió en la prensa, los afortunados poseedores de algún ejemplar habían igualmente adquirido el derecho a volverse auténticos expertos y comentaristas del filósofo alemán. Que esa condición no estuviera realmente disponible en el pasado se desprendía de consideraciones como la siguiente: “conocida [la obra] a través de traducciones incompletas —y aun de traducciones de traducciones—, al estudioso de habla hispana le había sido casi imposible hasta ahora llegar a conocer de manera directa las ideas de Heidegger”. Merced a la reciente publicación, sin embargo, ya no hacía falta dominar el idioma original, puesto que, se sostenía, “con esta versión —realizada magistralmente por José Gaos, sin perder la fidelidad al pensamiento heideggeriano— se hace posible internarse en el complicado mundo de un sistema que se caracteriza por su difícil terminología”.⁴⁴ Una triple construcción, persistente hasta nuestros días, se iba apuntalando de este modo: el carácter oscuro del autor, el estatuto canónico de la traducción y la maestría incuestionable del traductor.⁴⁵

⁴³ Carta de Julián Calvo a Antonio Sánchez Barbudo, fechada el 9 de abril de 1951, en AHFCE, exp. Julián Calvo, cit. en CONSTANTE, *Imposibles de la filosofía*, p. 167; y en MORCILLO LAIZ, “Un vocabulario para la modernidad”.

⁴⁴ “Una obra fundamental”, *Noticiero Bibliográfico*, II: 18 (agosto de 1951), p. 1.

⁴⁵ Un artículo de Juan David García Bacca muestra, por ejemplo, que no siempre (o no todos) estimaron que el lenguaje heideggeriano se distinguiera por su hermetismo. A propósito de la aparición de *Platons Lehre von der Wahrheit*, sostenía que “el estilo de Heidegger va resultando de una concisión tan *cinzelada y transparente*, de técnica miniaturista y filigranesca tan portentosa que se saca la impresión de su intraducibilidad”, véase Juan David García Bacca, “Heidegger y Platón”, *Revista Mexicana de Cultura* (11 de abril de 1948), p. 11. Las cursivas son mías. De igual modo, parece que hasta fechas muy recientes muy pocos habían pensado en revisar las traducciones que efectuó José Gaos. Entre ellos destaca Antonio Zirió, quien, a raíz de un laborioso proceso de

Si fabricar un “Heidegger en español” requirió casi 20 años de trabajo, al menos es justo decir que los desvelos de Gaos se vieron compensados por su consagración en aquello que Paul Ricoeur definió como un “fenómeno de equivalencia sin identidad”.⁴⁶ Apenas transcurridas unas semanas desde que apareciera, alguno se refería a la obra como un “milagro de versión española”, mientras que otros, como Emilio Uranga, se admiraban ante la tenacidad que había guiado el esfuerzo.⁴⁷ Advertir que el tiempo invertido en traducir superaba al que el autor había empleado en escribir constituía una prueba contundente de que el lector se hallaba “ante una realización del más puro y limpio desinterés”. Por descontado se daba que cualquier tropiezo en la comprensión respondía a los sedimentos mismos del original, cuyos tesoros estaban reservados a quienes dispusieran de valor y serenidad para bucear en las profundidades del intelecto. A quien, tras sumergirse en la penumbra, había buscado compartir todas sus perlas debían ofrecerse, por lo tanto, los más elevados honores. De ahí que el alumno reconociera la “paciente labor de estudio, comentario y asimilación por parte del eventual traductor que sólo en un hombre como Gaos era de esperar. De faltar este hombre precisamente, Heidegger no se hubiera vestido en letras españolas”.⁴⁸

En medio de ese himno laudatorio, las voces discordantes también se hicieron escuchar, si bien el desentono muy poco tuvo que ver con la notación empleada en la composición castellana. Joaquín Sánchez Macgrégor, convertido recientemente al marxismo, convenía, por ejemplo, en que “la aparición de *El ser y el tiempo* en español [...] ha conmovido profundamente nuestros círculos intelectuales selectos. [...] El doctor Gaos ha hecho un *tour de force* verdaderamente digno de admiración; la editorial, en fin, es una de las de mayor importancia en el Continente”. Nada de ello implicaba,

cotejo, mostró la necesidad de contar con una nueva versión de *Ideen* de Husserl. Véase ZIRIÓN QUIJANO, “*Ideas I* en español”, así como la presentación que precede la reciente edición de HUSSERL, *Ideas relativas a una fenomenología pura*, pp. 5-23. Acerca de las dificultades que enfrentó Jorge Eduardo Rivera C. para dar a la imprenta una traducción distinta de *Sein und Zeit*, resulta esclarecedor el texto de CONSTANTE, *Imposibles de la filosofía*, pp. 145-168.

⁴⁶ Paul Ricoeur, “Cultures, du deuil à la traduction”, *Le Monde*, 25 de mayo de 2004. Véase también, RICOEUR, *Sur la traduction*.

⁴⁷ Ismael Diego Pérez, “*El ser y el tiempo* de Heidegger”, *Revista Mexicana de Cultura* (8 de julio de 1951), p. 11.

⁴⁸ Emilio Uranga, “El Heidegger de Gaos”, *México en la Cultura* (29 de abril de 1951), pp. 3 y 7.

sin embargo, que hubiera motivos para celebrar, dado que, preguntó, “pero ¿el autor? ¡Ah, el autor, eso es otro cuento! Y también la obra”. En demostrar que uno y otra expresaban una peligrosa ideología fascista, particularmente afín a las “oligarquías financieras”, radicó el propósito de las columnas siguientes. El llamado a sostener el nazismo, en tanto rector de la Universidad de Friburgo, constituía un indicio revelador de esas tendencias, en la inteligencia de que no se trataba de “un mero accidente biográfico de Heidegger sino una demostración del carácter de su filosofía”. Lejos de representar una proyección retrospectiva, fundada en la colaboración ulterior con el régimen, en sus primeros escritos aparecía ya el germen de esa fascinación por un poder totalitario y destructor. Para convencerse, bastaba advertir su desprecio por las masas, implícito en el análisis del término *das Man*, y en que, pese a subrayar el trato con el mundo, había omitido la categoría del trabajo. Por encima de esas consideraciones, se hallaba, no obstante, el lugar y el significado asignado al concepto de “muerte”, epítome de un “espíritu enfermizo y retrógrado”.

En este punto —concluía el indignado joven— es donde se conectan Heidegger y Hitler. En alguna ocasión decía alguno de los existencialistas vernáculos: el ser-para-la-muerte son las tropas de asalto nazis que marchan con resolución a cumplir con su destino. Por fortuna su destino fue salir derrotadas, así como el de Heidegger va resultando una extemporánea mística del ser.⁴⁹

Las sombras del pasado no fueron suficientes para opacar el brillo que irradiaba la flamante publicación. Tan arduo había sido absorber sus reflejos, que se estimó al mediador, no como una superficie refractante, sino como una auténtica fuente de luz. Así lo juzgó también Arnaldo Orfila, al calcular el monto debido por transmitir tan evasivos fotones. “Con respecto a sus honorarios por la traducción de ‘El ser y el tiempo’ de Heidegger —escribió a José Gaos—, queremos hacer una excepción de la práctica de la Editorial, [...] entendiendo que su trabajo es también excepcional ya que no se trata de una simple traducción.” Mientras que a estas últimas, caracterizadas por la sencillez y el mecanicismo, correspondía un importe fijado de acuerdo con el volumen, las que involucraban un saber y una pericia fuera de norma merecían equipararse a una verdadera obra de autor. No era

⁴⁹ Joaquín Sánchez Macgrégor, “Otra vez el existencialismo”, *Revista Mexicana de Cultura* (15 de julio de 1951), pp. 2 y 6.

otra la categoría sugerida en el contrato, al establecer que, “además del pago ya efectuado por la Universidad Nacional de México [...], le reconoceremos una regalía de 2% sobre el precio de venta de todas las ediciones que se efectúen del libro”.⁵⁰ A quien se destacaba con un arreglo extraordinario sin duda coincidió en que traducir no se reducía a replicar un verbo extraño. No menos concordaba en que, cuando se ejercitaba con maestría, los frutos de ese esfuerzo equivalían a un producto personal. Ello se debía, puntualizó, a que “hay traducciones que, aunque no sean trabajos originales en el sentido habitual de esta expresión, atestiguan una auténtica originalidad”.⁵¹ Tal era el caso, en especial, de aquellas que firmaba Eugenio Ímaz, cuya “excelencia” e “íntima heroicidad” había quedado demostrada en sus sucesivas conquistas de la lengua.⁵² Los sacrificios requeridos para vencer en la batalla mostraban que no era tanto la invisibilidad, cuanto el coraje, el signo distintivo del buen traductor.

Aunado a numerosos intereses compartidos, el trato asiduo entre ambos se había verificado desde hacía alrededor de una década, con el Fondo de Cultura Económica como marco de diversas tareas en común. La primera y más importante radicó en aprovechar las oportunidades del mercado para poner en marcha una sección de filosofía, a cuya cabeza se situó al mismo Gaos. El ingreso de Ímaz a la editorial constituyó un paso decisivo, puesto que logró cristalizar, al decir de Víctor Díaz Arciniega, un proyecto que hasta entonces representaba a lo sumo una idea.⁵³ Concebida para difundir a los mayores expositores de la edad contemporánea, en 1942 la serie ofreció un volumen inicial —la *Teoría del derecho* de Edgar Bodenheimer— y no pasó largo tiempo antes de que otros títulos se sumaran a la lista. No sin grandes fatigas, a lo largo de esa década se pusieron al alcance del público lector algunos tratados considerados emblemáticos, como *La filosofía de la Ilustración* de Ernst Cassirer, *La experiencia y la naturaleza* de John Dewey, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*

⁵⁰ Carta de Arnaldo Orfila Reynal a José Gaos, fechada el 6 de mayo de 1952, en AHFCE, c. 5, exp. 124 “José Gaos”, f. 27. El carácter inusitado de ese trato se acentúa al advertir que la precariedad de la posguerra sólo permitió que a Martin Heidegger se le remunerara en especie, con el envío de alimentos y productos de primera necesidad. Véase DÍAZ ARCINIEGA, *Historia de la casa*, p. 334.

⁵¹ GAOS, “Prólogo a *Luz en la caverna* de Eugenio Ímaz”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, p. 215.

⁵² GAOS, “La jornada de Dilthey en América”, en *ibid.*, p. 189.

⁵³ DÍAZ ARCINIEGA, *Historia de la casa*, pp. 88-89.

de Edmund Husserl y *La filosofía científica* de Hans Reichenbach. Con todo, según apuntó Enrique Krauze, en aquellos años “la colección sólo podía ostentar dos laureles”: las traducciones de Dilthey y la *Paideia* de Werner Jaeger, misma que “marcó un formidable récord de ventas”.⁵⁴

Los triunfos alcanzados no consiguieron que Gaos se cegara ante las limitaciones de aquel proyecto editorial. Si en ese transcurso se habían dado a conocer algunas obras maestras de la filosofía occidental, las insuficiencias que horadaban el conjunto resultaban no menos notorias. Subsananlas y reorientar la sección fue el cometido de un balance elaborado en marzo de 1953, fecha en que un par de colecciones suplementarias comenzaba a perfilarse en su mente. La importancia que prestó a la coyuntura se revela en el carácter severo y exhaustivo en que formuló su crítica. Para empezar, un repaso a los motivos que impulsaron cada libro demostraba que “no hubo un plan de realización” al momento de conformar el inventario. Así, mientras el valor de la *Introducción a las ciencias del espíritu* quedó fuera de duda, los volúmenes restantes, afirmó, “se debieron o van a deberse aún, al interés que por Dilthey fue tomando Ímaz”. Idénticas razones habían promovido que se introdujeran las páginas de R.G. Collingwood en el espacio hispanohablante. Más todavía, si publicar los trabajos de Cassirer había respondido “a las relaciones en que se entró con éste por diversas circunstancias”, los de Dewey emanaban del “empeño, tan norteamericano, de un comité de entusiastas por la difusión de la obra de su ídolo en el extranjero”.⁵⁵ Al permitir que la tiranía del instante se apoderara del repertorio, se había frustrado la ocasión de ofrecer un compendio filosófico coherente, ideado conforme a ciertos principios y objetivos fijados de antemano. Éstos suponían informar y atraer a un vasto público hacia los escritos de los “mayores filósofos de nuestros días”, elegidos con base en un doble criterio: que representaran los libros “supremos en su tema” y que se evitaran aquellos únicamente “interesantes y útiles para especialistas que deben poder acudir a ellos en el original”.⁵⁶

Carecer de un programa no sólo había impedido ofrecer los materiales necesarios para adentrarse en la materia. También había falseado el perfil de la disciplina, al proyectar una imagen parcial y un tanto sesgada de sus con-

⁵⁴ KRAUZE, *Daniel Cosío Villegas*, p. 125.

⁵⁵ AJG, 2, exp. 2, f. 30433. Acerca de los incidentes que rodearon la publicación de las obras de Dewey en español, véase CASTILLO SANTOS, “Pobres diablos”. Respecto a este tema, resulta igualmente de interés REY, “Hermeneutic Migrations”.

⁵⁶ AJG, 2, exp. 2, ff. 30423 y 30432.

tenidos esenciales. La disparidad más evidente residía en el peso asignado a la filosofía alemana, cuya desmesurada presencia en el catálogo provenía, según señaló, del “germanismo impuesto principalmente por la influencia de Ortega”.⁵⁷ A él y a su revista se debían, en efecto, que las producciones de origen teutón se hubieran difundido por todo el continente, si bien admitió que la tarea fue tan obligada como provechosa en su momento. En la medida en que la “fecundación tenía por condición la intensidad”, dirigir la mirada a Alemania parecía imprescindible cuando ponerse a la altura de los tiempos significaba asimilar ese modelo. De ahí que si algún reparo cupiera, éste se reducía a objetar un privilegio “demasiado exclusivo, haciendo descuidar excesivamente el conocimiento de otras potencias de nuestros días y del futuro, como la norteamericana”.⁵⁸ En vista de que la vanguardia filosófica diversificó su código postal, un cuarto de siglo más tarde aquel porvenir se había hecho ya presente. En ese contexto, únicamente las inercias del pasado explicaban que la creciente pluralidad no hallara un correlato en la agenda editorial. ¿Cómo entender de otro modo que “tantas obrillas de existencialismo o sobre existencialismo” hubieran encontrado un lugar en nuestra lengua, mientras que otras más valiosas, como las de Alfred Whitehead o Nicola Abbagnano, estuvieran únicamente disponibles en su idioma original? “Es realmente escandaloso”, concluía en un tono que denota la urgencia por abrirse a autores y corrientes oriundos de distintas latitudes.⁵⁹

Si ofrecer un panorama objetivo de la escena filosófica internacional constituía un designio deseable, no se agotaban ahí las potencialidades del FCE. Mucho más que erigirse en un mero reflejo del mundo circundante, esta institución había adquirido los medios para moldearlo a su semejanza. Además de buscar un punto de equilibrio, en sus manos quedaba hacer justicia en un sentido pleno, es decir, inclinando la balanza en favor de la región. Alcanzar ese fin dependía, en un inicio, de promover y difundir,

⁵⁷ *Ibid.*, f. 30456. Según registró Nayelli María Castro Ramírez, de los 157 títulos publicados tanto en la sección de “Filosofía” como en los “Breviarios” entre 1942 y 1970, 43% corresponden a obras traducidas del alemán, 42% del inglés, 8% del francés, 6% del italiano y 2% del latín. CASTRO RAMÍREZ, “Regards sociologiques”, p. 53, n. 43. En su ya clásico estudio sobre la *Revista de Occidente*, Evelyne López Campillo apuntó, por su parte, que si en un inicio prevaleció la orientación germanófila, a partir de 1931 se pluralizó la temática mediante la inclusión de otras fuentes y culturas. Véase LÓPEZ CAMPILLO, *La Revista de Occidente*, p. 249.

⁵⁸ GAOS, “Presentación” (1945), en *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española*, p. 246.

⁵⁹ AJG, 2, exp. 2, f. 30456.

no sólo aquello venido desde afuera, sino los trabajos elaborados en el entorno. Ahora bien, lejos de estimular la escritura nativa, un vistazo al inventario mostraba una disparidad pronunciada entre los originales y las traducciones, al grado de que las obras autóctonas únicamente representaban una sexta parte del total. Imposible, en esas circunstancias, participar en condiciones de igualdad en la construcción colectiva de las ciencias humanas y sociales. Al FCE correspondía, por consiguiente, contribuir a romper la unilateralidad en la recepción y a invalidar el estatuto periférico al que Hispanoamérica estaba relegada. Para satisfacer esas aspiraciones, resultaba indispensable erigir un “principio supremo” en motor de sus actividades: conciliar “sus *intereses* como empresa *económica* con ciertos *deberes* que parece tener que cumplir en cuanto empresa *cultural*”.⁶⁰

Al subrayar la responsabilidad institucional frente a la ecúmene que le brindaba sustento, el promotor de la iniciativa admitía el papel de la industria editorial en la conformación de los distintos campos del saber. Ello responde a que determinar un repertorio significa establecer los parámetros de validez o invalidez de ciertas formas de escritura, seleccionar los fragmentos que integrarán la tradición y delimitar de este modo las opciones de lectura. Al *corpus* resultante se le llamará, en este caso, “filosofía”. Así lo había observado Gaos en numerosas ocasiones, al advertir que definir la disciplina supone examinar sus componentes de base, esto es, un conjunto de textos filosóficos. Pero si como profesor podía contentarse con descripciones eidéticas, en tanto director de una colección sus ambiciones fueron mayores. Éstas se cifraban en realizar los ideales que había propugnado, una y otra vez, en aulas, auditorios y revistas: prestar unidad a las formas del pensamiento local y redactar con ellas los capítulos de la historia universal. Por lo demás, no habían sido distintas las estrategias empleadas en el extranjero, al menos donde las casas de edición apoyaban a sus connacionales. De forma similar, sugería, “una editorial como el Fondo debiera proponerse [...] ser para los autores filosóficos contemporáneos de lengua española algo así como lo que viene siendo Alcan para los de lengua francesa o fue Niemeyer para el movimiento fenomenológico en lengua alemana”.⁶¹ El talento por sí mismo no bastaba.

Varias ideas concretas, concebidas para introducir a los escritores locales en la cosmópolis de las letras, acompañaban el planteamiento. Si adqui-

⁶⁰ *Ibid.*, f. 30451. Cursivas en el original. Acerca de la coincidencia entre esos postulados y la dirección que tomó el FCE en tiempos de Arnaldo Orfila, véase DÍAZ ARCINIEGA, *Historia de la casa*, pp. 141-143.

⁶¹ AJG, 2, exp. 2, f. 30461.

rir cartas de ciudadanía suponía obtener la aquiescencia del otro, hacerse visible constituía el primer y mayor desafío. A la pregunta, “¿cómo interesar a los autores de otras lenguas por los de la nuestra?”, formuló un par de respuestas. Una de ellas radicaba en interpelar directamente, mediante estudios en que se analizara la obra de los escuchas esperados. De elaborarse con maestría, esos trabajos no podrían ignorarse “ni, por ende, a los respectivos autores”. Aprovechar esos espacios para indicar que “*hay otros de su lengua dignos de la misma consideración*” constituía el siguiente paso para alcanzar una interlocución plena. Pero había un requisito complementario. Participar en los foros globales de discusión dependía, no sólo de la posibilidad de alzar la voz, sino de intervenir con iguales derechos y a título de pares. Para lograrlo, había que mostrar que los pensadores de habla hispana poseían credenciales análogas a las que se ostentaban en otras tierras. Nada más sencillo de alcanzar, siempre y cuando se invocara la magia de la imprenta: una colección dedicada a los mayores filósofos contemporáneos, en que se entreveraran monografías sobre Caso y Vasconcelos, Korn e Ingenieros, Rodó y Vaz Ferreira, enseñaría que “pueden ‘alternar’ dignamente en el salón de la filosofía internacional”. Mediante ese procedimiento y orden, inquiría, “¿no serían leídas por los lectores de los otros volúmenes de la serie?, ¿dejarían de hacer algún efecto?”.⁶²

Sobra decir que fomentar el espíritu continental no significaba privarse del aliento que soplaba desde el exterior. Aunque era menester conquistar la reciprocidad, editar y traducir implicaban cambiar de aires y cruzar fronteras. Convencido de que incorporar las obras canónicas provenientes de otras lenguas y espacios “constituye una aportación tan fértil como meritoria a la historia de la cultura universal”,⁶³ Gaos exhortaba a que ese proceso se verificara con el mayor celo. La advertencia resultaba en especial valedera para el FCE, cuyo prestigio se había en gran medida fraguado a fuerza de importar distintas prosas. Siendo tal su principal política, el asesor proponía erigir en “norte que la *oriente* [...] el ideal de una *escuela de traductores*, en particular el de sentar una *terminología* en la traducción de las filosofías extranjeras”.⁶⁴ Dotar de ciertos principios que confirieran unidad y continuidad en el tiempo, así como procedimientos y técnicas homogéneos, se presentaban como las condiciones

⁶² *Ibid.*, f. 30459. Cursivas en el original.

⁶³ GAOS, “La jornada de Dilthey en América”, en *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset*, p. 189.

⁶⁴ AJG, 2, exp. 2, f. 30451. Cursivas en el original.

para profesionalizar el oficio. También lo era disponer de ciertas normas, aquellas que, según Gideon Toury, convierten los valores e ideas vigentes en instrucciones de uso.⁶⁵ Y, por último, no menos obligado parecía contar con una institución que facilitara y regulara a la vez las prácticas del gremio, entendido como un cuerpo cuya coherencia surge, al menos en parte, de una formación en común. De todo ello, puede suponerse, sería vehículo la “escuela”.

En formular algunos de esos lineamientos se ocupó Gaos en unas notas redactadas para la editorial, más tarde publicadas en un volumen con fines didácticos. En ellas asentaba la naturaleza *sui generis* de los textos filosóficos, mismos que exigían estrategias traductorales adaptadas en consecuencia. Así, mientras que en el ámbito de la literatura podía transmitirse una experiencia de lectura, la filosofía, puntualizó, “no es cosa de ‘efectos’ de ninguna especie, sino de pensamientos a cuya rigurosa identidad consigo mismo, y únicamente a ella, es anejo el valor con que se proponen [...]: el de verdades”. Ceñirse al original, en términos tanto léxicos como sintácticos, surgía como un requisito indispensable para quien deseara transponerlo en otro idioma. El llamado a la literalidad se revelaba tanto más imperioso cuanto que en el género prosperaba un glosario técnico que apuntaba, sin embargo, a entidades abstractas. Mantener la uniformidad en el vocabulario, más allá de las variaciones semánticas, constituía, por lo tanto, el mayor reto impuesto al traductor. Poniendo su experiencia al servicio de los principiantes, quien esto señalaba sugirió varias estrategias para salir airoso de la prueba. La primera consistía en ensayar alternativas hasta encontrar aquella que se ajustara mejor a todos los contextos de enunciación. Pero más provechoso todavía era consultar las versiones que servían de antecedente, cualquiera que fuese el idioma de llegada. Además de reconocer la labor ajena y facilitar la tarea propia, cultivar ese hábito contribuiría a conformar “*una tradición terminológica lo más perfecta y unitaria posible*”.⁶⁶ Un ideario lingüístico de corte universalista subyacía, por consiguiente, en el proyecto de profesionalizar la filosofía. De ahí que en el centro del proceso se ubicara la traducción, en tanto vehículo privilegiado para allanar las diferencias y estandarizar el lenguaje.

⁶⁵ Gideon Toury, cit. en CASTRO RAMÍREZ, “Regards sociologiques”, p. 40.

⁶⁶ GAOS, “III. Normas para las traducciones, introducciones y notas de una colección de textos filosóficos”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, pp. 221-225. Cursivas en el original. Acerca de la puesta en práctica de estos lineamientos, véase FROST, “Ser y estar”, pp. 453-460.

Aunque acostumbrado a trabajar “en las [condiciones] que da de sí el mercado”, Gaos sabía que contar con un cuerpo de traductores competentes no dependía únicamente de la buena voluntad ni, mucho menos, de principios abstractos.⁶⁷ También intervenían los incentivos materiales que compensaran la tarea. Se consideraran aspectos morales o simples argumentos económicos, la ley de la oferta y la demanda exigía que la remuneración no sólo contemplara la lengua traducida. En cuenta debía tomarse igualmente la complejidad de la obra y “el nombre del traductor”, esto es, el prestigio del que se gozaba en tanto figura destacada del medio intelectual. Graduar el pago a partir de esos tres factores —idioma, dificultad y renombre— constituía el eje de la moción.⁶⁸ Al parecer, la tabulación se recibió con beneplácito, aunque no tanto los precios sugeridos, que debieron reducirse en atención al presupuesto. La ilusión de acompañar el capital simbólico con uno de tipo monetario se evaporó así en el aire, como también lo hizo otro pasaje del sueño. Se trataba de la idea de fundar una “escuela”, con la particularidad adicional de que él mismo se situaría a su cabeza.

Me ofrezco a formar —escribió generoso— un grupo de traductores y comentaristas didácticos de filosofía de cuyo trabajo me haría responsable, en las siguientes condiciones:

- 1] que la editorial acepte las propuestas personales que le haga;
- 2] que las personas acepten el que sus traducciones sean revisadas y aceptadas o rechazadas por mí, aceptación sin la cual no las propondría. Pienso en mis amigos y discípulos.⁶⁹

Si bien no en los términos impersonales en que se conciben, por lo común, las prácticas institucionalizadas, el proyecto revela la maestría que él mismo se prestaba, adquirida a raíz de una larga experiencia en la materia. Sin poder determinar si se ponderó en las cúspides del FCE, al menos resul-

⁶⁷ Carta a Francisco Romero, fechada el 15 de febrero de 1939, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 170.

⁶⁸ AJG, 2, exp. 2, ff. 30494-30498. Los precios que proponía Gaos, dispuestos en función de los factores referidos, oscilaban entre 5 y 10 pesos por cuartilla.

⁶⁹ *Ibid.*, f. 30473. La numeración es mía. Es muy posible que Gaos concibiera ese adiestramiento como una especie de taller, en vista de que, según afirmó por esos años, “a traducir se aprende exclusivamente traduciendo: no aprendiendo gramática ni a hablar”. Carta a Vera Yamuni, fechada el 5 de octubre [de 1956], AJG, 4, exp. 9, f. 64821.

ta indudable que la iniciativa no alcanzó a concretarse. Lejos de recibir una potestad extensiva, Gaos renunció muy pronto a su cargo como director de la sección de filosofía, por considerar vulnerado su lugar en el organigrama. Dos publicaciones se situaron en el origen del conflicto. Una de ellas correspondía a la traducción española de la obra de Heidegger, *Kant y el problema de la metafísica*. Pese a que una revisión técnica había devaluado numerosas deficiencias en ese paso a nuestro idioma, la versión que firmaba Gred Ibscer Roth poseía la particularidad de contar nada menos que con el autor como su principal aval. A primera vista, reflexionaba el dictaminador, si un filósofo “de tal autoridad, una de las primeras cabezas de la humanidad en todos los tiempos, recomienda como su traductor a determinada persona a una editorial, parece que ésta se encuentra precisamente en el mejor de los casos”. ¿Cómo dudar, en efecto, que tal gesto sólo podía provenir del justo interés y el conocimiento de causa? Había buenas razones, sin embargo, para actuar con cautela, ante la eventualidad de que “el autor se equivoque y hasta por ligereza en el juzgar de la competencia del traductor —como parece ser el caso en el presente”. La superioridad del escritor terminaba en el punto exacto en que intervenía un cambio de lengua, colocando al especialista en condiciones similares para discernir acerca de la validez en los criterios. La situación entrañaba, por lo tanto, un “conflicto de autoridades” que al FCE no convenía dirimir, so pena de erigirse en un indeseable “tribunal del pensamiento”. La única solución disponible consistía en dejar la sentencia definitiva en manos del lector y, más en específico, del crítico profesional. Por su parte, él mismo se desentendería del asunto, en la inteligencia de que “la traducción será tan comprada como no leída, y por tanto perfectamente inoperante en bien y en mal: los capaces de leer el libro, lo han sido, son y serán de leerlo en el original”.⁷⁰ ¿Por qué engañarse respecto a la posibilidad de universalizar el pensamiento, cuando el reino del saber estaba reservado, en realidad, a los elegidos de siempre?

Al segundo episodio no sucedió el compromiso. Sin necesidad de lidiar con la incómoda presencia de un autor todavía vivo, Gaos no toleró ver publicada una versión que él mismo consideraba inaceptable. Se trataba de la *Ética* de Baruch Spinoza, cuyo desplazamiento al español había corrido a cargo de Óscar Cohan, profesor argentino. Pese a ostentarse como especialista, un minucioso cotejo había revelado un sinnúmero de errores, que in-

⁷⁰ AJG, 2, exp. 2, ff. 30503-30505.

cluían desde omisiones en el texto e impropiedades en la terminología, hasta desaciertos gramaticales y de estilo, por no mencionar las “redundancias latinizantes” y las múltiples erratas. Pero por encima de esas anomalías se situaba la torpeza de adoptar las soluciones provenientes del francés y de establecer el original a partir de una edición “completamente superada”. Ante tamañas faltas de rigor y de profesionalismo, todo intento por introducir mejoras había sido en vano, dando por resultado, a juicio del dictaminador, “un término intermedio que es lo más probable no satisfaga al Dr. Cohan y es seguro no me satisface a mí”. El carácter irreversible de la situación fue determinante en su decisión de separarse de la empresa.

El caso de esta traducción —indicó a Arnaldo Orfila— me ha probado, con una experiencia en varios aspectos sumamente ingrata, que la dirección de la Colección de Textos Filosóficos puede tener consecuencias que no quiero ni exponerme a sufrir una sola vez más. Quiero volver a no tener que cargar con la responsabilidad más que de trabajos exclusivamente míos. Por ello renuncio a la dirección de la Colección y le ruego que mi nombre ya no aparezca al frente de ella. Esta resolución es irrevocable.⁷¹

De nada sirvió que el editor intentara compensar con prodigalidad el disgusto, cuando el curso de acción estaba ya trazado. Este supuso alejarse de la labor editorial, si bien la distancia no abarcó otras funciones. Por el contrario, distintas versiones ocuparon a Gaos hasta sus últimos días, llegando incluso a temer que “la otra vida consista para mí en traducir del alemán al infernal —no puedo esperar que sea al celestial, si la misericordia de Dios no es realmente infinita”.⁷² Cinco gruesos volúmenes, surgidos de la pluma de Nicolai Hartmann, formaron parte de esa actividad inacabable, asumida en un inicio para hacer frente a sus egresos. Elegir un título en concreto no se originó, sin embargo, en el azar de las finanzas. Lejos de emanar de las necesidades del instante, ofrecer la *Ontología* en español constituía una idea acariciada por él desde hacía largo tiempo. La razón radicaba en hallarse, a su juicio, ante la obra “más importante de la disciplina desde

⁷¹ Cartas a Arnaldo Orfila Reynal, fechadas, respectivamente, el 30 de diciembre de 1958 y el 13 de enero de 1958, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 305-308. Las notas acerca de la traducción de Óscar Cohan aparecen en AJG, I, exp. 32, ff. 4859-4865.

⁷² Carta a Juan David García Bacca, fechada el 22 de junio de 1961, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 418.

la de [Christian] Wolf en el siglo XVIII”.⁷³ Para ponerla a circular bien valía la pena enfrentar de nuevo aquello que Antoine Berman denominó, en célebre expresión, “la prueba del extranjero”.⁷⁴ A superarla consagró Gaos alrededor de una década, invirtiendo las mañanas en buscar, con la ayuda de gruesos diccionarios, los términos más adecuados. Uno a uno fueron apareciendo los tomos de aquel monumental sistema, hasta que en 1964 concluyó finalmente la tarea. Si en esa larga temporada nunca decayó en el empeño, avanzando “dos, tres, cuatro páginas, según puedo —a página cada media hora”,⁷⁵ no sucedió así con su entusiasmo. La cercanía le había mostrado, en efecto, los defectos que impregnaban el tratado, cuya solidez y relevancia comenzó a poner en duda. A finales de los años cincuenta admitía ya para sí que poco había de admirable en esa doctrina y no tardó en conceptualarla como una “ciencia que nace muerta”.⁷⁶ Cansado de servir una palabra ajena, resulta natural que buscara emanciparse del oficio para empezar a hacer oír su propia voz. “He acabado la traducción de Hartmann —anunció, en ese sentido, a Vera Yamuni—, y quisiera que fuese la última mía, para dedicarme a hacer mis libros personales sobre la base de los muchos materiales que tengo.”⁷⁷

El deseo se cumplió: al paso en que fue liquidando sus obligaciones como traductor, comenzaron a perfilarse los contornos de sus principales obras de madurez, *De la Filosofía* y *Del Hombre*. Dictados en forma de lecciones, en esos cursos compartió sus ideas acerca de la disciplina, todas ellas concebidas a lo largo de su trayectoria, pero siempre suspendidas ante compromisos más urgentes. Con un mensaje de escepticismo profundo culminaron aquellas líneas, en un dictamen hasta cierto punto análogo al que emitió respecto al tránsito entre idiomas. Si transmitir plenamente se revelaba como un imposible, más aún lo era cuando los conceptos se hallaban mediados. “El esfuerzo dedicado a las traducciones debía dedicarse a la enseñanza de lenguas y a la lectura de los originales”, concluyó en consecuencia. Con esa sencilla medida se atenuaría, además, la “balumba de publicaciones” que día con día inundaba el mercado, sin contar con suficientes lectores que la pu-

⁷³ Carta a Salvador Azuela, fechada el 29 de agosto de 1955, en *ibid.*, p. 347.

⁷⁴ BERMAN, *L'épreuve de l'étranger*.

⁷⁵ Carta a Vera Yamuni, fechada el 21 de enero [de 1955], en AJG, 4, exp. 9, f. 64845.

⁷⁶ *Ibid.*, exp. 8, f. 64216, 14 de enero de 1963.

⁷⁷ Carta a Vera Yamuni, fechada el 14 de abril [de 1957], en *ibid.*, exp. 10, f. 65154.

Para conocer la opinión que acerca de la obra terminó por arbitrar, véase GAOS, “La Ontología de Hartmann”, en *Obras completas*. XI. *Filosofía contemporánea*, pp. 448-450.

dieran absorber. Sobra decir que él mismo no ignoraba haber contribuido a alimentar el absurdo, al aceitar los rodillos de la imprenta mediante numerosos escritos, tanto propios como ajenos. La culpa, si la hubiera, fue proporcional a la condena, dado que, se preguntó, “ser un gran traductor —sobre todo en volumen— ¿no será prueba de falta de originalidad?”⁷⁸ Mientras que sus libros personales desmienten la segunda inferencia, haber vertido al español algunas de las obras fundamentales de la filosofía occidental hasta cierto punto respalda la primera. Al momento de su muerte, éstas sumaban alrededor de 16 000 páginas, a las que quizás habría que sumar varios millares más, de ser verdad, tal como anunció, que sigue traduciendo al celestial o al infernal.

⁷⁸ AJG, 4, exp. 8, f. 64218, 17 de enero de 1963; y exp. 4, f. 62155, 20 de diciembre de 1958.

CUARTA PARTE
JOSÉ GAOS, MAESTRO DE MAESTROS

Hay ideas esenciales que se pierden y son las más numerosas. Hay otras que se encienden entre llamaradas de novedad, encandilan, asombran, pero enseguida se apagan. Aunque en extremo raras, también hay unas más que brillan con luz propia, iluminan el camino y propagan su reflejo en cuanta superficie esté a su paso. Éstas nos transforman. José Gaos tuvo la fortuna de procrear una de ellas, al percibir la necesidad de explorar el pasado filosófico de nuestra región y decidir hacerlo objeto de un trabajo colectivo. Fue, por decirlo así, su balsa de piedra. La observación fue rica en consecuencias: además de participar en esa empresa con sus propias investigaciones, organizó en torno suyo a un grupo de estudiosos que, de forma original y productiva, contribuyeron a introducir en suelo mexicano la disciplina hoy conocida como Historia intelectual. El marco de esas labores en conjunto fue el llamado “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española” que, iniciado en 1943 en El Colegio de México y proseguido más tarde en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), se mantuvo en actividad hasta bien entrada la década de 1960. Provisto de un amplio campo temático y, sobre todo, de nuevas prácticas de trabajo, el medio que lo recibió no volvió a ser el mismo.

Transcurridos más de dos decenios desde su “transtierro”, Gaos confesó que un motivo de arraigo consistió en descubrir que el Nuevo Mundo se conservaba como una hoja en blanco. O casi.

Pronto —afirmó— también tuve aquí la impresión de haber entre Europa y América un gran contraste en punto a las posibilidades de trabajo intelectual, allá [...] había más candidatos para cada tema posible que temas para los aspirantes a tratar alguno; aquí todo lo contrario: para los temas que se ocurrían no parecía haber interesados en dedicarse a estudiarlos [...]. En vez, pues, de una perspectiva de concurrencia intimidante, una perspectiva que no podía ser más atractiva: la de ser dueño, no de un campo, sino de

varios, capaces de dar rendimientos que, por módicos que fuesen, serían únicos y, aunque sólo fuese por ello, nuevos, originales.¹

Por “pronto” debe entenderse unos cuantos años, tiempo requerido para familiarizarse con las características del país receptor. Aunado al interés que lo llevó a emprender una larga serie de lecturas, sus primeros cursos universitarios le brindaron un mayor conocimiento del contexto local, al permitirle entrar en relación con estudiantes y profesores oriundos de estas latitudes. En ese sentido ocupa un lugar prominente aquel que tituló, sin excesivo ingenio, “Introducción a la filosofía”. Un simple vistazo al sumario muestra que tras el carácter convencional del rubro se escondía un amplio y ambicioso programa, a impartir en semestres sucesivos, y que abarcaba desde los *Fragmentos* de Heráclito hasta el *Discurso del método* de Descartes. En virtud de la tenacidad con que se opuso a que sus trabajos naufragaran en las aguas del olvido, grandes fragmentos de esas lecciones todavía se preservan como maderos de aquella monumental embarcación que son sus *Obras completas*. De ahí que para conocer el trayecto inicial de este navegante experto baste con consultar las coordenadas inscritas en el segundo tomo de esa serie y, con mayor concreción, en el libro *Orígenes de la filosofía y de su historia*. En estas páginas se encuentra la bitácora docente de aquellos días tempranos, junto con una crónica en detalle de las escalas realizadas en los escritos de Herodoto, de Platón y de Aristóteles. Por si fuera poco, dispersos en publicaciones diversas, también se cuenta con los testimonios de algunos cuantos argonautas. Uno de ellos, Antonio Gómez Robledo, rememoró tiempo más tarde cómo, buscando completar sus créditos universitarios “[con] lo que fuera y como fuera”, fue a parar en las aulas que dirigía el recién llegado. En vista del hastío que por entonces lo embargaba, cuál no fue su asombro al resentir el “calosfrío [...] que me produjo el magisterio de Gaos [...]”. Volví a ver con nuevos ojos, para empezar, el universo platónico”. Ello respondía, según relató, a que el profesor fincaba la exposición en el comentario directo de textos, mismos que traducía de clase en clase para beneficio de los presentes. Así se explica que, contra todo pronóstico, observara resurgir el antiguo entusiasmo por la filosofía y, a tal punto, que con gusto se sometió a cursos intensivos de griego.²

¹ GAOS, “Confesiones de transterrado”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 548-549.

² GÓMEZ ROBLEDO, “Mis recuerdos de Gaos”, pp. 69-70.

Si bien es cierto que la nostalgia tiende a nublar los ojos del recuerdo, no menos lo es que las palabras de Gómez Robledo reflejan fielmente el propósito que en su momento orientó el ciclo de lecciones. Tal como puede leerse en el anuncio, su finalidad consistía en “iniciar a los estudiantes y al público en general en el conocimiento de la filosofía, tomada en su expresión más auténtica, los textos mismos de los grandes filósofos, y en sus relaciones históricas esenciales con las otras creaciones de la cultura confrontadas en las obras más representativas de cada edad”.³ Pese a las buenas intenciones, no tardó en hacerse evidente que de la teoría a la práctica la distancia es muy grande y más aún cuando el medio académico impone serias restricciones. La más grave residía en la carencia de libros, limitados, en el caso del maestro, al mínimo indispensable que le proveyó La Casa de España y a algún otro que le dejaba “de cuando en cuando, porque le ha dado por estudiarlo”, un “escritor muy inteligente”. En esas condiciones, se lamentaba, “la labor resultó mucho más robadora de tiempo e ímproba de cuanto me había figurado”.⁴ Por fortuna, las satisfacciones alcanzadas no desmerecieron del esfuerzo. Eso sugiere al menos una carta a Alfonso Reyes, en la que informaba acerca de los numerosos alumnos que se dieron cita para escuchar sus conferencias y que, al lado de otros tantos curiosos y transeúntes, en ocasiones llegaron a colmar el aula. El verdadero éxito residía, no tanto en la nutrida concurrencia, cuanto “en que lo haya seguido, sin intermitencia alguna desde los primeros días hasta el de ayer [31 de octubre de 1939], una treintena de personas, profesionistas y estudiantes, algunos de los primeros, bien reputados y algunos de los últimos, de primer orden”.⁵ De los trabajos redactados, agregó, más de uno ameritaba figurar entre las páginas de una revista.

Aunque en esa misiva no se mencionan nombres, apenas resulta difícil colegir que, entre los ensayos referidos, un par pertenecían a Edmundo O’Gorman y a Justino Fernández. Un indicio de que su participación no se limitó a la simple escucha aparece en la bella edición, por parte de la editorial Alcancia, de los *Fragmentos de Heráclito*, según la traducción que el profesor había vertido en clase. La obsequiosidad con que los amigos pusieron

³ “Cátedra de filosofía. Curso público de Introducción a la filosofía, encargado al Dr. José Gaos”, en GAOS, *Obras completas*. II. *Orígenes de la filosofía*, p. 481.

⁴ Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, pp. 172-173. El escritor a quien se refería era Antonio Gómez Robledo.

⁵ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 1 de noviembre de 1939, en *ibid.*, pp. 210-211.

su imprenta en movimiento no fue, desde luego, el único ni principal puente que los unió con el maestro de ultramar. En décadas posteriores, Justino Fernández rememoró que “a los primeros meses de su arribo a México, Gaos distinguió los trabajos históricos de Edmundo y estimó su capacidad intelectual”. Pese a que la modestia le impidió incluirse entre los así destacados, no cabe duda de que otro tanto sucedió con sus propios escritos e inteligencia. El relato continúa con detalles que ya se han convertido en un lugar de referencia: “La amistad con el maestro nos ha unido desde entonces, pues casi no hemos interrumpido la frecuencia semanal de cenar juntos y en esa intimidad ha sido para mí un espectáculo maravilloso el chisporroteo de ideas en conversaciones del mayor interés entre Gaos y Edmundo”.⁶

De esas puntuales y enriquecedoras charlas sólo se conserva el débil eco que todavía resuena en libros y en cuadernos de notas. Algunas líneas de ese diálogo forman parte de un estudio que O’Gorman publicó en los albores de 1940 y que corresponden al prólogo de *La historia natural y moral de las Indias* del padre José de Acosta. Difícilmente se encontrarán páginas tan breves como instructivas, en las que el prologuista, además de actualizar la obra en cuestión, revelando “el secreto y la clave de lo que a su vez ese texto tiene de fundamental para nosotros”, compuso prácticamente un manifiesto sobre el sentido y procedimiento de la actividad historiográfica. Que la posición científicista no sólo se apoyara en premisas injustificadas, sino que errara al momento de examinar su objeto quedó al descubierto en un análisis que, tanto por el método como por el tipo de cuestionamiento, sin duda hubiera hecho las delicias de Michel Foucault. Ese análisis muestra que la tendencia a proyectar concepciones modernas respecto a los hombres del pasado desemboca en la incomprensión, cuando no en la falsificación, de aquello mismo que se busca conocer. En concreto, al partir de una idea contemporánea del sujeto, los historiadores habían fallado en situar el tratado del jesuita, imputándole, en escandaloso anacronismo, el calificativo de “plagiario”. Sobra decir que el argumento apuntaba, no tanto a rehabilitar el nombre de Acosta, cuanto a demostrar la necesidad de entender cada etapa dentro de los términos vigentes durante el periodo estudiado. Descubrir la “estructura, finalidad, estilo, y en general todos los supuestos bajo cuya influencia [una obra] pudo producirse” constituía, por consiguiente, la principal tarea de la historia como disciplina. Sólo contando con esos elementos podría apreciarse en su justa medida la diferencia que nos separa de aque-

⁶ FERNÁNDEZ, “Edmundo O’Gorman, su varia personalidad”, p. 15.

llas personas y tiempos, así como distinguir, por efecto de contraste, la particularidad de los nuestros. Ahora bien, ésta residía en la experiencia de la temporalidad o, en palabras del autor, en la “conciencia de nuestro *ser*, como manera histórica de ser”.⁷

No bien hubo cerrado las cubiertas de ese libro, Gaos admitió en privado haber “sentido un gozo... de paternidad pedagógica. Profundamente satisfactorio, tanto, que casi compensador de otras decepciones”. Aunque no se detuvo a precisar los sinsabores, tampoco escatimó tinta para contabilizar las deudas que contrajo su novel amigo. “Me debe —puntualizó—, más que los conocimientos aristotélicos que el sábado me reconocía [...], el método —mis lecciones sobre la expresión, sobre Herodoto— pero que O’G[orman] lleva a plenitud mayor aún que la mía.” Mucho más que la alegría de quien encuentra su inversión multiplicada, este meticuloso cuentaideas se entregó a la menos interesada dicha de encontrar sus monedas colocadas en mejores manos. Por lo demás, la transacción resultaba equilibrada, debido a que, convino, “he aprendido y sacado bastantes cosas de él”.⁸ Ello explica que muy pronto abandonara la fastidiosa tarea de adjudicar a cada quien lo suyo para registrar, simplemente, alguna “conversación con O’Gorman”. Por esas anotaciones nos enteramos de que en el transcurso de una misma cena los comensales departían acerca de temas tan diversos y sesudos como, por ejemplo, lo irracional, el vínculo de dependencia entre la contradicción y el tiempo, el pasado y la objetividad en historia, la verdad y las fuentes para la historiografía. Para nuestra suerte, ninguno falló de indigestión, sino que asimilaron las mutuas sugerencias que les ofrecía aquel sustancioso convite intelectual.

No pasó largo tiempo antes de que comenzara a circular en librerías un nuevo pasaje de ese diálogo, cuya publicidad corrió esta vez a cargo de la revista *Filosofía y Letras*. “Sobre la naturaleza bestial del indio americano” fue el título que Edmundo O’Gorman eligió para encuadrar el artículo y que descubre el espíritu de provocación que con frecuencia animaba su pluma. Quien recorra esas líneas no dejará de admirar la sagacidad con que supo aprovechar las inspiraciones de Gaos, consistentes, a la sazón, en distinguir las diversas acepciones contenidas en el término “humanidad”.⁹ Como si de

⁷ O’GORMAN, *La historia natural y moral de las Indias del P. José de Acosta*, pp. x, xiii y lxx. Cursivas en el original.

⁸ AJG, I, exp. 101, f. 20175, 6 de febrero de 1940.

⁹ Véase el artículo “Sobre sociedad e historia” (1940), en GAOS, *Obras completas*. VII. *Filosofía de la filosofía*, pp. 157-169.

un moderno Midas se tratara, el también alumno convirtió esas disquisiciones abstractas en el más concreto oro histórico. El prodigio se produjo, al retomar las definiciones postuladas para examinar el famoso debate que sostuvieron, a propósito de los naturales de nuestra región, fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Además de proponer una novedosa interpretación de la polémica, situándola dentro de las concepciones que acerca del hombre imperaban en el siglo XVI, con esas páginas ofrecía al maestro un servicio nada despreciable. Éste consistía, no sólo en llamar la atención respecto a un ensayo que había pasado “casi inadvertido”, sino en mostrar el alcance de sus ideas y la posibilidad de emplearlas dentro de confines mundanos.¹⁰ Aunque había buenos motivos para despertar el agradecimiento de su amigo refugiado, menesteroso como estaba de anclar su filosofía en la circunstancia americana, una misiva indica que todavía se encontraban a varios kilómetros de conocerse plenamente el uno al otro. “Dime si gustó mi nota al Sepúlveda —solicitaba en ella a Eduardo Nicol—. Qué [dijeron] Gaos y Gómez Robledo.”¹¹

Pese a que Nicol incumplió el encargo requerido, no resulta excesivo suponer que aquellas reflexiones gozaron del beneplácito anhelado. Por si no bastara saber que la amistad siguió su marcha, tal es lo menos que puede deducirse de un ensayo posterior, compuesto bajo la supervisión directa de Gaos y aparecido entre las cubiertas de *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*. Con ese título se difundió un conjunto de ocho ensayos, producto de las lecciones que en 1940 el profesor español consagró a la filosofía cristiana medieval. Según explicó en el prólogo, los logros alcanzados durante los meses precedentes lo motivaron a proceder en los siguientes con mayor orden y sistema. De ahí que propusiera a los asistentes una lista de temas a desarrollar, de tal modo que cada uno eligiera el que mejor le pareciese. La moción tuvo buenos resultados, dado que en octubre de ese año anunciaba a Alfonso Reyes que de su curso habían “salido más de media docena de trabajos que me parecen merecedores de ser publicados en un volumen, con una introducción mía, por la Casa [de España]”.¹²

¹⁰ O’GORMAN, “Sobre la naturaleza bestial del indio americano” (1941), p. 142.

¹¹ Carta de Edmundo O’Gorman a Eduardo Nicol, fechada el 12 de noviembre de 1941, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 151, f. 14004. En KOZEL, *La idea de América*, se encuentra una interpretación del diálogo entre José Gaos, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea, llevada a cabo en clave americanista.

¹² Carta a Alfonso Reyes, fechada el 31 de octubre de 1940, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 220.

Así se hizo y en virtud de esos buenos oficios el lector curioso puede hoy consultar un original ensayo de O’Gorman en el que, más que una hazaña, acometió una afrenta contra las convenciones historiográficas vigentes. En implícita burla a los profanadores de tumbas, afanosos por exhumar hueso por hueso el cadáver del pasado, él mismo logró revivirlo a partir de un solo documento. Con base en una crónica fechada en el siglo XIII, *La destrucción de Jerusalén*, intentó inferir nada menos que “La conciencia histórica en la Edad Media”, según reza el título que encabeza el ensayo. La maestría del historiador se hizo presente, al ir más allá de los detalles chuscos o soeces que puntúan el relato para inquirir por la cosmovisión que hizo posible ese tipo de discurso. Y lo que descubrió fue a un hombre volcado hacia el fin de los Tiempos, atento a la inminente redención y con la confianza puesta en la única Verdad, aquella a la que se subordinaban las pequeñas y muy grises verdades factuales. Una “croniquilla” anónima fungió como mónada que encarna, en cada una de sus partes, la totalidad de una época.

Tan asombroso como el procedimiento, análisis y conclusiones que se encuentran en esas páginas es su convergencia con los que aparecen en algunos escritos tempranos de Martin Heidegger.¹³ La reciente edición de esos textos, tanto en alemán como en español, cancela, empero, cualquier posibilidad de que fueran entonces conocidos en el medio mexicano. Siendo así, ¿cómo explicar tamañas coincidencias? A ese respecto Francisco Gil Villegas sostiene una interesante hipótesis, cuando señala que las clases de Gaos constituyeron “una profundización del curso que Ortega [y Gasset] había impartido en el año de 1933 en la Universidad Central de Madrid y que se publicaría años después con el título de *En torno a Galileo*”. Curiosamente, puesto que en esas sesiones el filósofo madrileño se inspiró en las lecciones que su homólogo alemán había impartido de 1919 a 1921 en la Universidad de Friburgo, “los discípulos mexicanos de Gaos en el curso de 1940 parecen ser heideggerianos vanguardistas sin saberlo”.¹⁴ En términos más generales pero no menos plausibles, Alfonso Mendiola sugiere, por su parte, que “O’Gorman comprendió los retos planteados para la obra de Heidegger por la conciencia de la historicidad”.¹⁵ Quien sabe leer entre líneas —y ésa era una de las especialidades de don Edmundo— no necesita mayores desarrollos.

¹³ Véase en particular, HEIDEGGER, *Introducción a la fenomenología de la religión*.

¹⁴ GIL VILLEGAS, “Ortega y el Hiperión mexicano”, pp. 168-169.

¹⁵ MENDIOLA, “¿Es posible el diálogo entre filosofía e historia?”, p. 94.

Además de esa insospechada filiación, el volumen contiene otras que no lo son tanto. Por ejemplo, al abrir el tomo y avanzar un par de páginas se descubre un singular ensayo titulado “*Superbus philosophus*”. La obra de Tomás de Kempis, *De imitatione Christi*, las *Confesiones* de san Agustín y algunos pasajes bíblicos sirvieron para demostrar que el cristianismo señaló a la soberbia como esencia y suma de la filosofía pagana. Caracterizado en términos semejantes a los de Satanás, el ángel rebelde, el filósofo es instado a revestirse de humildad para doblegarse ante el pensamiento cristiano y convertirse en siervo del Señor. Contra lo que pudieran hacer creer algunas expresiones clave, como el afán de dominación, el saber de salvación y de perdición en tanto movimientos extremos y complementarios del filosofar, o el carácter demoníaco de la filosofía, el autor del escrito no era José Gaos, sino Leopoldo Zea, un joven estudiante que desde hacía unos cuantos años recibía —y al parecer asimilaba de modo extraordinario— las enseñanzas del profesor.

Aunque no de forma tan notoria, los demás ensayos portan también la marca de aquel hábil escultor de almas que llegó con su cincel a nuestras tierras. La “visión del mundo” con que concluye el escrito de José Luis Martínez y la necesidad de adoptar puntos de vista pluriformes para dar cuenta del cambio histórico, tal como lo reivindica el artículo de Gustavo Pizarro, parecen concepciones labradas en su taller de historiador. Algunos otros, en cambio, no se privaron de señalar sus deudas con el maestro artesano. Tal fue el caso de Tomás Gurza, al referir que “la asistencia a los cursos regulares del señor Gaos nos dio oportunidad de familiarizarnos con el contenido más profundo” de la obra objeto de estudio, la *Summa* de santo Tomás; de modo similar lo hizo Antonio Gómez Robledo en diversos pasajes de su ensayo, ya fuera al explicar algún término en específico o al mencionar el origen de cierta idea.¹⁶ Bajo la forma de conceptos, expresiones, enfoques o herramientas metodológicas comenzó a manifestarse, discreta, la influencia de Gaos acerca de sus primeros alumnos, si bien es cierto que quienes prefirieron no adoptar sus métodos y temática quedaron excluidos de participar en aquel volumen colectivo. Respecto al resto pudo decir que le producían “el gozo que sólo el padre y el maestro comparten: el de verse más perfectos en su prole carnal o espiritual”.¹⁷

¹⁶ Véanse GURZA, “La Catedral y la Suma”, p. 184; y GÓMEZ ROBLEDO, “Cristianismo y filosofía en la experiencia agustiniana”, pp. 236 y 259.

¹⁷ José Gaos, “Presentación”, en Zea et al., *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística*, p. ix. Para conocer una revaloración contemporánea de esta obra, véase el prólogo que Andrés Lira antepuso a la edición facsimilar que editó El Colegio de México con motivo del centenario del nacimiento de Leopoldo Zea.

Los beneficios de esa obra no se hicieron esperar, no sólo para los autores, sino también para el organizador. Desde la prensa docta, Juan David García Bacca juzgó los escritos como “modélicos”, en virtud de que “nos describen un tipo de conciencia histórica viviente en individuos cuya función consiste en ‘reflejar’ una cultura colectiva, ecuménica, católica, en el sentido de que abarca a todo el universo, natural y sobrenatural”. Tan felices resultados explican que los describiera como un “ramillete ejemplar de hermenéutica histórica” o, mejor aún, como un “ramillete de personalidades agrupadas al derredor de Gaos”.¹⁸ De esta forma ponía en evidencia los cambios que se operaban en el campo académico mexicano, en donde, a golpes de papel impreso, su colega lograba colocarse en lugar prominente y, junto con él, un grupo de jóvenes promesas. Apenas admira, por consiguiente, que quien se situaba a la cabeza de esa naciente red intelectual señalara que “la publicación de los trabajos sobre Cristianismo y Edad Media, y las noticias acerca de la tesis de Zea están estimulando a todos”.¹⁹

No era para menos. Pese a que en nuestros días su lectura provoca el bostezo cuando no la perplejidad, es de recordar que la aparición de *El positivismo en México* hizo en su momento las veces de una auténtica conmoción cultural. De otorgar crédito a la leyenda, desde el 31 de marzo de 1943, fecha del examen de grado, comenzaron a sentirse las primeras sacudidas, suscitadas por el aplauso de don Antonio Caso, figura sancionadora del medio. Laureada con varios premios en la Feria del Libro y proclamada por el periódico *El Universal* como la mejor tesis del año, la investigación suscitó exaltadas reseñas en la prensa. Apenas salida de la imprenta y todavía fresca la tinta, ya se aclamaba la obra como “clásica en el asunto” y no pasó largo tiempo antes de erigirse en lectura de “obligada consulta”.²⁰ Mientras que alguno, como Francisco Giner de los Ríos, se admiró de una rara *opera prima* “que deja de ser índice de una promesa [...] para convertirse en presentación definitiva de una realidad hecha”, en opinión de otros, como Alberto T. Arai, el libro representaba “el símbolo de la nueva generación filosófica”.²¹ Y es que, a ojos de sus contemporáneos, en él se vislumbraba un

¹⁸ GARCÍA BACCA, “*Trabajos de historia filosófica, literaria y artística*” (1943), p. 6.

¹⁹ Carta a Alfonso Reyes y a Daniel Cosío Villegas, s. f., en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Itinerarios filosóficos*, p. 125.

²⁰ Véanse MENÉNDEZ SAMARÁ, “El libro de Leopoldo Zea” (1943), p. 9; y CHUMACERO, “Leopoldo Zea” (1945), p. 1.

²¹ Véanse ARAI, “Leopoldo Zea” (1943), p. 8; y GINER DE LOS RÍOS, “Leopoldo Zea y su primer libro” (1943), p. 6.

futuro cargado de esperanza, momento en que las producciones americanas presentes y pasadas se fundirían en un abrazo fraterno con la filosofía occidental. Sólo por excepción se manifestaron ciertas objeciones, como las que acremente profirió Octavio Paz. En una nota publicada en Argentina, el poeta refirió que “el autor ha desdeñado los datos de la historia mexicana o no los ha sabido interpretar correctamente; es visible, pues, que no ha empleado ningún método histórico para examinar las ideas en su ‘concreción histórica’”.²² No obstante, cualquier palabra crítica quedó silenciada tras escucharse la voz autorizada de Werner Jaeger. En una carta dirigida al recién estrenado maestro, el gran humanista alemán comentaba que, de todos los que acerca de la materia habían llegado a sus manos, “su libro ha sido el que más ha contribuido para hacerme comprender la historia espiritual del México moderno”. La misiva concluía expresando la alegría “de que ahora exista tanto interés en su país por la historia de las ideas, y de que podamos entendernos los unos a los otros, al parecer tan fácilmente, en esta actitud de nuestra mente”.²³ La celebridad del destinatario estaba asegurada.

En justo resarcimiento a sus labores preceptivas, más de uno colocó algunas ramitas de laurel sobre las sienes del mentor. Quienes así lo hicieron, reconocían su destreza para guiar al alumno, abrirle camino y brindarle herramientas para trabajar con “un rigor metódico jamás alcanzado en nuestro medio”.²⁴ Con sonrisa apenas velada, también se admitió el enorme mérito de haber sabido distinguir el impenetrable mutismo de Zea sobre la llana estulticia. Alguno refirió, en efecto, que durante largo tiempo se sintieron asombrados “del entusiasmo que por él sentía José Gaos, y que no compartían entonces sus mismos compañeros y amigos, intimidados o desconcertados por su casi mudez”.²⁵ José Luis Martínez confesó, por su parte, que estando acostumbrado “a que la capacidad intelectual de una persona fuera más o menos perceptible con su trato”, desesperaba “frente a aquel extraño joven capaz de mantenerse en absoluto silencio tantas horas como se estuviera con él”.²⁶ Tan extendida parecía esa opinión que Alí Chumaceiro tuvo la delicadeza de compartir una fecha memorable, aquella en que un descubrimiento insospechado lo obligó a separarse del común de la gente.

²² PAZ, “Historia y filosofía” (1943), p. 8. Este artículo apareció publicado en el número 107 de la revista *Sur* de Buenos Aires, Argentina y más tarde en *Letras de México*.

²³ JAEGER, “Carta de Werner Jaeger” (1944), p. 9.

²⁴ ARAI, “Leopoldo Zea” (1943), p. 9.

²⁵ GINER DE LOS RÍOS, “Leopoldo Zea y su primer libro” (1943), p. 4.

²⁶ *Loc. cit.*

Ese día anotó en su diario: “empiezo a creer que [Zea] no es tonto”.²⁷ A todos ellos se adelantó el juicio penetrante del profesor, quien supo apreciar la laboriosa inteligencia que el discípulo expresaba por escrito. A lo cual habría que añadir: por fortuna, dado que, según este último, “el prestigio, el tono categórico, el rango profesional de sus enseñanzas me infundieron miedo y acentuaban la hurañez de mi temperamento”.²⁸ Imposible imaginar, así, lo que fueron sus charlas en común.

En vista de las inmensas deudas que contrajeron el uno con el otro, no resulta casual que los pormenores que llevaron al “descubrimiento” de Leopoldo Zea hayan sido sobre todo divulgados tanto por el descubridor como por el descubierto. Merced a sus respectivas crónicas, se sabe, entre muchos otros detalles, que un trabajo acerca de Heráclito le valió las primeras atenciones por parte del maestro, quien encontró hondas afinidades con los análisis de Xavier Zubiri. Al finalizar el curso, relató el así destacado, “Gaos declaró que sólo eran de tenerse en cuenta las monografías escritas por Antonio Gómez Robledo, por Edmundo O’Gorman... y la mía”.²⁹ Es de suponer que el profesor no sintió reparo alguno en sacrificar a las grandes mayorías, si de esa manera lograba alimentar las aspiraciones de una minoría excelsa. Por el contrario, en la hoguera de la docencia selecta siguió arrojando abundantes leños que, bajo la forma de estímulos, facilidades y becas, consiguieron encender la carrera del afortunado elegido. Según el testimonio de su principal promotor, el alumno respondió con plenitud a la confianza prestada, al grado de llegar a decir de él que “tan espantosa puntualidad [...] no la ha habido, a buen seguro, nunca, ni en Alemania, país de trabajadores intelectuales espantosamente regulares”. Aunque Gaos no lo expresó abiertamente, su mayor virtud quizás consistió en dejarse vencer, al momento de emprender su tesis de maestría, en cambiar el tema de investigación: en lugar de adentrarse en el pensamiento de los antiguos sofistas, decidió abocarse, por sugerencia suya, a comprender la génesis, influencia y modalidades del positivismo en nuestro país. De esa forma contribuyeron a fijar los papeles que cada uno representaría en lo sucesivo: mientras que al primero quedó reservado el de maestro por antonomasia, al segundo se le ciñó el título de filósofo latinoamericanista. A fin de cuentas, le preguntaba el mayor, “¿quién de los dos tendrá la culpa de que sea

²⁷ CHUMACERO, “Leopoldo Zea” (1945), p. 2. La fecha registrada fue el 9 de julio de 1942.

²⁸ YAÑEZ, “Entrevista con Leopoldo Zea” (1945), p. xii.

²⁹ *Ibid.*, p. xiii.

usted el mayor éxito de mi vida como profesor?... Si toda vocación y profesión debe justificarse, y usted no existiese, tendría que inventarle”.³⁰

La segunda parte del libro de Zea, *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, confirmó que Gaos no se equivocó al brindarle su apoyo. En esta ocasión, el encargado de certificar el trabajo, presentado como tesis doctoral, fue Alfonso Reyes, si bien no tardaron en sumarse nuevas voces al himno laudatorio. Entre ellas destacó la de José Vasconcelos, quien en un solo verso expresó una mezcla de pasmo y admiración. “No creo —dijo— que se haya escrito nada comparable sobre el pensamiento de la época porfiriana.”³¹ Aplaudida por las grandes figuras del medio intelectual, la “última revelación de genuino talento filosófico” inició así una meteórica trayectoria, comenzando por obtener una cátedra en la UNAM, en sustitución de Antonio Caso.³² Pero ni aún provisto de tan solemne investidura académica se independizó de quien hasta entonces le había servido como guía intelectual. Lejos de ello, en 1945 emprendió, por instrucciones de Gaos, un recorrido a través del Cono Sur, con la finalidad de extender sus investigaciones hacia toda Latinoamérica. Además de indicarle la ruta a seguir, el maestro se encargó de encontrar los medios materiales que aseguraran la marcha, al gestionarle una beca ante la fundación Rockefeller que comenzaba, por ese entonces, un programa de estímulos para estudiantes mexicanos. De esa forma se cristalizaba el proyecto, no sólo de elaborar “una historia de la filosofía, y aún más en general, de las ideas, en México, como no dispone todavía de análoga ningún país de lengua española”, sino de dar a los trabajos un alcance “más que nacional”.³³

Las obras de Zea abrieron el camino a una larga serie de ensayos, inscritos dentro de la misma disciplina, que en el transcurso de los años y bajo la atenta asesoría de José Gaos compusieron varias generaciones de estudiantes. El marco de esas labores en común fue un seminario instituido en 1941 en la UNAM, abocado, en un principio, a “estudiar, con los conceptos y métodos de la actualidad, la filosofía de la historia, las primeras obras de Historia de América y la idea de América forjada durante los primeros tiem-

³⁰ GAOS, “*Confesiones profesionales*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, pp. 87-88.

³¹ Cit. en CHUMACERO, “Leopoldo Zea”, p. 1.

³² El entrecomillado aparece en *Occidente*, año 1, vol. 1, núm. 1, noviembre-diciembre de 1944, p. xiii.

³³ Carta de José Gaos a Daniel Rubín de la Borbolla, fechada el 7 de mayo de 1946, AHCM, *Casa de España*, c. 8, exp. 3, f. 5.

pos a partir del descubrimiento”. La afinidad entre la temática elegida y las preocupaciones del director aparece con mayor claridad, al leer un poco más adelante que con ello pretendía realizar “una contribución a una ‘teoría’ o ‘filosofía de América’”.³⁴ Volver a las crónicas del siglo XVI le permitiría, por consiguiente, comprender cómo se había gestado la identidad del continente, así como rastrear el desarrollo de su personalidad. Una vez precisados esos elementos en su concreción temporal podría situarse a los vástagos de esta región dentro de un marco universal y, sobre todo, disponer de esa historia escrita que tanto echaba en falta como preámbulo de una “filosofía americana”. Así, mientras que el planteamiento formal correría a su cargo —en particular a partir de sus llamadas *Jornadas filosóficas*—, para acometer las tareas de tipo histórico buscó el concurso de algunos estudiantes, aunque desde luego no cualesquiera. Tal como indicó en la convocatoria, la admisión en esa magna empresa se fundaría “atendiendo a su cultura general y en particular a su conocimiento de lenguas, a su preparación filosófica y trabajos en los cursos dados por el profesor, a su interés anterior por los temas del curso o conexos con ellos”. No era todo. También se advertía que “la continuación de su asistencia al seminario dependerá de la adquisición de los conocimientos de Historia de la Historiografía, Metodología y Filosofía de la Historia en la literatura que se les señale y de la realización de los trabajos que se les encargue en división del total del curso”.³⁵ El cielo de las ideas también tenía su precio.

Pese a su temprana apertura en la Facultad, la trama de aquel que llamó en un inicio “Seminario de Filosofía de Ciencias Humanas aplicadas a América” sólo comenzó verdaderamente dos años más tarde, cuando se trasladó, por sugerencia de Daniel Cosío Villegas, a El Colegio de México. En esa institución, no sólo adquirió el nombre por el que sería recordado, sino que durante tres lustros constituyó el espacio donde se fueron develando importantes fragmentos de nuestro pasado intelectual. Punto determinante en ese desarrollo fue la resolución de anclar los trabajos en la segunda mitad del periodo colonial y, más específicamente, en los jesuitas de los siglos XVII y XVIII. La razón de ese giro temático y temporal, explicó Gaos, radicaba

³⁴ AJG, 2, exp. 34, f. 35732, 16 de agosto de 1941. Si él mismo no prosiguió con ese proyecto dentro de los términos especificados, sí lo hizo en cambio Edmundo O’Gorman, quien en 1942 dio a la imprenta *Fundamentos de la historia de América*, en el que se anuncian ya las fundamentales investigaciones que desarrollaría a lo largo de la década siguiente.

³⁵ *Loc. cit.*

en que “después de las investigaciones que dieron por resultado los brillantes dos volúmenes sobre el positivismo en México [...], [se] pensó que lo más necesario y prometedor era retroceder” hacia aquella centuria “para estudiar como lo reclamaba la entrada de la filosofía moderna en Nueva España”.³⁶ Es de resaltar, sin embargo, que igual o más decisivas que aquellos primeros éxitos fueron sus faenas de traducción, mismas que por ese entonces se centraban en la obra de Bernhard Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*. Que con base en sermonarios el autor de ese libro hubiera identificado los signos de un cambio en el orden de las mentalidades, apuntando hacia una sociedad crecientemente secularizada, logró inspirar las labores del traductor, quien en cierto modo las trasladó hacia su seminario. En la versión mexicanizada se trataba de entender, por las vías que trazó la Compañía de Jesús, el proceso que llevó a la integración de la antigua colonia en el mundo occidental, así como los antecedentes que desembocaron, desde el campo de las ideas y, por lo tanto, de las conciencias, en el movimiento independentista.

Si bien la obra de Groethuysen sirvió como una fuente fecunda en sugerencias, se incurriría en un error al pretender que Gaos la empleó como modelo a imitar o que intentó homologar las dos orillas. Quienes conocen sus métodos de trabajo saben que, lejos de ello, la voluntad de encontrar categorías intrínsecas al objeto de estudio constituía una de las máximas que impuso a toda investigación realizada bajo su tutela. El siglo XVIII mexicano no era la excepción. Por el contrario, demostraba en grado sumo la necesidad de pensar el periodo en sus propios términos, incluso al punto de llamar a un replanteamiento de las nociones de tiempo y de espacio históricos. Así lo declaró en el curso de un congreso, verificado a principios de la década de 1950. En la ponencia que presentó en ese marco expuso algunos de los obstáculos que había enfrentado en el ejercicio de sus actividades como director de seminario e investigador, y que él mismo redujo a seis. El primero se fundaba en la dificultad de ceñir el examen de una época a una estricta cronología cuando lo que interesaba eran sus contenidos, irreductibles a las periodizaciones corrientes. En segundo lugar, señaló el error de delimitar la cultura de un país con base en principios geográficos. En ese sentido, la obra de los jesuitas novohispanos, realizada en Italia a raíz de la expulsión, representaba un “caso singular de unificación de la historia universal”, con lo cual mostraba la urgencia de adoptar criterios “más espirituales”.

³⁶ AJG, I, exp. 89, f. 17276.

No menos acuciante resultaba la cuestión de articular un periodo tanto interna como externamente. ¿Cómo explicar la diferencia en el *tempo* histórico que distingue sucesivas etapas y cómo se enlazan entre sí? ¿Cómo vincular la historia de una nación con lo que acontece en otras regiones del globo sin desvirtuar su desarrollo específico? Al problema de las fuentes dedicó igualmente algunos minutos de atención. Si lo que se buscaba consistía en conocer “la ‘circunstancia’ toda, cultural y social, social e individual”, era menester incluir, no sólo a los grandes pensadores, sino también a ese extraño ser que somos todos, conocido como “hombre de la calle”.³⁷ ¿Dónde encontrar los rastros de un pensamiento evanescente? El sexto y último punto se centraba, por su parte, en la necesidad de dar cuenta de la historicidad, es decir, de los cambios operados en las conciencias y que derivaban en las distintas concepciones que se reemplazan a través del tiempo. Con esa serie de consideraciones, el expositor mostraba el carácter radical de su cuestionamiento y que conducía, de tomarlo con la seriedad requerida, a una reformulación integral de la disciplina.

Tanto el excepcional esfuerzo de síntesis como la riqueza reflexiva que desplegó en esa ponencia revelan que los años dedicados al estudio de la Ilustración en México le habían aportado no pocas enseñanzas. Aunado al conocimiento acumulado, aquellas páginas descubren que los logros y satisfacciones, los fracasos y desaciertos, se habían ya sedimentado en los estratos de la experiencia. Los triunfos son, desde luego, los más conocidos, debido a que ellos representan los trabajos concluidos y que, por medio de la imprenta o cuando menos del mimeógrafo, consiguieron trascender los espesos muros del recinto académico. Entre ellos se cuenta uno titulado *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra o el eclecticismo en México*. Además de situar a ese pensador dentro del horizonte cultural al que él mismo se adscribía, la autora, Victoria Junco, descubrió y puntualizó una corriente del pensamiento hasta entonces ignorada. Uno más que pertenece a esta categoría fue el de Monelisa Lina Pérez Marchand, quien se adentró en los papeles de la Inquisición para revelar las ideas que circulaban de este lado del Imperio español. El proceso de investigación —que al parecer fue extraordina-

³⁷ GAOS, “Problemas y métodos de la Historia de la Ilustración en México”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, pp. 389-392. Acerca de este punto Gao fue contundente, al aclarar que “nos interesa la intimidad de la existencia más que la ‘historia de las ideas’. [...] Las ideas, repetimos, no viajan entre el bagaje de las caravanas, sino que son inseparables del complejo hombre-mundo en el cual existen y adquieren sentido”, véase AJG, I, exp. 25, ff. 3295-3296.

rio— le permitió dividir el periodo estudiado en lo que ella misma identificó como “dos etapas ideológicas”: la primera, caracterizada por un mayor peso tradicionalista y por la relativa sumisión ante las autoridades eclesiásticas, y la siguiente, en donde los signos de creciente secularización se convierten en manifestaciones expresas, al tiempo que surgen algunos brotes de inconformidad ante el poder peninsular. También son de recordar las tesis de Bernabé Navarro y de Olga Quiroz, consagradas a examinar la introducción de la filosofía moderna tanto en la Nueva como en la Vieja España.³⁸ Y habría que incluir muchas otras en la lista, cada una celebrada por su rigor en el tratamiento y por constituir un aporte original al conocimiento de la historia.

Como es habitual reconocer en “prólogos” y “agradecimientos”, ninguno de esos trabajos se lleva a buen término sin el concurso de más de un alma caritativa. Ese papel lo desempeñaron, en el caso de estos jóvenes pioneros, figuras prominentes del medio intelectual, como Julio Jiménez Rueda, a la sazón director del Archivo General de la Nación (AGN), y José Vasconcelos, a la cabeza de la Biblioteca Nacional. Hecho casi insólito en las prácticas de nuestros días, los miembros del seminario al parecer actuaban con la solidaridad de un equipo. Así, mientras que alguno sugería un tema y otro indicaba la ubicación de fuentes, había incluso quien traducía para el resto los textos redactados en latín. Entre todos ellos destacaba la ayuda del propio José Gaos, quien semana a semana los recibía durante una hora para conocer el estado de sus pesquisas. Con los ojos entrecerrados y columpiándose en su silla, en esas sesiones interpelaba al estudiante en turno: “A ver, hable. ¿Qué ha trabajado?”. Si la relación de fichas y resultados no alcanzaban a colmar el tiempo concedido, se infligía al indolente un tan sencillo como terrible “hay que trabajar más”. La pena por reincidencias consistía en la expulsión del seminario.³⁹ Sin embargo, en caso de satisfacer las expectativas, el pupilo aplicado se veía compensado con ese trato a la vez distante y protector, severo y bondadoso, en el que subyacían unas loables máximas docentes: “no utilizar, sino servir”, “no abatir, sino estimular”, “no celos, sino generosidad”.⁴⁰ Sólo por

³⁸ JUNCO POSADAS, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra* (1944); PÉREZ-MARCHAND, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México* (1945); NAVARRO, *La introducción de la filosofía moderna en México* (1948); y QUIROZ MARTÍNEZ, *La introducción de la filosofía moderna en España* (1949).

³⁹ Entrevista a Carmen Rovira, Ciudad Universitaria, 6 de abril de 2010.

⁴⁰ AJG, I, exp. 35, f. 5510. Se trata de algunas notas preparatorias para sus “*Confesiones profesionales*” que se encuentran desarrolladas en GAOS, *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, pp. 95-100.

excepción alguno se vio privado del amparo y guía que prestaba a sus alumnos. Desde Río de Janeiro, donde se desempeñaba como representante ante la Comisión Jurídica Panamericana, Antonio Gómez Robledo se lamentaba del “abandono cada día más completo, más amargo, más hostil de todos cuantos en México se dedican a estas nobles labores [filosóficas]”. Tras enviar cartas y libros, notas y recortes sin recibir siquiera una línea en respuesta, se convenció de que había sido “cortado de una comunidad espiritual a la que tan vinculado estuve durante los últimos años”. Su desesperación fue profunda. “He dejado por tanto de mano —confesó a un amigo—, quemando lo que ya llevaba escrito, del ensayo de que hablé en mi carta pasada, en vista de que no recibí de Gaos ninguna palabra que me alentara para proseguir.”⁴¹ El esbozo inicial de *La filosofía en el Brasil* se perdió así entre las cenizas, si bien sólo para renacer mejorado algún tiempo más tarde. Fue entonces cuando el autor, quizás con mejores ánimos, presentó una nueva versión de ese trabajo. Ésta le valió, no sólo los comentarios entusiastas de Alfonso Reyes, sino también el título de doctor.

Aunque intangibles, los trabajos frustrados resultan no menos relevantes que los concluidos para comprender el funcionamiento y dificultades que enfrentaron aquellas exploraciones iniciales en la cultura dieciochesca. Para conocerlos, es necesario revisar informes y proyectos inconclusos, cartas y notas sueltas, prólogos e introducciones de libros. Pero una vez superado el tedio que supone esa consulta, el lector se ve recompensado con la imagen de la creación en movimiento, como un proceso en marcha y sin que el desenlace se perciba de antemano. Más aún, sólo recorriendo el camino a la inversa es posible advertir que toda obra en realidad representa una conquista. Por ejemplo, que el intento por estudiar un gran número de filósofos modernos se haya reducido a uno solo —Benito Díaz de Gamarra—, o que la idea de examinar la historiografía americana de los jesuitas acabara en un ensayo acerca del eclecticismo español, nos habla de la incertidumbre que rodea, por principio, cualquier tarea de investigación. De ahí que con mayor fuerza lo hagan aquellas que desembocaron en un callejón sin salida. Entre ellas se encontraba la que emprendió Francisco Giner de los Ríos, quien en unas líneas dejó constancia de la magnitud del infortunio. “No exagero —escribió al director— si digo que naufragué. Usted recuerda tan bien como yo la inmensidad de problemas que surgían con sólo empe-

⁴¹ Carta de Antonio Gómez Robledo a José Sánchez Villaseñor, fechada el 30 de marzo de 1944, AHPM, VI *ad vitam*, c. 35, exp. (AV) Sánchez Villaseñor S.J.P., José.

zar a arañar los temas, problemas que se agravaban materialmente con la falta de libros y documentos que consultar. Todo eran bibliografías de bibliografías, partiendo de [José Mariano] Beristain, sin que las fuentes mismas fueran asequibles sino en muy raros casos.”⁴² Igualmente dramático fue el caso de Ramón Iglesia. Pese a dividir su tiempo entre El Colegio de México y la “labor infecta de corregir traducciones desastrosas, pruebas de imprenta peores, etc.,” en la editorial Nuevo Mundo, logró reservar unas horas para asistir al seminario de Gaos. El esfuerzo, sin embargo, no rindió fruto alguno. Por el contrario, reconoció, “hasta ahora casi no he podido hacer nada que valga la pena”. La misiva, dirigida a Eduardo Nicol, terminaba con un triste recordatorio y peor pregunta: “Hace cuatro años a estas fechas estábamos en alta mar. ¿Valía la pena de haber salido para esto?”⁴³

Al seguir hurgando entre los proyectos malogrados se descubre que entre ellos se hallaban los que acometió el propio director del seminario. Aprovechando la disposición de los asistentes, así como el concurso de su buen amigo Juan David García Bacca, el primero que emprendió se centraba en el tema “Jesuitismo y Modernidad”. En vista de los resultados recabados en cursos precedentes, confiaba en que de éste surgiera “un final volumen de trabajos de una importancia ya decisiva”.⁴⁴ Nunca lo llevó a término, si bien dejó consignado que, de los cinco capítulos que se había asignado, alcanzó a completar tres. La razón del temporal abandono al parecer radicaba en que a las precarias condiciones de consulta se sumó el cierre de la Biblioteca Nacional, por motivo de su mudanza al antiguo templo de San Pedro y San Pablo. Y todo ello por no hablar de la descomunal carga de actividades que siempre lo acompañó y que por ese entonces se veía multiplicada a causa de “la carestía creciente y la necesidad de compensarla trabajando más, si es posible”.⁴⁵

Los preparativos del cuarto centenario de la UNAM, a celebrarse en 1951, supuso una oportunidad inmejorable para retomar las labores suspendidas. El programa editorial dispuesto para festejar la magna ocasión contemplaba

⁴² Carta de Francisco Giner de los Ríos, fechada el 6 de diciembre de 1943, AHCM, *José Gaos*, c. 7, exp. 2, f. 3.

⁴³ Carta de Ramón Iglesia a Eduardo Nicol, fechada el 28 de mayo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 14154.

⁴⁴ Carta de José Gaos a Eduardo Nicol, fechada el 29 de marzo de 1943, *ibid.*, exp. 153, f. 15116. El proyecto completo aparece en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Itinerarios filológicos*, pp. 121-125.

⁴⁵ Carta de José Gaos a Eduardo Nicol, fechada 29 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 15116.

la publicación de varios volúmenes en historia de las ideas en México, cada uno encomendado, según la temática y periodo en cuestión, a un especialista en la materia. Siguiendo esos lineamientos, a José Gaos se asignó la tarea de escribir acerca del siglo XVIII mexicano, área del conocimiento a la que había consagrado prácticamente una década de estudio. Con el título *El siglo del esplendor en México*, la obra se anunciaba dividida en tres secciones, cada una caracterizada por su mayor profundidad en el tema y por responder al distinto grado de interés que pudiera despertar en el lector: “Síntesis histórica”, “Estudios monográficos” y “Discusiones y otros complementos”. De esa ambiciosa empresa quedan poco más que los prolegómenos y algunos cuantos pasajes, en especial unos dedicados a Carlos de Sigüenza y Góngora, y a sor Juana Inés de la Cruz. Que la trayectoria de uno y otra trascendieran el marco temporal elegido en modo alguno desbalanceaba el proyecto. Por el contrario, en la medida en que anticipaban el esplendor intelectual que pronto se derramaría sobre el país, el examen de ambos religiosos aparecía como un imperativo para comprender el florecimiento cultural que sobrevendría junto con el cambio de siglo.

Con el propósito de demostrar que “no coinciden forzosamente con los tiempos de la ‘cronología’ los de la ‘historia’”, Gaos identificó los elementos que convirtieron a Sigüenza y a sor Juana en “precursores” de la intelectualidad dieciochesca. Éstos se centraban, en el caso del sabio jesuita, en cuatro aspectos significativos, síntesis del espíritu que poco a poco se apoderaría de las conciencias: jesuitismo, enciclopedismo, mexicanidad y modernidad. Un recorrido por su vida, fama y obra, así como un detallado estudio —único en la época— de la *Libra astronómica y filosófica* fue el procedimiento adoptado para destacar las características mencionadas. Apenas importa que todas ellas emergieran a la luz merced a una mirada retrospectiva, si se considera que Gaos, con prolijidad y sapiencia, logró puntualizar tanto la originalidad de don Carlos como su pertenencia a un mundo compartido. Así, mientras que el carácter fundador de su pensamiento se revelaba en su papel como introductor de la ciencia moderna en México, sus trabajos descubrían “los estratos históricos sedimentados [...] en su personalidad, modificados por ésta según su individual singularidad”.⁴⁶ Ésta determinó, en opinión del comentarista, que las contribuciones de Sigüenza emularan en talento —que no en influencia ni en relieve histórico— nada

⁴⁶ GAOS, “El siglo del esplendor en México”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, pp. 427 y 477.

menos que las del mismo Pierre Bayle. La Historia de las ideas se presentaba así como un medio para revalorar las figuras nacionales, evaluadas a partir de su doble dimensión, la universal y la particular.

Facetas no menos relevantes aparecieron al observar los escritos de Juana de Asbaje por la lente de esta disciplina. La *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* y el *Primero Sueño* constituyeron las principales coordenadas de una minuciosa cartografía espacial, ideada para distinguir el universo del saber en que se situaban aquella prosa y versos. Los datos astronómicos y físicos, fisiológicos y psicológicos, humanísticos y jurídicos, políticos y filosóficos, mostraban que esas constelaciones se alineaban conforme a preceptos de orden escolástico, pero también con las noticias más recientes provenientes de la ciencia. De ahí que, a semejanza de Sigüenza y Góngora, la monja jerónima ilustrara un momento de tránsito, aquel que marcaba el paso del medioevo a la edad moderna. Su lugar en la bóveda celeste quedaba de esta forma asegurado. “El poema de Sor Juana —concluía el observador— es un astro de oscuros fulgores absolutamente señero en el firmamento literario de su edad, a tal distancia de todas las demás estrellas de su tipo, es decir, de todos los poemas filosóficos coetáneos, anteriores, simultáneos y posteriores, que no es dado citar ninguno.”⁴⁷

Como ya se ha indicado, el proyecto de libro corrió la suerte de muchos otros, no llegando a prosperar, y esto pese a haber gozado de una persistencia y tenacidad extraordinarias por parte de Gaos. En esa perseverancia desempeñó un papel relevante aquel arraigado sentido del deber, mismo que lo compelía a acatar sus compromisos hasta verlos por entero satisfechos. Habría que añadir, además, que en ese empeño intervino un gusto muy especial por el Siglo de las Luces, reflejado en la preferencia por filósofos ilustrados —Kant y Hume—, y que él mismo se explicaba por haber originado sus ideas políticas, más liberales que socialistas. Ese conjunto de motivos confluyó para que en 1955 escribiera a Vera Yamuni que, terminados otros pendientes, “vengo dedicándome al libro sobre el XVIII en México, que, de esta vez, sale”.⁴⁸ En virtud de la cercanía que lo unía con Gaos, Fernando Salmerón se encontró en condiciones de anunciar, un lustro más tarde, que el maestro preparaba dos grandes libros, uno de los cuales versaba sobre “la historia de la filosofía en México en el siglo XVIII”.⁴⁹ Se sabe, por úl-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 506.

⁴⁸ Carta a Vera Yamuni, fechada el 21 de enero de 1955, AJG, 4, exp. 9, f. 64847.

⁴⁹ SALMERÓN, “José Gaos, *Discurso de filosofía*”, p. 259.

timo, que todavía en 1966 se acercó al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM con el propósito de reanudar esas tareas. Ahí terminan las noticias del libro programado.

Sin importar que incumpliera con su parte del encargo, resulta revelador que las autoridades universitarias no encontraran mejor manera de conmemorar el cuarto centenario de la Casa que con un banquete en historia intelectual.⁵⁰ Amén del fácil gusto que se encuentra en los sabores patrios, tan afines al paladar nacionalista, el menú indica que, entre los platillos del día, se hallaba aquella rama de la disciplina que Gaos mismo había ayudado a cocinar. A realizar esa proeza más que culinaria contribuyeron los resultados surgidos de su seminario, así como el combate colectivo por implantar una nueva forma de concebir el pasado. Adalid en esa lucha de conciencias fue su amigo Edmundo O’Gorman, quien se sirvió de libros, artículos y asignaturas para abrir el camino a la reflexividad en historia. Uno de los episodios más conocidos de esa batalla fue el debate que propuso a Silvio Zavala, considerado como máximo representante en México de la visión positivista y como un Goliat en el terreno historiográfico. Para discutir acerca del tema de “la verdad”, la reunión se dispuso como un auténtico duelo, dado que además de fijar fecha y hora, cada uno de los contendientes eligió una suerte de padrinos, por cierto todos españoles: José Gaos y Ramón Iglesia, por parte del retador, Rafael Altamira y Francisco Barnés, en tanto testigos del desafiado. Como se sabe, la sonda del David mexicano no dio en la cabeza elegida, puesto que ésta partió, junto con su dueño, en un viaje a Puerto Rico. Acudió, en cambio, un nutrido público, conformado por numerosos estudiantes y por profesores allegados a quien, por ausencia del rival, se erigió en el principal ponente. Ello explica que las conclusiones extraídas del encuentro fueran las siguientes:

En definitiva —se comentó en *Occidente*—, la importancia de esta Junta de historiadores y filósofos, consiste en haber mostrado, en primer lugar, la existencia de dos orientaciones opuestas entre los intelectuales de México, a saber la tradicional, cientificista en las disciplinas humanas; y la contemporánea de

⁵⁰ Unido al proyecto editorial y a los ciclos de conferencias organizados con motivo de su cuarto centenario, la Universidad tuvo a bien multiplicar los nombramientos de *Doctor Honoris Causa*. En esa ola se encontró inmerso el propio José Gaos, quien lo recibió en 1953. De esa forma, su nombre se encontró unido al de quienes habían sido así condecorados, es decir, nada menos que personalidades como John Dewey, Juan Ramón Jiménez, Hans Kelsen, Jaime Torres Bodet y Norbert Wiener.

tono historicista. En segundo lugar, con la ausencia del señor Zavala, primero, y más tarde de las personas que él había designado para sostener sus puntos de vista, los debates se llevaron a cabo dentro de la aceptación general por parte de los concurrentes de la orientación historicista.⁵¹

Los ya conversos escucharon un vehemente sermón acerca de la naturaleza subjetiva de la historia. Se trató, una vez más, de un manifiesto teórico y metodológico, con el que O’Gorman invitó a abandonar las tan erradas como nocivas pretensiones de objetividad. La comunión esperaba a quienes hicieran suya la renuncia: en lugar de un pasado distante, frío e inamovible, el asceta se vería recompensado con un nuevo absoluto. De reconocer el presente como mirador obligado de todo acontecer humano, se advertiría que los hechos pretéritos sólo adquieren sentido en relación con nosotros, los hombres del ahora. El pasado así entendido se transmutaría en “nuestro pasado”. El discurso, sin embargo, no se limitó a cuestiones de orden especulativo. Detrás de su carácter programático, se vislumbra el deseo de que se abriera el paso a una nueva generación de historiadores que, como él, buscaban reconocimiento en la esfera tanto de las ideas como en la institucional. No es otra cosa lo que sugiere el acento en su propio talante “revolucionario”, así como el acto de dar por muerta a la postura tradicionalista.⁵² La realidad, no obstante, no se ajustó a sus palabras. Determinó, en cambio, que el enfoque representado por Zavala continuara madurando en aulas e impresos, llegando a profesarse entre una amplia mayoría. Así lo sostuvo, al menos, José Bravo Ugarte, cuando en 1950 emprendió un balance de la historiografía en México durante el último medio siglo. Si bien admitía que “no pocos han dado a su investigación el carácter de revisión, más expuesta a los prejuicios que la investigación simple”, también afirmaba en ese informe que “todos los que toman en serio el papel de historiadores —que son los más—, aspiran al ideal científico de la investigación completa y de la exposición veraz”.⁵³

Sin olvidar el influjo seductor de la Verdad, concebida como única y eterna, había motivos poderosos para que la visión historicista no llegara a difundirse como O’Gorman esperaba. Uno de ellos se trasluce en el comentario que Gaos deslizó durante el duelo de historiadores. Que sus

⁵¹ *Occidente*, núm. 5, julio-agosto de 1945, p. xxvi.

⁵² O’GORMAN, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, pp. 32-41.

⁵³ José Bravo Ugarte, cit. en ZERMENO, *La cultura moderna de la historia*, p. 167.

palabras tuvieran por objeto aclarar que los monstruos del historicismo sólo existían en leyendas y en cuentos de ancianos indica que en torno a esa corriente se condensaba una honda desconfianza. No es casual, por lo tanto, que centrara su artillería discursiva en la caza de fantasmas, aduciendo que el escepticismo, bestia famosa, era producto de una mirada parcial, paralizada ante el carácter relativo de todo conocimiento. Pero de tomarse en cuenta que la conciencia del cambio no desvirtúa las certezas del día ni exime de responsabilidad alguna, era posible entender por qué se trataba de temores infundados. El reto consistía en elaborar una teoría general de la unidad y de la pluralidad que distingue a la realidad, de tal forma que se diera cuenta tanto de los acuerdos como de los desacuerdos prevalentes entre los hombres a través del tiempo.⁵⁴ A idéntico propósito dedicó Edmundo O’Gorman una sección de la obra *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, aparecida en 1947 y dedicada a su compañero de armas. Pretendió allí desmontar el “argumento escéptico”, en tanto principal crítica a su propia postura. La “angustia del relativismo” que tan injustamente se le atribuía encontraba su origen en ideas anacrónicas, subsistentes en los tiempos nuevos merced a la terquedad de algunos. Únicamente quienes cedieran a “la manía o hábito enquistado de creer que es posible satisfacer la aspiración de llegar a poseer una verdad absoluta” sentirían la zozobra inherente a perder el suelo firme. El resto podía vivir tranquilo, a sabiendas de que tanta extravagancia terminaría por extinguirse, al igual que “desapareció en su día ante la conciencia científica moderna, la necesidad antes tan vivamente sentida de cargar a cuenta del curso de las estrellas las venturas y desventuras del amor, y aun los desarreglos del aparato digestivo”.⁵⁵

Hijo de la época, el polemista no se atuvo al arbitrio celestial para continuar empuñando la espada historicista. Desde la Facultad de Historia, donde instaló su cuartel general, continuó lanzando estocadas, contribuyendo de esta forma, si no a derrotar al modelo “objetivista”, al menos a llenarlo de agujeros. Desde entonces se ha señalado que su “seminario significó una enorme reforma en la enseñanza de la historia en la facultad, paralela a lo que había sido el seminario del doctor Gaos en el campo de la filosofía: la introducción del análisis riguroso y erudito de textos que, en sí, significaba toda una formación académica”.⁵⁶ Lo que quizás se

⁵⁴ GAOS, “Sobre el problema de la verdad histórica”, pp. 52-53.

⁵⁵ O’GORMAN, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, pp. 115 y 126.

⁵⁶ VÁZQUEZ, “Discurso de la doctora Josefina Zoraida Vázquez”, p. 16.

ha subrayado menos es que sus lecciones encontraron eco en unas cuantas minorías. Uno de sus primeros discípulos, Juan Antonio Ortega y Medina, recordó hace algún tiempo que a sus cursos asistían inteligentes aunque escasos alumnos. Para explicarlo, es de suponer que a la singularidad de su enfoque —en cierta medida contra-intuitivo y de difícil asimilación— se sumaba el problema de acercarse a aquel profesor de temple aristocrático, que se dejaba siempre acompañar de una “desdeñosa e irónica sonrisa de *enfant terrible*”.⁵⁷

Otro tanto sucedió con las enseñanzas de José Gaos. Diseñado para acoger a un número reducido de aprendices, su seminario se destacó por la atención personalizada y selecta. Junto con sus cursos, en él realizó la proeza de formar a varias promociones de estudiantes de forma continua y ordenada, al calor del método y dentro de los cánones de la precisión. De esa hazaña docente dejó testimonio Fernando Salmerón, al relatar que las clases en Mascarones “fueron toda una experiencia”:

Pero no una experiencia de grupo filosófico, sino precisamente de escuela; de la jerarquía de las generaciones; y de la distante relación —por lo menos para los más jóvenes— entre discípulo y maestro. Al fondo del aula, ocupaban los pupitres más cercanos a la pared, al menos una tarde por semana, los de mayor edad: O’Gorman, Justino Fernández, Tomás Gurza y alguno más. En las siguientes filas, adelante de ellos, se sentaban Leopoldo Zea, Vera Yamuni y algunos otros menos asiduos. Después venía la generación del Hiperión: Uranga, Portilla y Guerra eran los más puntuales [...]. Y en la primera línea de pupitres, ya casi frente a la mesa ante la que Gaos se sentaba para explicar su clase, los más jóvenes —los recién llegados— y algún fortuito visitante.⁵⁸

Sin embargo, faltaba un elemento para que de ese magisterio surgiera efectivamente una “escuela”, a saber, que la transmisión del conocimiento no dependiera de un mismo maestro. Prestar a sus lecciones un carácter institucional, único medio susceptible de trascender la existencia individual, fue la pieza que falló en su maquinaria docente. Cuando intentó repararla, ya era demasiado tarde: las tareas que imponía el nuevo régimen universitario, impidieron que nadie tomara el relevo.⁵⁹ De ahí que,

⁵⁷ ORTEGA Y MEDINA, “Discurso del doctor Juan A. Ortega y Medina”, p. 12.

⁵⁸ SALMERÓN, *Perfiles y recuerdos*, pp. 120-121.

⁵⁹ Carta a Ignacio Chávez, fechada el 24 de enero de 1964, AHCM, *José Gaos*, c. 4, exp. 23, f. 3. Es de destacar que en 1955 el “Seminario para el estudio del pensamiento

al llegar el momento de abandonar las aulas en calidad de emérito, las ruedas del seminario perdieran velocidad hasta que en 1964 se detuvieron por completo. Fue entonces cuando cerró definitivamente sus puertas en la UNAM.

en los países de lengua española” dejó de funcionar en El Colegio de México para trasladarse a la Facultad de Filosofía y Letras, en virtud de que Gaos fue nombrado “profesor de tiempo completo”. No obstante, solicitó a Alfonso Reyes que se mantuvieran los lazos con aquella primera institución, no sólo porque la fractura perjudicaría a quienes recibían ayuda de El Colegio, sino porque “romper los vínculos con él se sentiría como arrancarle fibras únicas a lo más entrañable de nuestra vida de ‘transterrados’”. Carta a Alfonso Reyes, fechada el 31 de agosto de 1955, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 247.

LA LECCIÓN DEL MAESTRO

Imaginemos ahora un auditorio, quizás aquel que lleva el nombre de Justo Sierra o, tal vez, el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela. Estudiantes, maestros y gente letrada ocupan las largas hileras que atraviesan la estancia. Sobre el estrado hay una mesa y a su espalda una silla. Un hombre de edad madura, calva pronunciada, barba quebrada y lentes redondos se encuentra ahí sentado. Está leyendo un texto y éstas son sus palabras:

Yo ya voy siendo viejo, y creo poder tenerme por algo experto en las artes *sutiles* de la captación —como un corrido alcahuete de la Verdad— no sienten infamarme con esta comparación, porque me la ha sugerido Platón.

Yo sé que hay, y procuro practicarlo, en la medida de mis aptitudes, el arte *paciente* de ir instilando, gota a gota, idea a idea, día a día, incluso durante años, como quien no quiere la cosa, los pensamientos propios en los espíritus ajenos...

[...] Yo sé que hay, y procuro practicarlo, el arte *paradójico* de sugerir las ideas contrarias a las que se quiere inculcar, para que la rebeldía se alce contra aquéllas y no contra éstas...

Yo sé que hay, y procuro practicarlo, el arte *irónico* de prestar al prójimo las ideas propias, insinuándole que son suyas, para que su alma las prohíje con amor de madre al hijo que le ha supuesto otra madre, menesterosa de amparo para el suyo...

Yo sé que hay, y procuro practicarlo, el arte *hipócrita* de hacer objeto de todas las *zalamerías* del halago a las prendas personales de aquellos a quienes se designa para víctimas intelectuales, y también de las *brusquedades* intermitentemente necesarias para que las ulteriores zalamerías, por contraste, operen con mayor virtud su capcioso efecto...

Yo sé que hay, y procuro practicarlo, el arte *siniestro* de mostrar el revés de los tapices que se tejen —de captar con el cinismo— aparente, con la aparente ingenuidad, sinceridad, la verdad misma —como en estos momentos...

Y sin embargo, todo en vano... (hasta aquí, gravedad creciente y descenso del tono y *tempo* desde aquí hasta el final).

He aquí presentes, no sólo a la mayoría de ustedes, oyentes de ocasión, seguidores de la moda, quizá más curiosos de las novedades que de las verdades —sino también a los pocos cuya devoción a prueba de *cursos*, la personal comunión de ellos conmigo y mía con ellos, *diría* que es el radical sostén de mi vida, el aliento mismo de que ésta vive...

Solo me siento en este vértice de la —lejana multitud de las criaturas y de su greguería... Si siquiera pudiese seguir hablando conmigo mismo... Pero advierto que el lenguaje, producto de la comunidad, compuesto de expresiones comunes, es incapaz de servirme para expresarme acabadamente, ni siquiera a mí mismo... El individuo es inefable, *incluso para sí mismo*... No puedo menos de concluir el fracaso de *aquel* mi deseo de hacer vivir a *aquel* público, de *aquella* mi conferencia, esta *mi* vivencia... Ésta sería la solitaria fluctuación de un temor esperanzado, que ni siquiera puede decirse sino inacabadamente a sí mismo lo que espera... Este solitario secreto, este misterio, de mi individualidad, que me impone incluso en mi intimidad, el —silencio... (cabeza alta, voz baja, en alto, ojos bajos).¹

La escena imaginada quizás nunca tuvo lugar, pero apenas importa. Si esas líneas interesan, ello se debe a que su autor, el filósofo José Gaos, logró inscribir en ellas los rasgos que hicieron de su magisterio una fuente de fascinación y de desconcierto. La paradoja es evidente: al tiempo que negaba la posibilidad de una comunicación plena, también buscaba cautivar a sus oyentes, a partir de recursos retóricos y de una dramaturgia bien asimilada. Esa contradictoria postura ante los procesos de enseñanza en parte explica que en las aulas difundiera numerosas tradiciones del pensamiento, pero sin alcanzar a formar una “escuela”. Así lo muestra el episodio más conocido de su trayectoria docente, aquel que se verificó a finales de los años cuarenta y principios de la década siguiente. Fue entonces cuando confluyó una original mezcla de tendencias y doctrinas: fenomenología, historicismo, existencialismo y el interés por cimentar una filosofía nacional. Esa suma de corrientes encontró un crisol a la medida en el “Grupo Filosófico Hiperión”, círculo de reflexión y de debate que integraron Emilio Uranga, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez Macgrégor, Jorge Portilla, Luis Villoro, Salvador Reyes Nevares, Fausto Vega y Leopoldo Zea. La severidad con que

¹ AJG, I, exp. 27, ff. 3700-3701. Cursivas en el original. Los paréntesis son míos.

Gaos administró su preceptiva didáctica culminó en un cuadro que con arte y acierto describió George Steiner: el de los discípulos que continúan y niegan a la vez las lecciones del maestro. “Es una vieja historia —escribió, citando a Heinrich Heine—, pero quienes la experimentan tienen el corazón partido en dos.”²

Nada en los inicios auguraba tan amargo desenlace. Como es sabido, la mayoría de quienes más tarde izaron la bandera de la mexicanidad habían pasado por las aulas de José Gaos, único “maestro que venerábamos”, afirmó Luis Villoro.³ Ello se debía, rememoró este último, a que en contraste con el “mar de mediocridad” que percibían a su alrededor, “sus clases eran un llamado al rigor y a la autenticidad”.⁴ Una prueba radicaba en los minuciosos comentarios que el profesor había destinado, a lo largo de un lustro, al análisis y exposición de *El ser y el tiempo*. Tan profunda marca imprimieron aquellas sesiones que, en opinión del alumno, “pocos cursos académicos habrán dejado en México la huella de esos cinco años ‘heideggerianos’”.⁵ A ese empeño respondía que Gaos hubiera introducido la filosofía existencial en el país, empresa en la que no estuvo solo. Por el contrario, en ese proceso intervinieron varias personalidades, entre las que destaca Juan David García Bacca. De ello dan cuenta las lecciones que en enero de 1942 dedicó a Martin Heidegger, así como los artículos en que justipreció los alcances de la corriente francesa frente a su homóloga alemana. Aunque de forma más discreta, no menos significativo resulta que de las sugerencias y estímulo del filósofo navarro surgiera la idea, por parte de algunos estudiantes, de conformar un círculo de lecturas filosóficas.

Sobra decir que nada sabríamos acerca de esas reuniones, celebradas en casa del mismo Villoro, de no ser porque los participantes decidieron compartir los resultados de sus meditaciones con un público más vasto. Con el nombre “Grupo Filosófico Hiperión”, los contertulios trocaron aquella habitación en la colonia Cuauhtémoc por el vecino auditorio del Instituto Francés de América Latina (IFAL). Fue allí donde en julio de 1948 hicieron su presentación oficial mediante un ciclo de conferencias dedicado al “Existencialismo Francés”. En presencia de Luis Garrido, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), de Samuel Ramos, director de la Facultad de Filosofía y Letras, y de Jean Sirol, agregado cultural de la embajada

² STEINER, *Lecciones de los maestros*, p. 119.

³ VILLORO, “Emilio Uranga”, p. 121.

⁴ Luis Villoro, en MEYER (COORD.), *Egohistorias*, p. 193.

⁵ VILLORO, “Génesis y proyecto del existencialismo” (1949), p. 237.

gala, Emilio Uranga inauguró las sesiones con un trabajo que, mucho más que ponderar la obra de Maurice Merleau-Ponty, tal como estaba anunciado, constituía una auténtica toma de posición. Así se entiende que, no bien tomó la palabra, planteara la temática como un juego de oposiciones, colocando en un mano a mano a la vertiente francesa contra la alemana y a Sartre contra Heidegger. También explica que no tardara en indicar las coordenadas locales en que ellos mismos se inscribían, al mencionar a los santos patronos —Gaos y García Bacca—, a las fuerzas del mal —los neokantianos— y a algún posible ángel aliado —Leopoldo Zea. Su ponencia terminaba asentando el desafío que les abriría las puertas del cielo, a saber, “el proyecto de utilizar en un futuro, que quisiéramos que fuera inmediato, [los] utillajes o repertorios conceptuales [del existencialismo] para dar una descripción del hombre mexicano”.⁶

Pese a su juventud y relativa inexperiencia, los “hiperiónidas” se arrojaron a la mar en un navío bien equipado, provisto con una síntesis de los principales intereses del día, un directorio de puertos amigos y una tripulación talentosa. Muchos peces mordieron el anzuelo y poco a poco se fue colmando la red. Quienes los vieron desembarcar cuatro meses más tarde en la UNAM, descubrieron que a su lado se hallaban ya Samuel Ramos, Carlos Graef Fernández, Juan Hernández Luna y Leopoldo Zea, investido desde entonces en capitán. Si ceder el liderazgo quizás no fue sencillo, a cambio lograron que las autoridades de la Facultad inflaran sus velas mediante recursos, publicidad y prestigio por contigüidad. El éxito de la empresa se reflejó en el gran número que se sumó al proyecto, entre quienes se contaban profesores, estudiantes y figuras reconocidas del medio intelectual. Ese conjunto de elementos favoreció que la “filosofía de lo mexicano” se situara en el centro de las reflexiones durante los cuatro años en que el Hiperión se mantuvo activo.⁷ El cúmulo de libros y artículos que apareció por ese entonces así lo atestiguan, como también lo hacen las dificultades que el grupo tuvo que enfrentar. Algunos de esos desencuentros se expresaron en la prensa, mediante furibundos ataques por parte de filósofos marxistas, que de esta forma reproducían los debates que sostenían sus pares en Francia; ade-

⁶ URANGA, “Maurice Merleau-Ponty”, p. 240.

⁷ Exponer en detalle los planteamientos, desarrollo y actividades del Grupo excede el propósito de estas páginas, limitado a explorar su relación con José Gaos. Quien se interese por un estudio cabal en la materia tiene a su disposición el magnífico trabajo de SANTOS RUIZ, “Los hijos de los dioses”, así como la antología de textos que preparó Guillermo HURTADO, *El Hiperión*.

más de criticar los postulados, el bando neokantiano buscó disminuir la concurrencia, como al organizar conferencias simultáneas a las que convocaban sus jóvenes rivales. Pero ya fuera en el sentido del consenso o desde el disenso, la necesidad de intervenir en los temas planteados por ellos indica que el movimiento logró ejercer un magnetismo casi irresistible sobre los miembros de su gremio.

También José Gaos se vio inmerso en ese remolino que al parecer todo lo engullía. Aunque él mismo contribuyó a estimular al grupo, instando a sus miembros a trabajar con ahínco y seriedad, lo cierto es que muy pronto desestimó la dirección que tomaron sus alumnos. Por error o inadvertencia, sus invitaciones a formular una filosofía auténtica, en tanto expresión y respuesta a las circunstancias concretas, se habían interpretado en un sentido estrecho, mientras que el ideal de universalismo se le aparecía ensombrecido de ominosos tintes nacionalistas. De la desazón y desconfianza que le produjo ese giro dan cuenta unas anotaciones que en octubre de 1948 registró en su diario, en las que lanzó un silencioso llamado a corregir el rumbo de las inquisiciones.

Hay que dejar de seguir mirándose al ombligo —conminó en esa entrada—, seguir haciendo examen de conciencia nacional. Lo que hay que hacer de una buena vez es entrar en la historia universal, proyectando hacia el futuro, cooperando a conformarlo. Dejemos lo que haya de tener de español nuestra obra y su relación con la tradición española a lo que, por ser de españoles, haya de español en nosotros —y puntualizarlo, a los historiadores del futuro.

En el momento actual, la manera de entrar en la historia universal es dialogar con norteamericanos y soviéticos de tú a tú. [...] Sobre lo que hay que dialogar es qué se puede hacer con la ciencia, y, en previsión de sus limitaciones, qué filosofía, ética y política hacer —y hacerlas.⁸

Pese a que apenas queda algún rastro de su contenido, es de suponer que las conferencias dictadas en enero de 1949 fueron la ocasión para pronunciar esas reflexiones en voz alta. Esto lo sugiere el título que coronó el ciclo, “Problemas de la filosofía en la actualidad”, casi el único vestigio que ha llegado hasta nosotros. En virtud de un artículo publicado con anterioridad, es posible inferir que esos “problemas” se centraban en el carácter irracional e irreligioso que identificaba a numerosos filósofos de sus días y, más en particular,

⁸ AJG, 4, exp. 2, ff. 60754-60755, 9 de octubre de 1948.

a aquellos que se señalaba como existencialistas. Amén de despojar la disciplina de todo principio y fundamento, esas tendencias amenazaban con erosionar los cimientos humanistas de la civilización occidental. “La razón —declaró con aquel dramatismo tan distintivo de la segunda posguerra— se ha autocrítico y ha acabado, no sólo por reconocer sus límites, su *finitud*, sino su *nulidad*, por autoanularse, por suicidarse.”⁹ ¿Cuál sería la función de la filosofía en un mundo carente de fe en la racionalidad, pero menesteroso de alguna comunión capaz de proyectarlo hacia el futuro? Su respuesta consistía en afirmar que la disciplina se convertiría en un saber de segundo grado, quizás incluso subsidiario, es decir, en filosofía de la ciencia, del arte, de la religión o de la historia. Según sus propios presagios, la metafísica subsistiría como una reliquia de otros tiempos, hasta que llegara el momento de cumplir con su destino y desapareciera entre las sombras del ayer.

Un par de notas periodísticas ofrecen indicios suplementarios acerca del tenor que distinguió las conferencias. Por pluma de Joaquín Sánchez Macgrégor se sabe que el expositor decidió presentar sus intervenciones como una severa lección, en el doble sentido de enseñanza y de escarmiento. Que Gaos hubiera identificado el “existencialismo de Heidegger como la primera filosofía de la nada (meontología) que aparece en la historia, mientras que el existencialismo de Sartre sería una filosofía de *la joie de vivre à tout prix*”,¹⁰ lo confirmaba. No se trataba, sin embargo, de la primera ocasión en que el maestro profería juicios semejantes. Quien se asome a sus *Obras completas* advertirá que aquellas líneas concuerdan con diversas apreciaciones vertidas en otros escritos. En ellos juzgaba “el pensamiento filosófico francés del día” como “una mera glosa del alemán” y señalaba, zumbón, la singular coincidencia de que la corriente se hubiera extendido en Francia nada menos que durante el régimen de Vichy.¹¹ La novedad residía en que, en esta oportunidad, los embates alcanzaban a sus jóvenes alumnos, reprendidos por haberse distanciado de las sendas señaladas. En vista de la censura que pesaba sobre su cabeza, apenas sorprende que Sánchez Macgrégor buscara devolver el golpe, desacreditando a su vez el pensamiento de quien había considerado hasta entonces como mentor y guía.

⁹ GAOS, “La situación de la filosofía en el momento presente” (1946), en *Obras completas*. III. *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, p. 265. Cursivas en el original.

¹⁰ Joaquín [Sánchez] Macgrégor, “Balance de la filosofía en México durante el año 1949”, *México en la Cultura* (1 de enero de 1950), p. 7.

¹¹ GAOS, “Nuevas de la filosofía en Francia” (1947), en *Obras completas*. XI. *Filosofía contemporánea*, p. 379.

Más virulenta pero también más instructiva fue la reacción de Emilio Uranga, expresada en una serie de artículos publicada entre agosto y octubre de 1949. Con el título “Dos existencialismos”, en uno daba cuenta de una nueva fragmentación del campo filosófico, originada en la disputa entre la escuela alemana y su contraparte francesa. A consolidar la primera en el medio universitario mexicano había contribuido como ningún otro el profesor “transterrado”, quien había afianzado a tal grado su feudo que “los filósofos que se declaran heideggerianos son estudiantes que temen encontrarse con un juicio desfavorable de Gaos y prefieren estar bien con el maestro y no con los discípulos rebeldes”. La pública reprobación que durante los cursos de invierno había dirigido a la vertiente latina formaba parte de sus estrategias por dictar el rumbo de los pensamientos, dado que la condena de “toda desviación de la ortodoxia heideggeriana” había significado para muchos “una orden de apartarse decididamente de todo lo sartreano”. Uranga vaticinaba, sin embargo, que tales astucias se verían frustradas a la postre, puesto que “siempre que entren en pugna un español y un francés, el mexicano sentirá inclinación a ponerse de lado del francés, por atavismo cultural”. La singular química que regía esas afinidades electivas hallaba un ingrediente adicional en el gusto por lo que estuviera “de moda, lo actualísimo, lo *up to date*, la novedad”. Ahora bien, sostenía el infractor, “en el existencialismo lo actual no es Heidegger sino Sartre”, puesto que de él se esperaba “una teoría de las relaciones sociales, una pedagogía, una teoría de la historia, una moral y una idea del hombre”, mientras que el discípulo de Husserl prometía, a lo sumo, una identificación entre el ser y la nada.¹² La nota terminaba con una última provocación que era también un grito de guerra. Al referirse a las conferencias que el Grupo Hiperión había sostenido un año atrás en el IFAL, adujo en retrospectiva que “presentábamos o imponíamos una elección entre el existencialismo francés y el existencialismo alemán, y en ningún momento supusimos que la disyuntiva podía ser obviada por conductos diplomáticos”.¹³ El guante estaba echado y sólo restaba responder.

¹² Como se sabe, *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger no constituía sino la primera parte de una obra que nunca alcanzó a ver la segunda. A la espera de que apareciera el complemento anunciado, José Gaos auguraba que entonces se verificaría una fusión entre el ser y la nada, en tanto conceptos regentes de la ontología heideggeriana. Tal es el sentido de las afirmaciones de Uranga.

¹³ Emilio Uranga, “Filosofía en México y de México. Dos existencialismos”, *México en la Cultura* (14 de agosto de 1949), p. 3. Los artículos que conforman esta serie se encuentran reunidos en URANGA, *Análisis del ser del mexicano*.

Al decir de alguno de sus compañeros, los artículos de Uranga “hicieron mucho ruido por su tono agresivo y despiadado”.¹⁴ Sin duda no era otra su intención, puesto que escandalizar fue una estrategia a la que con frecuencia recurrió para hacerse escuchar en el mar de voces que entonces contendían. De aguzar un poco más el oído, junto a la innegable aspereza también se escucharán los ecos, bastante más tenues, de un proceso de autoafirmación, por el que fue fraguando una filosofía y una personalidad.

No hay fuerza ni prestigio —escribió desafiante— capaz de detener el proyecto de un pensamiento mexicano, ajustado del modo más estrecho a nuestra radical manera de ser. En definitiva, el compromiso que exigimos es el compromiso con nuestras cosas, con nuestro carácter, con nuestra historia. Y para decirlo todo de una vez: queremos que, a pesar de nuestras limitaciones y de nuestras restricciones, sea lo mexicano el punto de partida desde el cual nos elevemos a lo universal. [...] Empecinados estamos con lo nuestro, con lo que nos ciñe y rodea, con lo que nos es familiar y trama nuestra vida cotidiana y extraordinaria.¹⁵

Argumentos teóricos, criterios territoriales o, simplemente, divertidas y en ocasiones muy hirientes insolencias fueron los recursos que puso en movimiento con el propósito de abrirse un espacio y definir su propia identidad. Como punto de contraste, interlocutor y antagonista colocó al propio Gaos, quien de este modo encontró realizado uno de sus mayores postulados docentes: “Lo principal que los discípulos tienen que aprender es a defenderse de sus maestros. Lo principal que el *verdadero* maestro tiene que enseñar a sus discípulos es a defenderse de él”.¹⁶ La enseñanza adquirió, por consiguiente, su forma más acendrada en aquella lid intelectual, de la que todos resultaron en cierta medida perdedores: mientras el mayor truncó la continuidad en esa rama de su magisterio, los menores dejaron ir la oportunidad de enmendar el proyecto, sin necesidad de abandonarlo, como al final hicieron.

En esa derrota colectiva desempeñó un papel decisivo el profesor de ultramar, cuya ambigua postura ante el Grupo Hiperión contribuyó a atizar

¹⁴ Joaquín [Sánchez] Macgrégor, “Balance de la filosofía en México durante el año 1949”, *México en la Cultura* (1 de enero de 1950), p. 7.

¹⁵ Emilio Uranga, “Filosofía en México y de México. Por una filosofía circunstancial y concreta”, *México en la Cultura* (2 de octubre de 1949), p. 3.

¹⁶ AJG, 1, exp. 27, f. 3700. Cursivas en el original.

la hoguera de las vanidades, los conflictos y las rivalidades. Así, mientras que en la prensa culta asignó a sus miembros un lugar comparable al que en su momento ocupó el Ateneo de la Juventud, también fomentó la competencia, como al invitar a otros alumnos a adiestrarse en la fenomenología mediante ejercicios de tema mexicano. Nada en especial tendría esa actitud, proclive a estimular el movimiento, de no ser porque el aparente entusiasmo venía acompañado de importantes reservas en torno a la solvencia teórica y viabilidad metodológica de los postulados y procedimientos que guiaban la corriente. De ahí que lanzara un llamado a la paciencia y a permitir que el tiempo ayudara a madurar las reflexiones. Un verso del *Cantar del Mio Cid* —“*Apriessa cantan los gallos e quieren crebar albores*”— fueron las palabras que eligió para extender una añeja invitación “de tan mexicana actualidad”.¹⁷

El mayor esfuerzo por puntualizar sus objeciones se verificó al filo de las conferencias pronunciadas en enero de 1952. Se insertaban en una nueva edición de los tradicionales cursos de invierno, organizados por quienes reputaba de impacientes y dedicados a “El mexicano y sus posibilidades”. “La elaboración de la filosofía mexicana y de su historia” fue el título que enmarcó las participaciones de Gaos en ese ciclo. En ellas reiteró los reparos que ya había proferido en el pasado, con la diferencia de que en esta oportunidad llevó el rigor y la minuciosidad a sus puntos extremos. Con suma cautela pero también gran puntería, arremetió contra los centros neurálgicos de la “filosofía del mexicano”. En esa ofensiva distinguió las diversas aporías que entrañaba la doctrina, señalando, en primer lugar, aquella que oponía Filosofía e Historia. Que se tratara de una disyuntiva irresoluble surgía como consecuencia inevitable de un hecho en particular, a saber, que el examen de lo mexicano no podía prescindir de un sustrato empírico y, a la inversa, que toda relación histórica estaría siempre fundada en concepciones de orden filosófico.

Otro tanto sucedía con la alternativa entre esencialismo y existencialismo. En cuanto al primer término, Gaos retomó las críticas que diversos especialistas habían dirigido contra la fenomenología eidética. Entre ellas se contaba la imposibilidad de identificar una esencia sin conocimiento previo de lo que se quería definir, así como las dificultades que implicaba elegir un caso “ejemplar” como punto de arranque para el análisis. Por esos motivos,

¹⁷ GAOS, “Lo mexicano en filosofía” (1950), en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 265.

concluía que “es problemático, como mínimo, que sea posible una filosofía de la esencia de lo mexicano y más aún del mexicano”. Partir de la historia y de la existencia tampoco ayudaría a sortear los escollos. De ello daba cuenta el propio lenguaje, cuya dependencia de los sustantivos mostraba cuan insoslayable eran las esencias, adheridas como lapas al discurso. En vano serían los esfuerzos por sustraerse a cualquier generalización que supusiera un núcleo atemporal, puesto que esos enunciados únicamente resultarían válidos para un solo individuo, llámese Leopoldo Zea o Emilio Uranga. Se desembocaría, por ende, en un “paradójico soliloquio inefable de cada uno de éstos acerca de sí mismo”.¹⁸

Con esas duras objeciones tan sólo comenzaba la retahíla que Gaos dirigió a unos jóvenes que, con excepción de Zea, apenas rondaban los 30 años. Esa dureza se explica por las expectativas que tenía depositadas en ellos, al hacerlos acreedores de la máxima responsabilidad histórica: sustituir los parámetros ajenos con otros forjados desde el recinto nacional. Sólo así el pasado y el presente filosóficos de la región resurgirían revalorados en tanto contribuciones a la cultura occidental. “Junto con vosotros —les advertía— arraigarán en la historia o correrán aún peligro de ser arrancados de ella vuestros padres espirituales”.¹⁹ Dada la magnitud de la tarea y las consecuencias que entrañaba, las severas admoniciones que profirió a continuación se veían justificadas. Entre ellas destacaba un recordatorio de orden metodológico, esto es, que la perspectiva adoptada podría reducir sus trabajos a una mera contemplación esteticista del folclor mexicano, sin alcanzar el rango de filosofía ni, mucho menos, producir los cambios sociales que ellos mismos propugnaban.

De igual envergadura fueron sus consideraciones en torno a las relaciones entre el objeto de estudio —el “ser del mexicano”— y la disciplina elegida para emprender el análisis, la ontología. La contradicción era evidente: la ciencia del ser *en general* resultaba inoperante para examinar un ser *en concreto*, en este caso, el que se revolvía en cada habitante de estas tierras. Lo correcto residía en hablar de óntica, la rama que se ocupa de los entes. Más que un uso inapropiado del lenguaje, todo ello revelaba la falta

¹⁸ GAOS, “*En torno a la filosofía mexicana*”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 349 y 351. Es de señalar que Emilio URANGA respondió a estas objeciones en *Análisis del ser del mexicano*, en donde buscó resolver la aporía relativa a la esencia y la existencia recurriendo al círculo hermenéutico.

¹⁹ GAOS, “*En torno a la filosofía mexicana*”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, p. 330.

de rigor y de congruencia al momento de emplear los métodos y de definir los objetivos. “No se trata —explicó— de tomar el mexicano por sujeto de proposiciones para predicar de él, por medio de la cópula ‘es’, tales o cuales notas; se trata de dar expresión a la efectiva confección existencial, histórica, de la esencia del mexicano.” De ahí que la vía adecuada consistiera, no en “la descripción esteticista de fenómenos, sino [en] el planteamiento y resolución de los problemas de la circunstancia nacional actual”.²⁰

Como muestran las líneas recién citadas, Gaos no se limitó a señalar los muros que se alzaban contra la “filosofía del mexicano”, sino que también indicó la puerta de salida. “*No fenómenos sino problemas*, podría ser el lema”,²¹ resumió en una de sus intervenciones y tal era, igualmente, la llave a los conflictos. De seguir ese único lineamiento, todas las impugnaciones se disolverían en el aire: la contraposición entre nacionalismo y universalismo, entre ciencia y filosofía, entre teoría y acción. Muy pronto pudo comprobarse que el sentido de sus sugerencias cayó en saco roto. Así lo sugiere la reseña que le dedicó Emilio Uranga, en la que lo felicitaba por haber al fin terciado en los tópicos propuestos por el Hiperión, sancionando “con su solo testimonio la fecundidad de esa temática”. Una vez echado a andar su molino, el alumno no desaprovechó la ocasión para seguir encauzando las aguas, como al mencionar, por ejemplo, haber encontrado la postura del maestro “más sartreana que heideggeriana”. De esta forma justificaba “la dirección en que sus discípulos han lanzado la meditación sobre el mexicano”.

No todo en aquella crónica se reducía al autoelogio, dado que de mayor peso fueron las críticas que arrojó contra su mentor. En esa línea de argumentación, le reprochaba haber pecado de injusticia en sus apreciaciones, así como la insulsa vacuidad de sus ponencias. Concentrado en los métodos y sin detenerse en los contenidos, el profesor había evitado enlodarse en lo concreto y, con ello, entrar de lleno en la polémica. Para el articulista, el origen de tal insuficiencia resultaba meridiano. Lejos de enraizarse en la cortesía o en la discreción, el problema de fondo residía en que no se hallaba actualizado en cuanto a los últimos trabajos del Grupo. No había, pues, razón para enderezar el rumbo. Motivos de contento, en cambio, había de sobra, puesto que “siempre ha sido nuestra convicción [...] que el Hiperión puede ser definido como un diálogo con

²⁰ *Ibid.*, p. 361.

²¹ *Ibid.*, p. 352. *Cursivas en el original.*

Gaos. Ésta es una nueva etapa de ese diálogo que nunca quisiéramos ver interrumpido”.²²

La respuesta del interlocutor quedó plasmada, no en los canales públicos de la prensa, sino de unas hojas sueltas, guardadas durante largo tiempo en la intimidad de un cajón. Su aversión a la publicidad se lo exigía, aunque no menos relevantes resultaron unas consideraciones de carácter pedagógico. Entre ellas sobresalían las siguientes:

El maestro objeto de una crítica dura por parte de un discípulo debe tener presente que éste no estará tan maduro como él para ser objeto de una crítica semejante sin enemistarse. El maestro debe soportar con buen humor al majadero, sobre todo si éste es inteligente. El joven no puede dejar de darse el gustazo de criticar severamente a sus mayores, lo que le da el sentimiento de su propia fortaleza. Pero bastaría la recíproca para hacer patente su fragilidad en la pérdida de la ecuanimidad.²³

No fue necesario acudir a enfrentamientos para descubrir la precariedad del movimiento. El ciclo de conferencias sobre “El mexicano y sus posibilidades” fue el último que coordinó el grupo, disuelto a partir de esa fecha a causa de distintos factores. Uno de ellos salta a la vista: la partida de varios de sus principales miembros hacia distintas universidades francesas y alemanas, en donde contaban profundizar en sus estudios. Limitarse a invocar la coyuntura resulta, no obstante, poco convincente, dado que difícilmente explica por qué nadie más tomó el relevo.

Asomarse a la mecánica que dirigió a la corriente quizás aporte razones suplementarias. Lo primero que podría señalarse es un par de características que Gaos echó de menos desde que sus alumnos salieron a la palestra pública. “La eficacia colectiva del pensamiento individual —apuntó entonces— tiene dos condiciones: que el pensamiento no sea —individual, sino colectivo... y que el pensador se imponga el ascetismo respecto de toda forma del poder que no sea el poder del pensamiento mismo”.²⁴ Aun reconociendo que ambos criterios emanaban de un talante liberal, su incumplimiento parece haber incidido en el debilitamiento y final desintegración del

²² Emilio Uranga, “Advertencia de Gaos”, *México en la Cultura* (10 de febrero de 1952), p. 6.

²³ AJG, I, exp. 35, f. 5508. Véase también, GAOS, “Notas al artículo de Uranga del 10 de febrero de 1952”, en *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana*, pp. 626-630.

²⁴ AJG, 4, exp. 2, ff. 60775-60776, 20 de marzo de 1949.

grupo. Asociado a unas cuantas cabezas, el movimiento no sólo se mantuvo ajeno a las formas impersonales que requiere la transmisión continua del conocimiento, sino que adoptó los rasgos de una camarilla intelectual. Así lo sugieren las palabras de Eduardo Nicol, al lamentar que en “un ambiente de convivencia entre las diversas, y a veces antagónicas, facciones y personalidades”, expresar las ideas no bastara; “es necesario además formar una capilla, o llevar una etiqueta; la gente está perpleja, y por ello desconfiada, si uno no se exhibe a sí mismo como católico, o comunista, o masón, o hiperión [sic], o qué sé yo cuantas cosas más”.²⁵

A la lógica de la exclusión es necesario añadir el desgaste que muy pronto sufrió el discurso sobre la mexicanidad. Como bien señaló Ana Santos, “al repasar la historia de este grupo llama la atención la rapidez con que logró hacerse de un sitio dentro de la comunidad académica e intelectual mexicana de fines de los años cuarenta, al punto de llegar a ser reconocido como el protagonista colectivo de lo que se dio en llamar ‘movimiento de búsqueda de lo propio’”.²⁶ Ensayos, cursos, ciclos de conferencias, una colección editorial y un Centro de Estudios sobre el Mexicano y sus Problemas se sucedieron sin interrupción a lo largo de cuatro años. Ahora bien, en ese éxito, alcanzado a una velocidad vertiginosa, quizás se encuentre la fuente de su igualmente súbito declive, dado que muy pronto se alcanzó el estado de saturación. Sin importar que se buscaran ángulos y matices diversos, el examen reiterado de un mismo objeto no tardó en conducir al hastío, incluso entre quienes contribuyeron a congestionar las librerías. Por ejemplo, desde una fecha tan temprana como 1949, Octavio Paz confesaba a Alfonso Reyes que

el tema de México —así, impuesto, por decreto de cualquier imbécil convertido en oráculo de la “circunstancia” y el “compromiso”— empieza a cargarme. Y si yo mismo incurri en un libro fue para liberarme de esa enfermedad. [...] [U]na inteligencia enamorada de sus particularismos [...] empieza a no ser inteligente. O para decirlo más claramente: temo que para algunos ser mexicano consiste en algo tan exclusivo que nos niega la posibilidad de ser hombres, a secas.²⁷

²⁵ Carta de Eduardo Nicol a Oberdán Caletti, fechada el 7 de diciembre de 1956, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 152, f. 15137.

²⁶ SANTOS RUIZ, “El Grupo Filosófico Hiperión”.

²⁷ Carta de Octavio Paz a Alfonso Reyes, fechada el 25 de noviembre de 1949, en STANTON (ed.), *Correspondencia Alfonso Reyes/Octavio Paz*, p. 117. Como bien ha señalado Guillermo Hurtado, *El laberinto de la soledad* no se encuentra vinculado directamente

En el camino hacia el agotamiento progresivo las censuras desempeñaron un papel no menos significativo. Aunadas a las que profirió una de las voces con mayor prestigio en la época, es decir, la del propio José Gaos, también Pablo González Casanova puso su sentido crítico al servicio de sus contemporáneos. En “El mirlo blanco. Ensayos de filosofía provinciana”, el sociólogo y futuro rector de la UNAM arremetió contra las falacias que habían logrado postular a *el* mexicano como una categoría de análisis, cuando lo cierto era que únicamente poseían consistencia histórica *los* mexicanos, en concreto y en plural. Sólo un enfoque atento a las diferencias, sensible ante las particularidades que suponían cada tiempo y lugar, podría penetrar en nuestra compleja realidad nacional, irreductible a una mera demarcación territorial. Los yerros de orden metodológico, epistemológico y conceptual no constituían, sin embargo, sino los males más evidentes que aquejaban a la corriente. Mucho más grave era que, detrás de esos falseamientos, se escondiera una estrecha concepción nacionalista, ciega ante la pluralidad y cerrada ante la amplitud del mundo. Ávidos de singularidad, los hiperiones se habían privado así de todo acceso a lo universal.²⁸

Cualquiera que fuera el motivo de desgaste y final consunción, lo cierto es que los años no ayudaron a recomponer los hilos rotos por la ausencia. A su regreso de Europa, hacia 1957, los antiguos hiperiones se encontraron con un panorama filosófico que había cambiado por completo. El existencialismo, tan afín a los dolores de la segunda posguerra, parecía una respuesta inadecuada a los dilemas que planteó la llamada Guerra Fría y a las exigencias de transformar el mundo desde abajo. Entre numerosos *mea culpa*, incluso Jean-Paul Sartre se había decantado por la doctrina que en su momento formuló Karl Marx, buscando compensar sus tan denunciadas proclividades burguesas con un decidido apoyo al sovetismo. Todo ello confluyó para que desde 1956 el propio Uranga declarara, por carta a José Gaos, que “la hora de la ontología ha pasado. La moral y la política nos exigen su atención. Me considero feliz de haber formulado en mi juventud

con el Hiperión, al que sólo se menciona en la edición de 1959. Las palabras de Paz, escritas desde París, podrían ilustrar, no obstante, los efectos del tipo de discurso al que los hiperiones se vieron asociados.

²⁸ GONZÁLEZ CASANOVA, “El mirlo blanco” (1952), pp. 71-84. Otras críticas, más completas pero formuladas cuando el Grupo Hiperión ya se había disuelto, se encuentran en HEWES, “Mexicans in search of the ‘Mexican’” (1954); VILLEGAS, *La filosofía de lo mexicano* (1979). A algunas de esas objeciones Emilio URANGA adelantó una respuesta en *Análisis del ser del mexicano*.

mi catecismo ontológico, mi sistema de ultimidades y de radicalidades, pero esa breve y concisa formulación me aparecería como una exigencia de traducir lo dicho en términos más amplios, más fundamentados, más cabales. Ilusión”.²⁹ Dos años más tarde no halló reparo en anunciar, como tantos otros alrededor del globo, “la muerte del existencialismo”, si bien precisaba que con aquel último gesto la corriente sólo demostraba haber tenido vida alguna vez. “Que su caducidad haya sido la de las cosas menudas —sostuvo— no lo condena”.³⁰

También para Gaos habían sido los vuelcos operados en los últimos tiempos un motivo de preocupación y de zozobra. Aunque incapaz de interesarse por las corrientes filosóficas en boga, su labor como profesor exigía incorporar las novedades del día entre los contenidos de clase. Por insistencia de la generación que él mismo denominó “hegeliana”, se vio obligado a ocuparse del marxismo y de la llamada filosofía científica o análisis filosófico.³¹ Es de subrayar, no obstante, que nunca claudicó por completo ante los imperativos del presente, dado que incluso entonces sólo abordó ambas escuelas en tanto “vivo y ‘exitoso’ enfrentamiento a la filosofía clásica”.³² Verificar si una y otra eran tan revolucionarias como pretendían le permitió seguir ahondando en aquello que realmente le importaba, es decir, conceptos como la inexistencia, la nada y el infinito. Pero si el compromiso con las nuevas tendencias apenas alcanzó la tibieza, para aquellas que se apartaban del universalismo sus reacciones adquirieron todo el calor de la impaciencia. “A los pueblos hispánicos —exhortó en una entrada de su diario—: no más autoauscultación de enfermos paralizados; jacción, adelante!”³³

Otras transformaciones contribuyeron a cambiar la teoría y la práctica del maestro y sus alumnos. La colocación, en noviembre de 1952, de la primera piedra que conformaría la Ciudad Universitaria no tardó en desviar la atención de los problemas en torno al mexicano y su cultura hacia unos

²⁹ Emilio Uranga, “Cartas de Alemania”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, año 2, núm. 22 (junio de 1956).

³⁰ URANGA, “Filosofía de nuestros días” (1958), p. 87.

³¹ En sus *Confesiones profesionales*, Gaos identificó tres generaciones que hasta ese momento habían pasado por su seminario: los historiadores, los hiperiones y los hegelianos. Entre los miembros más connotados de esta última se encontraban Fernando Salmerón, Alejandro Rossi y Elsa Cecilia Frost.

³² AJG, 2, exp. 32, ff. 35515-35527.

³³ AJG, 4, exp. 7, f. 63900, 22 de febrero de 1962.

más perentorios, como el tipo de ciencia que se impartiría en la prometida urbe del saber. Aunque rara vez se hizo explícito, garantizar que la casa sirviera para ingresar en el selecto club de la modernidad dependía de un requisito adicional: olvidar aquel pasado plebeyo, caracterizado por el interés en la idiosincrasia nacional.

La filosofía en nuestro país —sostuvo con orgullo Luis Villoro al cabo de un tiempo— parece haber pasado ya la necesaria etapa “nacionalista” en que enfocaba su atención sobre los caracteres distintivos del hombre y de la sociedad mexicanos. Ahora nos vemos cada vez más apremiados a dirigir nuestra atención a los rasgos universales de nuestra situación y a tomar contacto estrecho con las grandes corrientes y temas del pensamiento internacional.³⁴

La normalización de la enseñanza exigió sacrificar particularismos, se trataba de las reflexiones acerca de la circunstancia o de aquellas formas de organización centradas en el “genio” o “mal genio” de unos cuantos.³⁵ Si bien se logró disimular egos y pasiones en beneficio de un trabajo colectivo e impersonal, el triunfo de esta variante del universalismo no estuvo libre de inconvenientes. Por ejemplo, que con el traslado de la UNAM se anularan varias de las condiciones que permitieron el ascenso del Grupo Hiperión —el ambiente familiar y la convivencia estrecha que reinaba en Mascarones, ubicado en el centro de la capital—, redujo la posibilidad de que el fenómeno se reprodujera con posterioridad. Aunque fueron muchos los factores involucrados, como el crecimiento demográfico y el desarrollo de los medios de comunicación, no ha vuelto a suceder que los jóvenes decidan las temáticas a discutir en el medio estrictamente cultural.

Es muy probable que a intentar conciliar la enseñanza personalizada con las exigencias del saber científico respondiera la iniciativa, puesta en marcha en 1958, de multiplicar los seminarios en la Facultad de Filosofía y Letras. Uno de ellos, aquel que se denominó de “Filosofía Moderna”, quedó bajo la responsabilidad de José Gaos. Pese a que el proyecto estipulaba que un número reducido de maestros y estudiantes participara, bajo la supervisión de un director, en trabajos de tipo colectivo, el profesor decidió llevar

³⁴ Luis Villoro, “México: sede del XIII Congreso Mundial de Filosofía”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, año x, núm. 109 (septiembre de 1963), p. 117.

³⁵ La referencia al “genio” y “mal genio” de algunos hiperiones se encuentra en GAOS, “*Confesiones profesionales*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 89.

las instrucciones recibidas al mayor extremo posible. De ahí que convirtiera el suyo en un “seminario ‘privatísimo’, como a él le gustaba decir”.³⁶ A ese exclusivo cenáculo convocó a algunos de los antiguos hiperiones —Ricardo Guerra, Emilio Uranga y Luis Villoro—, así como a un hegeliano —Alejandro Rossi—, todos recién repatriados. Según consta en los papeles que aún se conservan, la idea consistía en reunirse, una vez al mes y a lo largo de un año, para discutir obras clásicas y contemporáneas que cada uno expondría en función de su especialidad y mayor conocimiento acerca de los autores. Siguiendo esos lineamientos, acordaron que Gaos explicaría algunos textos de Kant y Heidegger, Guerra y Rossi lo harían de otros tantos de Hegel, Uranga se abocaría al pensamiento de Feuerbach y Villoro comentaría, por su parte, a Husserl y a Jaspers. Son pocos los rastros que perduran de esas sesiones, consagradas a reflexionar respecto al legado filosófico de los últimos cien años. Subsisten, en cambio, unos escritos dedicados al tema de la vocación filosófica. ¿En qué momento preciso —al parecer rezaba la pregunta— comenzó el interés por la filosofía y a qué se debía haber perseverado, vital y profesionalmente, en esa disciplina?

La primera interrogante que aquella a su vez despierta es obvia: ¿cómo y por qué se dio el giro, de la crítica de los textos fundadores de la filosofía contemporánea, al análisis de las circunstancias específicas que los condujeron a ésta? Según aclaró el propio Gaos, ese viraje respondió a la necesidad de legitimar el seminario mediante aportaciones concretas a la disciplina que el grupo cultivaba.

Lo que había que hacer —aclaró— era pensar lo más a fondo posible la justificación del trabajo filosófico en general. [...] Más concretamente, pensé que el seminario debía empezar a funcionar escrutando los profesores nombrados miembros de él las razones justificativas del hacer profesión de la filosofía, que obviamente habían de radicar en las de la filosofía misma.³⁷

Una nueva modalidad laboral, oriunda de las prácticas científicas, le sirvió para discutir con sus alumnos aquellos temas, producto de remotas obsesiones. Si los tópicos apenas se modificaron, el tiempo había operado hondos estragos en otras dimensiones. Cuando se iniciaron las sesiones del Seminario de Filosofía Moderna, Gaos evaluaba con amargura su trayecto-

³⁶ URANGA, *Astucias literarias*, pp. 188-189.

³⁷ AJG, 2, exp. 43, f. 36933.

ria, al grado de considerarse como un fracasado: no había conseguido escribir la gran obra que lo consagrara como filósofo y que, desde hacía dos décadas, se esperaba de él. Tal amargura y desasosiego se hicieron patentes en el texto que en 1958 presentó a sus alumnos, en el que cuestionaba lo acertado de sus motivos, la autenticidad de su vocación, el sentido de su persistencia en ella y, más importante aún, el futuro de sus ideas. El escenario filosófico de entonces no era el más propicio para pensar de otro modo: hacía tiempo que la restauración de la metafísica había llegado a su fin y comenzaba el auge de las filosofías marxista y neopositivista, hoy llamada “analítica”. En ese contexto, quien había servido como portavoz de las principales novedades filosóficas, se había convertido, según sus propios términos, en un “rezagado”, en un “anacronismo”, mientras que su filosofía, sin haberla siquiera escrito en sus últimos detalles, era ya obra del pasado.

La relación con sus cuatro alumnos también había cambiado desde que los conoció en su salón de clase. Aunque la mayoría seguía asistiendo a sus cursos —por aquellos años participaban en uno dedicado a la lógica aristotélica—, para esas fechas todos ocupaban cargos académicos en la UNAM, habían permanecido largas temporadas de estudio en Europa, contaban con obra publicada y, en general, se perfilaban como los miembros más prometedores de sus respectivas generaciones. Por otra parte, si bien la colaboración con el profesor se había mantenido de forma ininterrumpida, asistiéndoles en más de una ocasión en la obtención de becas y puestos de trabajo, el distanciamiento intelectual resultaba cada día más notorio. A esa evidencia tal vez responda la entrada que unos meses más tarde Gaos inscribió en su diario: “Llega un momento en que el maestro tiene que tratar a los discípulos como iguales y, si lo merecen, hasta como superiores. Entonces ellos, aunque discrepen de él y hasta le critiquen, no lo reniegan ni abandonan”.³⁸

La fórmula es exacta para describir lo que sucedió en el Seminario: los escritos elaborados muestran que, más allá de ciertos gestos mínimos de deferencia, la tónica de discusión que prevaleció fue la del diálogo entre iguales; y si Gaos no llegó al extremo de atribuirles completa superioridad sobre él, al menos consintió en exponerles sus ideas más recientes sobre la filosofía, además de compartir con ellos y con sinceridad sus temores, frustración y pesimismo ante el futuro. Ninguno de los cuatro discípulos desaprovechó la oportunidad que se presentaba para criticar la postura del maes-

³⁸ AJG, 4, exp. 5, f. 62807, 6 de noviembre de 1959.

tro, ya fuera a la manera de Ricardo Guerra, desestimando, con una mera negativa, la posibilidad de la filosofía como confesión personal; como Alejandro Rossi, cuestionando la validez de la pregunta misma; mediante el proceder de Emilio Uranga, quien se prestó al juego del profesor únicamente para demostrar que los motivos del filósofo nada tenían que ver con su obra; o, finalmente, como Luis Villoro, quien destacó el carácter no filosófico de la propuesta. Y, sin embargo, tampoco lo abandonaron: todos ellos aceptaron reflexionar acerca del tema elegido y responder con seriedad y profundidad.³⁹

El valor que entrañaban los ensayos surgidos de esos encuentros no pasó desapercibido para sus autores. En carta a Vera Yamuni, Gaos comentaba, por ejemplo, que “el Seminario con Uranga, Villoro, Guerra y Rossi va muy bien. Estamos haciendo unos escritos cada vez más interesantes y creo que el volumen final será importante”.⁴⁰ Todavía varios meses más tarde, en febrero de 1959, el profesor se dio a la tarea de escribir una introducción, en la que explicaba el propósito de los trabajos y justificaba su publicación:

mis compañeros [y yo] [...] convinimos en proceder a cada paso fundamentalmente por escrito, a fin de que nuestra primera faena común no se quedara en palabras que se llevara el viento, sino fijada en forma que posibilitara su publicación, si la estimábamos a la postre digna de ella. Como la estimamos, en efecto, por juzgarla un buen caso de coloquio filosófico de resultados que abren perspectivas personales en detalles y hasta en conjunto interesantes, sobre el problema radical, el problema por excelencia, *el problema*, en suma, de la filosofía misma; pero, quizá sobre todo, un ejemplo educativo de cómo puede llevarse a cabo un coloquio filosófico aunando la empeñosa voluntad de cooperación, y la irrestricta libertad de pensamiento y expresión en el seno del compañerismo y la amistad.⁴¹

Siendo así, ¿por qué no alcanzaron en aquel momento el beneficio de la imprenta? Un dictamen de Luis Villoro resulta revelador en ese sentido. En él echó en falta ciertos elementos que confirieran unidad a los trabajos y solicitaba la supresión de todos los comentarios que supusieran algún tipo de insulto o injuria para su destinatario. No obstante, son justamente esos

³⁹ Los textos referidos fueron recientemente publicados en GAOS, *Filosofía y vocación*.

⁴⁰ Carta a Vera Yamuni, fechada el 24 de agosto de [1958], AJG, 4, exp. 9, f. 64933.

⁴¹ AJG, 2, exp. 43, f. 36936, 25 de febrero de 1959. Cursivas en el original.

comentarios los que reflejan el tipo de relaciones que unían a los miembros del seminario, relaciones en las que se descubre la amistad y el respeto, pero también la rivalidad, el espíritu de polémica e incluso la ridiculización de unos por otros. Gaos mismo contribuyó a alimentar el antagonismo entre sus alumnos, primero al conceptuar a Emilio Uranga como “la mayor *posibilidad* que tiene México de llegar a poseer un gran filósofo”⁴² y, más tarde, al llamarlo *primus inter pares*. Por si esto no bastara, al finalizar cada sesión del seminario, se entretenía en evaluar quién había tenido el mejor desempeño, en ocasiones otorgando la ventaja a Villoro y otras tantas a Uranga, su alumno rebelde.

Es muy probable que a esos desencuentros y divergencias se deba el fracaso del proyecto de publicación y no tanto, como Gaos sospechaba, a que los temas que despertaban su entusiasmo no surtieran el mismo efecto sobre sus alumnos. “¿Interesarán a mis alumnos los temas que me interesan a mí? —se preguntó por ese entonces—. La mucha diferencia de edad entre un profesor y sus alumnos puede hacer que no les interesen los mismos temas.”⁴³ Que no se equivocaba del todo quedó demostrado en un segundo ciclo del seminario, organizado al año siguiente. Pese a las reticencias de Uranga y de Rossi, decepcionados del pensamiento filosófico alemán, el opúsculo de Edmund Husserl, *La filosofía como ciencia rigurosa*, constituyó el objeto en torno al cual discurrieron. A semejanza de lo que ocurrió 12 meses atrás, cada uno preparó sus trabajos por escrito y se aprestó a recibir los comentarios pertinentes; una diferencia radicó en que en esta oportunidad se dio lectura pública a los ensayos, tras lo cual se publicaron. Con todo, la mayor divergencia aparece en que las claves de interpretación empleadas provenían de tradiciones filosóficas radicalmente distintas. Así, mientras que Guerra objetó el carácter ahistórico de las tesis de Husserl, Villoro se inclinó por una postura muy afín a la de Gaos, al mostrar que el modelo de “ciencia” que propugnaba el matemático moravo se enraizaba en motivos preferenciales, es decir, oriundos de la razón práctica. En la filosofía como ciencia rigurosa se hallarían siempre ciertas dosis de sabiduría.⁴⁴

⁴² Carta a Alfonso Reyes, fechada el 28 de noviembre de 1952, en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Itinerarios filosóficos*, p. 159. Cursivas en el original.

⁴³ GAOS, “Selección de la aforística inédita”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales. Aforística*, p. 208.

⁴⁴ VILLOORO, “Ciencia radical y sabiduría”, pp. 177-182. El trabajo de Ricardo GUERRA llevó por título “La historia y la filosofía como ciencia rigurosa”.

Los textos de Uranga y de Rossi muestran que se encontraban a muchas leguas de distancia de aquellas consideraciones. No se trataba, argumentó este último, de “que desdeñemos sus argumentos en contra del historicismo, sino que hemos perdido interés por ellos a causa de que en el aspecto teórico, si cabe hablar así, el historicismo no nos despierta mayores inquietudes”.⁴⁵ Concordaban con Husserl, eso sí, en que la disciplina sólo resultaba relevante cuando se revestía de aspiraciones científicas, pero no en el sentido en que lo postulaba la fenomenología trascendental. Ésta expresaba meramente “ideas clásicas”, así como una “definición científica de la filosofía que encuentra su cumplimiento en cualquier otra construcción del mismo estilo”.⁴⁶ A juzgar por sus referentes explícitos —autores como Bertrand Russell, George E. Moore y Ludwig Wittgenstein— la novedad residía en otra parte, a saber, en el empirismo lógico, en los análisis del lenguaje ordinario y en la lógica simbólica.

Años después, Alejandro Rossi recordó esas sesiones con cierto estupor y amargura. “Cuando ya éramos un poco mayores —afirmó entonces—, polemizamos con Gaos de una manera que en estos momentos me parece de una violencia carnífera y, por parte nuestra, de una crueldad que me deja asombrado, y admirado de la paciencia y el temple de Gaos para resistir aquellas violencias. Eran violencias teóricas, sí, pero expresadas a veces con palabras duras.”⁴⁷ El paso del tiempo terminó por cristalizar en admiración y empatía, pero ya era demasiado tarde: la ruptura fue definitiva en su hora. Al mirar hacia el pasado, el propio Emilio Uranga buscó dar cuenta del progresivo desfase que los alejó de su maestro. “La creciente influencia que ejercía sobre mí Ludwig Wittgenstein —explicó— [...] fue motivo cada vez más poderoso de desavenencias con Gaos y de tener que soportar la furia con que se burlaba de mis aficiones con el vienés.” La divergencia en gustos y pareceres determinó que la relación fuera “convirtiéndose en indiferencia. Nosotros íbamos por nuestro camino y Gaos seguía por el suyo. Apartados, separados”.⁴⁸ Sobra decir que esa distancia creciente no pasó desapercibida para el profesor, atento a los derroteros que tomaban sus alumnos, si bien adjudicó el ya infranqueable abismo a las diferencias en la formación y al paso irresistible del tiempo. “La divergencia entre mi

⁴⁵ ROSSI, “La tentación del filósofo”, p. 160.

⁴⁶ URANGA, “La filosofía como ciencia y como sabiduría”, p. 175.

⁴⁷ CASTAÑÓN, “Conversación (1982)”, pp. 103-104.

⁴⁸ URANGA, *Astucias literarias*, pp. 191-192. Acerca del paulatino distanciamiento entre Gaos y sus discípulos, es posible consultar HURTADO, “Epilogo”.

personalismo filosófico y mis discípulos —escribió para sí— es un caso de la oscilación histórica entre los términos de las antinomias por afán de personalidad, un caso de la oscilación en la antinomia capital o radical del yo en el mundo o el mundo en el yo.” Las leyes de la historia disponían que cada cual siguiera una órbita propia, sin desgastarse en buscar imposibles confluencias. Al final de cuentas, muy pronto se reconocería que la filosofía se asemejaba a una de esas estrellas, cuyo brillo viajero perdura, pese a haberse apagado siglos atrás. Y aunque logró aceptar que su destino formaba parte de un universo ya extinto, en su fuero interno lamentaba que sus rayos no alimentaran la vida.

Ser yo mismo —asentó en 1959—. Y ¿qué soy? Si me muriese ahora, un cierto empeño no logrado del todo, de un testimonio acerca de la filosofía, un testimonio escéptico, una filosofía escéptica [...]; un testimonio acerca de un humano [...]; la palabra oral ya se la llevó el viento; el magisterio, aunque no sólo oral, como si lo fuese, ya se lo llevó también el viento, o acabará de llevarse; los demás escritos, las críticas: o de poco alcance o imperfectos.⁴⁹

De ahí que concluyera: “En mi vida de profesor sin excepcionalidad se ha actualizado el humano absolutismo y su fracaso”.⁵⁰ O, en las palabras que Diótima dirigió a Hiperión: “No querías a hombres, créeme, lo que querías era un mundo”.⁵¹ Por eso tienes todo y tienes nada.

⁴⁹ AJG, 4, exp. 4, f. 62388, 12 de julio de 1959; y f. 62482, 3 de agosto de 1959.

⁵⁰ *Ibid.*, exp. 5, f. 62922, 10 de diciembre de 1959.

⁵¹ HÖLDERLIN, *Hiperión*, p. 98.

“Toda vida —escribió José Ortega y Gasset— es secreto y jeroglífico. De aquí que la biografía sea siempre albur de la intuición. No hay método seguro para acertar con la clave arcana de una existencia ajena.”¹ No le faltaba razón. En la pregunta por el Otro radica el motor de nuestros pasos, el impulso que nos arroja al mundo y, por lo tanto, la fuente de todo conocimiento. Pero la pregunta queda sin respuesta, dado que en el espejo de la alteridad encontramos, una y otra vez, nuestro mismo reflejo. Hay algunos hombres, sin embargo, que permiten penetrar lo insondable, al entreabrir las puertas de su propio misterio. Uno de ellos fue José Gaos quien, a lo largo de los días, dejó numerosos rastros sobre los ejes que guiaron su destino. Así, por ejemplo, en una página de particular franqueza se lee que “el secreto de mi autobiografía y autopeya es mi erótica”.² La revelación apenas sorprenderá a nadie y menos aún si se considera que en el mandamiento del amor se encuentran los cimientos de la civilización judeo-cristiana. En este caso, no obstante, se trata menos del código mosaico como del freudiano, enriquecido, quizás, con algunos preceptos de corte agustiniano. Cualquiera que sea la línea de interpretación que se elija, al menos resulta significativo que un individuo reconozca la pulsión amorosa en el origen de su identidad y actuar cotidiano. Que el tema aparezca en abundantes escritos, publicados e inéditos, confirma el inmenso espacio que esa dimensión ocupaba tanto en su conciencia como en su actividad profesional, y que un estudio biográfico de índole intelectual no puede sino abordar. Veamos, pues, cuál es el sentido, lugar y evolución de esas pasiones.

Afirmar que la vida americana de Gaos comenzó bajo el signo de Isis tal vez no sea del todo desatinado. En sus alocuciones iniciales, primero en La Habana y después en la ciudad de México, la mujer apareció como contrapunto del filósofo, es decir, como una criatura a quien los vuelos meta-

¹ Cit. en ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*, p. 15.

² AJG, 4, exp. 4, f. 62562, 12 de agosto de 1959.

físicos estaban vedados. Ello se debía a que, aunque provista de orgullosas y muy vanidosas plumas, carecía de las alas de la soberbia, únicas capaces de elevar hacia el cielo de las ideas. De poco sirvió que intentara suavizar sus palabras con expresiones de torpe galantería, como al encomiar “una tierra en que hasta las mujeres tienen una mirada encendida y una sonrisa amable incluso para el filósofo”.³ ¿Cómo lograrían hacerlo, cuando el “hasta” indica una extrañeza nada halagüeña para quienes lo favorecerían con su presencia? Resulta natural que las protestas no se hicieran esperar ni que se despertara la polémica en torno a unos postulados que rozaban la misoginia. A esa inconformidad, manifestada por representantes de ambos géneros, responde que meses más tarde el conferenciante proyectara publicar un artículo, en el que aclaraba y justificaba su postura. Con el título “La mujer en la Historia”, el texto partía de una evidencia, a saber, que el género femenino no figuraba, por derecho propio, entre las personalidades forjadoras del devenir humano. Había participado, claro está, en la común gesta histórica, pero siempre en tanto agente anónimo e invisible. ¿Cómo entender, inquiría, que se hubiera dejado sojuzgar, al punto de verse borrada de anales, crónicas y libros? Él mismo lo explicaba, no por una debilidad intrínseca, oriunda de la naturaleza, sino por su “carácter”, esto es, “en términos de mayor actualidad científica”. La psicología contemporánea dictaminaba, en efecto, que la personalidad se fundaba en factores sociales y culturales, por lo que la actual disparidad entre sexo femenino y filosofía en modo alguno cancelaba una afinidad futura. Que esa posibilidad se cumpliera, de tal manera que el porvenir ofreciera más de una Diótima de Mantinea, dependía de que una generación, la primera, comenzara por cultivar la disciplina. Una vez franqueada la brecha, a las siguientes correspondería ahondar en la materia. “Por eso —concluía—, si mis desazonadas oyentes y presumibles lectoras se determinan a ser esta promoción, cualquiera que sea el resultado de su arrojito, la filosofía les quedará agradecida.”⁴

Por ínfima que parezca esa concesión, al menos representa un ligero avance respecto a las convenciones corrientes. El relativo mérito se amplifica en vista de que, como bien ha señalado Françoise Collin, “la filosofía se mantuvo durante más largo tiempo que otras disciplinas como un espacio masculino, sin duda en razón del carácter más o menos sagrado de quien

³ AJG, I, exp. 14, f. 1895. Esa frase forma parte de su discurso de despedida en Cuba en 1938.

⁴ GAOS, “La mujer en la Historia”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, pp. 297-299.

se vincula con la verdad”.⁵ Este aserto se confirma al observar que el medio intelectual en que Gaos se desenvolvió no se distinguía por promover la paridad de géneros en asuntos de metafísica. Por sólo mencionar a uno de sus maestros más cercanos, en 1929 Manuel García Morente había publicado un artículo en que se preguntaba por la ausencia de rostros femeninos en las galerías de filósofos. Esa laguna no podía ser casual, dado que, de haber resentido un deseo irresistible por verse retratadas, ningún impedimento, material o externo, hubiera contenido tan imperioso anhelo. El obstáculo debía provenir, por consiguiente, “de la estructura misma del alma femenina”. Un breve cotejo entre “el espíritu filosófico” y la “feminidad” mostraba que sus sospechas no andaban erradas. La mujer, en efecto, “asume del mundo todo cuanto la conmueve en lo profundo; pero lo que así queda asumido y apropiado se contamina de identidad sentimental, se convierte en contenido homogéneo del alma y queda reducido a un mismo denominador común”. De ahí que su “tipo psicológico”, caracterizado por un mayor sometimiento al “proceso vital”, resultara incompatible con una disciplina que requería “una fina percepción de lo diverso”, así como “cierta distancia y desasimiento, esto es, [...] eso que suele llamarse objetividad”. Pese a esos atributos, Morente no descartaba la posibilidad de que los cambios que se producían en la vida contemporánea concurrieran al desarrollo de una capacidad filosófica. Por el contrario, estaba convencido de que algún día el universo se hallaría enriquecido con “un tipo maravilloso de mujer, una forma de cultura femenina que reúna la intensa preocupación vital y personal, la unidad profunda del ser, con la diversidad de los más tenues, sutiles y apartados intereses ideales, un tipo de mujer hecho a la medida de la meditación filosófica”.⁶

Tal como revelan esas páginas, las reflexiones de Georg Simmel acerca de la diferencia de géneros se habían abierto el paso a través de los Pirineos. Sus ideas respecto a la coexistencia de dos esencias humanas, una masculina y otra femenina, cada una provista de rasgos específicos y figurando en tanto elementos estructurales del mundo, habían comenzado a circular en España desde la década de 1920, merced a la empresa editorial *Revista de Occidente*. Esas inspiraciones encontraron tierra fértil en su principal promotor, quien las cultivó y dejó florecer en múltiples ensayos. Sin embargo, en esa labor de trasplante, Ortega decidió podar cualquier ramita críti-

⁵ COLLIN, “Différence et différend”, p. 244. [Mi traducción.]

⁶ GARCÍA MORENTE, “El espíritu filosófico y la feminidad”, pp. 289-306.

ca para permitir que creciera un robusto tronco varonil. De esa manera, aun cuando admitía que los modelos humanos evolucionaban en el transcurso del tiempo, adjudicó a uno y otro género unas características bien delineadas, cuya constitución y vínculo no convenía subvertir y siquiera modificar. Los lugares comunes que colocan la racionalidad en el despacho masculino y el sentimentalismo en el *boudoir* femenino se hacen presentes a lo largo de esos escritos, si bien el autor no se privó de recubrirlos con cierta dosis de formalismo científico. Así, mientras que la psique masculina estaría dotada de múltiples epicentros, permitiéndole desdoblarse en tantos aspectos como actividades desarrollaba, la femenina se definía por su forma concéntrica, volcada hacia una pura interioridad. La paradoja radicaba en que, al penetrar en ese misterioso núcleo femeníl, únicamente se escuchaban ecos, cuando no un silencio sepulcral. Esa vacuidad tan distintiva le permitió concluir que “la personalidad de la mujer, es, más bien, un género que un individuo” y que su papel en la Historia consistía en “ser el concreto ideal (‘encanto’, ‘ilusión’) del varón”.⁷

El esencialismo en cuestiones de género, revestido con pretensiones de científicidad y sólo matizado con algunas ideas de corte historicista, aparece igualmente en los juicios que emitió el discípulo, así como en el texto que preparó en defensa propia. No obstante, quizás con el deseo de desarrollar esas líneas o, tal vez, por evitar sacudir el avispero, el articulista decidió guardar el ensayo en un cajón, al menos por el momento. Por lo demás, el alegato parecía casi superfluo, dado que el llamado bello sexo seguía acudiendo en largas filas a escuchar su docto verbo. Así lo registró Pedro Salinas, quien, al retratar el exilio español en México con los pinceles de la prosa, comentaba: “Gaos muy bien, muy sereno, y con gran éxito femenino en sus conferencias de Filosofía”.⁸ De ahí que ese donjuán especulativo, además de ironizar acerca de la presencia de señoras y señoritas en aulas y anfiteatros, se permitiera afirmar por escrito que “entre los *snoobs* de los cursos y conferencias, en particular de filosofía, son abundantes las mujeres, las damas”.⁹ Formaban parte, por lo tanto, del sinnúmero de ociosos que

⁷ ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, pp. 119 y 131.

⁸ Carta de Pedro Salinas a Jorge Guillén, fechada el 26 de diciembre de 1939, en SALINAS y GUILLÉN, *Correspondencia*, pp. 205-206.

⁹ GAOS, “Sobre el auditorio de la Filosofía”, en *Obras completas*. VII. *Filosofía de la filosofía*, p. 79. En sus *Confesiones profesionales*, Gaos aclaraba que en ningún momento había atribuido una inferioridad mental a la mujer, sino que sus frases respondían a que “me son antipáticas las intelectuales apócrifas como no me lo son menos los intelectua-

buscaba ornar sus días con oropeles de cultura. En honor de quienes así se denostaba, aquel grupo no se limitó a asentir pasivamente, sino que llevó sus quejas hasta los tribunales de la prensa. “Un Profesor que Molesta a las Mujeres que Asisten a su Clase” fue el rótulo con que apareció la denuncia en uno de los principales diarios de la capital.

Algunas damas asistentes al curso de Filosofía que imparte en la Universidad Nacional el profesor Gaos —se asentaba en la nota—, se han presentado a esta Redacción para decirnos que dicho señor se ha dedicado de una manera sistemática a molestar a las mujeres que asisten a sus clases. De tiempo atrás aprovecha toda coyuntura para decir que la mujer es incapaz de interesarse por la filosofía; que aquellas que lo fingen sólo están movidas a ello por snobismo y pedantería y, finalmente, externó opinión tan baja respecto al sexo femenino, que raya en el insulto [...]. En opinión de estas damas —continuaba el artículo—, el doctor Gaos pretende quedarse en su curso con un grupo seleccionado de los que él considera preparados o aptos para sus enseñanzas; todos ellos sus amigos, con los que la clase va dejando de tener el aspecto de curso libre y popular de los de nuestra Universidad, para convertirse en un cenáculo de escogidos.¹⁰

De esta forma, se hace evidente que los métodos de enseñanza que promovía el catedrático, orientados a alimentar la vocación de los más sobresalientes, poseían la enorme desventaja de sacrificar a las grandes mayorías, incluyendo al conjunto de la población femenina. Una de las excluidas, Lia Parasquevopoulos, explicaba que se había inscrito, junto con unas amigas, en algún seminario, movida por el atractivo que suponían aquellas lecciones. “Su palabra fácil —precisó—, su maciza erudición y esa su voz de gravedad profunda [...], han sido factores que le han dado envidiable boga, no sólo en las aulas, [sino] también en las tertulias y bailes de disfraces, en donde es escuchado como oráculo.” Sin embargo, añadía, “sólo el terrible *ukasé* en el que se exigía el conocimiento cabal del sánscrito, griego, latín, francés, inglés, alemán, catalán y andorrano nos impidió enriquecer nuestros conocimientos en el curso de Seminario que fue escuchado nada más por un círculo privilegiado de elegidos”.¹¹ Por esos motivos, pregonaba

les de la misma laya”, véase GAOS, *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 90.

¹⁰ *El Universal*, 6 de febrero de 1941.

¹¹ *El Nacional*, 12 de febrero de 1941.

El Nacional, las conferencias “se han convertido en un caos”. Esto se debía a que “al fin, las dulces, las pacientes, las sufridas mujeres que lo escuchan, se han rebelado. No quieren ser más Cleopatras universitarias [...]. Ellas quieren seguir empapándose de esta sutil sabiduría, aplazada siempre, ante su pretendida ignorancia”.¹²

Mucho más que un incidente anecdótico, el episodio muestra las trabas y prejuicios a vencer para que las mujeres accedieran a la educación superior. En nuestro país, las leyes habían garantizado ese derecho desde 1861, pero sin que las disposiciones jurídicas lograran erradicar los condicionamientos sociales que, en gran medida, dificultaban su disfrute. De modo un tanto ambiguo, Gaos mismo celebró que la Segunda República, mediante múltiples reformas, hubiera atraído a un mayor número de señoritas hacia la Facultad de Filosofía y Letras, si bien el encomio se limitaba a elogiar las transformaciones en el orden de la apariencia. De jovencitas de porte vulgar, incluso cursi, al cabo de un año se convertían en un “enjambre de muchachas esbeltas, ligeras, con un vestido y tocado sencillos, prácticos y entonados, elegantes, con un aire, sin gravedad ni pedantería, a la vez contenido y resuelto”.¹³ Nada dijo, en cambio, sobre sus posibles contribuciones en el campo del conocimiento, quizás por juzgarlas nulas o, por lo menos, en exceso incipientes. Según su propio testimonio, contribuir a que esos atisbos se convirtieran en logros efectivos fue la tarea que se impusieron “todos los profesores de la escuela de Ortega”. “¿Cómo interpretar en otro sentido —inquiría— los literales mimos con que todos cuidábamos [...] a las estudiantes de Filosofía que nos parecían más de veras vocadas y dotadas para ella?”¹⁴

Tal vez la mejor prueba de esas palabras radique en que a quien se acusó de fomentar la exclusión de un importante segmento demográfico, protagonizara uno de los capítulos que favorecieron un cambio paulatino. Ese hecho se produjo al participar en el establecimiento de la Universidad Femenina de México. Según informó la fundadora, Adela Formoso de Obregón Santacilia, el proyecto “nació de la necesidad de crear un centro de enseñanza superior que estuviese dedicado exclusivamente a la mujer y se sujetase a los principios de investigación y de libre cátedra”. En el fondo se trataba de que las nuevas generaciones “tuvieran aquello que por circuns-

¹² *El Nacional*, 7 de febrero de 1941.

¹³ José Gaos, “Grandeza y ruina de la Ciudad Universitaria”, *El Pueblo*, La Habana, Cuba, 9 de julio de 1938.

¹⁴ GAOS, “*Confesiones profesionales*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 92.

tancias dolorosas nos fue negado a muchas otras en nuestros años núbiles”. Con ese fin se dirigió a algunas figuras prominentes del medio intelectual, entre las que destacaba Antonio Caso. Además de ofrecer fungir como consejero, “el maestro se entusiasmó, apoyó la idea y me sugirió la organización inmediata de un Consejo Técnico”.¹⁵ Así lo hizo y en virtud del esfuerzo logró congregarse en torno suyo a destacadas personalidades del medio intelectual, como Alfonso Caso, Manuel Sandoval Vallarta, Federico Gómez de Orozco, Antonio Madinaveitia, Alfonso Reyes y el propio José Gaos.

Lo supiera o no, Adela Formoso no pudo escoger mejor momento para abrir las puertas del nuevo plantel. Se trataba de una época en que Rodulfo Brito Foucher buscaba descongestionar la UNAM y, de paso, respaldar las demandas por las que pugnaban los círculos católicos del país, en el sentido de exigir respeto a la libertad de cátedra. A ello se sumaba el relajamiento de las autoridades federales respecto a la “educación socialista”, tal como revelaba la ley orgánica de 1942, más tarde interpretada como el anuncio de la reforma al artículo tercero constitucional que se verificaría cuatro años después. Ese conjunto de factores confluyó para que durante la década de 1940 florecieran y se multiplicaran las instituciones de enseñanza privada, sobre todo de espíritu confesional. Sobra decir que esos desarrollos no pasaron desapercibidos a Gaos, como al comentar que “el Motolinía ha superpuesto a su Secundaria y Preparatoria unos estudios universitarios y se ha fundado una Facultad de Filosofía, que a pesar de este título es más bien una de Ciencias Sociales en general, con secciones como una de periodismo y que se inauguró el 7 de marzo [...] con un acto de confesionalismo católico ostentoso”.¹⁶ Sin que diera cabida a la instrucción de tipo religioso, en ese movimiento se halló inmersa la Universidad Femenina, cuyo carácter laico no impedía que un sacerdote bendijera, en solemne misa, títulos y anillos de graduación.

Tal como Gaos confió por carta a Eduardo Nicol, la decisión de unir sus fuerzas a esa empresa educativa respondió, en primer término, a la perspectiva de una inminente clausura de El Colegio de México, en vista de que la Secretaría de Educación le denegó los recursos que año con año suministraba. Una vez superado el escollo, afirmó, “ya no era posible o decoroso

¹⁵ Adela Formoso, “Octavo aniversario de la Universidad Femenina de México”, *El Informador*, 10 de octubre de 1950, p. 7.

¹⁶ Carta a Eduardo Nicol, fechada el 29 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 15116. Gaos se refería a la Universidad Motolinía y a la Facultad de Filosofía que en 1943 fundó la Compañía de Jesús.

salir”. No obstante, a la incertidumbre laboral se había aunado el entusiasmo que los organizadores supieron infundirle, accediendo a convertirse en el “hazlo todo” en materia docente. En tanto director de estudios sus funciones comprendían desde elaborar planes escolares ajustados a los lineamientos, ora de la UNAM, ora de la SEP, hasta realizar algunos trámites relativos a la revalidación de carreras e impartir varias asignaturas. Aunque apenas existe algún indicio que así lo acredite, no es difícil suponer que la tarea de establecer una licenciatura en Letras y Literatura Españolas también corrió a su cargo, así como la iniciativa, puesta en marcha tiempo más tarde, de complementar los estudios con seminarios de tesis. Pese a la magnitud del esfuerzo, decía, “lo malo es que el público no parece en absoluto responder a las expectativas de los fundadores, que llegaron a contagiármelas”.¹⁷ Esas palabras en modo alguno resultan exageradas. Tras su apertura, el 1 de marzo de 1943, sólo ocho alumnas se beneficiaban de las lecciones que prodigaban 24 profesores. “Una de ellas —recordaba en retrospectiva Adela Formoso— era de segundo grado de secundaria. Tenía, para sí, una planta completa de maestros.”¹⁸ Ocho años más tarde, empero, su población había aumentado hasta incluir 125 educadores y 457 alumnas, e incluso se preveía la posibilidad de establecer una filial en Veracruz.

La clave del éxito quizás residía en que la Universidad propuso un modelo “moderno, dinámico, con una organización más avanzada que la conocida, sin pretensiones revolucionarias”.¹⁹ De esa forma se buscaba conjurar los viejos fantasmas, vinculados con el temor de que la educación femenina viniera acompañada por el desmoronamiento de la estructura familiar, por no hablar del deterioro de valores y buenas costumbres, tal como naturalmente sucede cuando las señoritas salen a las calles o, peor aún, cuando se incorporan en la vida laboral. De ahí que en el plantel sólo se ofrecieran carreras “muy adecuadas a las mujeres, que podrán encontrar en lo sucesivo instrucción apropiada a su sexo y a sus aficiones o vocación”.²⁰ Entre ellas se contaban las licenciaturas en letras, en química farmacéutica y biología, así como una más en asuntos internacionales. El cuadro de estudios se completaba con carreras cortas, que permitían la formación como

¹⁷ Carta a Eduardo Nicol, fechada el 29 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 15116.

¹⁸ Adela Formoso, “Breve historia de la Universidad Femenina de México”, *El Informador*, 15 de octubre de 1950, p. 7.

¹⁹ *Loc. cit.*

²⁰ *Mañana. La Revista de México* (18 de septiembre de 1943), p. 4.

radiologista, secretaria y laboratorista médicas, decoradora de interiores, enfermera anestesióloga, nutrióloga, secretaria dental, cosmetóloga y trabajadora social. Amén de su carácter moderado y amplia gama de asignaturas, la institución se había beneficiado de las redes que la directora cultivaba, merced a su privilegiada posición en la pirámide social. Así, para dirigir la Escuela de Periodismo había obtenido el concurso de Alejandro Quijano, a la cabeza de *Novedades*, y de Manuel Becerra Acosta, subdirector de *Excelsior*, al igual que el de ciertos periodistas de renombre como Rafael Heliodoro Valle. Ese hábil manejo de las relaciones públicas explica, no sólo que embajadores y escritores de prestigio se dieran cita para dictar alguna conferencia, sino que en los días de fasto las más altas autoridades del país presidieran la tribuna.

El propio Gaos contribuyó a decretar las normas de disciplina y decoro que se deseaba imperaran en la Universidad, mediante un folleto titulado *Deberes de la alumna*. En ese librito, se decía, se hallaban “las principales indicaciones que [cada una] deberá tener presentes siempre para llegar a ser la alumna perfecta, representativa de la institución, de que ésta se sienta orgullosa”. Previendo que la deserción escolar se acentuara entre el alumnado femenino, se exigía, en primer término, que la aspirante comprobara “que se dan en su caso todas las condiciones —de vocación y capacidad personales y de medios propios o asistencias ajenas— para perseverar en los estudios elegidos, sin abandonarlos”. De nada serviría invocar “motivos fútiles” para incumplir con la obligación de una puntual asistencia, si bien esta última no bastaba para satisfacer los requerimientos. De igual modo se estipulaba que “no debe la alumna contentarse con su simple presencia corporal, ni tampoco con prestar su atención desmayada e interrumpida por distracciones, sino tomar la parte más activa posible”. Con análoga condescendencia, a continuación se explicaba la causa subyacente en esos condicionamientos. Éstos respondían a que

el estudiante que se limita a aprender los libros de texto o los apuntes no llega a rebasar los límites de una formación simplemente escolar, que si se toma por suficiente se convierte con facilidad en una pedantería siempre ridícula por su falta de base, pero muy especialmente en la mujer, con cuya feminidad resulta más en desarmonía que con la manera de ser corriente del varón.²¹

²¹ [GAOS], *Deberes de la alumna*, pp. 5-12. Es de señalar que el nombre de José Gaos no aparece en este pequeño volumen, si bien el estilo y léxico sugieren que surgió de su

Los tópicos corrientes en torno a la diferencia de géneros se encuentran reproducidos en todo el reglamento, como al establecer que “si el desorden y la suciedad sientan mal en cualquier centro de cultura, uno que es además femenino debe ser un verdadero modelo de ambiente agradable por la pulcritud, el buen gusto y la distinción”. No se olvidaban, desde luego, los arrebatos propios de la juventud ni, mucho menos, la reputación que convenía a una academia honorable. Por esas razones, se disponía que “la alumna debe comprender que la permanencia en el edificio universitario [desde la hora a que debe llegar hasta la hora a que debe salir] representa una garantía de buena conducta que la institución no puede dejar de ofrecer a los padres”. De seguir esas reglas al pie de la letra se esperaba que la Universidad, “por obra muy singularmente de sus alumnas”, se convirtiera en “foco de concentración y de irradiación de las formas de conducta más exquisitas que aquéllas conozcan”.²²

Publicados a título de reglamento escolar, los *Deberes de la alumna* reflejan sobre todo una política institucional. Con ellos se confirma que la Universidad Femenina buscaba proporcionar herramientas para actividades que las mujeres ya ejercían *de facto*, antes de que mediara una formación profesional. Por lo tanto, se trataba de un establecimiento progresista, si bien sólo en la medida en que procuraba ajustarse a las necesidades del momento y sin que se cuestionaran los modelos vigentes de feminidad y de masculinidad. La preceptiva indica, a la inversa, que se actuaba en conformidad con el papel y atributos que la sociedad asignaba a uno y otro género. Así lo reconoció Adela Formoso, al afirmar que “la verdad es que no deseaba preparar mujeres para servir empleos, sino, al contrario, ayudarlas a desenvolver su personalidad y su libre iniciativa en los campos de acción que ofrece la época actual”.²³ Por esos motivos, resultaría muy complejo determinar en qué medida el autor del folleto comulgaba con esos fines y valores, de no ser porque otros textos autógrafos dan constancia de su visión personal.

Tal como se desprende de diversos pasajes, esa opinión se caracterizaba por cierta desazón ante los cambios operados durante los últimos tiempos y que se expresaban tanto en la apariencia femenina como en las relaciones de

pluma. Agradezco a Antonio Zirión, quien se tomó la molestia de digitalizar y enviarme este documento por vía electrónica.

²² *Ibid.*, pp. 12-38.

²³ Adela Formoso, “Breve historia de la Universidad Femenina de México”, *El Informador*, 15 de octubre de 1950, p. 7.

pareja. En unas notas relativas al curso sobre “Nuestra vida”, se lamentaba, por ejemplo, de una moda que había propagado a “la mujer tabla y la manía de adelgazar”. Según una hipótesis de imposible comprobación, afirmaba que esa tendencia respondía al “hombre actual, un homosexual cobarde, que no se atreve con otro hombre y busca una mujer lo más parecida a un hombre”. De ahí su llamado a que el sexo opuesto recuperara la figura, de tal forma que pareciera placentero a quienes, como él, gustaban de “hembras bien diferenciadas”. Mucho más a tono con su credo historicista, señalaba que el discurso emancipador no tomaba en cuenta las concepciones propias de cada época. Por ello recordaba que hubo un tiempo en que “la intimidad del hogar no era la prisión de la mujer, era la atmósfera exhalada por lo íntimo esencial de la femineidad misma, el medio creado por el ser”. Hablar de liberación, por consiguiente, sólo correspondía a quienes se regían por ideas contemporáneas. Sin embargo, la distancia que lo separa de nuestros días aparece con nitidez en su dificultad para disociar la sexualidad humana de los fines reproductivos de la especie, tal como lo demuestra su crítica a las prácticas anticonceptivas. Pese a no reivindicar el dogma cristiano, su disgusto se fundaba en que éstas acercaban “el ejercicio de la sexualidad a su ejercicio homosexual”.²⁴ Nada bueno deparaba el futuro para este obstinado convencionalista.

En su calidad de director de estudios, Gaos procuró instilar ciertas nociones en los oídos de las jóvenes universitarias. Quienes se graduaron en el año de 1948 lo escucharon disertar sobre la afinidad existente entre la educación recibida y los cánones sociales. Quizás buscando disolver el estigma que pesaba sobre aquellas mujeres latinistas —asignatura que, por cierto, él mismo impartía—, su alocución versó acerca de los beneficios que suponía el conocimiento para el cabal cumplimiento de su destino tradicional, el matrimonio. Lejos de obstaculizar el enlace nupcial, el saber adquirido fungiría como un inmejorable aliado en la dura tarea de conservar y fortalecer el vínculo entre los esposos. Retomando la sentencia de André Maurois —“un matrimonio feliz es una larga conversación que siempre parece demasiado corta”—, el conferenciante asentaba que “la educación actual de la mujer representa en fundamental proporción la posibilidad de que la mujer y el varón conversen en adelante como hasta ahora sólo podían hacerlo los varones entre sí”. Cultura y felicidad venían pues de la mano, pero no era todo. El conocimiento también las preparaba para entablar otra forma de diálogo, aquella que se expresa, desde las urnas y la prensa, entre

²⁴ AJG, 2, exp. 24, ff. 34190-34195.

el pueblo y sus gobernantes. Se trataba, claro está, de la democracia, régimen que él mismo definió como una “larga conversación pública”.²⁵ Con esas palabras se expresaban las contradicciones que albergaba su mente, dado que, si por una parte fomentaba la participación femenina en la arena política, por la otra sugería que las mujeres todavía eran menores de edad, de cuya formación y cultivo dependía acceder a la etapa adulta.

La intervención sin duda fue del gusto de las autoridades universitarias, puesto que decidieron reproducirla en *Reportajes*, órgano informativo de la institución. Es de suponer que el asentimiento se debía a que las palabras de Gaos correspondían a la postura moderada de la Universidad, al tiempo que representaban un ligero respaldo a la exigencia de igualdad jurídica entre ambos sexos, demanda que en nuestro país, pese a diversos proyectos, no había logrado prosperar. Todavía en 1952 —un año antes de que se aprobara el sufragio universal en México y décadas después de que así sucediera en amplias regiones del globo—, Adela Formoso denunciaba que “el prejuicio pregona que el hecho de que las mujeres adquieran ciudadanía cabal, de que perfeccione su personalidad jurídica, ha de hacerlas más vulnerables”.²⁶ Lejos de ello, aducía, “la ciudadanía plena las fortalece, puesto que las equipara a los hombres en la función de procurar la felicidad de los componentes de la sociedad”. El espíritu de servicio que inspiraba a las mexicanas encontraría su cauce más propicio en el derecho de votar y ser votadas. La causa de fondo que motivó el escrito aparece, sin embargo, líneas más adelante, al señalar que un prejuicio análogo se blandía en contra de la Universidad Femenina y sus filiales. “Ignoro por qué —sostenía—, aunque sé con qué objeto, se dice que son centros de educación para niñas bien, aristócratas o ricas.” Y aunque la oferta de carreras como decorado, literatura o diplomacia no apunta hacia un alumnado de extracción obrera, la directora no se guardó de desmentir los infundios: “Nada más falso —objetó—. A la Universidad Femenina de México concurren mujeres jóvenes de todas las clases sociales, en proporción mayor provenientes de familias de posición modesta y aun francamente precaria”.²⁷

²⁵ GAOS, “Conversación, matrimonio y democracia”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, pp. 283-287.

²⁶ Adela Formoso, “El prejuicio: he ahí al enemigo”, *El Dictamen*, 5 de junio de 1952. Acerca del derecho de ciudadanía en Europa y Estados Unidos, véase SINEAU, “Droit et démocratie”. Una breve historia respecto a las sufragistas mexicanas aparece en MONSIVAÍS, “Sobre el feminismo”.

²⁷ Adela Formoso, “El prejuicio: he ahí al enemigo”, *El Dictamen*, 5 de junio de 1952.

Cualquiera que fuese su situación socioeconómica, las estudiantes se vieron obsequiadas con lecciones de porte, elegancia y distinción, por voz de José Gaos. El término de otro ciclo escolar fue la oportunidad de advertirles que en ese conjunto de virtudes se reflejaba el carácter de una mujer interesante, al menos a ojos, faltaba más, del sexo opuesto. Sus propios gustos y preferencias fungieron como parámetro de medida para todos los de su propio género, dado que “por un hombre cualquiera se puede conocer precisamente a la mayoría de los hombres”. No era otra la calidad en que se ostentaba el conferenciante. ¿En qué radicaba entonces el interés de una mujer? Lo primero, decía, era “una especie de misterio que encubre y con que intriga duraderamente”. De ahí que el atractivo dependiera de cierta reserva, a la vez sugerente y renovada de continuo. Un recato moderado aparecía como componente necesario del encanto, dado que nada neutralizaba tanto la química del amor como el exhibicionismo. También se encargó de erradicar el error de considerar belleza y fortuna materiales como ingredientes del hechizo; los principales eran, por el contrario, sustancias etéreas pero no menos perceptibles, a saber, la cultura y la feminidad. Por la primera se refinaba el espíritu, mientras que en la segunda se expresaban sus propiedades nativas, con naturalidad. A perfeccionar esa suave mezcla de elementos se abocaba la Universidad Femenina, concebida como una “escuela de mujeres, no que se hagan las interesantes, con afectación, sino que sean de veras interesantes”.²⁸

Aunque para validar esas palabras se identificara a sí mismo como uno del montón, en realidad poseía un rasgo que lo diferenciaba de sus pares. Éste consistía, no tanto en una amplia trayectoria en asuntos del corazón, cuanto en una reflexión profunda y constante sobre los vínculos que unían a ambos sexos. Más en particular, se trataba de un acucioso análisis psicológico en torno a uno y otro género, del cual extraía reglas de conducta y sentencias de tipo general. Las lecturas y atenta observación del universo circundante le proveyeron material suficiente para ir acompañando sus *Jornadas filosóficas* con un “compendio de todos los posibles y canónicos *Erlebnisse* de amor: visión del mundo, asociaciones naturales... todo, todo lo que viven y pueden vivir [los] enamorados”. Como era de esperar, en ese

²⁸ GAOS, “Las ilusiones y la mujer interesante”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, pp.287-295. Este ensayo encuentra un paralelo en un texto de José Ortega y Gasset, titulado “Para una psicología del hombre interesante”, este último definido como “de quien las mujeres se enamoran”, véase ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, p. 147.

proceso de catalogación anímica, sus propias vivencias sirvieron como principal fuente de estudio. Ello explica que las numerosas damas que se veían atraídas hacia su órbita terminaran como datos de una tipología o que concluyera que “por lo menos en la actualidad o en medios como los míos, las mujeres no son seres predominantemente sexuales ni mucho menos apasionados, mejor que pasionales, sino sociales, muy poco guiadas por el instinto de la especie y la maternidad y lo consecuente institucional”. La misma operación valía para el común de los hombres, si bien en este caso la inferencia era de otro calibre, puesto que se fundaba en un único espécimen, él mismo. Esto es lo que le permitía sostener que “mis *Erlebnisse* eróticos todos, de tal proporción en mi vida, me presentan con evidencia al varón, por su naturaleza, en la inmensa mayoría de los casos [...] [como] polígamo”. La índole ejemplar que prestaba a su experiencia no significa, empero, que guardara para sí la menor complacencia. Así lo muestran unas líneas en las que adjudicaba su incapacidad para despertar pasiones plenas a un “carácter, introvertido, patentemente egoísta, malhumorado, poco simpático, nada contagiador [o] arrebatador”.²⁹

La fría contemplación con que sometió a escrutinio gustos y atributos, inclinaciones y perplejidades no lo eximió de sufrir terribles desbalances en el orden del sentir. Aquella tendencia que definió como un “afán por entrar en relaciones con las mujeres, este vivir vertido todo hacia ellas y, sin embargo, esta impotencia absoluta para lograrlo” determinó que su matrimonio se fuera poco a poco colapsando. Ante el imperativo del deseo, de poco ayudó que durante años considerara que había encontrado “precisamente la esposa y madre perfecta, ideal; la que me quiere con un amor juvenil apasionado, rendido, entero, y que me gustó y a la que quise como ella sigue queriéndome; y la que me gusta como me han gustado pocas en la vida...”.³⁰ Lejos de resolverlo, esa conciencia sólo azuzaba el conflicto entre instinto y razón, convirtiendo los primeros años de la década de 1940 en un infierno emocional, cuyas llamas no logró extinguir la reflexión ni las consultas con algún especialista. A su regreso a la capital, después de un mes de ausencia, Alfonso Reyes se encontró con algunas ruinas del incendio que, al parecer, se había extendido por toda la ciudad. Con fecha del 8 de mayo de 1944 registró las noticias, causa de su conmoción:

²⁹ AJG, I, exp. 47, f. 8790, 18 de enero de 1940; 2, exp. 34, ff. 35939-35940, 14 de diciembre de 1941.

³⁰ AJG, 4, exp. 2, f. 60600, noviembre de 1943; I, exp. 100, f. 20114, enero de 1940.

1. atentado fracasado contra el Presidente; 2. asesinato de Herrerías, Director de *Novedades*; 3. divorcio de Usigli; 4. escapatoria de Altolaguirre con la cubana Mena; 5. muerte del “cineasta” Fink; 7. locura doméstica de Gaos que quiere abandonar esposa e hijas para juntarse con una discípula muy católica; 8. murieron el doctor Silva, la suegra de Nacho Chávez y el suegro del doctor Martínez Báez; 9. ¿se casó Manolo Pedroza!³¹

Gaos mismo se explicaba sus incontrolables desajustes emotivos por la impronta que había dejado en su alma la experiencia del primer amor. El objeto de esos afectos juveniles había sido Cristina, hija del pintor Cecilio Plá. Se habían conocido en el verano de 1919, cuando las familias vacacionaban en una playa cercana a Valencia. Durante esa época, escribió tiempo después, “el enamoramiento me hizo relacionarme con el círculo de que formaba parte la muchacha de quien me había enamorado”, dedicando el resto de sus horas a “leer, escribir, pensar... imaginar, sentir, en mi cuarto, donde permanecía mientras estaba en casa, sin tratarme con la familia”. La “vida en la abstracción”, tema que lo ocuparía en años venideros, encontraba su raíz en aquellos días tempranos.³² Algunos detalles chuscos, pero no menos reveladores, brotaron de la pluma memoriosa de Max Aub, al recordar los efectos que produjo sobre el amigo la “dulce pulpa, suave de color albaricoqueado, con ojos claros” de Cristina. Rememoró, en efecto, que Pepe nunca confesó sus sentimientos, pero que en cambio construyó

todo un sistema, a su decir maravillosamente ordenado: durante el invierno de aquel año, cada martes, íbamos a la Estación del Norte a echar al buzón una tarjeta postal dirigida a la amada, sin más texto que la fecha. Me explicaba José que de haberlo hecho cada día hubiese resultado cosa fácil y llegado a ser mecánica; que hacerlo cada mes también hubiese adolecido del mismo mal, debido al calendario, pero que, en cambio, la semana (ahí la influencia era de D’Ors) daría patente cuenta, el día necesario y de viva voz, de su constancia invernal y lejana. Recto y riguroso consigo creía que una prueba de este género sería suficiente para ganar a la amada. Ignoro cómo se desarrolló lo que siguió. [...] De lo que sí supe fue de la furia del pintor al recibir esa malhadada tarjeta cada ocho días.³³

³¹ REYES, *Diario*.

³² AJG, 2, exp. 34, f. 35859.

³³ AUB, “José Gaos”, pp. 79-80.

Insensible ante el humor que distingue a la comedia humana, Gaos tiñó ese episodio de lúgubres colores. Como si de un determinismo afectivo se tratara, adjudicó a ese fracaso el desarrollo de “una personalidad insatisfecha” y de un “complejo de inferioridad sexual”, una y otro en el origen de un “proceso de impulsos, ideas y voliciones, ¿sentimientos?, obsesiones en cuanto cede la atención profesional y de consecuente actividad”. De esta forma reconocía el carácter solidario entre vida intelectual y vida emocional, movimiento en el que si ésta limitaba aquélla, también poseía la virtud de inspirarla hacia “el trabajo lucrativo y de nombre”. Conciliar “impulsividad y filosofía” sería faena de las *Jornadas filosóficas*.³⁴

En 1945 finalmente decidió abandonar el hogar familiar y buscar un techo en solitario. Tomar esa resolución no fue en modo alguno sencillo, dado que durante años se debatió entre aquellos polos con frecuencia inconciliables: el deber y el querer. En algún momento de introspección, admitió que “noto con espanto que el problema de mi vida, de mí, no es el de realizarme como filósofo [...], sino el de ser santo o no, sacrificando mis impulsos y la felicidad de satisfacerlos a la felicidad y la perfección moral de mi mujer y de mis hijas”. Y aunque prefirió no unirse al almanaque de los bienaventurados, no por ello se libró de sentir “de veras haber hecho desgraciada a mi mujer o, por lo menos, no haberla hecho feliz”.³⁵ No obstante, en este último punto su vanidad quizás lo engañaba. Una vez superado el dolor por la ruptura, a quienes dejó atrás descubrieron que sus vidas se veían enriquecidas con la animación que hasta entonces les había sido negada. “No se divorciaron —precisó su hija Ángeles—. Era que él quería tener su espacio vital, como él decía, que en realidad el espacio fue para nosotros porque ya pudimos hacer muchas más cosas en la casa, recibir amistades y todo, que antes no era posible. Mientras él estuvo, no podíamos invitar así nada más a amistades; le molestaba. Había que ser muy silencioso”.³⁶ Por una vez todos ganaron con las trampas del desamor.

Una excéntrica jerarquía axiológica determinó que la ruptura y separación en ningún momento se hicieran públicas y que Gaos siguiera recibiendo sus visitas y correspondencia en el domicilio familiar. El adjetivo “excéntrico” no responde, desde luego, a que se actuara conforme a valores de corte conservador, sino a que esa conducta se regía por el respeto al pensar ajeno.

³⁴ AJG, 2, exp. 39, ff. 36458 y 36469.

³⁵ AJG, 4, exp. 2, 60619, 17 de diciembre de 1943; y f. 60645, 8 de mayo de 1946.

³⁶ Entrevista a Ángeles Gaos de Camacho, Guadalupe Inn, 10 de julio de 2008.

“Uno debe seguir sus impulsos —sostuvo— sin obstinarse en que los siga quien se resiste e induciendo a los que dejan de ser objeto de ellos a asentir.”³⁷ La estrategia no tuvo mayores consecuencias en el círculo de sus conocidos, salvo despertar la hilaridad de todo aquel que detectaba el engaño y, en algunos casos, entorpecer el flujo de la información. Por ejemplo, en un momento en que las autoridades de la Universidad de San Carlos en Guatemala deseaban contar con sus servicios, hubieron de pasar varias semanas antes de poder hacerle expresa la propuesta. El motivo, explicaba el mensajero, radicaba en que el profesor no contaba con teléfono particular y en que “vive aparte en una casa cuya dirección no comunica a nadie”.³⁸

Pese a múltiples dificultades e intentos fallidos, fue por ese tiempo que Gaos tuvo oportunidad de experimentar lo que él mismo consideraba como el “único amor plenamente satisfactorio: aquel en que hay atractivo sexual y afecto con posibilidad de comunicación, conversación”.³⁹ No fue otra cosa lo que supuso la llegada a México de Vera Yamuni, una joven costarricense de ágil inteligencia y “lindos ojos”.⁴⁰ Recomendada por el escritor Joaquín García Monge, había venido al país con la finalidad de estudiar el pensamiento árabe en España y desde sus incursiones iniciales en la UNAM logró producir una impresión favorable en catedráticos como Juan David García Bacca y Eduardo Nicol. En las referencias solicitadas por parte de El Colegio de México, este último informaba que la interesada “es alumna mía en la Facultad de Filosofía y Letras, y desde el principio de este curso —el primero en que asiste a la Facultad— me pidió que la guiara en sus estudios”. En cuanto a cualidades personales mencionaba que “su vocación para convertirse en una especialista en estos estudios parece indudable, y se funda ya en el hecho de ser hija de árabes y de conocer el idioma oralmente. Su capacidad de trabajo es considerable; el estudio puede decirse que es su única ocupación, pues no parece que tenga, aparte de él, otros intereses. Su preparación no es grande, y por esto me ocupo de que en la Facultad asista exclusivamente a los cursos que más le convienen”. Entre ellos se encontraba el seminario que dirigía el doctor José Gaos, dado que le serviría, “para aprender el método y las técnicas de investigación, que son

³⁷ AJG, 2, exp. 39, f. 36478.

³⁸ Carta de Eduardo Nicol a José Rolz Bennett, fechada el 20 de febrero de 1949, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 157, f. 14543.

³⁹ AJG, 4, exp. 2, f. 60599, noviembre de 1943.

⁴⁰ Carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, fechada el 13 de septiembre de 1945, ENRIQUEZ PEREA (comp.), *Testimonios de una amistad*, p. 144.

más necesarias aun en esta especialidad suya que en otras”.⁴¹ El así aludido no parecía tan convencido de las aptitudes intelectuales que concentraba la alumna, sugiriendo que se le concediera una beca “condicionalmente, digamos por los tres meses que faltan del año [...] a ver si *da chispa*”.⁴²

Como es sabido, no sólo hubo chispa, sino que entre maestro y discípula muy pronto se encendió aquello que Octavio Paz denominó, en sus últimos años, “la llama doble”. A un tiempo exaltada y trivializada en diferentes órdenes del discurso, la situación es tan común que se ha convertido en paradigma literario. Mucho más que un modelo ideal, ese tipo de vínculo aparecía, en el caso de Gaos, como condición *sine qua non* de cualquier lazo afectivo, al grado de llegar a escribir que “mi vocación pedagógica es tal, que para querer a ‘hijas o amantes’ necesitan ser en algo alumnas o discípulas”.⁴³ Ese criterio se encontraba plenamente satisfecho en Vera Yamuni quien, por su parte, veía la oportunidad de cristalizar “las perspectivas de un futuro creado en mis sueños desde hace varios años ya, realizables por las posibilidades que me ofrece México y tu dirección”.⁴⁴ En ese sentido al menos resulta certero que las expectativas de ambos se cumplieron. De la mano del profesor, la alumna se fue formando en términos académicos hasta concluir, en 1949, la tesis titulada *Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española*. Apenas resulta necesario reparar en temas como la “expresión”, los “objetos” y la “negación” para identificar el sello inconfundible de quien fungía como asesor. Las páginas iniciales bastan para comprobar que tanto el tema y el enfoque como el método y la selección de textos surgieron como parte de sus directrices. Había más: también la lectura de los autores clásicos hispanoamericanos pasó por el tamiz de las ideas de Gaos. Así lo sugiere que el trabajo partiera de escritos “típicos” para a continuación demostrar el carácter “ametódico” y “asistemático” del pensar en la región o, dicho en otras palabras, la investigación se ajustó de tal forma que validara los hallazgos del profesor.

Presentada ante un jurado compuesto por Samuel Ramos, Paula Gómez Alonso, Agustín Yáñez, Leopoldo Zea y el propio director, la tesis fue apro-

⁴¹ Carta de Eduardo Nicol a Luis Santullano, fechada el 19 de septiembre de 1945, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 156, f. 14301.

⁴² Carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, fechada el 13 de septiembre de 1945, en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Testimonios de una amistad*, p. 144. Cursivas en el original.

⁴³ AJG, 4, exp. 4, f. 61797, 28 de julio de 1958.

⁴⁴ Carta de Vera Yamuni, fechada el 14 de enero de 1946, *ibid.*, exp. 9, f. 64697.

bada con la mención *magna cum laude*, con lo cual dio inicio una afortunada trayectoria laboral. Por recomendaciones de quien hasta entonces le había servido como tutor y guía, en ese año se le nombró asistente de la cátedra de Historia de la Filosofía en los siglos XIX y XX, misma que ocupaba su principal promotor. Por esos días se incorporó igualmente entre el personal docente de la Universidad Femenina y del Mexico City College, instituciones en que el mentor trabajaba. Por si fuera poco, este último también se encargó de gestionar la publicación de sus escritos, de facilitar la obtención de becas e incluso de acudir a las altas autoridades universitarias para agilizar los trámites que le permitirían titularse como doctora. A cambio, Yamuni no sólo renunció por un tiempo a sus intereses arabistas, sino que de continuo le ofrecía sugerencias y comentarios a sus trabajos y proyectos. Al comprobar que “la única prueba que tengo de la existencia de la Providencia es Vera”, Gaos incluso rectificó sus concepciones metafísicas.⁴⁵ Las que versaban sobre seres concretos tampoco permanecieron incólumes. Así, en sus *Confesiones profesionales* admitió que “la inteligencia, que el espíritu todo, no son afectados por el sexo”. Más aún, precisaba, “entre las dos mejores de mis discípulas, propiamente en Filosofía [...], puedo asegurar que la aguda claridad conceptual, digo conceptual, de una de ellas, no es inferior a la de ninguno, digo ninguno, de los hiperiones; y la otra se ha interesado por dominar y enseñar, y lo ha logrado, como ningún otro miembro del cuerpo docente”.⁴⁶ Pocos dudarán que con la primera mención aludiera a Vera Yamuni. Sin embargo, difícilmente se sostendrá que esa gran capacidad analítica representaba su mayor tributo a la relación de pareja. El principal quizás consistió en infundir un sentido a la existencia del profesor, dado que, como él mismo afirmó, “sin convivirlas en el amor, las demás cosas de la vida, indiferentes. Sin convivir las demás cosas de la vida en el amor, éste, decepcionante”.⁴⁷

El tipo de vínculo que sostenían determinó que sus caminos terminaran por bifurcarse. El deseo de ahondar en sus estudios llevó a Yamuni hacia Europa, África y Asia, donde finalmente pudo ser fiel a sí misma. En esos lejanos parajes adquirió el conocimiento del persa y de su variante culta, así como el de aquellos autores que, como Avicena y Abenjalidún, colmaron de esplendor el mundo árabe antiguo. La separación espacial corrió de común

⁴⁵ *Ibid.*, exp. 2, f. 60744, 17 de septiembre de 1948.

⁴⁶ GAOS, “*Confesiones profesionales*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, pp. 92-94.

⁴⁷ GAOS, “*Aforística publicada*”, en *ibid.*, p. 176.

acuerdo, en vista de que la dimensión académica siempre se antepuso a otras consideraciones. Ello explica que la exclamación de Gaos —“¡veo que ya no me necesitas para lo único para lo que quizás me habías necesitado hasta ahora: como director intelectual!”— se encontrara en algún lugar intermedio entre el orgullo y la pena. Si bien previsible, la ruptura repercutió sensiblemente en el ánimo de quien volvía obsoleto la perfección de la obra, en particular al hacerse ostensible que el paréntesis afectivo era, en realidad, un punto y aparte. En alguna de las numerosas cartas que le dirigió durante ese interludio, se lamentaba de que

sigo con los desarreglos físicos, más o menos agudos según momentos, por lo que, y por lo heterogéneos, me parecen, al menos en su mayoría, nerviosos. Pero mucho más grave me parece la desmoralización en que he caído. No soy capaz de hacer absolutamente nada más que pensar en la situación u obrar en relación con ella. No leo, ni escribo, ni traduzco regularmente, ni preparo las clases. Últimamente duermo mal: tardeo en dormirme, despierto durante la noche, despierto definitivamente antes del amanecer. Todo ello ha traído como consecuencia una fatiga que ha repercutido sobre las clases: la de este jueves pasado la di con tal premiosidad de ideación y de expresión, que salí avergonzado y disculpándome ante [Antonio] Gómez Robledo y [Arturo] Arnáiz y Freg, que asisten al curso, con la fatiga —¡por exceso de trabajo!, lo que me avergonzó íntimamente más todavía.⁴⁸

En virtud de esos ríos subterráneos que unen vida intelectual y vida emocional, Gaos logró dar un cauce a su naufragio. Se trataba de un proyecto análogo al que había concebido hacía más de tres lustros, enriquecido con la experiencia adquirida, pero idéntico en términos del planteamiento. La idea radicaba en elaborar una “autobiografía sexual o amorosa: rememoración de hechos en orden cronológico, análisis lo más a fondo posible, interpretación teórica: ¡presente y futuro inmediato!”. La forma de llevarlo a cabo consistía en ir redactando lo que él mismo llamó “*Diario de Erótica: Journal Métaphysique*”, de tal modo que filosofía y vivencias se hallaran unidas por vía de la afectividad. La posibilidad de darlo a la imprenta se cifraba, por su parte, en la destreza en disfrazarlo de “obra literaria, novelesca, más disimulador como propia que como de un discípulo”. Con ese fin, elaboró una larga lista de lecturas que abarcaban grandes rubros como antropología

⁴⁸ Carta a Vera Yamuni, fechada el 4 de agosto de 1956, AJG, 4, exp. 10, f. 65162.

filosófica, psicoanálisis, erótica filosófica y científica, filosofía de la biografía y autobiografía en general. Con paciencia y disciplina, de esta manera iría adquiriendo las cualidades requeridas “para ser un gran autor de amor, en bella literatura o literatura más didáctica: ser gran amador y gran —hombre de ciencia”.⁴⁹

Los cuadernos de notas que se conservan dan constancia de que durante casi una década José Gaos se aferró a cumplir el cometido, registrando con diligencia sus encuentros amorosos, observaciones y reflexiones en torno al origen de los sentimientos y a las fluctuaciones en las relaciones de pareja. Su propia psique fue, una vez más, la principal víctima de la empresa, torturada hasta el martirio con el fin de arrancarle todos sus secretos. Con el potro del autoanálisis, el brasero de la crítica y la cigüeña de la obstinación, se obligó a confesar que “fui y soy *radicalmente* un sexual, un erótico”. Una a una fue dando las pruebas de esa personalidad, empezando por los ya lejanos días de la infancia y terminando en el momento de escribir esas líneas.⁵⁰ Insatisfecho, durante años se siguió infligiendo toda clase de punzadas y extracciones, llegando incluso a admitir que su primer ataque cardíaco estaba vinculado, no tanto con la excesiva carga de trabajo, cuanto con la tensión acumulada por sus sucesivas —y simultáneas— novias. Como parte de ese cruel proceso inquisitorial, no pudo evitar mencionar cómplices, si no de nombre, al menos por alusión. Por esas declaraciones se sabe que a sus educadores imputaba el cargo de reprimir sus impulsos, coartar su desarrollo e imprimirle ciertas taras imposibles de erradicar. A ello se debía que

en las mujeres he buscado la superación de un complejo de inferioridad sexual-social y la satisfacción de una sexualidad exasperada por él. En una evolución no interferida por ello, no hubiera dado a la sexualidad misma tanta importancia, sino la biológico-higiénica justa, y hubiera dado también la justa a las relaciones extrasexuales con las mujeres. Y ello hubiera hecho diferente también mi actitud y conducta con la paternidad y los hijos.⁵¹

Además de arruinar el pasado, esa educación había hipotecado el futuro, temiendo que tras su paso por el mundo no fuera “a dejar ni grandes amores míos ni grandes amores de mí, o que voy a morir ¡qué solo!”.⁵² La Pro-

⁴⁹ AJG, 1, exp. 36, f. 5748, 29 de enero de 1955; 4, exp. 4, f. 61665, 1 de julio de 1958.

⁵⁰ *Ibid.*, exp. 5, ff. 63192-63193, 27 de mayo de 1960. Cursivas en el original.

⁵¹ *Ibid.*, exp. 8, f. 64484, 9 de junio de 1963.

⁵² *Ibid.*, exp. 4, f. 61625, 22 de junio de 1958.

videncia, en sus múltiples figuras, aunque al parecer todas ellas femeninas, no permitió que así sucediera.

Ese conjunto de anotaciones desgarradas se condensó en un ambicioso proyecto, concebido como una historia literaria del amor y que abarcaba desde la *Iliada* de Homero hasta el *Rosario de sonetos líricos* de Unamuno. Como tantos otros, éste no logró prosperar, circunscrito a planes de lectura, listas de autores, algunos esbozos y numerosas ideas sueltas. El 250 aniversario del natalicio de Jean-Jacques Rousseau le prestó una oportunidad inigualable para brindar una salida a esa suma de aspiraciones e intereses. Invitado a participar en un libro de homenaje, Gaos inmediatamente decidió orientar sus esfuerzos al análisis de *Julia o La nueva Eloísa*. El atractivo no podía ser mayor, dado que en esa obra se conjuntaban filosofía y literatura, una y otra articuladas en torno al tema del amor. De ahí que afirmara:

Por todo, aunque ocasionalmente actualizado mi interés singular por ella, estaba potencialmente en mi trayectoria intelectual, y debo aprovechar la ocasión para que la actualización sea entelequia. Es un caso límite de la potenciación de lo ocasional, de la salvación de la vida, que se integra, más que del yo a la circunstancia, de ocasiones impuestas por ésta.⁵³

Un estudio de más de cien apretadas hojas funcionó, por consiguiente, como una especie de catarsis, en la que responder a los compromisos del momento supuso alcanzar un alivio casi redentor. La meticulosidad con que desbrozó cada línea y fragmento de aquella novela epistolar descubre el placer que halló en develar vínculos internos, métodos de montaje y, sobre todo, cada elemento que brindaba unidad y coherencia a los personajes, en tanto figuras a la vez realistas y arquetípicas de una visión del mundo. Si la primera parte del ensayo es una prueba de extraordinario rigor y sensibilidad para el detalle, la segunda muestra, en cambio, una capacidad asociativa y de síntesis fuera de lo común.

Con el fin de identificar la actualidad e inactualidad de Rousseau, Gaos se dio el lujo de bosquejar toda una historia del género novelístico, con particular énfasis en las vertientes de tipo psicológico, autobiográfico y erótico. Una enorme erudición en materia de filosofía y de literatura se puso al servicio del también autor del *Contrato social*, con el propósito de situarlo como parte de su época y de la posteridad. Ese procedimiento le permitió

⁵³ GAOS, "Fragmento II", en *Obras completas*. IV. *De Descartes a Marx*, p. 249.

concluir que Rousseau, nuestro contemporáneo, pertenecía al presente. En la medida en que confiaba en la plenitud del amor, por vía de la divinidad, y en que postulaba un humanismo optimista, en efecto, sus ideas encontraban un lugar en el existencialismo cristiano y en el marxismo. El balance también tenía su reverso, dado que con ecuanimidad admitió que el pesimismo social y la exaltación del individuo lo ubicaban en la retaguardia de las corrientes dominantes.⁵⁴ Que en parte de esas reflexiones se confesara a sí mismo no resulta una hipótesis demasiado aventurada. Tan es así que a él también podrían aplicarse las palabras que Bernard Gagnebin escribió a propósito de *La nueva Eloísa*:

Los recuerdos más lejanos, las emociones más presentes, remordimientos, ambiciones, deseos, pasiones del corazón, angustias del espíritu, todo está integrado en la obra, todo se ha fundido en un sueño armonioso. El artista sustituye la realidad informe y decepcionante de su vida con una realidad ideal, noble, bella, fuente de una alegría inalterable para siempre. Y así nos deja una de las pruebas más contundentes sobre el poder del hombre para trascender su condición.⁵⁵

Superar los condicionamientos impuestos durante su desarrollo infantil y juvenil fue el cometido que guió a José Gaos por las sendas del querer. Los avances, retrocesos y desviaciones aparecían como pasos necesarios para arribar a aquella meta avizorada a la distancia, pero nunca alcanzada: “la convivencia absoluta”. La soledad última, tema recurrente en sus disquisiciones filosóficas, se veía, muy a su pesar, una y otra vez confirmada. En su caso, además, la experiencia colindaba con la tragedia, dado que, sostuvo, “seguramente pocos humanos mejor prueba que yo de que varón y mujer son las meras mitades del ser humano completo”.⁵⁶ Como en el relato de Aristófanes que inmortalizó Platón, este “gajo de hombre” habría pasado sus días buscando recuperar la unidad perdida, aquella que le permitiría quedar “por golpe maravilloso tocados de amistad, de intimidad, de amor, que ya no querrían, por decirlo así, separarse unos de otros ni por un breve instante”.⁵⁷ Para realizar ese ideal inmemorial, resultaba menester

⁵⁴ GAOS, “*Julia o La nueva Heloísa*”, en *ibid.*, pp. 245-246.

⁵⁵ GAGNEBIN, “Introduction”, p. lxix. [Mi traducción.]

⁵⁶ AJG, 4, exp. 5, f. 62896, 28 de noviembre de 1959; exp. 8, f. 64151, 12 de diciembre de 1962.

⁵⁷ PLATÓN, “Banquete”, pp. 272-273.

adecuarse a las exigencias que postulaba el siglo xx o, en términos de Niklas Luhmann, a la “forma del código” que rige en cada época las relaciones interpersonales y de pareja.⁵⁸ De ahí que procurara ir rectificando nociones transmitidas por la tradición, pero inapropiadas a los cambios producidos en los nuevos tiempos. En una nota asentó, por ejemplo, que

la idea masculina, de que el varón es digno de amor sólo con que se dedique a cumplir sus deberes o hacer su obra, es errónea en la medida en que hay mujeres que necesitan vivirse queridas y para ello no vivirse meros medios de los *élans* del sexo, sino objeto de un específico ocuparse de ellas, por lo menos de un colaborar con el varón en el cumplimiento de sus deberes o en el hacer su obra.⁵⁹

No en balde había transcurrido toda una vida cargada de emociones, dolores y alegrías, si se considera que al final del camino terminó por reconocer el carácter activo e individual del género opuesto, dotado de una personalidad, fines e intereses propios. El amor como convivencia adquirió un nuevo sentido.

Si bien los diarios que se extienden de 1963 a 1968 se encuentran perdidos, el que pertenece al último año de existencia sugiere que el tema del amor terminó por ceder ante otros más imperiosos, como el de Dios o el de la inmortalidad del alma. Es posible pensar, por consiguiente, que tras batirse durante prácticamente toda su vida con los rigores de la carne, su espíritu por fin halló reposo en un goce inmaterial. El 10 de junio de 1969, un grupo de valquirias organizó su paso al otro mundo: una se encerró en el auditorio donde yacía su cadáver para llorar a solas el cuerpo; otra se introdujo en su hogar para extraer cartas y cuadernos de trabajo; la última —que fue también la más constante— presidió las exequias. No murió solo. Como en la novela de Rousseau, “el amor aprovecha la muerte para revivir”.⁶⁰

⁵⁸ Según el sociólogo alemán, la forma del código “es la que da la pauta para permitir la realización de las posibilidades de comunicación y, por consiguiente, marca también la pauta para la transformación de esas posibilidades”. Se trataría, por lo tanto, de un cambio en las “instrucciones de uso” y sólo de modo secundario en el “contenido semántico” que da expresión al amor. Véase LUHMANN, *El amor como pasión*, en particular, pp. 45-52.

⁵⁹ AJG, 4, exp. 8, f. 64481, 31 de mayo de 1963.

⁶⁰ AJG, 1, exp. 69, f. 13641.

“¿Qué es, pues, el tiempo?”, se interrogaba san Agustín hace más de 1 500 años. En su respuesta inicial se advierte la misma perplejidad que nos acompaña hasta el día de hoy. “Sé bien lo que es —decía—, si no se me pregunta. Pero cuando quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé.”¹ Entre el medio homogéneo que todo lo abarca y la estructura universal de la conciencia, las soluciones a ese enigma han sido desde entonces plurales y complejas. ¿Se encuentra en el hombre, en el mundo o en el vínculo entre ambos? ¿Quién se atreverá a contestar a ciencia cierta? Filósofo de profesión, José Gaos no olvidó reflexionar acerca del significado y función de ese extraño concepto, que todo permite salvo conocerlo. Ya fuera en sus estudios respecto a Aristóteles o en sus incursiones en la obra de Heidegger, el tiempo se halla presente en sus múltiples aspectos, ora como objeto de análisis, ora como punto de debate. Sin embargo, es muy posible que esas cavilaciones sólo rozaran la ubicuidad durante sus últimos años, al advertir que las manecillas del reloj avanzaban hacia el anochecer de la vida. Fue entonces cuando adquirió conciencia de que las horas se agotaban y de que cada segundo podía ser el definitivo. Con la mirada fija en los minutos que pasan, decidió hacer de la recta final una curva en la que uno a uno fueron transitando los momentos ya idos. Recoger esas proyecciones del pasado, atar los cabos sueltos y cerrar su existencia con un balance lleno de sentido fueron los cometidos que emprendió por esos días. El tiempo, con su impaciencia, sólo se lo permitió a medias.

Como si la vida lo invitara a volver sobre sus pasos, el primer gesto en dirección del ayer ocurrió en junio de 1966, cuando una tormenta lo arrojó, como lo había hecho hacía más de un cuarto de siglo, a las playas todavía tranquilas de El Colegio de México. Desde la primavera anterior podían percibirse las nubes que anunciaban la borrasca y que poco a poco ensombrecían la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), sin que nadie consiguiera prever su furia ni las víctimas que arrastraría en el camino.

¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, lib. XI, p. 306.

Ese clima de tensiones comenzó con el ascenso a la rectoría del doctor Ignacio Chávez y con la serie de reformas que desde entonces promovió. Según consta en distintas crónicas, las campañas adversas que se fueron desatando provenían de agrupaciones tanto de izquierda como de derecha, ya fuera que lo acusaran de gobiernista o para repudiarlo como comunista. En el imaginario de unas y otras intervenía el espectro revolucionario que acompañó la Guerra Fría y que, para alegría o espanto de muchos, se había transustanciado en Cuba en las postrimerías de la década anterior. En ese ambiente, a la vez polarizado y presto a la movilización, el eminente cardiólogo operó la proeza de reelegirse en el puesto, si bien apenas tuvo tiempo de asentarse en la torre que preside la explanada. Como es sabido, los ya ríspidos humores determinaron que unos meses más tarde se le arrancara la renuncia. Ocurrió, en efecto, que al igual que unas partículas de polvo poseen la capacidad de acelerar la lluvia, así también unas figuras menores lograron precipitar el flujo de los acontecimientos. Entre esos corpúsculos se hallaban Leopoldo Sánchez Duarte y Espiridión Payán, estudiantes sublevados ante la posibilidad de que César Sepúlveda, director de la Facultad de Derecho, se postulara para un segundo periodo en el cargo.

A partir de ese momento se desencadenaron los sucesos, cada uno más lamentable que el anterior: las sanciones contra los alumnos suscitaban quejas y condenaciones, culminando en una huelga que se extendió por toda la UNAM. De nada valieron las negociaciones ni que gran parte del estudiantado abandonara las protestas ante la disposición al diálogo que exhibió la rectoría. Haciendo caso omiso de cualquier acuerdo o compromiso, el domingo 24 de abril los líderes del movimiento ocuparon los edificios de Mascarones, de San Ildefonso y, al día siguiente, el de Santo Domingo, en cuyas aulas se tenía previsto reanudar las clases. En vista del giro que tomó la situación, Chávez convocó, 24 horas más tarde, a una junta urgente a la que asistieron directores de Escuelas, Facultades e Institutos. Los huelguistas no les concedieron tregua y, a unos minutos de iniciada la reunión, irrumpieron en la sala. Exigían la renuncia del rector. Durante cinco horas lo mantuvieron secuestrado, sometiéndolo a insultos, intimidaciones y violencias. Sólo al caer la tarde, cuando se amenazó con entregarlo desnudo a la turba congregada en la explanada, consintió en firmar su dimisión, que entregó junto con la de los 25 académicos que lo acompañaban. Entonces se les permitió retirarse.²

² Los pormenores de este episodio se encuentran ampliamente documentados en ROMO MEDRANO, *Un relato biográfico*, pp. 378-427.

No hubo marcha atrás. El 28 de abril Chávez presentó formalmente su renuncia, misma que la Junta de Gobierno aceptó a la mañana siguiente. No pasó demasiado tiempo para que se designara a Javier Barros Sierra como su sucesor, se reanudaran los cursos y los alumnos responsables fueran indultados. De esa forma se pretendía poner un término a las turbulencias universitarias, originadas, según sus detractores, en la actitud intolerante del antiguo rector. Que entre los rasgos del defenestrado se encontraban buenas dosis de intransigencia parecen confirmarlo numerosos hechos y testimonios. Así, por ejemplo, Gastón García Cantú adjudicó su caída a dos errores cardinales: inmiscuirse en los asuntos internos de las federaciones de estudiantes e intervenir en los conflictos suscitados en la Facultad de Derecho. “Chávez —sentenció— tenía una vena autoritaria y el autoritarismo lo hundió. [...] Como algunos rectores tuvo un primer periodo ejemplar y un segundo incierto: al reelegirse no brillaron sus cualidades sino sus grandes defectos.”³ Pero incluso antes de iniciar su segundo mandato, el propio José Gaos padeció algunas arbitrariedades. La más notoria ocurrió cuando en 1963, tras notificar sus intenciones de permanecer un semestre en Puerto Rico, el ya profesor emérito recibió licencia de ausentarse durante únicamente la mitad de esa temporada. Dadas las características que distinguen el escalafón docente, resulta natural que la sorpresa y la indignación se hicieran presentes en las líneas que éste, a su vez, envió como respuesta. Si bien acataba las órdenes del rector, con acentuada deferencia le recordaba las disposiciones que establecía el reglamento universitario, así como la circunstancia, en modo alguno fortuita, de que a lo largo de 24 años de servicio sólo en dos oportunidades hubiera salido del país. El motivo radicaba en que una a una declinó las numerosas invitaciones recibidas, en razón, sostuvo, de sus compromisos con la UNAM, “a la que debo tantas atenciones y los más altos honores académicos”.⁴

Aquel incidente no fue impedimento para que, tres años después, Gaos se sumara a la dimisión que anunciaron 14 directores y 2 000 profesores más, en tanto gesto de protesta ante las vejaciones perpetradas contra la máxima autoridad de la casa. “En cuanto supe lo que había sucedido —expresó por escrito a Ignacio Chávez— dije [...] que me sentía universitaria-mente incompatible con quienes habían cometido los mayores atentados

³ GARCÍA CANTÚ, *Historia en voz alta*, pp. 59-60.

⁴ Carta a Ignacio Chávez, fechada el 30 de noviembre de 1963, AHCM, *José Gaos*, c. 4, exp. 20, ff. 2-3. Cabe resaltar que Gaos no logró emprender el anunciado viaje a Puerto Rico, debido a que unas semanas más tarde sufrió un segundo ataque cardíaco.

posibles contra la disciplina universitaria y las normas no escritas pero aceptadas de la convivencia académica y, aun, civilizada, y que por ello iba a presentar la renuncia como profesor de la Universidad.” Si no lo hizo antes, explicó enseguida, esto respondió a que algunos colegas le solicitaron que aplazase la decisión, “porque estaban en ánimo de luchar, con otros muchos universitarios, para que los atentados no quedaran impunes”.⁵ Listo para defender la bandera azul y oro, él mismo se había lanzado a las trincheras en los días inmediatos al ataque, creyendo que detrás de sí encontraría una armada con iguales convicciones. Su grito de guerra resonó en una carta dirigida a la comunidad en su conjunto, en la que hacía un llamado a desocupar aulas y edificios mientras los infractores permanecieran en ellos. “Opongamos a la huelga del desmán antiuniversitario la contrahuelga del decoro universitario”, exhortó en esas líneas. “Contra la dictadura de la violencia, por la verdadera Universidad Autónoma.”⁶

Nada semejante ocurrió y poco a poco se fue restableciendo la normalidad académica, con la paulatina reincorporación a las filas de profesores y alumnos. Pero lejos de quebrantar su fallo, la vuelta al redil de aquella aplastante mayoría terminó por confirmar el acierto que regía sus propias acciones. Así lo expresó en un artículo publicado unos meses más tarde en la revista *Cuadernos Americanos* que por ese entonces celebraba cinco lustros de existencia. “Meditación de la Universidad” fue el título que eligió para señalar los propósitos que dirigían esas páginas, dado que, a semejanza de la que emprendió Ortega hacía más de medio siglo, con ellas pretendía realizar un último esfuerzo por “salvar” las circunstancias. En virtud de la triple acepción que prestó al término “salvaciones”, se trataba de situar los hechos recién consumados dentro de un cuadro más vasto, de desvanecer las apariencias que impedían observar la realidad y, sobre todo, de contribuir a enderezar el curso de la institución extraviada.

Siguiendo ese orden, su primer señalamiento consistió en afirmar que la serie de revueltas que culminaron con la caída de Chávez no constituían sucesos aislados, sino que participaban de un movimiento que abarcaba varios continentes. Ya fuera en España, donde la intelectualidad se batía por arrancar algunas libertades a Francisco Franco, en Argentina, país en que los universitarios pugnaban por resistir la dictadura de Juan Carlos Onganía, o

⁵ Carta a Ignacio Chávez, fechada el 15 de mayo de 1966, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 474.

⁶ Carta a la Comunidad Universitaria, s. f., en *ibid.*, p. 499. Desconozco la difusión de que en su momento gozó esta misiva.

en nuestro vecino del norte, ahí donde las protestas iniciadas en Berkeley se iban esparciendo por los estados de la Unión Americana, las aulas se habían convertido en un campo de batalla. Todo ello revelaba el ingreso de la juventud en la arena pública, si bien, en opinión del meditabundo, ese ascenso no se había efectuado en las mejores condiciones. Esas iniciativas operaban bajo el signo de la crisis que afectaba la vida contemporánea en su conjunto, pero que, en el caso de esos jóvenes rebeldes, se expresaba en el declive de ciertos valores, entre los que destacaba la disciplina y el respeto por la autoridad. El caos que reinaba por las calles no era sino su lógico expediente. Ahora bien, el problema residía, no tanto en que la sangre nueva circulara por el cuerpo social, cuanto que su impetuosa marcha trastornaba ciertos órganos vitales. Entre ellos se contaban las instituciones de educación superior, cuya actividad dependía de un lento proceso de ósmosis, incompatible con cualquier intento por acelerar la irrigación. La transmisión obedecía, explicó, a las distintas densidades en la escala del saber, por lo que el proceso sólo se llevaba a efecto cuando imperaba un orden correcto entre las partes. En virtud de la desigual concentración del conocimiento, ese orden establecía la superioridad de profesores sobre alumnos, norma cardinal de la enseñanza. El error radicaba, por ende, en haber extrapolado un ideal político —la democracia— a un organismo que se regía por otros principios, esto es, por la experiencia y la jerarquía. Un compuesto de aristocracia y gerontocracia representaba, pues, el régimen que mejor convenía a toda universidad. Y a quienes sintieran remontar la náusea ante el olor a rancio que exhalaba uno y otro concepto, bastaba con advertir que “la dirección de la vida universitaria por los estudiantes tiene el mismo final que tendría la dirección de la guerra por los soldados: el desastre”.⁷

Pero aun admitiendo el derecho estudiantil a participar en los asuntos de gobierno, Gaos recordaba que no había sido tal el foco del conflicto. A diferencia de lo que sucedía en otras latitudes, las motivaciones que guiaron a los líderes locales no eran de índole civil, sino que se orientaban a la conquista de privilegios, facilidades y prebendas. En su balance, la situación se reducía a

la acción, ya de intriga, ya de violencia, de una minoría de universitarios, en colusiones oscuras con personas y fuerzas extrauniversitarias, para arrancar a las autoridades universitarias o imponerles [...] nombramientos de bene-

⁷ GAOS, “Aforística publicada”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 175.

ficio personal o interés minoritario, medidas antiacadémicas de facilitación de los estudios para la obtención de títulos, prestaciones de servicios sociales y económicos [...] y una participación en el gobierno de la Universidad que les permitiría dominarla sin garantía alguna de la legitimidad de la representación.⁸

Por “colusiones oscuras” sin duda hacía referencia a la inocultable intervención de los poderes públicos en el curso de los acontecimientos. Aunque no se manifestó de manera abierta, tampoco hacía falta gran clarividencia para comprender que sólo el hijo de un gobernador, como lo era Leopoldo Sánchez Duarte, estaba en condiciones de ocupar la Facultad de Derecho mediante el material que le habían proveído varios camiones de carga.⁹ No menos significativo resultaba que ningún elemento de vigilancia hubiera siquiera intentado impedir la toma de edificios o sancionar por los daños infligidos.¹⁰ Parecía claro, por consiguiente, que la autonomía universitaria había quedado vulnerada por disimulada interferencia de las cúpulas del gobierno.

Las “fuerzas extrauniversitarias” y los “líderes gangsteriles” no fueron, sin embargo, el único objeto de reproche en aquellas meditaciones. Igual o más severa resultó la condena contra compañeros y colegas, quienes con un solo gesto infligieron el golpe fatal a la institución que los reunía. Éste consistía en haber aceptado los hechos consumados como si se tratara de un destino, en lugar de sublevarse en concierto para corregir el pasado y habilitar el futuro. En esa pasividad no sólo se manifestaba la “dejadez” que ya

⁸ GAOS, “Meditación de la Universidad”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, p. 432.

⁹ Su padre era, en efecto, Leopoldo Sánchez Celis, gobernador de Sinaloa, quien, entre otras acciones, se distinguió por arremeter contra el proyecto de reformar el Partido Revolucionario Institucional (PRI) que promovió Carlos Madrazo.

¹⁰ Según Lilia Estela Romo Medrano, biógrafa del médico, “desde el momento en que fueron manifiestos la pasividad de los órganos policiacos y el mutismo de las autoridades del Distrito Federal [el rector] avizoró un conflicto mayor dentro de la institución”, véase ROMO MEDRANO, *Un relato biográfico*, p. 413. Esta impresión se encontró corroborada, no sólo en la indiferencia que expresó el gobierno ante las acciones que precipitaron la caída de Chávez, sino en que pocos meses después las autoridades hicieron intervenir al ejército en la universidad de Morelia, con el fin de sofocar las agitaciones estudiantiles. Interpretada a conveniencia merced a la relativa ambigüedad que entrañaban los términos, la “autonomía universitaria” sirvió en ambos casos para justificar los mayores atropellos.

antes había reprobado en sus ahora compatriotas, sino un grave error de perspectiva: interpretar los atropellos como una protesta personal contra Ignacio Chávez, olvidando que en él se depositaba la representación comunitaria, equivalía a desconocer la investidura del “rector” y, por lo tanto, el ordenamiento de la casa. Más aún, que cada Facultad y Escuela hubiera actuado por cuenta propia, sin buscar organización o consenso, mostraba que en sus instalaciones se agolpaba un conglomerado de voces inconexas. De esa suma de observaciones, Gaos extrajo una triste verdad, a saber, que de la UNAM sólo pervivía su nombre, dado que uno a uno había ido perdiendo sus rasgos distintivos: la función educadora y la unidad entre las partes. Su carácter ficticio quedaba así de manifiesto.¹¹ Pese a tan lúgubre diagnóstico, había un camino que entroncaba de vuelta con la realidad, si bien éste no se distinguía por la facilidad o por la complacencia. Su punto de partida radicaba nada menos que en la promulgación, por vía de las autoridades competentes, de una nueva Ley Orgánica, único medio de restablecer el orden y de prestar legitimidad a las autoridades de relevo.

Así lo asentó el articulista en esas páginas, sugiriendo de paso algunas disposiciones que él mismo consideraba pertinentes. Aunado a aquellas otras que ya había planteado en el pasado —como el fortalecimiento de los métodos de enseñanza y la oferta de una formación diferenciada entre minorías y masas—, destaca la propuesta de atajar la centralización administrativa para, en su lugar, otorgar verdadera independencia a Institutos, Facultades y Escuelas. Esto implicaba eliminar tanto la Junta de Gobierno como el Consejo Universitario, así como hacer del rector un cargo meramente nominal, sujeto a la alternancia mas no a la elección. Sólo de este modo cada centro alcanzaría la libertad requerida para satisfacer sus propios objetivos y necesidades, sin por ello renunciar a los vínculos con otras dependencias. Lejos de fomentar la incomunicación entre disciplinas, esas medidas otorgarían validez jurídica a una situación que ya operaba *de facto*, con la invaluable ventaja de evitar que los enfrentamientos se extendieran en lo sucesivo por todo el cuerpo académico. Libre de ambiciones e intereses mezquinos, la UNAM podría por fin consagrarse a los propósitos estrictamente docentes y de aprendizaje para los que había sido creada, y una especie de Arcadia del saber se instituiría sobre la Tierra.

¹¹ GAOS, “Meditación de la Universidad”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, pp. 433-436. Véanse también, GAOS, “La Universidad ficción” y “La realidadseudouniversitaria”, en *ibid.*

Radical y exacerbada, la solución que Gaos proponía a los problemas universitarios revela el malestar que había ido acumulando al filo de los últimos sucesos. De hecho, fue tal la violencia con que experimentó cada episodio del conflicto que los trastornos en su estado psíquico, oscilante entre la “exaltación y [la] depresión, y constante de inquietud y preocupación”, acabaron por remitirlo a los cuidados de expertos en cardiología.¹² Pero además de compromiso a toda prueba y de sensibilidad a flor de piel, su reacción descubre un desajuste progresivo entre sus ideales y la marcha del mundo, puntuada, al menos en parte, por el paulatino ascenso de la juventud. Hacía algunos años que en su ánimo se manifestaba cierto desconcierto ante los ideales e intereses de quienes apenas se iniciaban por los caminos de la vida. Buscando detener el anquilosamiento que la edad traía consigo, en diversas ocasiones intentó penetrar en los móviles que guiaban a aquellos seres extraños, nacidos en un tiempo histórico radicalmente distinto al que le había correspondido. En algún momento de introspección se preguntó, por ejemplo: “¿qué hace a las mayorías estudiantiles comunistas? ¿El reemplazo de las señoritiles por las proletarias? ¿La dirección de la juventud por la subversión del orden preexistente?”.¹³ Pese a la perplejidad que denotan sus palabras, la principal prueba de discordancia radica, no tanto en la dificultad de admitir un nuevo interlocutor en la arena pública ni en los obstáculos por comprender sus motivaciones, cuanto en la voluntad de erradicar del organismo docente cualquier elemento ajeno a la enseñanza. Aquel liberalismo que tan buenos servicios le había prestado en el pasado se había convertido en una venda que le impedía reconocer una consecuencia oriunda del carácter solidario de la vida, a saber, la imposibilidad de separar, en la práctica, política y academia. Esa ceguera también explica que su ideario fuera quedando poco a poco atrofiado, incluso a riesgo de terminar varado en un terreno por definición de signo contrario, es decir, conservador. Tal fue, no obstante, el destino que el siglo xx deparó a numerosos liberales, privados de un punto medio al cual pertenecer.

Consciente del carácter problemático que encerraba su postura, tan congruente como adversa al sentir de sus pares, Gaos consagró largas horas de meditación a reflexionar acerca de la validez de sus acciones. Según confesó

¹² Carta a Juan David García Bacca, fechada el 14 de noviembre de 1966, en GAOS, *Obras completas. XIX. Epistolario y papeles privados*, p. 435.

¹³ AJG, 4, exp. 7, f. 63591, 3 de septiembre de 1961.

a un alumno, las vacilaciones y titubeos no dejaron de asediarlo, temeroso de que un paralogismo lo llevara a proceder en detrimento del interés común.

Cuando a raíz de los hechos del 26 de abril —escribió— sentí imposible moralmente la convivencia en la Universidad con sus autores y renuncié a seguir siendo profesor de la Universidad mientras en ésta continuaran ellos, creía ser uno de muchísimos. A medida que fui viendo que iba a ser uno de muy pocos, si es que no llegaba a quedarme absolutamente solo, me fueron entrando dudas, no tanto acerca de lo justificado de la posición tomada, cuanto acerca de la justificación para mantenerla contra el espíritu de la Universidad y quizá del país, en vez de someterme a él [...].¹⁴

Había sin duda buenos motivos para interrogarse a fondo, dado que en esa decisión se encontraba en juego, desde luego no sólo su porvenir laboral, sino la defensa del bien colectivo, el orden en los valores e, incluso, la amistad de quienes fueran su más grata y entrañable compañía. ¿Se trataba, como planteaba Leopoldo Zea, de la salida fácil, de aquella que suponía abandonar la Universidad en momentos de crisis, cuando lo que se requería era, por el contrario, unir fuerzas y transformarla desde adentro? Quien no podía ser “tan plenamente mexicano como si hubiera nacido en México”, limitando su participación en la vida pública del país a “la escueta del cumplimiento de los deberes ciudadanos”, ¿tenía derecho a tomar un papel activo en el conflicto universitario?¹⁵ ¿O la razón se encontraba del lado de Edmundo O’Gorman, al sostener que, lejos de honrarla, en su fallo se expresaba una honda ingratitud hacia la institución que había hasta entonces fungido como “una buena madre”?¹⁶ ¿No había en su actitud cierta dosis de intransigencia, según sugirió Francisco Larroyo? Sus propios alumnos parecían cuestionar aquel curso de acción, instándolo a reintegrarse a las aulas y a reanudar los cursos para beneficio de todos. En vista de la ambigüedad que envolvía la situación, apenas sorprende que la constante inquietud por el sentido último de su conducta lo situara en los linderos del paroxismo. La angustia lo llevó al extremo de preguntarse, en palabras de Vera Yamuni, “si su reac-

¹⁴ Carta a José Ignacio Palencia, s. f., aunque probablemente redactada en junio de 1966, en AHCM, *José Gaos*, c. 4, f. 1.

¹⁵ Carta a Leopoldo Zea, fechada el 1 de mayo de 1966, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 319.

¹⁶ Esas palabras quedaron consignadas en la carta que José Gaos dirigió a Edmundo O’Gorman, fechada en mayo de 1966, en *ibid.*, p. 504.

ción ante el conflicto estaba motivada en alguna proporción por el orgullo, la vanidad o la fatuidad. Pidió a Dios que no le dejara cegarse por estos sentimientos, que le iluminara. Pensó que el prurito de honor podría ser un peligro para él y un pecado capital que le tentaba más que los bienes materiales”.¹⁷

Ya fuera por obra de un designio celestial o, con mayor probabilidad, en virtud de una entereza moral y racional extraordinarias, Gaos optó por alejarse de la UNAM, dejando tras de sí 27 años de profesorado y “dolido hasta los tuétanos —afirmó— de que precisamente éste sea el final de mi carrera universitaria”.¹⁸ Por si aquello no bastara, las consecuencias en el arreglo de sus días no fueron menores a las que intervinieron en el orden afectivo, dado que a partir de ese momento se vio obligado a reintegrarse de lleno en la vida laboral, con mayores funciones y por un menor sueldo. Una vez más fue en El Colegio de México donde halló un refugio a la intemperie sólo a medias elegida, reingresando desde junio en calidad de profesor especial. En vista de los lazos que lo unían con la antigua Casa de España, la invitación que le extendió el recién nombrado presidente, Víctor L. Urquidi, significó para el maestro una vuelta al hogar. Así lo reiteró en más de una ocasión, si bien también se cuenta que no aceptó reincorporarse sin imponer ciertas condiciones. Al saber que su salario ascendería a 8 000 pesos mensuales, el hijo pródigo objetó que no aceptaría el encargo a menos que el monto se redujera en una cuarta parte. El motivo, explicó años después a su alumno José María Muriá, radicaba en que “a cierta edad, lo más importante es el tiempo. Dos mil pesos más al mes, me hubieran quitado tiempo. ¿Qué haces con ese dinero? Lo tienes que llevar al banco, lo tienes que guardar, lo tienes que depositar”.¹⁹ Como buen ecónomo, estaba persuadido de que en el mercado de las horas cada segundo se invierte hasta encontrarlo, si no multiplicado, al menos lo suficientemente dilatado para llegar a fin de mes.

No uno, sino 36 meses permaneció este administrador de los días en El Colegio de México. Aunque producto de circunstancias adversas, su llegada se vio auspiciada por una afortunada sincronía, puesto que coincidió con la serie de medidas encaminadas a traducir el recién adquirido estatuto como “escuela de tipo universitario” en prácticas efectivas. Aunado al otor-

¹⁷ YAMUNI TABUSH, “José Gaos y el conflicto universitario de 1966”, p. 144.

¹⁸ Carta a Leopoldo Zea, s. f., en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 322.

¹⁹ Entrevista a José María Muriá, Hotel El Diplomático, 5 de junio de 2011.

gamiento de mayores subsidios, el decreto que así lo establecía facultaba a la institución para expedir títulos, para impartir los conocimientos que deseara y le acordaba “completa libertad respecto de todas las cuestiones administrativas”.²⁰ Partícipe y promotor del espíritu de reforma, Urquidí aprovechó la coyuntura para solicitar el concurso de Gaos en el proyecto de reestructurar los estudios en historia, cuya maestría y doctorado se encontraban todavía en aquel delicado proceso de prueba y error. De forma más específica, la propuesta suponía sacar partido al ambiente de apertura para incursionar por nuevas veredas, responder a las exigencias del presente y avanzar por los caminos de la especialización. Ese conjunto de objetivos se tradujo en la solicitud de fundar formalmente un programa en historia de las ideas.

A juzgar por los informes que con ese fin elaboró, el maestro percibió con claridad la suma de posibilidades que entrañaba el proyecto. Por una parte, se trataba de una ocasión única para ascender a rango institucional la rama del saber que él mismo cultivaba desde prácticamente su llegada al país. De alcanzar ese objetivo, tanto su legado como el futuro de la disciplina quedarían a buen resguardo, preservados del olvido merced a un trabajo continuo e impersonal. Por otra parte, no menos atractiva parecía la oportunidad —quizás ya la última— de poner en práctica las pautas educativas que con igual ahínco había promovido en diversos foros y registros, con la insuperable ventaja de que las condiciones difícilmente podían ser más propicias. A diferencia de la UNAM, sofocada bajo el peso de una demografía en aumento, El Colegio de México admitía rondas generacionales integradas por un número inferior a la decena. Este centro representaba, por ende, el marco idóneo para instrumentar unos lineamientos docentes que sólo resultaban funcionales ante reducidos grupos de estudiantes.

Haciendo acopio de cautela, Gaos redactó un programa en el que toda idea o sugerencia encontraba respaldo en la experiencia acumulada a lo largo de más de cuatro décadas de labor magisterial. Como en tantos otros que elaboró en el pasado, una vez más colocó el acento en la importancia de inculcar métodos de trabajo adecuados, de tal modo que de las aulas emergieran auténticos investigadores, capaces de desbrozar campos inexplorados y de contribuir a la creación del conocimiento. De ahí que el plan

²⁰ Decreto del 7 de noviembre de 1962, citado en GONZÁLEZ, “La pasión del nido”, p. 557. Para un panorama más completo acerca de este proceso de reforma, véase LIDA, MATESANZ y VÁZQUEZ, *La Casa de España*, pp. 319-395.

de estudios se integrara, en principio, por cursos de corte metodológico, concebidos como un medio de dotar al alumno de los instrumentos necesarios para adiestrarse en la materia. El programa se completaba con clases de historia, filosofía, didáctica y aprendizaje de lenguas, siguiendo una norma consistente en que pocas asignaturas “bien sabidas, [es] mucho mejor que muchas meramente desfloradas”. Únicamente de esta manera podría alcanzarse el objetivo de “formar especialistas en la Historia de México —con todos los antecedentes y relaciones con otras que se requieran, pero sólo en cuanto requeridos por ella”.²¹

Si se abstrae un momento de los detalles concretos, se percibirá que fueron dos los principios que guiaron el proyecto: la voluntad de crear “escuela” y el deseo de impartir una enseñanza personalizada. El primero se expresaba en la propuesta de fomentar los vínculos entre maestro y discípulos, siguiendo un patrón en el que, mientras aquel se obligaba a compartir su saber sin reservas, éstos se comprometían a seguir las directivas impuestas y a ofrecer su cooperación exclusiva. Se trataba, en opinión de quien esto planteaba, de la única forma de colaboración “productora, creadora”, susceptible de dar a la imprenta publicaciones científicas dignas de tal título. En términos concretos, el modo de llevar a cabo semejante empresa radicaba en ofrecer una lista a los alumnos de nuevo ingreso, pero ya no compuesta por una serie de cursos entre los cuales escoger, sino por los nombres de los profesores disponibles y con el objeto de su especialidad. Al lado de quien así se eligiera transcurrirían los años de instrucción, adquiriendo el oficio y método de manera íntegra y cabal. Trabajando de cerca con un reducido grupo de discípulos, el maestro, por su parte, se encontraría en condiciones de dar cumplimiento al “*ideal* de la enseñanza”, esto es, una “enseñanza a la medida de cada alumno”. Los resultados anunciados parecían dignos del intento, dado que mediante esos mecanismos se obtendrían “gentes capaces de trabajar personalmente en una especialidad: porque ya no es posible formación alguna que no sea sólo en una especialidad; ni el trabajo en ésta para el cual formen los estudios de la enseñanza superior puede dejar de ser más o menos personal”.²²

Como se descubre en ese planteamiento, Gaos decidió, a la manera de los antiguos profetas, convertir una perspectiva de futuro en un llamado a revivir el sentido originario de la docencia y del aprendizaje. En el número

²¹ AHCM, *José Gaos*, c. 8, exp. 7, ff. 74 y 76.

²² *Ibid.*, ff. 74 y 77. *Cursivas* en el original.

125 de la calle Guanajuato al parecer encontró un simulacro de cielo en el cual construir su tantas veces soñado y siempre aplazado paraíso docente. No era casual, por lo demás, que aquella tierra de promesas se hubiera mantenido ajena a los disturbios que entorpecían los trabajos en otros centros de enseñanza. En su opinión, ello respondía a que El Colegio de México había sabido preservar una escala moderada, con su consecuente ambiente comunitario. Había, sin embargo, que actuar con precaución. Evitar que las fuerzas del desorden se abrieran paso hasta la colonia Roma dependía de la anticipación con que se tomaran ciertas medidas cautelares. Éstas consistían en fortalecer sus principales virtudes, tales como el escaso número de miembros y la cercanía que primaba entre todos. Las disposiciones sugeridas se complementaban con la idea de instaurar una especie de “tés presidenciales” y, sobre todo, con el exhorto a

tratar los profesores y directores tan efectivamente a los estudiantes como iguales en aquello en que lo son —personas—, que no sientan la necesidad de que se convierta en exigible reglamentaria, institucionalmente, la igualdad —en aquello en que no son iguales: en la competencia técnica acerca de la organización de la enseñanza y los requerimientos de suficiencia.²³

Ciertas dosis de integración y de justicia se entremezclaron en el intento, si no de conjurar las más que previsibles tormentas, al menos de que éstas no los sorprendieran con los paraguas rotos.

A la espera de que esos *desiderata* se cumplieran, este amante del orden y de la estabilidad retomó su antiguo seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española. En virtud de las lecciones y conferencias que en años anteriores dictó como invitado, los rostros que encontró le eran todos familiares. Se trataba de los mismos estudiantes en historia que, tras escuchar con deleite un curso sobre “Filosofía de las Ciencias Humanas”, le solicitaron abundase en las temáticas expuestas durante un semestre suplementario. La petición fue concedida, si bien sólo para descubrir que bajo el rubro “Antropología filosófica” se escondía una lectura de ingrato recuerdo: *Ser y Tiempo* de Martin Heidegger, cuya analítica de la temporalidad tardaron seis interminables meses en desentrañar, según los criterios y métodos habituales del profesor. Nada de ello obstó para encomendarle, una vez concluida tan penosa y dura prueba, la dirección de

²³ *Ibid.*, f. 67.

sus tesis de maestría. A alcanzar este objetivo respondió la reapertura del seminario, primero en carácter extraordinario y más tarde en su calidad de profesor titular.

No sólo en quien Gaos calificó como “el último escolástico” hallaron los alumnos lecciones acerca del tiempo. Mucho más vívidas y esclarecedoras resultaron las que provenían de la experiencia del orador, quien solía dedicar la segunda hora del curso a narrar la historia del propio seminario. So pretexto de indicarles tanto las ventajas como limitaciones de su magisterio, semana a semana traía a la memoria algún episodio del pasado, ya fuera que recordara la “espantosa puntualidad” de su primer discípulo, los inconvenientes que supuso el cierre temporal de la Biblioteca Nacional o los viajes que emprendió en búsqueda de fuentes. El relato comprendía numerosos incidentes de su trayectoria, como los motivos que lo trajeron a México, el titubeo en torno al lugar de residencia y la decisión de radicarse en nuestro país, en parte promovida por el encuentro y trato asiduo con Edmundo O’Gorman, Justino Fernández, Antonio Gómez Robledo y algunos otros más. Como parte de ese recuento pasó revista a las tesis dirigidas a lo largo de un cuarto de siglo, explicando su desarrollo, las novedades que aportaron y las dificultades enfrentadas en el camino. Con particular detalle rememoró la epopeya inquisidora de Monelisa Lina Pérez-Marchand, cuya capacidad de trabajo parecía superar los estándares comunes. Refirió, en efecto, que el material acumulado alcanzó tal magnitud que una tarde, armándose de valor, ambos se reunieron para desplegar sobre el piso las numerosas papeletas redactadas. Fue sólo tras revisarlas y organizarlas en orden cronológico que aparecieron los momentos y temáticas que integrarían la obra *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México*.²⁴ Y si con esas crónicas el maestro situaba a los jóvenes oyentes dentro del ciclo de las generaciones, es de suponer que también se obsequiaba un bien merecido regalo: el de revivir algunos momentos de su itinerario docente e integrarlos en un balance cargado de sentido.

Aquellos ejercicios de memoria no fueron los únicos indicios de que la edad iba poco a poco sosegando el espíritu de Gaos. Signo de que el aliento vital adelgazaba fue el ánimo con que acogió a sus nuevos alumnos, quienes conocieron a un profesor todavía enérgico y austero, pero ya cansado por

²⁴ Retomo el relato acerca de la tesis de Monelisa Lina Pérez-Marchand del prólogo que Andrés Lira antepuso a la segunda edición de esta obra, publicada por El Colegio de México en 2005, en particular, p. 17. El resto de los datos provienen de la entrevista a Andrés Lira, El Colegio de México, 12 de mayo de 2011.

efecto de un esfuerzo prolongado. Victoria Lerner dejó breve constancia de la diferencia en el trato, tan evidente que “si en la primera fase del seminario se comparó al doctor Gaos con el Dios del Antiguo Testamento, en la reciente se pensó en el del Nuevo, según metáfora de uno de sus primeros discípulos”.²⁵ Que la bondad y paciencia habían sustituido a la cólera y tormento se advierte en que, contrariamente a lo que sucedía en el pasado, permitiera a cada uno elegir libremente el tema que abordaría en su tesis de grado. También explica el tono, a la vez distante y cordial, severo y caluroso, con que fue encaminando sus pesquisas, si bien es cierto que, por momentos, la imagen del terrible Señor de Judea reaparecía entre los conversos. Así se entiende que Andrés Lira hablara de un “temor reverencial” en su presencia y que Guillermo Palacios reconociera que el maestro le despertaba “un profundo sentimiento de inferioridad”.²⁶

Sobra decir que los cambios que la edad traía consigo tampoco pasaron desapercibidos para quien desde hacía ya tiempo sentía declinar los días. Por el contrario, nadie más consciente de las marcas que los años imprimían sobre el cuerpo, ostensibles en todo paso y mirada furtiva en el espejo. Aunque la madurez fue clemente con su rostro, tanto el paulatino vencimiento de la piel como la flaqueza de las piernas lo impresionaron vivamente y sin que en ningún momento olvidara la fragilidad del corazón, que entre cada sístole y diástole amenazaba con apagarse. Su carácter había resentido igualmente los estragos de aquella etapa postrera, plagada, en su opinión, de ciertos vicios que enturbiaban la convivencia: “susplicia, susceptibilidad, irritabilidad, avaricia. Severidad, pero módica, y no acerbidad”. Otros rasgos que no mencionó —la entereza y honestidad con que se entregó al mundo— hicieron que la cercanía de la muerte se tornara en un tema de frecuente reflexión. En alguno de esos instantes de introspección concluyó para sus adentros que “la vida es más trabajos que placeres”. Al menos así había sido en su caso, dividiendo siempre las horas entre tareas constantes y nunca liquidadas del todo. Pero lejos de amedrentarlo, esas cavilaciones le mostraron la necesidad de articular una “moral de la vejez” que le ayudara a actuar en consecuencia. Entre los preceptos que la integraban se encontraban los siguientes:

²⁵ LERNER, “Gaos y el Seminario de Historia de las Ideas”, p. 167.

²⁶ LIRA, “Recuerdos del Seminario de José Gaos”, p. 35; entrevista a Guillermo Palacios, El Colegio de México, 7 de octubre de 2010. Véase también, LIRA, “José Gaos y los historiadores”.

La vejez es llegar al puerto. La vida es posada, no casa.

Hay que luchar contra la vejez como contra la enfermedad. El vigor puede conservarse con templanza y ejercicio, sin fatiga, que perjudica al cuerpo.

No se debe querer volver atrás. No se debe ni ansiar la vejez ni desertar de ella. Debe vivirse mientras haya “vida”.

Ni patetismo para oponerse a la muerte ni patetismo para morir. Ni el menor forcejeo con lo más fuerte que uno, ni el menor asentimiento a su fuerza superior.²⁷

No es tampoco casual que llegado a “una edad de resta más que de suma”, su espíritu se embargara en recuentos y balances.²⁸ El saldo fue positivo, sobre todo si se considera que uno de esos repasos lo condujo a recorrer, con la mente y con la voz, los grandes momentos del pensamiento occidental, desde la Edad Media y hasta sus días. Se trata nada menos que de “Historia de nuestra idea del mundo”, ciclo de lecciones que Gaos leyó, en dos versiones distintas, en el segundo semestre de 1966 y en el transcurso del año siguiente. Aunque producto de las circunstancias —su reingreso como profesor de tiempo completo y las exigencias que, a sus ojos, este hecho suponía— resulta sintomático que decidiera cumplir su compromiso mediante una síntesis de su itinerario intelectual y docente. Ese contenido concuerda, en efecto, no sólo con el ánimo retrospectivo que al parecer lo acompañaba, sino con la voluntad de extraer elementos del pasado para comprender un presente que le era ya desconocido y en gran medida incierto. En vista de su propia situación, marcada por el desconcierto ante un panorama confuso y hasta cierto punto ajeno, apenas sorprende que el discurso aparezca como una búsqueda del sentido, siempre cambiante, que el hombre ha prestado al universo.

Una poderosa imagen abre el relato: imponente y majestuosa, la catedral de Chartres aparece ante nosotros. Con voz grave y pausada, el narrador invita a pasear por la circunferencia, a apreciar el tallado de la piedra y a observar las figuras que ornamentan las fachadas. A continuación nos conduce hacia el interior, a través del crucero y las galerías. Los arcos de luz que perforan los muros, coloreados con célebres vitrales, constituye el punto central del recorrido. Se trata, como lo advirtió en un inicio, de una vi-

²⁷ AJG, 4, exp. 7, ff. 63404-63405, 63414, 10 de junio de 1961; y exp. 8, f. 64523, 26 de junio de 1963.

²⁸ *Ibid.*, exp. 7, f. 63405, 10 de junio de 1961.

sita guiada, si bien lo que nos muestra no es tanto la magnificencia arquitectónica o el esplendor de la cultura, cuanto los vestigios de una época ya extinta. Adosados a capiteles, columnas y dinteles, agazapados en nichos y entrepaños, se encuentran los restos de un mundo perdido, sumergido bajo las aguas profundas de la modernidad. Las siguientes escalas en el viaje servirán para esclarecer cómo, entre violentas marejadas, terminó por hundirse aquella Atlántida medieval, esto es, cómo se fue erosionando un orden teocéntrico y estamental, sellado por la distinción entre ley divina y mundana, entre vida celestial y terrena, entre la eternidad y el tiempo. Sobre esas ruinas hoy casi indescifrables, nos cuenta nuestro guía, se erigió el imperio moderno, un imperio racionalista, fáustico e inmanentista.

A semejanza de aquella catedral francesa, más de tres siglos hubieron de pasar para que los modernos hicieran del mundo un templo a la razón. De forma individual y colectiva, poco a poco se establecieron los cimientos, conformados, no sólo por el deseo de entender el universo, sino por el anhelo de dominar la naturaleza y a sus habitantes. Los grandes nombres de la cultura se suceden en tanto partícipes y arquitectos de esa magna construcción, sobre cuyos muros se inscribe “la historia de cómo ha podido volverse el *homo religiosus* [...] el hombre irreligioso de nuestros días”.²⁹ Así, santo Tomás de Aquino, anteponiendo la razón a la fe, aparece como un precursor del racionalismo moderno; un breve tratado —*A la nobleza cristiana de la nación alemana* de Lutero— desataría, por su parte, una auténtica revolución contra el Papado, la Iglesia y la cristiandad medieval en su conjunto, análogo, por sus efectos e implicaciones, al terremoto que más tarde produjo el *Manifiesto Comunista*. Los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola introducirían la técnica en el seno mismo de las prácticas religiosas, mientras que las exploraciones, viajes y “descubrimientos” aportarían su propia montaña de arena, al contribuir a “la paulatina desaparición de lo fabuloso de la faz de la Tierra, en beneficio de lo puramente positivo”.³⁰

La ciencia, sobra decir, no se quedaría en ningún momento atrás. Con Copérnico, Galileo y Newton a la cabeza, pondría su instrumental en movimiento para hacer de lo cuantificable el objeto del saber por excelencia e instituyendo la idea mecánica del universo. La dualidad entre materialismo e idealismo que de esas investigaciones surgieron se vería reproducida en el

²⁹ GAOS, “Historia de nuestra idea del mundo”, en *Obras completas*. XIV. *Historia de nuestra idea del mundo*, p. 125.

³⁰ *Ibid.*, p. 152.

campo filosófico y, más en particular, en el pensamiento de Francis Bacon, de René Descartes, de Thomas Hobbes y de Immanuel Kant. Todo ello se vería reflejado en las distintas concepciones antropológicas que se fueron fraguando, cada una con amplias repercusiones en la naciente ciencia política y en las teorías del Estado. El hombre nuevo que se estaba así forjando venía acompañado, como lo mostraba Molière, de una escala axiológica igualmente nueva: autenticidad, verdad y ecuanimidad eran los valores que guiaban su conducta. Ahora bien, pese a que la modernidad se hacía tangible en todos los campos del quehacer humano, fue en la literatura donde Gaos encontró su manifestación más acabada. Si el tema de los tiempos modernos era efectivamente el de la relación entre razón y realidad, entonces en ninguna obra se expresaba mejor que en *El Quijote* de Cervantes y en *Fausto* de Goethe: mientras que los límites entre una y otra se trastocan en las correrías de ese caballero andante, aquel estudioso insaciable encarna “la doble idea y sentimiento de que no hay más que un mundo y una vida, éstos, naturalmente, y de que su *ser mismo*, o el *ser* en general, es actividad, ‘actualidad’, ‘acto’, que in-siste, re-iterándose”.³¹ Prescindiendo de Dios y de la vida eterna, el hombre moderno convertiría el ahora en su referente exclusivo y se condenaría a un movimiento sin reposo ni solución de continuidad. Es con esta también poderosa imagen —la del demonio que erige sus dominios en el reino terrenal— que se cierra el primer segmento del trayecto y comienza el siguiente. En él se recorrerá el camino que conduce de aquel pasado inmediato hacia el presente, con su particular idea del mundo.

En una nota fechada el 16 de junio de 1963, Gaos escribió: “Si no se quiere ser totalmente anacrónico, es decir, no sólo por las soluciones a los problemas, sino también por éstos, hay que plantearse y resolver los actuales —sucesivamente—. Los que identificó como válidos para sus días fueron los siguientes: “1] el del comunismo [...]; 2] el de la nueva vida humana con la ciencia y la técnica física, biológica, política [...]; 3] el de la literatura y el arte más reciente”.³² En ese orden y quizás también con esos fines se suceden las tres grandes temáticas que estructuran la segunda parte de la obra. Tras pasar revista a las teorías evolucionistas, a las investigaciones sobre la psique humana y a algunas ideas irracionalistas que fracturaron el régimen anterior, el narrador nos lleva al corazón de la doctrina marxista, reputada como “una de las grandes potencias dominantes del mundo con-

³¹ *Ibid.*, p. 438. Cursivas en el original.

³² AJG, 4, exp. 8, f. 64509. La numeración es mía.

temporáneo y de su idea del mundo, pues a la dominación puramente intelectual [...] ha unido una dominación material, política”.³³ Así se justifica el amplio espacio que esta corriente y sus variantes ocupan dentro del cuerpo discursivo, es decir, cuatro capítulos que, de no ser por las innumerables y muy largas citas que entorpecen la lectura, constituirían una de las mejores introducciones de su tiempo al pensamiento marxista. Del materialismo histórico y dialéctico, al comunismo y la revolución, pasando por el socialismo histórico y científico, Gaos expuso con detalle y rigor las tesis centrales de Karl Marx, así como sus antecedentes y algunas derivaciones. Con particular esmero se detuvo en la crítica a la economía política y en las condiciones materiales de producción, elementos que condensan el principal mérito que prestaba a esa escuela: proponer una moral humanista, optimista, provista de una nueva valoración del trabajo. Sería un error, sin embargo, considerar que esos análisis equivalían a una rendición postrera ante las promesas y esperanzas que en su momento representó aquella vía, en su vertiente política. Las últimas páginas muestran, por el contrario, que en ellas por fin saldó cuentas públicamente con un movimiento que durante años constituyó una fuente constante de vacilaciones. Aunado a las numerosas objeciones que antepuso a la teoría, la práctica había probado que existían otros caminos igualmente valederos para alcanzar la justicia social, es decir, “*el problema ateneador [sic] moralmente para intelectuales de buena fe*”. Que esas palabras encerraban un propósito reivindicativo parecen confirmarlo las líneas siguientes, al sostener que “quizá la historia llegue a juzgar que en nuestra idea del mundo humano se alojó un error terrible: el de vincular la justicia social con la socialización del hombre, cuyo colmo es el totalitarismo del Estado”.³⁴

Otras revoluciones, cargadas con su propio arsenal de errores y amenazas, se escondían igualmente tras los avances de la ciencia. Para demostrarlo, Gaos desplegó, de forma didáctica y sugerente, algunos postulados implícitos en las corrientes científicas más recientes, como las geometrías no euclidianas, las leyes de probabilidad y las teorías de la relatividad, atómica de la materia, ondulatoria de la luz y cosmogónicas. Con su tan característica capacidad de síntesis, de ese amplio y complejo conjunto entresacó dos conclusiones. La primera consistía en afirmar que, pese a las apariencias, los progresos en esta área del saber no lograrían disipar del todo la incerti-

³³ GAOS, “*Historia de nuestra idea del mundo*”, *op. cit.*, p. 532.

³⁴ *Ibid.*, p. 604. Cursivas en el original.

dumbre intrínseca a nuestro mundo y existencia. “Hay la esperanza —escribió— de llegar a comprender el misterio —pero sólo científicamente: a la ciencia le quedará siempre un misterio —que confiar a la filosofía.” La segunda, por su parte, residía en observar que las novedades eran sólo relativas, dado que en el fondo seguía operando un mismo impulso primario: el interés de “*prever para proveer, poder, dominar*”.

Y es que la motivación radical del hombre moderno, su mundo y su idea del mundo —explicaba—, obra de la ciencia como de nada y como nunca antes en parte alguna, sigue siendo la motivación radical de los contemporáneos, en que ahora se unifican occidentales y orientales, septentrionales y meridionales, como tampoco nunca antes ni en parte alguna: el afán de dominación técnica de la naturaleza, de la sociedad humana, de la psique humana, del hombre mismo todo.³⁵

La proliferación de aparatos y maquinarias que culminó en la cibernética no era sino un corolario de esas tendencias. De ahí que, si algo resultaba verdaderamente inédito, esto radicaba, no tanto en las innovaciones tecnológicas o en las posibilidades que se abrían a nuestra especie, cuanto en el empleo del método científico para conocer al hombre. El positivismo, filosofía que había saltado esa brecha, se presentaba, por consiguiente, como el tipo de pensamiento más representativo de la era contemporánea.

De todo ello se desprendía que el individuo que había alcanzado la década de 1960 era viejo y nuevo a la vez: viejo, porque en él se presentaban las mismas inclinaciones, si bien exacerbadas, que habían distinguido a sus predecesores; nuevo, debido a que en ese proceso se había operado una revolución moral, quizás “la más importante de todos los tiempos”. Esto se debía a que ella influía en “lo más esencial y básico de lo humano”, aquello que constituía “la característica diferencial del hombre”.³⁶ No había dimensión o aspecto alguno que se mantuviera incólume ante los cambios en la moralidad: se tratara de las relaciones de pareja, de las ideas acerca de la sexualidad o de la estructura familiar, la vida íntima y pública aparecía ahora subvertida por el naturalismo y antropologismo que se habían ido gestando en el transcurso de la última centuria. Las consecuencias eran de la más variada índole, ya que si por una parte sobre la existencia pendía una

³⁵ *Ibid.*, pp. 624, 642 y 659-660.

³⁶ *Ibid.*, p. 685.

mirada clínica que tendía a neutralizar los juicios de valor y a difuminar los límites entre lo normal y lo anormal, en el intervalo también se había sacrificado el amor ante un mero erotismo. Otro tanto podía decirse de la igualdad, máximo estandarte de la época. Mientras que la paulatina igualación de los sexos y la democracia representaban algunos de sus principales logros, bajo esa bandera se había verificado igualmente el ascenso de las masas y la incontrolable rebeldía juvenil. “La determinación de la razón por lo irracional”, principal rasgo de la era contemporánea, quedaba de esta forma confirmada y consolidada en el horizonte del presente.³⁷

Espejo de nuestras sociedades, la literatura había fungido como un depositario fiel de aquellas concepciones. Las novelas de Émile Zola y de Fiodor Dostoievski habían sabido retratar el espíritu científico y naturalista que animaba a sus coetáneos, así como la progresiva autonomía de la moral frente a otras dimensiones de lo humano. Como ningún otro, Franz Kafka había identificado uno de los signos distintivos de los tiempos nuevos: la conversión del individuo en un ser esencialmente público, condición del advenimiento del Estado policiaco. Henrik Ibsen con *Casa de muñecas* y Edward Albee con *¿Quién teme a Virginia Woolf?* habían dejado, por su parte, clara constancia de las transformaciones en los valores y costumbres de sus respectivas épocas. Sin embargo, y pese a la maestría con que cada uno se erigió en representante de su tiempo, todos ellos poseían una terrible desventaja para convertirse en portavoces del mañana: la de hacer depender sus ideas de la palabra escrita, cuando lo que se perfilaba era un futuro sin lectura y, por ende, sin libros. Este hecho respondía al reciente auge de los medios audiovisuales, llámeseles cine, radio o televisión, que poco a poco trocaban escritores y lectores por locutores y auditores. Era así, afirmaba Gaos, como “la técnica tiende a adueñarse hasta de la creación artística, la que ha pasado secularmente por obra de la más espontánea, y misteriosa, inspiración”.³⁸ Pero su significado yacía en un estrato más profundo. Éste consistía en señalar que el predominio de la habilidad manual, facultad distintiva de la inteligencia técnica, apuntaba hacia la sustitución de una cultura eidética —relativa a la idea y a la vista— por otra de tipo háptico, es decir, ahí donde predomina el sentido del tacto. Las conclusiones que extrajo de esa observación resultan tan lúcidas como sorprendentes. “La historia de la idea del mundo —afirmó en la última lección del curso— es la

³⁷ *Ibid.*, p. 702.

³⁸ *Ibid.*, p. 760.

de la progresiva e inminente extinción de esta idea: del reemplazo de un mundo con una *idea* del mundo por un mundo sin *idea* del mundo...³⁹ Aunque no lo dijo abiertamente, que en ese cambio se verificaba una regresión hacia el estado animal constituye una consecuencia implícita en sus postulados de base.⁴⁰ Tal fue la advertencia final que entre líneas lanzó contra el azaroso rumbo que tomaba la Humanidad.

En sus distintas escalas, “Historia de nuestra idea del mundo” aparece como una odisea intelectual a través de los mares del pensamiento y de la cultura occidental. No era Ítaca, sin embargo, el destino que se avizoraba a lo lejos, sino el presente del narrador, entendido como la suma de concepciones que se han ido sucediendo y superponiendo a lo largo de los siglos. Desde esta perspectiva, la obra se inscribe en una corriente de ilustre tradición: la de los relatos de viaje que, desde Heródoto y Marco Polo, pasando por las crónicas de Indias y culminando en la antropología contemporánea, han dejado constancia de las transformaciones en el mundo, con sus distintos acercamientos a la realidad y consecuentes cambios de valores. Para Gaos, es posible inferir, el relato también representó un peregrinaje existencial en el que uno a uno fue desglosando los temas y preocupaciones que lo habían acechado en el transcurso de su vida. Sobre todo, con él emprendió un último intento por contrarrestar la inactualidad que él mismo se imputaba e insertarse en el ahora. En ese sentido parece admirable, por ejemplo, que quien hacía poco echaba en “falta saber científico de [su] tiempo”, en parte causante de “una idea pobre y deslavazada de él, compuesta en gran proporción de ideas recibidas acríticamente y yuxtapuestas sin sistema”, consiguiera exponer un panorama tan amplio de los progresos alcanzados en el último siglo.⁴¹ No menos relevante resulta que, aun considerándose como un hombre del ayer, más cómodo entre las ideas del siglo XIX que entre las innovaciones del siguiente, lograra calibrar los defectos y virtudes de la sociedad contemporánea. En el escepticismo y tono aprensivo que permean la obra se descubre, no obstante, que no alcanzó a franquear la brecha que lo separaba

³⁹ *Ibid.*, p. 770. Cursivas en el original.

⁴⁰ En el prólogo del libro Gaos sostenía que “quizá pueda decirse, incluso, que el tener una idea del mundo diferenciaría al hombre del animal, que no pasaría de tener una percepción del medio ambiente, con algunas imágenes *mnémicas* de él. ¿Qué sería, entonces, del hombre —inquiriría—, si estuviese en trance de dejar de tener una idea del mundo?”, véase *Ibid.*, p. 19.

⁴¹ AJG, 4, exp. 7, ff. 63680-63681, 4 de julio de 1962.

de sus coetáneos. Por el contrario, con el correr de los días terminó por resignarse a permanecer ajeno a los designios de la especie y por retraerse hacia la soledad escrituraria. Si en esa decisión encontró pesar o alivio, sólo él llegó a saberlo, convencido de que “tampoco se trata de desvalorar el mundo presente y futuro, sino simplemente de reconocer que se es del mundo del pasado, rezagado en ellos, pero ya no de ellos”.⁴²

La vida, sin embargo, no admite abdicaciones a medias y Gaos no fue la excepción. Lejos de ello, muy pronto se vio obligado a fijar su postura, sin que se le permitiera sustraerse o desviar la mirada de los cambios que sobrevinieron. Tal fue el caso eminente del “movimiento del 68”, nombre con que se recuerda la serie de protestas suscitadas ante la represión policiaca, detenciones arbitrarias y ocupaciones a escuelas desatadas a raíz de un enfrentamiento entre estudiantes. Su trágico desenlace es de todos conocido. A la matanza perpetrada en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, remiten tanto las crónicas como la memoria colectiva. De ahí que el 2 de octubre simbolice la suma de crímenes e injusticias perpetrados bajo un sistema autoritario, pero también la lucha ciudadana por democratizar el régimen. Con frecuencia se olvida, no obstante, que el sentido de la historia emerge por obra de una interpretación constante y que el consenso sólo emergió una vez sucedidos aquellos dolorosos hechos. Antes de esa fecha los acontecimientos se prestaban a múltiples lecturas, ora que se hablara de una conspiración comunista, como se afirmó desde el gobierno, ora que se pensara en una conjura imperialista, como se hacía en distintos medios. No faltó, desde luego, quien simplemente considerara que el momento no se prestaba a disturbios por parte de jóvenes descontentos. “Es grande lástima —comentaba, por ejemplo, Salvador Novo— que la buena atmósfera laboriosamente conseguida, vaya a empañarse con los desmanes a que, en imitación de los ocurridos en París, se han entregado los estudiantes. Y cómo, en alguna medida si esto no se remedia pronto, puede perjudicarse la celebración, ya tan próxima, de los juegos en una ciudad a la que temerán dirigirse los extranjeros.”⁴³ La quema de vehículos, los daños a comercios y la toma de autobuses parecían confirmar las peores sospechas. No es difícil suponer que, para quienes se situaban bajo esa óptica, el pliego petitorio, integrado por aquellos seis famosos puntos, no bastara para eliminar la impresión

⁴² *Ibid.*, f. 63925, 13 de marzo de 1962.

⁴³ Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, p. 363.

de que en las reuniones se mezclaban la sensatez y la rebeldía, la justicia y la puerilidad.⁴⁴

A la luz de un ayer que impregnaba su mirada fue como el propio Gaos observó los acontecimientos que se sucedían. Aunque subsisten pocos rasgos sobre sus meditaciones en aquellos días aciagos, no resulta demasiado aventurado inferir que los recuerdos de la Guerra Civil remontaron hacia su memoria, con la serie de yerros y equivocaciones que condujeron a la derrota. Esto explica que estimara las reuniones con sumo escepticismo, aduciendo que “una idea responsable la concibe una sola persona; tiene que proponerla y si lo juzga necesario, imponerla. Las ideas buenas no salen en las discusiones de asamblea. En las discusiones de asamblea hay una inercia de elocuencia, una inercia de rivalidad”. A ese hecho respondía, explicó a Andrés Lira, que en ellas “sólo triunfará la pequeñísima minoría de los más estúpidos. Porque hay muchos estúpidos, pero los más estúpidos son los que se llevan las asambleas, los que no tienen nada que decir, nada que perder y todo el tiempo para esperar”. La antigua dicotomía entre minorías y masas, oriunda de su talante liberal, determinó las valoraciones que vertió sobre los sublevados, temeroso de que la manipulación e irresponsabilidad colectivas desembocaran en una violencia incontrolada. “Los estudiantes —advertía— han ido por mucho, no saben que un movimiento que se echa a andar no puede no parar y acabar en nada, más que en destrucción.”⁴⁵ La profecía se cumplió, si bien no en el sentido que él anticipaba.

⁴⁴ Los seis puntos del pliego petitorio eran los siguientes: 1. Libertad de los presos políticos; 2. Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero; 3. Extinción del cuerpo de granaderos y compromiso de que no se crearían cuerpos semejantes; 4. Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal, relativos a los delitos de disolución social; 5. Indemnización a las familias de los estudiantes muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión desde el 26 de julio en adelante; 6. Deslindamiento de responsabilidades de los actos de represión y de vandalismo de las autoridades, a través de la policía, los granaderos y el ejército. “Desplegado de la Comisión Organizadora de la Manifestación del 5 de agosto de 1968”, cit. en LOAEZA, “Gustavo Díaz Ordaz”, p. 510, n. 109.

⁴⁵ Entrevista a Andrés Lira, El Colegio de México, 12 de mayo de 2011. Resulta notable el paralelismo entre las apreciaciones de Gaos y las que Raymond Aron externó con motivo del “mayo francés”. En los análisis de Ariel Rodríguez Kuri, “Aron, conscientemente, ha querido culminar una línea de pensamiento —la de Tocqueville— que no sólo consiste en advertir los peligros del desbordamiento popular, de la revolución política y social que amenaza un orden; hay, de cierto, más: Aron pretende mostrar los alcances y límites ‘objetivos’ de la revolución, de su lenguaje y de sus actores”, véase RODRÍGUEZ KURI, “El lado oscuro de la luna”, p. 514. Los casos de Gaos y de Aron ilustra-

El pasado inmediato también influyó al momento de evaluar el rumbo y alcance del movimiento. Habían transcurrido tan sólo dos años desde la renuncia del doctor Ignacio Chávez y las similitudes en la situación no pasaron desapercibidas a quien se había visto forzado a seguir a su médico y amigo por idéntico camino. Entre las reivindicaciones ciudadanas y los llamados al diálogo, se escuchaban una vez más protestas contra el autoritarismo y la intolerancia, así como la exigencia juvenil de participar en el gobierno de la UNAM. Para quienes se situaban fuera de los centros de poder y ajenos al sentir estudiantil, ¿cómo saber que no se trataba de una revuelta más o de que en el fondo no se batían por satisfacer los intereses de unos cuantos? Todo ello confluía para que, a ojos de Gaos, quien sabía muy bien que “lo histórico oscila *entre la creación y la repetición*”, los sucesos de 1966 parecieran actualizarse y reproducirse, en una versión contemporánea del eterno retorno.⁴⁶ La diferencia residía en la escala y en que en esta ocasión no había ya refugio en donde resguardarse. Esto respondía a que, tras la marcha que encabezó el rector Javier Barros Sierra, celebrada el 1 de agosto, se unieron a la huelga diversos establecimientos de educación superior, entre los que se contaba la antigua Casa de España. La frustración y la rabia de quien veía una vez más interrumpidas sus labores quedaron de manifiesto en una carta dirigida a los “ciudadanos activos del ex-Colegio de México”.

Por solidaridad con los protestantes contra un atentado a la autonomía universitaria —escribió—, es decir, a una garantía de la libertad de investigación y de cátedra, han llegado ustedes a acabar no sólo con la libertad de investigación y de cátedra en El Colegio, puesto que ya no hay libertad para investigar ni enseñar y aprender en él sino con la investigación y la cátedra mismas, y por ende, con El Colegio mismo que era una Institución constituida no por un edificio y unas instalaciones ni siquiera por unas personas pura y simplemente, sino por unas personas en cuanto dedicadas a las actividades de la investigación y de la cátedra y no a ningunas otras actividades como ésas, por las cuales el edificio del extinto Colegio alberga actualmente un centro de acción política sin investigación ni cátedras cuya libertad defender contra atentados de nadie.

rían, pues, el proceso que trocó al liberalismo en un pariente cercano del pensamiento conservador en el transcurso del siglo xx.

⁴⁶ GAOS, “Notas sobre la historiografía”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, p. 360. Cursivas en el original.

Como en tal proceso me parece advertir así una pequeña falta de lógica, como el no haberse reparado debidamente en ella, me permito señalarla más por deber profesional hacia la lógica que porque piense que la lógica pueda interesar a aquellos a quienes interesa la acción política exclusivamente, es decir, con exclusión de toda otra acción incluso de la intelectual.⁴⁷

Mucho más afecto a las leyes del razonamiento que los jóvenes amonestados, él mismo decidió actuar con congruencia y continuar con sus labores cotidianas desde la tranquilidad del hogar, único lugar que le restaba. “Usted vaya a las manifestaciones que le dé la gana Muriá, pero el jueves nos vemos aquí”,⁴⁸ solía decir a su entonces alumno y hoy profesor de El Colegio de Jalisco. Y así se hacía. Pero ante tamaña rigidez resulta natural que un espeso vacío se fuera poco a poco urdiendo a su alrededor. No fue otra cosa lo que percibió Guillermo Palacios, quien por carta a Andrés Lira comentaba: “A Gaos, que ha sido el [oráculo de] Delfos, ya nadie le hace caso, se ha puesto muy pesimista”.⁴⁹ Pese a su acritud, es muy probable que ni en los momentos de mayor desaliento el maestro imaginara que el Estado mexicano disolvería el movimiento en un baño de sangre. Entre los titulares que el 3 de octubre dieron cuenta de un combate entre el ejército y terroristas, de una criminal provocación que causó violento zafarrancho, de un tiroteo entre francotiradores y las tropas, y de la nutrida balacera suscitada por el mitin, Abel Quezada formuló la pregunta que hasta el día de hoy acosa las conciencias: “¿Por qué?”.⁵⁰ Aunque con mayor aplomo, esa misma interrogante se descubre en unas líneas que Gaos envió meses más tarde, admitiendo que “es difícil un juicio cabal, honrado sobre el [conflicto académico-político], porque los ciudadanos comunes y co-

⁴⁷ Carta dirigida “a los ciudadanos activos en el Ex-Colegio de México”, fechada el 19 de agosto de 1968, АНСМ, *Casa de España*, c. 8, exp. 7, f. 48. En este caso tampoco cuento con elementos para saber si esta misiva gozó de difusión alguna o si simplemente fungió como una catarsis terapéutica.

⁴⁸ Entrevista a José María Muriá, Hotel El Diplomático, 5 de junio de 2011. El antiguo presidente de El Colegio de Jalisco también refirió que parte del pesimismo de Gaos provenía de la relativa ausencia de trabajadores en el movimiento. “No veo a los obreros involucrados en este proceso —le dijo—; yo creo que esto no va a funcionar”.

⁴⁹ Entrevista a Andrés Lira, El Colegio de México, 12 de mayo de 2011.

⁵⁰ El cartón de Abel Quezada se publicó en *Excelsior* el 3 de octubre de 1968. El resto de los titulares apareció, con esa misma fecha, en *El Universal*, *El Día*, *Ovaciones* y *La Afición*. Recojo esta información de VOLPI, *La imaginación y el poder*, pp. 327-332.

rrientes, aun siendo profesores, seguimos ignorando el verdadero fondo”.⁵¹ Esa opacidad no fue impedimento para que este fiel consorte del racionalismo pugnara en privado por encontrar, si no un sentido a la tragedia, al menos una línea del tiempo que proveyera orientación. Al mirar hacia atrás, concluyó para sí que

la acción política fue la inmediata. Los promotores de ella lograron arrastrar a la mayoría del estudiantado por motivos emocionales promovidos por ella. La acción social fue aducida posteriormente para justificar la acción política por los líderes políticos y los intelectuales que aprovecharon la ocasión para hacer públicas sus críticas y propuestas, atribuyéndolas o proyectándolas a o sobre el estudiantado.⁵²

Además de un crudo análisis acerca de los inicios del movimiento estudiantil, esas palabras sugieren que si nada justificaba el desenlace, tampoco era posible exonerar de culpa a los instigadores del proceso, quienes interesada e irresponsablemente habían arrastrado a las multitudes sin mirar las consecuencias de sus actos. Evitar que la manipulación volviera a ejercer su poder devastador sobre los corazones juveniles fue el cometido que se adivina en un artículo escrito al año siguiente y publicado a algunas semanas de su muerte. Con el título “La educación y la sociedad contemporánea”, en él retomó los reclamos colectivos por renovar el sistema de enseñanza, divididos entre dos exigencias tan inaplazables como incompatibles: asegurar la inserción laboral de los egresados e integrar los principios de la justicia social como parte de sus directivas. Imposible elegir entre alguno de esos polos, dado que sólo respondiendo a los retos de la era tecnológica podría alcanzarse el primer objetivo, mientras que una formación humanista, volcada hacia los problemas que aquejaban al mundo, aparecía como el único medio de satisfacer el segundo. Con lucidez, Gaos comprendió que en esa disyuntiva se contraponían dos futuros distintos, uno realista y otro idealista, uno predecible y otro casi inimaginable. Que la experiencia le había enseñado a descreer de cualquier utopía trasluce en la opinión que vertió a ese respecto. “Me inclino —afirmó— por la irrefrenabilidad de la ‘tecnocracia’ dentro del horizonte histórico visible y lo catastrófico, y por

⁵¹ Carta a Juan David García Bacca, navidad de 1968, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 438.

⁵² GAOS, “Nota de autocrítica, sobre ‘La educación y la sociedad contemporánea’”, en *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, p. 479.

el esfuerzo por humanizarla, aun sin la certeza de que la humanización de ella sea posible y el esfuerzo no frustráneo.”⁵³

Las medidas que planteó para realizar aquella noble esperanza resultan, no obstante, un tanto inquietantes, a causa, principalmente, de la cercanía temporal con los hechos recién narrados. Que a un año de iniciado el conflicto universitario instara a la politización, entendida como “la enseñanza relativa a los problemas sociales y políticos y educación en los comportamientos relativos a su solución”, pero condenara la acción política, parece deslegitimar el curso que tomaron los estudiantes. Mucho más comprometedores fueron, sin embargo, sus análisis en torno al sentido y alcance de la “autonomía universitaria”. A semejanza de lo que había reprochado a los “ciudadanos activos del ex-Colegio de México” en esas páginas asentó que

los centros de enseñanza no consisten en unas edificaciones con unas instalaciones, ni siquiera en un personal, sino en un personal en cuanto dedicado a las actividades de la investigación y la enseñanza [...]; si en sus actividades “académicas” se ingieren actividades de cualquier otra índole, en particular las propiamente políticas, tampoco tienen título alguno para reivindicar la extensión de la autonomía desde las actividades académicas a las otras sustrayendo éstas al orden jurídico, en particular administrativo y penal, al que por naturaleza, a su vez, estén sujetas normalmente.⁵⁴

Y aun cuando no le faltaba razón al sostener que la “autonomía”, en su acepción originaria, no era sinónimo de “extraterritorialidad”, despierta cierto embarazo que el recuerdo del ejército ocupando la Ciudad Universitaria hacía tan sólo 10 meses no lo arredrara de extraer las conclusiones pertinentes. Con lógica implacable, éstas consistían en validar “el derecho del mismo Estado a imponer a los centros de enseñanza el cumplimiento” de su deber “y [a] proceder en consecuencia contra el incumplimiento del mismo”.⁵⁵ En vista del respaldo que consciente o inconscientemente prestaba a las reacciones del gobierno, apenas sorprende que esas líneas encontraran amplio espacio en *El Maestro. Revista de Cultura*

⁵³ GAOS, “La educación y la sociedad contemporánea”, *Excelsior*, 30 y 31 de julio de 1969, reproducido en *El Maestro. Revista de Cultura Nacional*, núm. 15, primera quincena de 1970 y en *Obras completas. XVI. La Filosofía en la Universidad*, p. 473.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 474.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 474-476.

Nacional, órgano de difusión cultural, de la Secretaría de Educación Pública (SEP).

Pero Gaos no estaba en ánimo de pensar en el futuro, que para él ya no existía. Así se lo mostró la falta de instrumentos requeridos para orientarse en un mundo sujeto a cambios cada día más vertiginosos y, sobre todo, más indescifrables. Con todo, la verdadera clausura ante el porvenir se manifestaba, no tanto en que careciera de respuestas, cuanto en la relativa indiferencia que le suscitaban las preguntas. El desgaste en su curiosidad explica que en los jóvenes que buscaban abrir caminos distintos a los que transitaron sus mayores únicamente alcanzara a ver el rostro de la insolencia y de la soberbia sin fin. En su fuero interno estaba convencido de que

los jóvenes desprecian superlativa, insultantemente, los valores literarios y en general de los adultos; pero la Historia enseña que no es seguro, ni que los valores de los adultos no lo sean —no: no lo *fuesen*—, ni que los suyos lo sean más, ni siquiera [que] lo sean —no: no lo *sean*. Sigamos, pues, viejo, valorando lo que valorábamos, aunque también tratando de ser con los nuevos valores de los jóvenes más comprensivos y justos que ellos con los nuestros: es lo que diferencia a nuestra experiencia de vida y conocimiento de la Historia de su entusiasta e ignorante aprecio de sí mismos y desprecio de los demás.⁵⁶

Si la brecha que lo separaba de las nuevas generaciones no constituía una evidencia suficiente de su inadecuación al presente, sus coronarias se encargaron de probarlo, al fallar por cuarta vez. Sólo entonces se dispuso a cerrar maletas y a aprestarse para iniciar “el infinito viajar”. Como parte de esos preparativos, señaló a un sucesor al frente de su seminario, procuró poner en orden sus papeles, alistó publicaciones y actualizó su testamento. A quienes reconoció como herederas legó propiedades, regalías, libros y documentos, mientras que a la UNAM donaba el resto de su biblioteca, así como su cuerpo “para el estudio de la anatomía y disección”. También intentó dirimir de antemano rencillas previsibles y evitar verse apresado en el peor de los mundos posibles. “Si padezco un accidente que pueda producir una situación como la del Lic. Adolfo López Mateos —estipuló en la primera cláusula—, *es mi voluntad* que no se prolongue artificialmente mi vida no humana, sino que se me deje morir del todo, definitivamente. Ya con la

⁵⁶ AJG, 4, exp. 8, f. 64680, 1 de junio de 1969. Cursivas en el original.

vida que he vivido hasta ahora me doy por satisfecho.”⁵⁷ Cansado pero contento se despedía de la existencia.

Al decir de las crónicas que se elaboraron sobre el 10 de junio de 1969, las horas finales de Gaos fueron, si no proféticas, al menos muy significativas. Durante la mañana visitó a Leopoldo Zea y, al hallarlo ocupado atendiendo a un profesor, le dijo a éste: “Lo siento, pero yo carezco de tiempo y necesito hablar con el doctor así es que salga y espere afuera”.⁵⁸ Su antiguo discípulo lo encontró con muy marcados aires de fatiga y no era para menos. Según el maestro consignó, desde que en la media noche del 18 de febrero ingresó en Cardiología, el insomnio le había hurtado las posibilidades de descanso. Pese a ello y desatendiendo las instigaciones del entonces director de la Facultad de Filosofía y Letras, no consintió en posponer las actividades previstas para aquella tarde. Por el contrario, la esperanza de que la medicina prolongara su vida se vio reflejada en que formuló ciertos planes a futuro, así como en el deseo de volver a la UNAM. “Hubiera querido regresar por usted —manifestó a Zea ese día—, seguir enseñando, pero no podía hacerlo después de la forma como trataron en la Universidad a ese gran rector que fue Ignacio Chávez. [...] Ahora ha pasado el tiempo y creo que no seré desleal al doctor Chávez si vuelvo a la Facultad. De esto quiero hablarle.”⁵⁹

A las cuatro de la tarde se encontraba en El Colegio de México, listo para someter a escrutinio la tesis doctoral de José María Muriá, titulada “La sociedad precortesiana a través de la conceptualización europeizante de la historiografía colonial”. Uno de los lectores, Miguel León-Portilla, se alegró de hallarlo tan amable, si bien el gusto apenas perduró unos momentos. El buen ánimo del asesor se oscureció, en efecto, cuando averiguó que la defensa se retrasaría, debido a que el otro miembro del jurado, Wigberto Jiménez Moreno, había olvidado el compromiso. La furia se apoderó de su alma. Él, que a lo largo de los años había mostrado el mayor respeto hacia el tiempo propio y ajeno, que había declinado entrevistas intempestivas, que cumplía escrupulosamente con las citas acordadas, que no perdonaba a olvidadizos ni a impuntuales, y que rechazaba la menor modificación a sus horarios, no podía tolerar tamaña afrenta. Más aún, quien

⁵⁷ “Últimas voluntades”, 5 de marzo de 1969, *AJG*, I, exp. 89, f. 17293. Cursivas en el original. Algunas disposiciones no se cumplieron, por lo que sus restos se encuentran hoy en la Iglesia de Santa Mónica, en la colonia del Valle.

⁵⁸ GAOS DE CAMACHO, *Una tarde con mi padre*, p. 37.

⁵⁹ ZEA, *José Gaos el transterrado*, p. 5.

se situaba en el crepúsculo de la vida sabía que aquella materia tan fugaz como evanescente constituía su posesión más preciada y que dilapidarla equivalía a un crimen, a cercenar la contextura del alma. José Gaos no sobrevivió a la cólera del tiempo. Alcanzó a ver, eso sí, a su alumno aprobado y a firmar el acta del examen. Fue entonces cuando se nubló su mirada, dejó caer la pluma y se desvaneció. Unos minutos después estaba muerto. El reloj marcaba las 19:05.⁶⁰

⁶⁰ Así lo registró José María Muriá, si bien en el comunicado de prensa figuran las 19:20 como hora oficial de deceso. LEÓN-PORTILLA y MURIÁ, “La muerte de Gaos”, p. 44.

EPÍLOGO

JOSÉ GAOS O LA HONRADEZ INTELECTUAL

No siempre se tiene la fortuna de morir como se vive. Los accidentes, la enfermedad o una decisión equivocada son capaces de distorsionar una existencia y, por el contrario, no se ha probado que al rufián esté vedado expirar en pacífico sueño. Pero además de no regirse por principios justicieros, la muerte puede ser tiránica, no sólo en el sentido evidente de que a nadie perdona, sino en que tiende a disolver matices y a igualar el pasado. Como el pecador que se arrepiente al momento de exhalar el último suspiro, anulando en un gesto cualquier tropiezo previo, en algunos casos la luz de ese instante postrero esclarecerá los momentos inmediatos, penetrará en los años precedentes y retrocederá sucesivamente hasta incluso iluminar los ya lejanos días de la infancia. Si no a trastocar o a invertir el significado de su vida, también la muerte de José Gaos, acaecida durante el ejercicio de su labor magisterial, tuvo por efecto condensar en un único aspecto las distintas facetas de su itinerario. Desde entonces, en torno a la imagen de *el* maestro gira el recuerdo de un hombre que se desempeñó igualmente como filósofo, como historiador, como escritor, como traductor, como funcionario y como crítico de su tiempo, un hombre que marcó una época al intervenir en discusiones públicas, introducir nuevas ideas y participar en la redefinición de las disciplinas cultivadas.

Aunque resulta cuestionable que la docencia pueda aún explicar su lugar en la memoria, pocos dudarán que en esa actividad sobresalió como muy pocos. Tan es así que al estímulo y sólida formación que prestó a destacados estudiantes terminan por remitir, de un modo u otro, tanto las crónicas como los testimonios que versan acerca de su trayectoria. A moldear y a fijar esas apreciaciones contribuyó en gran medida la postura del propio Gaos, quien en más de una ocasión reconoció que “uno no es lo que pudo pensar ser, sino lo que resultó ser. Así, yo no soy ni filósofo ni escritor, sino profesor y traductor”. Pese al tono resignado que denotan sus palabras, la función que de esa forma se asignaba no era en modo alguno despreciable, dado que “el profesor no es el que se limita a enseñar a terceros lo aprendido

en otros, sino el que promueve vocaciones y mueve a ser lo que él no es, por ejemplo, filósofo y escritor”. Más aún, añadió, “parece como si la cultura humana, lo mismo que ciertos actos colectivos, necesitase de esta especie de animadores de los demás, es decir, de los creadores de la cultura”. En virtud de su alto desempeño como impulsor de talentos y, por consiguiente, como discreto pero imprescindible motor de desarrollo, desde entonces decretó que “si se quiere hacerme justicia, hay que juzgarme, pues, como profesor”.¹ Imposible, sin embargo, satisfacer sus deseos mediante ese criterio reductor, debido a que esto supondría admitir que su incidencia en el medio intelectual mexicano se redujo a su presencia en las aulas y a la marca, vigorosa o endeble, que dejó en numerosos alumnos. Entre ese razonamiento y el apotegma de que “quien no lo oyó, lo perdió” sólo hay un paso que, una vez franqueado, coloca en la desconcertante situación de no necesitar ocuparse de su pensamiento o al menos no de manera principal.² Los 19 tomos que integran el proyecto de sus *Obras completas* se sumergirían así en el olvido, lo cual carecería de importancia de no ser porque en ellos se encuentran algunas de las mejores páginas que se escribieron en la filosofía del siglo xx. La injusticia surgiría, por lo tanto, como natural expediente.

En la medida en que las circunstancias de su fallecimiento acentuaron el carácter exclusivamente profesoral que él mismo se prestó en vida, es posible afirmar que éstas le aportaron un pobre servicio, como también lo hizo el contexto en que sobrevino. Así lo muestran los obituarios y artículos de homenaje que se escribieron en los días y meses inmediatos a lo que para el pensador sólo es un primer momento de clausura.³ Como se sabe, la historia se encarga de desenterrarlo y de volverlo a sepultar cuantas veces lo estime conveniente. Sin que alcanzar la trascendencia encabezara su lista de objetivos, de esa promesa se sostuvo durante algún tiempo el biografiado, al afirmar que “la fe en sí mismo ha de llevarse oculta, en espera del juicio de los contemporáneos y en la esperanza del juicio de la posteridad”.⁴ Contrariamente a su credo historicista, el ideal consistía en que esos tres puntos

¹ AJG, 4, exp. 3, f. 60867, 4 de abril de 1952.

² El entrecomillado aparece en URANGA, “José Gaos”, p. 136.

³ Véase en este sentido LE GOFF, *Saint Louis*, p. 24, en donde, para explicar los márgenes temporales de una biografía, se refiere a una sentencia de Jorge Luis Borges, según la cual la muerte de un hombre sólo se verifica realmente cuando el último hombre que lo conoció a su vez ha muerto.

⁴ GAOS, “*Aforística publicada*”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 173.

de vista —el propio, el ajeno y el futuro— concordaran a la postre, convergiendo en una imagen, no tanto objetiva, cuanto ecuánime y equilibrada. Para determinar si ese anhelo se cumplió, no queda sino empezar por el dictamen que emitieron sus coetáneos, en un ajuste de cuentas que quizás también ayude a comprender la difícil recepción de su pensamiento en el curso de las últimas décadas.

El 11 de junio de 1969 podía leerse en los principales diarios de la capital: “Falleció el Doctor Gaos, el Eminente Filósofo Español”,⁵ “Pena del Mundo Intelectual por la Muerte del Dr. Gaos”,⁶ “En Plena Aula Murió el Maestro José Gaos”.⁷ Todos ellos referían que el día anterior, a las 7:20 de la noche, su espíritu se había extinguido al concluir el examen de grado de José María Muriá, dejando tras de sí innumerables alumnos y un invaluable legado. Entre las notas que se juzgaron merecedoras de mención, se señalaba su alto desempeño al frente de la Universidad Central de Madrid, su cercanía a la figura e ideas de José Ortega y Gasset, las funciones ejercidas como introductor del existencialismo, su acusado papel como promotor del Grupo Filosófico Hiperión y su elevado sentido de la dignidad, expresado tanto en su negativa a volver a España mientras la dictadura se sostuviera como en su renuncia a la UNAM tras los ataques perpetrados impunemente contra el antiguo rector, Ignacio Chávez. Si bien no se olvidó señalar algunos títulos emanados de su pluma, como *Dos exclusivas del hombre* y *Pensamiento hispanoamericano*, nada se dijo acerca de su entonces principal obra publicada, aquella que se conoce como *De la Filosofía*. En contraste con ese singular silencio, no se escatimaron elogios ante lo que se consideraron como sus mayores aportaciones al país receptor: el cultivo de la historia intelectual en México y el estímulo de ciertos hábitos de trabajo, caracterizados por el rigor analítico, la seriedad en la investigación y el profesionalismo académico. De ahí que su muerte no hubiera sino expresado, de modo auténtico e inconfundible, el atributo cardinal que lo había distinguido en vida: el de haberse destacado como el maestro por antonomasia.

Entreverando las mayores alabanzas, aquellas noticias dan cuenta de un aprecio desigual en torno al legado del recién fallecido: una estima ilimitada por sus prácticas de enseñanza e idéntico olvido o desconocimiento de su pensamiento filosófico más personal. Aunque escritos con indisimulado

⁵ *Novedades*, 11 de junio de 1969.

⁶ *El Día*, 11 de junio de 1969.

⁷ *Excélsior*, 11 de junio de 1969.

ánimo partidista, dos artículos necrológicos, elaborados por un par de adeptos al neokantismo, podrían concurrir a explicar ese hecho. En el primero de ellos, José Manuel Villalpando Nava recordaba la célebre polémica que, en las postrimerías de la década de 1930 y principios de la siguiente, habían sostenido José Gaos y Francisco Larroyo. Si, en opinión del articulista, ese lance resultaba memorable, esto se debía, no tanto a que representó el primer intercambio público entre un filósofo mexicano y un ilustre representante de la España republicana, sino a que la justicia histórica había determinado que, con el tiempo, Larroyo fuera proclamado vencedor en ese duelo. El episodio anunciaba la serie de desaciertos que marcaría la trayectoria del desaventurado extranjero, tal como se había comprobado hacia el final de su vida. Las “preocupaciones metódicas que han sido cultivadas con actitud exagerada por quienes se consideran discípulos de Gaos —afirmaba el maestro normalista— no se ven animadas [...] por un espíritu crítico que desemboque en la integración y comprensión de un sistema explicativo de la cultura, como creación humana; dicho en otras palabras, la inquietud didáctica del doctor Gaos ha sido la de enseñar filosofía pero no filosofar”.⁸ De esta forma Villalpando despojaba a la principal figura de una corriente antagonista de cualquier gloria intelectual para reducirlo, en magra compensación, al igualmente valioso pero menos deslumbrante papel de profesor.

Más visceral y virulento, el segundo artículo anunciado resulta también mayormente ilustrativo. Su autor, Miguel Bueno, explicaba el gran prestigio del que el difunto había gozado por la novedad que representó su llegada y por el brillo seductor de quien viene de fuera. “El gran avance que produjo la presencia de Gaos —escribió— consistió en asomar a ciertas doctrinas que estaban de moda en Europa, enriqueciendo la documentación de los filósofos mexicanos”. Un mero eco de lo que se escuchaba allende el Atlántico había sido la enérgica voz del filósofo refugiado. Por fortuna, añadía el detractor, aquellas palabras por fin se habían silenciado, no tanto por el fallecimiento del ahí aludido, cuanto por los cambios que se habían operado en el medio filosófico mexicano. Sobre el escenario intelectual contendían ahora nuevas agrupaciones, a las que día con día se sumaban numerosos intérpretes: la que se reunía alrededor del marxismo y la que se concentra-

⁸ José Manuel Villalpando, “Evocación de José Gaos”, *Revista de la Semana* (22 de junio de 1969), p. 7. Sin entrar en un examen detallado, compárense o simplemente ténganse a la vista las obras producidas por uno y otro de los filósofos contrastados para apreciar el despropósito y la parcialidad de este juicio.

ba en torno a la filosofía analítica. Uno y otra se caracterizaban por su fuerte carga científica y por el rechazo hacia toda especulación de orden ontológico o trascendental. En el polo opuesto, las corrientes que el maestro asturiano había logrado difundir merced a su destreza oratoria y a su don de convencimiento se encontraban ya completamente desprestigiadas. “En esas condiciones —explicaba Bueno—, no es de extrañar que la estrella ideológica de Gaos hubiese declinado en los últimos tiempos, sobre el mismo ocaso en que declinó la metafísica, para él tan cara y predilecta”. Había, pues, excelentes motivos para felicitarse, dado que “¡con Gaos —exclamó— se ha ido el último metafísico!”.⁹

En más de un sentido parciales y abusivas, las notas recién glosadas apuntan, no obstante, hacia algunas de las dificultades y contradicciones que despertó su magisterio, así como las circunstancias, sin duda poco propicias, en que escribió sus principales obras de madurez: *De la Filosofía*, *Del Hombre* e *Historia de nuestra idea del mundo*. Mientras que el artículo de Villalpando Nava recuerda las reticencias que se alzaron entonces para reconocerlo como creador de filosofía y no sólo como divulgador, el que publicó Bueno remite al contexto de enunciación, es decir, a momentos en que el materialismo dialéctico cobraba renovadas fuerzas y en que la filosofía analítica alcanzaba aquella preeminencia que aún hoy la acompaña. De ahí que aquellos tratados, consagrados a desentrañar, no las condiciones de producción e intercambio económicos, los dogmas del empirismo o la unidad entre las ciencias, sino los fundamentos de la disciplina filosófica y los motivos que conducían a su cultivo, cayeran en la llana incompreensión, cuando no en un desalentador vacío.

No carece de ironía, por lo demás, que se calificara como a una rémora del pasado a quien durante largos años se consideró como motor de renovación y como la más viva expresión de la vanguardia filosófica. Habían pasado tan sólo algunas décadas desde que se saludó su desembarco como la esperanza de que, con ayuda de sus pares, nuestro país se elevaría a las alturas alcanzadas en Europa. Idéntico modelo resultaba válido para el recién llegado, quien al observar en torno suyo no encontró las referencias habituales, es decir, aquellas que primaban en el Viejo Continente y, con mayor especificidad, las que correspondían al canon filosófico germano. De ahí que en un inicio el destierro se asemejara a un naufragio en playas intelectuales prácticamente desiertas. Sólo al ir explorando esas tierras desconocidas

⁹ Miguel Bueno, “El Último Metafísico”, *Revista de la Semana* (22 de junio de 1969).

comenzó a admirar las particularidades del paisaje y a identificar la suma de posibilidades que ahí se concentraban. Ello explica que el desplazamiento geográfico constituyera una condición necesaria mas no suficiente en su cambio de perspectiva. El viraje únicamente pudo completarse porque el traslado se vio acompañado con grandes dosis de apertura por parte del obligado viajero, quien llegó a concebir América como un mirador privilegiado, cuando no superior al que había dejado atrás. Ello respondía, según afirmó, a que “la patria vista desde el extranjero se ve mejor, pero no por la distancia [...], sino por el enriquecimiento del ser con los nuevos ser, amores y conocimientos”.¹⁰ Ahora bien, como parte de ese saber adquirido destacaba la idea de que “la emigración sirve para concebir las patrias, no como geográficamente confinadas, sino como históricamente recreadoras de sí en concreción con otras”. Mientras que en el plano práctico esa conciencia le permitió integrarse plenamente en la tierra de asilo, en el teórico lo habilitó para contemplar a los pueblos de lengua española como una comunidad cambiante pero siempre unida por los lazos de la historia. La tarea consistía en propiciar que la región cumpliera con su destino, al convertirse, llegado el momento, en “sucesora de los Estados Unidos en la hegemonía de Occidente, haciendo la síntesis de Occidente y Oriente, de liberalismo y comunismo”.¹¹

Esas ideas y esperanzas confluyeron para que llevara al acto algunas de las potencialidades que percibió en el entorno, mientras que en otros casos proveyó las herramientas necesarias para que se desarrollaran por distintos cauces. Además de métodos de trabajo, entre esos instrumentos destacan sus labores como traductor que, por sí mismas, son suficientes para acordarle un agradecido lugar en la memoria. La sintonía entre ese conjunto de actividades y el afán colectivo por profesionalizar la disciplina determinó que los esfuerzos se convirtieran en logros efectivos. Para 1963, año en que pensadores de diversas nacionalidades se reunieron con motivo del XIII Congreso Internacional, muchos filósofos mexicanos estimaban no ignorar ya nada esencial de lo producido allende el Atlántico y al norte del río Bravo. Se vanagloriaban, además, de que los trabajos realizados localmente igualaban, en mérito y calidad, a aquellos que se elaboraban en distintas latitudes. A alcanzar esas metas había contribuido de modo singular José Gaos, tal como se reconoció en los días y

¹⁰ AJG, 1, exp. 35, f. 5515.

¹¹ AJG, 4, exp. 5, f. 62968, 28 de enero de 1960; exp. 7, f. 63672, 1 de julio de 1962.

meses inmediatos a su muerte. Entre quienes así lo juzgaron se contaba Luis Villoro, declarando que con el maestro “la enseñanza de la filosofía pasa por primera vez del nivel del aficionado brillante a la del profesional riguroso”.¹² Muy semejante fue la opinión de Fernando Salmerón, al recordar en el sepelio que

los libros que Gaos trajo consigo no eran, de ninguna manera, los libros de moda de aquellos años sino precisamente los grandes clásicos de la filosofía de todos los tiempos. Y la seriedad y la pulcritud con que explicó y comentó estos libros difícilmente encuentran puntos de comparación en nuestra historia académica. Sin tener en cuenta esta actividad que el maestro cumplió, sin prisa y sin pausa, en beneficio de tantas generaciones, no se puede comprender lo que ha acontecido en la historia intelectual de México en los años recientes.¹³

De dar fe a esas palabras, en las que el deseo de plasmar una imagen certera se entremezcla con el cariño, el agradecimiento y la admiración, la ironía que se desprende de las críticas se acrecienta y multiplica. Si el homenajeado concurrió, en efecto, a redefinir el significado de la práctica filosófica, entonces su magisterio se presenta como una condición de los estigmas que se le lanzaron tras su muerte. La historicidad de la disciplina —tema cardinal de su pensamiento— determinó que los mismos anatemas que hubiera resultado impensable arrojar contra Joaquín Xirau, Samuel Ramos o José Vasconcelos al momento de expirar, parecieran en su caso pertinentes. Esta posibilidad indica, no sólo que en el transcurso de los años el concepto de filosofía se siguió transformando, sino que lo hizo en un sentido muy específico: exigir que sus cultivadores se documentaran en los temas tratados, se capacitaran en el manejo de cuestiones altamente técnicas, se subordinaran a los imperativos de la especialización y sometieran resultados, si no susceptibles de verificarse de modo empírico, al menos aptos para la discusión intersubjetiva. En consonancia con las tendencias dominantes en el mundo académico internacional, una forma de saber científica e institucionalizada representaba el paradigma filosófico prescrito a finales de la década de 1960. Ahora bien, sin ser el único en promover ese modelo, no habían

¹² VILLORO, “Dos notas sobre Gaos”, p. 8.

¹³ Fernando Salmerón, “Elogio póstumo”, *Revista de la Semana* (22 de junio de 1969), p. 10.

sido otras las pautas que Gaos impulsó durante el periodo que radicó en nuestro país, con la particularidad de que él mismo no quiso avanzar por las veredas desbrozadas. Incapaz de “interesarse, al menos desde cierta edad de la vida, por nada realmente actual y con porvenir, sino únicamente por cosas caducas, pasadas, irrevocablemente”, terminó por resignarse a pasar el resto de sus días como “rezagado, anacrónico, mero superviviente sin futuro y sin remedio —y sin desesperación, antes muy satisfecho o feliz”.¹⁴

No menos paradójico que su advertido carácter extemporáneo parece que sus detractores pretendieran despojarlo de toda relevancia histórica por haberse mantenido ajeno a las filosofías analítica y marxista, cuando él mismo se empeñó en comprender y en dar a conocer ambas corrientes. Quienes han seguido su trayectoria saben que además de impartir seminarios de lógica a lo largo de los años, también insistió sobre la urgencia de erigir la materia en asignatura obligatoria de enseñanza. Aguijoneado por las críticas que se le lanzaron en la prensa, en alguna ocasión incluso reivindicó para sus adentros haber hecho “por la enseñanza de la Lógica matemática y por que los más jóvenes reconociesen la importancia de la filosofía científica, neopositivista, analítica, lo que no sé que haya hecho nadie antes que yo ni como yo en el medio académico mexicano”. A ello es dado añadir que, aun convencido de que “a un dedicado a la filosofía como yo, sin formación científica, ni natural ni humana, se le escapa de las manos toda filosofía después de la liquidación de la clásica”, también se esforzó por integrar a su biblioteca algunas obras promovidas desde el Círculo de Viena.¹⁵ Por otro lado, la seriedad con que se entregó al examen del materialismo histórico constituye una de las constantes en su itinerario intelectual, al grado de haber sido, al menos durante algún tiempo, uno de los mayores especialistas en el tema. Desde esa perspectiva es de recordar que una de las empresas iniciales que acometió no bien llegó a México fue la traducción y estudio de los escritos juveniles de Karl Marx, convirtiéndose así en uno de los primeros en revalorar su dimensión humanista. Y todavía en 1967, en el que fue el último gran curso que dictó en El Colegio de México, consagró varias lecciones a aquella doctrina, reconociendo su capital importancia en la conformación de nuestra particular idea del mundo. Pese a tamaña dedi-

¹⁴ GAOS, “Borrador de una conversación”, en *Obras completas. XV. De antropología e historiografía*, pp. 269-270.

¹⁵ AJG, 2, exp. 33, f. 35659, 16 de septiembre de 1962, y 4, exp. 5, f. 62888, 26 de noviembre de 1959. Las críticas a las que se aludió provenían de un artículo de Emilio Uranga.

cación, lo cierto es que nunca logró comulgar con una ni otra corriente, escéptico del alcance que encerraba la primera y receloso de las consecuencias prácticas que suponía la segunda. Todo ello promovió que se marginara paulatinamente de las discusiones del día y que terminara por encerrarse en las soledades del monólogo interior.

Apenas resulta aventurado afirmar que su carácter refractario ante las escuelas de pensamiento que se impusieron en la segunda mitad del siglo xx respondió a cierta idea del hombre, valorado en su concreción única e irreductible. Aquella le impidió profundizar en un movimiento que parecía entretenerse en cuestiones superficiales de tan sutiles y que, por lo mismo, no enfrentaba las preguntas y problemas cardinales de la existencia. Aunque por distintas razones, contra esa idea se alzaba igualmente el marxismo, doctrina en la que percibió una amenaza para el individuo y sus libertades. Que colocara uno y otras en la cúspide de su escala axiológica determinó que poco a poco se fuera distanciando de sus coetáneos en términos no sólo filosóficos, sino también políticos. Renuente a admitir la menor intromisión en la esfera privada, ya fuera por parte del Estado o por el de la prensa, sus preferencias lo situaron en el campo liberal, corriente progresivamente desprestigiada durante la primera mitad de la pasada centuria. Ese descrédito provenía de su asociación con los fracasos que condujeron a los desastres bélicos que laceraron el siglo, en su espíritu reformista y en su relativa indiferencia ante los reclamos de carácter social que emergieron junto con las revoluciones modernas. La crisis que durante algún tiempo embargó al liberalismo explica que Gaos fuera testigo, a lo largo de su vida, de una paulatina inversión en el orden de los valores, a saber, “de los derechos del individuo contra la comunidad a los de ésta sobre el individuo”. En esa inversión y en la incapacidad de adaptarse a las exigencias de los tiempos nuevos se enraizaba, en su opinión, “el drama del intelectual de ayer que vive aún hoy”.¹⁶ También aclara que no cesara de buscar un punto de intersección entre aquellos ideales ilustres, la libertad y la igualdad, si bien nunca lo logró, debido a que el individualismo llevó siempre la delantera. Así se entiende que resintiera, como muchos de sus pares, una profunda aversión

¹⁶ AJG, 4, exp. 7, f. 63931, 14 de marzo de 1962. Es muy posible que Gaos, de haber vivido unos años más, hubiera hallado una salida a ese drama y un cauce a su ideal de justicia con libertad en la socialdemocracia, cuya viabilidad como alternativa política comenzó a hacerse más visible en la década de 1970. Su muerte, relativamente temprana, impidió que encontrara un lugar en el espectro de opciones políticas que estaban entonces disponibles.

hacia las masas y que, cuando la segunda posguerra dividió a las naciones en dos bloques antagónicos, titubeara entre pronunciarse por el comunismo o por el llamado “mundo libre”. Situado en un limbo inaceptable para sus contemporáneos, persuadidos del papel necesariamente comprometido del intelectual, este partidario del pasado pasó sus últimos años cada día más aislado y ajeno a los sucesos que marcaban el acontecer mundial.

Si el individualismo, en su expresión liberal, desempeñó un papel crucial en su progresivo desfase o distanciamiento respecto al presente, otro tanto sucedió con sus ideas. En su obra, el carácter irreductible que prestó al individuo se transformó en un subjetivismo, si no completo, al menos bastante extremado y de difícil asimilación. Según sus postulados, entre los productos de la cultura, a la filosofía correspondía examinar la dimensión más concreta de todas, a saber, la del mundo y sus habitantes. Ello explica que, en la medida en que el pensador se hallaba implícito en su objeto de estudio, también se encontrara inmerso en sus propios análisis. Filosofía era, por lo tanto, una confesión personal, dado que el filósofo, al referirse al universo, hablaba, en realidad, sobre sí mismo. El aspecto verdaderamente problemático de su doctrina sobreviene, sin embargo, en la siguiente fase del argumento, al negar que la confesión pudiera ser íntegramente comprendida por el destinatario. El subjetivismo, al que se sumaban los atributos del escéptico, decidió que proscribiera la posibilidad de una comunicación plena, condenando al individuo a la soledad, allá en su “íntimo ápice absoluto”.¹⁷ El lector que haya recorrido las más de 1 000 páginas que en su conjunto componen *De la Filosofía* y *Del Hombre* sabe que ambas desembocan en esas desconcertantes conclusiones, de terribles consecuencias para su labor docente. ¿Cómo comprender que quien se había desempeñado como profesor durante casi 40 años, terminara asentando que la transmisión, fundamento de toda enseñanza, resultaba por principio impracticable?

Apenas admira, por consiguiente, que al acaecer la muerte de Gaos, algunos de sus alumnos más sobresalientes decidieran rebelarse contra su tan fascinante como frustrante magisterio. El número de homenaje que en septiembre y octubre de 1969 le dedicó la revista *Cuadernos Americanos* fue la ocasión para que algunos de sus amigos, colegas y discípulos, como Justino Fernández, Antonio Gómez Robledo, Francisco Larroyo y Leopoldo Zea, desenterraran algunos recuerdos, rescataran cierta dimensión de su pensamien-

¹⁷ GAOS, “Confesiones profesionales”, en *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales*. *Aforística*, p. 10.

to o revaloraran sus escritos. Pero si entre ese cúmulo de artículos alguno ha permanecido en la memoria, es el que le dedicó el muy brillante, pero igualmente extremoso y amargado Emilio Uranga, con toda la rabia y la acritud de que fue capaz. Con el título “José Gaos: Personalidad y Confesión”, el antiguo hiperión emprendió ahí un feroz balance acerca de su trayectoria e ideas. Bajo el signo del deber y de la muerte, la vida del maestro había transcurrido entre el “sometimiento a lo tradicional” y el “dogma que caía como lápida”. “Fatalismo, escepticismo, sumisión y docilidad” habían convergido para convertir sus días en una carga difícil de sobrellevar. Todo ello determinó que se cegara ante la espontaneidad de la vida, que desterrara la alegría de su existencia, que se negara a aceptar el cambio y que transformara la cátedra en capilla o sepulcro. Incapaz de perdonar a su mentor por el escepticismo y elevadas expectativas que tenía en él depositadas, Uranga culminaba su particular “ceremonia del adiós” —análoga, en muchos sentidos, a la que Simone de Beauvoir escribiría tiempo después para Jean-Paul Sartre— declarando que no había motivo para dolerse por su fallecimiento, dado que Gaos había sido un sobreviviente, un muerto en vida.¹⁸

Uranga no fue el único en levantarse contra la imagen del recién fallecido. Seis meses más tarde, en el número especial que le dedicó la *Revista de la Universidad de México*, aparecieron, entre otras, unas líneas firmadas por Alejandro Rossi. En ellas, además de reconocer las virtudes de Gaos como profesor, dotado de esa excepcional destreza que le permitía componer, semana a semana, piezas únicas que entregaba con generosidad a los asistentes, decidió acometer lo que él mismo denominó un “análisis severo e irreverente”. Como parte de esa empresa, examinó sus métodos de enseñanza, concluyendo que el maestro “sacralizaba el texto”. La predilección por los comentarios lineales explicaba aquella parsimonia exasperante con que expurgaba cada palabra y cada detalle, prohibiendo la libre exégesis y llegando a detenerse hasta cuatro años en una misma obra. La principal crítica de Rossi radicaba, empero, no tanto en sus prácticas docentes, cuanto en su incapacidad para abrirse a las nuevas tendencias filosóficas. Convertido a la filosofía analítica, el alumno apuntaba que “Gaos se equivocó en la elección de su tradición filosófica. Así, el aspecto técnico de su reflexión quedó históricamente atrofiado”.¹⁹ Su destino, por consiguiente, consistía en disolverse entre las sombras del pasado.

¹⁸ URANGA, “José Gaos”.

¹⁹ ROSSI, “Una imagen de José Gaos”, pp. 14-16.

No sólo desde el campo de su especialidad principal emanaron las diatribas, sino que también desde la historia se escucharon ciertas voces críticas. De ellas dio cuenta Andrés Lira en un ensayo titulado “José Gaos y los historiadores”, en el que, fiel a las enseñanzas del maestro, emprendió la tarea de comprender su labor, pero evitando todo enjuiciamiento. En esas páginas señaló que quienes censuraban las obras elaboradas en el seminario, en razón de su carácter “doxográfico” —en opinión de algunos incluso “etéreo”—, omitían en su apreciación tanto el contexto en que habían surgido como los cambios operados en fechas recientes. En cuanto al primer aspecto, olvidaban que una parte había emanado en momentos en que la disciplina, en su vertiente intelectual, se encontraba prácticamente inexplorada y que, por lo tanto, el paso inicial consistía en familiarizarse con las fuentes. Sólo conociendo a fondo el material disponible era posible intentar una interpretación sociológica de las ideas estudiadas, atenta al escenario concreto en que se originaron. Por todo ello, argumentaba el ya para entonces profesor de El Colegio de México, “el límite que sí se impuso el maestro e impuso en buena medida a sus discípulos, fue absolutamente consciente y deliberado, y no resultado de una inadvertencia o incomprensión frente al problema histórico”. La prueba radicaba en la apertura con que se dirigió a los alumnos de la última etapa, incitándolos a examinar una gran variedad de temas y a continuar sus trabajos con criterios de orden sociológico. De ahí que, aun cuando Lira coincidía en que el modelo que representaban las tesis de Zea había quedado ampliamente superado, sus palabras sugerían que tiempo era lo que había faltado para llevar a plenitud el impulso renovador de la disciplina.²⁰

Los obituarios y artículos de homenaje que se escribieron en 1969 y principios del año siguiente revelan que la muerte de José Gaos se vio rodeada de las mayores alabanzas, aunque también de las más duras invectivas y descalificaciones. Unas y otras muestran el gran espacio que el recién fallecido había ocupado en el medio cultural mexicano, así como el espíritu polémico que todavía presidía sus ideas. Ambos tipos de apreciación descubren, además, que su presencia en nuestro país fungió como un motor de innovación, imprescindible en una etapa inicial de desarrollo, pero cuyo impulso hacia el final se había agotado. En virtud de su destacada trayectoria y sostenida labor en beneficio de la cultura, los elogios fueron, desde luego, numerosos y sentidos. Pero si aquí se han privilegiado las evaluacio-

²⁰ LIRA, “José Gaos y los historiadores”, pp. 28-32.

nes negativas, ello se debe a que una biografía intelectual debe procurar restituir el contexto de enunciación de que parte el discurso, junto con los criterios de validez y de invalidez, de receptividad y de rechazo, que imperan en un momento dado. Mediante esa operación de tipo historiográfico, lo invisible se torna visible o, dicho de otro modo, las condiciones de posibilidad y los límites a la representación transitan de la latencia a la patencia. Ahora bien, en este caso las críticas, mucho más que los aplausos, apuntan hacia algunos elementos problemáticos de la doctrina y labor del biografado, con lo cual contribuyen a comprender el silencio que durante largo tiempo envolvió su obra filosófica. Y lo que ellas enseñan es que tanto su pensamiento como magisterio habían llegado a lo que en la época se consideró como un callejón sin salida y a que, según se juzgó entonces, la continuidad había ingresado en la esfera de lo imposible. En resarcimiento a ese duro balance, al menos es de resaltar que nadie olvidó mencionar, de un modo u otro, la entereza y dedicación que exhibió en vida, con lo cual se cumplió uno de sus anhelos secretos. “El artículo necrológico que más me gustaría merecer —registró en una entrada de su diario— [es] uno que llevara por título veraz ‘Gaos o la honradez intelectual’”.²¹

Sin poder adivinar del todo el juicio póstumo que le correspondería, de haber anticipado las circunstancias de su fallecimiento, quizás él mismo se hubiera alegrado de antemano. Así lo sugiere que en unas anotaciones redactadas al poco tiempo de padecer su primer ataque cardíaco asentara que “mi vida ha estado regida, sobre todo y en suma, por la conjugación del sentimiento de la propia dignidad y la consecuencia conmigo mismo. Confío en la confirmación por la muerte”. Esa confianza se encontró por entero satisfecha al caer como soldado en batalla, empuñando el fusil hasta no ver garantizada la victoria. En ese acto triunfal de despedida culminaba una existencia dedicada a la docencia y a su objeto, la filosofía, concebidos como “meros modos de ejercitar una actividad y dar salida a un afecto: la de vivir y el del amor”.²² Que uno y otra constituyeron los hilos conductores de sus días aparece con mayor fuerza, al recordar una frase que escribió en su juventud. Fue entonces cuando afirmó, por carta a un amigo, que “la vida debe ser ante todo el resultado de un propósito”.²³ En su caso, esto significaba acceder al cargo de profesor, si bien ahí apenas comenzaban sus aspiracio-

²¹ AJG, 4 exp. 5, f. 62985, 15 de febrero de 1960.

²² *Ibid.*, f. 62367, 8 de julio de 1959, y f. 62324, 21 de mayo de 1959.

²³ Carta a Antonio Moxó, fechada el 24 de septiembre de 1924, en GAOS, *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, p. 70.

nes. Tal como confesó por aquellas fechas, investirse en filósofo no era sino el preámbulo necesario para convertirse en Filósofo, meta asequible mediante los recursos que le prestaría la madurez intelectual. Con mayor precisión, alcanzar esos fines dependía de su habilidad para componer una obra “más amplia, más universal, más humana, que las puramente de ciencia, y recoger en ella todas las experiencias vitales y artísticas de estos mis principios literarios, como el Pifónemo”.²⁴ Con este extraño nombre hacía referencia al protagonista de una novela de su propia autoría, iniciada hacia 1923 y continuada durante alrededor de un lustro. En ella narraba la historia de un muchacho de temperamento sensual que se habría dejado seducir por los rigores de la especulación filosófica. Las contradicciones entre esa personalidad, inclinada hacia el mundo y sus placeres, y la filosofía, caracterizada por la austeridad y el ensimismamiento, conducirían a un sinnúmero de equívocos, enredos y episodios chuscos. El desenlace se cifraría en el derrumbe de su vocación filosófica, si bien no como divertida anécdota, sino en tanto parábola del fracaso de la disciplina para responder a las exigencias de la realidad concreta y a las necesidades vitales de los individuos. “La quiebra del intelectualismo”²⁵ y sus consecuencias quedarían de esta forma en evidencia.

Sugerida por su propio recorrido biográfico, la trama de la novela pareciera anunciar las constancias y contradicciones que marcaron la trayectoria de Gaos. Sin embargo, lejos de reflejar una especie de profecía determinista, en ese paralelismo se expresa la decisión de confundirse con su propio personaje, al obstinarse en una profesión en que muy pronto perdió la fe. La escritura, punto de engarce entre historia y literatura, se reveló como un productor de realidades en un sentido muy concreto y en gran medida consciente. Por obra de ese ir y venir incesante entre la experiencia y la tinta, las fronteras entre vida vivida y vida narrada se diluyeron, sin ser la única variante que se operó en el camino. También tuvo por resultado homologar los planos teórico y vital, así como distribuir éxitos y fracasos por partes iguales. Al escepticismo que se fue imponiendo respondió que con el paso del tiempo renunciara a sus aspiraciones de renovar la disciplina, culpable, en su opinión, de cometer perjurio y de inducir al engaño. “La filosofía —sentenció en abril de 1962— las tiene que pagar por no dar lo que promete, la verdad absoluta. Pero quizá las paga bastante con enseñar que la verdad

²⁴ Carta a Antonio Moxó, fechada el 28 de octubre de 1927, en *ibid.*, p. 126.

²⁵ Carta a Antonio Moxó, fechada el domingo de Ramos de 1924, en *ibid.*, p. 51.

absoluta no es todo, ni siquiera lo más.”²⁶ Al llegar al último recodo del camino reconoció, en efecto, que con ella había aprendido que lo esencial se encontraba, no en la razón pura, sino en la práctica, es decir, en la altura moral mantenida mientras se conservara el aliento.

Así lo afirmó en unas de las mejores páginas emanadas de su pluma, ornadas con algunos de sus también más bellos pensamientos. Con el título “Filosofía e infelicidad”, en ellas se preguntó, una vez más, por la justificación de la rama del saber que nunca cesó de cultivar. Su respuesta consistió en sostener, como tantos otros en el pasado, que aquella radicaba en la capacidad para distinguir los fines últimos del hombre, identificados en la tradición con la felicidad y la virtud. Ahora bien, en una época en que el individuo había quedado relegado ante el bienestar colectivo, alcanzar una u otra no podía constituir una respuesta adecuada. Este hecho resultaba tanto más evidente cuanto que la experiencia mostraba que la plenitud y la dicha constituían momentos aislados, entremezclados siempre con otros de dolor y de tristeza. Sin embargo, que una vida infeliz pudiera estar cargada de sentido o, en sus propias palabras, que pudiera “valer la pena”, parecía igualmente incuestionable. ¿En qué consistía, pues, una existencia que valiera todas las penas y zozobras que la vida nos tiene deparadas? “El valor de la pena de la vida —contestó— es el de ser *digna* de ser vivida y el de ser *digno* de vivirla.”²⁷ Determinar las condiciones requeridas para elevarse hasta ese ideal supremo era tarea de la “eudemonología” o arte de vivir.

Inspirada en la obra de Kant y de Schopenhauer, la eudemonología que Gaos propuso logró condensar tanto su experiencia como particular idea del hombre. Mucho más que la creciente socialización que percibió en torno suyo, a buscar el sentido de una vida sin felicidad contribuyó una existencia compuesta “de amargura entrecortada por breves temporadas de euforia y aislados movimientos de gozo plenario y sumo; de egoísmo, estúpida dureza y quizá hasta crueldad con otros y de una final comprensión, indulgencia, piedad universal”.²⁸ Por otra parte, el individualismo que siempre profesó encontró cabal expresión en una singular variante del imperativo moral kantiano. “Haz de manera que lo que hagas no deba ni pueda hacerlo nadie más que tú”, fue la frase elegida para formularlo. Para sí mismo, esto se traducía en la habilidad para conjugar dos elementos igualmente necesarios:

²⁶ AJG, 4, exp. 7, f. 63965, 4 de abril de 1962.

²⁷ GAOS, “Filosofía e infelicidad”, en *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía*, p. 242. Cursivas en el original.

²⁸ AJG, 4, exp. 3, f. 61133, 23 de noviembre de 1957.

la grandeza y el esfuerzo con ilusión. “En este doble juego —explicó—, de la *grandeza* —de alma y el *contento* —de vida, que debe ser un juego circular, de reiteradas ambiciones y renovado contento, está la correspondiente doble *dignidad* de la vida del hombre. En suma, siempre a la vez contentos queriendo más: voluntad con alegría”.²⁹ Amén de impartir su más hermosa lección, con esos axiomas justificaba su propio recorrido vital, un recorrido caracterizado por la honestidad y el trabajo constante, por los logros y el sacrificio. Si como parte de esas renunciaciones, abdicó de su confesada soberbia, no fue mucho lo que perdió con el cambio. “A tiempo —escribió en 1962— fui poniendo mis ambiciones a altura de mi alcance —y fui alcanzándolas. Ahora no ambiciono una inmortalidad en que todas las razones son para no creer. Por ende, ‘sin temores ni esperanzas’, muero satisfecho. Me gustaría poder hacer esta declaración en su día.”³⁰ La tranquilidad de conciencia fue, por lo tanto, su justa recompensa, llegando incluso a imaginar el sentido de sus últimas palabras: “¡ah!, ¿conque esto era la vida?, ¡venga otra vez!”.³¹

²⁹ GAOS, “Filosofía e infelicidad”, ensayo cit., pp. 243-244. Cursivas en el original.

³⁰ AJG, 4, exp. 7, f. 63976, 8 de abril de 1962.

³¹ GAOS, “Filosofía e infelicidad”, ensayo cit., p. 246.

SIGLAS Y REFERENCIAS

ARCHIVOS

AGA	Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares
AGN	Archivo General de la Nación
AHCM	Archivo Histórico de El Colegio de México
AHFCE	Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica
AHPM	Archivo Histórico de la Provincia de México, Compañía de Jesús
AHSEP	Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública
AHSRE	Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores
AHUNAM	Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México
AJG	Archivo José Gaos, Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México
FJOG	Fundación José Ortega y Gasset, Madrid

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- ABC, Madrid. [Periódico.]
- Ábside*, México. [Revista.]
- La Afición*, México. [Periódico.]
- Ahora*, Madrid. [Periódico.]
- Alerta*, Cantabria, España. [Periódico.]
- American Journal of Economics and Sociology*, Kansas City, Missouri, Estados Unidos. [Revista.]
- American Journal of Sociology*, Chicago, Illinois, Estados Unidos. [Revista.]
- Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, Madrid. [Revista.]
- Annales ESC*, París. [Revista.]
- Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, Barcelona.
- Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla. [Revista.]
- Anuario de Filosofía*, México. [Revista.]
- Armas y Letras*, Monterrey, Nuevo León, México. [Revista.]
- Arrabal*. [Revista en línea.]

- Ayer, Madrid. [Revista.]
Boletín Bibliográfico del Centro de Estudios Filosóficos, México.
Boletín de Estudios de Filosofía y Cultura Manuel Mindán, Madrid.
Boletín de la Capilla Alfonsina, México.
Claridad, Madrid. [Periódico.]
Comparative Studies in Society and History, Cambridge. [Revista.]
Crítica, México. [Suplemento de la *Revista de la Universidad de México*.]
Cuadernos Americanos, México. [Revista.]
Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, Madrid. [Revista.]
Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid. [Revista.]
La Cultura en México, México. [Suplemento de la revista *Siempre!*.]
Le Débat, París. [Revista.]
El Debate, Madrid. [Periódico.]
El Día, México. [Periódico.]
Diánoia, México. [Revista.]
El Dictamen, Veracruz, México. [Periódico.]
Diorama de la Cultura, México. [Suplemento del periódico *Excélsior*.]
Escuelas de España, Madrid. [Revista.]
Estudios Sociológicos, México. [Revista.]
Excélsior, México. [Periódico.]
Extra, Madrid. [Periódico.]
Filosofía y Letras, México. [Revista.]
Fractal, México. [Revista.]
La Gaceta de la UNAM, México.
La Gaceta de Madrid, Madrid.
La Gaceta del Fondo de Cultura Económica, México.
La Gaceta del Gobierno, Madrid.
Gaceta Filosófica de los Neokantianos de México, México.
El Hijo Pródigo, México. [Revista.]
Historia Mexicana, México. [Revista.]
Historia y Fuente Oral, Barcelona. [Revista.]
Historia y Grafía, México. [Revista.]
Hora de España, Barcelona. [Revista.]
Hoy, México. [Revista.]
Humboldt, Hamburgo, Alemania. [Revista.]
El Imparcial, Madrid. [Periódico.]
El Informador, México. [Periódico.]
Inter-American Journal of Philosophy, Austin, Texas, Estados Unidos. [Revista.]
Investigaciones Fenomenológicas, Madrid. [Revista.]
Izvestia, Moscú. [Periódico.]
La Jornada, México. [Periódico.]

- La Jornada Semanal*, México. [Suplemento cultural del periódico *La Jornada*.]
Jornadas, México. [Revista.]
Letras de México, México. [Revista.]
Letras Libres, México. [Revista.]
La Libertad, Madrid. [Periódico.]
Luminar, México. [Revista.]
El Maestro. Revista de Cultura Nacional, México.
Mañana. La Revista de México, México.
México en la Cultura, México. [Suplemento del periódico *Novedades*.]
Le Monde, París. [Periódico.]
El Mundo, Madrid. [Periódico.]
El Nacional, México. [Periódico.]
New Literary History, Baltimore, Maryland, Estados Unidos. [Revista.]
Noticiero Bibliográfico, México. [Revista.]
Novedades, México. [Periódico.]
Nueva Cultura, Valencia, España. [Revista.]
Nueva Revista de Filología Hispánica, México.
Occidente, México. [Revista.]
Ovaciones, México. [Periódico.]
El País, Madrid. [Periódico.]
La Palabra y el Hombre, Xalapa, Veracruz, México. [Revista.]
Palimpsestes, París. [Revista.]
Patria, Cuba. [Periódico fundado por José Martí.]
El Popular, México. [Periódico.]
El Porvenir, Monterrey, Nuevo León, México. [Periódico.]
La Prensa, Buenos Aires, Argentina. [Periódico.]
El Pueblo, La Habana, Cuba. [Periódico.]
Recherches, París. [Revista.]
Revista de Filosofía y Teoría Política, La Plata, Buenos Aires, Argentina.
Revista de Hispanismo Filosófico, Madrid.
Revista de la Semana, México. [Suplemento cultural del periódico *El Universal*.]
Revista de la Universidad de La Habana, La Habana, Cuba.
Revista de la Universidad de México, México.
Revista de Literatura Mexicana, México.
Revista de Occidente, Madrid.
Revista de Santander, Ayuntamiento de Santander.
Revista Mexicana de Cultura, México. [Suplemento del periódico *El Nacional*.]
Revista Mexicana de Filosofía, México.
Revista Mexicana de Sociología, México.
Revue Philosophique de la France et de L'étranger, París. [Revista.]
Rueca, México. [Revista.]

Siempre!, México. [Revista.]
El Socialista, Madrid. [Periódico.]
El Sol, Madrid. [Periódico.]
Sólo Historia, México. [Revista.]
Sur, Buenos Aires, Argentina. [Revista.]
Thesis, México. [Revista.]
Theoria. [Revista en línea.]
El Tiempo, Monterrey, Nuevo León, México. [Periódico.]
Tierra Nueva, México. [Revista.]
El Universal, México. [Periódico.]
Universidad, Zaragoza. [Revista.]

ENTREVISTAS

Entrevista a Ángeles Gaos de Camacho, Guadalupe Inn, 10 de julio de 2008.
Entrevista a Andrés Lira, El Colegio de México, 12 de mayo de 2011.
Entrevista a José María Muriá, Hotel El Diplomático, 5 de junio de 2011.
Entrevista a Guillermo Palacios, El Colegio de México, 7 de octubre de 2010.
Entrevista a Carmen Rovira, Ciudad Universitaria, 6 de abril de 2010.
Entrevista a Ramón Xirau, San Ángel, 31 de julio de 2009.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV., *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000.
- AA. VV., *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, Madrid y México, Residencia de Estudiantes–El Colegio de México, 1999.
- ABELLÁN, José Luis, *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- , y Antonio MONCLÚS (coords.), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. II. El pensamiento en el exilio*, Madrid, Anthropos, 1989.
- , et al., *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid y México, Residencia de Estudiantes–El Colegio de México, 1998.
- AGAMBEN, Giorgio, *Signatura rerum. Sobre el método*, trad. de Flavia Costa y Mercedes Ruvituso, Barcelona, Anagrama, 2010.
- AGUAYO QUEZADA, Sergio, 1968. *Los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, 1998.
- ALARCÓN, Alicia, *El Consejo Universitario. Sesiones de 1924-1977*, México, UNAM, 1985.
- ALATORRE, Antonio, “Ediciones de clásicos (sobre la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)”, *Cuadernos Americanos*, XLV:3 (mayo-junio de 1949), pp. 220-231.
- ALFARO LÓPEZ, Héctor Guillermo, *La filosofía de José Ortega y Gasset y José Gaos: una vertiente del pensamiento latinoamericano*, México, UNAM, 1992.
- ALTED, Alicia, y Manuel LLUSIA (dirs.), *La cultura del exilio republicano español de 1939 (Actas del Congreso Internacional celebrado en el marco del Congreso Plural: Sesenta años después [Madrid-Alcalá-Toledo, diciembre de 1999])*, vol. II, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2003.
- ALTHUSSER, Louis, *Escritos sobre psicoanálisis: Freud y Lacan*, México, Siglo XXI, 1996.
- , “Freud y Lacan, 1964”, en ALTHUSSER, 1996.
- ANAYA WITTMAN, Marcela Sofía, y Vicente PÉREZ CARABIAS (coords.), *Exilio, migración y transtierro*, Guadalajara, México, Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, Universidad de Guadalajara, 2009.
- ANDRADE ECHAURI, Roberto, “Reseña de José Gaos, *La filosofía en la Universidad*”, *Filosofía y Letras*, 57-59 (enero-diciembre de 1955), pp. 339-341.

- ANKERSMIT, Frank R., *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, trad. de Ricardo Martín Rubio Ruiz, México, FCE, 2004.
- ARAI, Alberto T., "Leopoldo Zea, de la nueva generación filosófica", *Letras de México*, IV:7 (15 de julio de 1943), p. 8.
- ARANGUREN, José Luis, "La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38 (febrero de 1953), pp. 123-157.
- , "Expresiones verbales y expresiones filosóficas en el contexto de *De la filosofía*", *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 130:131, pp. 129-132.
- ARÉVALO BENITO, Héctor, "José Gaos y el pensamiento hispanoamericano de lengua española en el marco de la filosofía moderna y contemporánea", tesis de doctorado en Filosofía, Universidad Autónoma de Madrid, 2013.
- ARISTÓTELES, *Poética*, trad. de Valentín García Yebra, ed. trilingüe, Madrid, Gredos, 1974.
- ARRÓNIZ, Othón, "Las carreras mixtas de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras", *La Palabra y el Hombre*, 21 (enero-marzo de 1962), pp. 153-156.
- , "Cuadro de las carreras mixtas", *La Palabra y el Hombre*, 22 (abril-junio de 1962), pp. 291-292.
- AUB, Max, "José Gaos", *Cuadernos Americanos*, XXIX:2 (marzo-abril de 1970), pp. 75-84.
- AUSTIN, John L., *How to Do Things with Words*, Oxford, Oxford University Press, 1962.
- BALZAC, Honoré de, *Le chef-d'oeuvre inconnu et autres nouvelles*, París, Gallimard, 1994.
- BARROS SIERRA, Javier, 1968. *Conversaciones con Gastón García Cantú*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1972.
- BAUMAN, Zygmunt, *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, trad. de Carmen Corral, 2ª ed., Barcelona, Tusquets, 2009.
- BEAUVOIR, Simone de, *La ceremonia del adiós*, México, Hermes, 1988.
- BENJAMIN, Walter, *Tesis sobre la Historia y otros fragmentos*, introd. y trad. de Bolívar Echeverría, México, UACM-Ítaca, 2008.
- BERIAIN, Josetxo, y Maya AGUILUZ (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 2007.
- BERMAN, Antoine, *L'épreuve de l'étranger. Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*, París, Gallimard (Col. Los Essais, núm. 226) 1984.
- BIZBERG, Ilán, y LORENZO MEYER (coords.), *Una historia contemporánea de México: Actores*, t. 2, México, Océano, 2005.
- BLANCARTE, Roberto (coord.), *Cultura e identidades*, México, El Colegio de México (Col. Los Grandes Problemas de México, t. XVI), 2010.
- BLUMENBERG, Hans, *Paradigmas para una metaforología*, trad. de Jorge Pérez de Tude-la Velasco, Madrid, Trotta, 2003.

- , *La posibilidad de comprenderse*, trad. de César González Zamora, Madrid, Síntesis, 1997.
- BOBBIO, Norberto, *El existencialismo. Ensayo de interpretación*, trad. de Lore Terracini, 4ª reimpr., México, FCE (Col. Breviarios, núm. 20), 1966.
- BOCHENSKI, I.M., *La filosofía actual*, trad. de Eugenio Ímaz, 14ª reimpr., México, FCE (Col. Breviarios, núm. 16), 1995.
- BORGES, Jorge Luis, *El Aleph*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- BOSCH GIMPERA, Pedro, “Los universitarios españoles y Franco”, *Cuadernos Americanos*, III:1 (enero-febrero de 1944), pp. 60-64.
- BOURDIEU, Pierre, “La ilusión biográfica”, *Historia y Fuente Oral*, 2 (1989), pp. 27-34.
- , *Poder, derecho y clases sociales*, trad. de Ma. José Bernuz Beneitez et al., 2ª ed., Bilbao, Descleé de Brouwer, 2001.
- , y Jean-Claude PASSERON, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, México, Distribuciones Fontamara, 1995.
- BOURGOIS, Bernard, “Traduction philosophique et échange culturel”, *Revue Philosophique de la France et de L'étranger*, 195:4 (octubre-diciembre de 2005), pp. 469-480.
- BRAUN, Herbert, “Protests of engagement: Dignity, false love, and self-love in Mexico during 1968”, *Comparative Studies in Society and History*, 39:1 (julio de 1997), pp. 511-549.
- CACHO VIU, Vicente, “El imperio intelectual de Ortega”, *Desde Occidente*, 1993, pp. 41-57.
- CAMUS, Albert, *Essais*, París, Gallimard (Col. Bibliothèque de la Pléiade, núm. 183), 1965.
- CARDIEL REYES, Raúl, “Reseña de Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México*”, *Filosofía y Letras*, 51-52 (julio-septiembre de 1953), pp. 296-301.
- CARMONA NANCLARES, Fernando, “Una filosofía de moda”, *Luminar*, VI:3-4 (1943), pp. 227-232.
- CARRILLO PRIETO, Ignacio, et al., *Compilación de legislación universitaria de 1910 a 1976*, t. I, México, UNAM, 1977.
- CASILLAS ALVARADO, Miguel Ángel, y José Luis SUÁREZ DOMÍNGUEZ (coords.), *Aproximaciones al estudio histórico de la Universidad Veracruzana*, México, Universidad Veracruzana, Biblioteca Digital de Investigación Científica, 2008, en línea.
- CASO, Antonio, “Las causas humanas de la guerra”, *Jornadas*, 5 (1943), pp. 13-23.
- , *Meyerson y la física moderna*, México, La Casa de España en México, 1939.
- , *Obras completas. IV. Ensayos. Doctrinas. Discursos*, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 16), 1971.
- CASTAÑÓN, Adolfo, “Conversación (1982)”, en HANSBERG y HURTADO (comps.), 2012, pp. 91-110.
- CASTILLO SANTOS, Ramón del, “Pobres diablos: José Gaos, John Dewey y la metafísica made in USA (primera parte)”, *Diánoia*, LIX:72 (mayo de 2014), pp. 131-153.

- CASTRO, Eusebio, *Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria; la filosofía y su enseñanza, finalidades de la preparatoria, planes de estudio, programas*, México, Escuela Nacional Preparatoria, 1968.
- , *Vida y trama filosófica en la U.N.A.M. (1940-1960). Historia de la Sociedad Mexicana de Filosofía y del XIII Congreso Internacional de Filosofía. Mesa Redonda de Filosofía e Hiperión*, ed. del autor, México, 1989.
- CASTRO RAMÍREZ, Nayelli María, “Regards sociologiques sur la traduction philosophique: Mexique, 1940-1970”, tesis de doctorado, Ottawa, Universidad de Ottawa, 2012.
- , “*El ser y el tiempo* de Martin Heidegger, en la traducción de José Gaos (1951)”, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012, en línea, <<http://www.cervantes-virtual.com>> <[obras/autor/41759](http://www.cervantes-virtual.com/obras/autor/41759)>.
- CAUDET, Francisco, *El exilio republicano de 1939*, Madrid, Cátedra, 2005.
- CERTEAU, Michel de, *La escritura de la historia*, trad. de José López Moctezuma, 2ª ed., México, UIA, 1993.
- , *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, trad. de Alejandro Pescador, México, UIA-ITESO, 2007.
- , “La operación historiográfica”, en CERTEAU, 1993, pp. 67-118.
- CEVALLOS, Miguel Ángel, *Ensayo sobre el conocimiento*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1944.
- CHUMACERO, Alí, “Leopoldo Zea”, *Letras de México*, v:109 (1 de marzo de 1945), p. 1.
- COETZEE, J.M., *Escenas de una vida de provincia*, trad. de Juan Bonilla, Cruz Rodríguez Juiz y Jordi Fibla, México, Mondadori, 2013.
- , *Verano*, trad. de Jordi Fibla, México, Mondadori, 2010.
- COLLIN, Françoise, “Différence et différend. La question des femmes en philosophie”, en THÉBAUD (dir.), 1992.
- COLLINS, Randall, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, trad. de Juan Quesada, Barcelona, Hacer, 2005.
- COMTE, Auguste, *Curso de filosofía positiva: primera y segunda lecciones*, trad. de José Manuel Revuelta, 2ª ed., Buenos Aires, Aguilar, 1981.
- CONSTANTE, Alberto, *Imposibles de la filosofía frente a Heidegger*, México, Estudio Paraiso, 2014.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976.
- DELGADO CRIADO, Buenaventura (coord.), *Historia de la educación en España y América: la educación en la España contemporánea: 1789-1975*, vol. 3, Madrid, Fundación Santa María-Ediciones SM, 1994.
- DESCARTES, René, *Los principios de la filosofía*, ed. y trad. de Guillermo Quintás, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- Desde Occidente. 70 años de Revista de Occidente*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, 1993.
- DÍAZ ÁLVAREZ, Jesús M., “Presentación y actualidad de José Gaos”, *Boletín de estudios de filosofía y cultura Manuel Mindán*, vi (junio de 2011), pp. 55-66.

- DÍAZ ARCINIEGA, Víctor, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, FCE, 1994.
- , “Séneca, por ejemplo. Una casa para la resistencia, 1939-1947”, en AA. VV., *Los refugiados españoles*, 1999, pp. 211-254.
- DÍAZ RUANOVA, Oswaldo, *Los existencialistas mexicanos*, México, Rafael Jiménez Siles, 1982.
- DOSSE, François, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, UIA, 2007.
- EAKIN, Paul John, “Introducción”, en LEJEUNE, 1994.
- ECO, Umberto, *El vértigo de las listas*, trad. de María Pons Irazazábal, Barcelona, Lumen, 2009.
- El peligro de la libertad intelectual. Tercer Congreso Interamericano de Filosofía. Mesa Redonda de la UNESCO*, México, UNAM, 1952.
- ENRÍQUEZ PEREA, Alberto (comp.), *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939 y 1940)*, México, El Colegio Nacional, 2005.
- (comp.), *Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos/Alfonso Reyes, 1939-1959 y textos de José Gaos sobre Alfonso Reyes, 1942-1968 (Estudios Históricos)*, introd. de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 1999.
- , “Presentación”, en ENRÍQUEZ PEREA, 2005, pp. 9-57.
- (comp.), *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas, 1922-1958*, present. de Javier Garcíadiego, México, El Colegio de México, 1999.
- ESPINOSA, Enrique, “Reseña de José Gaos. *El pensamiento hispano-americano*”, *Filosofía y Letras* 18 (abril-junio de 1945), pp. 260-261.
- ESPINOSA, José Armando, *Medio siglo de filosofía en México (1908-1958)*, México, Trillas, 1991.
- ESTRELLA GONZÁLEZ, Alejandro, “Antonio Caso y las redes filosóficas mexicanas: sociología de la creatividad intelectual”, *Revista Mexicana de Sociología*, 72:2 (abril-junio de 2010), pp. 311-342.
- El exilio español en México*, México, Salvat-FCE, 1982.
- FABER, Sebastiaan, *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002.
- FAUBELL, Vicente, “Escolapios”, en DELGADO CRIADO (coord.), 1994, p. 580.
- FERNÁNDEZ, Justino, “Carta de José Gaos a Julio Montes”, *Cuadernos Americanos*, CLXVI:5 (septiembre-octubre de 1969), pp. 59-68.
- , “Los cursos del doctor José Gaos”, *Crítica*, suplemento de la *Revista de la Universidad de México*, XXIV:9 (mayo de 1970), pp. 6-7.
- , “Edmundo O’Gorman, su varia personalidad”, en ORTEGA Y MEDINA (ed.), 1968, pp. 13-17.
- , “Una indagación estética del Dr. José Gaos”, *Diánoia*, XVI:16 (1970), pp. 253-264.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, Hugo (comp.), *Las migraciones y los trasladados de España y México. Una segunda mirada, humanística*, México, UNAM, 2004.

- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, y Juan Francisco FUENTES (eds.), “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, 53:1 (2004), pp. 27-45.
- FÉRRIZ ROURE, Teresa, “Fernando Benítez, la prensa cultural mexicana y el exilio republicano”, *Arrabal*, 1 (1998), en línea.
- FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas*, trad. de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1984.
- , *Tecnologías del yo y otros textos afines*, trad. de Mercedes Allendesalazar, Barcelona, Paidós Ibérica, 1990.
- FROST, Elsa Cecilia, “Los filósofos en la U.N.A.M.”, en ABELLÁN y MONCLÚS (coords.), 1989, pp. 215-224.
- , “Reseña sobre Patrick Romanell, *The Making of the Mexican Mind*”, 2ª ed., *Diánoia*, XIV:14 (1968), pp. 298-301.
- , “Ser y estar o las dificultades de la traducción filosófica”, en PÉREZ MARTÍNEZ (ed.), 1989, pp. 453-460
- , *et al.*, *Cincuenta años de exilio español en México*, México, Embajada de España-UAT, 1991.
- GAGNEBIN, Bernard, “Introduction”, en ROUSSEAU, 1964.
- GAOS, José, “Carta de J. Gaos a J. Medina Echavarría”, en GAOS, 1990, pp. 273-278.
- , *La crítica del psicologismo en Husserl*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1933.
- , *Curso de Metafísica de 1944*, Toluca, UAEM, 1993.
- [atribuido], *Deberes de la alumna*, México, Universidad Femenina de México, 1947.
- , *Filosofía y vocación. Seminario de filosofía moderna de José Gaos*, ed. e introd. de Aurelia Valero Pie, epíl. de Guillermo Hurtado; textos de José Gaos, Ricardo Guerra, Alejandro Rossi, Emilio Uranga y Luis Villoro, México, FCE (Col. Biblioteca Universitaria de Bolsillo), 2012.
- , “Misión de la Universidad”, *Universidad*, VIII:1 (enero-febrero de 1931), pp. 259-262.
- , *Obras completas. II. Orígenes de la filosofía y de su historia. Antología de la filosofía griega. El significado de Lambda*, prólogo de Emilio Lledó y Bernabé Navarro, nota de Fernando Salmerón, coord. de la ed., México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 106), 1991.
- , *Obras completas. III. Ideas de la filosofía (1938-1950)*, pról. de Abelardo Villegas, nota de Antonio Ziriñón Q., coord. de la ed., México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 156), 2003.
- , *Obras completas. IV. De Descartes a Marx. Estudios y notas de historia de la filosofía*, pról. de Ramón Xirau, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 130), 2007.
- , *Obras completas. V. El pensamiento hispanoamericano. Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, pról. de Elsa Cecilia Frost, nota de

- Fernando Salmerón, coord. de la ed., México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 106), 1991.
- , *Obras completas*. VI. *Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, pról. de José Luis Abellán, nota de Fernando Salmerón, coord. de la ed., México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 101), 1990.
- , *Obras completas*. VII. *Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía*, pról. de Raúl Cardiel Reyes, nota de Fernando Salmerón, coord. de la ed., México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 88), 2003.
- , *Obras completas*. VIII. *Filosofía mexicana de nuestros días. En torno a la filosofía mexicana. Sobre la filosofía y la cultura en México*, pról. de Leopoldo Zea, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 129), 1996.
- , *Obras completas*. IX. *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América española*, pról. de Octavio Castro, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 115), 1992.
- , *Obras completas*. X. *De Husserl, Heidegger y Ortega*, pról. de Laura Mués de Schrenk, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 139), 1999.
- , *Obras completas*. XI. *Filosofía contemporánea. Un método para resolver los problemas de nuestro tiempo*, prólogo de Antonio Zirión Q., México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 157), 2007.
- , *Obras completas*. XII. *De la Filosofía (curso de 1960)*, pról. de Luis Villoro, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 84), 1982.
- , *Obras completas*. XIII. *Del Hombre (curso de 1965)*, pról., nota editorial y advertencia previa de Fernando Salmerón, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 109), 1992.
- , *Obras completas*. XIV. *Historia de nuestra idea del mundo (nueva edición cotejada con el manuscrito original)*, pról. de Andrés Lira, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 116), 1994.
- , *Obras completas*. XV. *De antropología e historiografía. Discurso de filosofía. El siglo del esplendor en México*, pról. de Álvaro Matute, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 158), 2008.
- , *Obras completas*. XVI. *La Filosofía en la Universidad*, pról. de Juliana González V., México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 146), 2000.
- , *Obras completas*. XVII. *Confesiones profesionales. Aforística*, pról. y selec. de la Aforística inédita de Vera Yamuni Tabush, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 85), 1982.
- , *Obras completas*. XIX. *Epistolario y papeles privados*, ed., pról. y notas de Alfonso Rangel Guerra, México, UNAM (Col. Nueva Biblioteca Mexicana, núm. 140), 1999.
- , “Sobre el problema de la verdad histórica”, en MATUTE (comp.), 1981, pp. 52-53.
- , et al., *Symposium sobre la noción husserliana de la Lebenswelt*, México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1963.

- GAOS, José, Juan LARREA, Mariano PICÓN-SALAS, Alfonso REYES, José MEDINA ECHAVARRÍA y Jesús SILVA HERZOG, “¿Independencia? ¿Comunidad social?”, *Cuadernos Americanos*, xvi:5 (septiembre-octubre de 1944), pp. 97-120.
- , y Antonio Moxó, “La cátedra de Pedagogía”, *Escuelas de España*, 27 (marzo de 1936), pp. 98-126.
- GAOS DE CAMACHO, Ángeles, *Una tarde con mi padre. Recuerdo de José Gaos*, pról. de Alfonso Rangel Guerra, 2ª ed., México, IPN, 2007.
- GARCÍA BACCA, Juan David, “El ‘Dasein’ en la filosofía de Heidegger”, *Letras de México*, iii:22 (15 de octubre de 1942), p. 5.
- , “Existencialismo alemán y existencialismo francés (Heidegger y Sartre)”, *Cuadernos Americanos*, xxxiv:4 (julio-agosto de 1947), pp. 87-117.
- , “Reseña de *El positivismo en México*”, *El Hijo Pródigo*, vii:22 (enero de 1945), pp. 21-23.
- , “*Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*”, *Letras de México*, iv:5 (15 de mayo de 1943), p. 6.
- GARCÍA CANTÚ, Gastón, *Historia en voz alta: la Universidad. Entrevista con Marco Antonio Campos*, México, Joaquín Mortiz-UNAM, 1988.
- GARCÍA MÁYNEZ, Eduardo, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”, *Diánoia*, xii:12 (1966), pp. 240-248.
- , “Reseña de *El positivismo en México*”, *Filosofía y Letras*, 10 (abril-junio de 1943), pp. 286-289.
- GARCÍA MORENTE, Manuel, “El espíritu filosófico y la feminidad”, *Revista de Occidente*, vii:lxix (marzo de 1929), pp. 289-306.
- GARCIADIEGO, Javier, *Alfonso Reyes. Breve biografía*, México, Planeta, 2009.
- , *Cultura y política en el México posrevolucionario*, México, INEHRM, 2006.
- GARIBAY, Ricardo, “Por aquellos españoles”, en ALTED y LLUSIA (dirs.), 2003, pp. 83-98.
- GARRIDO, Manuel, Nelson R. ORRINGER, Luis Manuel VALDÉS VILLANUEVA y Margarita M. VALDÉS (coords.), *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo xx*, Madrid, Cátedra, 2009.
- GIL PECHARROMÁN, Julio, *La política exterior del franquismo (1939-1975). Entre Hendaia y El Aaiún*, Barcelona, Flor del Viento, 2008.
- GIL VILLEGAS, Francisco, “La influencia de Ortega en México”, en ABELLÁN *et al.*, 1998, pp. 67-94.
- , *Los profetas y el Mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México, El Colegio de México-FCE, 1996.
- , “Ortega y el Hiperión mexicano”, en AA. VV., *Los refugiados españoles*, 1999, pp. 161-191.
- GILARDI, Pilar, *Heidegger: la pregunta por los estados de ánimo (1927-1930)*, México, Bonilla Artigas Editores, 2013.

- GINER DE LOS RÍOS, Francisco, "Filosofía griega", *Noticiero Bibliográfico*, II:23 (junio de 1941), pp. 1-3.
- , "José Gaos, marino y filósofo", *Humboldt*, x:40 (1969), pp. 66-67.
- , "Leopoldo Zea y su primer libro", *Letras de México*, IV:9 (15 de septiembre de 1943), p. 6.
- GIRARD, Alain, "El diario como género literario", *Revista de Occidente*, 182-183 (1996), pp. 31-38.
- GÓMEZ MARTÍNEZ, José Luis, "La presencia de Ortega y Gasset en el pensamiento mexicano", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXV:1 (1987), pp. 197-221.
- GÓMEZ ROBLEDO, Antonio, "Cristianismo y filosofía en la experiencia agustiniana", en ZEA *et al.*, 2012, pp. 221-282.
- , "José Gaos, *La Filosofía en la Universidad*", *Diánoia*, III:3 (1957), pp. 406-408.
- , "Mis recuerdos de Gaos", *Cuadernos Americanos*, CLXVI:5 (septiembre-octubre de 1969), pp. 69-73.
- , "El pensamiento filosófico mexicano", *Abside*, XI:2 (abril-junio de 1947), pp. 205-229.
- , "Teodicea de Aristóteles", *Abside*, IV:2 (1 de febrero de 1940), pp. 223-241.
- GONZÁLEZ, Luis, "La pasión del nido", *Historia Mexicana*, XXV:4 (abril-junio de 1976), pp. 530-598.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, "El mirlo blanco. Ensayos de filosofía provinciana", *Cuadernos Americanos*, LXII:2 (marzo-abril de 1952), pp. 71-84.
- GONZÁLEZ COSÍO, Arturo, *Historia estadística de la Universidad, 1910-1967*, México, UNAM, 1968.
- GONZÁLEZ DE LA VARA, Armida, y Álvaro MATUTE, *El exilio español y el mundo de los libros*, Guadalajara, Jalisco, México, Universidad de Guadalajara, 2002.
- GRACIA, Jordi, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama (Col. Argumentos), 2010.
- GRANADOS, Aimer (COORD.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, Juan Pablos Editor-UAM/C, 2012.
- , Álvaro MATUTE y Miguel Ángel URREGO (eds.), *Temas y tendencias de la historia intelectual en América Latina*, Morelia, UMSNH-UNAM, 2010.
- GRANJA CASTRO, Dulce María, *El neokantismo en México*, México, UNAM, 2001.
- GUEDEA, Virginia (COORD.), *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, México, FCE-UNAM, 2009.
- GUERRA, François-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, trad. de Sergio Fernández Bravo, México, FCE, 2 vols., 2000.
- GUERRA, Ricardo, "La historia y la filosofía como ciencia rigurosa", *Anuario de filosofía*, I (1961), pp. 151-156.
- GUEVARA NIEBLA, Gilberto, *La educación socialista en México (1934-1945)*, México, Ediciones El Caballito-SEP, 1985.
- , *La rosa de los cambios. Breve historia de la UNAM*, México, Cal y Arena, 1990.

- GURZA, Tomás, “La Catedral y la Suma”, en ZEA *et al.*, 2012, pp. 141-219.
- GUY, Alain, “El tiempo en la filosofía de José Gaos”, *Diánoia*, xvi:16 (1970), pp. 172-186.
- HANFESTENGEL, Renata von, y Cecilia TERCERO VASCONCELOS (eds.), *México, el exilio bien temperado*, México, Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas–Instituto Goethe México–Gobierno del Estado de Puebla–UNAM, 1995.
- HANSBERG, Olbeth, y Guillermo HURTADO (comps.), *Alejandro Rossi*, México, FCE–UNAM–Conaculta–El Colegio Nacional (Col. Tezontle), 2012.
- HARTOG, François, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, trad. de Daniel Zadunaisky, Buenos Aires, FCE, 2003.
- HEIDEGGER, Martin, *Introducción a la fenomenología de la religión*, México, FCE–Ediciones Siruela, 2006.
- , *El ser y el tiempo*, trad. de José Gaos, México, FCE, 1977.
- , *Ser y Tiempo*, trad., pról. y notas de Jorge Eduardo Rivera C., Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1997.
- HEIMSOETH, Heinz, *Los seis grandes temas de la metafísica occidental*, trad. de José Gaos, Madrid, Revista de Occidente, 1928.
- HERÁCLITO, *Los fragmentos de Heráclito*, trad. de José Gaos, México, Alcancia, 1939.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Viento del pueblo*, Barcelona, Lumen, 1977.
- , “Al soldado internacional caído en España”, en HERNÁNDEZ, 1977, p. 55.
- HERNÁNDEZ Luna, Juan, “Biografía de Samuel Ramos”, en RAMOS, 1985, pp. v-xix.
- , “El neokantismo ante la tradición filosófica mexicana”, *Filosofía y Letras*, 32 (octubre-diciembre de 1948).
- , “En torno a un curso sobre el historicismo del maestro José Gaos”, *Cuadernos Americanos*, CLXVI:5 (septiembre-octubre de 1969), pp. 74-80.
- , “Siete años de labor filosófica de José Gaos en México”, *Cuadernos Americanos*, XXV:1 (enero-febrero de 1946), pp. 126-132.
- , “Un diálogo con el restaurador en Mascarones de la *Philosophia perennis*”, *Filosofía y Letras*, 26 (abril-junio de 1947), pp. 309-321.
- HERNÁNDEZ Y GALMÉS, “Dominicos”, en DELGADO CRIADO (coord.), 1994, pp. 581-584.
- HERREJÓN PEREDO, Carlos (ed.), *Humanismo y ciencia en la formación de México*, Zamora, México, El Colegio de Michoacán–Conacyt, 1984.
- HEWES, Gordon W., “Mexicans in search of the ‘Mexican’: Notes on Mexican national character studies”, *American Journal of Economics and Sociology*, 13:2 (enero de 1954), pp. 209-223.
- HIRIART, Hugo, *El arte de perdurar*, México, Almadía, 2010.
- HÖLDERLIN, Friedrich, *Hiperión, o el eremita en Grecia*, trad. de Jesús Munárriz, Madrid, Peralta, 1979.
- Homenaje a Xavier Zubiri*, Madrid, Moneda y Crédito, 1970.
- HORKHEIMER, Max, y Theodor W. ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, trad. e introd. de Juan José Sánchez, Madrid, Trotta, 1994.

- HURTADO, Guillermo, *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México en el siglo XX*, México, UNAM, 2007.
- , “Epílogo”, en GAOS, 2012, pp. 121-134.
- , *El Hiperión. Antología*, México, UNAM (Col. Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 141), 2006.
- HUSSERL, Edmund, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro primero. Introducción general a la fenomenología pura*, trad. de A. Ziri6n, 4ª ed., México, FCE-UNAM (Col. Filosofía), 2013.
- ÍMAZ, Eugenio, *Luz en la caverna. Introducción a la psicología y otros ensayos*, pról. de Alfonso Reyes y José Gaos, Madrid, FCE (Col. Heteroclásica/Pensar en Español), 2009.
- , “¡Pobre traductor!”, en ÍMAZ, 2009, pp. 294-295.
- ITURRIAGA, José E., y Juan LARREA, “Hacia una definición de América. Dos cartas”, *Cuadernos Americanos*, VI:6 (noviembre-diciembre de 1942), pp. 7-33.
- Jaeger, WERNER, “Carta de Werner Jaeger”, *Letras de México*, IV:16 (1 de abril de 1944), p. 9.
- JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio, “La labor traductora de José Gaos (1900-1969)”, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 18:12 (2001), pp. 219-235.
- , Rafael V. ORDEN JIMÉNEZ y Xavier AGENJO BULLÓN (eds.), *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español. Acta de las V jornadas de hispanismo filos6fico*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi-Asociación de Hispanismo Filos6fico, 2005.
- JUNCO POSADAS, Victoria, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra o el eclecticismo en México*, versión mimeográfica, 1944.
- JÚNGER, ERNST, “La mobilisation totale”, *Recherches*, 32-33 (septiembre de 1978), pp. 35-53.
- KOZEL, Andrés, *La idea de América en el historicismo mexicano. José Gaos, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea*, México, El Colegio de México, 2012.
- KRAUZE, Enrique, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, Joaquín Moritz, 1980.
- LACAPRA, Dominick, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Languages*, Ítaca, Nueva York, Cornell University Press, 1983.
- LAGO CARBALLO, Antonio, y Nicanor GÓMEZ VILLEGAS (eds.), *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*, Madrid, Ediciones Siruela, 2006.
- LANGE, Christian Lous, “Presentation Speech”, pronunciado el 10 de diciembre de 1936, en línea, <http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1936/press.html>.
- LARROYO, Francisco, “El filosofar de José Gaos en exposición genética”, *Cuadernos Americanos*, CLXVI:5 (septiembre-octubre de 1969), pp. 81-101.
- LEFEBVRE, Michel, y Rémi SKOUTELESKY, *Las Brigadas Internacionales. Imágenes recuperadas*, Madrid, Lunwerg, 2003.

- LE GOFF, Jacques, "Comment écrire une biographie historique aujourd'hui?", *Le Débat*, 2:54 (marzo-abril de 1989), pp. 48-53.
- , *Saint Louis*, París, Gallimard (Col. Bibliothèque des Histoires), 1996.
- LEJEUNE, Philippe, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, trad. de Ana Torrent, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.
- LEÓN FELIPE, *Español del éxodo y del llanto. Doctrina, elegías y canciones*, México, La Casa de España en México, 1939.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, y José María MURÍA, "La muerte de Gaos", *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 130-131 (marzo-abril de 1992), pp. 43-46.
- LERNER, Victoria, "Gaos y el Seminario de Historia de las Ideas", *Historia Mexicana*, xx:1 (julio-septiembre de 1970), pp. 166-168.
- LEVI, Giovanni, "Les usages de la biographie", *Annales ESC*, 44:6 (noviembre-diciembre de 1989), pp. 1325-1335.
- LÉVINAS, Emmanuel, *Totalité et infini: essai sur l'extériorité*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1961.
- LÉVY, Bernard-Henri, *El siglo de Sartre*, trad. de Juan Vivanco, Barcelona, Ediciones B, 2001.
- Libro conmemorativo del 45 aniversario del Fondo de Cultura Económica*, México, FCE, 1980.
- Libro de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados*, La Habana, Talleres Tipográficos "La Mercantil", 1944.
- LIDA, Clara E., *Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria, identidades*, México, El Colegio de México, 2009.
- , *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI—El Colegio de México, 1997.
- (comp.), *México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas*, México, El Colegio de México, 2001.
- , José Antonio MATESANZ y Josefina ZORAIDA VÁZQUEZ, *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000.
- LIRA, Andrés, "José Gaos y José Medina Echavarría, la vocación intelectual", *Estudios Sociológicos*, iv:10 (enero-abril de 1986), pp. 11-27.
- , "José Gaos y los historiadores", *Revista de la Universidad de México*, xxiv:9 (mayo de 1970), pp. 28-32.
- , "Notas sobre la nacionalidad en la obra de José Gaos", en MATUTE (ed.), 1992, pp. 91-97.
- , "Presentación", en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), 1999, pp. 13-27.
- , "Recuerdos del Seminario de José Gaos", *Thesis*, i:3 (octubre de 1979), pp. 35-39.
- LLANO CIFUENTES, Carlos, *Ensayos sobre José Gaos: metafísica y fenomenología*, México, UNAM, 2008.

- LOAEZA, Soledad, "Gustavo Díaz Ordaz: el colapso del *milagro mexicano*", en BIZBERG y MEYER (coords.), 2005, pp. 117-155.
- LOMBARDO TOLEDANO, Vicente, *Las corrientes filosóficas en la vida de México*, México, Universidad Obrera de México, 1963.
- LÓPEZ CAMPILLO, Evelyne, *La Revista de Occidente y la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Taurus, 1972.
- LOZANO, Claudio, *La educación republicana, 1931-1939*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1980.
- LUHMANN, Niklas, *El amor como pasión*, trad. de Joaquín Adsuar Ortega, Barcelona, Península, 1985.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito, y Celia VALBUENA MORÁN, *La Universidad Internacional de Verano de Santander (1932-1936)*, Santander, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1999.
- MAGALLÓN ANAYA, Mario, *José Gaos y el crepúsculo de la filosofía latinoamericana*, México, UNAM, 2007.
- MAGRIS, Claudio, *El infinito viajar*, trad. de María del Pilar García Colmenarejo, Barcelona, Anagrama, 2008.
- , *El tallo entre las piedras*, trad. de María Teresa Meneses Valencia, México, Cal y Arena, 2007.
- MARGENAT PERALTA, José M., "Manuel de Irujo: la política religiosa de los gobiernos de la República en la guerra civil (1936-1939)", *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1983), en línea.
- MARIÁN, Julián, *Una vida presente. Memorias*, Madrid, Páginas de Espuma, 2008.
- MARTÍNEZ GARNICA, Armando, "Crónica de la recepción de Heidegger en Hispanoamérica", *Revista de Santander*, 1 (2006), pp. 102-125.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- MARWICK, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-c. 1974*, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- MATESANZ, José Antonio, "La dinámica del exilio", en *El exilio español en México, 1939-1982*, México, FCE, 1982, pp. 163-175.
- , *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*, México, El Colegio de México-UNAM, 2000.
- MATUTE, Álvaro (ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, México, UNAM, 1992.
- (comp.), *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, SEP-Diana, 1981.
- MAYER, Alicia (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, México, UNAM, 2007.
- MEDINA ECHAVARRÍA, José, "Contestación de José Medina Echavarría", *Cuadernos Americanos*, II:2 (marzo-abril de 1942), pp. 109-113.

- MEDINA ECHAVARRÍA, José, “Cuerpo de destino”, *Cuadernos Americanos*, 1:1 (enero-febrero de 1942), pp. 39-42.
- , *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*, México, FCE (Col. Heteroclásica/Pensar en Español), 1943.
- Memoria de la Secretaría de Educación Pública, septiembre de 1940-agosto de 1941*, México, SEP, 1941.
- MENDIOLA, Alfonso, “¿Es posible el diálogo entre filosofía e historia? El caso O’Gorman”, *Historia y Grafía*, 25 (2005), pp. 79-104.
- MENÉNDEZ SAMARÁ, Adolfo, “El libro de Leopoldo Zea”, *Letras de México*, 1:5 (15 de mayo de 1943), p. 9.
- , “Reseña de *Los fragmentos de Heráclito*”, *Letras de México*, 11:11 (15 de noviembre de 1939), p. 4.
- , “José Gaos y Francisco Larroyo, *Dos ideas de la filosofía*”, *Letras de México*, 11:15 (15 de marzo de 1940), p. 4.
- , “Samuel Ramos, *Historia de la filosofía en México*”, *El Hijo Pródigo*, 1:5 (agosto de 1945), pp. 317-318.
- MERTON, Robert, “Insiders and Outsiders: A Chapter in the Sociology of Knowledge”, *American Journal of Sociology*, 1:78 (julio de 1972), pp. 9-47.
- , *Teoría y estructura sociales*, trad. de Florentino M. Torner y Rufina Borques, México, FCE, 2002.
- MEYER, Eugenia, “Refugio a la democracia: hacia el discurso histórico de los exilios en México”, *Sólo Historia*, 2:12 (abril-junio de 2001), pp. 7-21.
- , (ed.), *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*, México, FCE—UNAM, 2009.
- MEYER, Jean (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centre d’Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1993.
- MINDÁN, Manuel, “El magisterio de José Gaos en España”, en RODRÍGUEZ DE LECEA (ed.), 2001.
- MIRANDA, José, “La Casa de España”, *Historia Mexicana*, XVIII:1 (julio-septiembre de 1968), pp. 1-10.
- MIRÓ QUESADA, Francisco, “La filosofía como aventura personal”, *Thesis*, 1:3 (octubre de 1979), pp. 20-27.
- MOCTEZUMA FRANCO, Abraham, “El camino de la historia hacia su institucionalización”, *Historia y Grafía*, 25 (2005), pp. 45-78.
- MONSIVAÍS, Carlos, *La cultura mexicana en el siglo XX*, México, El Colegio de México (Col. Historias Mínimas), 2010.
- , “Sobre el feminismo”, en MONSIVAÍS, 2010, pp. 428-444.
- MORA SCHACHT, Teresa de Jesús, “José Gaos y la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana”, tesis de licenciatura en Filosofía, Universidad Veracruzana, 1993.
- MORCILLO LAIZ, Álvaro, “Un vocabulario para la modernidad. Crítica a la interpreta-

- ción de Max Weber por sus primeros traductores al español”, *Estudios Sociológicos* [en prensa].
- MORENO, Rafael, “Gaos y la filosofía hispanoamericana”, *Filosofía y Letras*, 19:38 (abril-junio de 1950), pp. 339-363.
- MORENO VILLA, José, *Vida en claro. Autobiografía*, México, FCE (Col. Tezontle), 1944.
- MÜLLER, Aloys, *Introducción a la filosofía*, trad. de José Gaos, Madrid, Revista de Occidente, 1931.
- MURÍA, José María, “José Gaos, ‘transerrado’ e insurgente”, en GONZÁLEZ DE LA VARA y MATUTE, 2002, pp. 119-132.
- NAESSENS, Hilda, *Una “visión continentalista” de la filosofía: José Gaos y Francisco Romero*, México, UAEM, 2007.
- NAVARRO, Bernabé, *Cultura mexicana moderna en el siglo XVIII*, México, UNAM, 1964.
- , *La introducción de la filosofía moderna en México*, México, El Colegio de México, 1948.
- NEIBURG, Federico y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, Paidós Ibérica, 2004.
- NICOL, Eduardo, *Historicismo y existencialismo. La temporalidad del ser y la razón*, México, El Colegio de México, 1950.
- , “Otra idea de la filosofía: respuesta a José Gaos”, *Cuadernos Americanos*, 57:3 (mayo-junio de 1951), pp. 129-139.
- , *El problema de la filosofía hispánica*, México, FCE, 1991.
- , “Reseña de José Gaos, *Antología filosófica. La filosofía griega*”, *Boletín Bibliográfico del Centro de Estudios Filosóficos*, 1:4 (julio-septiembre de 1941), p. 111.
- , *La vocación humana*, México, El Colegio de México, 1953.
- NIETZSCHE, Friedrich, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida [II Intempestiva]*, trad. de Germán Cano, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- NOVO, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, vol. II, México, Conaculta, 1998.
- , *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Conaculta-INAH, 1994.
- La obra de Edmundo O’Gorman. Discursos y conferencias de Homenaje en su 70 aniversario*, 1976, México, UNAM, 1978.
- O’GORMAN, Edmundo, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, en MATUTE (comp.), 1981, pp. 32-41.
- , *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, 2ª ed., México, UNAM (Col. Otros Títulos), 2006.
- , *Fundamentos de la historia de América*, México, UNAM, 1942.
- , *La Historia natural y moral de las Indias del P. José de Acosta. Estudio que se publicará como prólogo de la nueva edición de dicha obra. Contribución al IV Congreso Nacional de Historia*, México, FCE, 1940.
- , “Sobre la naturaleza bestial del indio americano. Humanismo y Humanidad.

- Indagación en torno a una polémica del siglo XVI”, *Filosofía y Letras*, 1 (enero-marzo de 1941), pp. 141-158.
- O’GORMAN, Edmundo, “¿Tienen las Américas una historia común?”, *Filosofía y Letras*, 6 (abril-junio de 1942), pp. 215-235.
- , Luis BARRAGÁN, María Luisa LACY, Justino FERNÁNDEZ, Gloria CÁNDANO y José GAOS, *Cena de aforismos*, México, Alcancia, 1959.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- , *La deshumanización del arte. Ideas sobre la novela*, Madrid, Castalia, 2009.
- , *Meditaciones del Quijote*, México, Rei México (Col. Letras Hispánicas, núm. 206), 1987.
- , *Los pasos perdidos. Escritos sobre Ortega y Gasset*, Madrid, Siglo XXI—Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, 2013.
- , *Misión de la Universidad*, Madrid, Revista de Occidente, 1930.
- , *Obras completas*, Madrid, Alianza Editorial, t. VIII, 1987.
- , “Prólogo para alemanes”, en ORTEGA Y GASSET, 1987.
- , *La rebelión de las masas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941.
- , *El tema de nuestro tiempo*, 1ª reimp. de la 21ª ed., Madrid, Espasa-Calpe (Col. Austral, núm. 28), 2003.
- ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio (ed.), *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, UNAM, 1968.
- , “Discurso del doctor Juan A. Ortega y Medina”, en *La obra de Edmundo O’Gorman*, 1978, pp. 11-14.
- OSIMO, Bruno, *Historia de la traducción. Reflexiones en torno del lenguaje traductivo desde la antigüedad hasta los contemporáneos*, México, Paidós, 2013.
- PAGNI, Andrea (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid, Fráncfort—México, Iberoamericana-Vervuert—Bonilla Artiga Editores, 2011.
- PALTI, Elías José, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, FCE (Col. Historia), 2005.
- PANI, Érika (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE—Conaculta, t. II (Col. Biblioteca Mexicana), 2009.
- PAZ, Octavio, “Historia y filosofía”, *Letras de México*, IV:10 (15 de octubre de 1943), p. 8.
- PEREDA, Carlos, *Los aprendizajes del exilio*, México, Siglo XXI, 2008.
- PÉREZ-MARCHAND, Monelisa Lina, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, pról. de Andrés Lira, 2ª ed., México, El Colegio de México, 2005.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Herón (ed.), *Lenguaje y tradición en México*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, 1989.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo, *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, FCE (Col. Historia), 1992.

- PÉREZ VEJO, Tomás, “La difícil herencia: hispanofobia e hispanofilia en el proceso de construcción nacional mexicano”, en SUÁREZ CORTINA y PÉREZ VEJO (coords.), 2010, pp. 219-230.
- PESSOA, Fernando, *Eróstrato y la búsqueda de la inmortalidad*, Buenos Aires, Emecé, 2001.
- Philosophy, Science and Man. The Soviet Delegation Reports for the XIII World Philosophy Congress*, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, 1963.
- PIGLIA, Ricardo, *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- PLÁ BRUGAT, Dolores, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México, INAH, 1985.
- , “Los refugiados españoles en México: ayer y hoy”, en ALTED y LLUSIA (dirs.), 2003, pp. 537-552.
- PLATÓN, “Banquete”, trad. de Juan David García Bacca, en PLATÓN, 1999, pp. 272-273.
- , *Diálogos socráticos*, México, Conaculta–Océano, 1999.
- PORTERO RODRÍGUEZ, Florentino, y Rosa María PARDO SANZ, “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”, *Ayer*, 33 (1999), pp. 187-218.
- PRINI, Pietro, *Historia del existencialismo: de Kierkegaard a hoy*, Barcelona, Herder, 1992.
- QUIROZ MARTÍNEZ, Olga Victoria, *La introducción de la filosofía moderna en España. El eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México, El Colegio de México, 1949.
- RAMOS, Samuel, “Historia de la filosofía en México”, en RAMOS, 1985, pp. 99-228.
- , *Obras completas*, México, UNAM, t. II, 1985.
- RECASÉNS SICHES, Luis, “Gaos y José Ortega y Gasset”, *Diánoia*, XVI:16 (1970), pp. 279-287.
- REE, Jonathan, “The Translation of Philosophy”, *New Literary History*, 32:2 (primavera de 2001), pp. 223-257.
- RENAN, Ernest, *¿Qué es una nación?*, trad. y est. prel. de Rodrigo Fernández Carvajal, 2ª ed., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.
- REY, María Ramona, “Reseña de Leopoldo Zea, *El positivismo en México*”, *Rueca*, II:6 (primavera de 1943), pp. 55-56.
- REY, Santiago, “Hermeneutic Migrations: José Gaos on Heidegger and Dewey”, *Inter-American Journal of Philosophy*, III:2 (diciembre de 2012), pp. 60-67.
- REYES, Alfonso, “América y los Cuadernos Americanos”, *Cuadernos Americanos*, II:2 (marzo-abril de 1942), pp. 7-10.
- , “El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria”, en REYES, 1963.
- , *Diario*, versión mecanografiada.
- , “Informe sobre los trabajos de La Casa de España en México, 1939”, en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), 2005, pp. 285-300.
- , *Obras completas*. IV. *Simpatías y diferencias (primera, segunda y tercera series)*. *Los dos caminos (cuarta serie)*. *Reloj de sol (quinta serie)*. *Páginas adicionales*, México, FCE (Col. Letras Mexicanas), 1956.

- REYES, Alfonso, *Obras completas. XV. El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria. Apuntes para la teoría literaria*, México, FCE (Col. Letras Mexicanas), 1963.
- , “Posición de América”, *Cuadernos Americanos*, VIII:2 (marzo-abril de 1943), pp. 7-23.
- , “Sobre La Casa de España en México”, en ENRÍQUEZ PEREA (comp.), 2005, pp. 198-204.
- , “Treno para José Ortega y Gasset”, *Cuadernos Americanos*, LXXXV:1 (enero-febrero de 1956), pp. 65-67.
- , “La vida y la obra”, *Revista de Literatura Mexicana*, I:1 (julio-septiembre de 1940), pp. 8-23.
- , *La X en la frente*, México, Porrúa y Obregón, 1952.
- RICOEUR, Paul, *De l'interprétation: essai sur Freud*, París, Éditions du Seuil, 1965.
- , *Escritos y conferencias alrededor del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 2009.
- , *La metáfora viva*, trad. de Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2001.
- , *Sur la traduction*, París, Fayard, 2003.
- , *Tiempo y narración. III. El tiempo narrado*, trad. de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1996.
- , “La vida: un relato en busca de narrador”, en RICOEUR, 2009, pp. 192-206.
- ROA, Raúl, “Dichos y hechos de Ortega y Gasset”, *Cuadernos Americanos*, LXXXV:1 (enero-febrero de 1956), pp. 120-131.
- , “Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos”, *Revista de la Universidad de La Habana*, 20-21 (septiembre-diciembre de 1938), pp. 140-183.
- ROBLES, Oswaldo, “El movimiento filosófico neoescolástico en México”, *Filosofía y Letras*, 23 (julio-septiembre de 1946), pp. 103-129.
- RODRÍGUEZ DE LECEA, Teresa, “Centenario de José Gaos”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 5 (2000), pp. 55-61.
- (ed.), *En torno a José Gaos*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2001.
- , “Fernando Salmerón, discípulo de Gaos. Entrevista por Teresa Rodríguez de Lecea”, en SALMERÓN, 2004, pp. 11-34.
- , “José Gaos en Cuba”, en JIMÉNEZ GARCÍA, ORDEN JIMÉNEZ y AGENJO BULLÓN (eds.), 2005, pp. 489-494.
- , “La juventud de José Gaos”, en ALTED y LLUSIA (dirs.), 2003, pp. 649-654.
- RODRÍGUEZ KURI, Ariel, “El lado oscuro de la luna. El momento conservador de 1968”, en PANI (coord.), t. II, 2009, pp. 512-559.
- , “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, *Historia Mexicana*, LIII:1 (julio-septiembre de 2003), pp. 179-228.
- , “Urbanización y secularización en México: temas y problemas historiográficos (ca. 1960s-1970s)”, en MAYER (coord.), 2007, pp. 107-120.
- , “El yate y el carguero (Ensayo contra el ensayo)”, *Fractal*, 48 (enero-marzo de 2008).

- ROMANELL, Patrick, *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México, 1910-1950*, trad. de Edmundo O'Gorman, present. de José Gaos, México, El Colegio de México, 1954.
- ROMERO SAMPER, Milagrosa, *La oposición durante el franquismo. 3. El exilio republicano*, volumen 3, Madrid, Encuentro (Col. Ensayos, núm. 207), 2005.
- ROMO MEDRANO, Lilia Estela, *Un relato biográfico: Ignacio Chávez, rector de la UNAM*, México, El Colegio Nacional, 1997.
- ROSSI, Alejandro, "Las confesiones de J. Gaos", *Revista de la Universidad de México*, xii:12 (agosto de 1958), pp. 18-19.
- , "La tentación del filósofo", *Anuario de Filosofía* (1961), pp. 157-163.
- , "Una imagen de José Gaos", *Revista de la Universidad de México*, xxiv:9 (mayo de 1970), pp. 14-16.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Œuvres complètes. II. La Nouvelle Héloïse-Théâtre-Poésies-Essais littéraires*, París, Gallimard (Col. Bibliothèque de la Pléiade, núm. 153), 1964.
- R.S.M., "Leopoldo Zea, *El positivismo en México*", *El Hijo Pródigo*, i:2 (mayo de 1943), pp. 124-125.
- SALAZAR BONDY, Augusto, "Un tema de Gaos: abstracción y verdad", *Diánoia*, xvi:16 (1970), pp. 164-171.
- SALINAS, Pedro, y Jorge GUILLÉN, *Correspondencia (1923-1951)*, Barcelona, Tusquets, 1992.
- SALMERÓN, Fernando, "Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española", *Cuadernos Americanos*, lxiii:3 (mayo-junio de 1952), pp. 136-141.
- , *Escritos sobre José Gaos*, México, El Colegio de México, 2000.
- , *Filosofía e historia de las ideas en México y América Latina*, México, UNAM (Col. Cuadernos Temas: Filosofía en México y Latinoamérica), 2007.
- , *Jornadas filosóficas. La primera autobiografía de José Gaos*, Salamanca, Colegio de España, 1984.
- , "José Gaos, *Discurso de filosofía*", *Diánoia*, vi:6 (1960), pp. 259-262.
- , "José Gaos: su idea de la filosofía", *Cuadernos Americanos*, clxvi:5 (septiembre-octubre de 1969), pp. 102-129.
- , "Nota del coordinador de la edición", en GAOS, 1991, pp. 39-41.
- , "Nota editorial", en GAOS, 1992.
- , *Obras completas. IV. Perfiles y recuerdos*, México, El Colegio Nacional, 2003.
- , *Obras completas. VIII. Fernando Salmerón en semblanzas y homenajes*, México, El Colegio Nacional, 2004.
- , *Perfiles y recuerdos*, México, Universidad Veracruzana, 1998.
- , "El seminario de José Gaos sobre el pensamiento de lengua española", *Filosofía y Letras*, 53-54 (enero-junio de 1954), pp. 133-148.
- SAMBARINO, Mario, *El historicismo personalístico de José Gaos*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1982.

- SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, trad. de Pedro Rodríguez de Santidrián, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín, y Silvia FIGUEROA ZAMUDIO (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, UMSNH-Comunidad de Madrid, 2001.
- SÁNCHEZ CUERVO, Antolín (coord.), *Las huellas del exilio. Expresiones culturales de la España peregrina*, Madrid, Tébar, 2008.
- , et al. (eds.), *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Morelia, UMSNH-Comunidad de Madrid, 2004.
- , y Fernando HERMIDA DE BLAS (coords.), *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*, Madrid, Biblioteca Nueva-CSIC, 2010.
- , y Guillermo ZERMENO (eds.), *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, México, El Colegio de México, 2014.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, “Diversas formas para nuevos públicos”, en MARTÍNEZ MARTÍN (dir.), 2001, pp. 241-268.
- SÁNCHEZ GUDIÑO, Hugo, *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)*, México, UNAM—Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, “Del destierro al transtierro”, en ALTED y LLUSIA (dirs.), 2003, pp. 627-636.
- , “Del exilio español en México”, en SÁNCHEZ VÁZQUEZ, 1997, pp. 67-76.
- , “Entrevista con Teresa Rodríguez de Lecea”, *Theoria*, en línea, <http://www.ucm.es/info/eurotheo/filosofia/a_sanchezvazquez/trdlecea.htm>.
- , “Fin del exilio y exilio sin fin”, en SÁNCHEZ VÁZQUEZ, 1997, pp. 45-47.
- , *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Barcelona, Grupo de Estudios del Exilio Literario, 1997.
- SÁNCHEZ VILLASEÑOR, José, *La crisis del historicismo y otros ensayos*, México, Jus, 1945.
- SANTAMARÍA GARCÍA, Antonio, “El legado filosófico de José Ortega y Gasset en América Latina. José Gaos y el Movimiento de Historia de las Ideas”, *Anuario de Estudios Americanos*, L:2 (1993), pp. 279-308.
- SANTOS RUIZ, Ana Elisa, “El Grupo Filosófico Hiperión en tres publicaciones periódicas de mediados del siglo XX, 1948-1952”, en GRANADOS (coord.), 2012, pp. 277-301.
- , “Los hijos de los dioses. El Grupo Filosófico Hiperión y el Estado mexicano: una aproximación a las construcciones identitarias y al nacionalismo posrevolucionario de mediados del siglo XX”, tesis de maestría en Historia, UNAM, 2012.
- SARTRE, Jean-Paul, *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*, trad. de Juan Valmar, Buenos Aires, Losada, 1968.
- SCHERER GARCÍA, Julio, y Carlos Monsiváis, *Parte de Guerra. Tlatelolco 1968. Documento del general Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*, Mexico, Nuevo Siglo—Aguilar, 1999.

- “El Seminario Colectivo sobre ‘La América Latina’”, *Jornadas*, 2 (marzo de 1944), pp. 3-5.
- “El Seminario Colectivo sobre ‘La Guerra’”, *Jornadas*, 1 (agosto de 1943), pp. 1-3.
- SERRANO MIGALLÓN, Fernando, *La inteligencia peregrina. Legado de los intelectuales españoles del exilio republicano español en México*, México, El Colegio de México, 2009.
- SEVILLA, Sergio (ed.), *Visiones sobre un transterrado. Afán de saber acerca de José Gaos*, Madrid, Iberoamericana, 2008.
- , y Manuel E. VÁZQUEZ (eds.), *Filosofía y vida. Debate sobre José Gaos*, Madrid, Siglo XXI, 2013.
- SHERIDAN, Guillermo, *Allá en el campus grande*, México, Tusquets Editores, 2000.
- , “Refugachos. Escenas del exilio español en México”, *Letras Libres*, v:56 (agosto de 2003), pp. 18-27.
- SILVA HERZOG, Jesús, “Franco y las universidades españolas”, *Cuadernos Americanos*, XIII:1 (enero-febrero de 1944), pp. 57-59.
- , *Mis últimas andanzas, 1947-1972*, México, Siglo XXI, 1973.
- , *Una historia de la Universidad de México y sus problemas*, México, Siglo XXI, 1990.
- , Mariano PICÓN-SALAS, José GAOS, José MEDINA ECHAVARRÍA y Juan LARREA, “Lealtad del intelectual”, *Cuadernos Americanos*, xv:3 (mayo-junio de 1944), pp. 32-48.
- SINEAU, Mariette, “Droit et démocratie”, en THÉBAUD (dir.), 1992, pp. 471-497.
- STANTON, Anthony, “Alfonso Reyes y María Zambrano: una relación epistolar”, en VALENDER *et al.*, 1998.
- (ed.), *Correspondencia Alfonso Reyes/Octavio Paz (1939-1959)*, México, FCE-FOP (Col. Tierra Firme), 1998.
- STEINER, George, *Lecciones de los maestros*, trad. de María Cándor, México, FCE-Ediciones Siruela (Col. Tezontle), 2004.
- , *Los libros que nunca he escrito*, trad. de María Cándor, México, FCE-Ediciones Siruela (Col. Tezontle), 2008.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, y Tomás PÉREZ VEJO (coords.), *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI, 2010.
- TABANERA GARCÍA, Nuria, “Los amigos tenían razón. México en la política exterior del primer franquismo”, en LIDA (comp.), 2001, pp. 19-60.
- TERÁN, Juan Manuel, “Dos ideas de la Filosofía, José Gaos y Francisco Larroyo”, *Tierra Nueva*, 1:3 (mayo-junio de 1940).
- THÉBAUD, Françoise (dir.), *Histoire des femmes en Occident. Le XX^e siècle*, t. v, París, Plon, 1992.
- TORCHIA ESTRADA, Juan Carlos, “Correspondencia José Gaos-Francisco Romero”, *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 28-29 (1992), pp. 159-194.
- TORRE, Guillermo de, “Sobre una deserción”, *Cuadernos Americanos*, IV:4, (julio-agosto de 1942), pp. 47-50.

- TORRES ROJO, Luis Arturo, "Tiempo histórico e historiografía en el pensamiento filosófico de José Gaos", tesis de doctorado en Historia, El Colegio de México, 2009.
- TORRES SEPTIÉN, Valentina, *La educación privada en México, 1903-1976*, México, El Colegio de México-UIA, 1997.
- TOYNBEE, Arnold J., *La economía del Hemisferio Occidental*, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones La Torre, 1963.
- URANGA, Emilio, *Análisis del ser del mexicano y otros escritos sobre la filosofía de lo mexicano (1949-1952)*, selec., pról. y notas de Guillermo Hurtado, México, Bonilla Artigas, 2013.
- , *Astucias literarias*, México, Federación Editorial Mexicana (Col. Pensamiento Actual), 1971.
- , "La filosofía como ciencia y como sabiduría", *Anuario de Filosofía*, 1 (1961), pp. 165-175.
- , "Filosofía de nuestros días. La muerte del existencialismo", *Revista Mexicana de Filosofía*, 1:2 (1958), pp. 79-88.
- , "José Gaos: personalidad y confesión", *Cuadernos Americanos*, CLXVI:5 (septiembre-octubre de 1969), pp. 130-156.
- , "Maurice Merleau-Ponty: fenomenología y existencialismo", *Filosofía y Letras*, 30 (abril-junio de 1948), pp. 219-242.
- VALENDER, James, et al., *Homenaje a María Zambrano. Estudios y correspondencia*, México, El Colegio de México, 1998.
- VARGAS LLOSA, Mario, "Rescate liberal de Ortega y Gasset", *Letras Libres*, VIII:91, (julio de 2006), pp. 18-24.
- VÁZQUEZ, Josefina Z., "Discurso de la doctora Josefina Zoraida Vázquez", en *La obra de Edmundo O'Gorman*, 1978, pp. 15-17.
- VENIER, Martha Elena (prol. y ed.), *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso, 1927-1952*, México, El Colegio de México, 2008.
- VILLALPANDO NAVA, José Manuel, "Mi encuentro con algunos maestros del exilio español. Una evocación lírica-pedagógica", en FERNÁNDEZ DE CASTRO (comp.), 2004, pp. 377-386.
- VILLEGAS, Abelardo, *La filosofía de lo mexicano*, 2ª ed., México, UNAM, 1979.
- VILLORO, Luis, "Ciencia radical y sabiduría", *Anuario de Filosofía*, 1 (1961), pp. 177-182.
- , "Dos notas sobre Gaos", *Revista de la Universidad de México*, XXIV:9, (mayo de 1970), pp. 8-9.
- , "Emilio Uranga: Análisis del ser del mexicano", en VILLORO, 1995, pp. 119-135.
- , *En México, entre libros. Pensadores del siglo XX*, México, El Colegio Nacional-FCE, 1995.
- , "La filosofía de José Gaos", *Diánoia*, X:10 (1964), pp. 307-322.

- , “Génesis y proyecto del existencialismo en México”, *Filosofía y Letras*, 36 (octubre-diciembre de 1949), pp. 233-244.
- VOLPI, Jorge, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Era, 1998.
- WALLAERT, Ineke, “Writing Foreign: The Paradoxes of Baudelaire’s Neologising Strategies in His Translations of Poe”, *Palimpsestes*, 25 (2012), pp. 69-92.
- WATZLAWICK, Paul, y Peter KRIEG (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Homenaje a Heinz von Foerster*, trad. de Cristóbal Piechocki, 4ª reimpr., Barcelona, Gedisa, 2000.
- WEBER, Max, *Escritos políticos*, trad. de Francisco Rubio Llorente et al., México, Folios Ediciones, 1982.
- , “La política como vocación”, en WEBER, 1982, pp. 308-364.
- WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, 3ª reimpr., México, FCE (Col. Historia), 2005.
- , *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, trad. de Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino, Barcelona, Paidós Ibérica (Col. Pensamiento Contemporáneo, núm. 71), 2003.
- WILLSON, Patricia, *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- XIRAU, Joaquín, “Humanismo español (Ensayo de interpretación histórica)”, *Cuadernos Americanos*, I:1 (enero-febrero de 1942), pp. 132-154.
- XIRAU, Ramón, “Comentarios a profesionales”, *Revista de la Universidad de México*, XII:12 (agosto de 1958), pp. 19-20.
- , “José Gaos o del valer la pena”, *Cuadernos Americanos*, CLXVI:5 (septiembre-octubre de 1969), pp. 157-164.
- , *Memorial de Mascaraones y otros ensayos*, México, El Colegio Nacional, 1995.
- YAMUNI TABUSH, Vera, *Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española*, México, El Colegio de México, 1951.
- , *José Gaos. El hombre y su pensamiento*, México, UNAM, 1980.
- , *José Gaos, su filosofía*, México, UNAM, 1989.
- , “José Gaos y el conflicto universitario de 1966. Cartas y escritos inéditos”, *Cuadernos Americanos*, CCXLVIII:3 (mayo-junio de 1983), pp. 141-143.
- , “Prólogo”, en GAOS, 1982, pp. 5-40.
- YÁÑEZ, Agustín, “Entrevista con Leopoldo Zea”, *Occidente*, I:2 (enero-febrero de 1945), pp. ix-xviii.
- , “Reseña de *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*”, *El Hijo Pródigo*, XI:36 (marzo de 1946), pp. 172-173.
- ZAHAR VERGARA, Alfonso, “El tomismo en el México contemporáneo”, *Filosofía y Letras*, 36 (octubre-diciembre de 1949), pp. 245-261.
- ZAMBRANO, María, *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, La Casa de España en México, 1939.

- ZAMORA BONILLA, Javier, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.
- ZEA, Leopoldo, *América en la historia*, México, FCE, 1957.
- , “Las dos Américas”, *Cuadernos Americanos*, XVI:2 (marzo-abril de 1944), pp. 7-20.
- , *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*, México, UNAM, 1956.
- , *La filosofía en México*, México, Libromex, 1955.
- , “Joaquín Xirau: uno de los grandes del transtierro”, *Cuadernos Americanos*, I:85 (enero-febrero de 2001), pp. 229-232.
- , *José Gaos el transterrado*, Madrid, Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, 2000.
- , “El maestro José Gaos”, *Cuadernos Americanos*, I:85 (enero-febrero de 2001), pp. 233-238.
- , “La producción filosófica mexicana en 1941”, *Letras de México*, III:13 (15 de enero de 1942), p. 7.
- , “La vida filosófica mexicana en 1943”, *Letras de México*, IV:13 (15 de enero de 1944), p. 9.
- , *et al.*, *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*, México, El Colegio de México, 2012.
- ZERMEÑO, Guillermo, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.
- , *La historia y su memoria. Entrevista(s) con el historiador Moisés González Navarro*, México, El Colegio de México, 2011.
- , “La invención del intelectual en México”, en BLANCARTE (coord.), 2010, pp. 379-403.
- ZIRIÓN QUIJANO, Antonio, *Historia de la fenomenología en México*, México, Jitanjáfora Morelia, 2003.
- , “*Ideas I* en español, o de cómo armaba rompecabezas José Gaos”, *Investigaciones Fenomenológicas*, 3 (2003), pp. 325-371.
- , “Un vistazo a la pluralidad de la realidad desde el personalismo gaosiano” [en prensa].

José Gaos en México: una biografía intelectual, 1938-1969
se terminó de imprimir en junio de 2015
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco,
52710 Metepec, Estado de México.
Portada de Pablo Reyna
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidó la edición la autora,
bajo la supervisión de la Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

¿Cómo se entrelazan vida e historia? ¿En qué sentido se articulan actores y contexto? ¿Cuáles son los vínculos entre existencia y obra? Tales son algunas preguntas que subyacen en toda biografía y, en particular, en una de tipo intelectual. La que el lector sostiene en las manos no es la excepción.

En un viaje de ida y vuelta entre José Gaos y su entorno, en estas páginas se reconstruye el itinerario vital de quien fuera un pensador de primer orden, un maestro extraordinario, un traductor incansable y una figura central del medio cultural mexicano, desde que llegara como exiliado a nuestro país y hasta el momento de su muerte. En dirección inversa, al filo de su trayectoria van apareciendo, bajo una luz distinta, diversos episodios de la historia política de México, como el exilio republicano español y el conflicto universitario de 1966; capítulos de nuestra historia institucional, sobre todo la que concierne a algunos establecimientos clave en la vida académica del país; y aspectos que se inscriben tradicionalmente en el ámbito de la historia intelectual, como las polémicas, la introducción de ciertas corrientes del pensamiento y el tema de la transmisión. El resultado ha consistido en una nueva mirada sobre la época, así como en un diálogo renovado y actualizado con las ideas del propio José Gaos.

En su versión preliminar, esta biografía mereció el premio de la Academia Mexicana de Ciencias a las mejores tesis de doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades, y, en la misma categoría, el premio Francisco Javier Clavijero en Historia y Etnohistoria que otorga el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

ISBN: 978-607-462-745-9



C EL COLEGIO
M DE MÉXICO